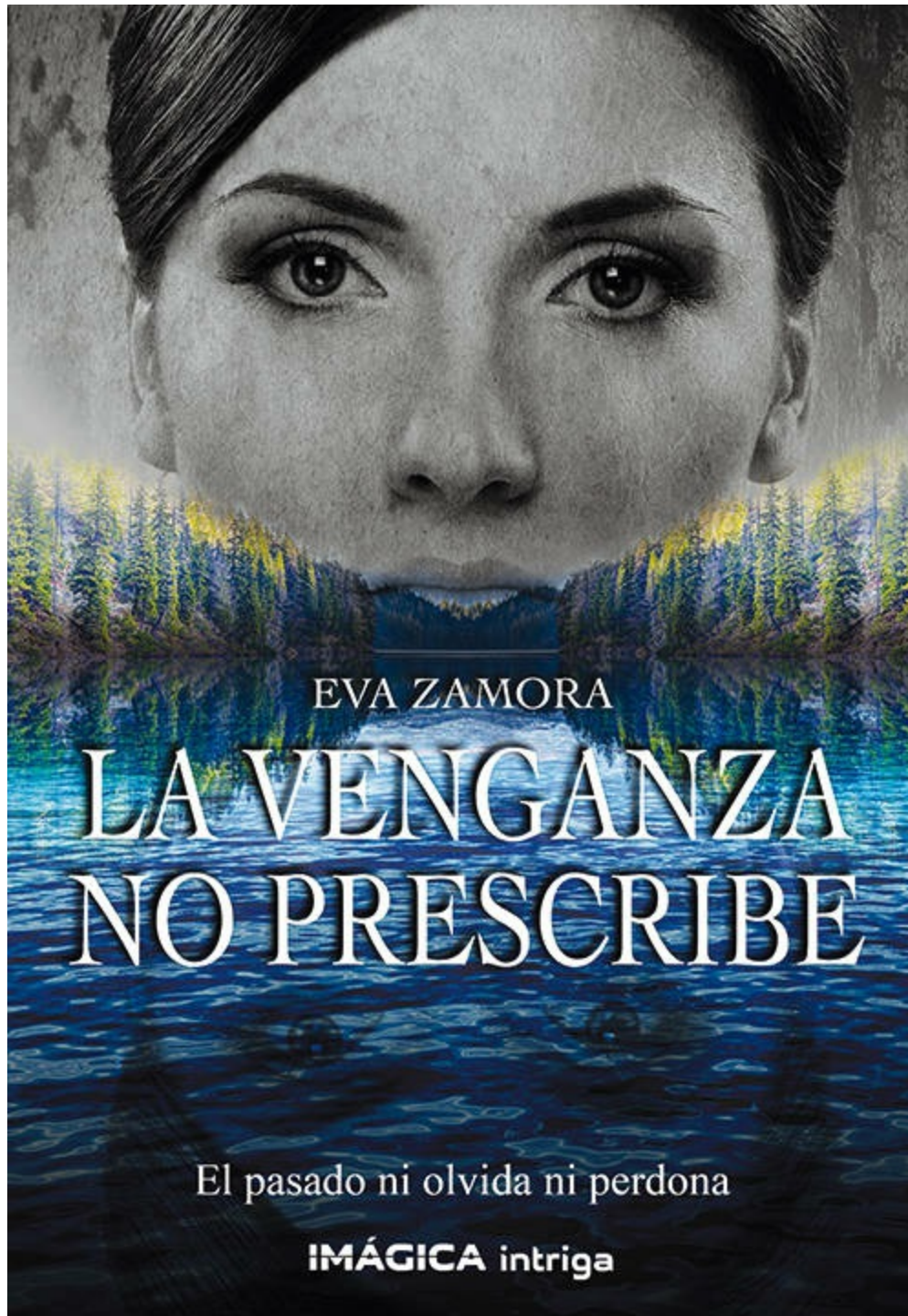


EVA ZAMORA

# LA VENGANZA NO PRESCRIBE

El pasado ni olvida ni perdona

**IMÁGICA** intriga



EVA ZAMORA

# LA VENGANZA NO PRESCRIBE

El pasado ni olvida ni perdona

**IMÁGICA** intriga

# LA VENGANZA NO PRESCRIBE

EVA ZAMORA

**IMÁGICA** intriga

**Alberto Santos**, edición.

**Carlos L. García-Aranda**, correcciones, diseño de cubiertas, diseño y maquetación.

Imágica Ediciones, S. L.: Alberto Santos & Carlos L. García-Aranda,  
Llorenç Carbonell y Emilio Gonzalo.

Mánager de internet: Rocío Cuervo (albertosantoseditor@gmail.com)

Copyright ©2019 Eva Zamora.

Alberto Santos, Editor. Copyright ©2019 Imágica Ediciones, S. L.

1.ª edición en e-book: Junio, 2019.

Imágica Ediciones, S. L.

Alberto Santos, Editor.

Tlf: 619 94 00 62.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN: \*\*\*\*\*.

Tienda virtual: <http://www.albertosantoseditor.com>

Email: [albertosantoseditor@gmail.com](mailto:albertosantoseditor@gmail.com)

Blog: [albertosantoseditor.blogspot.com](http://albertosantoseditor.blogspot.com)

Facebook: <http://www.facebook.com/albertosantoseditor>

[@ASantosEd](#)

[albertoseditor](#)

A todos mis lectores, porque gracias a vosotros mis personajes cobran vida, y mis ganas de narrar historias, fuerza.

# Agradecimientos

«No hay deber más necesario que el de dar las gracias», decía Cicerón. La gratitud es una virtud muy importante, un sentimiento que brota del alma, que nos empuja a estimar un beneficio y por consiguiente a corresponder a quien nos ha favorecido. Por eso, una vez más, yo necesito, quiero y deseo agradecer; agradecer a todos vosotros que mi sueño se haya hecho realidad.

Gracias a mi marido e hijo por creer en mí de forma absoluta, por su generosidad y cariño, por empujarme a iniciar un sueño que nunca creí que llegaría tan lejos.

Gracias a mi madre y a mis suegros, que son los mejores promocionándome, por animarme a no dejar de soñar.

Gracias a los amigos cercanos por su compañía impagable, por los cafés, por las cenas y por las cervezas en Ceresmadrid. Gracias a los amigos que están en la distancia pero siempre a mi lado, por las largas conversaciones telefónicas y por hacerme sonreír. Gracias también a los autores que se convierten en amigos, qué suerte que la literatura nos haya unido.

Gracias a todos mis lectores, los cero, los fieles, los incondicionales, los seguidores en las redes y los que ya son amigos, vuestro empuje y apoyo ha sido primordial para ayudarme a alcanzar este sueño.

Gracias a mis librerías, porque sin vuestro buen hacer mi sueño no podría llegar a los lectores.

Gracias a mis editores de Imágica Ediciones, quienes con su apoyo y consejos me hacen crecer en cada novela. Vuestra confianza logró que mi sueño se materializase.

Y por último gracias a todos los lectores que por primera vez, con esta novela, van a leer una de mis obras. Deseo que os guste y que disfrutéis con ella.

Gracias a todos y cada uno de vosotros por ser parte de mi sueño.

## Nota de la autora

Lagos del Pino, el pueblo donde se desarrolla esta historia, es un lugar ficticio, fruto de mi imaginación, que he ubicado en una provincia donde abundan los parques naturales: Huesca. Espero que a los oscenses no les importe que su fascinante entorno lleno de altas cumbres, espectaculares cascadas y lagos me haya servido de inspiración.

## Preámbulo

Hay un dicho popular que dice: «La venganza es un plato que se sirve frío». Significa «paciencia», «facultad de saber esperar cuando algo se anhela mucho». Paciencia para obrar, para tomar la revancha. Paciencia para reflexionar con la cabeza fría y despojado de corazón, solo así se causará el mayor daño. Sé mejor que nadie lo que es la paciencia, la he soportado durante muchos años, demasiados. También sé que por mucho tiempo que transcurra mi desmedida sed de castigo no se sofocará, no podrá hacerlo hasta llevar a cabo mi represalia. Entonces, y seguro que solo entonces, desquitándome, me acunará la satisfacción. Por eso yo tengo otra versión del conocido dicho, yo prefiero decir que la venganza no prescribe.

## CASTIGO

Los delitos llevan a las espaldas el castigo.

Miguel de Cervantes



# Nota de la autora

Lagos del Pino, el pueblo donde se desarrolla esta historia, es un lugar ficticio, fruto de mi imaginación, que he ubicado en una provincia donde abundan los parques naturales: Huesca. Espero que a los oscenses no les importe que su fascinante entorno lleno de altas cumbres, espectaculares cascadas y lagos me haya servido de inspiración.

# Preámbulo

Hay un dicho popular que dice: «La venganza es un plato que se sirve frío». Significa «paciencia», «facultad de saber esperar cuando algo se anhela mucho». Paciencia para obrar, para tomar la revancha. Paciencia para reflexionar con la cabeza fría y despojado de corazón, solo así se causará el mayor daño. Sé mejor que nadie lo que es la paciencia, la he soportado durante muchos años, demasiados. También sé que por mucho tiempo que transcurra mi desmedida sed de castigo no se sofocará, no podrá hacerlo hasta llevar a cabo mi represalia. Entonces, y seguro que solo entonces, desquitándome, me acunará la satisfacción. Por eso yo tengo otra versión del conocido dicho, yo prefiero decir que la venganza no prescribe.

# Castigo

Los delitos llevan a las espaldas el castigo.

MIGUEL DE CERVANTES

# 1

## La Mano Ejecutora

Aquí estoy, para mi desgracia, a cientos de kilómetros de casa y a solo sesenta de lo ineludible. Sí. Ya no había marcha atrás; no, había llegado la hora. Si quería preservar a mi familia, debía hacerlo.

Debía hacerlo.

Debía hacerlo.

Debía hacerlo...

Mi conciencia no paraba de repetirme la misma frase, como el eco en la montaña. Debía hacerlo por el bien de mi mujer, de mis hijas. Debía hacerlo para que a ellas no les costase la vida. Debía cometer esos crímenes para salvar a los míos, no había otra solución. Contaba con menos de veinticuatro horas para asesinar a Eneko e Imanol; sin embargo, para terminar con la vida de Biel tendría que esperar al menos dos días más; eran las instrucciones del Cerebro.

Me sentía inquieto. En verdad casi temblaba. Cada vez que pensaba que en poco más de una hora debía abandonar mi refugio se me ponían los nervios de punta. Mi guarida era una casa vacacional que había elegido, entre muchos otros, por dos motivos: estaba escondida en plena naturaleza, alejada del mundanal ruido y de cualquier mirada extraña, y se encontraba tan lejos de mi casa como cerca de Lagos del Pino, a sesenta kilómetros.

Lagos del Pino.

Me sobrecogió un escalofrío al mencionar el nombre, hacía tanto tiempo que no recordaba que ese lugar existía. Lagos del Pino era un pueblo, a día de hoy casi una ciudad, con un nombre falaz, pues solo tenía un lago rodeado por todo un bosque de pinos.

Alquilé la cabaña solo para consumir el monstruoso plan. Permanecería en el lugar unos cuatro días, a lo sumo, pero pagué una semana para no levantar sospechas. Quería que todo aparentase normalidad, y la gente solía

medir las vacaciones de verano por semanas o quincenas, no por días, eso resultaba extraño. El propietario no me conocía y la identidad que le había proporcionado era falsa. Solicité el alquiler a través de una web y fingí ser un atareado ejecutivo al que le faltaban horas al cabo del día. Solo sumé a nuestro acuerdo virtual una llamada en la que inventé una mentira lo bastante creíble para que me dejase la llave escondida en algún lugar secreto donde yo pudiera encontrarla. Por suerte, todavía quedaba gente confiada, y deducía que en este rincón de nuestro país más, porque, sin pedirme más explicaciones, el hombre aceptó dejarme la llave debajo de una madera tapada por el felpudo de la entrada. Así que nadie me había puesto rostro y no dejaría que me lo pusieran. Nadie sospecharía de mí ni podría identificarme. De cogerme, dudo que alguien crea esta rocambolesca historia, que yo soy solo la mano ejecutora de estos crímenes, un hombre obligado a matar por otro hombre deseoso de satisfacer su agravio, que había decidido llamarse «el Cerebro». Desde luego que nadie lo creería, sonaba descabellado, y por eso nadie podía verme y nadie me vería; sería un fantasma.

Me coloqué la espesa barba postiza y me puse unas gafas que ni siquiera estaban graduadas, solo las usaba para cambiar mi aspecto físico. Finalicé el disfraz con una gorra bien encajada a mi cráneo; debía cubrirme el rostro al máximo. Me miré en el espejo y ni yo mismo fui capaz de reconocerme, así que nadie lo haría. Nadie. Sonreí unos segundos antes de empezar a temblar, prácticamente a llorar. Estaba a punto de cometer un asesinato, pero debía hacerlo, me repetí para envalentonarme. Mi familia era lo primero. Mis hijas. Mi mujer. Sobre todo mis pequeñas. Rocío. Irene. Sentí que me ahogaba.

Esto lo hago por ellas.

Por ellas.

Por ellas.

Por ellas...

Seguía insistiendo mi conciencia.

Intenté serenarme y, tomando una honda bocanada de aire, abrí la puerta. En cuanto entré en el automóvil supe que había alcanzado el punto de no retorno. Arranqué el motor y abandoné el lugar dispuesto a cumplir mi condena: ejercer de verdugo y poner fin a dos vidas.

## 2

La lengua de asfalto se abría camino entre los verdes árboles que dibujaban el hermoso paisaje. Larga y oscura, alterando el orden de la naturaleza, dividía en dos el bosque que rodeaba Lagos del Pino, un pueblo de Huesca. Un bello rincón de nuestra geografía que en la última década había triplicado su población gracias al turismo, sobre todo en verano. A lo largo de ese tiempo, habían proliferado los alojamientos rurales y los hoteles; de hecho, hacía tan solo unos meses que había abierto sus puertas el último, perteneciente a una importante y lujosa cadena hotelera. Lo leí en Internet, en la página oficial del Ayuntamiento de dicha localidad. Había hecho los deberes antes de empezar a recorrer los más de quinientos kilómetros que separaban mi Madrid de Lagos del Pino.

Siempre me ha gustado conocer el terreno que voy a pisar antes de poner los pies en él, pero en esta ocasión no me había dado tiempo a empaparme tanto como me hubiera gustado. Veinticuatro horas antes no habría imaginado estar aquí, a punto de llegar a un pueblo que había perdido la paz de años atrás y hoy era víctima de unos cruentos asesinatos. Yo no venía a hacer turismo, sino a ejercer las labores de inspectora de Homicidios, pese a llevar más de siete meses de baja en el cuerpo debido a una crisis emocional. Porque a estas alturas de mi vida, habiéndome plantado en los cuarenta, tenía serias dudas de querer seguir ejerciendo mi profesión. Me dio por hacer balance, por reflexionar, y sopesé todo lo que me había robado el Cuerpo Nacional de Policía. Por su culpa, mi padre apenas me hablaba, terminé perdiendo a casi todos los amigos, había vivido un corto y fallido matrimonio y desde entonces pocos hombres habían calentado mi cama, menos aún calado en mi alma. Quitando a tres: mi ex, un embustero, y alguien a quien no quería recordar, nunca más hubo un hombre importante o especial en mi vida, aunque, paradójicamente, estuviera rodeada de ellos, inmersa en un mundo de hombres debido a mi profesión. Y eso era lo que más echaba en falta: compañía, alguien en quien apoyarme en los momentos difíciles. Un amigo, un confidente, una persona con quien compartir las penas y las alegrías, una cerveza o una tila, un abrazo, un beso, el calor, un intercambio de ideas, el amor, un hijo... No tenía nada de eso. Tenía cuarenta años y mi

profesión; solo eso. Hasta hacía poco mi trabajo me había llenado mucho, del todo, pero debía ser sincera y reconocer que había llegado a un punto en el que precisaba más. Necesitaba fundar una familia, mi propia familia. Uno no es nada sin eso. Tenía que ser egoísta y pensar en mí. Eso me decía siempre Martina, y estaba en lo cierto. Sabía que no le faltaba razón porque en la balanza de mi vida no había equilibrio alguno.

Según el psicólogo del departamento ese tipo de crisis eran habituales a mi edad, pero mi desmotivación se hizo tan fuerte que me vi obligada a coger la baja laboral para no poner en peligro a nadie mientras debatía sobre mi futuro profesional, o sobre mi vida en general. Andaba muy perdida, del todo descentrada. Pero eso no era lo peor, lo grave era que me había vuelto envidiosa. Sí. Sentía envidia de Martina, mi buena y gran amiga, la única que me había soportado, la única que me quedaba. Envidiaba el calor de su hogar, de la familia que ella sí había conseguido crear, de cuanto tenía y yo anhelaba.

Por suerte, en cuanto escuché la voz del comisario Torres al otro lado del teléfono, pidiéndome que lo ayudara con esta investigación, la envidia se desvaneció. De súbito afloró el sabueso que llevaba dentro, emergió, removiéndome las entrañas y dándome un toque de atención..., y solicité el alta. O quizá fue mi lacerado orgullo profesional el que se alzó en armas tras escuchar la conexión que el comisario Torres establecía entre esos crímenes y mi único caso sin resolver: el asesinato de Gonzalo Montero Pérez. Dicen los expertos que siempre hay un caso que deja una huella indeleble en un inspector de Homicidios, y ese fue el mío. El caso de Gonzalo me había marcado y quitado el sueño durante este largo año. Con él, la prensa me acribilló, se cebó conmigo. Bautizado como «El caso del asesino fantasma», durante meses tuve que oír verdaderas barbaridades que ponían en tela de juicio mi profesionalidad. Denominarlo «fantasma» fue una de tantas ocurrencias mordaces de la viuda de la víctima, que, en vista de la falta de avances, se dedicó a decir que la policía tendría que indagar en el más allá para ver si daba con el asesino de su marido. Cada día que salía, llorando y generando dudas sobre la gestión policial, los periódicos y los telediarios se llenaban de crueles titulares que salpicaban el buen hacer de la policía y, sobre todo, de mi persona, la inspectora de Homicidios Dolores Velázquez Romero, responsable de la investigación. No dar con el culpable de aquel violento asesinato hizo mella en mí y me condujo a la situación actual, a una

crisis de identidad laboral y personal.

Pero ahora estaba aquí. Y había venido porque, según Torres, los dos asesinatos de Lagos del Pino estaban aparentemente relacionados con aquel que mermó mis aptitudes policiales. El comisario estaba convencido de que el asesino era el mismo, y por eso quería que yo estuviera al mando de la investigación: porque yo era quien más sabía del caso. Había estudiado las pruebas con tanto detalle que pagué un alto peaje, y mi alma y mi razón se vieron afectadas. Quizá por eso no me costó nada decidirme a venir, porque necesitaba curar mi infestada herida para dejar de sentir dolor.

«Solo puedes esperar a que la fastidien y aprovecharte de sus errores para dar con ellos.»

La frase entró en mi mente como un rayo. Era una de tantas que le había oído decir al comisario Torres, y me aferré a ella con fuerza; no quería perder la esperanza. Dos crímenes en menos de un día eran mucho hasta para el asesino más hábil, o eso quería pensar yo. De seguro que esta vez el cabrón habría dejado algún cabo suelto que nos llevase hasta él, con el que poder arrestarlo y darle la justicia que requería. Porque desde que portaba la placa de inspectora de Homicidios no había visto una muerte tan cruel como la de Gonzalo Montero Pérez. Por eso no podía olvidarla, por eso sentía la imperiosa necesidad de atrapar a su autor. Había llegado el momento de cambiar aquel titular con el que casi me lapidaron, deseaba que los periodistas que tanto me dañaron escribieran: «Al fin ponemos rostro al fantasma y se encuentra entre rejas». Debía cogerlo, aunque fuera lo último que hiciera en mi vida.



# 3

## El Cerebro

Ya está hecho; Eneko e Imanol son historia. La Mano Ejecutora se ha encargado de ellos tal y como le ordené. Por fin dos más que habían recibido su merecido, dos menos en la lista de carroña a eliminar. Ahora esperaba el momento apropiado para Biel, que, por fortuna, también había caído en la trampa y llegaba hoy a Lagos del Pino.

¡Qué ganas tenía de que expirara su último aliento! Una oleada de odio me sacudió pensándolo. Pero no debía impacientarme, yo era un hombre que sabía manejar la paciencia, llevaba conviviendo con ella muchos años. Unos días más no iban a desesperarme. Biel tenía marcada su hora, sería ejecutado cuando el grupo de Homicidios estuviera aquí. Sabía cómo funcionaban las bases de datos y, por la semejanza y de forma inminente, los asesinatos se relacionarían con el de Gonzalo, y por tanto, se le otorgaría la jurisdicción a la brigada de Madrid.

Me marché a realizar mis habituales ejercicios. Como de costumbre, me machaqué haciendo abdominales, pesas, barras y poleas. No lo hacía solo para mantener mi atlético cuerpo, lo necesitaba para desprenderme de la rabia y el dolor, para que mi cerebro descansase. «*Mens sana in corpore sano*» es lo que trataba de aplicarme. Mi cuerpo estaba sano, pero mi mente no. Estaba llena de conflictos internos, de dualidades, de contradicciones, marcada de por vida... Mi mente estaba podrida de sufrimiento, infestada de gusanos desde hacía muchísimo tiempo.

Terminé la sesión empapado en sudor, chorreando, y, como siempre, decidí tomar una ducha. Abrí el grifo, metí la cabeza bajo él y apoyé las palmas de las manos en los azulejos. El agua se deslizó por mi piel, pero también por los pliegues de mi ser, arrastrando la rabia, el dolor y los miedos. El habitual bienestar que me transmitía ese momento me hizo mantenerme quieto durante minutos. Me sequé y, con la toalla enrollada a mis caderas, me marché a la cocina para prepararme un café bien cargado.

Mientras me lo tomaba me asomé por la ventana para admirar el lago y el bosque. Eran unas vistas maravillosas, tan bellas que hipnotizaban; los que vivíamos en esta zona sabíamos que éramos unos privilegiados. Pero las vistas no solo me gustaban, también me provocaban zozobra, pues evocaban en mi mente el terrible pasado que me acosaba.

Me aparté de allí con el habitual ahogo haciendo equilibrios en mis entrañas. Me obligué a retirar los recuerdos de mi cabeza y me esforcé en centrarme en el plan. Debía pensar en lo que había que hacer, tenía que comprobar que la Mano Ejecutora había sido tan cuidadoso como le exigí y que había limpiado a conciencia el escenario de los crímenes.

Acabé el café, fregué la taza y la cucharilla, las sequé y las guardé en su correspondiente lugar. Luego, en el baño, me lavé las manos de forma concienzuda, cepillándome las uñas para dejarlas pulcras. Me lavé los dientes, me pasé el hilo dental y me enjuagué con un elixir tan fuerte como efectivo; en ocasiones, su sabor ardía tanto que hacía colgar lágrimas de mis pestañas. Fui a la habitación, abrí el armario, saqué la ropa y me vestí. A continuación cogí los objetos que cada noche depositaba en la bandeja que había sobre el chifonier. Me puse el reloj de pulsera en la muñeca y metí: en el bolsillo trasero del pantalón, la cartera; en el derecho, el móvil, y en el izquierdo, las llaves de la casa y del coche. Me di un último repaso ante el espejo, estirándome la chaqueta, no debía llevar ni la más mínima arruga. Me gustaba la limpieza y el orden, creía que ambas cosas eran primordiales en la vida. Hay quien me ha tachado de exagerado por ello, incluso algún osado llegó a decirme que padecía un trastorno obsesivo compulsivo. Disiento de ambas opiniones, únicamente soy escrupuloso con mis acciones, aunque reconozco que tengo alguna que otra manía. Pero ¿quién no las tiene? Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

Entré en el coche, me puse el cinturón de seguridad, arranqué y me dirigí al lugar donde se habían cometido los crímenes. Debía revisarlo todo con mis propios ojos, solo así me quedaría tranquilo. Después acudiría al trabajo, como cualquier otro día. Un día más en mi vida, aunque un día soportando menos peso. El castigo que estaba impartiendo me aligeraba el alma.

## 4

Aparqué el vehículo frente al pequeño cuartel de la Guardia Civil y miré el reloj, aún no eran ni las nueve de la mañana. Me apeé e inhalé una profunda bocanada de aire; oxígeno limpio, de montaña, mucho más puro que el de mi ciudad, un privilegio para mis pulmones.

Mis contaminados pulmones.

Pensé una vez más en dejar de fumar. De seguro que no estaba bien contaminar ese entorno con el humo del tabaco. Pero una cosa era pensarlo y otra distinta llevarlo a la práctica, algo difícil en este momento, siendo consciente de aquello a lo que me enfrentaba y de lo mucho que me carcomerían los nervios durante la investigación. No venía mentalizada para abandonar el tabaco, solo para encontrarme con dos crímenes idénticos al de hacía más de un año. Como inspectora de homicidios, no solía perder la compostura ante los crímenes que había visto, pero el de Gonzalo me pareció repugnante y me revolvió las tripas.

Me agaché para observarme en el espejo retrovisor. La seriedad de mi rostro mostraba un semblante duro, en realidad tenía cara de pocos amigos. Estiré mi cuerpo y suspiré profundo. Apenas había echado a andar cuando vi a un hombre adusto, de cabello moreno, que lucía abundantes entradas y mechones grises: el comisario Torres. Estaba en la puerta del cuartel, esperándome. Yo estaba aquí por él, y también por él me había hecho policía. Desde mi más tierna adolescencia el mundo policial me fascinó más que el médico, aunque siempre lo callé por no decepcionar a mi familia. Quizás había leído demasiados libros y visto demasiadas películas y series policiacas, y eso me influyó; no sabría qué decir. Lo que no admitía debate alguno era que sentía pasión hacia esa profesión, y si tenía alguna duda, el día que conocí al comisario, por aquel entonces inspector jefe de la Brigada de Homicidios, la disipé. Yo estaba a punto de terminar el instituto y quería ingresar en la universidad. Pensaba estudiar Psicología, más por agradar a mi familia que por propia convicción. Con la intención de encaminar a los alumnos hacia un futuro profesional, en mi centro se realizaron unas jornadas especiales para explicarnos el funcionamiento de los servicios públicos más

importantes en nuestra sociedad; entre ellos, cómo no, la policía. Era la primera vez que en el instituto se hacía algo semejante y llegué a pensar que el universo se aliaba conmigo y me mostraba el camino que debía seguir. De los cuatro policías que acudieron a las charlas, Isidro Torres, de menos de cuarenta años, fue el que más me impresionó. Y no solo por su semblante intimidador, sino porque había algo en aquel hombre alto y desgarbado, con cara de sabueso y ojos avellana vivos y astutos que me encandiló. Desde que empezó a hablar de las distintas unidades de la Policía Nacional supe que deseaba pertenecer a ella. Tras escucharle aquella frase, la que con los años comprobaría que era su insignia, me quedé impactada: «El agente que trabaja en Homicidios se convierte en la voz del muerto que clama justicia». Sus palabras me calaron hasta lo más hondo. Estaba convencida de que en ese instante, aun sin yo saberlo, hizo germinar en mí la semilla de la vocación. Fue la precipitada muerte de mi abuelo, semanas después, lo que siempre creí que me hizo tomar la decisión de ser policía, pero ahora, con el paso del tiempo, sé que ya la había tomado el día que conocí a Torres. La muerte de mi abuelo solo fue el empujón que necesitaba para hacerlo, porque no quería ocultarle más a mi familia lo que sentía. Yo no era como ellos, mi vocación no era ser médico, sino policía. Aun así, el temor a que sucediera lo que presentía, a la desaprobación, me hizo mantenerlo en silencio durante años, hasta que me resultó imposible esconderlo más. Y, tal y como suponía, la noche que mi padre lo supo puso el grito en el cielo. Mejor no recordarlo.

—Buenos días, Lola —me saludó el comisario Torres, luciendo la agradable sonrisa con la que solía esconder sus verdaderas inquietudes—. ¿Cómo estás? —me preguntó, estrechándome la mano.

—Bien, señor, un poco cansada pero con ganas de trabajar.

—Me alegra mucho oírte decir eso. —Asintió—. Y antes de nada quiero agradecerte que hayas solicitado el alta para hacerte cargo de este caso.

—Si es el mismo sujeto que asesinó a Gonzalo Montero Pérez, es mi caso, yo debo llevarlo —advertí.

—Sabía que eso es lo que te traería hasta aquí, la sed de justicia.

—Me conoce bien, comisario. ¿Empezamos?

—Por supuesto. Vamos dentro, voy a presentarte a los compañeros con los que vas a trabajar.

—Disculpe, señor, pero había supuesto que la investigación sería cosa nuestra, de usted y mía.

—Claro que no. Estarás al cargo, sí, pero contarás con un equipo de apoyo.

—¿Quiénes son? —demandé con prontitud.

—Un inspector de la Brigada de Homicidios enviado por la jefatura superior de Aragón y el capitán de este cuartel, que pertenece a la unidad orgánica de la Policía Judicial. Ya sabes que Homicidios trabaja de forma coordinada con la Guardia Civil. Y ellos encontraron los cuerpos, así que estamos en su terreno.

—Sí, pero ¿sabe que ese terreno es virgen en lo que a asesinatos se refiere? He estado indagando sobre este lugar y es de lo más tranquilo —contesté de inmediato—. Aquí nunca pasa nada, no hay delitos de sangre y apenas robos, el índice general de delincuencia es casi nulo. Con lo cual, ¿qué experiencia tienen ellos? Ninguna, señor. Pero además de eso, nosotros, los de Homicidios, estamos instruidos de manera distinta.

—Seguro que arrestar a criminales no es lo más habitual en su día a día, pero también son policías, conocen las reglas y, sobre todo, tienen muchas ganas de ayudar. Llegamos ayer por la tarde e inmediatamente nos instalaron en uno de los despachos para que pudiéramos empezar a trabajar. ¿Acaso eso no es actuar con rigor?

—Sí, por supuesto.

—Te aseguro que el capitán Jorge Lemos Silva es un hombre que sabe hacer su trabajo y dirigir a sus hombres. Lleva más de treinta años en el cuerpo, tiene un expediente intachable y es competente, serio y servicial.

—Confiaré en su palabra, señor —acepté—. Y ahora pasemos, quiero ponerme al corriente cuanto antes. No podemos malgastar ni un segundo, hay que cazar cuanto antes a ese maldito asesino.

El comisario sonrió con esa forma tan suya, torciendo la sonrisa para evitar soltar una carcajada de pura satisfacción.

—Tú primero —me indicó, abriendo la puerta e invitándome a pasar.

## 5

A simple vista el cuartel era un poco pequeño. La entrada estaba presidida por la fotografía del rey Felipe VI y un cartel con la bandera de España en el que se leía «Todo por la patria». En las paredes abundaban los colores marrones y en el mobiliario los grises, pero el tono que más destacaba era el verde, característico de la Guardia Civil. Estaba presente en múltiples accesorios de oficina y, evidentemente, en los uniformes de los dos guardias civiles que vi nada más entrar. A simple vista eran muy diferentes. Uno era bajito y regordete, con el pelo bermejo bastante escaso, rostro rubicundo, ojos pequeños y una nariz a la que le salían arrugas cuando sonreía; parecía simpático. El otro era alto y corpulento, de melena castaña y espesa, tez morena y ojos azul cielo, fríos como un carámbano, capaces de traspasarte cuando te miraban; tenía un poco pinta de chulo. El comisario se adelantó y se acercó a ellos, yo lo seguí.

—Sargento, brigada —les dijo—, esta es la inspectora de Homicidios que estará al cargo del caso: Dolores Velázquez Romero.

—Inspectora Velázquez —me saludó afablemente el bajito—. Me llamo Adolfo Turza y soy sargento de la Guardia Civil.

—Buenos días. —Estrechamos las manos.

—Yo soy el brigada Aitor Garmendia —se presentó el otro, con gesto altivo.

—Hola. —Apretón de manos.

—¡Oh!, ya está aquí. —Oí de repente a mi espalda, y me giré. Ante mí apareció un hombre robusto, de semblante grave, con el pelo rapado al cero, luciendo una estilosa barba, corta y pincelada de canas, y vestido de verde—. Buenos días, soy el capitán Jorge Lemos y pertenezco a la Policía Judicial de la Guardia Civil. —Me ofreció la mano.

—Inspectora Dolores Velázquez, capitán.

—Sí, inspectora, es como si ya la conociéramos, el comisario Torres no ha parado de hablar de usted. Estábamos esperándola.

—Espero que les haya hablado bien.

—Sin duda. —Asintió—. Veo que ya ha conocido a parte de la plantilla. —Dirigió su mirada a Turza y a Garmendia—. Faltan dos miembros que ahora mismo están patrullando, pero ya los conocerá.

—Perfecto, pues hechas las presentaciones oficiales, me gustaría empezar a trabajar cuanto antes.

—Por supuesto, inspectora.

—¿Quién encontró los cuerpos, capitán? —le pregunté sin perder más tiempo y con el tono de mando que me otorgaba mi puesto.

—El primero fue hallado por una pareja de enamorados que estaba en el bosque dando rienda suelta a su amor. El segundo, por un senderista que suele pasear muy temprano cerca del lago.

—Probablemente habrán tomado declaración a los testigos, pero me gustaría hablar con ellos.

—Desde luego, ahora mismo les digo a mis hombres que los vuelvan a citar, no se preocupe.

¿Cómo no iba a preocuparme? En mi cabeza no paraba de revolotear la misma idea: ellos no eran policías curtidos en ese tipo de delitos y no sabía si habrían actuado correctamente ante los asesinatos. Así que mi primer cometido era cerciorarme de ello.

—¿Han localizado a los familiares de las víctimas? —pregunté.

—Sí, y ya los hemos avisado —respondió Lemos—. Llegarán en cualquier momento. Créame, hemos hecho los deberes.

—No he dicho lo contrario, capitán, pero tengo que familiarizarme con mi puesto en la investigación.

—Y yo entiendo que quiera hacerlo, inspectora —respondió con tranquilidad y respeto—. Y para que disponga de toda la información, le diré que fuimos los primeros en llegar al escenario del crimen y por eso hemos dado los pasos previos y fundamentales en la investigación.

—Muy bien, pues ahora empieza mi turno. Yo hablaré con los familiares de las víctimas.

—Lo daba por hecho, inspectora; es lo lógico, siendo usted la responsable del caso.

—Así es —afirmé—. Aunque también me han informado de que ambos

cuerpos cooperaremos en esta investigación.

—Espero que eso no suponga un problema para usted.

—En absoluto, si todos remamos en la misma dirección.

—Le aseguro que todos queremos llegar a buen puerto —contestó Lemos, siguiendo mi símil—. Voy a decirle a la patrulla que traigan de nuevo a los testigos. Ahora mismo me uno a ustedes.

—Comencemos nosotros —enunció el comisario Torres, que echó a andar hacia el fondo del edificio. Lo seguí por un pasillo que contaba con tres ventanas alargadas, por las que se podía ver el interior de cada despacho, y cuatro puertas de madera oscura, todas ellas cerradas en ese momento. Torres se paró frente a la segunda y, antes de abrirla, me miró y dijo:

—Has visto como es un hombre competente.

—Eso parece. Aunque, ya se lo he dicho, me preocupa un poco su inexperiencia en este tipo de delitos, no le voy a engañar.

—Somos policías, a todos nos entrenan de igual manera en lo fundamental.

—No me malinterprete, señor, no pretendo poner en tela de juicio la competencia de la Guardia Civil, solo temo que no se siga el protocolo correcto y eso haga que yo vuelva a cagarla con este caso.

—Tú no la cagaste, Lola, deja ya de castigarte —comentó Torres con adustez—. ¿De acuerdo?

—¿Es una orden?

—Lo es —afirmó categórico.

—Entonces, como usted mande, comisario.

—Mejor así, inspectora. —Su rostro se relajó—. Además, para que te quedes tranquila, te recuerdo que yo estaba aquí para comprobar que los cauces eran los correctos.

—Cierto, señor, discúlpeme, me he dejado llevar por la pasión de volver al trabajo —revelé un poco avergonzada. Una parte de mí había desconfiado del trabajo de la Benemérita, aunque, eso sí, olvidando que mi comisario estaba trabajando con ellos. Había que ser torpe.

—Disculpada.



—Igual estoy un poco oxidada después de la baja.

—Lo dudo. —Negó con la cabeza—. Solo relájate, Lola, olvida tus miedos y céntrate en la investigación. Y esto también es una orden. —Sus palabras no portaban ningún tipo de acritud, todo lo contrario, iban preñadas de aliento—. Y ahora entremos.

Mientras yo asentía, el comisario abrió la puerta y accedimos a una pequeña habitación llena de estanterías con archivos. La completaban una mesa con un ordenador, unas cuantas sillas, material de oficina por todos lados, una pizarra de metacrilato opaco y un corcho del que colgaban, clavados con chinchetas, algunos papeles y fotografías. Un hombre, sentado de espaldas a nosotros y que ni se inmutó al oírnos pasar, tecleaba en un ordenador. Lo que estuviera haciendo tenía atrapado su completo interés.

—Ya estoy aquí —anunció el capitán Lemos, entrando casi detrás de nosotros—. En breve tendrá a los testigos en el cuartel, inspectora.

—Muchas gracias, capitán —le dije.

—No me las dé.

Exhibí una sonrisa teñida de torpeza y miré a Torres. El comisario, sin embargo, me mostró su semblante circunspecto, algo que me preocupó. Por fin, el otro hombre se apartó del ordenador, se levantó y se giró despacio, hasta que su mirada chocó con la mía. Por unos segundos me quedé sin aire y el corazón dejó de latirme. Era él. Él estaba aquí. Aquí, en esta investigación, y yo tenía que trabajar con él. ¿Cómo iba a hacerlo?

—Buenos días, inspectora Velázquez —dijo un poco atribulado, sin ni siquiera presentarse.

—Buenos días —saludé con frialdad, tratando de disimular todo lo que acababa de removerse en mi alma.

El capitán Lemos nos observó extrañado. El saludo había sido demasiado áspero y sin un mero acercamiento para estrechar las manos. El comisario escarbó en mi mirada mientras yo sostenía la suya con rabia. No me había contado que él, el hombre que más odiaba, el que no deseaba volver a ver en mi vida, trabajaría conmigo. De haberlo hecho, nunca hubiera aceptado el caso. Jamás. Repentinamente, un rayo de luz iluminó mi cerebro haciéndome ver que esas no eran las formas adecuadas ni correctas para alguien con mi trayectoria profesional. Por mucho que me doliera la situación, debía entonar

el «mea culpa» para expiar mi comportamiento y corregirlo en aras de la investigación.

—Perdón, inspector. —Le ofrecí la mano, y Bruno me la estrechó. Por un instante creí que su contacto me quemaba.

—Discúlpeme un momento, necesito ir al baño —dije, y salí de la habitación. Inhalé una buena carga de oxígeno para poder recuperar la respiración. Me sentía un poco mareada. Mis sentimientos se bamboleaban como una vieja barca que hacía aguas.

—El servicio está en el lado contrario —me avisó Lemos, asomando la cabeza por la puerta.

—Gracias, capitán —le contesté, y eché a andar con la mano posada en el pecho. De repente me dolía el corazón.

# 6

## El Cerebro

Ya están aquí. Eugenio me ha anunciado la llegada de la Brigada de Homicidios a Lagos del Pino. También me había dicho que la inspectora que llevó el caso de Gonzalo, Dolores Velázquez Romero, volvía a estar a cargo de la investigación. Tanto ella como los demás ya habrán comprendido que los tres crímenes son obra del mismo asesino, no hay que ser un lumbrera para deducirlo. El dibujo de la nota es una evidencia clara, la firma del autor.

Eugenio viene a menudo y me dice cosas, y yo le escucho con atención. Él siempre me avisó de que la venganza tendría daños colaterales, y yo ya sabía que la inspectora había sido uno de ellos. Pero a él no le importaba. Comentaba que no pensaba sentirse responsable, él no tenía la culpa de la agresiva actuación de los periodistas. Yo, en cambio, sentía cierta lástima por Dolores Velázquez. La prensa fue bastante injusta con su persona, nada imparcial, la atacó de una forma despiadada. Nunca comprendieron que ella no era la única responsable de que el asesinato de Gonzalo quedara sin resolver.

## 7

Entré en el aseo y cerré el pestillo. Bajé la tapa del inodoro y me senté en él. Una extraña desazón se abrió paso por mis venas a dentelladas, abrasándome como una incisiva bola de fuego. Estaba impactada, un poco cabreada y bastante dolida. Tenía ganas de chillar para desahogarme y a la vez notaba que mi voz no podría salir de la garganta porque la desesperación la estrangulaba. Metí los dedos entre mi cabello y respiré profundamente, intentado calmarme. Pero el sosiego no podía instalarse en mí mientras no dejase de pensar en Bruno. El maldito de Bruno. Me preguntaba una y otra vez por qué tenía que ser él parte del equipo de investigación, con la cantidad de inspectores de Homicidios que habría en España. ¡Mierda!

En medio de mi meditación comencé a recordar cuanto creía tener olvidado, porque todo seguía ahí, almacenado en un reducto de mi interior, y había echado raíces. No fue necesario profundizar mucho; veloces, los recuerdos salieron disparados, haciéndome retroceder dieciséis años de golpe. Me volví a ver pasando la dura oposición para ingresar en la Academia de Policía y cursar para inspectora, justo donde conocí a Bruno Molina Herrero, un compañero que aspiraba a lo mismo que yo. Por aquel entonces yo era una entusiasta que aún no había cumplido los veinticuatro años y él un guaperas de veintiséis. Nada más verlo, con el primer cruce de miradas, el suelo se desestabilizó bajo mis pies. Era un hombre de atractivo salvaje que a mí se me antojó guapo hasta decir basta. Tenía el pelo castaño, y la tez morena acentuaba sus ojos felinos de un azul verdoso, color pantano. Lo observé embelesada, sin perder detalle; su nuez puntiaguda y sexi, la barbilla marcando un pronunciado hoyuelo, la boca tremendamente sensual, con unos labios carnosos de lo más apetecibles... Deseé besarlo en ese preciso instante. Lo ansié. Tuve que apartar la vista de él con la intención de frenar mis pensamientos y respirar hondo para sofocar el acaloramiento que mi anhelo empezaba a despertarme. Lo hice de forma tajante, aunque solo surtió efecto por unas horas, porque no conseguí dejar de pensar en él durante días, ni de soñarlo por las noches. Menos aún cuando nuestro intercambio de miradas era a diario, a la par que crecían las ganas de conocernos.

Bruno y yo conectamos desde el principio, por muy tópico que suene,

como si nos conociéramos de toda la vida, pero no fue hasta un año después de desear besar sus labios cuando por fin los probé. Ocurrió una noche de sábado en la que salimos a tomar unas copas con otros compañeros. Los dos presentíamos que esa noche era nuestra noche, y lo supimos con certeza en cuanto nuestros labios se unieron en un apasionado beso. Poseídos por un desmedido frenesí, el que otorga el deseo de conquistar un cuerpo anhelado desde el primer instante de ser descubierto, buscamos cobijo en la habitación de un hotel y nos enredamos bajo las sábanas. Nos amamos con tanto ímpetu que daba la impresión de que el mundo fuera a terminarse esa misma noche.

Tras aquella maravillosa sesión de amor, cualquier rincón de la academia era bueno para vernos, para regalarnos un beso y un par de caricias de forma furtiva. Era un aperitivo para nuestra hambre voraz, pero lo necesitábamos, o mejor dicho, nos necesitábamos; nos habíamos enamorado sin remedio. Éramos tan felices juntos como el frío y la nieve en enero, el mes en el que nos encontrábamos. Por eso, curiosamente, a nosotros el duro invierno de Ávila nos hacía arder.

Todo cambió cuando terminó nuestra formación y nos asignaron destino; a Bruno lo enviaron a Zaragoza y a mí me tocó Madrid. Apenas acababa de jurar el cargo cuando el recién ascendido comisario Torres me solicitó para su unidad y entré a formar parte de la Brigada de Homicidios de la capital. Torres decía que dentro de mí había una gran investigadora, no en vano había sido la mejor de la promoción, y el cuerpo necesitaba a los más destacados para esa unidad. Reconozco que fui afortunada porque aprendí en una de las mejores centrales: la de Madrid. Muchos de mis compañeros decían que era la élite de Homicidios, y con el tiempo descubrí que no les faltaba razón. Los primeros meses los dediqué a observar y a absorber cual esponja, a empapar me de las bases de las distintas variedades dentro de la unidad. Luego Torres se encargó de adiestrarme personalmente, y acabé convirtiéndome en lo que soy.

Pero a Bruno y a mí iban a separarnos más de trescientos kilómetros, cerca de tres horas de trayecto, y eso fue un duro mazazo. Él me prometió venir cuantas veces pudiera, y yo le devolví la misma promesa. Nada tenía por qué cambiar, nuestro amor era fuerte, resistiría la distancia y cuanto se le pusiera por delante. Reconozco que la despedida fue muy dura para mí, después de algo más de dos años viéndonos a diario, me costó un mundo apartarme de su lado, de su boca, de sus besos. Nunca olvidaré ese traumático

momento.

—Me marchó, Lola —dijo, dejando mi boca huérfana—. Te llamo en cuanto llegue.

—Vale. —Y de nuevo lo volví a besar con más ganas. Aún no se había marchado y ya lo echaba de menos—. Cuídate mucho y llámame a menudo.

—Lo haré, te llamaré todos los días. Y te prometo que nos veremos pronto y tantas veces como podamos, cielo. —A pesar de intentar hacerse el duro, la voz se le quebró un poco.

Nos fundimos en otro largo beso antes de que Bruno se marchara al fin. Lo quería tanto, tanto, tanto..., a rabiar.

Sin embargo, una cosa era la teoría y otra muy distinta la práctica, ¿verdad, Bruno? Mucha palabrería bonita, pero lo que cuentan son los hechos, y en eso la fastidiaste. Claro que sí, la cagaste por completo. Con lo que yo te quería... «Te quería», ese es el tiempo verbal correcto, en pasado, el que llevo usando muchos años, desde que tú...

—Lola, ¿estás bien? —preguntó la voz del comisario Torres desde el otro lado de la puerta del aseo, borrándome el amargo recuerdo de un plumazo.

—Sí, ya salgo —contesté, y abrí a los pocos segundos.

El comisario estaba esperándome de brazos cruzados y con gesto circunspecto.

—¿De veras que estás bien? —Arrugó el entrecejo.

—Sí —respondí con cierta frialdad—. Todo bien, comisario.

—Lola, que nos conocemos.

—Pues entonces ya sabe la respuesta, señor.

—¿Tanto problema supone para ti trabajar con el inspector Molina? —preguntó de sopetón.

—¿Por qué no me dijo que él estaría aquí? —Ignoré su pregunta.

—Él tiene nombre, se llama Bruno Molina Herrero y es un gran inspector de Homicidios, como tú.

—Sé cómo se llama, comisario; lo sé mejor que nadie —dije seria, aunque no a la defensiva.

—¿Vas a responder a mi pregunta, Lola? ¿Puedes trabajar con él? Porque

imagino que no querrás dejar el caso.

Por supuesto que no, pensé, era mi caso, el caso que me había consumido durante este largo año.

—Puedo trabajar con él, descuide. Ante todo soy policía y sé dejar al margen mis sentimientos y mi vida personal. —Mientras lo decía sabía que me iba a resultar difícil hacerlo por todo lo que me removería por dentro, pero también que lo lograría, aunque saliera lastimada.

—Muy bien, no esperaba menos de ti —entonó Torres con orgullo.

—Entremos de nuevo y empecemos a trabajar.

—Como usted diga, inspectora Velázquez. —Sus palabras estaban teñidas de satisfacción.

Y el comisario Torres y yo volvimos a la habitación donde nos aguardaban el capitán Lemos y Bruno. Disimulando mi lacerado orgullo, que por unos minutos me había abatido el ánimo, y enfundándome en mi papel profesional, me dispuse a trabajar.

## 8

—La razón de que se me haya nombrado inspectora al cargo es muy simple —les comuniqué a Bruno y al capitán Lemos—. Hace algo más de un año se cometió un brutal asesinato en Madrid y yo dirigí la investigación, pero fuimos incapaces de resolverlo. Nadie vio nada, nadie oyó nada y no hallamos nada a excepción de unas fibras bajo las uñas del muerto, que tampoco nos condujeron a nada. Los asesinatos que se han cometido aquí llevan la misma firma, así que es probable que el responsable sea el mismo sujeto, y eso abre una nueva vía en la investigación. Y sin más preámbulos, ¿qué tenemos?

—Dos asesinatos, dos cuerpos —contestó Lemos, acercándome unas fotografías de la escena del crimen—. Eneko Alzola Goitia, de San Sebastián. Trabajaba en un club náutico dando clases de surf. Con la noticia, su hermana se ha quedado en estado de *shock*. Un hombre, que ha resultado ser el jefe de Eneko, ha terminado hablando conmigo. Él también se ha quedado de piedra y se ha deshecho en halagos hacia la víctima.

—Pobre hombre —dije mirando las fotografías.

—El otro es Imanol Esnaola Uribe, de Vitoria. —Depositó más fotografías sobre la mesa. Observándolas, me di cuenta de que los cuerpos no parecían haber sido tratados con tanta crueldad como el de Gonzalo, por eso mi estómago seguía en su sitio—. Era empresario, tenía un taller de aluminio al que parece que la crisis le estaba pasando factura, o al menos eso me ha contado su esposa, que, por cierto, ha sido bastante fría y solo ha dicho que estaba de camino al cuartel para testificar, sin más, no ha mostrado la más mínima afección.

—Interesante —comenté.

—Más bien preocupante, diría yo —aclaró Lemos, y prosiguió—: Ambas víctimas iban identificadas, no les faltaba la cartera, ni el móvil, ni el reloj, y ambos han sido asesinados de forma violenta. Sus cuerpos fueron hallados ayer, uno alrededor de la una de la madrugada y el otro sobre las ocho de la mañana. La Policía Científica rastreó las escenas del crimen a fondo y la inspección ocular fue minuciosa; aun así, no encontraron ni una sola pista con



la que poder trabajar. En el terreno hay un centenar de huellas de todo tipo porque es un lugar frecuentado por muchos amantes de la naturaleza y por parejitas, lo que es igual a no tener nada. Por eso mismo, por ser un lugar transitado, estamos seguros de que no los asesinaron ahí. Los mataron en otra parte y luego dejaron los cuerpos en ese lugar. El forense opina lo mismo.

—¿Ya ha llegado su informe? —pregunté de inmediato.

—Sí, hace unos minutos.

—¿Y qué hay en él? ¿Algo que nos ayude? —demandé a renglón seguido.

—Estricnina —respondió Lemos, categórico, mientras tomaba el informe de encima de su mesa.

—¿Envenenados? —Lo miré perpleja.

—Sí —afirmó—. Con un pesticida, lo que vulgarmente llamamos matarratas.

—¡Joder, eso es nuevo! —Observé al comisario, confusa—. En el cuerpo de Gonzalo no se halló nada parecido.

—Pues en esta ocasión es lo que ha utilizado —me dijo él.

Pensé en lo horrorosa que habría sido la muerte. La estricnina provoca agitación, espasmos, convulsiones, asfixia... Era una manera de morir bastante espantosa.

—¿Cómo se la administraron? —pregunté—. ¿Y qué cantidad?

—Por vía oral. Es una sustancia de sabor amargo, pero puede disolverse sin problema en cualquier líquido. Según el informe del forense, también se han hallado niveles anormales de cloroformo en los tejidos, lo cual quiere decir que primero los adormecieron.

—Probablemente para capturarlos y llevarlos al lugar donde fueron asesinados —dije, visualizando la escena—. Cuando despertaron, el sujeto les obligó a ingerir la estricnina.

—Sí, es lo más probable —convino el capitán—. En cuanto a la cantidad de veneno, el informe dice que una dosis letal se encuentra entre los quince y treinta miligramos, pero en la sangre de Eneko e Imanol había más de cien.

Cerré un instante los ojos, horrorizada al imaginar el sufrimiento que habrían pasado esos hombres.

—¿A qué hora murieron? —pregunté.

—Según el forense, Eneko entre las 10 y las 12 de la noche e Imanol entre las 3 y las 5 de la madrugada.

—Es poco margen. El sujeto se pasó la noche asesinando —escupí.

—Eso parece —reconoció Lemos—. Los efectos de la estricnina se manifiestan de diez a treinta minutos después de ser ingerida, y pueden pasar varias horas hasta causar la muerte. Eso quiere decir que el sujeto tuvo que estar con ellos bastante tiempo hasta verlos morir. Luego los trasladó para montar la escena del crimen.

—Sí, los retuvo en algún lugar, pero tuvo que ser en el mismo a los dos —aseguré—. No cabe otra opción con tan poco margen de tiempo entre las muertes.

—Debe de tener un lugar preparado para tal fin —afirmó él.

—Uno bien escondido —añadió Bruno.

—Supongo que sí. —Torres asintió.

—Sabemos que ingirieron alcohol. Igual quien los mató disolvió la estricnina en él —prosiguió Lemos—. El forense destaca la alta cantidad de alcohol presente en la sangre de Imanol. Por lo que parece, era bebedor habitual y tenía una incipiente cirrosis. También consumía drogas: cocaína. El informe recoge que el tabique nasal estaba bastante dañado por esnifar la droga. Y eso es todo —concluyó, pasándome el informe, que empecé a ojear de inmediato.

—Bien —comunicó el comisario—. Ahora vamos a poner de manifiesto las similitudes entre estos asesinatos y el de Gonzalo Montero Pérez.

—Perdone, inspectora —avisó Bruno. Yo lo observé atenta—. He solicitado que me envíen el informe de ese caso y lo estaba leyendo en el ordenador cuando ha llegado usted. Hay bastantes similitudes entre el primer asesinato y los dos de ahora, pero también hay diferentes matices.

—¿Adónde quiere llegar, inspector Molina? —pregunté.

—Pues que esas diferencias podrían indicar que estamos ante un imitador.

—No —respondió el comisario Torres de inmediato, dejándome a mí con la misma respuesta colgando de la punta de la lengua—. Es la misma firma,

Molina: la nota con el dibujo de la Dama de la Justicia apareció junto al primer cuerpo y también junto a estos. Esa nota nunca trascendió a la prensa en el caso del señor Montero, y nadie conoce el importantísimo detalle del dibujo. Ni siquiera se puso en conocimiento de la viuda por miedo a que hiciera público su contenido y perjudicara la investigación; es secreto de sumario. De modo que aunque haya diferencias en el modo de ejecutar los crímenes, o en el dibujo, es la misma mano —explicó taxativo—. No me convence mucho esa teoría suya, inspector.

—Entonces descartada, señor. —Bruno asintió con acatamiento.

—Vamos a comparar los crímenes —señalé—. Inspector —me dirigí a Bruno—, le importaría ir anotando en la pizarra. —Era una petición con modales, no una sugerencia.

—Por supuesto —respondió, y no tardó ni un segundo en coger un rotulador y, con un largo trazo de color negro, dividir la pizarra en dos partes para apuntar. En la de la izquierda escribió: «primera víctima», y en la de la derecha: «víctimas actuales». Luego aguardó mis palabras.

—Hallamos el cuerpo del señor Montero en una fábrica abandonada porque una llamada anónima nos avisó —empecé a exponer—. Cuando llegamos lo encontramos maniatado a una mesa, bocabajo y desnudo de cintura para abajo. Tenía múltiples golpes y le habían flagelado las nalgas sin piedad. También tenía una nota, clavada en el pecho con una chincheta, en la que podía leerse: «Tengo derecho a quitarte la vida y a dejarte vacío. Igual de vacía que está tu degenerada alma». Estaba firmada con un dibujo de la Dama de la Justicia. Las únicas pistas que encontramos fueron unas fibras debajo de las uñas de la víctima. Eran de tela de ito, una seda que se usa especialmente para la encordadura del puño de las catanas. Normalmente el color suele ser negro, pero esas fibras eran de un azul cobalto. —Hice una pausa para tomar aire—. Pero no había ninguna catana en el escenario del crimen, así que no sabemos cuándo o cómo entró la víctima en contacto con dicha empuñadura. —Bruno fue apuntándolo todo en la pizarra.

—¿Causa de la muerte? —me preguntó.

—El informe forense concluyó que había muerto a causa de hemorragias, tanto internas como externas —expliqué—. Las internas fueron causadas por los fuertes golpes recibidos. Los hematomas indicaban que fue golpeado con un elemento largo y pesado, seguramente una barra de hierro. Las externas se

las causaron los múltiples latigazos que recibió en las nalgas. Fueron tan brutales que los glúteos se encontraban un grado más allá de estar en carne viva, había zonas en las que faltaban pedazos de carne.

Mientras Bruno terminaba de anotar los datos en la pizarra, me estremecí al evocarlo y se me revolvió el estómago. Aquel escenario fue dantesco, brutal, el peor de cuantos me había enfrentado hasta el momento. Me recompuse como pude, sin que ninguno de los presentes reparara en mi angustia interior.

—¿Algo más que añadir, inspectora? —preguntó Bruno.

—Sí. Debemos tener presente que al sujeto le gusta tomarse su tiempo y recrearse con las víctimas. Lo del señor Montero no fue un trabajo rápido, y estos asesinatos tampoco lo han sido.

—Muy bien, anotado —dijo, terminando de escribir—. Ahora vamos a analizar las diferencias con las víctimas actuales. Ambos estaban completamente vestidos y no habían sido golpeados ni sus nalgas flageladas; han muerto envenenados. En cuanto a las notas, son similares a la primera pero con pequeñas variaciones. En las dos está escrito: «Si ves el mal y no lo rechazas, tu corazón está hueco. Igual de vacío que tu degenerada alma». Por supuesto, en ambas aparece el dibujo de la Dama de la Justicia, pero también con diferencias con respecto al dibujo de la nota del señor Montero. La balanza está dibujada más alta y la figura no es tan estilizada. Además, la venda que le cubre los ojos es un poco más ancha.

—También el trazo en la primera nota era más fino —advertí, comparando ambas en los respectivos informes—. Da la impresión de que hubiera repasado el dibujo unas cuantas veces, por eso varía.

—Cierto —afirmó Bruno.

—¿No se han hallado fibras, pelos o cualquier otra pista en estos asesinatos? —le pregunté al capitán.

—Como puede ver, el informe dice que en sus ropas solo se ha encontrado tierra, que además coincide, según dictamina la Científica, con la del lugar donde se hallaron los cuerpos. La misma que hay en sus manos y uñas. Tenemos poco, la verdad.

—Bueno, es poco, pero creo que podemos concluir algo importante: el móvil —comenté—. Aunque estos dos asesinatos no reproducen las

flagelaciones en las nalgas del primero, por la nota y el dibujo puede deducirse que el asesino trata de hacer justicia; es decir, los mata porque cree que merecen morir, que de ese modo los ajusticia, les impone un justo castigo.

—Un castigo por algo que hicieron. ¿Una venganza quizá? —preguntó el comisario.

—Es muy posible, señor —determiné—. Pero, si es así, habría que descubrir el motivo de esa venganza. Además, debe haber una razón para que haya cambiado el modo de cometer los asesinatos. Creo que esas son las dos claves más importantes.

—Está claro que es el mismo *modus operandi* pero con pequeñas variaciones, con otro alias, pero también debemos tener en cuenta que ha pasado más de un año. —El capitán Lemos repartió su mirada entre nosotros—. Yo también me pregunto por qué a estas víctimas no las ha molido a golpes ni les ha flagelado las nalgas. Y aunque la muerte por matarratas debe de ser espantosa, parece que quería hacerlas sufrir menos que a la primera.

—Yo también he barajado esa posibilidad —contesté—. Pero la realidad es que todo son suposiciones. Tenemos mucho trabajo por delante y ni un solo indicio por el que empezar.

—Aún no hemos hablado con los familiares —enunció Lemos.

—Exacto, los familiares sabrán si las víctimas se conocían. Eso podría revelar algún hilo conductor que conecte los tres asesinatos —argumenté.

—Pudiera ser —advirtió Bruno.

—También hay que buscar en sus redes sociales: Facebook, Twitter, Instagram... A veces las familias no conocen toda la vida de sus hijos, maridos, padres... Y debe haber algo que los relacione. —Aunque traté de evitarlo, soné un poco desesperada.

—Lo que resulta extraño es el amplio margen de tiempo transcurrido desde el primer asesinato —advirtió Lemos—. No dejo de preguntarme por qué ha esperado más de un año para volver a impartir su «justicia».

—Debe haber una razón. Resulta extraño que haya esperado tanto tiempo y en veinticuatro horas haya asesinado dos veces. —Resoplé.

—Puede que al sujeto le haya ocurrido algo durante ese tiempo —

enunció Bruno—. Algo que no le haya permitido matar.

—Por supuesto —indicó el comisario—, un accidente, una enfermedad larga, haber estado fuera del país, una temporada en la cárcel...

—Lo cierto es que no podemos concluir nada aún —anuncié—, por eso es tan importante buscar el vínculo entre las víctimas, si es que existe. Si el sujeto se está vengando por algo puede haber más personas en riesgo de convertirse en su objetivo.

—Por si acaso, debemos actuar con la mayor rapidez. —Bruno asintió.

—Capitán, ¿han inspeccionado los móviles de las víctimas? Llamadas, mensajes, redes sociales...

—Estamos esperando a que nos lo comuniquen, inspectora.

—¿A que nos lo comuniquen? ¿Acaso los móviles no están en nuestro poder?

—No —respondió Lemos, tajante.

—¿Por qué? ¿Aquí no hay nadie que pueda hacer ese trabajo?

—Sí, claro. El cabo Martínez es ingeniero informático y dentro del cuerpo está especializado en investigación tecnológica. Precisamente por eso les pedimos a los de la Científica que nos dejaran los móviles: para ayudar y para ir adelantando trabajo. Sabemos que no hay tiempo que perder con este caso. Pero nos dijeron que esa decisión le correspondía al juez, no a ellos, y su señoría se marchó a toda prisa del escenario del crimen sin responder a nuestra petición.

—Yo puedo llamar a mis compañeros a ver si han examinado los móviles —dijo Bruno de repente.

—Ya lo tenías que haber hecho. —Sonó a lo que era: un reproche—. Y si puedes recuperarlos, mejor. Si te ponen pegas, pásamelos a mí —dije con un leve tono de soberbia.

Desvié la mirada hacia el comisario, que la enfrentó a la mía con reprobación, clavándome los ojos como si fueran agujas. Era obvio que no le habían gustado mis formas, pero a mí no me gustaba perder el tiempo, y eso, a veces, me sacaba el mal carácter.

—No se preocupe, inspectora, intentaré hablar con el juez. —Bruno cogió su móvil y salió para hablar.

Era sumamente importante examinar sus móviles a fondo, tanto lo que estaba al alcance de cualquiera como los archivos ocultos. Recordé las palabras de Nieto, un compañero de la Brigada de Investigación Tecnológica que siempre decía lo mismo: «En el noventa por ciento de los casos lo eliminado sigue estando en el dispositivo, en un lugar al que solo los expertos sabemos acceder».

—A ver qué dice el juez —manifestó Torres, sacándome de mis pensamientos—. Si es necesario, yo también hablaré con él.

—Espero que tengamos suerte y encontremos en ellos una pista con la que poder empezar a investigar. —Suspiré esperanzada.

—Yo también lo espero —entonó Lemos—. Y si estuviera aquí Martínez le diría que seguro encontramos algo interesante. Los móviles acaban convirtiéndose en bases de datos de nuestras vidas, y aunque eliminemos contenido, siempre existe una forma de recuperarlo.

—¿Tampoco sabemos si han encontrado alguna huella en las notas? —le pregunté al capitán Lemos.

—Como le he dicho, la Científica aún no tiene nada, pero no creo que tarde en llamar.

—Claro que no tardarán, este caso tiene máxima prioridad —avisó Torres, y en ese instante Bruno entró de nuevo.

—Nos han dado permiso para extraer la información de los móviles. Ellos aún no han tenido tiempo de ponerse con ellos, tienen mucho trabajo y poco personal por las fechas que corren. Me han dicho que nos los traerá la Policía Judicial aproximadamente en una hora.

—Bien, pues en cuanto los tengamos hay que ponerse con ellos sin perder tiempo —anuncié.

—Descuide, el cabo Martínez lo hará en cuanto lleguen. —El capitán acompañó sus palabras con un firme asentimiento.

De pronto, Torres exhibió un gesto de gravedad que me puso en alerta y habló:

—Antes de ponernos a trabajar, y ahora que ya está aquí la inspectora Velázquez, quiero decir algo. En realidad, es ella la que debe ser informada, me consta que, aunque no se haya hablado abiertamente, los demás lo sabéis

por vuestros superiores.

—¿Qué ocurre? —pregunté intrigada.

—Hay que resolver este caso con extrema rapidez, son órdenes de los de arriba. —El comisario no solo me respondía a mí, les hablaba a todos—. El porqué de tanta prisa. Fácil. La prensa convirtió el asesinato de Gonzalo Montero Pérez en un circo mediático. El nombre de la inspectora fue ensuciado y su persona calumniada en múltiples ocasiones, algo que también desprestigió al cuerpo de policía. Nadie desea que vuelva a ocurrir algo parecido ni que la emprendan con ella de nuevo, y mucho menos que eso acabe afectando al resto. Quieren, y exigen, celeridad y resultados. Que la información que se le facilite a la prensa sea solo en nuestro propio beneficio, no en nuestro detrimento. Señores, todos los ojos están puestos sobre nosotros y no vamos a defraudar a nadie, ni siquiera a nosotros mismos.

—Haremos cuanto podamos, comisario, eso no lo dude —dije con entereza.

—Por supuesto que sí —afirmaron Bruno y Lemos.

De pronto se abrió la puerta y el brigada Aitor Garmendia anunció:

—Acaban de llegar los familiares de Imanol Esnaola Uribe: su esposa y su hijo.

—Creo que somos demasiada gente para un interrogatorio, es preferible que no se sientan intimidados. ¿Qué le parece si usted y yo nos vamos a tomar un café? —preguntó Lemos al comisario Torres.

—De acuerdo. Tantos policías somos una multitud —confirmó.

Fijé la mirada en el brigada Garmendia, que esperaba apoyado en el quicio de la puerta con su eterno gesto altivo, y le dije:

—Por favor, hágalos pasar.

Todos abandonaron la habitación y yo me quedé a solas con Bruno durante unos segundos, un tiempo que se me hizo eterno. El silencio durante ese breve rato fue tan estruendoso que casi me agujereó los tímpanos.



# 9

## El Cerebro

Era el turno de Biel, había llegado su hora e iba a pagar por lo que hizo. Era el penúltimo de la lista, y Eugenio decía que con su muerte estaríamos más próximos a hacer justicia. También decía que Biel merecía sufrir un castigo mayor que Eneko o Imanol. Lo merecía por cómo actuó con el hijo de puta de Gonzalo, el único que yo había sido capaz de matar.

Debían morir todos, sin excepción, y la Mano Ejecutora se estaba encargando de darles muerte, aunque no como se merecían, como murió Gonzalo. Es difícil quitarle la vida a alguien cuando no eres un asesino, y yo no lo soy, así que busqué a alguien que llevara a cabo las ejecuciones. Porque es lo que son. No son muertes gratuitas, son justicia. Al principio me tachó de loco, no podía creer lo que le pedía, y cuando comprobó que no iba de farol se negó por activa y pasiva. Así que tuve que chantajearlo. Lo amenacé con matar a su familia si no acataba mis órdenes, y entonces me creyó. ¡Vaya si lo hizo! ¿Y cómo no hacerlo cuando supo de qué forma tan cruel había matado yo a Gonzalo? No le quedaba más remedio si quería proteger a los suyos; a sus adorables hijas, a su mujer. Su pobre mujer, que no se merecía un marido como él, un puto mujeriego que no paraba de engañarla con la primera que se cruzara en su camino. Pero eso sí que era un farol, porque yo no soy ningún psicópata, solo alguien que busca vengarse, que busca justicia, y en mi mente jamás sopesé la idea de quitar de en medio a su familia, qué culpa tenían ellos. Pero eso él no lo sabe, y la amenaza surtió el resultado esperado: aceptó y conseguí tenerlo a mi disposición. Decidí llamarle la Mano Ejecutora y le pedí que me llamase el Cerebro, y así comenzó nuestro acuerdo.

Y ahora había llegado el momento de que la Mano Ejecutora volviera a trabajar. Cogí el móvil desechable y le mandé un mensaje:

Prepárate, comienza la fiesta.



# 10

La esposa e hijo de Imanol Esnaola Uribe entraron en el improvisado despacho. La mujer aparentaba ser de mi edad, a pesar de las abundantes canas que teñían su corto cabello moreno. Su rostro alargado estaba demacrado, y su más o menos metro sesenta lucía una delgadez extrema, parecía consumida. El hijo tendría poco más de veinte años. Su pelo era largo y lacio, oscuro, a juego con sus ojos y con su piel, y su casi metro noventa estaba recubierto de unos músculos fuertes y bastante desarrollados. Me causó impresión verlos tan enteros, como si aquel asesinato no fuera con ellos. Sus miradas no estaban tristes ni enrojecidas a causa del llanto. Tampoco rebosaban alegría, pero mostraban calma; una extraña paz que me creó desasosiego.

—Buenos días, soy la inspectora Velázquez, y él es el inspector Molina. Tomen asiento, por favor.

—Soy Javiela Antuña, la esposa de Imanol. O casi mejor decir su viuda, ¿verdad?

—Lo siento mucho, señora Antuña, de veras.

—Yo soy su hijo, Andoni Esnaola.

—Lamento la pérdida de su padre, y le prometo que haremos todo lo posible para coger a su asesino.

—Nosotros no la vamos a engañar, inspectora, no vamos a fingir pena porque no lamentamos su pérdida —dijo la mujer con extrema seriedad—. Igual mis palabras le suenan horribles, pero lo horroroso es la vida que ese hombre nos ha dado.

—Señora Antuña, yo no estoy aquí para juzgar a nadie —entoné con mesura, a pesar de mi sorpresa—. Yo no conocía a su marido y desconozco su relación, no sería justo por mi parte opinar de lo que ignoro.

—Imanol nos ha hecho pasar por un infierno. Era un borracho, un drogadicto, un putero y un maltratador. De modo que no vamos a hacer el papel de viuda desconsolada e hijo afligido, porque su muerte, por espeluznante que les suene, nos ha llenado de paz.

Observé con detenimiento el rostro de Javiela, su expresión lo decía todo. Aquellos ojos no habían llorado durante las últimas horas, pero llevaban mucho tiempo haciéndolo, las arrugas que exhibían a su alrededor confirmaban la angustia de su historia.

—Mi padre era una mala persona, inspectora —comentó Andoni—. A saber por qué lo han matado, igual ha sido un ajuste de cuentas.

—Eso es algo que habrá que investigar. Por eso, dejando al margen los sentimientos, me gustaría que respondieran a algunas preguntas sobre él.

—Dígame —expresó la mujer.

—¿Sabían por qué estaba aquí, en Lagos del Pino?

—No —contestó a la vez que zarandeaba la cabeza—, pero eso era lo normal, nosotros nunca sabíamos nada de su vida; hacía y deshacía como le venía en gana. Tenía el negocio abandonado y últimamente solo se dedicaba a sus vicios. Mi hijo y yo nos mantenemos gracias a nuestro trabajo. Yo friego escaleras a destajo y él se parte la espalda descargando camiones. Y, como bien le ha dicho mi Andoni, su padre era una mala persona.

—¿Tampoco sabrán si conocía a alguien aquí y o si tenía alguna relación con este pueblo?

—Ni idea. —Javiela sacudió de nuevo la cabeza.

—Mi padre no hablaba mucho, solo sabía gritar, insultar y pegar. Pero cuando crecí me enfrenté a él y no volvió a ponerle la mano encima a mi madre —explicó Andoni, orgulloso.

—¿Lo denunció? —preguntó Bruno de repente.

—No, nunca lo hice —contestó ella.

—Pues debería haberlo hecho, señora —aseveró con un matiz reprobatorio.

—¿Para qué? ¿Acaso la policía iba a estar conmigo cuando él volviera a casa? No, claro que no. —Pareció un reproche—. Mi hijo supo defenderme, y teniéndolo a mi lado nunca más se atrevió a pegarme. Vivíamos en la misma casa, pero llevábamos años sin compartir habitación. Él solo iba a dormir, el resto del tiempo no sabíamos dónde estaba. A veces ni siquiera aparecía durante días.

—¿Le suena el nombre de Eneko Alzola Goitia?, ¿podría ser un amigo o

conocido de su marido?

—No, nunca lo había oído. ¿Y tú? —preguntó a su hijo, adelantándose a mí.

—No. —El aludido se encogió de hombros.

—¿Y el de Gonzalo Montero Pérez?

—Qué va —contestaron casi al unísono.

—¿Son sospechosos? —interpeló la mujer.

—No, ellos también han sido asesinados —respondí—. Por eso queríamos saber si se conocían o si entre ellos había algún tipo de relación del tipo que fuese.

—Pues en eso no les podemos ayudar, lo siento.

—¿Podemos saber cómo lo han matado? —me preguntó Andoni.

—Ha sido envenenado con estricnina.

—¿Lo ve? —anunció el joven—. Eso ha sido un ajuste de cuentas, estoy seguro, y no soy policía.

—Podría ser, pero necesitamos pruebas que lo corroboren —añadió Bruno.

—Pues si no nos necesitan para nada más nos gustaría enterrarlo y cerrar de una vez este capítulo de nuestra vida —manifestó Javiela.

—Por supuesto, la entiendo, señora Antuña, pero no podrán disponer del cuerpo hasta que el juez lo dictamine —le indiqué.

—Espero que no se demore mucho —añadió, y sentí pena por ella, por haber vivido con un ser tan execrable—. Hay que pasar página.

—¡Ah, otra cosa! —exclamé—. Necesitamos registrar su casa y el negocio, igual podemos encontrar algo. Vamos a pedir una orden judicial, pero quería hacérselo saber antes.

—Pida la orden si quiere, inspectora, pero pueden ir cuando quieran, no voy a obstaculizar su trabajo.

—Entonces, mis compañeros se desplazaran allí lo antes posible. Gracias, señora Antuña.

Ambos se levantaron, y yo con ellos, Bruno había permanecido de pie.

Estrechamos las manos y abandonaron la habitación en silencio, supurando calma, la misma con la que habían entrado. Al parecer, esa mujer y su hijo se habían quitado un asfixiante peso de encima.

—Joder, menudo personaje el tal Imanol. —Bruno silbó.

—Sí. —Resoplé—. Es la primera vez que me encuentro con algo así en mi carrera. Que la familia se sienta liberada con la muerte de uno de los miembros. Aunque, por lo poco que ha contado, no es de extrañar.

—Cierto. —Asintió—. Si no fuera porque estos crímenes son obra del mismo loco, serían claros sospechosos. Desde luego, móvil no les faltaba.

—Sí, yo también lo he pensado —respondí, y nos quedamos en silencio.

El aire se volvió denso y de nuevo me resultaba muy difícil permanecer a solas con Bruno, bajo el mismo techo, dentro de la misma habitación. No quería compartir nada con él. Si hablábamos de trabajo podía sobrellevarlo porque era nuestra obligación, pero si lo tenía a mi lado y el silencio era el protagonista de la escena, la situación se volvía insostenible para mí.

—Voy un momento afuera, necesito que me dé el aire —dije, y salí de allí.

En la calle encendí un cigarro; lo necesitaba, aunque contaminara el aire limpio y puro de montaña. Me lo fumé tan rápido que no me supo a nada y encendí otro de seguido. Mientras las caladas iban y venían, pensé en Bruno. Recordé el daño que me hizo y lo mucho que sufrí con su traición. De no haber sido por Martina, mi gran amiga, me hubiera vuelto loca. Pero gracias a su apoyo, a sus consejos, a las noches que soportó mi llanto sin reproches ni quejas, solo consolándome, y al tiempo que todo lo cura pude superarlo sin que la razón dejara de asistirme. Durante años deseé que a Bruno le ocurriera algo malo, muy malo, cuanto peor y más dañino, mejor que mejor. Le deseé cientos de castigos, aunque los más recurrentes siempre solían ser los mismos: que lo engañaran, que nadie lo amara, que lo utilizaran, que le partieran el corazón y que la polla no se le empinase nunca. Deseaba que su vida fuera una mierda en todos los aspectos. Sin embargo, ahora que volvía a verlo después de catorce años tenía que reconocer que no tenía cara de amargado ni de estar fastidiado, y tampoco parecía haber sido insidiado o humillado; no se le veía resentido con la vida. Mis maldiciones no habían surtido el efecto que debían, al menos a simple vista.

Frené los ajetreados pensamientos y apagué la colilla en la papelera-cenicero de la entrada del cuartel. Frente a la puerta, pensé que debía entrar de nuevo, por mucho que me costara estar cerca de Bruno. El capullo de Bruno. Terminé haciéndolo de mala gana, dejando la mitad de mi ánimo fuera, y al hacerlo me regañé a mí misma: esa no era la actitud que debía seguir. El toque de atención me espabiló y recuperé el ánimo que había dejado a la intemperie. Debía ponerme a trabajar, para eso había venido, para dar caza a un asesino sin escrúpulos. Debía hacerlo y lo haría, mi profesión estaba por encima de mi sentir. Debía aprender a dissociar; los sentimientos en la calle y el coraje en el trabajo.

## La Mano Ejecutora

Acababa de llegar la orden del Cerebro para dar muerte a Biel. En menos de dos horas debía abandonar mi escondite para llegar a Lagos del Pino y apresarlo. Luego, al igual que con los otros, lo llevaría al lugar asignado, el refugio de guerra dentro del bosque, oculto bajo tierra, a pocos kilómetros del lago. Nadie conocía la existencia de ese lugar, y yo no paraba de preguntarme por qué o de qué lo conocía el Cerebro. De nuevo cogí los «guantes de ejecución». Desde mi llegada me había cubierto las manos con unos de látex para evitar dejar cualquier tipo de huella, hasta dormía con ellos, pero para llevar a cabo mi cometido, y por prevención, me ponía encima otros más gruesos a los que denominaba con ese descriptivo nombre. El Cerebro me había dado las pautas para no dejar ni una sola huella y yo no solo las cumplía a rajatabla, sino que las ampliaba con creces para salvar mi propio culo.

De manera inesperada, recordando las muertes de Eneko e Imanol, me sobrecogió una arcada. No había sido capaz de mirarlos mientras se retorcían, víctimas de la estricnina, pero luego no solo los tuve que ver, sino que los tuve que coger para transportarlos. Aún sentía en mis manos sus cuerpos rígidos y fríos, y en mi mente se habían grabado sus ojos inertes, sus bocas entreabiertas, su expresión de espanto... El recuerdo me hizo vomitar.

Mientras el estómago se me asentaba, pensé que iba a volver a pasar por todo con Biel. Volvería a vivir ese angustioso pánico que me aprisionaba el corazón cuando me acercaba a ellos por la espalda, en el más riguroso silencio, con el trapo empapado en cloroformo. Volvería el forcejeo que me disparaba los latidos mientras se revolvían y yo peleaba para que no escaparan, para que aspirasen el líquido anestésico, para conseguir reducirlos y llevármelos. Lo que estaba haciendo era espantoso, pero no me quedaba otra opción: o yo los mataba a ellos o el Cerebro mataba a mi familia. ¿Qué podía hacer? No tenía otra salida.

Primero son los míos.



Primero los míos.

Los míos...

Me lo repetía con insistencia. Con la misma con la que grité una y otra vez, de espaldas a ellos, con los oídos tapados para no escuchar su dolorosa agonía y con alguna que otra lágrima resbalando por mi rostro, esperando a que murieran.

A simple vista se apreciaba que Eneko pesaba más que Imanol, cuyo cuerpo había sido consumido por las drogas y el alcohol. Por eso decidí trasladar primero al más vigoroso, porque tenía más fuerza. Luego me costaría más. Eran dos crímenes en una noche y yo no tenía ninguna experiencia; por eso, aunque Imanol muriera antes, esperarí la muerte de Eneko para empezar a sacar los cadáveres.

Por suerte, Eneko falleció antes, y eso me facilitó el trabajo. Subí el cadáver a la carretilla, cogí la nota que el Cerebro me había ordenado redactar y salí del refugio, cerrándolo a cal y canto. Dejé a Imanol retorciéndose entre violentos espasmos.

Conduje unos cuantos kilómetros y llegué al lugar indicado: una zona frecuentada por parejas que, amparadas en la oscuridad y cobijadas en su coche, venían a hacer el amor. Empecé a bajar su cuerpo; pesaba bastante, el condenado, y terminé estampándolo contra el suelo. Total, ya no sentía nada. Antes de abandonarlo le clavé la nota en el pecho con una chincheta de punta larga. Me quedé observándola, pensando en la ironía del dibujo de la Dama de la Justicia. El Cerebro se creía un juez divino y a mí me había declarado el verdugo, pero ¿dónde estaba la justicia? Desde luego, tal y como mostraba la pintura que yo mismo había dibujado, era ciega.

Mis meditaciones se echaron a un lado para dejar paso a los remordimientos, que una vez más me reconcomieron. ¿Cómo entré a formar parte de aquella salvajada? O mejor dicho, ¿por qué no hice nada para evitarla? Era algo con lo que cargaría de por vida, al igual que el Cerebro, que vivía atormentado por algo que había ocurrido en su pasado.

Cuando regresé al refugio Imanol aún estaba agonizando, se resistía a morir. Parecía el más debilucho, pero había ingerido la estricnina un par de horas antes que Eneko y seguía con vida. Imploré a Dios que acabase de una vez con su sufrimiento y, minutos después, por fin murió. Siguiendo las indicaciones del Cerebro, en esta ocasión abandoné el cuerpo cerca del lago.

Al acabar, lo recogí todo y dejé el lugar limpio como la patena, nadie podría sospechar lo que allí había ocurrido. Entré en mi coche y me marché de allí con celeridad, como si huyera del demonio. Durante los sesenta kilómetros que separaban mi eventual casa en medio del bosque de Lagos del Pino, chillé, golpeé el volante, me maldije e incluso lloré de vez en cuando; me sentía un monstruo, había arrebatado la vida a dos hombres. En medio de mi zozobra, bajé del automóvil el mono desechable y las sábanas con las que había cubierto los cuerpos al transportarlos. Poco a poco, con la intención de que no hicieran mucha llama, quemé las prendas en el bidón que había preparado para tal fin. Cuando acabé, me abracé a una botella de vodka y me fui a la cama con ella; debía ahogar mi conciencia en alcohol si quería convivir conmigo mismo.

## 12

—Voy a tomar un café, ¿quieres uno? —me preguntó Bruno nada más verme aparecer en el improvisado despacho.

—No, gracias. Voy a repasar todo esto mientras llegan los familiares de la otra víctima.

Bruno me miró de esa forma... La que nada tenía que ver con lo laboral, sino con lo personal. La que anunciaba que quería hablar del pasado, de nuestro pasado. Pero yo no iba a aceptarlo, no había venido para eso.

—Lola, yo... Yo quería decirte... —No terminó la frase, pero acababan de confirmarse mis suposiciones.

—Bruno, si no es algo que tenga que ver con el caso creo que no tenemos nada de qué hablar aquí —le expliqué, evitando la acritud, aunque quizá con exceso de frialdad.

—Como quieras. —Y abandonó la habitación, cabizbajo.

Cuando se marchó me embistió un golpe de rabia. ¡Maldita sea! ¡Qué desfachatez la suya! ¿Qué pretendía contarme?, ¿lo muy cabrón que fue? ¡Será posible! Pues podía ahorrarse las explicaciones; yo ya lo sabía, lo dejó claro hace catorce años. Inhalando una honda bocanada de aire y masajeándome las sienes, le supliqué calma a mi mente. Y aunque conseguí moderar el resentimiento, o el dolor, o ambas cosas, no logré disuadir a los recuerdos. De nuevo, todo lo que trataba de olvidar y que mantenía encerrado bajo siete llaves en la caja de mi memoria emergió. Me vi llegando a Zaragoza en una escapada con la que pretendía sorprender a Bruno, y vaya si lo hice. ¡En qué maldita hora! Desde que nuestros destinos profesionales nos separaron fuimos turnando las visitas, y los meses, poco a poco, pasaron hasta cumplirse el primer año. Pero entonces el trabajo de ambos se complicó y las visitas empezaron a espaciarse demasiado. Durante tres meses solo nos vimos en una ocasión, y solo unas pocas horas. Se acercaba el día de los enamorados y, acumulando horas de servicio, conseguí unos días libres. Pensé que podía darle una sorpresa y, sin avisarlo, me desplazé a Zaragoza. No podía controlar mi emoción cuando me presenté en su casa: la sonrisa me iluminaba la cara, el corazón me botaba de alegría y el aleteo visceral era tan

intenso que sentía ganas de brincar. ¡Qué estúpida fui! La sorpresa estaba a punto de llevármela yo. En cuanto me abrió la puerta y vi su reacción supe que algo raro sucedía. Desprendía tanto asombro y desconcierto que sentí un duro golpe en plena cara que casi me noqueó.

—¿Qué... qué haces aquí? No... no... no me habías dicho que venías — medio tartamudeó.

—Quería darte una sorpresa y, por lo que veo, te la he dado, y grande. ¿Me vas a dar un beso y a dejarme pasar?

—Por supuesto que me has sorprendido, mucho. —Me besó en los labios y noté que su cuerpo temblaba.

—¿Te ocurre algo?

—Nada, que estoy muy feliz de verte.

—Pues nadie lo diría —le reproché—. ¿De veras estás bien?

—En realidad no, he tenido un día horrible en el trabajo. De hecho, iba a salir ahora mismo a despejarme. ¿Por qué no dejas la maleta aquí, en la entrada, y nos vamos? Necesito que me dé el aire y tomarme algo.

—De acuerdo —contesté, contrapeando mi ilusión con el recelo. Su reacción era tan extraña que me tenía con la mosca detrás de la oreja.

Bruno me cogió la maleta con celeridad y la pasó a la entrada. Antes de que cerrase la puerta escuché un ruido, y de seguido una voz femenina lo llamó.

—Bruno, ¿sabes dónde están mis zapatos? No los encuentro.

Empujé la puerta y entré de golpe, como una flecha. En ese momento, una mujer a medio vestir apareció en el recibidor. Al verme lanzó un pequeño grito de susto y, veloz, se cruzó la blusa para taparse el torso. Miré a Bruno aturdida, incrédula. Me faltaba el aire y era incapaz de emitir una palabra. Él estaba tan pálido como la pared y me observaba con los ojos vidriosos, negando sin cesar con la cabeza.

—¿Qué coño es esto? —le pregunté, ahogada en la incompreensión—. ¿Me estás engañando con otra?

—No, no es eso, Lola, no sé cómo ha ocurrido. Yo no lo he buscado. Yo te quiero.

La mujer salió disparada hacia el pasillo y, en menos de dos minutos,

salió completamente vestida y se marchó. Yo me senté en un sillón para no caer de rodillas al suelo. Mi cuerpo había empezado a temblar como un flan y no tenía fuerzas para sujetarme.

—Lola, dime algo. Que soy un cabrón, un hijo de puta, un mierda. Pégame si quieres, lo que sea, pero reacciona —dijo nervioso, mirándome a los ojos. Yo me había perdido en un lugar desconocido y no sabía cómo volver a la realidad. No podía creer que eso me estuviera pasando a mí, que Bruno me estuviera engañando.

—¿Por qué? ¿Por qué? —Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mi rostro y me levanté furiosa—. ¿Cómo has podido hacerme esto, Bruno? ¿Cómo? —pregunté con una acuciante necesidad por comprender lo incomprensible—. Yo te quería. Te quería con locura. Eras todo para mí. ¿Por qué? —Rompí a llorar más fuerte. Con el mismo ímpetu con el que mis puños comenzaron a golpear su fibroso pecho.

—No sé cómo he dejado que pasara. Igual porque me encontraba solo y me sentía mal, no lo sé, Lola. Pero yo te quiero, no quiero nada con ella. Ya se lo he dicho, ella no significa nada para mí. Yo te quiero a ti y me he comportado como un gilipollas, lo sé.

—¿Que lo sabes? ¡Maldita sea, cabrón! ¿Sabes que me has partido el corazón? ¿Que me lo has hecho añicos? ¿Lo sabes? —le grité enloquecida—. Y no te justifiques diciendo que estabas solo o que te encontrabas mal, yo también estoy sola y te echo mucho de menos, pero no me he tirado a ningún tío —vociferé.

—No me justifico. La he cagado, pero te prometo que yo te quiero a ti, solo a ti.

—¿Desde cuándo, Bruno? ¿Desde cuándo me engañas? —le pregunté con rabia.

—No he llegado a engañarte, te lo juro.

—¿Te he jodido el polvo? —inquirí con sarcasmo.

—No digas eso, no ha pasado nada. No ha ocurrido —insistió.

—¿Y entonces esto qué es?, ¿nada?

—Es un error que no ha llegado a pasar, y te prometo que solo ha sido esta vez. Solo esta maldita y estúpida vez. Te lo juro, Lola.

—Ahórrate los juramentos, hijo de puta, no trates de negar lo que mis ojos han visto. Pero tranquilo, a partir de ahora puedes follarte a todas las que quieras, eres libre. —Le tiré la alianza de compromiso a la cara.

—No, por favor, no me dejes, Lola —intentó retenerme. Furibunda, le solté un duro bofetón que le hizo ladear la cara.

—No vuelvas a llamarme nunca más, para mí estás muerto, desgraciado —sentencié, y me marché de allí.

Desde ese día no volví a saber nada de Bruno, ni falta que me hacía. Mal que bien, aprendí a vivir sin él y fui capaz de reconstruir mi corazón. Me llevó mucho tiempo, más del que hubiera imaginado, pero sobreviví y supe volver a ser feliz. También desde ese mismo día me juré que no volvería a enamorarme, que no dejaría que volvieran a partirme el corazón. Pero en el amor no se manda, y con el tiempo volví a caer en su red, y volví a enamorarme. Sin embargo, no supe elegir bien a los hombres: primero di con un cabrón, luego con un maldito capullo y al final con un mentiroso de mierda. Aun así, seguía creyendo que el amor existía, aunque, al parecer, no estaba hecho para mí; no era un traje a mi medida.

En un instante, aparqué los rancios recuerdos y me enfundé en mi papel de inspectora, el que no debía abandonar. Me llevó un rato volver a concentrarme, pero acabé tomando las fotografías del lugar donde se habían encontrado los cuerpos y empecé a observarlas con precisión. La puerta se abrió y Bruno apareció acompañando a dos mujeres a las que presentó como la madre y la hermana de Eneko Alzola Goitia. Ambas estaban destrozadas, no paraban de llorar y se sostenían la una en la otra para no caer al suelo. Eran la viva imagen del dolor, y el corazón se me encogió al verlas. Sin duda, iba a ser un interrogatorio difícil.

Nagore Goitia y Uxue Alzola, la madre y la hermana de Eneko, tampoco sabían por qué motivo estuvo él en Lagos del Pino ni les sonaban los nombres de Imanol y Gonzalo, pero sí nos dieron un dato importante: Eneko conocía el pueblo. Pasó varios meses aquí, en un campamento de verano; tres años consecutivos, para ser más concretos, desde los catorce a los diecisiete. Tras preguntarles si podía haber conocido a las otras dos víctimas allí, ambas respondieron lo mismo: no tenían ni idea. Eneko nunca les dijo que mantuviera la amistad con alguien del campamento, no tenía relación con nadie de esa época de su vida. Pero lo que más aguzó mi instinto policial fue oír por boca de su hermana que a Eneko no le gustaba hablar de eso. No supo darme una explicación al respecto, pues su hermano nunca se lo explicó abiertamente, pero ella lo dedujo porque siempre que se mencionaba el tema él contestaba de forma escueta y precipitada y cambiaba de conversación. Era como si quisiera pasar de puntillas por el asunto o eludirlo.

Mientras ambas se deshacían en halagos hacia él, contando lo buena persona que era y lo mucho que todo el mundo lo quería, pensé que Eneko al menos tenía cierta relación con el pueblo, aunque hubiera sido hace veintinueve años, y eso era más de lo que teníamos con los otros dos. Algo me decía que aquello significaba algo, que no era una simple coincidencia, sino una sutil pista.

Ninguna puso trabas para que se registrase la casa de Eneko, así que tampoco necesitábamos la orden judicial. Solo querían que atrapásemos al asesino lo antes posible y que se hiciera justicia, exactamente lo mismo que nosotros. Sin cesar de llorar e igual que habían venido, agarradas la una a la otra, sujetándose y protegiéndose, se marcharon. Me quedé un poco abatida viendo esa imagen, pues el dolor que estaban sufriendo salpicaba muy de cerca, y me había calado.

Unos segundos después, el capitán Lemos me comunicó que acababan de llegar las personas que habían hallado los cuerpos. Le pedí que diera paso a los que encontraron a Eneko. Era una pareja joven, el chico contaba veinte años y la chica dieciocho: Jesús Robles y Flora Guzmán. Ella entró

sollozando y, tras las presentaciones formales, no dejaba de hacerlo, así que preferí centrar en él el peso de la declaración.

—¿Cuándo encontraron el cuerpo, señor Robles?

—Cerca de la una de la madrugada —contestó intranquilo, mirando a su novia más que a mí.

—¿Lo tocaron o lo movieron?

—No. Bueno, como ya le dije al guardia civil que me interrogó solo le toqué el cuello para tomarle el pulso y comprobar si estaba vivo o muerto, pero no lo moví.

—¿Conocían de algo a Eneko Alzola Goitia?

—No, jamás lo había visto por aquí —respondió.

La muchacha negó con la cabeza repetidas veces, sin articular palabra y sollozando.

—¿Quiere un vaso de agua, señorita Guzmán? —le pregunté con tono suave y cercano.

—Sí, gracias. —Asintió.

No me hizo falta decirle a Bruno que se lo trajera, y en unos segundos la chica ya lo tenía en sus manos.

—Beba despacio y respire hondo —le aconsejé; era bueno para controlar la ansiedad.

—Gracias —me dijo, y tomó un sorbo.

—¿Cómo encontraron el cuerpo? —retomé el interrogatorio.

—Habíamos ido con el coche al bosque para... —calló, un poco avergonzado.

—Sé que es una zona a la que acuden parejas en busca de intimidad —expresé con normalidad, para destensar el ambiente—, pero no es asunto nuestro lo que hicieran ustedes allí; solo queremos saber cómo encontraron el cadáver del señor Alzola.

Jesús Robles suspiró mientras me miraba.

—Cuando acabamos, hacía mucho calor en el coche y le dije a Flora que saliéramos a tomar un poco el aire y a dar un paseo, hacía una agradable noche de verano. Me encendí un cigarro y empezamos a caminar hacia el



lago. Mientras andábamos yo iba alumbrando el camino con la linterna del móvil. Apenas había pasado un par de minutos cuando tropecé con algo y me caí al suelo. Era un pie. El pie de un cuerpo que estaba tumbado en el suelo. —La voz se le quebró un segundo—. Flora cogió el teléfono, que se me había caído, y lo alumbró. Cuando le tomé el pulso vi que tenía clavada una nota en el pecho. La leí en alto y Flora empezó a gritar como una histérica, le dio un ataque de nervios. Intenté calmarla y llamé enseguida a la Guardia Civil.

Al oír las palabras de su novio, Flora comenzó a llorar más fuerte.

—Ya, tranquila, cariño —le dijo él muy comprensivo, secándole las lágrimas.

—Tome. —Bruno le acercó una caja de pañuelos de papel.

—Gracias —dijo ella hipando, en medio de las sacudidas del llanto—. Fue horrible —añadió.

—Lo imagino —enuncié.

—De veras que fue horrible —repitió, y tomó un pañuelo con el que se enjugó las continuas lágrimas.

—¿Les suena el nombre de Imanol Esnaola Uribe? —Volví al interrogatorio.

—No, ¿debería? —preguntó el joven.

—Es la otra víctima, por si lo conocían.

—No, tampoco me suena de nada.

—Ni a mí —dijo la señorita Guzmán, y rompió a llorar de nuevo. Sentí pena por ella, estaba muy afectada.

—No vamos a alargar más esto, solo una última cosa, señor Robles, ¿le importaría ver una foto de la otra víctima por si la reconociera?

—De acuerdo —aceptó.

Le mostré la fotografía que consideré menos agresiva, no quería herir su sensibilidad. Jesús Robles la observó unos rápidos segundos, después cerró los ojos y negó repetidas veces con la cabeza.

—Nunca lo he visto, y le garantizo que Flora tampoco —aseveró con firmeza—. No es necesario que le enseñe la fotografía a ella, por favor.

—Tranquilo, no pensaba hacerlo, me vale con su palabra.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó mirando a su novia.

—Por supuesto —respondí—. Muchas gracias por su colaboración.

Bruno se adelantó y les abrió la puerta. El joven, de forma cariñosa, la tomó a ella por la cintura y ambos se marcharon.

—Pobres. Vaya trauma, ¡joder! —espetó Bruno malhumorado.

—Sí —afirmé, pensativa—. Pero se les pasará, el tiempo lo cura todo — advertí seria. Era la actitud que más me nacía estando al lado de Bruno: la seriedad, incluso la frialdad.

—La vida no es fácil ni sencilla, ¿verdad?

—No, no lo es, pero hay que aprender a lidiar con ella, ¿no crees?

—Cierto. —Asintió.

La puerta volvió a abrirse y en esta ocasión, y acompañado por el brigada Garmendia, entró el senderista que había encontrado el cuerpo de Imanol. El hombre se llamaba Marcos Ara y parecía también muy afectado, no era nada grato encontrar un cadáver, y menos en esas condiciones. Nos contó que tampoco lo había movido y que ni siquiera le había tomado el pulso porque imaginó que estaba muerto debido a la rigidez que a simple vista mostraba. Minutos después, habiéndole tomado declaración y encontrándonos casi con las mismas respuestas que nos habían dado los otros testigos, el hombre se marchó.

—Nadie los conoce, nadie los había visto antes, parece que no son del pueblo ni vivían aquí... —Bruno sopló molesto.

—Eneko sí conocía este pueblo, pasó algunos veranos en un campamento estival. —Me levanté y lo anoté en la pizarra—. ¿Se sabe si alguno de los dos se hospedaba en el municipio?

—El capitán Lemos está en ello. Lagos del Pino tiene más de cien alojamientos entre hoteles, casas rurales y hostales.

—Vale. Y... —Mi móvil comenzó a sonar y miré la pantalla; tenía que coger la llamada—. Discúlpame. —Salí de la habitación con diligencia.

# 14

—Hola, mamá —saludé nada más descolgar.

—Hola, Lola, te estoy llamando a casa, pero no hay nadie.

—Eso es porque no estoy allí, ¿no crees? —pregunté con cierta ironía.

—Mujer, lo imagino. ¿Dónde andas, hija?

—Bastante lejos de Madrid, en un pueblo de Huesca.

—¿Y qué haces allí? —Sonó extrañada.

—Trabajar.

—¿Trabajar? —preguntó confusa—. Perdona, pero, que yo recuerde, estás de baja.

—Lo estaba, ya no. Ayer solicité el alta y he llegado aquí hoy mismo.

—¿Y por qué has pedido el alta? Aún no estás bien. ¿Y por qué te han mandado tan lejos? ¿Y...

—¡Vale! —la interrumpí—. Vamos por partes, no me bombardees a preguntas, por favor.

—Pues empieza a explicarte. —Sonó a reproche.

—Primero, he pedido el alta porque se han cometido unos asesinatos que están relacionados con el que investigué hace un tiempo y aún está sin resolver. Y segundo, he venido porque los asesinatos se han cometido aquí.

Durante unos segundos no escuché nada, ni siquiera la respiración de mi madre. Creí que la comunicación se había cortado. Cuando estaba a punto de entonar un «mamá, ¿estás ahí?», de repente oí su voz.

—¿No hablarás del asesinato que casi te mata a ti? —preguntó alterada.

¡Mierda! Las madres y su sexto sentido, no había tardado ni diez segundos en deducirlo.

—Mamá, déjalo ya. —Exhalé un golpe de aliento.

—¡No, no lo dejo! —replicó con voz de mando—. ¡Oh, señor, es ese maldito caso! —exclamó angustiada.

—Por favor, no dramatices.

—¡¡¡Cómo!!! Pero ¿qué dices? No estoy dramatizando, es la realidad. Sabes que desde entonces no eres la misma, hija. ¿Acaso no lo has pasado ya bastante mal? Yo creo que más de lo que debías. ¿Por qué has aceptado el caso, Lola? —demandó enfadada.

—Mamá, ahórrate los sermones para otro momento, por favor.

—¡No! No pienso dejar que esto te destrozé. —Alzó la voz.

—Mira, mamá, lo que me destroza es saber que un hijo de puta cometió un crimen atroz y que yo nunca di con él —expliqué con una implícita soberbia—. Me destroza que un año después haya vuelto a matar, y esta vez a dos hombres. Me destroza imaginar que pueda seguir haciéndolo y que yo no lo encuentre nunca. Así que no se te ocurra decirme que tire la toalla porque no voy a hacerlo, voy a capturarlo y a meterlo en la cárcel, ¿lo comprendes?

La escuché suspirar afligida.

—Puedo comprenderlo, sí, pero te recuerdo que hace solo tres días, la última vez que hablamos, parecía que eso de «no tirar la toalla» no lo tenías tan claro. —De nuevo sonaba a reproche, lo que era.

—Lo sé, mamá, tienes razón, hace unos días estaba más cerca que nunca de mi renuncia, pero ayer todo cambió. Ayer me llegó esta oportunidad y ha sido como un balón de oxígeno para mí, créeme. Debo resolver este caso. Es mi caso —recalqué con énfasis, intentando calmar mi enojo.

Nos sobrecogieron unos segundos de silencio.

—Vale, si tú lo dices —respondió con tirantez.

—Gracias por entenderme, mamá.

—Más que entenderlo, lo acepto. Y lo hago porque no me queda más remedio —explicó con gravedad—. Igual que a ti no te queda más remedio que entenderme a mí con lo que te voy a pedir.

—¿El qué?

—Hoy es el cumpleaños de tu padre, ¿lo recuerdas?

—Sí, claro —mentí, se me había olvidado por completo.

—No sé si creerte. —Mi silencio le dio la respuesta—. Bueno, pues ya sabes lo que voy a pedirte, que lo llames.

—¿Crees que debería? —pregunté a la defensiva.

—Por supuesto, es tu padre —respondió con firmeza.

—¿Por qué siempre lo defiendes?

—No lo hago, solo le entiendo —refutó, subiendo ligeramente el tono—. Le entiendo a él y te entiendo a ti. Lo que no comprendo es por qué vosotros sois incapaces de entenderos.

—Pregúntaselo a él.

—Quizá tú también deberías preguntarte cosas, hacer examen de conciencia, Lola, igual que él. —Suspiró hondo—. Pero dejémoslo, por favor, hija, porque esta conversación nos va a llevar al mismo lugar de siempre, a un callejón sin salida.

—Sí, mejor dejarlo —coincidí con ella.

—Te llamaba para decirte que había planeado una comida en familia para que todos estuviéramos juntos, pero como veo que contar contigo va a ser imposible, te suplico encarecidamente que no olvides llamar a tu padre para felicitarlo.

Cerré los ojos y apreté la mente, el corazón y el cuerpo entero; debía contenerme para no decir lo que pensaba. ¿Se acordaba mi padre de mí? ¿Le preocupaba a él cómo me encontraba yo? ¿Acaso me había hecho una sola llamada durante estos siete meses de baja? No. Por supuesto que no. Años atrás ya me dejó muy claro lo que pensaba, lo que ocurriría si yo decidía ser policía.

—Dime que lo harás, por favor, Lola —suplicó mi madre con un quebranto en la voz—. Es tu padre. Ya sé que no es perfecto, que nunca ha encajado bien tu profesión, pero te quiere. Te aseguro que te quiere, hija.

—¿Y cómo lo demuestra, mamá? ¿Ignorándome? —Levanté el tono.

—Lola, hazlo por mí —me pidió con esa forma suya tan compendiosa.

Medité un momento su ruego. Mi madre siempre me había apoyado. Siempre sacó la cara por mí, en más de una ocasión había mediado entre mi padre y yo. Siempre sujetándonos de la mano y tratando de unir las nuestras, tendiendo puentes, intentando que nuestro fuerte carácter no los dinamitara. Se lo debía, una vez más.

—Vale —claudiqué con resignación—. Le llamaré para felicitarlo,

tranquila.

—Muchas gracias, hija —expresó feliz.

—Pero que conste que lo hago por ti —subrayé categórica.

—Lo sé. —Hizo una pausa y me preguntó—: ¿Vas a estar mucho tiempo ahí? En... ¿cómo has dicho que se llama el pueblo?

—Lagos del Pino, y no te lo había dicho. Tampoco sé cuánto tiempo estaré por aquí, dependerá del curso de la investigación.

—¿Me prometes que estás y estarás bien?

—Te lo prometo, mamá.

—Sabes que primero es tu vida y después tu profesión.

—Lo sé. Pero ahora lo que más me importa es dar con ese desalmado, esa es mi prioridad.

—Deseo con todas mis fuerzas que lo cojas y cierres por fin ese capítulo de tu vida que tanto te ha marcado.

—Yo también lo deseo, mamá, y más que tú. —Elevé la vista y vi al comisario Torres acercándose—. Tengo que dejarte, lo siento. Hablamos en otra ocasión.

—No olvides llamar a tu padre.

—No, descuida. Adiós. —Colgué.

—¿Algo importante? —preguntó el comisario llegando a mí.

—No, era personal. Mi madre.

—¿Algún problema?

—Es el cumpleaños de mi padre. —Resoplé, poniendo los ojos en blanco.

—Ya comprendo. —Chasqueó la lengua.

—Necesito un café. —En ese momento la compañía de Torres no solo me agradaba por ser alguien conocido con el que tenía buena relación, más bien la necesitaba.

—Mejor comer algo, que ya son cerca de las dos —explicó él.

—¿Tan tarde?

—Sí. Las horas pasan más rápido trabajando, ¿verdad?

—Desde luego, se me ha pasado el tiempo volando. Y hablando de tiempo, ¿sabe si ya han traído los móviles?

—Sí, el cabo Martínez se ha puesto a trabajar en ello. ¿Vamos a comer? —me preguntó, mostrándome su cara de regocijo.

—Sí, estaría bien.

—Voy a decírselo al inspector Molina.

—Comisario, ¿le importa si comemos solos? Me gustaría hablar con usted —le pedí tranquila, pero mi tono más bien se lo rogó. Necesitaba un tiempo sin ver a Bruno.

El comisario pensó unos segundos y al fin dijo:

—De acuerdo, pero al menos debo decirle que vamos a ausentarnos un rato. Y de paso le preguntaré al capitán Lemos si va a poder acercarme al aeropuerto.

—¿Se marcha?

—Sí, contigo al mando yo ya no pinto nada aquí, y en Madrid tengo mucho trabajo.

—Como usted diga.

—Se lo comunico y nos vamos. —Empezó a caminar.

—Le espero fuera, tengo ganas de fumar.

—Debes dejar ese mal hábito, Lola.

—Algún día, pero hoy no —declaré, y eché a andar hacia la salida.

# 15

—Comisario, ¿cómo se enteró de estos asesinatos para relacionarlos tan pronto con el de Gonzalo? —le pregunté mientras cortaba el bistec que había pedido para comer.

—Fácil, creando una alarma. ¡Benditas tecnologías! —exclamó, y echó un trago a su copa de vino—. Verás, hace poco instalaron un programa que, cuando un caso está abierto, y el de Gonzalo Montero lo está, activa una alarma si se comete un asesinato similar. Y esa alarma llegó a la central. Me faltó tiempo para hablar con el juez encargado, un tal Gerardo Navarro, un hombre un poco seco pero bastante razonable, que al fin y al cabo es lo que importa. Le comuniqué que era muy probable que esas muertes fueran obra del mismo sujeto que nosotros llevábamos buscando más de un año y me dio el caso al instante. Solo me pidió que trabajáramos coordinados con la Guardia Civil y con el apoyo de un miembro de la UDEV; es decir, los cuerpos de policía de Huesca. Recuerda que estamos en su terreno.

—Lo tengo claro, señor.

—Creo que formáis un gran equipo. El capitán Lemos es un guardia civil muy competente, y Molina es un gran inspector de Homicidios.

—Prefiero no mencionar a Bruno en este momento —le sugerí.

—De acuerdo, no hablaremos de él. Y, cambiando de tema, ¿piensas llamar a tu padre?

—¿Pretende quitarme el apetito o amargarme la comida? —pregunté con sarcasmo.

—Ninguna de las dos cosas, Lola.

—Pues hagamos una pausa, señor. Ya decidiré qué hago, aún no se ha acabado el día.

—Bien, como tú quieras.

Seguimos comiendo, esta vez en silencio, aunque no dejaba de pensar en el caso y en «mis otros casos abiertos».

—¡Vaya! —espetó el comisario de repente—. Ya decía yo que me venía



un sutil olor a mierda, mira quién está ahí —apuntó con la mirada—. No han perdido el tiempo los desgraciados, no —siseó.

Giré la cabeza y los vi: periodistas.

—¡Joder, qué asco! Son como buitres —bufé. Mientras los observaba llena de furia, apareció el que me faltaba para completar el día—. Y para colmo está el estúpido de Gil Carreño —escupí furiosa.

—¿No te alegras de verlo? —demandó Torres con ironía.

—¿Está de broma? Me da asco la prensa en general, y ese tipo en particular. Solo saben tergiversar la información para hacer la noticia más sensacionalista.

—Al menos él fue uno de los que menos tierra te echó encima.

—Sí eso es verdad. Él no fue de los peores.

—En ocasiones incluso parecía defenderte, admítelo. Aunque creo que sé por qué lo hacía —refunfuñó.

—No hable con acertijos y suelte lo que piensa, señor. —Mi tono sonó un poco exigente, quizá más de lo debido teniendo en cuenta que hablaba con un superior, por mucho que lo conociera desde hacía años.

—¡Vamos, Lola, por favor! —replicó, observándome boquiabierto—. ¿No te has dado cuenta de que ese imbécil está coladito por ti?

Me eché a reír.

—Disculpe, comisario, pero se nota que usted no conoce a Lucas.

—Lucas. —Arqueó las cejas—. Lo llamas por su nombre de pila y todo; interesante.

—No se equivoque, comisario —chisté—. Lo llamo por su nombre porque si uso su apellido, Gil, es probable que acabe completando la palabra *gilipollas*, y tampoco debo pasarme el día soltando tacos, que bastantes se me escapan a veces. —Asentí y añadí—: Ese tío da pena, está colado por cualquier cosa que lleve faldas, aunque conmigo lo lleva claro.

—¿Por qué? ¿Porque tú eres más de pantalones? —preguntó con cinismo.

—Usted ya sabe por qué, comisario.

—Sabes que no entiendo ni comparto ese porqué.

—Pues yo sí, señor —anuncié seria. La conversación estaba derivando demasiado hacia lo personal, y eso empezaba a incomodarme un poco—. Yo entiendo que no me hacen falta cabrones, ni machistas disfrazados de progres, ni traidores mentirosos. Entiendo que no necesito tipos tan «majos» en mi vida, ni siquiera para... —Omití que ni para mantener simple y llanamente sexo—. Bueno, ya me entiende.

—Ahora entiendo por qué le gustas tanto a ese «gil... ipollas», porque se lo pones difícil.

—Difícil no, imposible. Ni aunque fuera el único hombre en el mundo tendría algo con él. Paso de ese tío.

—En realidad pasas de él y de todos, me parece a mí. —Me recriminó.

—Vivo feliz así.

—¿Estás segura, Lola?

—Sí —declaré con firmeza.

—Lola, ya sabes lo que yo opino porque alguna vez lo hemos comentado, tu crisis es más emocional que profesional. Eres una mujer muy independiente, pero creo que no te gusta estar sola. Echas en falta un hogar, una familia, un compañero que te caliente la cama, un hijo que te dé malas noches... Y es muy normal, no tienes que ocultarlo ni...

—Con todos mis respetos, señor —le corté—, no estamos aquí para hablar ni opinar sobre mi vida privada, sino para resolver un caso y encarcelar a un maldito asesino —le expliqué con toda la calma que pude reunir. En realidad, me irritaba reconocerme a mí misma que sus palabras eran bastante certeras.

—Es cierto, perdóname, Lola. —Apretó los labios a la par que asentía—. No pretendía inmiscuirme en tu vida privada, solo quiero que estés bien y que seas feliz porque te aprecio. Hace mucho que nos conocemos y últimamente no eres ni la sombra de la mujer que eras.

—Todos pasamos por malos momentos.

—Desde luego.

—Pues no le demos más vueltas, comisario.

—Como tú digas. —Asintió una vez más—. Igual me he metido donde no me llaman, lo siento.

—No pasa nada. Pero porque es usted y me cae bien —bromeé, y luego sonreí.

—Gracias. Y vamos a terminar de comer, que tengo que regresar a Madrid. Realmente he venido más por verte de nuevo en tu puesto que por necesidad. No te olvides de mantenerme informado.

—Descuide, señor.

—Y haz tu trabajo tan bien como sabes. Esta vez lo cogerás, estoy seguro.

—Gracias por su confianza, comisario.

—Me has demostrado muchas veces que llevas tu profesión tatuada en los párpados, en esos ojos a los que no se les escapa nada y que guían tu mente para deducir y sacar conclusiones que muchos ni se plantearían —explicó con un fuerte matiz de orgullo—. Venga, vamos a pedir la cuenta y volvamos al trabajo. —Alzó la mano para llamar la atención del camarero.

A punto de abandonar el restaurante, Lucas hizo intención de acercarse a nosotros, pero le lancé la más dura de mis miradas y sus pies se quedaron clavados a las baldosas del restaurante. El comisario se percató de la situación y observó cómo el periodista se veía obligado a detenerse, herido de muerte. Al salir, Torres se acercó a mi oído y dijo:

—Que sepas que me has acojonado hasta a mí.

No pude evitar la carcajada que me sobrevino.

# 16

Bruno todavía no se encontraba en el cuartel cuando Torres y yo regresamos, y respiré aliviada. El comisario pidió por favor al capitán Lemos que lo acercara al aeropuerto, y este se preparó de inmediato. A punto de abandonar el cuartel, Lemos se dirigió a mí.

—Inspectora, el cabo Martínez ya ha empezado la investigación tecnológica.

—Lo sé, me lo ha comentado el comisario.

—Venga por aquí y se lo presento.

El capitán me llevó a una habitación contigua a la de nuestro eventual despacho.

—Martínez —avisó nada más abrir la puerta, y el cabo apartó la cabeza de la pantalla del ordenador—, esta es la inspectora de homicidios Dolores Velázquez, la encargada del caso.

El aludido se levantó con celeridad y se acercó a mí.

—Soy el cabo Alejo Martínez.

—Buenas tardes, cabo. —Estreché la mano con él.

Me paré a observarlo un momento; era un hombre joven, de unos treinta y tantos años, cuya espesa barba le daba aspecto de mayor. Era moreno de cabello y piel, con los ojos rasgados y marrones. Un hombre muy normal pero agradable de ver.

—Les dejo —dijo Lemos—, debo llevar al comisario al aeropuerto o perderá el vuelo. Póngala al corriente.

—Por supuesto, señor —respondió, y el capitán se marchó.

—¿Ha encontrado algo? —le pregunté sin más dilación.

—Poca cosa.

—Puede ser más preciso.

—Hay un perfil en Twitter con el nombre de Imanol Esnaola Uribe, en ninguna otra red social.

—Entonces no tendría más que esa.

—O igual sí.

—Explíquese.

—Puede tener un perfil con otro nombre —aclaró—. Muchas personas lo hacen.

—¿Y qué publicaba en Twitter?

—Política. Tuits bastante radicales.

—Igual tenía enemigos por eso —deduje.

—Por eso y porque era sexista, homófobo, racista...

Solté un bufido mientras me echaba el pelo hacia atrás y pensaba en el poco sentido común que mostraban algunas personas con esas ideas. Tal y como nos había dicho su mujer, el tal Imanol era una joyita.

—¿Hay fotos de este pueblo o lo menciona?

—No, y he revisado todas sus publicaciones.

—Entonces, ¿eso es todo?

—Lo era, hasta que he ampliado un poco la búsqueda.

—¿Y qué más ha encontrado?

—Era buen cliente de unas cuantas webs de pornografía.

Pensé que después de lo que había oído de él no me extrañaba.

—A Eneko Alzola Goitia también le gustaba el cibersexo —añadió el cabo Martínez, por primera vez sin que yo le preguntara.

—Cuénteme —le pedí. Lo de Eneko me había cogido desprevenida. Aunque no tenía por qué; nadie lleva colgado del cuello un cartel explicando sus gustos y vicios privados. Aun así, descubrir ciertas cosas me sorprendía más en unas personas que en otras. A algunos se les veía venir a una legua, y a otros, ni lo imaginabas—. ¿Qué más sabe de Eneko?

—Con este ha sido muy fácil. En cuanto han llegado los móviles he accedido a sus perfiles de Facebook e Instagram. —De nuevo guardó silencio.

—¿Y? —interpelé un poco ansiosa, esperando una explicación más amplia.

—No he visto nada que pueda ayudarnos, solo cuelga cosas sobre sus pasiones: el surf, las fiestas y las mujeres; todo son fotos de lo mismo. La gran mayoría de sus amistades virtuales son mujeres. Creo que las redes le servían más para ligar que para otra cosa.

—Ya veo.

—Además, consultando su historial de navegación he encontrado bastantes enlaces a webs de contenido sexual. Lo más probable es que tuviera algún tipo de adicción.

—¿Eneko e Imanol visitaban las mismas webs de pornografía?

—No. Tenían gustos distintos.

—¿En qué sentido?

—A Imanol le gustaba ver, no participar, al menos no en la red. Porque incluso en las webs de sexo en grupo no utilizaba el chat. Eneko, sin embargo, sí lo hacía en las webs que frecuentaba. Además, un par de veces a la semana llamaba a una línea erótica.

—De modo que a uno le iban las orgías y al otro el sexo por teléfono.

—Eso es.

—¿Podríamos saber con quién chateaba y sobre qué?

—Puedo intentarlo, pero no le prometo nada. La gran mayoría de gente que usa esos servicios suele esconderse tras pseudónimos, y para llegar a ellos se necesita tiempo, y al parecer de eso no tenemos mucho.

—Habrá que aguzar el ingenio al máximo y trabajar sin descanso.

—¿De verdad cree que de ahí podremos sacar algo que sirva para la investigación?

—Habrá que intentarlo, cabo, es de las pocas pistas que tenemos.

—Como usted diga, inspectora. —Asintió.

—Y con respecto a los mensajes de los móviles, ¿ha podido recuperar los eliminados?

—Eso me llevará un poco más de tiempo, pero estoy en ello.

—Comuníquemelo en cuanto los tenga.

—Por supuesto.

Pensé unos segundos mientras la mirada del cabo Martínez no dejaba de escudriñarme, y de pronto le pregunté:

—¿Podría buscar el perfil de Gonzalo Montero Pérez y hacer alguna búsqueda más sobre él?

—¿Es otra víctima? —inquirió, sentándose rápidamente ante el ordenador.

—Sí, fue la primera de las tres. Lo asesinaron hace algo más de un año y jamás resolvimos el caso.

—Bueno, si no han borrado sus perfiles en las redes puedo encontrar algo.

Mientras le daba los detalles, él ya tecleaba en busca del perfil. No era muy hablador, pero se le veía efectivo en su trabajo.

—¡Eureka! —exclamó sonriente—. ¿Es este el sujeto?

Me quedé muda mirando la pantalla. Mostraba una foto de Gonzalo en Facebook, con su mujer, la última que colgó. A mi mente regresaron las imágenes de ese día, cuando lo encontramos asesinado. El estómago se me encogió con el recuerdo.

—Inspectora, ¿es él? —insistió Martínez.

—Sí, sí. —Tomé asiento.

—¿Indagaron en sus redes por entonces?

—Por supuesto. En las suyas y en las de su mujer. Pero ahora tenemos dos víctimas más y me gustaría saber si hay algo en este mundo virtual que los relacione.

—Vamos a ver qué encontramos. —Comenzó a navegar por su perfil.

Mis ojos se fijaron en la pantalla del ordenador, el único lugar que ahora mismo me importaba, ese mundo virtual en el que tanta gente exhibía su vida y que podía revelarnos una pista con la que empezar a investigar.

Tras verse frustrada mi esperanza de encontrar algo en las redes sociales de Gonzalo que lo relacionara con las otras víctimas decidí salir un instante a la calle, necesitaba fumarme un cigarro. En cuanto lo encendí pensé que ya no podía seguir eludiendo mi deber, tenía que cumplir mi promesa y llamar a mi padre.

Nada más apagar la colilla saqué el móvil del bolsillo del pantalón y marqué el número del prestigioso neurocirujano Agustín Velázquez. Mi padre era un hombre serio en extremo y entregado por completo a su profesión, la segunda generación de médicos de mi familia. Mi abuelo fue un excelente neurólogo al que mi padre siempre admiró, y no dudó en seguir sus pasos. Precisamente por eso nunca soportó que yo no continuara la tradición familiar, y menos aún que su hija quisiera ser policía, una profesión muy masculina que, para él, iba a obligarme a vivir en un mundo de hombres. Con mi irrefutable decisión se sintió traicionado y nuestra relación, a pesar de que mi madre, de continuo, mediara entre nosotros, cambió por completo. Mi buena y comprensiva madre... Constantemente me decía que chocábamos tanto porque mi padre y yo éramos igual de testarudos, y, por desgracia, estaba en lo cierto.

Tras el cuarto tono, mi padre descolgó. Me tensé, fue inevitable.

—Hola, papá.

—Hola —contestó con sequedad.

—Felicidades.

—Gracias —dijo de forma fría.

—Me hubiera gustado estar ahí con vosotros, con mi hermano, pero no ha podido ser.

—Ya me lo ha contado tu madre y... —Calló, enigmático, como solía hacer conmigo.

—¿Y qué? —le exigí.

—Que no te preocupes, no es la primera vez que faltas y sé que no será la



última. En tu vida hay otras prioridades.

—Papá, no empecemos con los reproches —hablé molesta, resoplando mentalmente.

—No son reproches —replicó esquivo.

—Sí lo son, y lo sabes.

—Solo expongo hechos, nada más —me contradijo con su deje soberano, sintiéndose con el poder absoluto de hacer y decir lo que le diera la gana.

—Mi trabajo es tan importante como el tuyo —aclaré a la defensiva, como siempre que hablaba con él.

—Por supuesto, faltaría más. —Su timbre se tiñó de cinismo.

—No me ha gustado tu tono —le reprendí.

—Ni a mí muchas de las decisiones que has tomado, y me aguanto.

—Mira, mejor dejémoslo aquí. Hasta otro día. —Colgué.

Me dieron ganas de gritar y de estampar el móvil contra el suelo; mi padre acababa de despertarme un cabreo de cuidado. Tenía una habilidad especial para hacerlo, siempre me sacaba de quicio con esos comentarios mordaces que, por cortos o escuetos que fueran, iban preñados de reprobación. Me recriminaba mi profesión, mi modo de vida. No quería entender que era mi vocación, para lo que yo valía y deseaba valer. Desde luego que era para cabrearse. Desde luego que me daban ganas de chillar por pura impotencia. Pero en lugar de hacerlo me encendí otro cigarro y me puse a caminar por los alrededores del cuartel, dando paseos cortos, de una esquina a otra, mientras intentaba calmarme. Costaba creer que después de tantos años mi padre y yo continuásemos con nuestro pulso, a ver quién era más fuerte, quién llevaba más razón. «Lucha», me dijo mi conciencia una vez más. Me había repetido esa palabra infinidad de veces a lo largo de los meses en los que se cuestionó mi valía como inspectora. Fue mi empuje, continuamente me dio aliento para no tirar la toalla. Con el paso del tiempo, la palabra se alargó y se convirtió en una frase: «Lucha, Lola, no te rindas». Y a medida que pasaban los meses iba añadiendo palabras, lo hacía cada noche, cuando me metía en la cama casi vencida, y lo recitaba como si de una oración se tratase: «Lucha, Lola, no te rindas. No les des esa satisfacción, no dejes que ganen. Sobre todo, no le des la razón a tu padre. Tú sabes que no la lleva, que tú vales para esto. Vales para ser policía». Desde luego que valía

para ser lo que era, y desde luego que iba a luchar para demostrarlo y cerrar unas cuantas bocas que...

—¿Inspectora Velázquez? —Una voz a mi espalda interrumpió mis pensamientos. Me giré y vi a una mujer alta, delgada y resultona, ataviada con el uniforme de la Guardia Civil, que se aproximaba a mí.

—Sí, soy yo —contesté, escudriñándola; era deformación profesional.

—Buenos días, soy la cabo mayor Amparo Ros. —Sonrió mientras estrechábamos las manos. Parecía afable—. Quiero decirle que estoy encantada con su presencia; así durante unos días no seré la única mujer del cuartel.

—Pues encantada también —respondí, aunque no fui capaz de devolverle la sonrisa, la conversación con mi padre me la había borrado del rostro.

—¿Cómo va la investigación? ¿Hay avances? —preguntó.

—De momento no tenemos mucho, por no decir nada, aunque espero que eso cambie en breve. Ahora mismo estamos pendientes de lo que descubra la Científica, del resultado de la autopsia, de confirmar si alguna de las víctimas se alojaba aquí y de lo que podamos hallar en el registro de las viviendas. Además, el cabo Martínez está revisando sus móviles, sus redes y sus perfiles de internet por si encuentra algo.

—Está de suerte, Martínez es un manitas en el campo tecnológico.

—Eso me han dicho, y espero que sea cierto.

—Cuenta con ello —aseguró firme.

—Es un poco parco en palabras —anuncié con la sinceridad que me caracterizaba—, pero hace bien su trabajo.

—Solo es algo vergonzoso al principio, pero le aseguro que es una gran persona, además de un cerebritito en temas informáticos. Es una pena que se vaya a ir pronto. —Gesticuló un mohín.

—¿Y eso? —Arrugué el entrecejo.

—Ha pedido el traslado al Grupo de Delitos Telemáticos, donde fue adiestrado, y va camino de lograrlo, así que creo que le queda poco tiempo aquí. Lo echaremos de menos, aunque no sé si él se acordará de nosotros, está encantado con la idea de volver a su Madrid. —Sonrió levemente.

—¿Es de Madrid?

—Sí. Y no sé qué echa más de menos, si su ciudad o a su novia.

—¿Tiene novia allí?

—Sí, desde hace casi tres años. Por eso está deseando que lo trasladen, ya lleva dos años en este cuartel y se ven muy poco.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y cuatro, aunque con la barba aparenta más.

—Cierto. —Asentí—. Y tú, Amparo, ¿cuántos años llevas aquí?

—La que menos, ni siquiera uno.

Saqué otro cigarro.

—¿Me da uno? —me preguntó.

—Claro. —Se lo di—. Veo que también tienes este mal hábito.

—Sí. Excepto el capitán y Martínez, todos fumamos.

—Así que Martínez mantiene una relación a distancia. Mal asunto —dije seria, rememorando la mía.

—Eso depende. Hay parejas que lo llevan bien y la distancia incluso afianza su relación. No se puede generalizar.

Callé. Su respuesta me enmudeció. No se podía generalizar, era obvio, pero yo tenía una clara opinión al respecto, o más bien podía remitirme a las pruebas. La distancia nos separó a Bruno y a mí. La distancia le hizo caer en brazos de otra. La distancia me llevó a saborear el amargo sabor del desamor. ¡Maldito Bruno!

—Sigue sin convencerme tu argumento. —Negué con la cabeza—. A mí no se me ocurriría tener una relación a distancia, está comprobado que no funcionan. Y otra cosa, Amparo, cuando estemos en ratos de desconexión como este, puedes tutearme.

—Gracias. —Sonrió—. Pero para eso primero tendré que saber cómo te llamas, ¿no crees?

—Es cierto, ¡qué tonta! —Las dos sonreímos—. Soy Dolores, aunque prefiero que me llamen Lola. Dolores suena a persona mayor —bromeé.

—Muy bien, Lola. —Dio una larga calada—. Y tú, ¿cuánto llevas en la Policía Nacional? —preguntó de súbito.

—Más de quince años.

—¡Caray! —Silbó—. ¿Qué edad tienes?

—Cuarenta —respondí con un suspiro.

—Oye, pareces más joven.

—Gracias.

—¿Y de dónde eres?

—De Madrid.

—¿Casada?

—Divorciada.

—¿Hijos?

—No —contesté. Tanta pregunta me recordó a un interrogatorio, así que decidí volver las tornas—. ¿Y tú? ¿De dónde eres, estás casada, tienes hijos? —pregunté de tirón.

—Soy de Valencia y claramente joven para plantearme pasar por la vicaría y ser madre, solo tengo treinta años. Aún debo conocer a unos cuantos machos, ya me entiendes. —Arqueó las cejas y las dos sonreímos una vez más—. Además, me he esforzado mucho para hacerme un hueco en el cuerpo y eso no me ha dejado tiempo para parejas. Como sabrás, no es fácil desenvolverse en un mundo de hombres, pero no me falta carácter para ello.

—No, no es fácil —coincidí.

La contemplé y volví a sonreír, me recordaba a mí en muchos aspectos: la vitalidad, las ganas, el sentido del humor..., menos en uno: yo no solía ser tan parlanchina. Todo lo que en ese sentido le faltaba a Alejo, le sobraba a Amparo. Me paré a pensar en los nombres de los miembros del cuartel: Adolfo, Aitor, Alejo y Amparo. Todos, curiosamente, a excepción del capitán, comenzaban por A. Era una casualidad a la que no podía resistirme, tenía que utilizar la técnica de Torres y, como hacía él, ponerle un nombre al equipo de Homicidios. De forma repentina se me ocurrió llamarlo «El Equipo A», el título de aquella serie estadounidense que tanto me gustaba. Si bien los miembros que componían el cuartel poco tenían que ver con aquel grupo de mercenarios, decidí usar ese nombre, aunque solo para mí, por supuesto.

Mientras dábamos las últimas caladas al cigarrillo, una furgoneta aparcó en la puerta del cuartel. La cara me cambió al ver de nuevo a Lucas Gil, esta

vez rodeado de su equipo.

—¡Otra vez está aquí el tío de la tele! —espetó Amparo con desagrado—. Ya le he dicho esta mañana que no íbamos a hacer ninguna declaración.

—¿Ya ha estado aquí esta mañana? —pregunté sorprendida.

—Sí, y vuelve a la carga. Es incansable —siseó malhumorada.

—¿Y cómo se ha enterado tan pronto de lo que ha pasado en el pueblo? Casi ha llegado antes que yo —protesté.

—Internet —contestó—. Ayer al mediodía varios periódicos digitales ya habían publicado la noticia.

—¡Joder! —solté mosqueada.

—No me gustan nada estos marrones, pero el capitán me ha nombrado responsable de prensa, así que a comérmelo. —Gesticuló una mueca de desagrado.

—No te preocupes, déjame a mí. Conozco a ese imbécil desde hace tiempo.

—Todo tuyo —me animó, y me encaminé hacia él sulfurada.

—¡Oye, quieres hacer el favor de marcharte de aquí! —le grité.

—Buenas, inspectora Velázquez, yo también me alegro de verla aunque no entienda qué hace aquí.

—A ti no te importa lo que yo haga aquí o donde sea, ¿vale?

—¿No estabas de baja? —De pronto, me tuteaba, como siempre.

—Lárgate, ¡ya! —avisé en tono amenazante, ignorando su pregunta.

—No puedo, vengo a hacer mi trabajo.

—¿Tu trabajo? ¿Mentir es tu trabajo?

—Contar la verdad es mi trabajo —respondió con su habitual flema que a mí me exaltaba—. Aquí se han cometido dos asesinatos en menos de veinticuatro horas y la gente quiere saber qué ocurre. Si hay un loco suelto, si están en peligro; todas esas cosas.

—¿Lo ves? Solo piensas en crear alarma.

—En informar —aclaró con firmeza.

—Entonces informa de que la policía está trabajando sin descanso para

velar por la seguridad ciudadana. ¡Venga, di eso! Claro, eso no vende tanto, ¿verdad?

—¿Trabajas en este caso?

—Yo no he dicho eso.

—Ni tampoco lo desmientes.

—¡Vete ahora mismo de aquí! —grité.

—¿Qué está pasando, Lola? ¿Por qué estás en Lagos del Pino? ¡Venga, dímelo!

—¡Que te largues! —insistí a voz en grito.

—Ni hablar. —Negó con la cabeza—. Y si no quieres salir en directo será mejor que te retires. Estás en el encuadre de la cámara de mi compañero y en unos minutos estaremos en el aire.

—Aquí no vas a grabar nada. —Chisté con rabia.

—Desde luego que sí. Estamos en un lugar público. No puedes prohibírnoslo, Lola —me retó.

—No me llames así, capullo.

—Creí que te gustaba que te llamara por tu nombre de pila.

—¡Vete a la mierda! —exclamé, apretando los dientes.

—A ver si eliges otro lugar, a ese me has mandado cien mil veces y ya me lo conozco tanto que me aburre. —Dejó asomar una sonrisa irónica.

—Púdrete, a ver si eso te gusta más, imbécil. —Le hice una peineta y retrocedí a paso ligero, enrabieta, en dirección al cuartel.

—¡Guau! —exclamó Amparo, y silbó—. Joder, Lola, me has dejado impactada.

—Pues te garantizo que he estado suave.

—Entonces prefiero no conocerte cabreada. —Silbó de nuevo.

—Inspectora, la estaba buscando —dijo el cabo Alejo, apareciendo ante nosotras—. He encontrado algo.

El cabo Martínez había recuperado los mensajes eliminados de ambos teléfonos y en los dos encontró lo mismo: una cita. Ambas víctimas habían quedado para verse con alguien en Lagos del Pino el mismo día que fueron asesinados. Imanol con un tal Antonio que lo había invitado a una fiesta en la que habría alcohol, drogas y mujeres. Hacía hincapié en que habría mucho sexo y, dado que sabía lo mucho que le gustaban a Imanol las orgías, le ofrecía participar en una. También le indicaba el lugar al que debía acudir: una cabaña en medio del bosque. Antonio le mandó la ubicación en coordenadas y le explicó que se trataba de un sitio en el que no molestarían a nadie. Sobraba decir que Imanol aceptó con gusto la invitación y quedaron para verse ese día; el último de su vida. En el móvil de Eneko se encontró la misma ubicación, en coordenadas, aunque su mensaje no provenía de la misma persona. A Eneko se lo había mandado una tal Virginia Apasionada, que decía tener muchas ganas de conocerlo para hacerle una buena mamada y follar sin parar. La cantidad de obscenidades que leí a continuación me terminó ruborizando.

—Joder con Virginia —dijo Bruno—. Desde luego que es apasionada, sabe muy bien cómo calentar el ambiente. —Silbó.

—Perdone, inspector Molina, pero calentar a un tío es fácil, no le veo mérito alguno —enunció Amparo a la par que se encogía de hombros.

Hice esfuerzos para no reírme por el corte que Ros acababa de darle.

—Bueno, aquí lo importante no es si Virginia o Antonio calentaban el ambiente —intervine—. Es lógico pensar que ambos eran el asesino tendiéndoles una trampa. Y le salió perfecto, pues los dos perdieron el culo por venir.

—Hay algo que no entiendo —enunció Amparo—, ¿por qué no envió la ubicación, sin más?

—Porque no puede. Está usando un teléfono desechable —expliqué.

—Así es —confirmó Bruno.

—Por eso manda SMS en lugar de *whatsapp* —confirmó el cabo

Martínez—. Últimamente están muy de moda ese tipo de teléfonos entre los delincuentes.

—Son fáciles de adquirir, no hace falta contrato, son baratos y están listos para llamar, con la batería cargada y una tarjeta de prepago con un saldo decente —comenté.

—Pero también tienen limitaciones —dijo el cabo—, solo permiten hablar y enviar y recibir SMS, poco más.

—Por eso, quién demonios sea no ha mandado un *whatsapp* y no ha podido enviar la ubicación, porque no usa un teléfono inteligente. Desde luego, el muy cabrón sabe cubrirse las espaldas —escupí, y recordé el caso de Gonzalo y lo incapaces que fuimos de encontrar algo con lo que poder investigar.

—Es un asesino inteligente y, como tal, sabe protegerse para no ser descubierto. Porque aún hay más, ¿a que sí, Martínez? —La pregunta de Bruno era una aserción.

—Sí —afirmó el aludido, y añadió—: He buscado en el perfil de Facebook de Eneko a la tal Virginia Apasionada. Era una de sus «amiguitas» virtuales, aunque tengo claro que es un perfil falso. He intentado localizar la dirección IP de dicho perfil, pero nos conduce a un servidor que a su vez rebota a cientos de direcciones IP. La conexión está encriptada. Desde luego que ese tipo sabe lo que hace.

—¿Y por qué los ha citado en este pueblo? —preguntó Amparo.

—Puede que el asesino conozca este entorno y le resulte más fácil desenvolverse en él, o incluso que viva aquí —contestó Bruno.

—No tiene por qué, a Gonzalo Montero lo asesinó en Madrid —advertí—. De momento no podemos confirmarlo.

—Tiene que haber un motivo por el que ha elegido este pueblo —añadió el cabo Martínez.

—Exacto, y habrá que descubrirlo —aseveré—. Pero tenemos algo con lo que él no cuenta: esa ubicación —avisé—. Martínez, mándela a mi móvil y vayamos a ese lugar. Igual encontramos algo. —Acto seguido le facilité mi número.

—Buena idea —manifestó Bruno.



Mientras Martínez me reenviaba las coordenadas, el capitán Lemos entró echando pestes.

—¡Maldita prensa! —espetó con desagrado—. ¿Acaso no hay más lugares en todo Lagos del Pino para grabar? No sé por qué diantres tienen que hacerlo casi a las puertas del cuartel.

—Ni usted ni nadie lo entiende, señor —expresó Amparo.

—¿Hay novedades? —preguntó alterado.

—Sí, tenemos algo —contesté.

—¡Menos mal, al fin una buena noticia! Cuénteme, por favor.

—Al recuperar los mensajes eliminados de los móviles hemos descubierto que las víctimas quedaron en verse con alguien en un lugar del pueblo el mismo día que fueron asesinados. La dirección para llegar a dicho lugar fue enviada en coordenadas porque el que la envió no usó un móvil inteligente, sino...

—Uno desechable —atajó el capitán—. Cómo no. —Resopló.

—Exacto, y obviamente para no ser localizado. Pero, por suerte, Martínez ha encontrado esas coordenadas y me las ha reenviado para determinar la ubicación. Vamos a inspeccionarlo.

—Voy con ustedes —dijo, y añadió—: Cabo mayor Ros, prepárese porque también viene con nosotros.

—Claro, capitán —contestó ella.

En un santiamén, los cuatro abandonamos el cuartel, montamos en un coche patrulla y pusimos rumbo al lugar que indicaba mi *smartphone*. Unos veinte minutos después, el capitán Lemos detenía el auto en medio de un frondoso bosque, frente a una vieja cabaña de dos plantas abandonada y que amenazaba ruina. Nos apeamos, cargando con una tonelada de incompreensión.

—¿Está segura de que es aquí? —me preguntó Lemos.

—Eso indica la ubicación.

—No puede ser —chistó—. Dudo mucho que en este lugar alguien haya podido celebrar una fiesta.

—Yo también —dijo Bruno, observando la desmantelada vivienda, como

hacíamos todos.

—Le diré a Martínez que vuelva a mandarme las coordenadas y comprobaremos que son correctas.

Antes de que yo acabara la frase, Lemos ya estaba llamándolo; desde luego, era eficaz. En unos segundos, Martínez le mandó las coordenadas por *whatsapp*; eran correctas, esa era la ubicación que indicaban los mensajes.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Bruno.

—Dividirnos y rastrear el lugar —ordené—. Es obvio que es aquí.

—¿Crees que encontraremos algo? —me interpeló.

—Solo lo sabremos cuando hallamos peinado el perímetro, así que no perdamos el tiempo.

—Pues adelante —anunció el capitán, y comenzó a dirigir—: El inspector Molina irá por el norte, Ros por el oeste, usted por el sur y yo por el este.

Sin añadir una sola palabra, comenzamos a rastrear la zona en busca de pruebas, algo que nos demostrara que Eneko e Imanol habían estado ahí, que la ubicación era la correcta. Más de quince minutos después, y sin haber hallado nada, comencé a perder la esperanza. Mi traidora mente se confabuló con mis enemigos y empecé a recordar a la prensa, cómo se echaron sobre mí, cómo volverían a pedirme explicaciones sobre estos asesinatos, cómo me apalearían de nuevo con palabras que rebosaban veneno. Pero esos dañinos pensamientos se esfumaron cuando escuché la voz de la cabo mayor Ros gritando que había encontrado algo. Corrí con urgencia hacia ella, con tanta, que mis pies volaron.

—Es solo un trapo. Pero desprende un ligero olor a cloroformo —explicó Ros de forma acelerada—. No he querido tocarlo porque no llevo guantes.

Rauda, me saqué uno del bolsillo del pantalón y me lo puse con extrema rapidez. Tomé el trapo y me lo acerqué a la nariz; era cierto.

—El cloroformo se evapora con rapidez, pero este aún huele —comenté.

—¡Joder, lo han usado hace poco tiempo! —exclamó el capitán, desenfundando su revolver en un acto reflejo.

—Igual está por aquí —anunció la cabo mayor tomando el arma.

—Todavía no hemos mirado dentro de la cabaña —observé.

—Cierto —convino el capitán conmigo.

—Está bien, pues vayamos —dijo Bruno, empuñando su arma. Yo le imité al instante.

Empezaba a oscurecer, había que darse prisa para que la noche no cayera sobre nosotros y nos atrapara la negrura del bosque. El capitán Lemos y la cabo mayor sacaron sus linternas y alumbraron el camino, encabezando el improvisado dispositivo. Lemos dio una patada a la puerta y se retiró de inmediato, poniéndose a cubierto pegado a la desgastada madera de la pared de la cabaña, como ya estábamos nosotros. Después, lentamente, fue asomando la cabeza por el hueco. Con un gesto, nos anunció que el camino estaba despejado y nos preparamos para actuar. A los pocos segundos el capitán avanzó y entró en la cabaña apuntando con el arma. Nosotros también lo hicimos, muy próximos a su espalda, cubriéndolo. La cabo mayor desvió la luz hacia una escalera derruida; era imposible acceder a la planta de arriba. Gran parte de la planta baja estaba carcomida por las termitas y nuestras pisadas hacían crujir la madera de forma estrepitosa. Sentí que en cualquier instante la cabaña se nos podía caer encima, y no solo lo percibí yo, por eso la recorrimos apresuradamente. Estaba vacía y era obvio que había pasado mucho tiempo desde que había sido visitada por última vez. La certeza de que algo no marchaba bien hizo presión en mi estómago y comenzó a robarme el aire, aunque, por los gestos de los demás, no era la única en sentirlo. La decepción se apoderó de mí, de nosotros, y salimos desasosegados, comprendiendo la extrema gravedad del caso al que nos enfrentábamos. Alguien había perdido un trapo empapado en cloroformo cerca de esa cabaña. Sabíamos, por las pruebas encontradas en las víctimas, que era lo que habían usado para aturdir las y, por los restos hallados en sus ropas, quedaba claro que habían sido asesinadas en un lugar diferente al que fueron encontradas. Parecía obvio que aquella cabaña era el escenario de los crímenes, pero no había ningún indicio, faltaba una prueba que lo confirmara. Lo que sí parecía seguro era que el asesino había estado en la zona, había usado ese trapo y se había marchado antes de que llegásemos nosotros. Todo indicaba que en breve tendríamos otra víctima, y ese convencimiento nos cargó de impotencia. Aunque lo callásemos, todos lo sabíamos, el temeroso silencio que supurábamos lo desgañitaba a gritos. Los cuatro olfateábamos el hedor a muerte que inundaba el ambiente, pero no teníamos nada más. Y sin nada a lo que agarrarnos, no podíamos detener el aroma a putrefacción que se

extendía y que en breve nos avasallaría.

De nuevo, y sin mediar palabra, montamos en el coche y abandonamos el lugar. Lo hicimos tan frustrados como airados. No podíamos frenar lo desconocido, era imposible. Lo único que obraba en nuestro poder ni siquiera era de nuestra competencia, sino de la Científica, y crucé los dedos para que ellos hallasen algún resto de ADN en ese trapo. Eso o cualquier otra cosa que nos ayudase a dar con aquel maldito asesino.

## La Mano Ejecutora

Biel había muerto.

Para darle muerte, una parte del plan varió. El Cerebro quería que sufriera más que Eneko e Imanol porque, decía, se lo merecía. Tenía que morir entre dolores insondables y remordimientos que despellejaran su conciencia. Llevar a cabo una muerte más agresiva me costó, pero estaba obligado a hacerlo. Y quizá, tanto por enfrentarme a novedades inesperadas como por la inquina que el Cerebro le profesaba, el proceso para matar a Biel fue inusual desde el principio. Debía verme con él en el mismo lugar que con los otros, pero, por imposición suya, sería más temprano, cuando la luz solar aún no se hubiera extinguido. No pude rebatir, el Cerebro ya había claudicado a su petición y a mí no me quedaba más remedio que prescindir de la ayuda que me ofrecía la oscuridad del bosque.

Fui con el mismo disfraz que en las otras ocasiones: barba, gorra y gafas, esta vez de sol; un conjunto que protegía mi identidad, que no dejaba un centímetro de mi rostro al descubierto. Biel acudió con unas pintas de cerdo que daban verdadero asco. Olía a sudor, a fritanga, a sexo, a rancio... La extraña y asquerosa mezcla producía arcadas. Contuve la respiración a la par que lo observaba; era un amasijo de huesos con cara cadavérica y ojos podridos de vicio. Parecía babear cuando vio en mis manos el paquete que yo tenía que darle de parte del Cerebro.

Mientras Biel, casi en estado de éxtasis, desembalaba el material prometido, actué sin perder tiempo. El cloroformo tardaba en hacerle efecto y el muy cabrón no paraba de revolverse igual que una fiera herida. Estaba consumido, pero forcejeaba con fuerza, con tanta que caímos al suelo. El trapo se escapó de mis manos y yo, enfurecido por lo mucho que me estaba costando noquearlo, le pegué un rudo puñetazo. Me senté a horcajadas sobre él, volví a coger el trapo y lo presioné contra su nariz y boca con todas mis fuerzas, incluso eché un chorro más del líquido anestésico, mientras me suplicaba a mí mismo que aquello acabase de una vez. Por suerte, tras unos

segundos, dejó de moverse. *Ipsa facto*, le solté otro puñetazo; la rabia y el miedo me movían.

Después de ejercer el protocolo establecido: atarlo de pies y manos, amordazarlo y trasladarlo al refugio, lo espabilé para darle la estricnina, pero también se resistió con eso. El proceso se estaba complicando más de lo necesario y yo empezaba a desesperarme. Por iniciativa propia, decidí utilizar una parte del plan B. Porque había un plan B, incluso un C, en caso de fallar algo; el Cerebro lo tenía todo muy bien pensado. Sin vacilaciones, le inyecté en la yugular una dosis de estricnina. Estaba ansioso porque el veneno comenzase a actuar, pues ahora tenía que enfrentarme a la nueva parte del plan, que llevaba su tiempo. Debía flagelar las nalgas a Biel, y para ello contaba con un látigo de cuero endurecido, corto, de siete colas, cuyas puntas terminaban en nudos. Entre azotazo y azotazo le obligué a beberse el resto de la estricnina; no estaba seguro de que la dosis inyectada fuera letal. El Cerebro me había ordenado que le gritara a Biel ciertas frases mientras lo flagelaba, pero me resultó imposible hacerlo oyendo sus desgarradores lamentos. Una parte de mí deseaba disculparse por todo aquello; eso sí, sin parar mi trabajo ni demorar el final. Y entre el deseo y la obligación, traté de justificarme para que me entendiera.

—Biel, esto lo hago para salvar a mi familia. Es mi castigo. Mataros a vosotros es mi pena y a la vez mi indulto. Entiéndeme, si no lo hago, mi mujer e hijas morirán. No tengo escapatoria. No hay otra solución.

Repetí lo mismo una y otra vez, hasta acabar con los cien latigazos que se me habían pedido. Entonces llegó lo que no esperaba que ocurriera: el teléfono sonó. No era mi móvil, sino el desechable con el que el Cerebro se comunicaba conmigo. Rasgué el mono de papel que me cubría para poder acceder al bolsillo y sacarlo.

—¿Qué ocurre? —pregunté preocupado. Y, atento, escuché su explicación—. No, pero le falta poco... Sí, lo he hecho. Le he repetido cada una de tus palabras —le mentí, y me ordenó hacer algo—. Ahora mismo —le dije, y pegué el teléfono al oído de Biel.

Mientras oía el murmullo de la voz del Cerebro, vi cómo en los ojos de Biel se alojaba el miedo, el dolor, el odio... y al final el llanto. Uno mudo pero abundante, que no dejaba de resbalarle por el rostro, de empaparle las huesudas mejillas. Tras unos minutos, y con mucha dificultad pues estaba

agonizando, dijo:

—Que... te jo...dan.

Su vida expiró con el punto final. Había sido una muerte más cruel, pero yo me sentía muy aliviado porque era la última. Aparté el móvil de su oreja y lo pegué a la mía.

—Ya está, ha muerto —anuncié.

—No olvides taponarle la boca con un trozo de cinta americana.

—De acuerdo. —Colgué.

Guardé el móvil y cumplí mi cometido por última vez. Había quitado la vida al tercero y último de la lista; por fin había acabado mi trabajo, o mejor dicho, la condena. «Por última vez», qué bien sonaba esa frase, qué placer revoloteaba por mi cuerpo mientras la saboreaba y qué sosiego se esparcía por mi alma; eran las mismas sensaciones que me otorgaba un buen orgasmo. Intenté apartar el sexo de mi cabeza, no podía creer que en un momento así mi mente pudiera pensar en eso. Pero sí, lo hacía. Lo pensaba y lo deseaba, porque no había vuelto a echar un polvo desde que el Cerebro me pillara con aquella clienta tan agradecida y me chantajeara, y de eso hacía más de tres semanas. Desde ese día había estado tan acojonado que había sido incapaz de pensar en nada que no fuera la forma de salvar a mi familia, ni siquiera las caricias que Esther me regalaba al llegar a la cama lograban excitarme. Sin embargo, ahora que toda esta locura había acabado, no dejaba de pensar en hacerle el amor, de cualquier manera y en el sitio que fuera. Con la fantasía empecé a notar tensión en la entrepierna.

Tras unos largos segundos pude eliminar los inapropiados pensamientos de mi mente y centrarme en lo que debía hacer: limpiar el refugio. Luego abandoné a Biel cerca del lago, en un lugar donde lo encontraría algún senderista madrugador. Me subí al vehículo y regresé a mi escondite, a la cabaña a sesenta kilómetros de Lagos del Pino. Mañana me encargaría de recoger todo y regresaría a Madrid, a mi vida. Aunque ahora mi vida había cambiado por completo, ahora era un asesino, y guardar ese secreto era igual que alojar una pesada piedra en mis entrañas. No podía desprenderme de las monstruosas imágenes de las tres muertes, y tampoco sabía si con el tiempo lo lograría o si aprendería a vivir con ello. Era una incógnita, un lastre que cada vez que se manifestaba me provocaba náuseas. Indiscutiblemente había manchado mis manos de sangre para salvaguardar la vida de mis seres

queridos, pero también era indudable que había pagado un alto precio por ello.



## 20

De vuelta al cuartel preferí mantenerme en silencio. Intenté despejar mi mente para alejar el temor que me provocaba enfrentarme en breve a otra víctima; era lo que apuntaban los indicios. Me paré a escuchar la conversación que mantenían el capitán Lemos y Bruno: hablaban de sus profesiones, pero de aspectos personales. Bruno comentaba el tiempo que llevaba en el cuerpo y se centraba en sus inicios, una época que compartí con él, pues aún éramos pareja, y que, oyéndole, me empezó a extraer recuerdos que creía tener olvidados. De repente, una oleada de diferentes emociones me inundó y sentí que me ahogaba.

Tras apearnos del vehículo, caminé hasta el cuartel casi a la carrera. Entré y me fui derecha al servicio. Sentía un perverso nudo en la garganta, se había instalado en ella sin permiso ante el torbellino de recuerdos. Recuerdos. Siempre que evocaba nuestra última escena me sobresaltaba un profundo dolor difícil de ubicar. A veces los recuerdos eran un gran enemigo, el peor. A veces me atacaban sin piedad y me llenaban de rencor. A veces, como sucedía ahora, me hacían temer la llegada del llanto, que me hicieran mostrar mi lado vulnerable, ese que solía esconder al mundo. «Tú no lloras, Lola — me recordé—. Bastante lloraste por culpa de Bruno. Bastantes noches empapaste la almohada debido al dolor que te provocó su traición. Bastante te escocieron los ojos, además del corazón y el alma.» Sí, lloré durante bastante tiempo, pero un día me prometí que no derramaría ni una lágrima más y lo había cumplido con creces, pues ni en mis peores momentos las desalojé; y ahora tampoco iba a hacerlo.

Después de unos minutos encerrada en el aseo, y por lo tanto alejada de miradas indiscretas, fui capaz de deshacerme del dolor y salí. Miré el reloj; eran casi las once de la noche. Necesitaba descansar unas horas, el día había sido largo y de emociones intensas. Fui en busca del capitán Lemos y lo encontré hablando con el brigada Garmendia.

—¡Oh, la estaba buscando! —exclamó Lemos, y Garmendia se marchó con una de sus insoportables sonrisas de déspota.

—Qué casualidad, yo también lo buscaba a usted, capitán.

—Pues dígame.

—No, dígame usted primero —le contesté, pensando que sería algo relacionado con la investigación.

—La invito a tomar un café aquí al lado, en La Tasquita —dijo, refiriéndose al bar que estaba enfrente del cuartel. Pensé que el capitán, más que tomar un café, quería hablar conmigo.

—Vamos —contesté.

Apenas habíamos decidido en qué mesa tomar asiento cuando el capitán pidió al camarero un café solo con hielo para mí y una coca-cola zero para él. Observé detenidamente su cuerpo; se cuidaba, sus bíceps, tríceps y pectorales lo delataban. ¿Iría al gimnasio? ¿Se machacaría a hacer pesas? ¿O igual la genética lo ayudaba a mantenerse en forma sin tener que esforzarse? Cuando giró la cabeza me pilló contemplándolo y, como un imbécil, no aparté mis ojos de él mientras se acercaba. Interpretando el papel de mi vida, y haciendo un gran alarde de improvisación, dije:

—Este nuevo uniforme de la Guardia Civil me gusta más que el anterior.

Lemos se observó la vestimenta.

—Sí, a mí también. —Asintió y se sentó frente a mí—. Y hablando de uniformes, inspectora, ¿qué le llevó a usted a vestir el de la Policía Nacional?

Su pregunta me descolocó, no la esperaba. Y mientras volvía a componerme, un joven entrado en carnes, con la cara roja y sudorosa, nos sirvió las bebidas.

—Espero que no sea una pregunta indebida o capciosa —señaló el capitán nada más marcharse el camarero, analizándome con la mirada.

—Inesperada nada más, tranquilo.

—No está obligada a responderme, y perdone si le ha molestado.

—No, tan solo me ha sorprendido, capitán.

—Y se ha notado. —Asintió.

—Creo que nací para esto —contesté por fin, a la vez que echaba el azúcar al café y comenzaba a darle vueltas con la cucharilla—. Me hice policía porque desde pequeña deseaba atrapar a los malos y hacer justicia.

—Según cuenta, casi que la vocación le venía de cuna.

—Algo así. —Estiré las comisuras de los labios—. Y usted, ¿por qué se hizo guardia civil? —Si él tenía curiosidad por saber de mí, yo no iba a ser menos.

—Porque solo tenía dos opciones —respondió sin dudar—. Ser guarda forestal, como las dos generaciones anteriores de mi familia, o ser guardia civil, como el padre de mi mejor amigo. Escogí la segunda porque me pareció más emocionante. —Se echó un trago de refresco.

—¿Y lo es? —demandé sin más preámbulos.

—Por suerte, Lagos del Pino es un lugar tranquilo, no estamos acostumbrados a los asesinatos, ni siquiera a los robos. Lo más emocionante que ha ocurrido aquí fue hace unos años: una pelea entre vecinos. Tuvimos que usar los calabozos y todo. —Sonrió, y yo también lo hice.

—No me ha contestado —insistí, vertiendo el café en el vaso con hielo e iniciando un movimiento circular con el que los cubitos bailaban.

—No, no es tan emocionante como creí, inspectora. —Negó con la cabeza—. Pero le confesaré que esa calma que aquí tanto se prodiga a mí me ha servido para ampliar continuamente mi formación, y me siento afortunado por ello. Soy de los que piensa que el saber no ocupa lugar.

—En eso debo darle la razón. Es muy bueno ejercitar las neuronas, tanto como el cuerpo.

—Eso mismo creo yo.

—¿Y a su padre le pareció bien su elección?

—Le encantó la idea, como a cualquier padre —contestó sin vacilar.

—Bueno, eso de como a cualquier padre... —La frase se escapó de mis labios.

—¿Acaso al suyo no le pareció bien?

—Pues no. —Sacudí la cabeza—. Yo también provengo de una familia cuya profesión es casi hereditaria, y a mi padre no le gustó que cambiara la medicina por la policía.

—¡Vaya!, lo siento.

—No se preocupe, ya no tiene solución —intenté bromear, y bebí un poco de café.

—¿Cuándo conoció al inspector Molina?

De nuevo su pregunta me cogió desprevenida.

—Hace muchos años —contesté sin más explicaciones—. ¿Cómo lo sabe? ¿Se lo ha contado el comisario Torres?

—No, él no me ha dicho nada. Ha sido una sensación mía, por su forma de saludarse esta mañana. Percibí cierta tensión. —El capitán volvió a echar un largo trago al refresco.

—Lamento que lo percibiera.

—No debe lamentar nada. Ha sido algo puntual.

—Le aseguro que no volverá a pasar. Mi interés está centrado en exclusiva en resolver este caso.

—No lo he dudado un segundo, inspectora, así que no debe justificarse.

—No es una justificación, sino una explicación, capitán.

—Buen apunte. —Sonrió—. ¿Y usted para qué me buscaba? —me demandó, cambiando la conversación.

—Para decirle que estoy agotada y me gustaría irme a descansar un rato.

—Claro, por supuesto. Ahora mismo aviso a la cabo mayor Ros para que la acerque al hostel donde se alojará. Es pequeño y familiar, le gustará.

—Gracias, capitán.

—No hay de qué. Termine y nos vamos. Voy a pagar.

Me bebí el café de un trago y me levanté. Abandonamos La Tasquita y cruzamos la calle. Con una docena de pasos más llegamos a las puertas del cuartel.

—Disculpe, capitán, dígame a la cabo mayor que la espero aquí fuera.

—De acuerdo. Hasta mañana, inspectora —se despidió y entró.

Me encendí un cigarrillo, estaba deseosa, casi ansiosa por dar una calada. Sentía un malestar agazapado en mis tripas que me las movía incesantemente. Bruno llevaba catorce años sin aparecer por mi vida, pero habían bastado menos de veinticuatro horas junto a él para que siguiera fastidiándome. Su presencia me alteraba, sembraba en mi interior un sentimiento de pesadumbre que ahondaba en mis entrañas y que, muy a mi pesar, se había terminado notando. A saber qué pensaría el capitán de mí. Aunque la opinión de Lemos

no iba a quitarme el sueño, no quería que creyese que yo era una mujer resentida que podía llevar mis sentimientos hacia Bruno al terreno laboral, porque la realidad era otra. Él me machacó. Me partió el alma. Me arrancó el corazón de cuajo. Me traicionó. Me gustaría conocer el parecer del capitán si supiera que Bruno Molina Herrero es un maldito canalla que me engañó con otra. Pero qué tonterías estaba diciendo, entre tíos eso no era algo para rasgarse las vestiduras, ellos «lo comprendían», algunos incluso no entendían eso de «no echar una cana al aire». Entre los hombres, sus infidelidades se veían con otros ojos y no se penalizaban. Estaba acostumbrada a oírlo entre casi todos mis compañeros, solo unos pocos se libraban.

Di la última calada al cigarrillo y tiré la colilla al suelo con rabia, con la misma que la pisé; pensar en Bruno me perturbaba. Mi móvil comenzó a sonar y me sorprendió leer el nombre de Martina en la pantalla. ¿Para qué demonios me llamaba mi amiga a esas horas? ¿Habría ocurrido algo?

# 21

—Hola, buenas noches, Martina —saludé nada más descolgar.

—¿Dónde demonios estás? —alzó la voz—. Habíamos quedado a las diez y media. Sé que no sueles ser puntual y en lugar de darte cinco minutos de cortesía te suelo dar quince, pero te retrasas más de media hora —explicó de carrerilla.

¡Mierda! Lo había olvidado por completo.

—¡Oh, lo siento! —Solté las palabras con peso, con el que añadía el remordimiento—. Se me ha pasado, no me he dado cuenta de avisarte para anular la cena.

—¿Cómo? ¿Que no vienes? ¿Por qué? ¿Acaso tienes un plan mejor? ¿Vas a echar un polvo? —preguntó con su habitual ironía.

—No, no es eso.

—¡Vaya, qué pena! —Chasqueó los labios—. Por un segundo me estaba ilusionando.

—Tú es que te ilusionas rápido.

—Entonces, si no es por un tío, ¿qué excusa tienes para darme plantón y haberte olvidado de decírmelo?

—Estoy trabajando.

—¿Trabajando? ¿En qué? —interpeló extrañada.

—En lo mío. Soy policía, ¿recuerdas?

—Que yo recuerde estás de baja. ¿Estás perdiendo la cabeza? —De nuevo el sarcasmo teñía sus palabras.

—Aún no.

—Pues entonces explícate porque no entiendo nada.

—Te lo resumiré. He pedido el alta y estoy en un pueblo de Huesca, he llegado hoy mismo. El motivo: dos asesinatos que están relacionados con uno que investigué hace algo más de un año.

—¿Te ha bastado con un par de asesinatos para superar la crisis emocional que llevas arrastrando meses?

—Eso parece —bromeé.

—Pues si lo llego a saber habría contratado a un sicario en lugar de recomendarte a un psicólogo —anunció de forma cínica.

—Qué boba eres.

—Y tú qué mal estás, amiga. Hace unos días casi estabas decidida a dejar el cuerpo y ahora me has dejado a mí por él. Lo dicho, estás loca.

—Pero loca y todo, me quieres.

—¡Qué remedio! —replicó—. Y cuéntame, ¿hay algún poli guapo por allí? Porque un revolcón no te vendría nada mal, hace mucho tiempo que no te das uno.

—No me lo recuerdes, por favor. —Resoplé con resignación.

—¿Tanto? Porque esa forma de soplar indica mucho tiempo.

—Sí. Tanto.

—Por favor, Lola, cuéntame algo interesante, no deprimente —reclamó con sarcasmo.

—Bueno, puedo contarte que estoy entre guardias civiles, agradables pero de físico normal, y que entre ellos... —Dejé la frase inconclusa y expelí un golpe de aliento.

—¿Qué? Larga ya por esa boquita —me pidió con impaciencia.

—Es que no te vas a creer con quién me he encontrado aquí.

—Prueba, dímelo.

—Con Bruno —revelé sin rodeos.

—¿Bruno? —Durante unos segundos predominó el silencio—. ¿Tu Bruno? —gritó.

—Sí, qué Bruno va a ser.

—Pero ¡qué dices! ¡Qué puñetera casualidad! —exclamó tan alterada como sorprendida.

—Dímelo a mí —siseé.

—Espera, ¿es que ahora es guardia civil? —preguntó perpleja.

—¡No, mujer, no! Es de la Brigada de Homicidios. Cooperamos con la Guardia Civil y yo estoy al cargo de la investigación.

—¡Madre mía, qué noticia! El capullo de Bruno... —Silbó asombrada—. ¿Y cómo lo llevas? —preguntó con prudencia.

—Como buenamente puedo, Martina. —Suspiré—. Sé que disimulo bien, pero la realidad es que lo llevo mal. No me apetece verlo, y menos tenerlo cerca de mí. En algún momento hasta ha llegado a faltarme el aire. Además, ha tratado de hablar conmigo a solas y he intuido perfectamente lo que quería abordar.

—¿Qué quiere contarte? ¿Que no sabe tener la polla guardadita en los pantalones? Pues que lo hubiera pensado antes y no se hubiera comprometido contigo.

—Tranquila que no pienso dejarle hablar de ese tema, de ninguna manera. —Chisté—. Pero ¿qué coño les pasa a los tíos? ¿Creen que pueden joderlo todo sin que haya consecuencias? O mejor aún, ¿creen que con una explicación y unas bonitas palabras se puede olvidar una traición? ¿Piensan que somos tontas? ¿O que no tenemos sentimientos? ¿O memoria? Pues conmigo Bruno lo lleva claro. Yo no voy a olvidar lo que pasó. Yo no voy a olvidar lo que sufrí con su traición. Yo no voy a perdonarle nunca, aunque me suplicase de rodillas y mi vida dependiera de ello. Yo jamás perdonaré a Bruno Molina Herrero, alias el cabrón que me partió el corazón. Yo... —callé, obligada.

—Te has quedado a gusto, guapa, ¡joder! —Martina silbó con musicalidad—. Pero te voy a decir algo, Lola, nunca digas «jamás de los jamases» tan segura, que la vida da muchas vueltas y nunca se sabe. Recuerda que yo juré que jamás saldría con Rafa y llevo diez años casada con él. Además tengo dos hijas, cuando tampoco quería ser madre. No podemos decir de forma tajante «De esta agua no beberé», porque luego vamos y no solo bebemos, en ocasiones hasta nos aguachinamos. ¿Llevo o no llevo razón? —Martina me pedía una respuesta, pero yo continuaba muda, mirando al frente, hacia mi sorpresa—. ¿Lola? ¿Estás ahí? —me preguntó.

—Lo siento, Martina, tengo que dejarte. Ya te llamaré. —Colgué.

La cabo mayor estaba boquiabierta, mirándome. Ella había sido la causa de mi turbación y por consiguiente de mi mudez. Seguramente había oído la conversación, al menos una parte, la peor, la que ponía de manifiesto mi



relación rota con Bruno, el dolor y el resentimiento.

—¿Nos vamos? —le pregunté, recuperando el habla.

—Sí, claro —respondió firme, pero, de forma paradójica, en su voz percibí desconcierto.

—Si no te importa, iré detrás de ti con mi coche. Prefiero tenerlo a mano y no estar dependiendo de que alguien venga a por mí.

—Por supuesto. Sígueme, Lola. —Ahora su timbre se pincelaba de una amabilidad que rozaba la compasión.

Odiaba que la gente sintiera lástima de mí. Precisamente por eso nadie sabía lo que en realidad me ocurrió con Bruno salvo Martina y Torres. Ni mi familia, ni siquiera Raúl, mi querido hermano y confidente en más de una ocasión, lo imaginaban. Tras la ruptura les conté a todos el mismo cuento, que la distancia había enfriado mis sentimientos y por eso rompí con él.

Cuando llegamos al lugar donde iba a hospedarme, la cabo mayor se apeó de su auto, se acercó a mí y me abrazó. Di por sentado que había oído lo que me temía, y en un segundo me colmé de rabia. Sentir que me compadecía me irritó y me separé de su abrazo de forma brusca. No dije ni adiós, lo cambié por un silencio tan gélido que congeló el ambiente. Sabía que Amparo no lo había hecho con mala intención y que no merecía ese trato, pero manejar mi enojo en esos momentos no era tarea fácil. Quizá tampoco lo intentaba porque me sentía herida y me había acostumbrado a cubrir esos momentos con la frialdad. Pero pensaba que si nadie conocía mis puntos débiles, si me sentían fuerte, siempre me respetarían. Todos sabemos que los fuertes son valientes, y de los valientes nadie siente lástima ni pena.

## El Cerebro

Deseaba que la Mano Ejecutora diera muerte a Biel, esa garrapata inhumana. Era escoria, le gustaba maltratar a las mujeres, incluso abusaba de sus hijos. Cuando empecé a indagar sobre él me enteré de que siendo joven se le denunció por violación, aunque el dinero de sus padres terminó librándole de la cárcel. También descubrí lo más miserable, su gran secreto, lo que le convertía en un ser monstruoso a los ojos de cualquier persona decente: le gustaba la pornografía infantil. Esa fue mi baza, la trampa que lo trajo hasta aquí: un material pedófilo que por supuesto no existía, era una treta, y que solo mencionarlo me daba asco. Eugenio también me decía que a él le asqueaba, pero que no nos quedaba otro remedio, y estaba en lo cierto.

Una vez más recordé aquella noche, la que nunca había conseguido apartar de mi memoria, la que cambió nuestras vidas, la que me marcó para siempre. De nuevo sentí que me quedaba sin fuerzas, sin aire, y que emergía la rabia, la angustia... La herida era tan profunda que veintinueve años después continuaba abierta y sangrando.

Pero sus muertes serían los puntos que la cerrarían.

Necesitaba cuatro puntos para cicatrizar.

Biel era el tercero.

Eugenio me había dicho que estaba convencido de que la Mano Ejecutora no le diría a Biel lo que queríamos que oyera, así que iba a asegurarme de que esa maldita sabandija lo escuchase. Miré el reloj. Eran más de las diez de la noche, la Mano Ejecutora había quedado con Biel a las ocho, aún estaría vivo; agonizante pero vivo. Cogí el teléfono y llamé a «mi socio», a quien le llevó un rato descolgar.

—¿Qué ocurre? —me preguntó nada más coger el móvil, mostrando preocupación.

—Aún no ha muerto, ¿verdad?

—No, pero le falta poco.

—Pégale el teléfono al oído, quiero decirle algo, por si tú no se lo has contado igual, o ni siquiera lo has hecho.

—Sí, lo he hecho. Le he repetido cada una de tus palabras.

Algo dentro de mí supo que mentía, pero lo dejé pasar y me hice el tonto. Dejé que pensara que le creía y añadí:

—Pues entonces ahora se las voy a repetir yo. Ponle el teléfono en la oreja.

—Ahora mismo —dijo, y esperé a oírle respirar.

—Hola, Biel, ¿qué tal estás? Bueno, creo que me oyes e iré directo al grano. ¿Te gusta, Biel? ¿Te gusta el dolor? No, claro que no, a ti te va más pegar, violar, abusar de tus propios hijos y de los ajenos, y también te gusta instigar, ¿verdad? Disfrutas tanto haciendo daño como alentando a otros a hacerlo, ¿a que sí? Pues ahora el que se deleita soy yo, hijo de puta. Me deleita conocer los dolores que te habrán producido esos latigazos y la compresión de tus músculos gracias a la estricnina. ¡Joder, cuánto placer siento! Yo gozo con tu sufrimiento, me satisface saber que morirás en breve. ¿Y sabes qué haré cuando eso ocurra? Brindaré por tu desaparición, me echaré un buen trago de whisky a tu salud. Espero que te pudras en el infierno, pedazo de mierda.

—Que... te jo...dan —me dijo Biel con un hilo de voz, con excesiva dificultad, apurando los últimos coletazos de vida.

—Ya me jodisteis la vida, pero ahora soy yo el que os la ha jodido.

—Ya está, ha muerto —dijo la Mano Ejecutora.

—No olvides teparle la boca con un trozo de cinta americana —le recordé.

—De acuerdo. —Colgó.

La muerte de Biel no me hacía sentirme mejor. Por desgracia, no borraba el dolor que me corroía, no cambiaba nada. Al menos todavía no. Quizá cuando los cuatro hubieran desaparecido de la faz de la tierra, algo cambiaría en mi interior. Y si no conseguía aliviar mi dolor, tendría que escoger otro camino más drástico para apaciguar el tormento. Con ese pensamiento recurrente me marché al banco de abdominales y empecé a machacarme a

destajo. Arriba, abajo, arriba, abajo, arriba, abajo... Una y otra vez, rápido, sin descanso, con la intención de agotar todos los sentimientos que me torturaban para poder olvidarlos por un rato.

El hostel se llamaba Del Olmo, y la señora que lo regentaba Sagrario Del Olmo. Era evidente que la mujer no se había roto la cabeza para escoger el nombre. Mi primera impresión, nada más verla, fue chocante, me pareció una mujer... llamémosla pintoresca. Era fornida, más bien gruesa, y vestía una túnica de colores chillones que a más de uno le parecerían atrevidos para su edad, pues de seguro que contaba con más de cinco décadas a sus espaldas. El cabello lo llevaba corto, teñido en color caoba y repeinado de peluquería. Su cara era grande, redonda, con carrillos rosados, y sus ojos, marrones y pequeños, como su boca de piñón. Su sonrisa mostraba un amplio diastema entre los dientes, aunque lo que más llamó mi atención fue la extensa papada que le colgaba tapándole medio cuello.

—Buenas noches, inspectora, la estaba esperando —me saludó con simpatía.

—Buenas noches —dije con voz agotada.

—Soy Sagrario.

—Sí, Sagrario Del Olmo, me lo han dicho. Yo...

—Dolores Velázquez, inspectora de Homicidios —atajó—. A mí también me lo han dicho. —Sonrió.

—Entonces presentaciones hechas. —Le devolví la sonrisa con algo de esfuerzo—. ¿Me da la llave y me dice dónde me alojo? —pregunté, directa al grano.

—Por supuesto. —Se sacó de un bolsillo una llave que me tendió de inmediato—. Primera planta, tercera puerta a la derecha, habitación siete.

—Muchas gracias.

—¿Qué tal ha ido el día? ¿Han descubierto algo? —demandó con curiosidad.

—Todavía no, pero estamos trabajando para averiguarlo.

—En el pueblo estamos muy asustados, inspectora, nunca ha ocurrido algo así en Lagos del Pino. Este es un lugar tranquilo donde todos nos

conocemos. Es cierto que ha crecido bastante en los últimos tiempos, pero solo por los turistas, los demás seguimos siendo casi los de siempre. Hoy en el pueblo solo se hablaba de los asesinatos. Todo el mundo se pregunta quién ha podido cometer semejante salvajada; es horrible. —Suspiró con aflicción.

—Es normal que esto haya alterado la vida del pueblo, cómo no, pero tranquilícese, daremos con el culpable. —Hice ademán de marcharme hacia las escaleras.

—¿Quiere cenar algo? —me preguntó, tomándose la confianza de poner su mano sobre mi hombro, seguro que con intención de detenerme—. Puedo prepararle cualquier cosa: un bocadillo, un sándwich, una ensalada...

—No, gracias, no tengo apetito.

—¿Está segura, inspectora? De veras que no me cuesta ningún trabajo —insistió, poniendo cara de madre.

—De verdad, Sagrario. Solo quiero descansar.

—Yo esta noche descansaré mejor sabiendo que usted está aquí. Tener a la policía en casa siempre es una ventaja. —Con su sonrisa volvió a mostrarme su generoso diastema.

—Gracias.

—Qué orgullosa tiene que estar su familia de la profesión que desempeña. —Su afirmación me dejó estupefacta. A tino de qué venía semejante comentario.

—Seguro —dije por decir algo, porque si ella supiera...—. Buenas noches.

—Buenas noches y que descanse. —Se despidió con una grata sonrisa.

Subí las escaleras casi arrastrando los pies. Repentinamente, el alma, no el cuerpo, me pesaba una tonelada. Entré en mi habitación y la observé unos segundos. El mobiliario era más que justo: la cama, la mesilla, un pequeño armario a la izquierda y, en el lado contrario, al fondo, una pequeña mesa con un sillón. En verdad estaba bastante desangelada, la decoración brillaba por su ausencia. Eso sí, todo estaba más limpio que una patena, y eso era más que suficiente.

Dejé la maleta a un lado mientras las últimas palabras de Sagrario seguían resonando en mi cabeza como el eco en la montaña. Intentando

aparcarlas, me metí en la ducha. Allí estuve unos largos minutos bajo los cálidos y transparentes hilos del agua, dejando que repiqueteasen por mi cabeza y nuca sin ninguna prisa. Necesitaba relajarme, lo precisaba tanto como el oxígeno para respirar.

Una vez seca, me puse la camiseta del pijama, ropa interior limpia y me lancé a la cama. El día había sido muy largo, estaba reventada, agotada física y mentalmente. Y ese era el mayor problema: mi mente, que se negaba a dejarme descansar. Pensaba en cien mil cosas: los asesinatos que investigábamos, los que podían cometerse y sabíamos que se cometerían, las pocas pistas, la falta de pruebas... Bruno. Suspiré y me centré en su aspecto físico. No había cambiado mucho en catorce años, alguna que otra cana pincelaba su cabello castaño y sus ojos denotaban más cansancio; por lo demás, casi seguía igual. Su cuerpo, más o menos, mantenía el peso y, en apariencia, continuaba siendo fibroso. Parecía que no había olvidado su lema, el que siempre me repetía: «Para ser policía hay que estar en forma».

Corrí un tupido velo para dejar de pensar en Bruno, el hombre que cambió mi vida, y empezaron a pulular por mi mente otros recuerdos. Primero el comisario Torres y el incondicional apoyo que me mostró desde un principio, porque confiaba en mí más que yo misma. Después apareció mi padre, y con él, de nuevo, se colaron en mi cerebro las palabras de Sagrario, ese «qué orgullosa tiene que estar su familia de la profesión que desempeña». Ella no sospechaba la fría relación que teníamos mi padre y yo y que nadie podría entender, pero por desgracia era un hecho. Decidí mi camino contra todo pronóstico para él, sin tener en cuenta que no lo aprobaba, y eso lo cambió todo. Pero yo, desde mis más tiernos recuerdos, siempre imaginé pertenecer a un cuerpo de la ley y el orden. No soñaba con vestir bata blanca ni con ayudar a los enfermos; sí con salvar vidas, pero de forma distinta a la que casi me venía dada por dinastía. Prácticamente todos mis familiares más cercanos formaban parte del mundo de la medicina: mi abuelo, mi tío, mi padre, mi madre, que era enfermera como lo habían sido su hermana y madre... Pero yo no lo deseaba; yo quería ser policía, vestir de uniforme, llevar pistola, evitar los delitos, mandar a los malos a la cárcel... Yo había decidido estudiar una carrera pero no ejercerla, mi mayor anhelo era utilizarla para acceder a la Academia de Policía.

Por si me quedaba un resquicio de duda al respecto, se esfumó el día que mi abuelo murió, cuando yo contaba diecisiete años. Ni mi padre ni mi tío,

médicos especialistas, fueron capaces de hacer nada para salvar la vida de su progenitor. Entonces me pregunté si yo podría vivir con algo así, dedicar mi vida a luchar contra las enfermedades y no poder redimirlos en mis seres queridos; verlos consumirse, verlos morir. Era muy frustrante, demasiado, y de esa forma se sentían mi tío y mi padre, pues ni la mejor medicina ni el más experto equipo médico fueron capaces de obrar el milagro.

Nadie pudo salvar a mi abuelo, un hombre fuerte y sano, no muy mayor, al que un tumor se lo llevó al otro mundo en menos de dos meses. Nunca olvidaré aquella última semana de su vida, en la que vi cómo un hombre activo y feliz se fue apagando muy rápido, consumiéndose cual cerilla; eso me marcó de forma radical. Pero aún fue peor el día de su entierro, porque ver a mi abuela destrozada, llorando con angustia por haber perdido a su compañero antes de lo esperado, me destrozó. Con premura, giré la cabeza para desprenderme de la desgarradora imagen, aunque la que me esperaba al otro lado era igual de desoladora y amarga. Contemplar a mi padre y tío sufriendo, impotentes, ante una situación que se les había escapado de sus doctoradas manos me despedazó. Justo cuando el féretro tocó el fondo de la sepultura, juré que no sería médico. Ante la tumba de mi abuelo me prometí luchar con empeño por lo que quería, aun a sabiendas de que no sería una batalla fácil, que tendría que pelear con uñas y dientes, contra viento y marea, ante mi mayor adversario: mi padre. Él se había encargado de inculcarme su profesión con ahínco desde niña; sin embargo, yo tenía el convencimiento de que no había nacido ni estaba preparada para tal menester. No podía ver el dolor tan de cerca, menos aún si provenía de mi propia sangre. Definitivamente, yo no valía para ser médico.

Unos meses antes de terminar la carrera, y con las ideas más claras que nunca gracias a la complicidad del comisario Torres, por aquel entonces aún inspector jefe, me armé de valor para contarles a mis padres mi decisión de ingresar en el Cuerpo Nacional de Policía. Reconozco que no elegí bien el momento, pero mi necesidad de anunciarlo no podía esperar más, llevaba años haciéndolo. Fue en la cena de Nochevieja, junto a la familia y un pequeño grupo de amigos que solía reunirse con nosotros en esas fiestas; médicos, para no perder la tradición. En medio de la exquisita cena, solté que quería ser inspectora de policía. El silencio que cubrió la mesa fue estruendoso, ensordecedor, el peor de cuantos había escuchado hasta el momento. Ejercía una presión tan brutal que creí que me reventaría los



tímpanos. Tras unos larguísimos segundos, mi padre fracturó el silencio con un golpe de tos; por poco se atraganta con la noticia. Después de beber un trago de vino y de respirar profundo, hincó la mirada en mí del mismo modo que un perro de caza clava los colmillos en el cuello de su presa.

—Pero ¿de qué demonios hablas? —me preguntó, tan perplejo como molesto—. Estás estudiando Psicología, a punto de acabar la carrera. Es una broma, ¿verdad? —En ese instante sus ojos se habían convertido en un instrumento afilado y cortante que se hundía en mi retina con agresividad.

El resto de los allí presentes continuaba en silencio, mirándome. Sin pretenderlo, me había convertido en el centro de atención.

—No, papá, no es ninguna broma —respondí con calma—. Terminaré mi carrera y me prepararé para la oposición de ingreso a la Academia de Policía.

—¿Estás loca? ¿Qué pintas tú de policía? ¿A tino de qué?

—Porque me gusta, papá —contesté rotunda—. Creo que hacen una gran labor, y los policías son tan necesarios como los médicos. Quiero proteger a la gente como tú quieres salvar vidas y curar enfermedades. Ambas cosas son necesarias e igual de loables.

—Mariela, por favor, quieres hacer entrar en razón a tu hija —enunció furioso, ignorándome.

—Lola, cariño, querías ser psicóloga para ayudar a las personas a superar sus problemas —advirtió mi madre en tono dulce—. Lo hemos hablado muchas veces y estabas convencida de ello.

—Lo sé, mamá. Sé que muchas personas necesitan acudir a un psicólogo en momentos difíciles de sus vidas. Y lo sé no solo porque lo haya estudiado; por desgracia, lo viví de cerca, en mi propia familia, con la abuela —expliqué, girando mi vista hacia ella y mirándola con afecto—. Tras la muerte del abuelo tuvo que recurrir a uno.

Los ojos de mi abuela se pusieron vidriosos tras oírme mencionar al hombre de su vida. No pudo eludir la emoción, que la embargó de súbito.

—¿Entonces qué pasa?, ¿qué ha cambiado? —demandó mi madre, y mi vista regresó a ella—. No te entiendo, hija. —Suspiró profundo.

—Me gusta la psicología y por eso la estudio, pero siempre he tenido claro que no sería psicóloga.

—¿Que lo tenías claro?! ¿Ya lo sabías y lo has callado? —preguntó mi padre en un tono que casi sonaba a amenaza.

—Porque sabía que te enfadarías.

—No estoy enfadado —enunció de forma hostil.

—Sí lo estás, no mientas —repliqué molesta.

—Vale, un poco. Y también confundido y...

—Decepcionado —atajé. Él calló—. Sí, muy decepcionado. Tus ojos lo gritan, papá, por eso lo he mantenido en secreto. Sabía que ni lo entenderías ni lo aprobarías. He estudiado una carrera porque la necesito para ser inspectora de policía, que es lo que quiero ser, te guste o no. La Psicología me ayudará a comprender mejor los comportamientos delictivos.

—Pues a mí me parece perfecto —dijo mi hermano, el próximo Velázquez en ser médico, en medio del fuego cruzado que había congelado el ambiente.

—Gracias, Raúl —le contesté—. Menos mal que por lo menos alguien me apoya.

—¡Oh, no, lo que me faltaba por oír! —soltó mi padre airado—. ¿Piensas animar a tu hermana en esa locura? No puedo creerlo —bufó.

—Es su decisión, papá —replicó él, asombrado.

—Claro que sí. Tú debes ser lo que quieras, corazón —añadió mi abuela, dejando a mi padre asombrado.

—¿Tú también? ¡Pero, mamá! —la increpó enojado.

—Ni mamá ni nada, Agustín —objetó ella, molesta—. Tu hija tendrá que ser lo que quiera. Te recuerdo que cuando tu hermano y tú decidisteis estudiar Medicina, tu padre, Dios lo tenga en su gloria, no puso el menor impedimento.

—¿Y qué nos iba a decir? —Elevó el tono, confuso—. Papá estaba orgulloso de que continuáramos su camino.

—¿Eso crees? Pues te equivocas, hijo —aseguró con convicción—. A tu padre le hubiera gustado más que fueseis ingenieros, como su hermano. Siempre decía que tendríais mejor salario y menos sufrimientos, pero nunca os comentó nada. Solo os permitió estudiar lo que elegisteis, sin poner la más mínima pega.

—Gracias, abuela. —Le sonreí, ella me devolvió la sonrisa al instante.

—Pero es una profesión peligrosa, mamá —contraatacó mi padre.

—La vida en general lo es, ¿no?

—Es un mundo de hombres —insistió en su defensa.

—¡Oh, por Dios! —espetó mi abuela cabreada—. No seas machista, creo que yo no te he educado así.

—Pero...

—Ni pero ni pera —protestó, cortándolo. Y observando a los presentes, preguntó—: ¿Hay alguien aquí que no esté de acuerdo conmigo?

De nuevo imperó un intenso silencio. Las miradas se posaban con rapidez en los ojos de unos y otros, esperando a que alguien rompiera ese incómodo y pesado mutismo.

—Tiene toda la razón, señora Adelaida —contestó Manuel, el hijo de los Corcuera, cardiólogos de profesión. Sus padres lo contemplaron asombrados.

—Manu, no te metas donde no te llaman —sugirió su madre.

—No, tranquilos, podéis dar vuestra opinión —avisó mi padre—. Al fin y al cabo, Lola lo ha expuesto ante vosotros. —Me sentenció con la mirada.

Un poco cautelosos, los presentes comenzaron a dar su parecer. Pasados unos minutos, todos admitieron que no veían mal mi decisión. Mi padre, sin embargo, seguía en sus trece; no lo veía con buenos ojos y rebatía todas y cada una de las opiniones. Me daban ganas de preguntarle a voces si había oído que yo quería trabajar en el bando de los buenos, porque por su actitud parecía que yo quería ser una delincuente.

Con el paso de las semanas mi padre comprendió que nada ni nadie me haría cambiar de idea; era muy testaruda, tanto como él. Tras la tormenta inicial el cielo se despejó, o eso parecía, aunque la realidad era otra. Esa calma solo era un espejismo, el preámbulo de la tormenta perfecta, la que nos llevaría a la deriva, a cada uno por su lado. Estalló unos días antes de ingresar en la Academia de Policía, durante una fiesta que mi madre organizó como regalo de despedida a la que acudieron los amigos habituales. Era una noche fría, pese a estar a finales de agosto, y para mí, en particular, se convirtió en una gélida cortina oscura que me envolvió hasta asfixiarme. El cambio atmosférico solo lo noté yo debido a la acritud con la que mi padre me trató.

Lo sentí sobre todo después de escucharle aquellas duras e incomprensibles palabras que, a día de hoy, aún retumban en mi mente: «Bien, tú has tomado tu decisión sin importarte lo más mínimo mi opinión, y en unas semanas ingresarás en esa academia. No me vengas llorando cuando las cosas te salgan mal, Lola, atente a las consecuencias de tus actos porque yo no estaré aquí para consolarte». Y se marchó, dejándome helada. Su advertencia presagiaba la indiferencia que a partir de ese momento predominaría en nuestra relación. Entre nosotros acababa de abrirse una importante brecha que día a día nos iría distanciando, puesto que él se había sentido traicionado con mi decisión y yo cuestionada con sus ideas. Mi padre nunca aceptó mi profesión y, por más empeño que pusieron, mi madre, hermano y abuela jamás consiguieron disuadirle.

Me levanté de la cama y me encendí un cigarro; en ocasiones, fumar conseguía sosegar-me. Me había invadido la misma cantidad de rabia y pena. Me fue inevitable al recordar de qué forma se había ido a pique la relación con mi padre. Alguna vez había pensado hablar con él y pedirle una tregua, pero en cuanto le oía hablarme de esa manera tan despectiva, desechaba la idea. Yo no había hecho nada malo, no tenía que humillarme para pedir su perdón; él era el equivocado.

Dando la última calada, el móvil sonó. Eran más de las doce de la noche y Martina volvía a llamarme, qué extraño.

—¿Ocurre algo? —le pregunté nada más descolgar, apagando la colilla en el cenicero.

—Claro, Lola, no hemos terminado la conversación, me has colgado. Pero bueno, eso es lo que menos me preocupa.

—¿Y qué te preocupa?

—Pues verás, desde que he hablado contigo no he podido dejar de pensar en tu cambio de actitud. Llevas siete meses hundida en una crisis emocional, planteándote hasta qué punto has sacrificado tu vida por la policía, y resulta que de golpe y porrazo has vuelto a ella, sin más, sin que haya habido ningún cambio. ¿Puedes explicármelo? Porque me he perdido.

—Sí ha habido un cambio importante, Martina, y te lo he contado, estoy investigando unos asesinatos que tienen relación con uno que investigué hace más de un año.

—Ese dichoso caso que te llevó a estar como estás, ¿verdad?

—Pues si eres tan lista y ya lo sabes, ¿para qué me lo preguntas?

—¡Eh! No seas sarcástica conmigo, ¿vale?

—Vale. —Solté un golpe de aliento.

—Y tampoco soples, que sabes que no me gusta. Si ahora mismo estuviera a tu lado te daría dos buenos guantazos. Pero ¿qué coño te pasa? —Alzó la voz—. Ese caso te ha hecho cuestionarte tu profesión, tu valía, y

vuelves a él. ¿Acaso eres masoquista? —preguntó a gritos.

—Oye, no me grites porque no estoy sorda. ¿De acuerdo? He vuelto porque Torres me lo ha pedido.

—Y si Torres te dice que te tires de un puente, ¿también lo haces?

—He vuelto porque necesito resolverlo, ¡joder! —repliqué cabreada—. Porque no hacerlo es lo que me ha hecho caer en picado, lo que me ha llevado a pensar que mi padre llevaba razón y esto no es para mí —hablé de carrerilla y tomé aire para seguir—. Pero soy una buena inspectora y lo pienso demostrar resolviendo este caso y limpiando mi expediente que tan injustamente, y sin tener ni puñetera idea, la prensa ensució. No hice un mal trabajo, y mi equipo tampoco, nos enfrentamos a un tipo inteligente y meticulado, a un maldito asesino que va diez pasos por delante de nosotros. Pero encontraré una forma de cogerlo, te juro que lo haré. —Mi voz sonó furiosa y a la vez se quebró, una extraña combinación.

—Vale, Lola; vale, cariño —dijo Martina, claramente conturbada—. Lo siento, de veras, no quería hacerte sentir mal y no quiero que malinterpretes mis palabras, por favor. Sé que eres una gran inspectora de Homicidios, lo que pasa es que tengo miedo de que esto te machaque más y no seas capaz de superarlo. Pero si tú crees que es lo que necesitas, adelante, Lola. Coge a ese cabrón, revientale los huevos y hazle fosfatina antes de encarcelarlo.

—Eso me encantaría —dije mientras las lágrimas intentaban cargarme los ojos, aunque no les permitiría colgar de mis pestañas.

—El qué, ¿meterlo entre rejas o convertirlo en polvo?

—Me seduce bastante la segunda opción, pero me debo a la primera.

—Habló la poli, me quedo más tranquila.

—Gracias por comprenderlo.

—No me des las gracias y acuérdate de llamarme de vez en cuando, ¿vale?

—Lo haré, tranquila.

—Y no te robo más tiempo, debes descansar. Tienes que estar fresca para cazar a ese asesino, así que buenas noches, Lola.

—Igualmente, amiga. Adiós.

Me estampé en la cama y me obligué a dormir, los párpados me pesaban,

pero conciliar el sueño sin utilizar mis pastillas era una tarea difícil. Terminé abriendo los ojos y fijando la mirada en la ventana. Fuera hacía un poco de aire y las ramas de los árboles proyectaban sombras cambiantes en la habitación. Volví a cerrarlos y apreté los párpados con ganas, pero dormirme era imposible y mi mente no estaba por la labor de quedarse en blanco. De nuevo los recuerdos regresaron, en esta ocasión de la mano de Martina. Su apoyo, sus consejos, sus broncas... Martina, mi gran amiga. Cuánto la quería y cuánto la necesitaba siempre. Seguro que si estuviera aquí conmigo tendría un remedio para que pudiera dormir, porque siempre tenía soluciones para todo. Debía reconocer que en ocasiones eran coherentes y en otras alocadas, pero nunca le faltaban los recursos.

La noche parecía que iba a ser larga, eterna, y opté por levantarme y acercarme a mi bolso. Saqué el blíster con las pastillas de dormir y las observé con detenimiento, debatiéndome entre tomar una o no. Estaba segura de que si no lo hacía, y pese a lo cansada que me encontraba, me pasaría la noche en vela. Sin embargo, tomármela supondría dejar a mi mente corta de lucidez, descentrada, y no podía permitirlo. Dejé el blíster donde estaba y regresé a la cama. Cerré los ojos y, una vez más, maldije la hora en la que decidí tomarme el café solo. «¿Cómo se te ha ocurrido, Lola?», me demandé con insistencia, malhumorada. Debía dormir. Debía descansar, conciliar el sueño aunque solo fuera un par de horas. Debía procurar dejar la mente desocupada, tarea difícil para mí que no dejaba de pensar nunca. Sabía que invocar a Morfeo sin la ayuda de mis pastillas podía ser una misión imposible, pero debía intentarlo.

## 25

El sonido del teléfono me sobresaltó, no hacía mucho que me había quedado dormida. Entreabriendo los ojos, observé que el sol entraba con timidez por la ventana, inundando de luz la estancia y deslumbrándome; estaba amaneciendo. El pitido largo y agudo del móvil retumbaba en la habitación a la vez que sentía la vibración en la almohada pegada a mi oreja. Alargué la mano hasta la mesilla de noche y lo cogí. Los párpados me pesaban una tonelada y volvieron a cerrarse. Descolgué sin comprobar quién llamaba.

—Inspectora Velázquez —respondí con una implícita somnolencia en mi voz.

—Acaban de hallar otro cuerpo. Prepárese y espéreme en la calle, voy a recogerla —anunció el capitán Lemos, y colgó.

Abrí los ojos por completo y salí de la cama acelerada, nuestros peores presentimientos acababan de hacerse realidad. Ya teníamos la jodida evidencia, la que nos hacía sentir tontos, a merced de un asesino que jugaba con nosotros y que, de seguro, se estaría riendo viéndonos tan perdidos. Malhumorada, me vestí en menos de un minuto y abandoné la habitación como una exhalación. Cuando llegué a la calle Bruno también estaba allí, esperando. Era obvio que se hospedaba en el mismo hostel que yo.

—Buenos días —me dijo.

—Eso por decir algo, porque de buenos me parece que van a tener poco. —Resoplé.

—Sabíamos que esto iba a pasar, y pronto.

—Sí, el trapo con cloroformo lo dejó bastante claro. Ojalá tengamos más suerte con esta víctima y encontremos algo, porque lo poco que tenemos es igual a no tener nada.

—Crucemos los dedos. —Me mostró los suyos de esa forma.

De repente vimos aparecer el todoterreno de la Guardia Civil conducido por Lemos. Lo acompañaba el brigada Garmendia.



—¡Vamos, suban! —nos ordenó el capitán—. Ya está en marcha el protocolo judicial, la Científica y el forense vienen de camino.

Subimos al auto con rapidez. En cuanto cerramos las puertas el capitán pisó a fondo el acelerador haciendo que las ruedas derraparan sobre el asfalto. Había excesiva prisa por llegar al lugar, tanta como rabia. La palpábamos sin esfuerzo; de hecho, era tan fuerte que se personificó y se acomodó entre nosotros, acompañándonos durante todo el trayecto. Al cabo de unos diez minutos nos presentamos en la escena del crimen. Justo antes de apearnos, Lemos nos contó que el cuerpo había sido hallado por un matrimonio que estaba veraneando en el pueblo y que habían decidido ir al lago a ver el amanecer.

El sargento Turza se encontraba junto a dicha pareja. Eran más o menos de mi edad; la mujer estaba conmocionada, casi en estado de *shock*; el hombre, aun estando nervioso, trataba de serenarla. A pesar de las prisas habíamos sido los segundos en llegar al lugar, un paraje hermoso a orillas del lago que me fascinó. Fijé la vista en el agua, aparecía tranquila y cristalina, como un espejo. Alcé los ojos, el sol ya se coronaba e intimidaba a las escasas nubes, dando paso a un cielo azul despejado. Observé los verdes y frondosos árboles, pinos en su mayoría, cargados de piñas y con ardillas que correteaban entre sus ramas para dar buena cuenta de ellas. Me pareció espeluznante que un sitio así de bonito se viera teñido por un acto tan violento, aunque cualquier escenario se volvía tétrico ante un crimen. Seguí contemplando el entorno y pensé que en circunstancias normales el lugar debía de ser un remanso de paz, pues aun así emanaba sosiego y pureza. Su cálida luz, ahora veraniega, de seguro que en otoño, con el cambio de color de las hojas, haría del paisaje una obra de arte viviente.

—Buenos días —saludé, y con un leve movimiento de cabeza le pedí al sargento que se acercara a nuestra posición—. ¿Qué tenemos? —Comencé a ponerme los guantes.

—Otro muerto, y ya van tres —contestó Turza, como si esa información no la supiera.

—Acordone de inmediato la zona, sargento. El escenario debe permanecer inalterado —comunicó Lemos en tono autoritario.

—¿Comienzo a hacer el croquis y a sacar fotos? —preguntó Garmendia.

—Ya debería estar haciéndolo —contestó el capitán.

—Turza, ¿ha llamado a una ambulancia? —le pregunté.

—¿Para qué? Está muerto —me respondió perplejo.

—¡Para ellos, hombre! —Señalé a la pareja, sin poder dar crédito a su respuesta—. No ve que la mujer está muy afectada.

—Ya la llamo yo, no se preocupe —advirtió Lemos, lanzándole una mirada al sargento con la que le perdonó la vida.

—No me extraña que esté así, no es para menos —añadió Bruno, contemplando el cuerpo mientras se colocaba los guantes.

—¡Joder! —solté al agacharme y verlo de cerca. De inmediato me recordó al crimen de Gonzalo, este tenía más semejanzas.

De nuevo me llegó el desagradable aroma a muerte. Era similar al hedor del azufre, una mezcla de descomposición y flatulencia que revolvió las entrañas. Ese específico tufo se quedó grabado en mi memoria olfativa desde el primer cadáver que vi. Conteniendo la respiración como buenamente podíamos, comenzamos a estudiar a la víctima con detenimiento. Estaba boca abajo y, como en los otros asesinatos, el grado de rigidez era importante. Bruno le levantó un poco la camisa y comprobamos que en la espalda no se apreciaban golpes, como en los cuerpos de Imanol y Eneko; sin embargo, la posición coincidía con la de Gonzalo: tenía los pantalones bajados y las nalgas flageladas sin piedad. Sin duda, los asesinatos de la primera y de la hasta ahora última víctima mostraban más crueldad que los otros dos. ¿Por qué? La pregunta reverberó en mi cerebro con insistencia.

Ladeamos levemente el cuerpo, con cuidado de no alterar nada hasta que llegara la Científica, y nos encontramos con algo nuevo: el muerto tenía un trozo de cinta americana tapándole la boca. La habitual nota estaba clavada con una larga chincheta en lo alto del pecho y firmada con el dibujo de la Dama de la Justicia, trazado igual que en las dos anteriores.

—¡Brigada! Saque unas fotos de esto —le pidió Bruno.

Garmendia se acercó y la cámara realizó tres disparos seguidos.

—Si instigas al mal, desatas a la bestia. Tú has desencadenado lo que te ha ocurrido. Me has dado el derecho de arrebatarte tu vacía y degenerada alma —leyó Bruno en alto, y volvimos a dejar el cuerpo tal cual estaba.

—Aunque las notas varíen, en todas menciona lo del alma vacía y

degenerada —señalé. Sin apartar mi vista de la víctima, empecé a conjeturar —: Sabemos que el sujeto considera que todas las víctimas son personas perversas, lo deja claro la mención que hace de sus almas. Está impartiendo un castigo, pero no es igual en todos ellos, porque de las cuatro muertes, dos son bastante más violentas. Y si el castigo varía de unas víctimas a otras, será por algo. Quizá porque considera que han hecho algo peor que las demás, ¿no?

—Es muy posible.

—La hipótesis con más sentido es que estos hombres hayan hecho algo espantoso a ojos del sujeto, pero unos más que otros, y por eso cambia la forma de castigarlos. —Me encogí de hombros—. Lo que no sabemos es si se venga de algo que le afectó a él directamente o de actitudes que cree reprobables, aunque no le afecten.

—¿Una especie de superhéroe haciendo justicia?

—Algo parecido —afirmé—. Este «villano» en particular ha tenido que hacer algo peor que los otros, porque le ha tachado de instigador. Seguro que por eso le ha puesto la cinta americana en la boca.

—Es lo que se les hace a los bocazas, ¿no? Taparles la boca —añadió Garmendia con su habitual arrogancia, y al segundo se alejó de nosotros.

Empecé a cachear los pantalones de la víctima, que estaban casi en los tobillos. La cartera, el móvil, un paquete de tabaco y un mechero eran cuanto contenían. Abrí la cartera. A simple vista parecía que no faltaba nada, contenía una importante suma de dinero y todas las tarjetas. Solo miré su DNI.

—Biel Puig Roca, de Tarragona, según pone aquí.

—Déjame ver —me pidió Bruno—. Yo le echo un vistazo al resto.

En ese momento oímos unas sirenas, llegaban los refuerzos: la Científica y el forense. En pocos minutos el escenario del crimen se llenó con el despliegue de efectivos y perdió la quietud, incluso el lago comenzó a desplegar un suave oleaje hasta la orilla. Volví a centrarme en lo mío y dejé que mi mirada vagase de forma metódica por el lugar, por si pudiera encontrar algo que nos ayudase. Poco rato después escuché decir a Turza que el juez ya había hecho acto de presencia. Seguí avanzando, aunque, para mi desventura, más a tientas que con tino. Trascorrido un corto espacio de

tiempo, llegaron unos intrusos a los que rápido se les impidió el paso y se les sugirió alejarse del lugar: la prensa.

## 26

Desconecté de mi labor policial y observé el despliegue que estaban efectuando los periodistas, con Lucas casi en cabeza. Andaban a la caza de la noticia como una jauría de animales hambrientos. Necesitaban una palabra, un gesto, una imagen... Algo, por poco que fuera. Ya había al menos cinco equipos de prensa distintos e incluso algunas televisiones, y sabía que con este crimen, el tercero en poco más de cuarenta y ocho horas, pronto la prensa ocuparía Lagos del Pino.

—Inspectora Velázquez —me llamó alguien, y giré la cabeza—. Aquí, venga por favor —me pidió un policía calvo y alto, y me dirigí a él.

—Buenos días, dígame.

—Soy Diego Cano, de la Científica —se presentó, sin parar de mascar chicle.

—Muy bien, y ¿qué ha encontrado?

—Un muerto.

—¡Vaya!, parece que va usted de gracioso.

—No, ¡qué va! —entonó guasón—. Solo le digo lo que he encontrado, que es diferente a lo que he hecho.

—Muy bien, pues ¿qué ha hecho? —le pregunté mientras sopesaba si era más puntilloso o vacilón. Se merecía un buen corte por su comportamiento, pero decidí centrarme en mi trabajo y esperé su respuesta.

—Lo de siempre: fotografías de las lesiones, tomar huellas, muestras de sangre, tejidos... Cuando lo analice veremos qué encuentro. Entonces podré responder a su primera pregunta —explicó, recogiendo todo.

—Por favor, no se lleve el móvil de la víctima, la Guardia Civil se está encargando de analizarlos.

—¿Han encontrado algo en ellos? ¿Alguna coincidencia con los de los otros muertos?

—Mensajes, citas para venir a este lugar.

—Pues aquí lo tiene. —Como por arte de magia, me tendió la bolsa de pruebas que contenía el móvil—. Ojalá ustedes puedan extraer algo útil de él. Sería lo mejor para todos.

—Y hablando de extraer, ¿tienen algún resultado con respecto a las notas anteriores?

—No. No hemos hallado ni una mala huella —contestó y, cual ilusionista, de nuevo sacó otra bolsa de pruebas, esta vez con la nota dentro—. En apariencia, esta nota es como las otras dos: papel de buena calidad, no reciclado, satinado y de unos ochenta gramos; vamos, un folio común. Espero que nos proporcione más información que las anteriores, de lo contrario, seguiremos sin nada. —Volvió a guardarla—. Tampoco hemos encontrado nada en sus ropas que pueda ayudarnos, salvo tierra, que equivale a no tener nada en absoluto, pues es la misma del lugar donde fueron encontradas las víctimas. Espero que tengamos más suerte con este muerto. Van tres en pocas horas. Es probable que el desgraciado que los está matando esté más cansado y eso le haga cometer algún error.

—Esperemos que así sea —dije frotándome la frente, pensando—. Y el trapo que hallamos ayer, ¿ha podido sacar algo de él?

—Sí, horas extras. —Masticó el chicle con ganas—. Total, para descubrir lo que ya intuíamos, que contenía cloroformo y restos de saliva.

—Pues tendrá que echar más horas extras para comprobar si la saliva es de esta víctima, el tiempo va en nuestra contra.

—Lo sé, pensaba hacerlo. —Asintió—. En cuanto al terreno, ocurre lo mismo que con los otros asesinatos. Este es un lugar muy transitado, hay cientos de pisadas y de huellas, y como los crímenes no se han cometido aquí... Ese cabrón es listo y muy cuidadoso.

—Lo es, para nuestra desgracia. —Soplé.

—Y por su parte, ¿han descubierto algo?

—Tampoco. Han registrado las casas de las víctimas, pero no se ha hallado nada que sea de interés para la investigación. Ninguno de ellos estaba alojado en el pueblo, y eso confirma lo que hemos hallado en los mensajes de sus móviles: que todos pensaban que iban a dormir con quien los había citado.

—Y así ha sido. Ahora dormirán eternamente. —Chasqueó los labios—.

En fin, nosotros ya hemos acabado aquí. Ahora nos toca hacer el trabajo de laboratorio.

—Avísame en cuanto sepa algo.

—Lo haré, descuide.

—Hola, Diego, ¿qué tal? —preguntó Bruno, apareciendo de pronto.

—Pues como ves, sin parar de trabajar, compañero.

—Entonces igual que nosotros. ¡Vaya unos días llevamos! —Silbó.

—Setenta y dos horas en las que no creo que haya descansado ni ocho, estoy agotado —explicó, y mascó más rápido.

—Diego y yo somos compañeros de Homicidios —me explicó Bruno.

—¡Ah! Bien. —Estiré los labios por pura cortesía, no porque me apeteciera.

—Y no solo venía a saludarlo, también venía a buscarte, Lola.

—¿Por?

—Mira lo que he encontrado en la cartera de la víctima —contestó, mostrándomelo.

—Una tarjeta de cliente VIP de una cadena hotelera —dije mientras la observaba.

—Casualmente, esa cadena tiene un hotel en este pueblo.

—No creo en este tipo de casualidades.

—Yo tampoco —coincidió conmigo.

—Ni yo —intervino Diego en la conversación—. Es más, si yo tuviera esa tarjeta, que seguro da opción a descuentos y ofertas, y ese hotel estuviera en el lugar al que voy, sería donde me alojaría.

—Opino igual —enuncié.

—¿Qué tal si vamos a visitar ese hotel? —Bruno enarcó las cejas.

—En cuanto acabemos aquí —afirmé.

—Genial, ya tenéis algo por lo que empezar. —Diego nos observó masticando el chicle sin parar, algo que empezaba a desquiciarme—. Por cierto, ¿vosotros no fuisteis compañeros antes?

—No, solo fuimos juntos a la Academia de Policía, y de eso hace mil años —aclaré, estirando mi amor propio.

—Sí, demasiado tiempo —añadió Bruno con un suspiro.

—Joder, inspectora, pues para tener tanta edad se conserva divinamente —bromeó de nuevo Diego.

—Como chiste es bastante malo —le advertí, torciendo una sonrisa.

—¿Y como piropo? —preguntó.

—Algo sexista y fuera de lugar.

—Ok. —Alzó las manos—. Dejémonos de estupideces y sigamos trabajando.

—Eso me ha gustado, Cano. Espero noticias pronto —le avisé.

—A sus órdenes —contestó él, lanzándome un saludo militar. Y yo también volví al trabajo.



Me gustan las personas con ingenio, no las que se pasan de ingeniosas, y debía admitir que la primera impresión que me dio Diego Cano fue la de ir de listo. Pero tras nuestro primer encuentro, y con independencia de que tratara de ser gracioso, supe realmente lo que era: un hombre preciso. Y eso era lo único que debía preocuparme, y lo único que me interesaba de él en particular, y de la Científica en general: su rigor a la hora de trabajar, ni más ni menos. Aparcando mis meditaciones, me acerqué hasta quien di por hecho que sería el forense; un hombre mayor, con gafas, de profundas entradas y voluminosa barriga. En ese momento se encontraba escribiendo, rellenando un informe, imaginé que el de defunción.

—Bueno días, soy la inspectora Velázquez y estoy al cargo...

—Sí, la poli de Homicidios de Madrid, ya me lo ha comentado el capitán Lemos —me interrumpió, levantando la vista del papel—. Como habrá deducido, soy el forense, Luis Álvarez.

—¿Puede decirme algo?

—Poco hasta que no le haga la autopsia. Por la rigidez, calculo que murió entre las nueve y las once de la noche, y he encontrado una pequeña marca en su cuello que parece un pinchazo. Pero no daré nada por sentado hasta después de la autopsia.

—Por favor, dese la mayor prisa posible.

—Eso hago siempre, inspectora. Pero como en este pueblo sigan así voy a tener que trabajar a destajo —bromeó—. Igual no es oportuna la frase, pero hay que quitar hierro al asunto para poder aguantar ciertas cosas, ¿no cree?

—Por supuesto. —Asentí—. ¡Ah, por cierto! Observe detenidamente debajo de las uñas por si hubiera alguna fibra. —Eso fue lo único que se halló en la autopsia de Gonzalo Montero.

—No estará cuestionando mi trabajo —comentó, perplejo a la par que ofendido.

—Desde luego que no. Solo quiero que nos aseguremos bien de todo.

—Llevo más de treinta años siendo forense, inspectora, sé hacer bien mi trabajo.

—No lo pongo en duda, señor Álvarez.

—Tendrá mi informe a la mayor brevedad, pero habiendo hecho un buen trabajo.

—Lo esperaré ansiosa.

En ese momento un hombre alto, demacrado, de ojos hundidos, pómulos prominentes y aspecto famélico se acercó a nosotros.

—¿Ya está todo, Álvarez? —preguntó.

—Sí, señoría —contestó el aludido.

—Entonces pueden levantar el cadáver y empezar su trabajo. Y rápido, las circunstancias apremian —exigió el juez.

—Por supuesto, señoría. ¡Vamos, chicos! —gritó el forense—. Meted al fiambre en su sitio y trasladadlo a la morgue, tengo trabajo pendiente con él —explicó, alejándose.

—Hola, soy el juez Gerardo Navarro. Y a pesar de que no nos han presentado, sé que usted es la inspectora Dolores Velázquez —me dijo, aunque ni siquiera me tendió la mano.

—Tengo la impresión de que aquí todo el mundo me conoce.

—Las noticias corren como la pólvora, ya lo sabe. —Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y miró al frente, hacia la prensa.

—Sí, lo sé. —Resoplé.

—¿Cómo va el caso? ¿Algún avance?

—Lo poco que descubrimos ayer: unos mensajes que nos permitieron localizar el trazo con cloroformo. No tenemos más, al menos de momento.

—Entonces igual tendrían que ser algo más perspicaces, ¿no cree?

Sus palabras me cogieron desprevenida y me dejaron impactada. ¿Acaso pensaba que nos estábamos tocando las narices en lugar de partiendo el alma para dar con el maldito cabrón que estaba sembrando de cadáveres Lagos del Pino? Me sentí cuestionada. Atacada. Conté hasta cinco antes de responder a su amago de embestida.

—Con todos mis respetos, señoría, ¿duda de nuestra capacidad o cree que

no estamos haciendo bien nuestro trabajo?

—¿Y usted quiere que empiecen a llegar las presiones? Porque mi úlcera y yo no lo deseamos.

—Yo tampoco, señorita.

—Pues si no empiezan a sacar conclusiones, inspectora, no tardarán.

—Créame que lo sé.

—Es más, ¿no comienza a sentirla ya? ¿No siente la presión sobre sus hombros? —formuló la pregunta sin retirar la mirada de los medios de comunicación.

—Por supuesto. Conozco los efectos nocivos de la prensa, sé cómo actúan y difaman —aseguré seria, un poco indignada—. Le aseguro que hacemos cuanto podemos, pero el sujeto es muy inteligente, extremadamente cuidadoso y escurridizo. No deja pistas, ni huellas, ni indicios. Nada de nada.

—Más les vale encontrar algo. Y no es una amenaza, solo le estoy advirtiendo de lo que ocurrirá si no hay avances en la investigación —aclaró con gesto vituperante—. Hace más de un año usted y su equipo no pudieron resolver un asesinato cuyas coincidencias con estos crímenes nos hacen pensar que son obra del mismo sujeto; esa es la razón de que usted esté a cargo de esta investigación. Sé que la prensa fue incisiva con su persona y cuestionó su trabajo, que incluso llegaron a moverse en un terreno nada lícito, pero también sé que no es lo mismo un crimen sin resolver que cuatro, inspectora Velázquez. Entiende perfectamente lo que quiero decir, ¿verdad?

—Sí, señorita. Sé que de nuestros resultados dependerá callarles la boca o que nos muelan a palos —dije, observando a los periodistas que rodeaban el lugar y pensando que la mayoría serían capaces de pelearse como hienas para conseguir una primicia.

—Pues no pierdan ni un segundo en hacerles atragantar. No me puedo creer que ese tipo sea tan listo —avisó con extrema gravedad.

—Señorita, desde un despacho las cosas se ven muy distintas, se lo aseguro. Y que conste que mis palabras no son un ataque hacia su persona, de ningún modo, sino una evidencia que cualquiera de mis compañeros avalaría. —El juez me miró sorprendido pero no abrió la boca. Yo aproveché para concluir—: Como ya le he dicho, el sujeto es muy inteligente y meticulado, pero nadie es infalible. En algo habrá errado, y lo cogeremos.

—Me gusta esa actitud, inspectora, no la pierda.

—Descuide, no lo haré —respondí adusta, y él se marchó.

Intentando relajar mis hombros, que por un momento se habían cargado con todo el peso del mundo, desanduve mis pasos para volver al principio, buscando una perspectiva con la que intentar dilucidar lo ocurrido. ¿Cómo había actuado el asesino para llevar el cuerpo hasta allí sin dejar ninguna prueba? La pregunta no paraba de retumbar por mi sesera, se había convertido en una pelota de baloncesto con la que intentaba hacer canasta, aunque nunca lo conseguía. Mientras trataba de extraer conclusiones, Bruno interrumpió mi concentración.

—¿Vamos a ese hotel?

—Antes debemos volver al cuartel y coger uno de nuestros coches para movernos.

—Voy a ver quién nos acerca.

—Vale —respondí, y regresé a mis pensamientos de inmediato.

Repasé una y otra vez los asesinatos. Las similitudes. Las pocas diferencias. El odio que manifestaban las palabras de la nota. El patente sentimiento de venganza. Pero ¿por qué? ¿De qué se estaba vengando? ¿Qué acto tan espantoso habían cometido las víctimas para hacer creer al asesino que se merecían ese castigo? ¿A cuántos más pensaba ajusticiar? Absorta en mi mente, de pronto descubrí a mis pies una sombra alargada y levanté la cabeza.

—¿Qué leches está pasando? ¿Por qué estás dirigiendo tú la investigación? —me preguntó Lucas.

—Y a ti qué te importa —respondí con frialdad.

—Madrid pillá muy lejos de aquí, tu presencia en este lugar no es normal.

—Tú qué sabrás lo que es normal.

—A menos que estés aquí porque estos crímenes están relacionados con el de Gonzalo Montero Pérez. ¿Voy bien?

—He dicho que eso a ti no te importa —regurgité airada.

—Por supuesto que me importa. Le importa a todo el mundo. Hay un asesino en serie suelto y hay que informar a la gente.

—Proteger a la ciudadanía es nuestro trabajo, el deber de los cuerpos de policía, ¿sabes, listillo?

—Yo no soy tu enemigo, Lola, solo trato de ayudar.

—¿Ayudar? ¡Y una mierda! —espeté enojada.

—Más pronto que tarde tendréis que hablar con nosotros. Debéis dar explicaciones al pueblo, Lola.

—No me llames Lola, ¿vale? —grité.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bruno, apareciendo de la nada.

—Eso es lo que trato de saber, ¿qué está ocurriendo en Lagos del Pino? —demandó Lucas—. ¿Qué hace una inspectora de la Brigada de Homicidios de Madrid aquí? ¿Qué relación tienen estos crímenes con el de Gonzalo Montero Pérez?

—¡Cállate y aléjate de mí! —Me encaré con él, fulminándolo con la mirada.

—Para, para, que te están grabando, ¡joder! —murmuró Bruno, y se dirigió a Lucas—: Y tú no la molestes ni metas las narices donde no debes o atente a las consecuencias por entorpecer la investigación. Cuando la Guardia Civil vea oportuno dar un comunicado de prensa, lo hará. Apártate. —Soltó la palabra entre dientes, aunque dejando asomar una fingida sonrisa, pues las cámaras, a lo lejos, nos estaban captando.

—¿Algún problema? —preguntó el capitán acercándose a nosotros.

—Ninguno —contesté, sin parar de sentenciar a Lucas con la mirada, que por fin calló—. ¿Nos vamos?

—Sí, vámonos —respondieron Lemos y Bruno.

El capitán Lemos se encargó de llevarnos de vuelta al cuartel. Cuando nos alejábamos de la escena del crimen, vi a Garmendia hablando con Lucas y me enfurecí. ¡Lo sabía! Vaya si lo sabía. Alguien se había tenido que ir de la lengua para que Lucas asociara mi presencia allí con el asesinato de Gonzalo. Y ahora ya sabía quién había largado lo que no debía: el engreído de Garmendia. ¡Mierda!

Al llegar, el capitán, para nuestra sorpresa y pese a no encontrarse todos sus hombres en el cuartel, nos convocó a una reunión urgente. La cabo mayor Ros y el cabo Martínez se unieron a nosotros de inmediato, y todos caminamos detrás de Lemos como corderitos. Entramos en el despacho y nos pidió que nos sentáramos. El capitán carraspeó, seguro que para acaparar nuestra atención y que guardásemos silencio. Los cuatro clavamos los ojos en él, quien, mostrando un gesto serio y cruzándose de brazos, dijo:

—Señores, el asunto se está poniendo muy feo, empieza a tomar unos tintes que no me gustan nada. La prensa se ha hecho eco de la noticia con una rapidez pasmosa, y todos sabemos que la prensa es igual que un arma: si la tienes de tu lado, todo irá bien; de lo contrario, date por jodido.

—¡Malditos juntaletras! —farfullé, y, tras un estruendoso silencio, el capitán prosiguió:

—Ahora mismo tenemos a los periodistas esperándonos cual jauría de lobos, hambrientos por conseguir información del caso. Lo poco que logran averiguar está saliendo en Internet y en los programas de televisión, es la comidilla de cualquier tertuliano y acapara la atención de los periódicos y las radios. E irá a más. Porque a mediodía todos los telediarios del país abrirán con la noticia de este nuevo crimen, el tercero en poco más de setenta y dos horas. Y eso no es lo peor —avisó—, acabo de recibir presiones de arriba, de los mandos superiores.

—¿Del ministerio? —pregunté impactada.

—De su portavoz —aclaró—. Sabía que llegarían, pero no imaginé que tan pronto —enunció, henchido de seriedad, e hizo una pausa—. Además, como las malas noticias vuelan, el turismo de la zona se empieza a ver

afectado. Aunque les parezca increíble por la prontitud, en algunos hoteles ya se han anulado reservas, y también me están llamando para darme las quejas. —Expulsó un fuerte golpe de aliento—. Hay alarma, como es lógico, pero hay más de la normal por una razón: estamos en verano.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó el cabo Martínez.

—Falta de noticias —respondí, adelantándome al capitán.

—Exacto. —Lemos asintió—. El mes de agosto es la estación vacacional por excelencia y hay menos noticias. Sin embargo, hay que cubrir las mismas páginas y llenar los mismos programas. La solución es encontrar una jugosa noticia y exprimirla.

—Marearla una y otra vez, ¡mierda! —La rabia me trepó por las entrañas y saltó de mi boca.

—Les vamos a venir de vicio para rellenar esos espacios —añadió Bruno, y resopló molesto.

—Así es —afirmó el capitán, y añadió—: Debemos obtener resultados lo antes posible si no queremos que, por un lado, nos sepulten, y por otro, nos terminen expedientando. ¿Lo han entendido?

—Sí, señor —contestamos los cuatro al unísono.

—Pues pongámonos al día cuanto antes —advirtió—. En los registros de las casas de Imanol y Eneko no se ha encontrado nada relevante, salvo un poco de droga, y en la empresa del primero, abundante material pornográfico. No se han hallado huellas en las notas, el tipo de papel es común y la tinta ídem de lo mismo. Es decir, todavía no contamos con nada que nos ayude a esclarecer estos asesinatos. Esperemos que el informe de la autopsia de Biel Puig Roca aporte algo. Y, dicho esto, empecemos a dar órdenes, inspectora Velázquez.

—De acuerdo. —Asentí—. Capitán, sería conveniente tener vigilados los escenarios de los crímenes durante unos días. A veces los asesinos vuelven para comprobar que todo está en orden o solo para recrearse ante la impunidad de sus actos. Igual vemos a alguien sospechoso rondando por allí.

—Por supuesto. Avisaré al brigada Garmendia para que organice los turnos.

—Cabo Martínez —me dirigí a él, al tiempo que le tendía la bolsa de

pruebas con el teléfono en su interior—, póngase a examinar a fondo el contenido del móvil de la víctima, como hizo con los otros dos.

—Por supuesto, ahora mismo —respondió, cogiéndola.

—Nosotros hemos encontrado un hilo del que tirar —le indiqué a Lemos—. La última víctima llevaba en su cartera una tarjeta VIP de una cadena hotelera del pueblo.

—¿De qué cadena hablamos?

—Del grupo HV Hoteles —respondió Bruno.

—El último hotel que se ha abierto en Lagos del Pino. Es de cinco estrellas; no todo el mundo puede permitírselo.

—Pues parece que nuestra víctima sí podía —observé—. Vamos a acercarnos a ver si averiguamos algo.

—Muy bien. Si eso es todo, pongámonos a trabajar de inmediato —dijo Lemos.



La reunión terminó y cada uno nos marchamos a llevar a cabo nuestro cometido. Mientras nos desplazábamos al hotel, no podía dejar de pensar en la prensa, en Lucas, en su suposición tan acertada y en cómo hablaba sonriente con Garmendia. Me ardían las entrañas pensando en su alianza, en la traición que suponía de cara a la ley. El brigada, además de arrogante, era un judas. Sí, él tenía que haberse ido de la lengua, porque si no, era imposible que Lucas hubiera dado por sentado que yo estaba aquí porque el caso está relacionado con el de Gonzalo. ¿Acaso no había llevado más investigaciones a lo largo de mi carrera? ¿Cómo diantres lo había supuesto? Pues fácil, por una filtración. Y con todo ese caldo de cultivo acechándome, que yo me sintiera envenenada y, en consecuencia, germinasen en mí unas inusuales ganas de estrangular era hasta entendible.

—Alguien del cuartel está pasando información a la prensa —le comuniqué a Bruno sin rodeos ni paños calientes.

—¿Qué dices? —preguntó extrañado.

—Lo que oyes. Dime, si no, cómo ese periodista gilipollas ha deducido por qué estoy a cargo de este caso —escupí—. Y me apuesto el cuello a que ha sido Garmendia. Los he visto hablando y lo hacían en plan coleguitas.

—Puede que lleves razón y haya habido una filtración, no sería la primera vez que ocurre, ni la última. Pero sabes que no podemos acusar a nadie sin pruebas.

—Lo sé. —Suspiré con cierta derrota e intenté aplacar mi temperamento. Durante unos segundos predominó el silencio.

—Lola —dijo Bruno en un tono muy medido que me causó inquietud—, estoy al tanto del acoso al que te sometió la prensa, sé que fue duro y constante. —Hizo una pausa. Yo me tensé un poco al recordarlo—. Estuve tentado de llamarte, igual después de tanto tiempo conseguir tu número de teléfono no me resultaba difícil.

Me quedé impresionada con la información.

—Pues te agradezco que no lo hicieras. Solo me hubiera faltado eso,

escuchar tu compasión —siseé.

—Lo siento mucho, de veras, Lola. Siento lo que ocurrió entre nosotros. Lo siento cada día de mi vida y...

—¡Vale! —le corté, alzando la voz—. No se te ocurra hablar del tema, Bruno, no es el momento —le exigí.

—Me odio a mí mismo por lo que pasó —siguió, desoyendo mi petición—. Más de lo que tú me odias, si te sirve de consuelo.

—No, no me sirve —revelé, haciendo gala de sinceridad—. Y tenemos trabajo, así que centrémonos; ya has oído al capitán Lemos, la cosa está que arde —interpelé algo exaltada.

Bruno cerró la boca. El silencio, dañino, cortante y espeso, se apoderó de nosotros hasta llegar al hotel. Fueron unos minutos tan tensos como violentos, pero, por suerte, no me hicieron sentir humillada e incluso sirvieron para sosegar me. Nos apeamos del vehículo para toparnos con un edificio impresionante, de los que dejan con la boca abierta. El lujo que implicaban las cinco estrellas del hotel quedaba patente solo con esa mera toma de contacto. Al entrar, observé el vestíbulo, estaba vestido del mejor mármol, paredes incluidas, y estas, a su vez, compartían alargadas lunas de espejo que rodeaban unos amplios y confortables sofás de cuero beige. El mostrador de recepción tenía un diseño muy moderno y combinaba la madera y el cristal de forma espectacular. Viendo el vestíbulo podías hacerte una idea de la opulencia que predominaba en el hotel, la misma que reinaba por doquier.

La recepcionista, una joven muy atractiva, lucía un impecable traje chaqueta en color granate, de idéntico tono al de las letras del logotipo de la cadena hotelera. Nada más vernos, estiró los labios y nos recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó.

—Buenos días, señorita, somos inspectores de policía. —Bruno y yo mostramos las placas—. ¿Podríamos hablar con el gerente del hotel? —le pedí con amabilidad, aunque sin perder la firmeza que tanto me caracterizaba como inspectora.

—El señor Egea no ha llegado aún, pero no tardará.

—¿Quién lleva el tema de las reservas? —pregunté.

—Fermín Gutiérrez, del Departamento de Estancias.

—¿Podríamos hablar mientras con él?

—Por supuesto, ahora mismo le aviso —dijo, marcando en el teléfono.

—Espero que no nos pongan pegas para registrar la habitación —explicó Bruno en un susurro—. Si nos hacen pedir una orden judicial perderemos tiempo, y ya bastante a contrarreloj vamos.

—Enseguida viene —avisó la recepcionista.

—Gracias —le dije.

En menos de un minuto, Fermín Gutiérrez se presentó ante nosotros.

—Buenos días. ¿Qué desean, agentes?

—Buenos días, señor Gutiérrez, pero somos inspectores, concretamente de Homicidios —le corregí.

—¡Vaya! ¿Homicidios? ¿Es por lo de los asesinatos? —preguntó alterado.

—Correcto. —Asentí.

—¿Y qué tiene que ver el hotel con ese tema?

—Necesitamos comprobar si se hospeda aquí un tal Biel Puig Roca. De ser así, necesitaríamos ver su habitación y registrarla.

—Pero para eso necesitan una orden judicial, ¿no?

—¿Y eso nos lo tiene que pedir usted o el gerente? —preguntó Bruno de forma cáustica.

—El gerente, sí, señor —respondió Fermín, algo nervioso.

—Pues entonces podría empezar por comprobar si esa persona está alojada aquí. Después esperaremos a que su jefe aparezca, a ver qué nos dice —explicó Bruno, a todas luces molesto.

—Claro. —Fermín tragó saliva—. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Biel Puig Roca —respondí.

—Un momento, que lo busco. —Calló unos segundos mientras tecleaba en el ordenador—. Sí, se aloja aquí. Llegó ayer a mediodía, está en una suite junior.

—¿Se aloja solo o ha venido con alguien más? —pregunté.

—No, él solo. Y por si les interesa, el alojamiento es por cortesía del hotel.

—¿Y eso? —interpelé confusa.

—El señor Puig utiliza mucho esta cadena hotelera, lo que le ha permitido acumular puntos en su tarjeta de cliente. Cuando se inauguró este hotel, hace unos meses, a los mejores clientes se les duplicaron los puntos y se les ofreció noches gratis para que lo conocieran. Él ha sido uno de los veinticinco afortunados.

—¡Menuda suerte! —siseó Bruno, y entre dientes susurró—: Le han regalado una noche de hotel para liquidarlo.

—Mire, por aquí viene el señor Egea —dijo Fermín, señalando con un estiramiento de cuello hacia un punto detrás de nosotros.

Giramos las cabezas y vimos llegar a un hombre de porte elegante. Un oscuro traje de tres piezas era su indumentaria, sin duda una buena carta de presentación. La corbata, de un color verde esmeralda, resaltaba con fuerza, aunque sin desentonar; al contrario, le otorgaba una clase especial. Me fijé en su físico: cabello oscuro y ondulado salpicado de canas que caía sobre la frente, tez morena, ojos rasgados color castaño, mandíbula masculina, labios finos pero tentadores, cuidada perilla y rictus serio aunque sin parecer antipático. En resumen, era un hombre atractivo. Analizándole los rasgos, me quedé asombrada; lo conocía. No me di cuenta hasta que lo tuve cerca, pero lo conocía, y bastante bien.

—¡Germán! —exclamé cuando llegó a mi lado, tan sorprendida como emocionada.

—Buenos días —dijo, observándome fijo.

—¿No te acuerdas de mí?

—¡¿Lola?! —Abrió los ojos como platos.

—¡Bingo!

—¡Eres tú, Lola! —Desplegó una bonita sonrisa.

—Sí, la misma, aunque más mayor. —Sonreí como una boba. ¡Dios, cuánto tiempo había pasado!

—Pero ¡qué dices! Si estás más guapa todavía, mujer.

—¡Venga ya! —repliqué junto a un movimiento de mano.

—Es la verdad, y lo sabes. —Sonrió—. ¡Qué alegría verte! —Nos dimos dos besos.

—Yo también me alegro. Llevo tanto sin saber de ti. —Suspiré.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó con curiosidad.

—Trabajo. Soy policía.

—Así que conseguiste tu sueño. —Sus palabras sonaron orgullosas.

—Sí, soy inspectora de Homicidios. —Le mostré la placa—. Este es mi compañero Bruno Molina.

Germán se quedó pálido tras escucharme y saludó a Bruno.

—¿No tendrá algo que ver vuestra visita con los asesinatos que se han cometido en el pueblo? —preguntó impactado.

—Me temo que sí —contesté.

—¡Joder! —exclamó, aún más impresionado—. ¿Y en qué puedo ayudar a la policía? —Se ofreció al instante.

—Esta mañana ha aparecido otro cuerpo. Sospechábamos que la víctima se alojaba en este hotel, y el señor Gutiérrez nos lo acaba de confirmar.

—¡Señor, qué tragedia! —Se llevó las manos a la cabeza, mostrando tanto asombro como pesadumbre—. Cuánto desalmado hay suelto. Y con este ya van tres asesinatos, si te paras a pensarlo, da miedo. —Sopló consternado.

—El señor Gutiérrez también nos ha comentado que vuestro cliente estaba aquí invitado por el hotel.

—¿Ah, sí? Entonces era un cliente con tarjeta de fidelidad. —Asintió repetidas veces—. A veinticinco de esos clientes se les ha regalado una estancia en una *suite junior* en este hotel.

—Eso mismo nos acaba de contar.

—La noticia me ha dejado conmocionado. —Silbó y se quedó pensativo—. Habrá que ver si venía acompañado por alguien y...

—No, tranquilo, ya lo hemos comprobado y se alojaba solo —lo interrumpí.

—¿Y en qué más podemos ayudar?—preguntó dispuesto a colaborar.

—Necesitamos registrar su habitación. Igual puede aportarnos alguna pista —anunció Bruno, adelantándose a mí.

—Por supuesto, ahora mismo —respondió, y le preguntó a Fermín—: ¿Qué número es?

—La seiscientos setenta, señor Egea. Estaba ocupada por el señor Biel Puig Roca —dijo, dándole la tarjeta de acceso.

—Muy bien, vamos a los ascensores. Por aquí —nos indicó para que lo siguiéramos.

Subimos a la habitación en silencio. Germán, con cierto disimulo, no dejaba de mirarme. Nos abrió la puerta y se quedó a un lado, apoyado en el quicio, esperando con paciencia a que hiciéramos nuestro trabajo. La lujosa *suite* de Biel estaba compuesta por una bonita alcoba, un amplio salón y un espléndido cuarto de baño con bañera de hidromasaje y cabina de ducha. No tardamos mucho en hacer el registro, pues todo estaba limpio, pulcro e intacto, como si nadie la hubiera ocupado. Solo encontramos una pequeña maleta con algo de ropa y una bolsa de aseo que parecía no haber sido abierta; nada más, ni siquiera un maldito pelo, aunque fuera de la camarera. Allí no había una sola pista. Estábamos de nuevo en un callejón sin salida.

—¿Ha pasado alguien a limpiar? —preguntó Bruno, de nuevo anticipándose a mí. Tanto orden parecía reciente.

—Es posible —contestó—. ¿Quiere que lo pregunte?

—Sí, por favor.

Germán llamó por teléfono y en unos segundos ya teníamos la respuesta: el equipo de limpieza aún no había pasado por esa *suite*.

—Entonces apenas estuvo en la habitación. Llegó, dejó la maleta y se marchó —deduje.

—Eso parece —confirmó Bruno.

—Se podría saber revisando las grabaciones de las cámaras del pasillo —sugirió Germán—. Nos indicarán a la hora que entró y a la que salió.

—Pues vamos a verlas —dije.

De nuevo bajamos en el lujoso ascensor y regresamos al vestíbulo, aunque esta vez lo atravesamos entero para llegar al despacho de Germán. Encendió el ordenador, abrió un programa y comenzamos a ver las imágenes

de ese día en la planta en cuestión. De ese modo comprobamos que Biel no estuvo ni diez minutos dentro de la habitación. Se marchó y nunca regresó. El hilo que habíamos hallado, el que pensábamos que nos conduciría a algo, acababa de romperse.

Regresamos a la recepción mientras Germán nos comentaba cómo los asesinatos habían alterado la paz del pueblo y lo preocupados y asustados que estaban los vecinos. Y no solo ellos, también los turistas, quienes estaban empezando a anular reservas, algo que ya sabíamos por el capitán Lemos. Pensé que empezaba a predominar el fenómeno del miedo. El miedo era como la niebla, se extendía con rapidez, penetraba con facilidad y calaba hasta el tuétano. Así actuaba y así ganaba terreno, y era lo que estaba sucediendo. La gente temía lo que desconocía, y ahora mismo nadie tenía ni idea de quién era el loco que estaba asesinando a personas casi a diario. No se les podía reprochar nada a los que estaban descartando el pueblo como destino vacacional; desde mi punto de vista, era hasta sensato.

A punto de despedirnos, Germán se las ingenió para llevarme un poco aparte y me preguntó:

—Entonces, ¿estás destinada en Huesca?

—No, en Madrid.

—¿Y qué haces aquí? —interpeló extrañado.

—Es una larga historia, Germán, y ahora estoy de servicio.

—Pues igual podríamos vernos en tu tiempo libre, ¿no te parece? Necesitamos ponernos al día, ha pasado mucho tiempo, Lola —anunció con una nota de nostalgia.

—Diecisiete años —contesté con un suspiro. Miré hacia Bruno, que esperaba un poco apartado, sin perdernos de vista.

—Te invito a cenar esta noche, aquí, en el hotel. ¿Qué me dices?

—No sé si podré, estamos muy liados, este caso es grave y complejo.

—Pero en algún momento tendrás que parar y cenar algo, ¿no?

—Sí, claro. —Desplegué los labios.

—Pues no se hable más. Será una noche de buena conversación, de buena compañía y de buenas exquisiteces que disfrutar. Te encantará la cocina del hotel, es de las mejores de la zona, y de España.

—Me resulta difícil resistirme a la tentación.

—Para eso son las tentaciones, para sucumbir a ellas. —Sonrió él también.

—Me lo pienso, porque igual acabo tarde.

—No tengo prisa, Lola. Te espero a la hora que tú puedas.

Bruno empezaba a mostrarse algo incómodo con la situación.

—De acuerdo, pero te llamo antes.

—Me parece genial —declaró, posando sus ojos en los míos—. Anota mi teléfono.

Saqué el móvil y memoricé su número en la agenda. Después le hice una llamada perdida para que él también tuviera el mío.

—Pues nos vamos —enuncié, guardando el móvil.

Ambos regresamos junto a mi compañero.

—Gracias —dijo Bruno, dirigiéndose a Germán—. Su colaboración nos ha ahorrado tiempo y eso es muy importante para la investigación.

—Sí, gracias. —Volví a sonreír, aun sin proponérmelo.

—De nada. Aquí estoy para todo lo que pueda ayudar.



## 30

Cuando abandonamos el hotel, mis pies, más que andar, iban flotando. El inesperado reencuentro con Germán casi me tenía levitando. Por mis entrañas corría una maravillosa combinación de emociones y sensaciones. Un puñado de ilusión, un chorro de recuerdos, un poco de pasión, una pizca de esperanza... Todo un cóctel. Y había sucedido en unos minutos.

Así de rápido.

Así de complejo.

Así de emocionante.

Al pisar el asfalto de la calle, y mientras intentaba calmar mi alma, revolucionada y ebria, observé que Bruno me miraba de hito en hito.

—¿Ocurre algo? —le pregunté.

—Nada —respondió—. Bueno, sí, que ha sido una suerte que el gerente del hotel te conociera, eso nos ha facilitado mucho el trabajo.

—La verdad es que sí —convine con él—. Aunque nos ha servido de poco porque tampoco hemos hallado nada, seguimos con las manos vacías. —Resoplé.

—Por desgracia eso también es cierto. —Montamos en el coche.

De camino al cuartel de la Guardia Civil no podía parar de pensar en Germán. Había sido toda una coincidencia volverlo a ver, y muy grata. Ahogué un suspiro. Estaba tan guapo. Los años le habían sentado mejor que bien y se había convertido en un hombre muy atractivo. Germán había sido un amor de juventud. En realidad, *amor* no era la palabra correcta. Solo fue una aventura, un ardiente amorío de verano en un cuerpo que empezaba a descubrir lo mucho que se disfrutaba con el sexo. Yo no era virgen cuando caí en sus brazos, pero, aun así, era bastante inexperta en temas sexuales. Pero dejé de serlo después de aquel verano. Durante esos días, Germán y yo nos acostamos varias veces. Bueno, varias no, bastantes. En honor a la verdad, casi el ochenta por ciento de esos días lo pasamos en la cama. Fuimos gasolina y fuego; una relación altamente inflamable. ¡Qué fogosidad la

nuestra! De nuevo me atrapó un suspiro interior, profundo pero mudo, tierno y cargado de añoranza. Sin pretenderlo, el cóctel de sentimientos y emociones hizo que mi memoria viajara al pasado y me retrotraje diecisiete años de un plumazo.

Como muchas cosas en la vida, conocer a Germán fue una cuestión de suerte. Sucedió durante unas vacaciones en La Toscana, en el viaje de fin de carrera que organizamos unos cuantos licenciados en Psicología. Gracias a los amigos de los amigos, que no perdieron tiempo en correr la voz, algunos miembros de otras carreras también se apuntaron, entre ellos cuatro jóvenes del grado de Administración y Dirección de Empresas; y uno era Germán. Gracias a un antiguo ligue italiano de una de las compañeras pudimos alquilar una amplia villa cerca de Montalcino, con más de veinte alcobas. Éramos cuarenta y dos personas, así que necesitábamos algo grande, aunque tuviéramos que compartir habitación. La finca no solo contaba con la espaciosa vivienda, había que sumarle un jardín enorme y una piscina ovalada de dimensiones olímpicas. Verdaderamente, tanto el entorno como el lugar formaban un conjunto de lo más fastuoso.

Al principio ni me fijé en Germán. A pesar de ser guapo, me pasó bastante desapercibido, entre otras cosas porque no se hacía notar mucho. En la fiesta de inauguración que dimos el primer día ni siquiera recuerdo haberme fijado en él. Pero después de unos días pasó a estar en todos los grupos en los que yo me encontraba y empezó a mostrar sus dotes de liderazgo aportando ideas, organizando las primeras excursiones, repartiendo tareas... Sin darme cuenta, nuestras miradas comenzaron a cruzarse en más de una ocasión y cada vez con más intensidad. Llevábamos una semana de vacaciones cuando, un día, entablamos una larga y fructuosa charla y conectamos. Era divertido, maduro y sensible. Vibraba en él un aire de sensatez contrapeado con un brochazo nostálgico que me encandiló. Me sedujo su forma de ser, no solo su físico, y la noche que celebramos la segunda fiesta, la «del verano», la química entre nosotros era más que un hecho. Nuestras miradas se habían vuelto cómplices, no parábamos de buscarnos en todo momento y no podíamos reprimir la mutua atracción. Dicha fiesta tuvo lugar en la piscina, cómo no, y el atuendo a vestir consistía en bikini para las señoritas y bañador para los caballeros. Sobra decir que esa noche más de uno acabó en cama ajena; el lugar, la vestimenta y la desinhibición que proporcionaba el alcohol lo propiciaron. Aunque, siendo

sinceros, Germán y yo no íbamos borrachos, apenas habíamos bebido, solo íbamos cargados de mucha espontaneidad y ganas.

A altas horas de la madrugada, la gente se empezó a dispersar y fue desapareciendo. Minutos después, los jadeos comenzaron a ser la banda sonora del lugar, y Germán y yo, oyentes a la fuerza, nos echamos a reír. Entre carcajada y carcajada bromeamos con los sonidos y empezamos a hacer ridículas pero divertidas comparaciones. No todos los actos llevaban el mismo tiempo ni iban al mismo compás, por lo tanto la mofa se alargó tanto que Germán preparó unas copas para hidratar nuestras gargantas. Nos sentamos en las cómodas hamacas a tomárnoslas y seguimos burlándonos de la sinfonía de voces orgásmicas. Tras los últimos gemidos, acabamos las bebidas y el silencio pasó a gobernarlo todo, incluidos nosotros. Pero no era un silencio incómodo, sino uno que más bien presagiaba y advertía de las consecuencias, las que parecía que ninguno queríamos evitar. Si bien ese silencio no se alojó en los ojos de Germán; ellos sí me hablaban, me gritaban lo que él deseaba. Se estaba excitando solo con mirarme e imaginar lo que podíamos hacer juntos, como de manera inexorable me empezó a ocurrir a mí. Bajé la vista a mi copa y me quedé absorta en ella, mirando cómo bailaban los hielos, cómo el calor los iba derritiendo; el mismo calor sofocante que se estaba apoderando de mi cuerpo.

Con sigilo, Germán se acercó a mí y posó su mano sobre mi muslo. Fue igual que pedirme permiso para empezar lo que yo ya sabía que debíamos hacer, lo que ambos deseábamos. Sin apartar sus ojos de mi retina, su mano trepó lentamente, y yo, estrangulando un gemido, se lo permití. Avanzó y comenzó a besarme un hombro. Sentir sus cálidos labios en mi piel me agitó, y suspiré gustosa. Su mano continuó el camino sin prisa, haciéndome fantasear con esa caricia. Por fin sentí su delicado roce derramándose por encima de la braguita de mi biquini, y un jadeo escapó de mis labios. Mis muslos, casi en un acto reflejo, se separaron, dándole el visto bueno a sus intenciones, demandando más actividad y, sobre todo, más profunda. La boca de Germán no tardó un segundo en invadir la mía, que, deseosa, ya le esperaba con ansia. Nuestras lenguas no atendían a razones, exigían más, querían engullirse, tragarse la una a la otra. Los vehementes besos eran el preludio de la pasión que queríamos desgastar. Pero tras el acaloramiento vertido, con mi libido rendida a sus pies, Germán paró y me observó fijo.

—¿Quieres hacer el amor conmigo? —me preguntó en un tono atiborrado

de excitación.

—¿Tú qué crees? —Lo observé perpleja—. Anda, no hables y actúa — casi le ordené, y me lancé a su boca.

Esas palabras lo desataron y ya no hubo marcha atrás posible. Nos desprendimos de los bañadores e hicimos el amor allí mismo, en la hamaca, al lado de la piscina, en medio del jardín, a la vista de cualquiera al que se le hubiera ocurrido asomarse por una de las ventanas. Fue una locura, pero me encantó. Jamás había hecho algo semejante ni parecido, y por primera vez me sentí libre, dueña de mi vida y mis decisiones.

Al día siguiente, Germán me saludó con un apasionado beso al que yo puse freno. Me miró turbado, y no era para menos después de lo que habíamos hecho unas horas antes. Pero yo no quería complicaciones, y si comenzaba a salir con alguien las tendría. Yo solo quería centrarme en lo que me esperaba en breve: la Academia de Policía. Fui franca y le dije que solo buscaba una aventura. Para mi sorpresa, no se opuso a ello y me sugirió seguir juntos hasta finalizar las vacaciones, nada más. Luego me besó otra vez. Me convencieron sus labios, sus ganas, su deseo..., y volvimos a hacer el amor. Lo hicimos muchas más veces durante aquellas dos semanas que todavía quedaban por delante, aunque ya no en un lugar público, sino en la intimidad del dormitorio de Germán. Su compañero pasó a ocupar otra habitación para dejarnos ese espacio a nosotros, un lugar en el que conocimos nuestros cuerpos con exactitud y descubrimos muchas formas de complacernos. Germán era muy tierno y a la vez tenía la garra que se precisaba en temas carnales. Fue una preciosa historia con fecha de caducidad, ambos lo sabíamos, de ahí que la exprimiéramos al máximo.

—¿Piensas bajarte del coche o vas a quedarte a vivir en él? —me preguntó Bruno, esperándome fuera del vehículo. Estaba tan enfrascada en mis recuerdos que habíamos llegado al cuartel sin enterarme.

—Ya bajo, solo estaba pensando —comenté, apeándome.

—¿Y qué era lo que te tenía tan absorta de la realidad?

—El caso, ¿o tú que crees? —Mentí como una bellaca.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Al mismo callejón sin salida.

—Relájate un poco, Lola —me sugirió.

—Sí, eso voy a hacer. Me voy a relajar fumándome un cigarro.

—Ese tampoco es un buen hábito.

—Problema mío, ¿no?

—Bueno, pues tú misma. —Se encogió de hombros—. Te espero dentro —dijo, encaminándose al cuartel.

Ni le contesté y me encendí el pitillo mientras trataba de dejar a Germán en un segundo plano de mi cabeza.

# 31

La primera imagen que me recibió al entrar en el cuartel fue la de Garmendia al teléfono; parecía que no daba de sí con las llamadas que recibía. Por lo que alcancé a oír, unas eran de vecinos asustados que querían saber si estaban seguros, y otras, de personas bienintencionadas que decían haber visto a extraños merodeando cerca de sus casas o en sus garajes. Como era de esperar, al miedo se le unían otros aliados no menos humanos, y la paranoia comenzaba a hacer acto de presencia despacio pero progresivamente, con lo cual la gran mayoría de los lugareños empezaba a ver sospechosos por todas partes, hasta en su propia casa. Eso era peligroso para nosotros, irremediablemente, y, lejos de ayudar, se convertía en otro enemigo a batir. Sin apartar los ojos de Garmendia, o mejor dicho, los oídos, eché a andar hacia el interior del cuartel pensando en las pocas pistas que teníamos. Y, distraída como iba, me choqué con el capitán Lemos, que, apresurado, venía en mi misma dirección.

—¡Oh, perdón! —exclamó.

—No, no; discúlpeme a mí, iba mirando para otro lado.

—Salía a buscarla.

—No hemos encontrado nada en el hotel.

—Lo sé, me lo acaba de contar el inspector Molina. Pero el cabo Martínez sí ha hallado algo interesante en el Facebook de Biel, es lo que quería decirle.

—¿Qué ha encontrado? —pregunté apresurada.

—Una fotografía de las víctimas, juntas.

—¡Lo sabía! —espeté con entusiasmo—. Sabía que estaban relacionadas de alguna forma. ¡Vamos! —Casi eché a correr.

Cuando entré en nuestro cuarto de operaciones, Bruno estaba terminando de anotar en la pizarra los datos del último crimen. Martínez se encontraba frente al ordenador, hablando en susurros y sin despegar los ojos de la pantalla, como si estuviera abducido por ella.

—¿Qué ha descubierto, cabo? —pregunté, y Bruno se unió a nosotros de inmediato.

—Mire esta foto. —La señaló con el dedo, ufano.

Observé la publicación de Biel. En su muro de Facebook, sobre la fotografía, podía leerse: «Campamento de verano en Lagos del Pino (Huesca), julio de 1990. Acompañado por mis nuevos amigos: Gonzalo, Imanol, Roberto, Eneko y Eloy».

—¿Lo ve? Están todos en la foto, se conocieron siendo adolescentes —explicó Martínez, orgulloso, por si a mí no me había quedado claro al verlo.

—Ya me doy cuenta, cabo, pero gracias por la aclaración —avisé con humor. Esa pista nos había levantado el ánimo a todos.

—Ese debe de ser el campamento del que hablaron la madre y la hermana de Eneko —comentó Bruno.

—Por supuesto —afirmé.

—Ninguno de ellos está etiquetado en la publicación, lo que parecía indicar que no eran amigos virtuales —enunció Martínez—. Aun así, he revisado sus listas de amigos y me he cerciorado: entre ellas no se encuentra ninguno de los nombres mencionados.

Contemplé la fotografía con detenimiento, a los seis jóvenes sonrientes, cada uno apoyando sus brazos en los hombros de otro, todos unidos. Empecé a identificarlos. Pese a haber pasado tanto tiempo, ciertos rasgos de sus facciones los delataban. Y di en el clavo, porque Bruno, Lemos y Martínez me dieron la razón cuando les fui poniendo nombre. Seguí observándolos minuciosamente; parecía un buen grupo de amigos. ¿Quién y por qué los estaba matando? Mi mente se lo repetía con insistencia.

—¿Sabe si ese campamento sigue abierto? —le pregunté al capitán.

—No, ya no existe —contestó sin vacilar—. Que yo recuerde, hará más de diez años que cerró. Pero podemos hacer algunas averiguaciones. Sé que algunos monitores eran del pueblo, podemos comprobar quién trabajaba allí en 1990.

—Perfecto. —Asentí y volví a fijar mis ojos en la pantalla del ordenador—. En esta fotografía solo hay dos personas que sigan vivas, y yo me pregunto si serán futuras víctimas o entre ellas se encuentra nuestro asesino.

—Yo también me lo estaba planteando, pero lo cierto es que no tenemos ni idea —declaró Bruno.

—Incluso puede que no sean dos, puede que haya un tercero que no vemos —conjeturé.

—¿Que no vemos? —Bruno se mostró confundido—. No te sigo.

—Yo tampoco —añadió el capitán.

—Puede que fueran siete amigos, no seis.

—Son seis. —Martínez no apartaba los ojos de la fotografía, de seguro que contando una y otra vez mentalmente.

—La séptima persona es la que hizo la fotografía —anuncié con firmeza—. No creo que se hiciera sola ni desde un trípode. En esa época no había los móviles de ahora, que hacen fotos casi perfectas activando el modo automático. Lo más probable es que la foto se hiciera con una cámara analógica y que fuera digitalizada posteriormente para colgarla en Internet.

Durante unos segundos nadie despegó los labios. Toda la atención se centraba en la pantalla del ordenador.

—Yo tampoco creo que esté sacada desde un trípode —corroboró Bruno al cabo de un rato—. ¿Qué adolescente piensa en llevar algo así a un campamento? Ninguno, estoy seguro.

—Entonces podría haber una séptima persona: la que hizo la foto —concluyó el capitán.

—Pues, descontando a las víctimas, tenemos a tres posibles sospechosos: Roberto, Eloy y el que hizo la foto, del que no sabemos ni el nombre. —Bruno se llevó las manos a la nuca y sopló con cierto malestar.

—Hombre, la foto también la pudo hacer cualquiera que no tenga que ver con ellos —advirtió Lemos.

—Pudiera ser, pero hasta saberlo, hay que tenerlo en cuenta —avisé.

—De acuerdo. —Lemos avaló mi suposición.

—He encontrado más datos de lo que esperaba sobre Biel Puig Roca —anunció Martínez, cambiando la conversación.

—¿Qué datos? —le exigí.

—Estaba fichado.



—¿Por qué? —pregunté.

—Por violencia en general, alguna que otra pelea. También lo denunciaron por violación cuando tenía veinte años, aunque fue absuelto de los cargos. Lo más reciente es de hace algo más de un año: su mujer lo denunció por malos tratos y además lo acusó de abusar de sus hijos, pero esto último no se pudo demostrar.

—¡Madre mía, ese tipo era un dechado de virtudes! —ironicé.

—Y un asiduo a las webs de pornografía, algunas de sexo duro y otras que rozan la pedofilia —añadió Martínez—. También se le tenía en el punto de mira por posible pedófilo.

—¡Joder! —exclamé horrorizada. Tocar el abuso a menores me abría las carnes, para mí era lo más rastrero y repugnante que el ser humano podía hacer.

—Además era un jugador empedernido. En su historial de Internet he encontrado decenas de webs de apuestas *on-line*. Y lo mejor de todo: proviene de una importante familia de Tarragona, gente con buena reputación y un elevado estatus social. Pero, visto lo visto, parece que él es la oveja negra de la familia. O lo era, mejor dicho.

—¿Algo más, Martínez? —interpelé.

—Respecto a él no, pero sí he descubierto algo más de Gonzalo Montero Pérez.

—Cuenta —le pedí con ansia.

—Al igual que las otras víctimas, también era consumidor de pornografía.

—¿Gonzalo también? —pregunté asombrada.

—Sí. —Asintió.

La noticia me dejó algo descolocada y de inmediato me trajo a la memoria a su viuda, a lo mucho que habló sobre él: se deshacía en halagos, contaba que era un ejemplo como marido y padre. Lo puso sobre un pedestal, pero al parecer la realidad era otra bien distinta.

—A ver, centrémonos. —Suspiré profundamente mientras recolocaba mis pensamientos—. Por lo que parece, hay dos elementos comunes en las cuatro víctimas: el campamento y la adicción a la pornografía.

—En el caso de Gonzalo de todo tipo, porque también veía webs de hombres, pornografía gay —añadió Martínez, dejándome muda. Después de cómo le pintó su esposa me costaba creer que fuera consumidor de pornografía, pero de ese tipo ni lo hubiera podido imaginar. De nuevo las palabras de la viuda y de la prensa llamándome incompetente y pidiendo mi cabeza me avasallaron con fuerza—. ¿Le ocurre algo, inspectora?

—No, solo estaba pensando —le respondí, abriéndome paso ante los degradantes recuerdos—. Resumiendo, tenemos cuatro adictos a webs de pornografía, aunque cada uno con un perfil diferente: un adicto al cibersexo, otro que roza la pedofilia, un tercero al que le van las orgías y por último alguien que puede ser bisexual. ¿Tendrá eso algo que ver con sus muertes? —Dejé la pregunta en el aire.

—Es posible —contestó Bruno—. Igual alguien quiere hacer de justiciero barriendo de las calles lo que él puede considerar escoria.

—Desde luego, a primera vista, da esa impresión —dijo Martínez.

—A primera y a última, no olvidemos que el móvil es el castigo —resolvió Bruno.

—Exacto —afirmé—. Los castiga para vengarse de ellos, pero no sabemos de qué o por qué se venga. Pero nadie debe tomarse la justicia por su mano, para eso existen las leyes y los cuerpos del orden. —Guardé un segundo de silencio—. Lo que está claro es que tenemos mucho trabajo por delante. —Soplé.

—Muy bien —dijo el capitán Lemos—. Pues empecemos a hacer averiguaciones sobre ese campamento. A ver si somos capaces de encontrar algo que nos lleve a dar con el asesino.

—Manos a la obra —enunció Bruno.

—Buen trabajo, Martínez —le felicité. Se lo merecía.

—Gracias. —Sonrió con timidez.

# REPRESALIA

¿Si nos injurian, no debemos vengarnos?

William Shakespeare

## El Cerebro

Debía agradecer a la Mano Ejecutora haber encontrado a toda aquella panda de perversos, aunque, en honor a la verdad, las gracias debía dárselas a los barbitúricos, pues ellos me llevaron a la clínica de desintoxicación donde me topé con él. El ingreso no me cogió por sorpresa, sabía que tarde o temprano tendría que desintoxicarme de toda la mierda que me metía para poder subsistir. Aunque últimamente esa porquería ya no aplacaba mi calvario, que seguía saliendo a flote en forma de pesadilla; la misma, la de costumbre, aquel amargo recuerdo que no paraba de atropellarme y que cada vez me atormentaba con más fuerza, apoderándose de mi razón año tras año.

Pero todo cambió en la clínica. No podía imaginarme que ingresar en ese lugar me permitiría encontrarme con uno de los desalmados que marcó mi vida. En cuanto lo vi, su cara me resultó conocida, pese a haber pasado tantísimos años. Sin embargo, él no me reconoció. Su presencia reavivó mis pesadillas, pero, como no hay mal que por bien no venga, eso me sirvió para recordar cada rasgo de aquella panda de malnacidos, y los suyos en especial. Estaba seguro, el hombre de la clínica era aquel adolescente, y cualquier tipo de duda se disipó cuando decidió cambiar el cuello alto de su jersey por una camiseta y descubrí aquellos peculiares lunares en su cuello, los que yo veía una y otra vez en cada pesadilla. Eran los mismos. Idénticos. Cuando se lo dije a Eugenio no era capaz de creérselo, y su escepticismo fue tal que incluso llegó a ponerlo en duda. Pero era cierto; aunque él no lo creyó hasta que logró verlo con sus propios ojos. Solo entonces supo que yo no estaba equivocado ni tampoco mentía.

Esa magnífica casualidad de encontrarlo allí me hizo aferrarme con fuerza a la esperanza y me llevó a urdir un plan de acercamiento; tenía que ganarme su amistad como fuera. Su ingreso fue un par de semanas después del mío, y para entonces yo contaba ya con una baza a mi favor: durante ese tiempo me había aprendido de memoria las rutinas de la clínica. Los primeros días se cerró en banda y no hablaba con nadie ni soltaba una sola palabra

sobre por qué se encontraba allí. Pero, gracias a mi carácter afable, inspirador de confianza y conciliador, pasada una semana, y pese a lo mucho que le costó, conseguí que empezase a coger confianza conmigo. Descubrí que era un adicto al sexo, o sea, lo que la gran mayoría conocemos como un mujeriego empedernido. Para colmo, estaba casado y decía que amaba con pasión a su mujer; la quería, pero no podía evitar acostarse con otras. Extraña forma de amar, al menos desde mi punto de vista. Según él, era algo que no podía controlar y lo dominaba. Necesitaba erradicarlo de su vida, contaba, pero le resultaba imposible, por eso su mujer había decidido abandonarlo. Fue entonces cuando, viéndose solo, intentó suicidarse con una ingesta masiva de tranquilizantes. Lloraba de forma desgarradora cuando mencionaba a su esposa, y lo volvía a hacer cada vez que soltaba aquel discurso que, después de un par de semanas, me aprendí de memoria.

—No puedo perderla. No puedo, no puedo, no puedo —repetía con insistencia—. Ni a ella ni a mis pequeñas. Lo son todo para mí. Todo —enfaticó—. Haría cualquier cosa por ellas, lo que fuera, lo juro. Pero no sé qué me ocurre, no puedo dominar ese impulso que me hace desear acostarme con otras mujeres. —Se le quebró la voz y los ojos se le cargaron de lágrimas—. Es como si dentro de mí habitase una fuerza que anula mi voluntad, como si estuviera poseído por un ente lujurioso que ciega mi razón. Cada vez que veo a una mujer atractiva la desnudo con los ojos y me imagino follándomela en cualquier rincón, en cualquier postura. No consigo pensar en otra cosa y entonces me excito, empiezo a fantasear y quiero saciar ese deseo. A veces lo he logrado y he acabado en algún hotel con una, pero otras no ha sido así y he tenido que contratar los servicios de una prostituta. Es la única forma de lograr que mi mente se relaje, de poder centrarme en mi vida. En ocasiones, para evitar engañar a mi mujer, me he tenido que masturbar. En mi puesto de trabajo, en mi propio sillón, frente al ordenador, viendo pornografía. —Sollozó—. Sé que tengo un problema con el sexo, no me cabe duda, pero he tenido la suerte de que mi esposa me haya dado una oportunidad. La primera y la última. Por eso estoy aquí con la esperanza de que puedan curar mi adicción. —Rompió a llorar con ímpetu, avergonzado.

De todo su alegato, yo solo extraje unas pocas frases que se quedaron ancladas en un reducto de mi memoria: «No puedo perderla. Ni a ella ni a mis pequeñas. Lo son todo para mí. Todo. Haría cualquier cosa por ellas, lo que fuera, lo juro». Entonces aún no sabía cuánto iban a ayudarme esas

palabras.

Después de oír su confesión a corazón abierto y de haberle ofrecido mi hombro, supe que, si era hábil, podía tenerlo comiendo de mi mano en breve, así que urdí un plan para conseguirlo. Durante días seguí acercándome a él y le ofrecí mi amistad. Durante días lo observé, sonriéndole mientras, en silencio, le deseaba la peor de las muertes. Durante días me guardé el odio y me obligué a drenar el rencor que sentía para poder disfrazar mis actos de una fingida compasión. Durante días le mentí sobre mi vida y logré que confiara en mí, y de esa forma le guie hacia lo único que me interesaba saber. Mi treta terminó dando fruto, y una noche que yo llevaba tiempo esperando, lo mencionó.

—Cuando era un adolescente fui varios veranos a un campamento en un pueblo de Huesca. No recuerdo su nombre, pero allí hice buenos amigos. —Asintió, pensativo—. La verdad es que nos juntamos una buena pandilla. —Sonrió. La rabia me removió el estómago, y el corazón se me desplazó hasta la garganta.

—¿Erais muchos?

—Cinco, contando conmigo.

—¿Y seguís siendo amigos?

—Qué va. —Negó con la cabeza.

—¿Y eso?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Quizá porque cada uno vivíamos en un lugar diferente, por la distancia. Hace casi treinta años poca gente tenía móviles, y el acceso a Internet no era tan fácil como ahora. Recuerdo que cuando estábamos en el campamento y queríamos llamar a nuestros padres íbamos al pueblo a buscar una cabina de teléfono. ¿Quién ve ahora una cabina por la calle? Mis hijas ni siquiera saben lo que es.

—¿Y nunca has sentido curiosidad por saber de ellos?

—No sé qué decirte, a lo mejor sí —contestó dubitativo, como cuando uno dice una cosa pero siente lo contrario y no se atreve a hacerlo público.

—Pues yo, si estuviera en tu lugar, estaría muerto de curiosidad. De hecho, ya habría intentado buscarlos. ¿Por qué no lo haces? —le pregunté risueño, animándolo.

—Alguna que otra vez lo he pensado, no te creas, pero nunca lo he hecho. —Suspiró, pensativo—. Y podría hacerlo porque recuerdo cómo se llamaban; en el campamento pasaban lista dos veces al día, por la mañana y por la noche, y al final memorizas los nombres. —Sonrió de nuevo—. Es más, recuerdo hasta dónde vivían, pero seguramente ya no vivan en el mismo lugar.

Acababa de posicionarse donde yo lo quería tener, y sin esforzarme; la jugada me estaba saliendo redonda. Siguiendo con mi plan, le pregunté:

—¿No has pensado buscarlos por Facebook? Yo he encontrado así a amigos de mi infancia. Si quieres puedo ayudarte, sería una forma de matar el tiempo —le sugerí, consciente de su falta de medios para tal fin.

—No sé cómo podría hacerlo, al menos estando aquí. Recuerda que no tengo móvil, me lo han requisado para que no acceda a Internet, por lo de las webs de pornografía y eso —me recordó, como si lo hubiera olvidado.

—Sí, pero yo no tengo esa restricción. Yo podría buscarlos. ¡Venga, puede ser divertido! —Volví a alentarle—. ¿Acaso tenemos algo mejor que hacer? —insistí, sin parar de rogar para que accediera. Observándome, meditó durante unos segundos.

—Vale. Me has convencido. —Asintió—. Coge papel y boli y apunta.

Anoté lo que me iba dictando, y cuando terminé de escribir sonreí pletórico de felicidad; frente a mí tenía los nombres y apellidos que llevaba años buscando. Mientras permanecía absorto en mi dicha, él me dio más datos que llamaron mi atención, y yo lo escuché con interés. A la postre, anunció:

—Biel era distinto.

—¿Qué quieres decir?

—Que él era un niño bien, que su familia tenía mucho dinero y lo mandaban al campamento con un buen fajo de billetes. Y eso nos venía genial porque era muy generoso y siempre nos invitaba. Gracias a él nunca nos faltaba alcohol.

—Os lo montasteis bien en esos campamentos —comenté sonriendo, fingiendo a la perfección.

—Sí, ya sabes, estábamos en la edad tonta: el cambio de niños a hombres,

las hormonas en ebullición, el descubrimiento de nuevas cosas... El último año fue el que más desfasamos, yo incluso perdí por fin la virginidad. Los otros fueron más precoces y se estrenaron el año anterior.

—Joder con el campamento, hacíais de todo en él, ¿no? —Le solté un codazo en el brazo, en plan colegas, y él estiró los labios de nuevo, esta vez con picardía.

—No, en el campamento no hacíamos nada de eso, entre otras cosas porque era solo para chicos —explicó—. Nosotros intentábamos montárnoslo con las chicas del pueblo. Hicimos amistad con un grupo de allí, aunque la mayoría eran unas estrechas. Les gustaba tontear, los besos, restregarse un poco, pero cuando intentabas ir más allá te lo impedían. Nos calentaban y luego nos dejaban empalmados y a dos velas. Por eso, durante ese año, y para sofocar el calentón, Biel nos llevó alguna vez a un puticlub que había a las afueras del pueblo. Allí, con un raro sorteo que solo entendía él, elegía a uno de nosotros y le pagaba los servicios de una prostituta. —Exhaló un golpe de aliento—. Debo admitir que ese año fue grande, memorable. No teníamos problemas; solo bebíamos, follábamos, follábamos y bebíamos. Nos lo pasamos de puta madre. —Suspiró nostálgico—. Pero eso ocurrió hace mucho tiempo, y después de aquel verano todo cambió...

—¿Por qué? —pregunté, a sabiendas de que seguir hurgando en mi dolorosa herida era insano para mí y que cabía la posibilidad de que su respuesta hiciera reventar el pus que acumulaba.

Pareció dudar un momento, pero al fin confesó:

—Éramos jóvenes y algo inconscientes, no pensábamos en las consecuencias de lo que hacíamos, y al final nos pasamos de la raya... —Dejó la frase en suspenso.

—¿Qué pasó? —pregunté casi mordiéndome los labios, pues conocía perfectamente la respuesta.

—Prefiero olvidarlo, amigo, ha pasado mucho tiempo...

Tras un breve silencio, consciente de que no iba a decir nada más, añadí:

—La vida cambia, aunque para unos más que para otros —enuncié.

—Cierto. —Asintió, meditabundo.

—En fin, voy a ver si encuentro a alguno de tus amiguitos, los bebedores



y folladores —comenté, medio en broma, mientras la bola de odio que se alojaba en mi estómago iba creciendo y revolviéndome las entrañas.

—Ya me dirás mañana. ¿Vale? —Sonrió de forma leve—. Ahora me marcho a mi habitación, necesito dormir y despejar la mente. Esos recuerdos no son buenos para mi terapia, demasiado sexo. —Y, tras un breve segundo, añadió—: Demasiado de todo...

—Sí, será mejor que no pienses más en eso e intentes descansar —le dije mientras él caminaba hacia su habitación. Aprovechando que me daba la espalda, lo fulminé con la mirada.

El día que abandoné la clínica él creía que había encontrado en mí a un gran amigo; yo, en cambio, supe que en ese preciso instante comenzaba mi venganza. Todos debían morir.

Durante un rato, el capitán Lemos estuvo haciendo llamadas para averiguar si quedaba en el pueblo alguien que hubiera trabajado en el campamento de verano de Lagos del Pino, pero antes nos suministró la información que le habían proporcionado en el Ayuntamiento. Al parecer, había sido el propio municipio el que, acogándose a un plan del gobierno central para incentivar el empleo en las zonas rurales, se había encargado de contratar a los empleados del campamento. Pero las instalaciones, pese a estar ubicadas en terreno público, se costearon con capital privado. La idea era crear un lugar cuyo mantenimiento dependiera de una empresa privada pero con salarios para sus empleados procedentes de fondos públicos. Un híbrido innovador, aunque también polémico, que no estuvo exento de críticas y de elogios y que tuvo dividido al pueblo hasta el fin de sus días.

Mientras Lemos seguía hablando por teléfono, yo imploraba a todos los dioses para que encontrara a alguien que pudiera darnos alguna información sobre los chicos de la fotografía. Incluso llegué a cruzar los dedos, como si aquel absurdo gesto fuera a servirnos de ayuda. Bruno ocupó ese tiempo observando la pizarra, de seguro que elucubrando teorías e hipótesis. El capitán no dejaba de pronunciar monosílabos: *sí, no, ajá, ok*, y eso me ponía más nerviosa porque desconocía si la conversación estaba siendo favorable o adversa para la investigación. La inquietud me llevó a balancearme de derecha a izquierda en la silla giratoria, efectuando movimientos cortos pero continuos, a la espera de que soltase el teléfono. Minutos después, cuando la paciencia empezaba a abandonarme, escuché la entrada de un fax. Lemos se levantó apresurado de la silla, lo cogió, lo ojeó y sonrió sutilmente antes de dar las gracias, despedirse y colgar.

—Ya los tenemos —dijo, mostrándonos el papel—. Es la lista de los monitores que trabajaron en el campamento en 1990. Fueron ocho.

—Muy bien, pues empecemos a buscarlos —enuncié casi con ansia, tomando la fotografía y levantándome tan rápido que parecía que hubiera sido disparada por un resorte.

—Nos interesa solo uno que sigue viviendo en el pueblo. Bueno, ya lo

tengo localizado.

—¿Lo conoce? —le pregunté con una extraña mezcla de asombro y alegría.

—Así es —afirmó—. Es el profesor de Educación Física del colegio local, Sebastián Arjona. Trabajó en el campamento del verano del 86 al del 92.

—Entonces no perdamos más tiempo —avisó Bruno, preparándose para salir.

—Brigada. —Lemos le llamó a la vez que escribía algo en un papel.

—Dígame, señor. —Se presentó raudo Garmendia.

—Acompañe a los inspectores a esta dirección. —Se la dio y él la miró.

—Por supuesto, capitán. —Asintió—. Vámonos —nos dijo, y sin añadir más fuimos a la zaga del brigada.

Mientras nos montábamos en el vehículo, Garmendia nos comunicó que ese lugar se encontraba casi a las afueras del pueblo, en una zona muy tranquila, y que había que cruzar Lagos del Pino para llegar a él. La noticia no me agradó. Estaba desesperada por llegar y sus palabras daban la impresión de que íbamos a tardar más de lo que yo podía esperar. Me pedí calma a mí misma y me recordé que al menos teníamos un indicio que seguir, y eso era mucho más de lo que conseguimos con el asesinato de Gonzalo. Mientras nos desplazábamos me dediqué a cumplir una de las reglas del buen inspector: observar. Lagos del Pino contaba con una gran cantidad de alojamientos. Mirases donde mirases, era difícil no encontrar el cartel de una casa rural o un hotel. Lo mismo ocurría con los restaurantes; había una buena cantidad de ellos repartidos por la localidad. También observé a los ciudadanos, o mejor dicho, ellos nos observaban a nosotros, pues el todoterreno de la Guardia Civil era el centro de atención entre los vecinos, incluso nuestra presencia en su interior parecía dar lugar a cuchicheos. Se notaba que el miedo flotaba en el pueblo, ese temor desconcertante ante lo desconocido e imprevisible.

Garmendia paró el vehículo y nos indicó que habíamos llegado. Me apeé, mirando al frente, a una bonita casa rodeada por una gran parcela con jardín. La construcción era de una piedra gris desigual, envejecida y mohosa, y las tejas, planas en lugar de curvas, de un color marrón oscuro que hacía juego

con el tono de la madera de las ventanas y puertas, incluso con el balcón que presidía imponente la segunda planta. De pronto la puerta se abrió y apareció un perro labrador de pelaje claro. A continuación, un hombre de unos cincuenta años, con una calvicie importante, de estatura media, compleción fuerte y vestido con un chándal salió de la casa. El perro comenzó a ladrar, y él le lanzó una pelota de tenis. Veloz como una flecha, el can corrió a cogerla.

—Voy a dar una vuelta por el pueblo mientras ustedes están aquí —nos anunció Garmendia.

—De acuerdo —contestamos al unísono Bruno y yo.

—Si acaban y no he vuelto, llámenme. —Se marchó.

Bruno y yo nos acercamos a la valla de la casa, era metálica y nada la cubría, dejando la finca a la vista de cualquiera, sin la menor privacidad. El hombre se nos quedó mirando.

—Buenos días —saludé, levantando la voz para que me escuchase—. ¿Es usted el señor Sebastián Arjona?

—Sí, ese soy yo —contestó de forma afable. ¿Qué desean? —En ese momento, el perro le trajo de vuelta la pelota, pero como su dueño no le hizo caso, protestó con un ladrido—. Calla, Rocky —le regañó mientras se acercaba hasta la puerta.

—Buenas tardes, señor Arjona, soy la inspectora Velázquez, y él es mi compañero, el inspector Molina. —Bruno y yo le mostramos las placas—. Somos de Homicidios.

—¿Y qué quiere la policía de Homicidios de mí? —preguntó confuso.

—Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre el campamento de verano en el que usted trabajó de monitor hace años.

—¿El campamento? —demandó, más confuso aún—. Pero si de eso hace mil años ya. —Nos miró sin salir de su asombro.

—Le importaría dejarnos pasar y hablamos.

—Por supuesto, pasen. —Abrió la puerta y sujetó a Rocky del collar—. Adelántense mientras yo retengo al perro —dijo, cerrando la puerta—. No muerde, pero se pone muy pesado con los desconocidos.

Haciendo caso al señor Arjona, nos adentramos hasta entrar en la vivienda. Caminando hacia el interior la observé con detenimiento y

fascinación: estaba construida en su totalidad con un noble material muy abundante en el entorno: la madera. Techos, vigas, escaleras, barandillas, suelos... Incluso el mobiliario estaba hecho de diferentes tipos y tonos de madera; todo ello muy rústico y a la vez armonioso, creando un entorno muy cálido.

—Vamos, amigo, tú tienes que quedarte fuera. Luego seguiremos jugando. —Rocky ladró y el hombre cerró la puerta—. Adelante, sigan de frente, hasta el salón —nos dijo, y seguimos sus indicaciones. Al llegar, nos pidió que nos sentáramos, y Bruno y yo tomamos asiento en unas sillas. Justo cuando yo iba a hablar, él nos preguntó—: ¿Quieren beber algo, un refresco, un café, un té?

—No, tranquilo, muchas gracias, no se preocupe —contesté.

—No, gracias —respondió Bruno.

—Entonces, díganme en qué puedo ayudarlos —dijo, sentándose frente a nosotros.

—Quiero que me diga si reconoce a estos jóvenes. —Saqué del bolsillo la fotografía que Martínez me había impreso y se la mostré—. Fue tomada en el campamento de verano de este pueblo en 1990, y por entonces usted trabajaba allí.

Sebastián Arjona cogió la fotografía y la observó con detenimiento durante unos segundos que se me hicieron eternos.

—¿Los recuerda? —insistí; se había quedado ensimismado mirándola.

—Sí. —Suspiró profundamente, se llevó la mano a la barbilla y empezó a frotársela con suavidad, meditabundo, sin apartar los ojos de la imagen—. Aunque no recuerdo los nombres de todos, solo el de este y el de este otro. — Los señaló en la foto.

—Biel Puig Roca y Gonzalo Montero Pérez —confirmé, identificando al instante a los que había señalado.

—No sabía sus apellidos. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué los buscan?

—En realidad no los buscamos a ellos —respondió Bruno—, sino a alguien que ya ha matado a varios de ellos.

Sebastián Arjona empalideció.

—No me diga que... ¿Son ellos los cuerpos que han aparecido estos días?  
—preguntó sobrecogido.

—Así es —afirmé—. Y nosotros hemos venido para que usted nos diga lo que recuerde de ellos.

—No sé qué decirles —titubeó nervioso.

—Tranquilícese, señor Arjona, comprendemos el impacto de la noticia —comenté—. Solo díganos quiénes eran, cómo eran, qué hacían..., ese tipo de cosas.

—Eran un grupo de amigos, y estos dos —volvió a señalar a Biel y a Gonzalo— eran los cabecillas, los que siempre llevaban la voz cantante. Los demás iban detrás de ellos como corderitos.

Mi experiencia como policía, y muchos años interrogando testigos, me habían proporcionado los conocimientos necesarios para analizar el comportamiento de Sebastián Arjona, y en ese momento tuve claro, por su lenguaje gestual, que no estaba contando toda la verdad.

—Por favor, señor Arjona, díganos todo lo que recuerde de ellos. Todo —recaqué.

—¿Quiere que le sea sincero, inspectora?

—Debe serlo, tratamos de dar con un asesino —contesté con firmeza.

—Pues todos esos críos eran unos salidos de mucho cuidado. Sí, así era. —Asintió una y otra vez—. Vale que en la adolescencia las hormonas están muy revueltas, pero a veces a mí me parecían unos pervertidos. Solo pensaban en sexo, solo hablaban de sexo, solo ideaban la forma de tener sexo... Escucharlos casi daba vergüenza ajena. —Calló, de nuevo pensativo—. ¿Sabe por qué recuerdo el nombre de Gonzalo?

—Dígame.

—Por la rimilla que siempre lo acompañaba: «Gonzalo el del gran falo».

—*Falo*, una palabra rebuscada —enunció Bruno.

—Una palabra escogida a conciencia, inspector.

—¿Con qué intención? —pregunté de inmediato.

—Para que le preguntasen qué significaba. Y cuando alguien lo hacía, él respondía: mi rabo, y se agarraba el paquete con la mano. —Le atropelló un

cierto sonrojo.

—Y sus amiguetes le reían la gracia, ¿verdad? —comenté.

—¿Usted qué cree? —preguntó de forma retórica—. Y el que lo preguntaba se convertía en objeto de burla de todos ellos. No eran buena gente, y su lenguaje era tan soez como su actitud.

—¿Usted diría que eran personas conflictivas o problemáticas? —le demandé.

—Sí hacías lo que ellos querían, no; de lo contrario, sí. —La frase iba preñada de un exceso de seriedad.

—¿Tuvo usted problemas con alguno de ellos? —El hombre se removió inquieto en el asiento; mala señal, se estaba debatiendo entre ser o no sincero. Por algún motivo no se atrevía a hablar, pero al mismo tiempo la conciencia le remordía por guardar silencio. En esa lucha interna no siempre la razón se alzaba con la victoria, solía hacerlo el temor, así que decidí que debía intentar disipar sus miedos—. Señor Arjona, a veces nos equivocamos por callar pequeños detalles que pensamos que no son de ayuda, pero le sorprendería saber que en ocasiones la mayor de las tonterías puede ser una pista primordial para nosotros. Comparta conmigo eso que remolonea por su mente. Cuénteme qué le ocurrió con esos muchachos.

—Nada —declaró a la defensiva.

—Solo recuerda el nombre de dos de ellos y ya nos ha explicado por qué no había olvidado el de Gonzalo, pero ¿y el de Biel? ¿Por qué no ha olvidado su nombre? —Me miró, tan asombrado como asustado—. No tenga miedo de contárnoslo, por favor.

Sebastián Arjona se levantó de la silla, inquieto, y lanzó una fuerte bocanada de aire mientras se frotaba la nuca. Se percibía su nerviosismo sin tener que esforzarse, lo exudaba a chorros, pero también presentí que estaba a punto de hablar sin reservas y supe que iba a hacerlo en cuanto adoptó la postura de derrota: brazos cruzados sobre el pecho, en actitud de protección, y mirada dubitativa que se posaba en nosotros y, de cuando en cuando, se deslizaba al suelo.

—Esto que les voy a contar no lo sabe nadie. Sé que a estas alturas, casi tres décadas después y con el campamento cerrado, legalmente no me puede suceder nada, pero el mero hecho de recordarlo me revuelve las tripas —

explicó con exceso de gravedad, y carraspeó antes de proseguir—. Yo era monitor de día, pero uno de mis compañeros enfermó y me pasaron al turno de noche. Mientras hacía la ronda de guardia oí ruidos y vi al grupo de amigos intentando escaparse del campamento. Di la voz de alarma y corrí hacia ellos para impedirlo. Uno de mis compañeros llegó segundos después, y entonces descubrí que Biel los tenía sobornados, les pagaba para que los dejaran salir por la noche. No me pareció bien y me mantuve firme en mi decisión; las normas estaban para cumplirlas, pero, para mi sorpresa, mi compañero se puso en mi contra. Nuestro enfrentamiento envalentonó más al grupito y todos empezaron a insultarme. Luego me agredieron, y aunque traté de defenderme, eran demasiados y acabaron pateándome. Mi compañero no movió un dedo para impedirlo y solo me decía que hiciera la vista gorda y lo olvidase todo. Accedí y les pedí que pararan, pero no lo hicieron hasta que Biel se lo pidió. Luego, aquel muchacho me tiró un billete de cinco mil pesetas a la cara y me ordenó que al día siguiente le trajera una botella de whisky y otra de ginebra, y que mantuviera la puta boca cerrada si no quería quedarme sin huevos. Viéndome desprotegido por mis propios compañeros, le obedecí, y a la noche siguiente le llevé el alcohol que me había pedido. Biel me dijo que esperase, que tenía algo que darme además del dinero que había sobrado. Gonzalo se puso delante de mí e, inesperadamente, me agarró los testículos y apretó con todas sus fuerzas. Biel le decía que no parase hasta que le doliera a él, y Gonzalo disfrutaba con mi sufrimiento tanto o más que su instigador. Cuando me soltó, me amenazó diciendo que si contaba algo la próxima vez me los arrancaría. El dolor fue tan intenso que casi me hizo perder el conocimiento. —Realizó una breve pausa—. Así que hice cuanto me dijo y les dejé salir todas las noches; nadie se lo impedía. Ahora ya sabe por qué no olvidé el nombre de ese cabronazo, el muy... —Dejó la frase inconclusa, pero se percibió claramente la ira por la que estaba cubierta.

Tras escuchar a Sebastián Arjona pensé en Gonzalo: era una mala persona que le gustaba humillar y dañar. La viuda había vendido a la prensa que su marido era un ejemplo de virtudes, pero, visto lo visto, era un sinvergüenza de cuidado. A él lo colocaron en un altar sin investigar ni un poquito en su pasado, creyéndose a pies juntillas cada una de las palabras de su afligida viuda. A mí, sin embargo, pese a dejarme la piel en el caso, me habían golpeado por todas partes, como a una piñata. Decenas de estilográficas se transformaron en varas y los periodistas me apalearon durante meses. Su intención era hacerme pedazos, pero no para conseguir un



premio, sino para castigarme por no dar con el asesino de Gonzalo.

—Esos chicos se unían y se convertían en el demonio —añadió Sebastián, volatilizándolo mis pensamientos—. Quizá solos no tenían ni la mitad de valor, pero siempre iban juntos y a las órdenes de Biel o de Gonzalo. Ahora ya sabe cómo era esa panda de desalmados, inspectora. Siento lo que les ha pasado, pero ya sabe: uno recoge lo que siembra.

—Y por lo que cuenta, parece que Biel y Gonzalo no sembraban nada bueno.

—Nunca —confirmó con dureza—. Humillaban, acosaban y se metían con todo el mundo. Flirteaban con todas las chicas que se cruzaban en su camino, y en cuanto no conseguían de ellas lo que buscaban, empezaba la lapidación.

—¿Chicas? Por lo que tenemos entendido el campamento era solo para chicos —advirtió Bruno.

—Así era —corroboró el aludido—. Pero por las tardes los alumnos podían acercarse al pueblo si querían, y ellos lo hacían precisamente para ir en busca de chicas. De esa forma conocieron a Eloy y a sus amigas. —Lo señaló a él en la foto.

—¿Está diciendo que este muchacho no tiene relación con el campamento? —interpelé rauda.

—No, él era un vecino del pueblo.

—¿Y dónde podemos encontrarlo?

—En el cementerio —respondió—. Murió ese mismo año, quizá por estas fechas, fue un terrible accidente que dejó impactado al pueblo. Se le disparó la escopeta de su padre de forma accidental. Fue una desgracia —añadió con un suspiro. Yo pensé que llevaba razón e imaginé a ese padre roto de dolor y perseguido por la culpabilidad de dejar el arma al alcance de su hijo. Un escalofrío me sobrecogió.

—¿Sabe dónde podríamos encontrar a su familia? —preguntó Bruno.

—Ni idea. —Sacudió la cabeza—. Se marcharon hace mucho tiempo del pueblo. —Calló, pensativo—. Aunque quizás Anunciación pueda decirles algo, ella era vecina de la familia y muy amiga de la madre de Eloy. Lo sé de buena tinta porque su sobrino y yo somos amigos desde la infancia, y esos

días fueron muy complicados para él viendo a su tía tan rota.

—¿Y dónde podemos encontrar a Anunciación? —le pregunté, levantándome de la silla. Bruno lo hizo a continuación.

—Ahora mismo les anoto la dirección.

—Muchas gracias, señor Arjona, nos ha sido de gran ayuda —le dije.

Él estiró un poco los labios, aunque su sonrisa denotó más amargura que felicidad, y comenzó a escribir la dirección.

Abandonamos la casa de Sebastián Arjona, pero, como no le habíamos avisado, Garmendia aún no nos estaba esperando. Bruno cogió el móvil y lo llamó mientras yo paseaba la vista por el entorno. Mi sorpresa fue mayúscula cuando mis ojos se toparon con el coche de Lucas, a unos cien metros de nosotros. ¿Acaso nos estaba siguiendo? La rabia trepó por mí, penetró por la punta de mis dedos, me llegó a la garganta, ascendió con una celeridad insólita e hizo que la sangre me hirviera. Eché a andar hacia el coche, furiosa pero rogándome templanza. En cuanto di los primeros pasos, el vehículo arrancó el motor y abandonó el lugar con presteza, dejándome tan molesta como preocupada. Quería a la prensa a mil kilómetros de distancia del caso, esta vez no iba a permitir que fastidiaran nada ni a nadie.

## El Cerebro

Fue fácil atraer a la pandilla de pervertidos hasta el lugar donde quería tenerlos. Me llevó tiempo, eso sí, pero una vez localizados, y para mi sorpresa, no me resultó difícil ganarme su confianza. Solo tuve que encontrar su punto vulnerable, su talón de Aquiles, y como era un experto leyendo entre líneas, sus redes sociales me lo desvelaron. Todos y cada uno de ellos tenía la misma debilidad: el sexo. Con ese factor en común, tracé mi plan.

El primero al que quise dar caza fue a Gonzalo. Él se merecía morir antes que ninguno y tener la más horrenda de las muertes. Para llegar a él me creé un perfil falso en Facebook, puse la foto de una tía buena con un explícito escote que a duras penas le tapaba sus generosas tetas, y le solicité amistad. Al minuto de hacerme pasar por Vero Vicious ya éramos amigos, en dos días estábamos chateando por privado y en cuatro lo tenía bien calentito. Le conté mi «gran problemilla»: tenía una alta adicción al sexo, era ninfómana. Él me desveló que en múltiples ocasiones había hecho tríos y me confesó que los que más le gustaban eran los versátiles. Le pedí que se explicase y me reveló algo que ni imaginaba: era bisexual. Siguiendo con mi guion, le dije que fantasear con dos tíos montándoselo conmigo y a la vez entre ellos me daba un morbo tremendo. Insistí en el tema porque sabía que sería mi baza, y no paré de repetirle que me encantaría hacer algo así, que me excitaba solo de pensarlo. Le faltó tiempo para contestarme: «¿Cuándo, dónde y con quién? ¿Sabes tú de alguien o lo busco yo?». Ya lo tenía comiendo de mi mano, solo necesitaba un poquito de tiempo para seguir adelante con el plan.

Dos días después le solté el cebo: «Tengo un conocido que se apunta. A ver qué te parece». Le mandé la foto de un tal Nacho, que le entró por el ojo en cuanto lo vio. «Me parece que ya tenemos nuestro trío», me contestó. Se le notaba feliz, y también cachondo, pues empezó a decir, mejor dicho, a escribir, una indecente cantidad de guarradas. Cerramos la cita para el sábado por la tarde, cuando el otro vértice del triángulo terminase de trabajar. Le pareció estupendo, y nos despedimos. Al día siguiente me inventé otra

patraña para poder manejarlo a mi antojo: «A Nacho se le ha averiado el coche y me ha pedido que lo recojamos en su trabajo. ¿Te importa?». Gonzalo no puso pega, estaba tan ciego por meterse en la cama con nosotros que todo le pareció bien. Le di la dirección de un polígono a las afueras de Madrid, donde yo ya había localizado una fábrica abandonada que era perfecta para llevar a cabo mi cometido.

Las mentiras sencillas siempre eran las más difíciles, las grandes requerían menos esfuerzo. Por eso, curiosamente, la forma de abordarle fue la que más quebraderos de cabeza me dio, y en la que recaía todo el peso del plan. Simplemente un minuto de su atención sería determinante para alcanzar el éxito. Ya llevaba esperando bastante tiempo cuando apareció su todoterreno rojo. Gonzalo llegó al sitio indicado, paró el motor y observó extrañado. En ese lugar, y a esas horas, no había ni un alma, y mucho menos un lugar donde trabajara alguien. Entonces entré en escena. Aparqué justo enfrente de él y me apeé del vehículo. Me acerqué a su coche, simulando que hablaba por teléfono y comentando que no sabía dónde me encontraba y que el GPS no me funcionaba. Con mucha educación, le pedí que me ayudara a encontrar una calle. Gonzalo, aunque algo confundido por la situación, se creyó mi representación y se metió de lleno en el papel del buen samaritano. El cloroformo lo noqueó pronto, más rápido de lo que había supuesto.

Arrastrándolo, recorrí el corto espacio que separaba el coche del lugar elegido. Lo puse sobre una mesa, bocabajo, y lo até a ella. Luego saqué la botella de whisky y me eché un largo trago que me quemó la garganta y también me dio valor. Porque fantasear con matar a Gonzalo era una cosa, pero ponerlo en práctica otra muy distinta. En la realidad, acabar con su vida no iba a resultarme tan fácil como me había imaginado. Continué bebiendo y pensando, y el desgraciado se espabiló. De inmediato, su rostro se cubrió de espanto; me miró con los ojos a punto de salirse de las cuencas, revolviéndose una y otra vez, tratando de zafarse de las cuerdas y bridas, algo del todo imposible. Cuando lo comprendió dejó de luchar y comenzó a gritar, clamando auxilio.

Quedo, sujetando la botella de whisky con una mano y con la otra posada en la nuca, lo observé. Sus gritos, exasperados, subieron de volumen. Mi corazón comenzó a latir con la fuerza de un martillo hidráulico. Le ordené callar. Lo amenacé con hacerle sufrir más de lo necesario si no guardaba silencio. Pero no enmudeció hasta que le recordé su pecado, entonces ya no

hizo falta añadir más. En medio de una importante cantidad de «lo siento», «no sé qué me pasó», «no quería llegar tan lejos» y no sé cuántas excusas más, empuñé la catana que había llevado hasta allí antes de traerlo a él y Gonzalo me observó aterrado. Escudriñé su mirada a fondo; estaba henchida de pavor y de desesperación, pero también anhelante. Anhelaba apoderarse del sable corvo que yo sujetaba. Era su única esperanza, pues así podría darme muerte y huir. Ansiaba escapar de lo que temía que sería inevitable.

—No lo hagas, por favor, no me mates —me suplicó sin dejar de observar la catana, temblando, acojonado.

De pronto titubeé. No podía hacerlo, no podía usar esa arma tan brutal para matarlo; no estaba preparado para un acto tan atroz. En medio de mis dudas, hice bajar la catana y, sin darme cuenta, acerqué demasiado la empuñadura a las manos de Gonzalo, y estas, a pesar de estar atadas con una brida, intentaron agarrarla con una fuerza que me sorprendió; me costó separarme de él. Luego tiré la catana al suelo; no pensaba matarlo con ella, no me veía capaz. Es lo que pasa cuando no eres un psicópata, que una parte de ti termina teniendo poco estómago y bastantes remordimientos. Volví a echarme un largo trago de whisky para nublar a mi conciencia; si seguía así no lograría quitarle la vida nunca. Entonces recordé las palabras de Eugenio y me invadió su aliento: «Tendrás un momento de flaqueza, incluso pensarás en no seguir adelante, pero cuando eso ocurra recuerda lo que hicieron. Solo piensa eso y deja que emerja tu sed de venganza, ella te envalentona para acabar con su asquerosa vida». Apuré de un trago lo que quedaba. Después arrojé la botella al suelo, donde se hizo añicos. Sin apartar de mi mente las palabras de Eugenio, ni tampoco mis amargos recuerdos, le bajé a Gonzalo los pantalones y los calzoncillos. Cogí el látigo que había traído, corto y de siete puntas, y empecé a fustigarle las nalgas con furia; tanta, que le arranqué la carne. El cuerpo entero se me revolvía viendo los destrozos que le estaba ocasionando y escuchando sus gritos, pero, a la vez, la rabia se apoderaba más de mí y me impulsaba a azotarlo con más saña. Estaba siendo víctima de un ataque de locura al que no podía poner fin.

Gonzalo lloraba a gritos, se lamentaba, me suplicaba... y llegó un momento en que no podía seguir escuchándolo. Solté el látigo y me llevé las manos a los oídos, taponándomelos con urgencia. No soportaba oírle. Era horroroso. Sus lamentos me taladraban el alma. Necesitaba que se callara. Cogí una barra de hierro, de las muchas que había por allí, y le molí a golpes

la espalda, hasta que se calló. Por fin se calló. Pero en lugar de sentirme bien, me sentí fatal. De súbito, me sobrecogieron las arcadas y me sobrevino el llanto. Lloré. Lo hice a gritos. Hincé las rodillas en el suelo y vomité. Lloré y vomité, ambas cosas a la vez, y sin consuelo.

Después de aquello mi razón quedó tocada, más bien hundida. Los quejidos de Gonzalo se adhirieron a mis tímpanos, y todavía sigo oyéndolos a día de hoy. Aquellos lamentos me provocaban una extraña mezcla de sensaciones: me desgarraban y aliviaban, alzaban en armas a mi ira, pero a la vez me tenían haciendo malabares, en la cuerda floja del resentimiento. La sangre no paraba de hervirme con tantos sentimientos encontrados. Su muerte me perseguía, sus gritos se contrapeaban con los que permanecían grabados en mi recuerdo y me avasallaban hasta acorralarme, me restaban cordura, mermaban mis fuerzas, mi vida... De seguir así, pensé que me volvería loco.

Matar a Gonzalo me hizo comprender que yo era débil para ser un asesino, y aunque Eugenio quisiera seguir con el plan, sin mi ayuda no podría hacerlo. Y a mí, pese a la rabia que me carcomía el alma, me faltaba una condición indispensable para poder dar muerte al resto: no tener escrúpulos, ser un jodido psicópata. Aun así, sabía que debía encontrar una solución para liquidarlos, porque ellos debían morir, aunque yo no me viera capacitado para matarlos.

Durante días medité, y busqué con Eugenio un modo para quitarnos de en medio. Él propuso contratar a un sicario, algo que descarté de inmediato, fundamentalmente por motivos económicos, y seguimos devanándonos la sesera sin hallar una solución. Cuando creí que todas las vías se nos agotaban, él llegó a mi memoria. Sí, él; el puto mujeriego que me había llevado hasta todos ellos. Él y aquellas palabras que habían permanecido en un rincón de mi mente: «No puedo perderla. Ni a ella ni a mis pequeñas. Lo son todo para mí. Todo. Haría cualquier cosa por ellas, lo que fuera, lo juro». La última frase retumbó en mi cerebro con insistencia. Eugenio aplaudió mi plan y, con su beneplácito, decidí cómo ejecutarlo: yo los atraería y él los mataría, yo sería el Cerebro y él la Mano Ejecutora del plan. Ese sería su castigo: dar muerte a los demás. Y si se le ocurría desobedecerme, lo amenazaría con matar a lo que tanto decía querer. Si era capaz de hacer lo que fuera por ellas, había llegado el momento de demostrarlo.

Nada más llegar al cuartel pusimos al capitán Lemos al corriente de lo que habíamos averiguado. Él, como Sebastián Arjona, también conocía a Anunciación Escartín, pero no le sonaba la cara de Eloy ni recordaba nada sobre el trágico accidente que nos mencionó el monitor. Lemos había sido destinado al cuartel de Lagos del Pino a finales de noviembre de 1990, unos meses después de esa desgracia y de que la familia abandonase el pueblo.

—Garmendia —dijo el capitán—, échele un vistazo al registro. Busque las defunciones del año 1990 y recabe todos los datos que pueda sobre ese tal Eloy.

—Sí, mi capitán. —Y se retiró de inmediato.

—Antes de volver nos hemos acercado a la casa de la señora Escartín, a la dirección que nos ha proporcionado el señor Arjona, pero no había nadie —informé al capitán.

—Estará ayudando a su sobrino. El hombre regenta una pequeña casa rural, La Ribera del Lago, y ella, pese a su edad, le echa una mano con la limpieza.

—Volveremos a ir esta tarde, a ver si para entonces está en casa y nos puede contar algo sobre ese Eloy. —Observé de nuevo la fotografía y otra vez regresaron las preguntas. ¿Quién la habría hecho? ¿Sería otra posible víctima? ¿Sería el verdugo? ¿Estaba en peligro el único del grupo que creíamos que quedaba vivo? ¿O él sería el asesino? Había tantas incógnitas por resolver y tan pocas pistas para investigar.

—Miren, conozco a la señora Anunciación y es un poco... digamos desconfiada o recelosa —nos avisó Lemos—. Les digo esto porque creo que sería más conveniente que solo uno de ustedes fuera a hablar con ella. De otro modo, estoy seguro de que se sentirá violenta y quizá se bloquee o recuerde menos cosas.

—Entonces iré yo —dije, y miré a Bruno para conocer su opinión.

—De acuerdo, no hay problema. Al fin y al cabo eres tú quien está al cargo del caso —respondió.

—Muy bien, pues esta tarde regresaré a su casa.

Sin nada más que comentar, el capitán se marchó del despacho. En cuanto cerró la puerta, Bruno posó sus ojos en mí. Su gesto, por segunda vez, me hizo sentir que quería decirme algo fuera del ámbito profesional.

—Lola, podíamos ir a comer juntos y... hablábamos. —La última palabra casi la susurró.

—No tengo nada que hablar contigo, Bruno, no insistas.

—Pero...

—No —enuncié con firmeza, interrumpiéndolo pero sin levantar la voz.

Bruno apretó los labios, seguro que para contener su verborrea de protesta, y el hoyuelo de su barbilla se pronunció más. Por una milésima de segundo, mis ojos se perdieron en él y recordé lo mucho que me gustaba, lo sexi que por entonces me parecía ese pequeño huequito. Ahora ya era inmune a él, no me provocaba ni frío ni calor, ya no despertaba nada en mí. Pero, de forma traicionera, una oleada de recuerdos, igual que *flashes*, me atropelló y logró que me faltara el aire. Con un rápido y escueto «discúlpame» me fui de allí, hui de Bruno. Apresurada, salí a la calle a sosegar mis sentimientos, que por un instante me habían removido entera.

Saqué el paquete de tabaco, me encendí un cigarro y aspiré una larga calada. Luego seguí fumando de manera acelerada hasta consumirlo y volví a encenderme otro. Debía reconocer que desde que la prensa emprendió conmigo su campaña de acoso y derribo empecé a fumar de forma excesiva, Martina decía que lo hacía «como un carretero». Sabía que debía dejarlo, pero en este momento no me veía con la suficiente fuerza de voluntad para hacerlo. Tendría que buscar algo que me motivara, fijarme un objetivo, ponerme una meta... En ese momento el móvil comenzó a sonar dentro del bolsillo de mi pantalón, esfumando mis pensamientos. Sonreí al ver la pantalla. Me llamaba un hombre bien parecido, tres años más joven que yo, un médico especializado en cardiología. Alguien que siempre entendió mi decisión de alejarme de la tradición familiar con respecto a la medicina, que me apoyó de forma incondicional y a quien quería mucho. Alguien que si ahora mismo me viera con el cigarro en la mano me soltaría un cachete en ella para que lo soltara. Veloz, tiré al suelo lo que quedaba de pitillo.

—Hola, Raúl, ¿qué tal va todo?



—Bien. Ya sabes, salvando vidas, lo habitual —contestó con su usual chanza—. ¿Y a ti cómo te va, hermanita?

No tenía un pelo de tonta, sabía de sobra para qué me llamaba mi hermano y no iba a darle más coba al asunto.

—Raúl, imagino que mamá ya te ha contado que he vuelto al trabajo, así que no te andes por las ramas y ve al grano, pero te aviso que no estoy para sermones, y menos para rapapolvos. Soy mayorcita y sé lo que hago.

—No pensaba regañarte, iba a felicitarte por tener ese par de ovarios tan bien puestos.

—En ese caso, gracias.

—Las gracias a ti por limpiar las calles de desalmados para que nosotros vivamos más tranquilos. Ya sabes que estoy muy orgulloso de ti, para mí eres Wonder Woman.

—Eso me dices siempre. —La emoción se zambulló en mi corazón, ablandándolo. Pero no iba a mostrar mi parte frágil, y menos a las puertas del cuartel.

—Inspectora Velázquez —voceó una voz a mi espalda. Volteé la cabeza y vi a la cabo mayor Ros—. Entre, han llamado los de la Científica y quieren hablar con usted.

—Ya voy —le dije—. Raúl, tengo que dejarte. Chao. —Colgué y eché a correr.

En la recepción del cuartel me aguardaba Amparo, y por el largo pasillo apareció Garmendia hablando con el capitán Lemos y Bruno. Un latigazo de felicidad, cual rayo, penetró por mi alma mientras me acercaba a la cabo mayor, quien alargó la mano para tenderme el teléfono. Con ansia, casi se lo arranqué de la suya.

—Inspectora Velázquez al habla —contesté acelerada.

—Inspectora, soy Diego Cano, de la Científica, nos hemos visto esta mañana.

—Sí, le recuerdo. ¿Han encontrado algo?

—Pues sí, he hallado algo en la nota que apareció en el cuerpo de Biel.

—¿El qué?

—El papel tiene una marca al agua —respondió, y oí cómo mascaba chicle.

—¿Qué tipo de marca? ¿El símbolo del fabricante? —Pensé en los conocidos folios Galgo.

—Lo dudo mucho. Esa marca al agua es la Dama de la Justicia.

—¿Qué? —La incompreensión se cernió sobre mí.

—Que el sujeto ha usado justo la zona del folio donde se encuentra el dibujo y ha trazado líneas sobre ella; así de fácil.

—¿Y cómo no lo han visto en las notas anteriores? —demandé con deje de reproche, enfundada en una repentina superioridad.

—Oiga, no quiero ser impertinente, pero ¿lo vieron ustedes en la nota del primer asesinato?

Su demanda actuó en mí igual que un puñetazo, un golpe bajo en el abdomen que me pilló desprevenida y me dejó sin respiración. Mis malos humos se disiparon en segundos.

—No —admití en un tono apenas audible.

—Entonces no cuestione mi trabajo antes de que termine con mi explicación, inspectora —habló serio.

—Lo siento, discúlpeme. —Me llevé la mano a la sien y empecé a frotármela para relajarme.

—Lo he descubierto porque esta vez el sujeto no ha repasado el dibujo de forma tan concienzuda. Sus repetitivos trazos han dejado ínfimas partes al descubierto que han puesto de manifiesto esa marca, y gracias a eso, la luz ultravioleta me ha permitido descubrirla. A través de un borrado químico he disuelto la tinta del papel, y el infrarrojo ha revelado el dibujo completo. A continuación he hecho lo mismo con las otras dos notas y he hallado la misma marca al agua.

—¡Bien! —Expelí una bocanada de aire, aliviada pero consciente del trabajo que había por delante.

—Sí, es una buena pista. —Mascó el chicle con sonoridad.

—¿Ha descubierto algo más?

—No. La tinta es igual que en las notas anteriores, y la cromatografía

vuelve a mostrar que es de un bolígrafo marca Bic. Con la cinta americana ocurre ídem de lo mismo. Aparte de no hallar huellas en ella, es de un material común y puede comprarse en cualquier ferretería. Y en cuanto al trapo con el cloroformo, puedo confirmarle que la saliva es de Biel Puig Roca, el ADN coincide.

—Hubiera apostado por ello.

—Y hubiera ganado, inspectora.

—Por casualidad, no sabrá si el forense tiene ya el informe de la autopsia.  
—Las prisas por conocer más datos se me amontonaron.

—Creo que aún no, pero no tardará. Ya sabe que este caso tiene preferencia.

—Bien, gracias y... buen trabajo, Diego —dije, era de justicia hacérselo saber.

—¡Oh!, le devuelvo las gracias —expresó feliz—. Siempre es gratificante que reconozcan el trabajo de uno, aunque debo decirle que de nada, es mi deber. En un momento mando el informe por e-mail.

—Perfecto. Adiós.

Bruno, el capitán Lemos, el brigada Garmendia y la cabo mayor Ros esperaban expectantes mis noticias.

—Han encontrado una marca al agua en las notas —anuncié—. La firma del asesino, el dibujo de la Dama de la Justicia, es una marca al agua que lleva el folio. El sujeto solo la dibuja repasándola.

—Igual, como se toma tanto tiempo para matar, al hijo de puta se le quitan las ganas de dibujar y prefiere calcar —advirtió Ros en tono ácido.

—Pues a nosotros que calque mal nos ha venido de perlas. —Sonreí—. Debemos encontrar la empresa que fabrica ese tipo concreto de folios.

—¡Me pongo a ello! —exclamó Bruno junto a una caída de párpados.

—Vamos a tener que trabajar a destajo —advirtió Ros.

—¿Y el sargento y el cabo? —le pregunté a Lemos.

—Patrullando y vigilando los escenarios, tal y como usted pidió.

—Entonces somos cinco personas, muchas manos trabajando.

—Serán cuatro personas —enunció Lemos—. Llevo tres días descuidando mis quehaceres y tengo papeleo pendiente, no puedo seguir eludiéndolo.

—Lo entendemos, no se preocupe —le dije.

—Y en un rato solo serán tres. —El capitán chasqueó los labios—. De un momento a otro llegará un primo de Biel Puig Roca y usted tendrá que atenderlo.

—¿Cuándo?

—Dijo que vendría sobre las seis —me respondió Garmendia, que hasta ese momento no había abierto la boca.

—¿Un primo? —Con la pregunta, gesticulé una rara mueca—. ¿No tiene familia más cercana?

—Sí, pero llevan años sin hablarse con él —aseveró el brigada—. Yo me encargué de llamar a sus padres y de darles la dura noticia. Después de unos segundos de silencio me dijeron que para ellos su hijo había muerto hacía años y luego me colgaron. Aproximadamente una hora más tarde llamó al cuartel un tal Eduardo Camps Roca, dijo que era su primo y que él podía hablar con nosotros.

—Pues ya casi es la hora —confirmé, mirando el reloj.

—Creo que será mejor que nosotros tres empecemos a buscar esa empresa y que tú lo interrogues —me propuso Bruno.

—Me parece buena idea —contestó el capitán, adelantándose a mí, y, de seguido, añadió—: Garmendia, Ros, ayuden al inspector Molina en esa búsqueda, y sean minuciosos.

—Sí, capitán —contestaron al unísono.

Y con el porte autoritario que manaba de su rostro, sumado al que le otorgaba el uniforme verde, Lemos, dando largas zancadas tan seguras como firmes, se marchó hacia su lugar de trabajo.

—Dejemos la cháchara y empecemos de una vez. ¡Manos a la obra! —alentó Bruno a los guardias. En apenas unos segundos todos desaparecieron de mi vista.

Sola, parada en mitad de la recepción, pensé que debía llamar a Torres. Tenía que comentarle lo del campamento, informarle del hallazgo de la

Científica y pedirle que revisaran la primera nota, la de Gonzalo. Saqué el teléfono de mi bolsillo, pero antes de que pudiera desbloquearlo sonó la entrada de un e-mail en el ordenador del cuartel. Me acerqué deprisa, esperando que fuera el informe del forense, pero el remite indicaba que provenía de la Científica; era el informe de Diego Cano. A punto de abrirlo, oí aquel característico y usual sonido, el pitido repetitivo, casi musical, que emitía el sensor de la puerta cuando detectaba movimiento. Giré la cabeza y Garmendia se presentó *ipso facto*, casi a la vez que un hombre bajito y calvo entraba y se acercaba hasta mí.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlo? —le preguntó el brigada, mostrando esa pose de superioridad tan suya.

—Soy Eduardo Camps Roca, el primo de Biel Puig Roca.

## El Cerebro

—Es débil, nunca lo olvides, ¿de acuerdo? —me dijo Eugenio.

—Vale. —Asentí.

—Grábate esta frase en el cerebro:«Voy a manejarlo como a un títere, va a moverse a mi antojo».

—Lo haré —le contesté, y segundos después dejé que se marchara.

Cumpliendo con mi palabra, repetí la frase una y otra vez, hasta fijarla en mi mente, y fui en busca de quien yo había bautizado como la Mano Ejecutora. Sabía dónde encontrarlo porque antes de irme de la clínica me dio su tarjeta: trabajaba en un bufete de abogados del que era socio. Fue precisamente el logotipo de ese bufete, que aparecía en la tarjeta, la Dama de la Justicia, el que me sugirió firmar de esa forma la nota de Gonzalo. Cuando se lo comenté a Eugenio me aplaudió y me dijo que eso era lo que estábamos haciendo, justicia, y que no podíamos expresarlo mejor que a través de esa imagen. Por las horas que eran, pensé que la Mano Ejecutora aún estaría en el trabajo, pero, para mi sorpresa, lo encontré saliendo del portal, acompañado por una preciosa rubia de cuerpo de escándalo con la que estaba flirteando. Charlaron unos minutos a las puertas del edificio, un tiempo en el que la seducción acabó triunfando y se subió al pódium ganador. Él había alcanzado su objetivo, su lenguaje corporal lo exudaba; iba a cepillarse a la rubia. Rauda, la condujo hasta su flamante Audi TT color guinda, en el que subieron. Yo los seguí a una distancia prudente, siendo testigo del tonteo que se gastaban en su interior.

Minutos después llegaron a una lujosa urbanización y entraron en un chalé que, supuse, era de la atractiva mujer, pues fue quien abrió la puerta. Antes de entrar, él se lanzó a su boca y se besaron con pasión, casi con ansia. Salté la verja del chalé, tomé mi móvil y a hurtadillas me asomé por las ventanas, que, para mi suerte, tenían los estores a medio subir. Los encontré en la tercera, desnudos y follando en el sofá del salón como animales en celo.

Habían pasado trece meses desde que había recibido el alta en la clínica y ya había vuelto a las andadas; su adicción al sexo seguía sin curarse. Le saqué unas cuantas fotos en plena acción. La labor fue larga porque el tío tenía mucho aguante y ganas de probar múltiples posturas. Cuantas más fotografías, mejor; pensaba usarlas para chantajearlo.

Dos días después me reuní con él y se las mostré, se quedó turbado y lívido. Más aún cuando le dije que pensaba enviárselas a su mujer. Su querida esposa tenía que comprender de una vez por todas que su marido era un puto mentiroso, un enfermo que no iba a curarse nunca. Incluso lo amenacé con enseñárselas a sus hijas, que tenían que ver el tipo de hombre que era su padre. En realidad mentía, porque yo jamás habría permitido que unos inocentes ojos vieran algo tan obsceno.

—Por favor, no hagas eso ni cuentes nada. Sobre todo a mis hijas, te lo ruego. No, a ellas no, por Dios —me suplicó temeroso—. Si tengo que pedirte de rodillas, lo haré.

—No quiero que te humilles de esa forma.

—Entonces, ¿qué quieres a cambio de tu silencio? Dímelo. ¿Qué quieres? ¿Qué quieres? —repitió una y otra vez.

Se quedó impactado cuando le dije quién era.

—Lo siento, lo siento, lo siento —gimoteó de carrerilla—. Sé que aquello fue una salvajada, pero yo no tuve nada que ver.

—¡Pero tampoco lo impediste! —grité furibundo—. Eres igual de culpable que ellos, cabrón.

—Lo sé, no creas que no lo sé.

—Pues ahora ha llegado el momento de mi venganza, y tú vas a matar a tus «amiguitos» en mi nombre —le revelé. Él casi se quedó muerto de la impresión.

—No puedes hablar en serio.

—Claro que sí, estoy hablando muy en serio.

—¡Estás loco! —clamó.

—No, para mi desgracia estoy muy cuerdo, sé lo que digo y lo que hago. —Suspiré profundo, exigiéndome templanza, y le pregunté—: ¿Te acuerdas de Gonzalo?

—Sí —afirmó, asintiendo.

—También sabrás que hará un año apareció brutalmente asesinado.

—Como para no saberlo, la prensa aún sigue haciendo caja con su muerte.

—¿Te imaginas quién lo mató? —Sonreí de forma sardónica.

—¡¡¡No!!! —exclamó empalideciendo—. ¿Tú? —Se levantó veloz de su caro sillón de abogado.

—Siéntate de nuevo y préstame mucha atención —dije con gravedad, y él, sin salir de su asombro, obedeció. Sabía que ya lo tenía contra las cuerdas y le hice la pertinente pregunta—: ¿Te gustaría que alguien de tu familia pasara por lo mismo? —Sentí que se horrorizaba, y aproveché para rematar —: Pues si no haces lo que te he pedido no me temblará la mano y mataré a tu familia. Tú eliges: La vida de tu preciosa mujer y de tus hijas a cambio de la de esos malditos pervertidos. Tienes veinticuatro horas para contestarme, pasado ese tiempo, despídete de ellas. Y no se te ocurra hablar con la policía, porque morirán; ni tampoco hacer que desaparezcan, porque igualmente morirán. Las tengo vigiladas, siempre sabré lo que ocurre y dónde se encuentran —mentí con tanta convicción que, por un instante, hasta yo llegué a creérmelo.

—De acuerdo, haré lo que tú digas, pero, por favor, no les hagas daño. Ni mi mujer ni mis hijas tienen la culpa de lo que pasó, no es justo.

—¿Que no es justo? —salté a su yugular, del todo enojado, hasta noté cómo se me ensanchaban las aletas de la nariz—. No me hables de justicia, ni se te ocurra —hablé, apretando los dientes.

—Lo siento. —Agachó la cabeza.

—En unos días tendrás noticias mías —le anuncié, y me marché con la rabia abrasándome las entrañas.

Desde ese momento empezó mi plan para eliminar al resto. Vigilé los pasos de todos y cada uno de ellos; sus debilidades serían mi triunfo. Comencé por Imanol, que no tenía perfil de Facebook pero sí en Twitter. Por sus tuits, descubrí que residía en Vitoria, y, alabando algunos de los más irrespetuosos, comenzamos a hablar por privado y me dijo por qué zona paraba. Lo seguí durante un par de semanas para conocer el ambiente en el que se movía. Imanol no solo tenía debilidad por el sexo, también era un



adicto a las drogas. Estudié sus rutinas y una noche entré en el pub que más frecuentaba. Me gané su confianza. Lo hice mucho más deprisa de lo que jamás habría imaginado, bastaron un par de copas y prometerle unas rayas de coca si me decía a quién podía pillarle buen material. Pasamos una gran noche; él, colocado hasta las cejas; yo, sonsacándole todo lo que quería. Me dio su teléfono para volver a quedar. Días más tarde, y con la excusa de no tener datos disponibles en el móvil, le mandé un SMS invitándolo a Lagos del Pino. El cebo no pudo ser más fácil: alcohol, drogas y sexo en abundancia. Le gustaban las putas y sobre todo las orgías; por lo visto, ambas cosas eran tan habituales en su vida como la bebida y la cocaína. Se tragó el anzuelo sin problemas, y la Mano Ejecutora lo liquidó.

Con Eneko también fue pan comido, pues su Facebook era un auténtico «picadero virtual». De nuevo usé un perfil falso, y en esta ocasión me hice pasar por una mujer muy fogosa: Virginia Apasionada. Le puse a cien en un par de días; fue tan fácil tenerlo en la palma de mi mano que no me lo podía creer. Desde luego, a los tíos se nos nubla la mente en cuanto la polla se nos pone dura, y Eneko estaba tan obcecado en metérsela a Virginia que no quería esperar. Era igual que un niño mimado, caprichoso y algo narcisista. Iba tan de sobrado que fijó una fecha como si fuera un ultimátum: lo tomas o lo dejas. Temí que rechazarla despertase su desconfianza y me cerrase la puerta, pero esa fecha era la misma que había acordado con Imanol; una puñetera casualidad. Bromeando, le dije que al menos me dejase elegir la hora, y accedió sin problema. Cómo no hacerlo cuando acababa de conseguir cuanto quería. Dejé un espacio de tiempo entre ambas citas para evitar problemas, y Eneko también pasó a ser historia gracias a la Mano Ejecutora.

Con Biel fue aún más sencillo. En su perfil de Facebook podías encontrar hasta su dirección. Había que ser tonto para dar todos tus datos de forma tan explícita en un sitio público. Lo seguí durante unos días y descubrí que las prostitutas le gustaban mucho, en particular una rubia ucraniana de piernas sin fin. Contraté sus servicios, aunque le pagué solo para conseguir información de Biel. Se llamaba Olena y no tuvo objeción en contestar a mis preguntas porque el tipo no le caía nada bien. Me dijo que Biel era una persona voluble que se podía mostrar cariñoso o violento, según tuviera el día. Me prometió prestarme ayuda, y a los pocos días volvimos a vernos. Olena había espiado el móvil de Biel y descubrió que el muy degenerado visitaba ciertas webs de pornografía que provocaban verdadera repugnancia,

pues mostraban algo depravado, a menores practicando sexo con adultos. Le agradecí su ayuda y le pagué el doble de lo acordado; se había jugado el tipo y me parecía justo.

Ya en casa, de nuevo me creé un perfil falso de Facebook y de nuevo volví a ganarme la confianza de otro más de ellos. Quedar con Biel para venderle material pedófilo fue igual que poner un caramelo en la puerta del colegio, no pudo negarse a la tentación, y ese «dulce» lo trajo a Lagos del Pino para encontrar su más que merecida muerte.

Ahora solo queda uno.

Uno y todo llegaría a su fin.

Uno, nada más.

Perder el tiempo era un lujo que no podíamos permitirnos, y así se lo hizo saber mi mirada a Garmendia, que de inmediato regresó a su trabajo dejándome a solas con Eduardo Camps Roca. Le solicité que me acompañase a un despacho, donde podríamos hablar con más calma, y el hombre me siguió en el más absoluto silencio. Pero en cuanto cerré la puerta disparó a bocajarro una pregunta: quería saber cómo habían matado a su primo. Tras una breve explicación, la misma que le había dado a los otros familiares, puesto que ni debía ni era bueno entrar en detalles, le pedí que tomase asiento y que fuera él quien me hablase a mí de Biel Puig Roca.

—Biel y yo no solo éramos primos, también nos unía una amistad; teníamos mucha confianza el uno con el otro. Pero un día todo comenzó a cambiar y nos distanciamos.

—¿Por qué razón?

—Su cambio de actitud, las malas compañías... Mi primo empezó a mezclarse con gente que no debía, a beber en exceso, hasta quedar sin sentido, y a coquetear con las drogas.

—¿Sobre qué edad empezó a notar usted ese cambio?

—Más o menos sobre los quince.

Con su respuesta, me asaltaron las palabras de Sebastián Arjona.

—Su primo acudió a unos campamentos de verano en este pueblo a finales de los ochenta y principios de los noventa, ¿sabe algo de eso, señor Camps?

—Por supuesto, inspectora. Fue mientras estaba en ese campamento cuando empezó el cambio en él.

—Explíquese —le pedí sin demora.

—Estuvo acudiendo tres o cuatro años, no recuerdo exactamente, y cada vez que regresaba de ese campamento venía con aires de superioridad. Y no solo eso, se volvió agresivo, le gustaba pelearse, instigar, propasarse con las chicas... Era raro el fin de semana que no terminaba metido en problemas. —

Suspiró apenado.

—¿Cree que durante su estancia en el campamento su primo se volvió conflictivo?

—Sí. Por supuesto que sí —afirmó entristecido—. Fue por las compañías que se buscó allí. Lo que Biel contaba de esos chicos no me gustaba nada. Actuaban como matones de barrio, abusaban de los débiles y agredían a los que no eran como ellos.

*Ellos.* Era obvio que se refería a los jóvenes de la fotografía, incluido Biel. Los mismos que había mencionado el monitor del campamento. Al parecer, por lo que se decía de ellos, eran un grupito de desalmados. Sentí que empezaba a despejarse un camino interesante que era necesario explorar.

—¿Le contó su primo si hizo amistad con chicas y chicos del pueblo?

—No. —Negó con la cabeza—. A mí solo me hablaba de sus amigos del campamento y de las gamberradas que hacían.

—Me ha dicho que los malos hábitos de su primo lo distanciaron de usted, ¿fue eso también lo que lo alejó de sus padres? Porque su tío le dijo a la Guardia Civil que su hijo hacía tiempo que había muerto para ellos. Son palabras muy duras que imagino tendrán una justificación.

—Son palabras que mi primo se ganó a pulso, inspectora —contestó serio—. Mis tíos le temían más que al demonio, y además se avergonzaban de él. ¿Y cómo no hacerlo? Biel era agresivo, vicioso, barriobajero, sexista y no sé cuántas cosas más. Era una oscura mancha que ensuciaba el buen nombre de la familia. —Tomó aire y lo soltó lentamente, mientras miraba a la nada con los ojos entristecidos. De pronto pensé en mi padre; aunque por otras causas muy distintas, estaba convencida de que yo era para él la mancha oscura de la familia—. Somos una familia muy conocida, con un determinado estatus social, y ese tipo de escándalos no nos hacía ningún bien. Sus padres le cerraron el grifo, y eso los convirtió en víctimas de su ira. Un día atacó violentamente a mi tío y casi lo mata a golpes. Desde entonces le dieron la espalda y no quisieron volver a saber nada de él. Lo repudiaron, y con toda la razón —explicó, clavando su mirada en la mía—. Aun así, mi tía me llamó para contarme lo sucedido y me dijo que me encargase yo de todos los trámites, por eso estoy aquí.

—¿Y por qué usted en especial?

—Porque Biel y yo estuvimos muy unidos hasta la adolescencia, y yo lo quería mucho. Siempre quise pensar que mi primo era un buen muchacho al que las drogas, el abuso de alcohol y las malas influencias le hicieron cambiar.

Preferí no añadir más y omití sus gustos pornográficos encaminados a la pedofilia; ya estaba muerto, para qué ensuciar más su nombre. Además, mi olfato de policía me decía que ahí no se encontraba la clave. Los gustos sexuales de las víctimas no eran un elemento significativo. El quid de la cuestión era ese campamento, ese grupo de amigos que se formó allí hacía veintinueve años. Veintinueve largos años. ¿Por qué había esperado tanto tiempo el asesino? El primer crimen lo cometió casi veintiocho años después de ese último campamento de verano, y fue en Madrid. Luego esperó más de un año para volver a asesinar tres veces seguidas en algo más de setenta y dos horas, y además cambió de escenario y eligió Lagos del Pino, la antigua ubicación del campamento. ¿Por qué tardó tanto en llevar a cabo lo que a todas luces era una venganza? ¿Por qué ese largo periodo de tiempo entre el primer asesinato y el resto? ¿Por qué el breve compás de espera entre las otras tres muertes? Las preguntas rebotaban en mi cabeza de un hemisferio a otro, sin pausa.

Sin previo aviso, llegaron otro tipo de demandas que me angustiaron por la incertidumbre que aportaban. ¿Habría un cuarto asesinato? ¿Un quinto? ¿Cuántos más faltaban aún por morir para que el asesino concluyera su venganza? De nuevo muchas preguntas y ni una sola respuesta. Solo había un hecho claro, para mí una obviedad: el campamento de verano era el origen de todo. Aquel lugar reunió a un grupo de amigos que, muchos años después, estaban siendo asesinados uno a uno. ¿Por qué? ¿Qué sucedió allí?

Con la excusa de acompañar al primo de Biel hasta la salida, me encendí un cigarro a las puertas del cuartel y seguí meditando las mismas cuestiones una y otra vez. Necesitaba esclarecer el caso, pero hasta ahora contaba con poco para lograrlo. Pensé en las notas, en la pista que había aportado el hallazgo de los dibujos: si encontrábamos la empresa que fabricaba esos folios, con esa marca de agua concreta, podríamos llegar a descubrir los clientes que los usaban, y eso podría dar buenos resultados. El solo hecho de pensarlo me llenaba de sosiego. Imaginar que me acercaba a lo que yo llamaba «justicia hecha, deuda saldada» me motivaba, y entonces no paraba de hacerme preguntas, de formular hipótesis y de analizarlo todo de nuevo.

De pronto, la música del móvil me rescató del bucle que me estaba engullendo. Observé la pantalla y resoplé con todas mis ganas. Sabía que estaba a punto de caerme una merecida bronca.

—Dígame, comisario —contesté.

—Eso quiero yo, Lola, que me digas —avisó con su tilde de reproche—. ¿No pensabas contarme que hay otro muerto? ¿Debo enterarme por un toque de atención del jefe superior? ¿O por las putas noticias? —preguntó a voz en grito, sulfurado.

—Señor, le prometo que hace un momento iba a llamarlo, pero me han surgido otras cosas y ha sido imposible. No he parado un solo instante, estamos trabajando sin cesar.

—¿Algún pretexto más? —demandó de forma sardónica.

—De veras que lo siento, comisario. Pero póngase en mi lugar: tengo tres muertos, un asesino suelto y la prensa pisándome los talones de nuevo.

—Puedo entenderte, Lola, pero no me vale la excusa —anunció con adustez.

—De acuerdo, lleva razón —admití mi error—. Y ahora que me ha echado un merecido rapapolvo, escúcheme. Creo que todo tiene su origen aquí, comisario, en Lagos del Pino.

—Explícate —me pidió con interés.

Comencé a contarle cuanto había ocurrido hasta el momento, todos los pasos que habíamos dado y lo mucho que aún nos quedaba por hacer: el descubrimiento de la Científica y nuestro deber de revisar la primera nota. Tras escucharme, Torres se calmó y me pidió, a su modo, disculpas. Luego me dijo que la Científica, con absoluta prioridad, haría un borrado químico de la primera nota.

Tras colgar, entré en el cuartel veloz. Pensé en Anunciación; debía ir a hablar con ella. Sin embargo, creí que la búsqueda de las empresas fabricantes de folios era lo prioritario y deseché la idea: iría mañana. Entré en el despacho y me sumé al resto de mis compañeros. La cabo mayor Ros me lo agradeció con la mirada, e incluso me sonrió.

## La Mano Ejecutora

Cuando abandoné la cabaña y me alejé del lugar lo suficiente me puse en contacto con el gentil señor que me la había alquilado. El hombre volvió a creerse mis patrañas, un fatal contratiempo que me había obligado a marcharme antes de lo previsto, sin poder acabar mis vacaciones e impidiéndome darle las gracias en persona. Le confirmé que le dejaba las llaves en el mismo lugar que él me las dejó a mí, y él me dijo que lo sentía mucho y me deseó que todo me fuera bien. Luego nos despedimos.

No hacía más que mentir para cubrirme las espaldas: en el trabajo, a los amigos, en casa... A mi mujer le hice creer que mi ausencia se debía a un importante viaje de trabajo. La pobre ignoraba que esos días, en los que no dejé de cometer atrocidades, eran parte de mis vacaciones. Pero yo todavía no volvía a mi hogar ni al calor de mi familia. Necesitaba un lugar que me sirviera de cámara de despresurización, en el que relajarme y acomodarme a la atmósfera exterior, donde pasar al menos veinticuatro horas antes de regresar y retomar mi vida. Además, también era mi coartada, pues necesitaba contar con un plan que me protegiera de mis fechorías. Por eso volví a parar en el hotel balneario que estaba a medio camino entre Huesca y mi Madrid. El mismo en el que, antes de partir a Lagos del Pino, había reservado una habitación por una semana y en el que me alojé un día completo para dejarme ver. Ahora regresaba para que me vieran de nuevo al menos durante unas horas más.

El verano estaba expirando, nos encontrábamos a finales de la tercera semana del mes de agosto y la gente quería aprovechar hasta el último momento de sus vacaciones. La piscina del hotel estaba llena hasta la bandera, pero no me importó porque en verdad tenía pocas ganas de bañarme. Solo quería empaparme de una forma: por dentro, inundando mis tripas de alcohol. Necesitaba embriagar mi conciencia para olvidar durante un rato mis actos criminales. No dudé un segundo en tomar asiento en el bar, que simulaba un chiringuito de playa. Mientras esperaba a que el camarero me

serviera el primer vodka, observé a mi alrededor: hombres, mujeres y niños se bañaban sonrientes y alegres. De pronto, una espectacular pelirroja llamó mi atención. Era guapa a rabiar, tenía un cuerpo de escándalo y su minúsculo biquini dejaba poco a la imaginación. Destacaba mucho entre las demás féminas, no sabría decir si por la poca tela que la cubría o porque estaba buena hasta aburrir. Se encontraba sola. Ni amigas, ni pareja; ninguna compañía. Tan sola como yo.

Nuestras miradas se cruzaron unas cuantas veces; en realidad, yo no podía apartar los ojos de ella. En una ocasión me sonrió, y ese mero gesto, de forma rauda, despertó al depredador que se oculta en mí. Sin premeditarlo, inicié el juego de la seducción y, para mi sorpresa, ella entró rápido al trapo. Entre trago y trago, y a distancia, empezamos a calentarnos con los ojos. Me excité y me vi obligado a cambiar el ángulo de visión. Pensé en Esther, en cuánto la quería y en que no podía volver a traicionarla. Me maldije cien mil veces por mis asquerosas fantasías y, sin terminar la copa, me marché a mi habitación. Intentaba huir de mis deseos; debía controlarlos, por mi bien.

No comí. Ni siquiera bajé al *spa*, como era mi idea. Quería eludir cualquier tentación y pasé más de media tarde encerrado entre las cuatro paredes de mi habitación, pensando, ojeando las noticias, informándome de que no había avances en la investigación policial, intentando olvidar lo que había hecho, desistiendo de lo que me gustaría hacer. Debía ahogar mi tormento, aquellos gritos, llantos y súplicas que habían acampado en mi memoria y no tenían la menor intención de abandonarla. También debía sofocar mi deseo; el cuerpo de la pelirroja tampoco dejaba de sucederse en mi retentiva, mostrándome partes de su anatomía que me hacían anhelar follármela de mil maneras distintas.

Con tantos pensamientos avasallándome y la conciencia del todo sucia, terminé vaciando el minibar. Sin embargo, esas escasas bebidas me supieron a poco; quería más, lo necesitaba. Me envalentoné para salir de la habitación y fui en busca de más alcohol; había decidido emborracharme. Me pasé horas en uno de los bares del hotel, dando trabajo a mi tarjeta de crédito, deslizándolo por mi garganta unas cuantas copas de vodka. La alta graduación del líquido me quemaba las entrañas, pero cumplía con su cometido y hacía difusos mis recuerdos.

Empecé a encontrarme bastante mareado, necesitaba aire, así que salí al exterior, subí a una de las terrazas del hotel y me acomodé en una envolvente



butaca. Desde allí observé las vistas del pueblo, que eran maravillosas; pero tras un rato empecé a fijarme en la felicidad de la gente que me rodeaba, y deseé ser como ellos. Lo deseé con todas mis fuerzas. Deseé poder cambiar el pasado, no haber ido nunca a aquel campamento, no haberlos conocido. Si no me hubiera dejado seducir por sus palabras, por lo mucho que parecían saber, ahora todo sería distinto. Pero yo era tan inocente, tan ignorante. Era el único varón entre seis hermanas, el benjamín de una familia muy católica en la que el sexo era un tema tabú. Tenía casi quince años cuando llegué al primer campamento y jamás me había masturbado, ni siquiera me había atrevido a tocarme porque los curas del colegio donde estudiaba nos decían que eso ofendía a Dios y nos quedaríamos ciegos. Gonzalo me sacó todas esas tonterías de la cabeza y me enseñó cómo debía hacerlo; dos años después, Biel me pagó una prostituta con la que me desvirgué. Ese día aprendí mucho, aquella mujer quería enseñarme y yo me moría por aprender. El día antes de finalizar el campamento, cuando volví a colarme entre sus piernas, me dijo que había sido un alumno de lo más aventajado y ya era todo un hombre.

Desde que probé los placeres carnales surgió mi problema, y el sexo se convirtió en un impulso incontenible al que debía sucumbir de la forma que fuera. En cuanto veía a una mujer deseable, algo en mi interior se aceleraba. Fantaseaba con ellas desnudas, gateando hasta mí de forma elegante y seductora, igual que una gatita en busca de su plato de leche, liberando mi erección, abriéndose de piernas, relamiéndose, calentándose más mientras esperaban mi duro estoque. Mis pensamientos me excitaban de forma irreprimible, y para dejar de ser esclavo de ellos solo había una solución: rendirme a la tentación. Por eso sabía que mi comportamiento no era normal, que mi mente estaba enferma y que lo mío era una obsesión para la que no había tratamiento ni cura y con la que, por desgracia, no dejaba de dañar a Esther y a mí mismo.

Nos llevó más tiempo del que pensábamos localizar todas las empresas que fabricaban ese tipo de papel, con esa filigrana. Eran cerca de las diez de la noche y llevábamos en pie desde que el sol abrió el amanecer. Habíamos trabajado casi quince horas sin descanso y estábamos agotados y con los cerebros más bien secos. El capitán Lemos apareció en ese momento.

—¿Cómo va esa búsqueda? —preguntó.

—Bien, ya tenemos localizadas las empresas y mañana contactaremos con ellas —respondí.

—No quiero parecer pesimista, pero mañana es sábado y estamos en agosto —dijo Bruno, torciendo la boca.

—Pues crucemos los dedos para que haya gente en las oficinas y nos atiendan, aguafiestas —le reprobé.

—Es lo que tiene el cansancio, que no nos hace ver las cosas con positividad —adicionó la cabo mayor.

—Sí, yo también lo creo y considero que por hoy es más que suficiente, ¿no le parece, inspectora? —me preguntó el capitán.

—Desde luego —respondí—. El día ha sido largo y duro, lo mejor será que nos marchemos a descansar.

—Sí, lo necesitamos —afirmó Bruno en tono apagado.

—Al final no he ido a hablar con esa mujer, la vecina de Eloy de la que nos habló Sebastián Arjona, pero iré mañana sin falta.

—Si quiere puede ir a primera hora, mientras nosotros vamos llamando a las empresas —me sugirió el capitán.

—Quizá lo haga así, ya veré.

—Garmendia —desvió la vista hacia él—, ¿ha encontrado algo sobre la muerte de ese tal Eloy?

—No he podido, capitán, me he pasado la tarde ayudando con lo de las empresas, pensé que era prioritario.

—Cumplió mis órdenes, cierto. Pero mañana busque esa información.

—Por supuesto, capitán.

—Y ahora, por favor, marchémonos —dijo Bruno, invitándonos a salir del improvisado cuartel de investigación, y todos lo abandonamos.

Bruno dio por hecho que me iría al hostel con él, su espera así me lo constató, y era obvio porque mi coche no estaba en el cuartel y se suponía que ambos íbamos al mismo lugar. Pero yo había quedado con Germán para cenar, y después del espantoso día que habíamos tenido me apetecía más que nunca disfrutar de un rato de descanso.

—¿Te importaría acercarme al hotel HV? —le pregunté aproximándome a él. Me costó decírselo y a la vez me moría por hacerlo. Algo dentro de mí quería recordarle que yo tenía un plan para esa noche y muchas ganas de divertirme.

—No hay problema —contestó, pese a poner mala cara, algo que no pasé por alto, y, sin añadir más, me esperó fuera del cuartel.

Entré en el cuarto de baño y me observé en el espejo. Mi cutis había perdido color, mis ojos denotaban cansancio y unas enormes y moradas ojeras se dibujaban bajo su contorno. Me refresqué la cara, la sequé y me pellizqué las mejillas para sonrosarlas. Eché de menos el mágico potingue antiojeras que Martina solía administrarme, y para contrarrestar me apliqué un poco de brillo en los labios, que gracias a ella me había acostumbrado a llevar conmigo para hidratármelos. Retiré la goma que sujetaba mi parda melena en una coleta y me la peiné con los dedos, colocándome algunos mechones de forma estratégica. Me sacudí el pantalón negro de pinzas y me estiré la blusa azulada. Volví a mirarme. Ahora mi aspecto era de aprobado; con suerte, si Germán no era muy exigente, incluso con nota. Retiré la compact nueve milímetros del cinturón y la guardé en el bolso, junto con mi placa, e, inhalando una buena cantidad de aire, salí con decisión.

Bruno ya me aguardaba dentro del coche. En cuanto arrancó, mandé un *whatsapp* a Germán.

Salgo ahora del cuartel, en unos minutos estoy allí.

22:18

---

Mientras lo escribía sentí unas tremendas ganas de fumar y saqué el paquete del bolso.

—¡Ah, no! En mi coche no se fuma —me dijo Bruno, serio—. Además, deberías dejarlo, fumar es malo para la salud.

Lo miré fijamente y recordé que Bruno no soportaba el humo del tabaco. ¿Y qué? Yo no lo soportaba a él y tenía que estar a su lado, compartiendo el mismo aire, aquel aire contaminado de rancios recuerdos. ¿Qué era más dañino? Yo lo tenía claro.

—Todos vamos a morir, ¿sabes?

—Una cosa es morir y otra matarte, Lola.

—De acuerdo, no fumaré en tu coche de atmósfera verde, señor tiquismiquis, pero no se te ocurra echarme un sermón —dije, guardando de nuevo el paquete.

—Deberías dejarlo —me aconsejó.

—Cada uno tenemos nuestros vicios, ¿vale?

Mis palabras más bien eran un reproche hacia él y lo que me hizo, pero me salieron sin pensar en cuanto siguió hablándome como si quisiera darme lecciones. ¿A mí? ¿Él? ¿De qué iba? Las ganas de fumar se me acrecentaron al revolverse mis pensamientos. Pensé que en cuanto me apease de su coche me fumaría un merecido cigarro. Merecido, sí, pues el día había sido de lo más agotador y el tabaco se había convertido en un premio para mí.

Pero mi plan se vino abajo en cuanto llegué al hotel, pues Germán me esperaba sonriente a la entrada. Aunque en cuanto lo vi no me importó que su presencia me fastidiara el cigarrillo, en ese instante se me olvidó todo. Era un hombre tan atractivo, con un porte tan elegante, que mi corazón dio un brusco giro y por mis entrañas empezaron a revolotear miles de mariposas. Todo lo demás quedó en un segundo plano.

Me despedí de Bruno, que se limitó a despedirse también, y bajé del coche.

—Buenas noches, Lola —me saludó Germán, y añadió al recibimiento un par de cálidos besos que me encresparon la piel.

—Buenas de nuevo, Germán. —Sonreí.

—Estás preciosa.

—Estoy exactamente igual que esta mañana, pero con el pelo suelto.

—No, esta mañana venías con un aire muy autoritario y ahora vuelves a ser la misma Lola que conocí hace años. —Germán se aproximó a mi cuello y aspiró con delicadeza—. Incluso hueles tan bien como siempre —runroneó antes de apartarse de mí. Sentir su suave y cálido aliento contra mi piel me encrespó el vello.

—¡No seas tonto! —espeté junto a una sonrisa bobalicona que no sabía cómo se había colado en mis labios—. Ni siquiera sé qué perfume llevo y dudo mucho que sea el mismo que utilizaba entonces.

—No hablo de ese tipo de aroma —me advirtió con el mismo tonillo sexi que ya me encandiló a mis veintitrés años—. Conservas el olor a mujer íntegra que tanto me fascinó entonces, y que sigue emborrachando mis sentidos ahora.

—Sigues siendo el adulator que conocí en aquel fantástico viaje.

—Coincido contigo, fue un viaje fantástico, nunca lo he olvidado. —Me contempló impregnado de dulzura. El estómago se me encogió recordando aquellos apasionados días—. No sabes cuánto me alegra que aceptes mi invitación.

—En verdad me apetecía mucho.

—Entonces ya somos dos. —Estiró los labios—. No perdamos tiempo, pasemos. —Y nos adentramos en el hotel.

## La Mano Ejecutora

El que inflige daño es tan culpable como el que lo permite; lo sabía, por eso nada me eximía de culpa. Era tan responsable como ellos. No me diferenciaba en nada de ellos porque podría haberlo evitado, pero no lo hice. Callé. Obedecí. Consentí. Era un maldito pusilánime de mierda.

De pronto, alguien se acercó a mí, desvaneciendo todas mis meditaciones y los amargos recuerdos. Me impactó descubrir quién era y de súbito me creó desasosiego. Una cadena de nervios buceó por mi columna vertebral hasta alcanzarme la médula, sacudiéndome los efectos del alcohol. Era la pelirroja de quién llevaba huyendo todo el día, había venido en mi busca. Con mucha educación me saludó y me preguntó si podía sentarse a mi lado. Dudé durante unos segundos, sabía que tenerla a mi lado era una provocación, la sugestión que podría convertirse en el mayor de mis pecados. Pero su gesto suplicante, unido al centellear de sus ojos, ganó a mi endeble voluntad y al final se lo permití. Se llamaba Penélope y, aunque comenzó a hablar, yo no la escuchaba, solo pensaba en desnudarla. Mi maldita fantasía ya andaba haciendo de las suyas, y cuando quise darme cuenta sus labios estaban pegados a mi boca y mi lengua saboreando la suya con ganas.

Tras ese ardiente beso me hizo una pregunta: «En tu habitación o en la mía». La cogí de la mano y, con diligencia, caminamos hasta el ascensor. En su interior mantuvimos las formas, aunque yo me moría por meter mi mano bajo su vestido. Ya en mi habitación, nuestras lenguas se lamieron inclementes, mientras Penélope no paraba de restregarme su cuerpo y mi dura erección se frotaba contra ella de forma indecorosa, con el mismo vicio de mis tiempos más bajos. En un segundo se quedó desnuda ante mí y puso su cuerpo a mi disposición. La lujuria cabalgó por mis venas con una furia embravecida, y pasó lo que tenía que pasar. Follamos como locos, como auténticos posesos. Nuestras ganas estaban cargadas con las mismas ansias de la primera vez, cuando todo es nuevo y excitante, pero sin torpezas, con la experiencia de haber hecho aquello infinidad de veces. No dormimos. No

dejamos de practicar sexo a lo largo de la noche. Penélope, para mi suerte, era tan insaciable como yo.

A la mañana siguiente, en el desayuno, Penélope me dio su tarjeta; vivía en un municipio madrileño. Me dijo que la llamara cuando quisiera y añadió que le encantaría repetir. Le confesé que estaba casado y, para mi sorpresa, me dijo que ya se lo imaginaba y que para ella eso no suponía ningún obstáculo; solo buscaba sexo sin compromiso. Asentí, me guardé su tarjeta y acabamos de desayunar.

Nos despedimos con un simple adiós, sin besos ni abrazos, sin ningún contacto físico. Pero mientras se encaminaba a la salida no pude evitar fijar mis ojos en su culito prieto y respingón y recordé lo mucho que había disfrutado de él unas horas antes. De forma inevitable, mi entrepierna reaccionó. Cerré los ojos, no quería ver ni sentir. Debía ensombrecer el recuerdo y extirparlo como a un tumor, de raíz.

Mientras caminaba hacia el coche observé su tarjeta y pensé en mi mujer y en mis hijas. Me maldije cien mil veces; estaba tan furioso conmigo mismo que me daban ganas de abofetearme. Había hecho algo horrible y monstruoso para no perderlas y, de la forma más estúpida, había vuelto a tropezar con la misma piedra. Había arriesgado todo gracias a mi gilipollez, por follarme a la primera desconocida que se había cruzado en mi camino. ¿En qué coño pensaba? Si llegaran a enterarse... Si lo hicieran... ¡Oh, les partiría el alma! Me comió el remordimiento. Me desbordó un sentimiento de lástima, de compasión, de miedo... Me desgarró por dentro.

Mis niñas. Irene, Rocío.

Esther. Mi amada esposa.

El corazón se me desquebrajó pensando en lo que sería para mí vivir sin ellas. Sin duda, mi muerte.

Tiré la tarjeta de inmediato; de pronto, sentí que me quemaba las manos. Me deshice de ella, intentando tragar el nudo que me ahogaba, y las ganas de llorar me inundaron con una fuerza avasalladora. Con actitud dañina, retumbaron en mi cerebro unas palabras que pretendían castigarme más, aquel ultimátum que me dio Esther y por el que fui a la dichosa clínica para curar mi adicción al sexo: «O cambias y te vuelves un hombre normal, un esposo y padre ejemplar, o te juro que te dejaré y no volveré a ceder ante tus chantajes emocionales. Si quieres matarte, hazlo, pero yo no pienso sentirme

culpable por ello. Solo tienes una oportunidad; fastídiala, y no volverás a ver a tus hijas nunca. Repítelo una sola vez y mientras yo viva no dejaré que ellas pasen un minuto a tu lado, cerca de un vicioso».

Dentro del coche me juré con insistencia que aquella sería la última vez. No tendría que haber ocurrido, pero, desde luego, no iba a permitir que volviera a pasar.

Nunca.

Jamás.

Mi familia no se merecía lo que le estaba haciendo y yo no quería ni podía vivir sin ella. Había manchado mis manos de sangre y no podía ser en vano, y menos echar a perder mi vida por un calentón, por una puta erección.



# 41

El restaurante del hotel HV hacía honor a su cantidad de estrellas. Suelos de mármol, cuadros de renombre, lámparas de diseño; tanto lujo me había dejado impactada. Nos acercábamos a una mesa vestida con un mantel en color blanco y crema, adornada con un maravilloso centro floral y engalanada con una vajilla y cristalería dorada. Como un perfecto caballero, Germán retiró la silla para que yo tomase asiento. Después se sentó él, fijó sus bonitos ojos color miel en mí y sonrió antes de pedir al camarero una botella de champán.

—¿Pretendes emborracharme? —le pregunté, risueña.

—Puede, quién sabe. —Volvió a mostrarme su magnífica sonrisa, digna de anuncio.

—Pues te confieso que te será fácil porque apenas he comido. Solo un triste sándwich de la máquina expendedora del cuartel.

—Muy mal —chistó—. Tienes que comer mejor o caerás enferma.

—No te preocupes, estoy acostumbrada a comer mal.

—Entonces se ve que ese es tu truco, porque estás más guapa que cuando te conocí.

—Gracias por el cumplido.

—Es la verdad, Lola.

Sentí que me sonrojaba con sus palabras, más bien con la forma de decirlas, con el tono sensual y envolvente que se deslizó por sus labios hasta acariciarme el rostro.

—Tú también estás muy bien, y la perilla te sienta genial —revelé con sinceridad—. Debo reconocer que los años han sido generosos contigo. No estás ni calvo, ni gordo, ni feo, como muchos de nuestra época. Es más, has ganado atractivo durante este tiempo.

—Tiene gracia. —Rio con sutileza.

—¿Por qué? —demandé intrigada.

—Porque eso mismo me han dicho hace poco. Al final me lo voy a tener que creer. —Volvió a estirar los labios.

—Para que veas que no soy la única en verlo y que no trato de adularte.

—Aunque la frase exacta que ella usó fue: «Eres como los buenos vinos, que mejoran con los años».

—Oye, parece que te veo muy encantado contigo mismo. ¿No te habrás convertido en uno de esos tíos que tienen un ego tan grande que no les cabe en el cuerpo?

—Nada más lejos, Lola, sé que soy un tipo del montón. Si te estoy contando esto es porque, curiosamente, me lo dijo una antigua amiga tuya.

—¿Qué amiga?

—Marta. ¿Te acuerdas de ella?

—¿Marta Castro o Romero?

—La que era más alta y solía llevar el pelo casi rojo.

—Romero —aclaré—. ¿Y cuándo la has visto? Llevo años sin saber de ella. ¿Vive por aquí?

—No, la vi en Madrid, en uno de mis viajes por trabajo. Aunque fue ella la que me reconoció a mí. Me hizo mucha ilusión verla, y ya sabes lo efusiva que era... y sigue siendo —matizó—. Fuimos a una cafetería y estuvimos hablando por lo menos un par de horas.

—A mí también me gustaría volver a verla, era tan cariñosa y simpática. —Suspiré con añoranza. Hacía años que había perdido el contacto con mis amigos de la facultad.

Un camarero se acercó con una botella de un excelente champán francés y se la mostró a Germán. Cuando recibió su aprobación, la descorchó y llenó nuestras copas. A continuación depositó la botella en una alta y dorada cubitera y, sonriéndonos, se marchó.

—¿Brindamos? —me pidió Germán con la copa en alto.

—Por supuesto —respondí, acercando mi copa a la suya.

—Por este reencuentro —comentó, y el suave tintineo del cristal no se hizo esperar. Bebimos un sorbo y volvimos a dejar las copas en la mesa—. Qué bien nos lo pasamos en aquel viaje, ¿verdad? —me preguntó, con la

mirada clavada en mis iris.

—Sí, mucho. —Los recuerdos llegaron a mi mente como olas vigorosas, mientras Germán, con el silencio como escenario, repartía su mirada por mis facciones—. ¿Qué? —le pregunté al ver que sus ojos no tenían la intención de retirarse de mi rostro.

—¿Nunca has pensando en esto? ¿En volvernos a encontrar después de tanto tiempo?

—Sinceramente, no.

—Clara y directa, tal y como te recordaba.

—Sería absurdo mentirte, ¿no crees?

—Siempre admiré tu franqueza, y veo que sigue siendo una de tus grandes virtudes —enunció con admiración.

—Gracias. —Sonreí, repleta de felicidad.

—Y, yendo con la verdad por delante, como tú, debo confesar que yo sí he pensado alguna vez en volverte a ver, y no he dejado de hacerlo desde que nos hemos visto esta mañana. Me parece tan curioso habernos encontrado precisamente aquí, ¿a ti no? Porque ¿cuántas posibilidades hay, viviendo a cientos de kilómetros el uno del otro? ¿Una entre mil? ¿Cien mil? ¿Un millón?

—Ha sido una casualidad, Germán. —Le resté importancia.

—No creo en las casualidades —anunció serio.

—¿Entonces?

—Ha sido el destino, Lola, ¿no lo ves? Él ha querido reunirnos de nuevo.

—¿De veras lo crees? —pregunté, arrugando el entrecejo.

—Y no solo lo creo, sabía que este día llegaría.

—No sé qué decirte. —De nuevo bebí un sorbo de champán. Por muy raro que fuera, me había dejado sin palabras.

—Me muero por saber qué ha sido de tu vida, por conocer más sobre la chica con la que pasé uno de los mejores veranos de mi vida.

Callé y medité. Lo que acababa de decir Germán era del todo cierto, aquel verano fue maravilloso, mi despertar como mujer en todos los sentidos. Por fin me había liberado del yugo de la dinastía familiar y había tomado las

riendas de mi futuro.

—¿Vas a decirme algo? —demandó con cierta perturbación.

—Sí, claro. Agradezco que tengas un recuerdo tan grato de mí; me siento halagada.

—¿Nada más?

—Que siento decirte que yo me he pasado el día centrada en la investigación.

—Nunca te disculpes por decir la verdad.

—Y, hablando de verdades, yo también tengo ganas de saber de ti.

—Eso me alegra. —Asintió, contento.

—Entonces no pretenderás que hable yo sola.

—Por supuesto que no. —De nuevo me mostró su preciosa sonrisa.

En ese momento, dos camareros se acercaron con sendas bandejas de aperitivos, exquisiteces que hacían babear solo con observar su deliciosa presencia. Mi estómago rugió furioso en cuanto olfateé el maravilloso aroma que desprendían, llevaba horas sin probar bocado. El camarero volvió a llenar nuestras copas del elixir burbujeante y delicioso que se deslizaba sumamente bien hasta el estómago. Entre bocado y bocado, y sorbo a sorbo, Germán y yo hablamos de nuestras vidas. Él estaba soltero y nunca había mantenido una relación larga. Decía que seguramente era por su culpa, por esforzarse tanto en conseguir la profesión que deseaba.

—Eso me suena mucho, sé de lo que hablas —confesé.

—¿Tú también has tenido pocas relaciones?

—Serías solo dos, y una tercera a medias.

—¿A medias? —Arrugó el entrecejo.

—Fue seria para mí, pero no para él. Al muy cerdo se le olvidó contarme que estaba casado y esperando un hijo.

—Valiente desgraciado.

—Ya está olvidado. —Bebí un trago de champán.

—Y las otras dos, ¿cómo fueron de serias?

—Mucho —confirmé con un suspiro—. Del primero estuve muy

enamorada e incluso teníamos planes de boda, pero el muy cabrón me engañó con otra y lo dejé. Con el segundo cometí el fatal error de casarme. Era un machista, pero se preocupó en disimularlo durante el corto noviazgo. En cuanto lo descubrí me divorcié. El matrimonio duró cinco escasos meses.

—Parece que no has tenido mucha suerte.

—¿Solo lo parece? ¿Me tomas el pelo? —le pregunté, y nos echamos a reír.

—Veo que somos dos almas solitarias e incomprendidas.

—Bueno, al menos tengo mi profesión, que me ha dado muchas satisfacciones. —Vacilé un segundo—. Aunque también me ha privado de ciertas cosas, me ha robado otras y me ha hecho cuestionarme muchas más.

—Te ha robado lo que tú le has permitido, Lola, ni más ni menos —aclaró, muy serio.

—No puedes ser tan categórico, Germán, no sabes de qué hablo.

—Pero sí sé que uno valora lo que quiere; tú eres quien decide qué prefieres. Y si luego algo sale mal, debes cargar con la responsabilidad de tu determinación, no culpar al entorno. Yo sacrifiqué mi vida por lo que quise, sin importarme nada más. Luché para ser gerente de un gran hotel y lo logré, aquí me tienes. ¿Me ha merecido la pena hacerlo solo? Pues no sé qué contestarte, pero sí sé que estoy donde quería estar —explicó, magnánimo.

—No siempre es tan sencillo. En mi caso yo no decido ciertas cosas, ¿sabes?, otros lo hacen por mí. —Rebobiné mis recuerdos y emití un hondo y largo suspiro.

—No me ha gustado tu forma de respirar, rezuma dolor.

—Puede —contesté de forma seca, agachando la cabeza.

—¡Eh, Lola! —exclamó, alzándome la barbilla—. ¿Qué ocurre?

—Demasiadas cosas, Germán —pronuncié con tono amargo—. La Lola que tú conociste no es la misma Lola de ahora, el tiempo ha dejado mella en mí.

—Ni yo soy el mismo Germán de hace diecisiete años, créeme. Todos arrastramos cosas que nos cambian, a la fuerza lo hacen. Pero hay que aprender a soltar peso por el camino, eso hace bien; lo contrario, te desgasta.

—Sé que consume.

—Pues descarga, Lola.

—¡Buf! Como me ponga no tenemos horas suficientes.

—No te preocupes por el tiempo. Si te apetece sacar lo que te quema, hazlo, desahógate. Y no temas hacerlo conmigo, ni te voy a juzgar ni nada de lo que me cuentes va a salir de aquí.

Fijé mi mirada en la suya; era sincera, cálida, idéntica a cuando lo conocí. Y del mismo modo que entonces, cuando le revelé mi mala relación con mi padre, volvió a ofrecerme la confianza necesaria para vomitar lo que tantas arcadas me causaba.

—Ya sabes que soy inspectora de Homicidios de Madrid, ¿no te preguntas qué hago aquí?

—De hecho, te lo pregunté esta mañana, pero me dijiste que era una larga historia.

—Y lo es —aseguré con gravedad—. Pero, resumiendo, estoy en este caso porque los asesinatos están relacionados con otro que investigué en mi pasado y no se resolvió. Y ¿sabes qué? Yo no decidí dejarlo sin resolver. No decidí que la prensa me acribillara, ni que cuestionara mi trabajo, ni que me cubriera de mierda. No decidí que la viuda me tratara como a una negligente y que eso le sirviera a los medios para atacarme más. No decidí derrumbarme, me hundieron —expliqué furiosa, y, de la misma rabia, me tembló la voz.

—¡Calma, por favor! —me pidió Germán, suplicante, posando una de sus manos sobre la mía, acariciándomela con una suave friega—. ¿De qué hablas, Lola?

—Del caso de Gonzalo Montero Pérez, asesinado en Madrid. ¿Acaso no lees los periódicos ni ves la televisión? —le pregunté con un claro deje de reproche.

—Leo la prensa. La televisión la veo muy poco. Pero, si te soy sincero, ahora mismo no me suena lo que dices. —Negó con la cabeza.

—Pues se habló de ese crimen durante meses —siseé—. ¿Tampoco te suena «el caso del asesino fantasma»? Fue como lo llamó la prensa, y ese titular me persiguió hasta estrangularme.

—¡Eh, eso sí me suena! —exclamó con fervor, aunque instantáneamente

su expresión varió y me preguntó—: ¿Tú eras la inspectora? ¿Hablaban de ti?

—No hablaron, me machacaron —le corregí con amargura, aún me escocía tratar el tema—. Hubo incluso un periódico, más osado, que reveló mi nombre. Pero el colmo de los colmos fue la publicación de mi fotografía.

—¿Hicieron eso? —preguntó casi espantado.

—Así es. Los muy cabrones se pasaron la ética profesional por el forro de los cojones. No les importó el perjuicio que me ocasionaban revelando mi identidad.

—¿Eso es legal? —Arrugó la frente.

—Más bien no es moral, y el ministerio tomó cartas en el asunto con la disconformidad de la prensa. Y aunque, a regañadientes por parte del sector más sensacionalista, nadie volvió a mencionar mi nombre y menos a mostrar mi imagen, el daño ya estaba hecho.

—Lo siento, Lola —dijo con una implícita tristeza—. Siento que te hicieran pasar por todo eso. —Suspiró apenado y, tras una breve pausa, añadió—: Recuerdo que leí y oí cosas sobre ese asesino fantasma, el titular es muy llamativo y no se puede pasar por alto, pero no recuerdo los detalles. —Pensativo, se recostó sobre la mesa para acercarse al máximo a mí—. De eso hace ya bastante tiempo, ¿no?

—El asesinato se cometió hace más de un año.

—Por eso me cuesta recordarlo —aseguró sin apartar sus ojos de los míos.

—Yo, sin embargo, no puedo olvidar el linchamiento de la prensa, esa es la diferencia. —Solté un violento resoplido—. He estado de baja hasta hace dos días, más de siete meses alejada de la policía. Siete meses de dolor, de frustración, de lidiar con las dudas y de estar a punto de dejar mi profesión. Siete meses de suplicio hasta llegar aquí, a estos asesinatos, cuya resolución podría ayudarme a resarcir mi malparado prestigio. Mi orgullo ha sido castigado de forma infame y muy injustamente por los que menos saben de lo que hablan; necesito enmendarlo. Me he prometido coger a ese maldito asesino y no pienso parar hasta lograrlo. Luego ya veré si quiero continuar siendo policía o no —expliqué con agresividad y una nota de tristeza.

—Claro que seguirás siéndolo, siempre me decías que era tu vocación, Lola. —Germán sorteó la mesa, alargó los brazos y me envolvió con ellos

para sosegar—me—. No te lo cuestiones, no te mortifiques. Solo céntrate en castigar a ese maldito asesino, atrápalo.

—Ese es el problema, que el desgraciado no deja una sola huella. —Me separé de él y volví a mirarle a los ojos, que en ese instante mostraban pena—. ¿Sabes lo único que conseguimos hace un año?

—No tengo ni idea. —Zarandé la cabeza.

—Desgastar las teclas del ordenador. Sí, redactando una cantidad indecente de notas de prensa para que parase el asedio. También gastamos cientos de folios en informes para los mandos superiores, que día sí y día también pedían explicaciones al respecto.

—Pero ahora daréis con él, ya verás como sí, Lola. —Me acarició la mejilla con cariño.

—Ojalá —dije, y un frío silencio nos acometió.

—¿Por qué no hablamos de algo más agradable? La velada se ha puesto tensa y triste —advirtió, volviendo a ocupar su sitio.

—Llevas razón, Germán, perdona. Hablemos de otras cosas, por favor.

—¿Y de qué hablamos?

—No sé... —Pensé unos segundos—. Por qué no me cuentas cómo has llegado a dirigir este hotel. Con tantos prejuicios como tenemos en esta sociedad, siempre pensé que la dirección de un hotel la llevaría un hombre mayor, quizás algo huraño, no alguien más bien joven y apuesto.

—¿Apuesto?! —Me observó con los ojos abiertos como platos—. Llevaba años sin oír esa palabra —dijo entre risas.

—Y yo sin decirla. —Reí con él.

—De acuerdo, este joven y apuesto caballero te hablará de sus andanzas —enunció con jocosidad, y antes de comenzar se echó un trago de champán.

Germán hablaba entusiasmado, se le notaba la pasión con que vivía su profesión. No fue algo que tuviera pensado, ni siquiera lo había imaginado, llegó a ello casi por casualidad. Cuando acabó la carrea de Administración y Dirección de Empresas la vida lo llevó por los derroteros de la hostelería. Comenzó trabajando en administración, pero poco a poco asumió otras labores con las que demostró sus aptitudes y lo ascendieron a mejores puestos. Con el paso del tiempo aspiró a conseguir otras metas, sin importarle



las horas de trabajo que tuviera que invertir, y no paró hasta lograrlo. Oyéndole hablar de forma tan vehemente, pensé que Germán tenía el perfil óptimo para desempeñar ese cargo. Por lo que contaba, disponía de amplia experiencia en el sector, tenía capacidad para trabajar en equipo, habilidad para las relaciones interpersonales, facilidad para desenvolverse en contextos ambiguos y cambiantes y era creativo e innovador. Y por lo poco que yo conocía de él, era inteligente y tenía alma de líder. No cabía duda alguna de que estaba hecho para el puesto.

Y así, charlando de cosas más amenas, nos dieron las doce y media.

—Aunque estoy muy a gusto, tengo que marcharme ya —anuncié—. En unas horas debo estar en pie y con la mente fresca.

—Ya, ¿tan pronto?

—Lo siento, Germán, pero no me queda más remedio. —Gesticulé un mohín—. Y también siento si no he sido una buena compañía o no he sabido escoger nuestra primera conversación. Aunque no sirva de excusa, el trabajo me tiene absorbida.

—Te perdono, pero solo si volvemos a vernos otro día. —Desplegó sus bonitos labios.

—Veré cuándo tengo un hueco.

—Muy bien. ¿Me permites que te acerque a dónde sea que te alojes? He visto que tu compañero te ha traído hasta aquí.

—Te lo agradezco, iba a pedirte el teléfono para solicitar un taxi.

—Es probable que haya pocos a estas horas, o quizá ninguno; no olvides que esto no es una ciudad. El pueblo dispone de ese servicio desde que el turismo es una de sus principales fuentes de ingreso, pero abundan más por el día. Además, mi actitud sería de lo más grosera si te dejara volver en taxi pudiendo acercarte yo. No sé cómo has llegado a pensarlo, haré que no lo he oído. ¡Anda, vamos! —Y me tomó la mano para ayudarme a abandonar la cómoda silla.

Germán no solo se había convertido en un hombre de negocios, también era más caballeroso de lo que yo recordaba. Mientras iba cogida de su mano me invadió un recuerdo con el que se me encogió el estómago: la última vez que hicimos el amor. Le miré a la cara y él, ignorante de mis pensamientos, me sonrió. De forma inesperada, despertó en mí un fuerte golpe de deseo y

supe que quería volver a caer en sus brazos.

## La Mano Ejecutora

—¡Papi, papi, papi! —corearon mis pequeñas al unísono, saliendo a recibirme con los brazos abiertos. Por fin había llegado a casa, a la calidez de mi hogar.

—Hola, mis adorables niñas —enuncié, abrazándome a ellas—. Cuánto os he echado de menos, pequeñas. —Olfateé su maravilloso aroma a vida, a inocencia, y los ojos se me empañaron.

Esther, mi preciosa y tolerante esposa, esperó a que terminara de saludar a las niñas para recibir el beso de bienvenida.

—Hola, mi amor. —La besé en los labios y a continuación en la frente. Después hundí mi nariz en su cabello; también necesitaba olfatear su aroma. Las niñas se abrazaron a mis piernas con fuerza y yo las abarqué a todas; eran mi tesoro. Los cuatro terminamos unidos por nuestros brazos.

Estrechando a las personas que más quería, pensé que todo, por fin, había acabado, aunque ellas ignorasen el peligro que habían corrido sus vidas. Tuve que contener la emoción, el miedo y todos mis sentimientos para que ellas no los percibieran. Volví a besar a mis hijas, me fue inevitable.

—Me he acordado muchísimo de vosotras, princesitas.

—Yo también, papi —dijo Irene con su media lengua de tres años.

—Y yo más —replicó Rocío, mi mujercita de cinco.

—Tengo unas cosas en la maleta para vosotras —les dije sonriendo—. Esperarme en el salón y en un rato os las doy.

Ambas se echaron a reír y, obedientes, se adentraron a la carrera en la vivienda. Esther y yo nos quedamos a solas y aproveché para admirar su precioso rostro. Luego clavé mis ojos en los suyos y con ellos empecé a pedirle perdón, sin parar, de carrerilla.

—¿Estás bien? —me preguntó, arrugando el entrecejo.

—Mejor que nunca, mi vida —le contesté, y, tomando su cara entre mis manos, la besé cargado de una ternura infinita—. De veras que os he echado mucho de menos, cariño —susurré a escasos milímetros de sus labios.

—Eso parece, y me alegro. —Sonrió con sutilidad—. Anda, pasa y dales esos regalos a las peques, estarán impacientes. Además, también te han extrañado mucho, no estaría de más que jugases un rato con ellas.

—Me ducho y soy todo vuestro —le dije, y volví a besarla.

Rocío e Irene sonreían felices con sus juguetes, un par de tonterías que compré en una estación de servicio. Prometiendo a mis pequeñas que en diez minutos estaba con ellas, me marché al baño. En cuanto cerré la puerta de la mampara no pude contenerme más. Era horrible soportar la presión, agonizante, y debajo de la templada agua rompí a llorar con ímpetu. De nuevo lloré por aquella noche en Lagos del Pino. También lo hice por volverme a follar a otra tía que no conocía y que me importaba una mierda. ¿Qué demonios me pasaba? Yo solo amaba a Esther. Solo a ella. Mi llanto se acrecentó, aunque no era para menos. Ahora mismo me sentía tan vil que no sabía si podría soportar mi existencia. Era un despreciable asesino y un canalla que no paraba de engañar a su fiel esposa. Quién podía soportar tal asfixiante peso sobre sus costillas. Desde luego, nadie que tuviera conciencia y por lo tanto remordimientos. Desde luego, yo no.

Por fin llegamos a nuestro destino. Durante el corto viaje, Germán y yo seguimos hablando, pero ya no fui capaz de desprenderme del calenturiento recuerdo que ocupaba mis pensamientos: veía su cuerpo sobre el mío una y otra vez, como si fuera una de esas imágenes GIF. Paró el vehículo en la puerta del Hostal Del Olmo y posó su mirada en la mía. Se apoyó en una de sus preciosas sonrisas, esas que, de forma simultánea, hacían que mis labios se curvaran. Emitió un susurrante adiós que acompañó con un tierno beso de despedida en mi mejilla. El roce de su piel me agitó el corazón. Las chispas saltaron, la química volvía a estar presente, y los dos fuimos conscientes de ello.

Antes de caer en la tentación, me apeé del vehículo. De nuevo deseaba a Germán, pero todo estaba sucediendo a una velocidad que me daba vértigo. Mientras caminaba, sentía sus ojos clavados en mí, y cuando llegué a la puerta y me giré hacia él, comprobé que me observaba. No se marchó hasta verme entrar en el hostel, hasta asegurarse de que llegaba sana y salva a mi destino. Su gesto, una vez más, me pareció considerado, muy caballeroso. Aunque lo cierto es que a mí no me interesan los hombres que ejercen el papel de protectores, más bien me molesta ese trato que hace quedar a las mujeres como damas desvalidas necesitadas de amparo y defensa. Pero no sé por qué extraña razón ver esa actuación en Germán, lejos de enojarme, me hizo gracia.

Cuando entré en la habitación, saqué del bolso el paquete de tabaco y empecé a fumarme un cigarro casi con desesperación. Entre calada y calada, la imagen de Germán durante aquel verano en La Toscana apareció en mi mente. El recuerdo del fogoso amante empezó a acalorarme. De pronto, mi móvil sonó. Extrañada por las horas, me acerqué a él y descubrí que era Germán. El agitado batir de mariposas en mi estómago no se hizo esperar.

—Dime, Germán. ¿Ocurre algo?

—Ocurre que acabo de dejarte y ya te echo de menos, Lola. —Emitió un fragoroso suspiro. Yo sonreí en silencio, igual que una boba.

—¡Vaya! No me esperaba algo así y no sé qué decirte. —Me derretí ante

sus palabras.

—Dime que tendremos que buscar una solución —manifestó con ese tono tan sexi que ponía mis ojos del revés.

—La única solución que yo veo es volvernos a ver.

—¡Qué coincidencia! Yo había pensado en lo mismo —replicó alegre.

—¿Ah, sí? —Volví a sonreír como una adolescente.

—Desayuna conmigo mañana, por favor.

—Imposible, Germán. De veras que me encantaría, pero estoy hasta los topes de trabajo y no lo puedo retrasar.

—¿Piensas parar a comer?

—En algún momento tendré que hacerlo, claro.

—Entonces comamos juntos. Y no acepto un no por respuesta. —Sonó contundente.

Medité durante unos segundos y empecé a mordisquearme el pulgar, tan nerviosa como exaltada.

—Vale —claudiqué a sus deseos, que, curiosamente, en cuestión de segundos, se habían convertido en los míos—. Pero tendrá que ser algo rápido. No puedo perder más de dos horas, como ha ocurrido esta noche. Puedo quitarme tiempo de dormir, pero no restárselo a mi trabajo.

—Me fascina tu pundonor, Lola, así que te prometo que será una comida rápida —respondió, y añadió—: Te propongo algo.

—Dime.

—En un restaurante el tema siempre se alarga más, pero si comemos en mi casa tardaremos menos. Así podremos disfrutar de unos minutos de sobremesa para seguir conociendo más sobre nosotros. Y antes de contestarme déjame darte un par de razones con las que persuadirte, por favor.

—Dispara.

—La primera: lo tendré todo preparado a la hora que me digas; y la segunda: en sesenta minutos puedes estar de vuelta al trabajo. ¿Qué me dices? ¿Trato hecho?

—De acuerdo, tú ganas. —De nuevo sonreí—. Dime dónde tengo que

acudir y ten la mesa preparada para las dos y media.

—Te mando la ubicación por *whatsapp*, será más fácil. A las dos y media te espero, Lola. ¿Te apetece comer pollo al chilindrón? Es típico de esta zona.

—Creo que es una comida un poco vulgar —ironicé, me parecía un manjar.

—Cierto. Prepararé algo más para hacer el menú más sofisticado.

—Germán, solo bromeaba.

—Yo no.

—De veras, me basta con un sándwich.

—Me gusta cocinar, y tú mañana serás mi invitada. Quiero que te vayas de mi casa saciada, Lola.

*Saciada.* Rememoré el momento exacto en que oí a Germán decir esa palabra, fue muchos años atrás, sobre una cama, mientras hacíamos el amor.

—Está bien, que el chef prepare el menú que prefiera. Mientras que cumpla su palabra de no tardar más de una hora, me parece perfecto.

—Prometido, Lola. Buenas noches.

—Que descanses. —Colgué y volví a encenderme un cigarro, lo poco que quedaba del otro se había consumido. Acto seguido entró en mi móvil el *whatsapp* de Germán con la ubicación y un mensaje: «Estoy deseando que llegue mañana». De nuevo sonreí como una pava, pensando que yo también estaba ansiosa por tener esa cita.

Me tumbé en la cama sin quitarme la ropa. Estaba muy cansada, pero, de forma contradictoria, no podía dormirme. Repasé la conversación que había mantenido con Germán a lo largo de la velada; ninguno habíamos tenido mucha suerte en el amor y seguíamos solteros. Bueno, yo contaba con un divorcio a las espaldas, y al pensarlo, inevitablemente, el recuerdo de Lorenzo me atropelló.

Conocí a Lorenzo en una etapa de cambio, de metamorfosis, cuando permití que aflorase de nuevo mi belleza exterior. No era una mujer despampanante, pero desde que rompí con Bruno hasta había dejado de ser femenina. Evoqué la alegría con la que Martina recibió la noticia porque ella fue la culpable de que yo pensara que no estaría mal conocer a alguien, o quizá fue su insistencia la que me colgó del cuello el cartel de disponible y yo lo lucí sin reparo. Fuera como fuese, Lorenzo se cruzó en mi vida y yo le abrí la puerta.

—¡Que estás saliendo con un hombre! —gritó Martina, tan fuerte que toda la gente de la cafetería giró la cabeza hacia nosotras.

—Haz el favor de hablar más bajo, no quiero que se entere todo Madrid —le solicité.

—¡Aleluya! —clamó alegre—. Por fin todas las horas que he dedicado a acicalarte han surtido efecto y he recuperado a la mujer que habitaba en ti —dijo casi emocionada—. Y empieza a largar de una vez, por favor, cuéntame cuándo, cómo y, sobre todo, con quién. —Se acababan de cambiar los roles, ahora Martina era la poli y yo quien tenía que responder a su interrogatorio.

—Se llama Lorenzo Mora y es un brillante cerebritito doctorado en criminología. ¿Recuerdas las charlas a las que estuve acudiendo?

—¿Esas sobre perfiles psicológicos?

—Exacto. Pues él fue quien las impartió.

—¿Y cómo es?

—Atractivo, con un elegante porte de algo más de metro noventa, ojos vivaces y mucha labia. Además es inteligente, educado, amable y gracioso.



Está divorciado desde hace cuatro años y... y tiene unos años más que yo.

—¿Cuántos? —preguntó de inmediato.

—Exactamente doce.

—¡Joder! —Me miró boquiabierta—. Tiene cuarenta y cuatro años, Lola —advirtió impresionada.

—Veo que sabes sumar —enunció mi sarcasmo.

—Creo que es mucha diferencia.

—De veras que a simple vista no parece que nos llevemos tanta edad. Ya sabes que mi rictus serio me echa más años, pero a él le ocurre lo contrario, su perenne sonrisa se los resta.

—¿Y desde cuándo sales con él?

—Nos llevamos viendo unos dos meses: quedamos una vez a la semana, cenamos, charlamos, nos tomamos unas copas...

—¿Ya ha habido cama?

—Sí... Bueno...—Hice un mohín.

—¡Uf!, explícate porque eso no me ha gustado nada —chistó.

—Nos acostamos por primera vez anteayer y fingí el orgasmo —enuncié sin más rodeos. Martina no daba crédito a lo que acababa de oír.

—Pero ¿por qué? ¿Qué necesidad tenías de fingir?

—No lo sé. —Soplé—. Quizá porque fue extraño, a lo mejor porque hacía mucho tiempo y era el primer hombre con quien hacía el amor después de Bruno.

—¡Olvida a Bruno! —espetó con deje de censura—. Dijiste que habías superado su traición, que habías mudado de piel, como las serpientes, y que con tu nueva epidermis regresó la autoestima. Esas fueron tus palabras, no las he olvidado —me reprochó.

—Y así es, he pasado página —aseveré a la vez que asentía—. Pero ¿qué quieres que te diga? —Me encogí de hombros—. Lorenzo es distinto a otros hombres con los que he estado. Es menos delicado, tampoco quiero decir que sea un salvaje, pero... No sé, igual el problema fue mío. No podía dejar de pensar en el caso que estoy investigando y no me centraba en lo que estaba haciendo.

—Eh, no te culpes. —Sacudió la cabeza—. Si el tío no es bueno dando placer, que aprenda, joder, que ya tiene años.

—¡Vaya! Te ha faltado tiempo para clavarme la puya.

—Su edad no es una puya, sino la verdad, y yo no te estoy atacando, ¿vale? —Me observó y yo volví a asentir—. ¿Y qué dijo él al respecto?

—Ni se enteró. —Exhalé un golpe de aliento—. Y eso que los jadeos que solté, a mi parecer, quedaron forzados.

—Poco habilidoso y egoísta, ¡qué joyita!

—¡Martina! —exclamé, reprendiéndola.

—¡Eh, calma! —Posó su mano sobre la mía—. Si me permites un consejo, Lola, la próxima vez que te metas en la cama con él ten los cinco sentidos alerta para asegurarte de su pericia como amante, de modo que olvídate de todo lo demás por unos minutos, ¿lo harás? —Estiró con dulzura los labios.

—Lo haré. —También sonreí.

Tenía que haberme dado cuenta de que esa primera vez sería el retrato de lo que a Lorenzo y a mí nos esperaba, el presagio de que nuestra relación no iría bien, de que nunca encajaríamos, pero no lo hice. Ejerciendo de kamikaze, seguí con él, y siete meses después de aquel fingido orgasmo nos dimos el «sí quiero» en el Ayuntamiento de su municipio, en una ceremonia íntima a la que asistió el comisario Torres. Mi padre acudió de mala gana, con una cara de perro que daba miedo, y en lugar de darme la enhorabuena me dijo: «¿No crees que vuelves a equivocarte?». Me dieron ganas de mandarle a freír espárragos. Pero ¿de qué iba? Se supone que un padre es alguien que te apoya y quiere y no se pasa la vida haciéndote reproches. Pues él, al revés. Agustín Velázquez cuestionaba todas y cada una de las decisiones de su primogénita. Hasta en mi propia boda no pudo aparcarse sus desavenencias conmigo. Menos mal que mi familia me hizo olvidar el mal sabor de boca que me dejaron sus palabras, y sobre todo Martina, quien no paró de decirme que pasara de él y disfrutase de mi día. Y eso hice: pasar de él tanto como él pasó de mí, pues, poco tiempo después, con otro intercambio de palabras con el que intentó amargarme, se despidió. Mi padre volvió a negarme su comprensión y amor, como llevaba años haciendo. Aunque debía reconocer que en esa ocasión llevaba razón, me había equivocado de pleno

con mi elección.

Deseché el recuerdo de Lorenzo y su machismo, que tanto detestaba, y de nuevo pensé en la razón que me había traído aquí: los crímenes. Volví a encenderme un cigarro; en ocasiones, fumar me ayudaba a reflexionar. Repasé mentalmente, una y otra vez, cuanto teníamos. Era obvio que el sujeto actuaba por venganza, pero los motivos que le movían a actuar seguían siendo un enigma. Estaba convencida de que el origen de todo era aquel campamento de verano.

Tras unos minutos me tumbé de nuevo en la cama. Tenía que descansar, pero era incapaz de cerrar los ojos; no tenía un ápice de sueño. Me cansé de dar vueltas mientras mis dudas crecían a cada segundo, se multiplicaban hasta el infinito. Morfeo me había echado de sus brazos y Santa Inquietud no paraba de decirme que repasara todo de nuevo. Y eso iba a hacer, obedecerla, así que me levanté.

Recordé que el capitán Lemos, de forma excepcional y debido a los asesinatos, había establecido guardias nocturnas, quería que los habitantes de Lagos del Pino se sintieran protegidos durante las veinticuatro horas. Eran cerca de las tres de la madrugada cuando llegué al cuartel. Entré veloz, tratando de burlar al sensor, o al menos intentando reducir al máximo su pitido musical, que me ponía de los nervios, y lo conseguí, su sonido apenas duró un par de segundos. Me sorprendió no ver a nadie en la recepción, aunque le resté importancia y caminé por el pasillo hacia nuestro lugar de trabajo. Mi sorpresa fue mayúscula cuando, a través de la ventana del primer despacho, vi a Amparo besándose con Garmendia. Tan rauda como impactada, pegué mi espalda en la pared y me retiré de su vista. Paso a paso y lo más silenciosa que pude, desanduve mi camino y salí de cuartel; por suerte, no se habían enterado de mi presencia.

Cuando llegué al hostel continuaba pensando en lo sucedido. La imagen de Garmendia abrazando a Amparo y besándose apasionadamente no se borraba de mi mente ni un segundo. No porque fuera una acción descabellada, sino porque era algo insospechado para mí. Era normal que esas cosas ocurrieran entre compañeros, lo había visto más veces, pero no me parecía bien que se mostraran su amor estando de servicio, vistiendo el uniforme y en el lugar de trabajo, rodeados de pruebas de una investigación y donde cualquier documento podía verse comprometido. Por más que intentaba borrar esa imagen de los dos, no lo lograba.

Pero por si la extraña amalgama de sentimientos que me recorría el alma no era suficiente, por si el impacto y la sorpresa me parecía poco, cuando me apeé del coche descubrí a alguien aproximándose a mí que logró que la rabia rebosara de mi cuerpo.

—¡Oh, señor! —espeté con mala leche—. ¿Me estás siguiendo, Lucas?

—Paz, por favor —dijo con las manos unidas, suplicante.

—¿Qué diantres quieres? Te aseguro que eres la última persona que deseo ver. —Observé que no venía solo. En el coche se encontraba su inseparable compañero, el hombre—cámara, aunque despojado de su herramienta de trabajo.

—Hacer un trato contigo.

—¿Un trato? —pregunté incrédula.

—Sí, podemos ayudarnos mutuamente, intercambiar información.

—No, perdona, tú me estás pidiendo que trafique con la información, que es lo que vosotros sabéis hacer —expliqué con severidad.

—De veras que no, Lola.

—Que me llames inspectora Velázquez, ¡coño! ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

—Lo siento.

—Y ahora, ¿me vas a decir por qué esta mañana has mencionado a Gonzalo Montero Pérez o me vas a obligar a denunciarte por acoso? —le amenacé.

—¡¿Acoso?! —Me miró con los ojos a punto de salirse de las cuencas—. Bromeas, ¿verdad?

—No soy de las que se tira faroles, ya deberías saberlo —soné amenazante—. Me estás siguiendo, este mediodía he visto tu coche en la otra punta del pueblo, muy cerca del lugar donde me encontraba.

—Puedo estar donde quiera, nadie me lo puede prohibir.

—¿También puedes asaltarme a altas horas de la madrugada?

—¡No te asalto! —exclamó perplejo.

—Pues me siento acosada.

—Yo solo estoy investigando, como tú.

—Nos estás siguiendo, Lucas. Cuidadito con eso, listillo —le avisé, autoritaria—. Y ahora dime quién te está pasando información.

—No puedo revelar mis fuentes, lo sabes.

—Ha sido el brigada Garmendia, ¿a que sí? Sé que ha sido él.

—No sé de qué me hablas.

—Te sales por la tangente. Muy bien. —Apreté los labios junto a un cabeceo—. Pero no soy tonta, y también lo sabes.

—No busco discutir contigo, solo venía a ofrecerte mi ayuda, para que cada uno compartamos con el otro lo que sabemos.

—¿Me tomas por gilipollas? Tú vienes con la intención de sonsacarme porque en realidad no tienes una mierda, de lo contrario no estarías hablando conmigo, ya lo habrías publicado y sería noticia en los periódicos, los telediarios e Internet. Estáis todos cortados por el mismo patrón —siseé con dureza.

—Oye, no todos los periodistas son como tú piensas —contestó a la defensiva—. Es cierto que algunos te acuchillaron e intentaron cavar tu tumba, pero otros no somos así.

—Será mejor que me calle mi opinión. Buenas noches —me despedí, cortando de raíz la absurda cháchara, y por fin entré en el hostel.

## El Cerebro

—¡No! ¡No! ¡¡¡Basta!!! —chillé tan fuerte que mi propio grito me despertó.

Mi respiración estaba agitada; yo, empapado en sudor, y el corazón me latía arrítmico y desbocado. Comencé a temblar, pero no de frío, sino de rabia. La furia me envolvió con su pesada manta y me carcomió las entrañas. Pateé las sábanas para desenredarlas de mis piernas y me levanté de la cama desesperado, con la familiar opresión en el pecho que me causaba la pesadilla de costumbre. Necesitaba un poco de agua, de aire, moverme, sacudirme la ira que me consumía cada vez que tenía ese mal sueño. Llegué a la cocina, saqué del frigorífico una botella de agua y me serví un vaso. Me lo bebí de un solo trago, sin respirar. Seguía temblando, seguía helado, seguía enfurecido.

—¡Joder! —grité, y de un manotazo barrí todo lo que había sobre la mesa de la cocina, que cayó al suelo haciéndose añicos.

Unas lágrimas colmadas de impotencia resbalaron por mis mejillas, y mi cuerpo también resbaló hasta quedarme sentado en el suelo. Recogí mis piernas, las envolví con los brazos, enterré la cabeza entre ellas y me deshice en llanto, como un niño desvalido. Tener aquella pesadilla me dejaba roto. Pero con los años había aprendido a reponerme y, pasado un rato, respiré hondo y sorbí la mucosidad. Luego la retiré con el dorso de mi mano, me sequé las lágrimas e intenté sosegarme. Por desgracia, el momento de serenidad se desvaneció en cuanto pensé en lo que había hablado con Eugenio horas antes: había que liquidar a la Mano Ejecutora. Roberto era el único que quedaba y había que acabar con él.

Me levanté del suelo, cogí el cepillo y comencé a barrer los destrozos. Hacía un rato, esos pedazos que ahora recogía eran objetos, pero se habían roto en un segundo, como mi alma, que se fragmentó en un simple abrir y cerrar de ojos. Mi herida no cesaba de supurar sangre, perduraba igual de fresca que aquel desventurado día. Sabía que haber dado con ellos la había hecho más grande, que ahora estaba desgarrada de punta a punta, y yo iba

desangrándome a chorros. Pero no tenía elección: o iba a muerte o moría en el intento.

Decidí acostarme y, al pasar por el salón, me detuve a mirar por el ventanal. Debía reconocer que contemplar las vistas del bosque y el lago se había convertido en una costumbre un tanto masoquista, pero disuadir a mis ojos era una idea difícil. Quieto como una estatua y mirando hacia el exterior, de pronto pensé en la policía. Por lo que había oído, aún no habían averiguado nada. Los vecinos no paraban de darle a la sin hueso y era de lo único que hablaban, de los asesinatos, como si de repente nada más importara en sus vidas. Estaban preocupados y atemorizados, y se preguntaban lo mismo una y otra vez: a quién buscaba la policía y si el cruel asesino se encontraba entre ellos.

Por esa preocupación tan fuerte, Rosenda, una vecina, había actuado de un modo poco habitual y había sido poco ortodoxa en sus formas. La mujer vivía al lado del cuartel, estaba viuda y aburrida y se pasaba media vida asomada a la ventana y la otra media trayendo y llevando chismes. Era una cotilla en toda regla, aunque no más que el resto de vecinos, que siempre estaban pendientes de lo que hacían unos y otros. Pero en esta ocasión, Rosenda había dado un paso más allá con la intención de conocer detalles, y, gracias a su catering de croquetas y bollos caseros, extrajo del inocentón sargento cuanto quería y luego lo largó por el pueblo; la información se esparció a una velocidad vertiginosa. Por eso todo el mundo sabíamos el escaso avance de la investigación.

Me lancé a la cama e intenté dormir, pero el insomnio se había apoderado de mí y los minutos pasaban lentos, plomizos, y era incapaz de cerrar los párpados. Comencé a dar vueltas sobre la cama, una cantidad indecente hacia un lado y hacia otro; tantas, que terminé sacando las sábanas del colchón. Me levanté a colocarlas, era incómodo sentirlas enrolladas bajo mis piernas, y ya que estaba levantado decidí volver a la cocina y prepararme una infusión de valeriana. Hacía bastante tiempo que no usaba otro remedio para dormir, ya no tomaba pastillas ni pensaba hacerlo. Me costó Dios y ayuda desengancharme de ellas, pero la clínica hizo un buen trabajo, y mi fuerza de voluntad, el resto. Porque durante muchísimo tiempo conciliar el sueño se convirtió para mí en una misión casi imposible, y cuando lo lograba, me asediaban las pesadillas. Poco a poco empecé a ser esclavo de las «milagrosas pastillas», los barbitúricos me liberaban de los recuerdos que me torturaban.

Pero si estaba bajo sus efectos, adaptarme a mi ritmo de vida me costaba un triunfo y madrugar era un suplicio; la lucidez escaseaba en mi mente y me veía incapacitado para tomar decisiones. Recurrí a los estimulantes para que mi trabajo no se viera afectado; la methiopropamina me mantenía despierto y mi cerebro estaba activo y muy productivo, pero terminé haciéndome adicto a ambas medicaciones y mi salud se resintió: ritmo cardiaco elevado, euforia, taquicardia, sudoración, irascibilidad... Mi sistema nervioso era un cóctel Molotov, y un día, cuando abandonaba el trabajo, explotó y caí desplomado en el suelo de una concurrida calle de Madrid. Cuando desperté estaba en el hospital, con cables y monitores por todas partes, y los médicos me observaban con cara de circunstancia. Mi corazón había protestado; había sufrido un infarto, aunque, por suerte, leve y cogido a tiempo. La culpa la tenía mi estilo de vida, la ingesta excesiva de droga, por muy legal que fuera y la dispensaran en las farmacias. El médico que me trató fue quien me hizo ver que tenía un serio problema llamado adicción, y me recomendó la clínica; el resto ya era historia. Reconocía que seguía costándome dormir, pero no había vuelto a tomar más mierda. Aquel lugar me dio un gran motivo para mantenerme limpio y vivir, y ahora mi motivación me necesitaba más centrado que nunca.

Con la humeante taza de valeriana en la mano volví a mirar de hito en hito el cuadro que me ofrecía la cristalera del salón. La luna, poderosa, se vislumbraba entre las nubes y se reflejaba en el agua del lago. Cerré los ojos para no ver, y aunque mi retina había dejado de contemplar, mi mente, sin que yo pudiera evitarlo, dejó paso a los habituales y dañinos recuerdos y alentó al pensamiento recurrente que siempre solía acompañarme. De nuevo me torturaba.



Eran cerca de las cinco de la madrugada y seguía dando vueltas de un lado a otro de la cama. Era incapaz de dormirme y eso me ponía nerviosa, y estando alterada, menos lograba conciliar el sueño. Malhumorada, y muy a mi pesar, recordé la noche que Lucas intentó besarme. Por entonces llevaba algo más de cinco meses de baja en el cuerpo y mi estado de ánimo andaba de capa caída. Cuando la incansable insistencia de Martina me convenció para salir y airearme las ideas, la mala suerte quiso que Lucas y yo coincidiéramos en el pub donde mi amiga celebraba su cumpleaños. No le tenía una inquina especial, simplemente me caía mal por el hecho de ser periodista, aunque debía reconocer que él fue más imparcial conmigo que el resto. Además, y aun fastidiándome, también debía reconocer que el tío no era nada feo. Él lo sabía, conocía de sobra su atractivo y estaba encantado consigo mismo. Solía explotarlo con creces, pues nunca desperdiciaba la oportunidad de llevarse a la cama a la primera mujer que se le pusiera a tiro.

Una vez metida en ambiente me di cuenta de que tenía ganas de divertirme, y lo estaba haciendo cuando vi aparecer a Lucas. Entonces todo cambió, me invadieron los recuerdos y con ellos me atropelló la tristeza, y de repente pensé que necesitaba beber. Lucas se acercó a mí y, de forma afable, me saludó y me dijo que se alegraba de verme. Luego me preguntó cómo me encontraba. No tuve fuerzas para mandarle a la mierda y le contesté de mala gana. Volvió a hacerme otra pregunta, y de nuevo respondí, y de nuevo preguntó; no en vano era periodista. De ese modo comenzamos a conversar de manera fría, al menos por mi parte, que daba contestaciones cortas y casi monosilábicas.

A medida que el alcohol calentó mis tripas, me solté. Y como iba pasada de copas, hasta bailé con él. Bueno, para ser sincera, incluso flirteé con él. No sabría decir qué me llevó a hacerlo; si el alcohol, el elixir que nubla los sentidos, o la soledad, esa desagradable aliada que puede convertir a tu enemigo en una compañía grata. De pronto, elDJ anunció que la siguiente canción estaba dedicada a Lola, por petición de Lucas, y sonó una melodía que hacía tiempo no escuchaba. Me eché a reír mientras la oía, y él siguió bailando a mi lado.

—No me llames Dolores llámame Lola —cantó en mi oído el estribillo y, aprovechando el son de la música, pegó sus manos a mis caderas.

—Mantengamos las distancias, Lucas. —Le aparté las garras.

—Tranquila, no me temas.

—¿Yo temerte a ti? —Sonreí achispada.

—No me como a ninguna mujer..., a menos que ella me lo pida, claro.

—¿Tú comerme a mí? —Me carcajeé.

—No sé qué te hace tanta gracia, pero me encanta verte reír. —De nuevo sus manos se posaron en mis caderas.

—¡Eh, cuidadito y no te confundas! No vas a sacar nada de mí, Lucas. —Una vez más se las aparté.

—¿Quién piensa ahora en sacar? Yo pienso justo en lo contrario. —Me guiñó el ojo.

—Pues mira, es cierto, yo también estoy pensando en lo contrario a sacar —dije con tono seductor.

—¡Ah, ¿sí?! ¿Piensas en meter?

—Sí, en meterte a ti en el calabozo, desde luego.

—¿Y me pondrás las esposas?

—¡Oh, calla, mente calenturienta! —espeté—. No sé si esta es tu técnica para ligar, ni si te funciona o no, pero conmigo lo llevas crudo. ¡Chao! —Acompañé la despedida con un movimiento de mano.

Me marché al cuarto de baño a refrescarme con el agua, me encontraba un poco mareada. Parecía que la ingesta de alcohol, que, de forma suicida, había mezclado con mis pastillas tranquilizantes, no había sido una buena combinación. Minutos después, al salir de él, me encontré a Lucas esperándome, apoyado en la pared.

—¿Qué narices quieres, Lucas? —Soplé, hacerle desistir en su empeño era tan agotador como nadar a contracorriente.

Con solo tres pasos se acercó a mí y canturreó:

—No me llames Dolores llámame Lola, la mujer más preciosa de todo el pub —añadió lo último por su cuenta—. Me gustas, Lola, me gustas mucho —dijo, aproximando demasiado su boca a la mía.

—Pues tú a mí no, lo siento. —Me aparté de él y me marché deprisa del lugar. Lucas me llamó unas cuantas veces pidiéndome que parase. Haciendo caso omiso, seguí corriendo hasta montarme en un taxi y, sin siquiera despedirme de Martina, me fui.

Desde aquella noche no había vuelto a ver a Lucas Gil Parras, un hombre al que le paré los pies solo por una cosa: porque era un mujeriego. Con independencia de pertenecer a la prensa, a la que yo había declarado *non grata*, jamás tendría algo con él por su afán disoluto. No necesitaba otro cabroncete en mi vida, ya había tenido suficientes. Era evidente que tenía bastante mala suerte en el amor, pues los tres hombres que más habían significado para mí me salieron rana. El primero me partió el corazón, el segundo intentó partirme la cara y el tercero pisoteó mis principios. Sí, Ángel, el tercero, me engañó despiadadamente y me hizo incumplir una de mis básicas e inquebrantables normas a la hora de iniciar algo con un hombre: no acostarme con alguien que tuviera pareja.

Habían pasado más o menos cinco años desde lo de Ángel y yo había colocado a mis sentimientos un cinturón de castidad que nadie había sido capaz de abrir. Parecía que el amor no estaba hecho para mí, o quizás era yo quien no estaba hecha para él. Fuera de la forma que fuera, aprendí a disfrutar de mi cuerpo obteniendo solo un buen rato de disfrute y saliendo de las sábanas con el corazón indemne. Solo así me había ido bien con los hombres, viviendo aventuras cuyos únicos protagonistas fueran las copas y un flirteo, sin buscar nada más, sin un después. No lo hacía con frecuencia, solo muy de cuando en cuando, pero instruir a mis sentimientos de esa forma me hizo más fuerte, incluso egoísta. No tenía por qué preocuparme y solo debía pensar en una cosa: mi propia satisfacción.

## El Cerebro

Amanecía cuando, cansado de dar vueltas, me levanté. Conciliar el sueño había sido imposible; la noche no fue capaz de mecer mi desamparo, solo acunó mi soledad en sus fríos y oscuros brazos, pero no supo sosegar me. Y el insomnio se acrecentó cuando me poseyó aquel pensamiento, el que no había parado de sucederse en mi mente una y otra vez: Roberto tenía que morir.

Él también debía abandonar este mundo.

Como me había dicho Eugenio, ya era su turno.

Deseché la idea de hacer ejercicio, no me sentía con ganas ni fuerzas. Necesitaba tomar una larga ducha y un café bien cargado, debía espabilarme. Conecté la cafetera y me fui al baño, la relajación que me aportó el agua sobre el cuerpo me hizo perder la noción del tiempo. Me sequé con una mullida toalla que enrollé a mis caderas y regresé a la cocina. El olor del café inundó con energía mis fosas nasales, se olfateaba desde el pasillo. Me llené la taza de un arábica negro, fuerte y aromático. Saqué una bebida energética de la nevera; necesitaba acompañar al café con más dosis de cafeína. Volví a acordarme de Roberto, a él no le gustaba el sabor de ese tipo de bebidas, decía que le recordaban a un jarabe que tomaba de pequeño. Lo pensé mientras me echaba un largo trago con el que acabé la bebida. Dejé el bote sobre la encimera y lo estrujé con todas mis fuerzas, hasta espachurrarlo. Resoplé y apreté los párpados con vigor, cabreado porque Roberto aún respiraba. Eso no podía continuar así.

El cargado e intenso café, junto con la bebida energética, cumplieron su función: me sentía fresco y espabilado. Fregué la taza y la cucharilla, las sequé y las guardé en su sitio. Me marché al cuarto de baño y me lavé las manos como habitualmente, de forma concienzuda, limpiándome uña por uña. Me cepillé los dientes, me pasé el hilo dental y me enjuagué con el potente elixir. Luego me peiné y me vestí como de costumbre, con la ropa del trabajo. Me acerqué al chifonier y observé la bandeja en la que había dejado mis objetos personales, me aguardaban en un absoluto orden. El reloj ocupó

mi muñeca; la cartera, el bolsillo trasero; el móvil, el derecho, y el izquierdo se llenó con las llaves de la casa y el coche. Me observé en el espejo para no llevar ni una sola arruga, la imagen era muy importante, y en mi caso, una más de mis manías u obsesiones, como dirían otros. Sonreí al pensarlo, no podía creer que para algunos el orden y la limpieza pudiera suponer una obcecación.

Antes de irme ojeé las noticias en Internet, quería saber qué se comentaba sobre los asesinatos de Lagos del Pino. Miré en varios diarios digitales; no había ni uno solo que no recogiera la noticia. Todos hablaban de ello, todos creaban alarma, pero no mencionaban ni un avance en la investigación, nada que tuviera que preocuparme o que hacerme actuar antes de lo establecido. Todo marchaba sobre ruedas, tanto la policía como la prensa seguían dando palos de ciego.

A punto de salir, eché un vistazo al ventanal por el rabillo del ojo, no pude evitar. Era como si me llamara, como si me pidiera que le prestara atención. Sabía que era un error volver a contemplar ese paraje que para mí era tétrico y estaba plagado de tristezas. Sabía que acababa de vencerme, que el hermoso entorno me aprisionaba otra vez, y eso me sumía en una tenebrosidad abisal que me despedazaba el alma.

Sentí el daño.

Dolía profundo.

Y el dolor me provocó unas lágrimas traicioneras.

Las enjuagué mientras se deslizaban por mis mejillas a su antojo. Tomé una honda bocanada de aire y con ella me recompuse. Sabía que una parte de mí vivía en una ciénaga infestada de rencor y la otra subsistía con la esperanza de poder calmar el dolor. Por eso volví a vestirme con la fingida calma que estaba acostumbrado a mostrar, había aprendido a disimular tan bien que a veces hasta yo mismo creía que podía disfrutar de esa tranquilidad. Pero solo fingía de cara a la galería, solo lo hacía para que los demás no conocieran mis miedos y demonios. Sabía que nunca podría vivir en paz, aquellos malditos me la robaron muchísimos años atrás. Aunque no solo me la robaron a mí, también le privaron de ella a Eugenio. A ambos, nos usurparon el sosiego.

El sol irrumpió con fuerza por la ventana del hostel, espabilándome poco a poco. Me restregué los ojos varias veces, las necesarias para poder abrirlos y mirar el reloj. No eran ni las siete de la mañana. Había dormido poco y estaba cansada, pero me llené de energía en cuanto recordé a Germán. Pensando en él me levanté y comencé a desentumirme. Luego me fui a la ducha y dejé que el agua recorriera cada milímetro de mi piel, me enjaboné durante largo rato y me aclaré sin prisa. Secándome, pensé en lo mucho que deseaba encontrar la empresa que fabricaba esos característicos folios, ahora mismo era nuestra única pista. Si nos llevase al asesino, callaríamos tantas bocas. De golpe me asaltó el recuerdo de la prensa, que me puso en el ojo del huracán e hizo que me cuestionara toda mi persona. La presión me venció. No dormía, estaba irascible, me costaba centrarme, sufría fuertes dolores de cabeza y de estómago, empezaba a tener un tic nervioso, palpitaciones, ansiedad... Había perdido seis kilos y, viendo mi declive, acudí al médico. Me diagnosticó un cuadro de estrés agudo, me recetó unos tranquilizantes y me derivó al psicólogo. Preferí acudir al del departamento; al fin y al cabo, si tenían que hurgar en mi sesera, mejor que lo hiciera alguien especializado en el tema que me estaba destrozando. El tratamiento y la ingesta de comida basura me hicieron ganar algo de peso, exactamente once kilos. Hacía algo más de un mes que empecé a encontrarme mejor y el médico me bajó la medicación. Aproveché para ponerme un poco a dieta, o mejor dicho, para comer adecuadamente. También retomé el ejercicio físico que tan asiduo era en mí, tan necesario para mantenerme en forma.

En la actualidad mi peso estaba en sesenta kilos, mi vientre dibujaba una leve curva y mi cintura no se me marcaba tanto como antes, pero yo estaba feliz. No pretendía tener un cuerpo de modelo, nunca lo había tenido y no me preocupaba; me importaba mi mente por encima de la silueta. Ella era la que debía sentirse bien y no en continua contienda. Yo solo envidiaba ser lo que fui, y por eso quería volver a ser la mujer de antaño, la segura, la que taconeaba con el ímpetu de una heroína. Estaba ansiosa por dejar de enfundarme en una coraza con la que pretendía demostrar al mundo que sabía muy bien lo que quería, cuando en realidad no tenía ni idea de lo que

necesitaba. Durante meses, mi lucha fue intensa y la desconfianza sobre mi capacidad no paró de anidar en mi cerebro, pero poco a poco empecé a desterrarla. Y aunque me pareciera incomprensible e inesperado, mi cita con Germán había sido un gran estímulo para reafirmar mi autoestima.

Cuando bajé al salón que hacía las veces de restaurante, Sagrario del Olmo ya estaba sirviendo el desayuno a Bruno. Nada más verlo se me despertaron unos sentimientos tan contradictorios como sobrecogedores. Recordaba lo mucho que lo amé, lo felices que fuimos juntos, la cantidad de planes de futuro que habíamos hecho, los sueños que queríamos compartir... Afloró en mí una especie de ternura y cariño difíciles de comprender, y a la vez se contrapearon con el odio que llegué a tenerle, con la fuente de dolor que me causó su engaño, con la inconmensurable herida ocasionada por su vil traición... Era la batalla que se libraba en mi interior desde las últimas horas, desde que Bruno había vuelto a aparecer en mi vida. Una vida llena de vicisitudes, como cualquier otra, pero en la que a mí, desde hacía largo tiempo, me parecía que ocupaban más espacio los sucesos adversos que los prósperos; al menos en temas amorosos.

Saqué a mi mente de la nebulosa de recuerdos, desde que había llegado a Lagos del Pino no hacía más que rebobinar en el pasado. Aunque cómo no hacerlo si aquí me había reencontrado con una parte importante de mi ayer. Germán era mi pasado; Bruno también. Quizás él era mi ayer más significativo, o el que más me había marcado. Me senté a desayunar con él, qué remedio. Tampoco era cuestión de dar razones a Sagrario para que especulara sobre mi antipatía hacia un compañero, pero hacía un sobreesfuerzo bestial para estar cerca de él.

—Buenos días —me saludó Bruno.

—Hola —dije en tono bajo.

—Buenos días, inspectora Velázquez —me saludó Sagrario, que acababa de llegar a la mesa. Le devolví el saludo, añadiendo una leve sonrisa—. ¿Qué desea desayunar?

—Me basta con un café solo, bien cargado, y una tostada con aceite de oliva.

—¿Sola, sin tomate ni jamón serrano?

—Así es.

—Debería comer algo más, eso es poco —me cuestionó, volviendo a ejercer el papel de madre.

—Es suficiente. —Soné autoritaria.

—Si usted lo dice. —Arrugó los labios, claramente disconforme.

Sagrario se retiró y mi mirada se quedó adherida a su ropa. Hoy llevaba un vestido tan ceñido que debía de costarle respirar. Me recordó a mi buena amiga Martina en sus tiempos de «caza y captura». Aún la recordaba con aquel vestido plateado que le quedaba tan apretado que hasta se le marcaban los lunares, aunque podía permitírselo porque tenía un cuerpo tan asquerosamente perfecto que lo que a otra le hubiera hecho un flaco favor a ella le realzaba la belleza. Le encantaba lucir un buen escote, y yo solía decirle que si se caía de uno de ellos podría tener lesiones irreversibles. Ella se partía de risa y se defendía diciendo que el acantilado de su pecho era firme y seguro. Pero el escote de ese vestido era enorme, de vértigo, como ninguno de los que había lucido hasta el momento, y me dejó sin aliento nada más verla aparecer. Me preguntó «¿cómo estoy?», y se encontró con la respuesta más insospechada: «si te digo que desesperada no es lo que esperas oír, ¿verdad?». Martina puso el grito en el cielo y me echó un sermón defendiendo el derecho de la mujer a vestir como le diera la gana. Yo no estaba en su contra, opinaba de la misma manera, pero la policía que habitaba en mí había visto cosas espantosas y sabía que algunos hombres equivocaban ese tipo de vestimentas y se convertían en salvajes. Para rematar su alegato me solicitó que colgase el «hábito», así llamaba a mi ropa, y me propuso empezar a pasar por sus manos si no quería morir soltera. Terminamos riendo, y de nuevo, una noche más, hice de su guardaespaldas, pues mi amiga era una rompecorazones. Con el grato recuerdo no pude eludir una sonrisa. Martina tenía siempre esa habilidad; era raro que no me hiciera sonreír, lo había logrado hasta en mis momentos más duros y devastadores.

—Pareces feliz —observó Bruno, terminando su café y devolviéndome a la realidad.

—Puede —reparé, sin hacer ningún comentario al respecto.

Sagrario llegó con mi desayuno y yo empecé a tomármelo. Mi actitud parca en palabras le hizo entender a Bruno que no tenía ganas de iniciar una conversación, y mientras yo comía, él se entretuvo mirando su teléfono. Con el último sorbo de café resbalando por mi garganta, guardó el móvil, fijó su



mirada en mí y me preguntó:

—¿Qué tal la cena de anoche?

La pregunta me pilló desprevenida, no la esperaba, y mucho menos que a él le importara. Tuve que morderme las ganas de contestarle lo que realmente me apetecía.

—Creo que eso no es de tu incumbencia —respondí con sequedad.

—Llevas razón, no tienes que darme explicaciones, perdona. —Sus ojos color pantano también se disculparon—. ¿Nos vamos? Tenemos mucho trabajo pendiente —explicó levantándose. Yo hice lo propio y ambos abandonamos el hostel.

Bruno se dirigió a su coche y yo al mío.

—¿Vamos a llevar los dos coches?

—Lo voy a necesitar.

—Vamos, Lola, ¿tanto te molesta mi presencia que ya ni siquiera quieres compartir el trayecto conmigo?

—Tengo que ir a hablar con Anunciación, no sé si lo recuerdas. —El sarcasmo afloró en mis últimas palabras.

—¿Y? Alguien del cuartel te puede acercar a verla. De hecho, ellos conocen el pueblo mucho mejor que nosotros.

—He quedado a comer.

—¡Ah! Vaya, otra cita. —Se acercó a mí.

—Pues sí —enuncié en mi línea escueta.

—Me alegro. —Asintió—. ¿Te importa que vaya contigo?

—Claro que no —respondí.

Nada más ponernos en marcha, Bruno comentó:

—Por lo que veo la cita con Germán fue muy bien, vas a repetir y todo. Porque vas a comer con él, ¿no?

De nuevo me armé de paciencia antes de responder.

—Insisto, no creo que mi vida personal sea asunto tuyo. Igual que la tuya tampoco lo es mío y por eso no te pregunto.

—Yo no tengo problema en contarte cosas de mí, Lola; además, acabaría

pronto. Estoy divorciado y no tengo hijos. Actualmente no salgo con nadie, mis únicas citas son con el trabajo.

—Muy bien —solté con absoluta indiferencia.

—¿Y tú? ¿Qué ha sido de tu vida? Casada imagino que no estás.

—Bruno, ¿no has oído lo que acabo de decirte? —le avisé seria.

—Y tú no te das cuenta de que trato de entablar una conversación, que quiero hablar contigo, que tienes que escucharme de una vez, que necesito contarte lo que ocurrió aquel día —dijo casi de carrerilla.

—Mira, me da igual lo que necesites, yo no quiero escucharte ni hablar de lo que pasó, ¿lo entiendes?

—Yo te amaba, Lola —declaró conmovido, en un susurro.

No pude contener más la amalgama de sentimientos que se estaba fraguando en mi interior, que instantáneamente me llevó a pisar el pedal del freno haciendo que el vehículo se quedase clavado en el asfalto.

—Ni se te ocurra decir eso, tú no tienes ni idea de lo que es amar a alguien —le escupí con un tono más alto, mirándole a los ojos, clavándoselos cual puñales—. No se parte el corazón de la persona a la que amas, Bruno, y tú me lo partiste —le expliqué, ahora todo lo calmada que pude, tensa pero sin gritar.

—Imagino por el tormento que pasaste, el mismo que pasé yo intentando localizarte para hablar contigo, para explicarte que las cosas no sucedieron como tú crees.

—¡Que no me mientas más! —Volví a elevar la voz, me fue imposible dominarme.

—Escúchame, no llegué a engañarte nunca, Lola.

—Porque yo llegué antes de que te la follaras —repliqué furiosa.

—No, falso —respondió compungido—. Eso es lo que tú has pensado siempre, pero fui yo quien lo frenó a tiempo.

—Sí, claro, por eso aquella gilipollas se presentó con la blusa desabrochada. Se estaba vistiendo porque no habías echado un polvo con ella.

—Se estaba vistiendo porque acababa de ducharse.

—Y tienes el cuajo de decirme que se estaba duchando en tu casa y no

sucedió nada. Invéntate una excusa mejor, eres un mentiroso muy malo. Por eso nunca quise oírte, Bruno, porque sabía que negarías la obviedad hasta la muerte. Pero ¿sabes qué? Tu cara hablaba por sí sola, ella no pudo mentirme. —Sentí que la rabia y el dolor me carcomían con el recuerdo.

—Lola, era una compañera pasando por un mal momento y...

—¡Y una mierda! —Le corté.

Mi móvil sonó en ese mismo instante y lo cogí de forma apresurada para dar fin a aquella estúpida conversación falta de lógica.

—Inspectora Velázquez; dígame, comisario.

—Buenos días, Lola.

—Buenos días, señor.

—He tenido a la Científica haciendo horas extras con el tema de la nota y no han hallado nada. Debajo de ese dibujo no hay ninguna marca al agua.

—¿Cómo que no? ¿Y por qué en ese primero no y en los otros sí?

—No tengo ni idea, pero esa marca no está en la primera nota.

—¡Joder! —Solté un puñetazo al volante.

—Tranquila, Lola. Perder los nervios no sirve de nada.

—Cierto, perdone, señor —dije, más calmada. La charla con Bruno me había puesto nerviosa y había vuelto a mezclar mi estado de ánimo con el trabajo, algo que jamás debía hacer.

—¿Habéis averiguado algo más?

—No, aún no tenemos nada. Hemos localizado las empresas que hacen ese tipo de folios, con esa marca, y a lo largo de la mañana vamos a llamar para ver si damos con el cliente que se las encarga. También estamos pendientes de que llegue el informe del forense.

—Perfecto, mantenme informado, por favor.

—Además, tengo pendiente ir a hablar con una mujer del pueblo que era vecina de la familia del chico que salía en la foto, el tal Eloy.

—Muy bien. Llámame esta noche con lo que tengas, y no lo olvides, por favor.

—No lo haré, comisario.

Cuando colgué, Bruno me miraba con cara triste, me pareció que al borde de la lágrima.

—No te he mentado, Lola.

—¡Bruno, ya! ¡Basta! —espeté con firmeza—. Vamos a centrarnos en el trabajo; de hecho, ya tendríamos que estar haciéndolo. Cállate y no vuelvas a mencionar el tema, por favor.

El silencio se adueñó de nuestras bocas, quizás hasta de nuestras mentes y almas. Nuestra mudez protagonizó una escena preñada de tensión que nos aprisionó hasta llegar al cuartel. Allí, por fin, pudimos escapar del depredador mutismo.

## 49

—Buenos días, inspectores —nos saludó Garmendia, que me pareció algo nervioso.

—Buenos días, brigada —le contestamos Bruno y yo.

—Puedo hablar un momento con usted a solas —me pidió.

—Claro —contesté, y Bruno, sin mediar palabra, se apartó de nosotros—. Usted dirá —le dije, esperando.

Garmendia paseó la vista por el entorno, asegurándose de que estábamos solos, y entonces se arrancó a hablar.

—Sé que estuvo anoche en el cuartel, de madrugada, la vi marcharse en su coche.

—Es cierto. —Asentí.

—Imagino lo que vio y la razón por la que se fue.

—Cierto también.

—Inspectora, por favor, le ruego que no cuente nada —imploró un Garmendia distinto, más vulnerable. Al final iba a resultar que también era humano, cometía errores como cualquier mortal y sabía agachar la cerviz para suplicar. Me dejó impactada.

—Mire, brigada, no soy una chivata, ni tampoco una chismosa, y nunca intercambio información a cambio de conseguir algo. —Le lancé la indirecta por el tema de la prensa, al tiempo que escudriñaba sus gestos. Garmendia me miró un tanto desconcertado; o no sabía a lo que me refería o era muy listo y se estaba haciendo el tonto—. Tanto la cabo mayor como usted pueden dormir tranquilos.

—Le agradezco su discreción.

De estampida, el sargento Turza se acercó a nosotros.

—Inspectora Velázquez, acaba de llegar un correo con el informe del forense —me anunció.

Corrí hacia el ordenador. Tomé asiento y casi con desesperación fijé mi

vista en el e-mail y lo abrí.

Según decía la narrativa aséptica y carente de sentimientos de ese tipo de informes, Biel había muerto entre las doce y las dos de la madrugada. En el cadáver no se apreciaban más golpes que los de las nalgas, debajo de las uñas no se había descubierto nada de valor y confirmaba que la pequeña marca hallada en el cuello era un pinchazo. Las pruebas ratificaban que al sujeto le habían inyectado estricnina, pero también la había ingerido; su estómago así lo corroboraba. También se indicaba que padecía cirrosis: su hígado estaba en un estado lamentable debido al abuso de alcohol. La conclusión era que Biel Puig Roca había sido envenenado con una dosis letal de estricnina.

Cuando terminé de leer me ocurrió lo mismo de siempre, sentí un escalofrío. Las palabras que se usaban en las autopsias eran técnicas y frías, como si se hablase de un trozo de carne en lugar de una persona. Aunque debía reconocer que para ser eficaz no hacía falta aludir a ningún sentimiento, solo a la precisión, y que gracias a los informes forenses podíamos averiguar muchas cosas acerca de la víctima. Sus palabras, por muy insensibles que me parecieran, ayudaban y solían guiarnos hasta la mano asesina.

De forma inmediata comencé a sacar mis propias conclusiones. Los tres crímenes eran cuasi una réplica a excepción de la flagelación en las nalgas; en ese detalle, este asesinato se asemejaba al primero, al de Gonzalo Montero Pérez. Mientras imprimía el informe comencé a hacerme preguntas: ¿Por qué les azotaba las nalgas? ¿Por qué precisamente esa parte del cuerpo? ¿Por qué Imanol y Eneko se habían librado de recibir esos horribles latigazos? Por mi mente pululaban miles de cuestiones; tantas, que empezaban a marearme.

\*\*\*

Durante varias horas estuvimos llamando a distintas empresas pero, por desgracia, en algunas no nos cogieron el teléfono; era probable que el sábado no estuviera incluido en su horario laboral. Agotada, decidí tomarme un descanso y salí a fumar. Después de lo ocurrido con Bruno necesitaba surtirme de una buena cantidad de nicotina y perderlo un tiempo de vista, porque cada vez que lo miraba recordaba sus falacias y eso me encorajinaba. Tenía que aprovisionarme de calma, pese a que la paciencia no figurase entre mis virtudes.

Eran más de las once de la mañana y el capitán Lemos no había aparecido por el cuartel. Según me había contado el sargento Turza, no vendría hasta las doce. Mientras me encendía un cigarro pensé en los miembros de la benemérita, a los que yo había denominado el Equipo A. Adolfo Turza era el bruto; Aitor Garmendia, el orgulloso; Alejo Martínez, el cerebritito, y Amparo Ros, la graciosa. Cada uno desempeñaba su rol dentro del tablero que era el cuartel, y al cargo estaba Jorge Lemos, un hombre inteligente y responsable, como ya me avisó el comisario. Habiéndome fumado medio cigarrillo vi llegar a la cabo mayor Ros vestida de paisano. Andaba con un coqueto contoneo de caderas y pisaba con una gran seguridad en sí misma. Me gustaba la confianza que desprendía, me recordaba a la mía, la que siempre había tenido, la que parecía que empezaba a recuperar.

De inmediato, el momento de intimidad protagonizado por Garmendia y ella se coló en mi mente.

—Buenos días —me saludó.

—Hola, buenos días —contesté.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Lola? —me preguntó.

—Dime, Amparo. —Intuí de qué iba a tratar la charla.

—Hoy no estoy de servicio y no debería estar aquí, pero quería comentar algo contigo.

—Me lo imagino; Garmendia y yo ya hemos hablado.

—Así que nos viste.

—Sí, os vi.

—Por favor, puedo invitarte a tomar un refresco y hablamos. Prefiero no hacerlo a las puertas del cuartel.

—De acuerdo. Vamos a La Tasquita. —Echamos a andar.

En cuanto nos sentamos, yo con una coca-cola zero y ella con una cerveza, me miró fijamente y dijo:

—No quiero que malinterpretes lo que viste ayer entre Aitor y yo. También quiero que sepas que es la primera vez que eso pasa en nuestro lugar de trabajo.

—¿Estáis juntos? —pregunté con diligencia.

—Sí, llevamos viéndonos unos meses.

—Pero nadie lo sabe en el cuartel, ¿verdad?

—No, ni lo saben ni lo sospechan, y queremos que siga así.

—¿Por qué? ¿Os avergonzáis? ¿Es una relación o una simple aventura?  
—preguntó la inspectora que moraba en mí. Aunque, claramente, le estaba hablando a Amparo como una amiga, no como una compañera.

—¿Cómo vamos a avergonzarnos! —exclamó con asombro—. Es algo serio, nos queremos.

—¿Entonces?

—Es por su separación. El pobre lo está pasando mal, su mujer lo está atacando con todo lo que puede y por eso no queremos que se sepa lo nuestro, ella lo convertiría en una arma arrojadiza más.

—No sabía que estuviera casado.

—Lo estuvo durante diez años y se separó hace casi uno. Vivían en Huesca, pero tras la separación, su exmujer se marchó a Jaca. Lo hizo solo para joderlo, para que no pudiera ver a sus hijos a diario. Tiene dos, de siete y nueve años.

—¿Y él se quedó en el domicilio familiar?

—No, tampoco, prefirió mudarse aquí, donde está su lugar de trabajo. Alquiló una casa cerca del lago, con unas vistas preciosas; a sus hijos les encanta esa zona y por eso la eligió. Antes tenía a los niños con más frecuencia, pero su ex es una cabrona que le está poniendo muchas trabas. Ayer su abogado le comunicó que ella había pedido la custodia completa, alegando que la distancia era un trastorno para los pequeños. Como es evidente, irán a juicio, así que estaba hecho polvo.

—Vaya, lo siento mucho. Debe de ser horroroso pasar por algo así, no llegar a un acuerdo por el bien de los hijos.

—Lo es, lo estoy viviendo con él, veo lo mucho que le afecta y me siento impotente al no saber cómo ayudarlo. —Suspiró hondo—. Cuando anoche nos quedamos solos en el cuartel, lo estuve consolando y...

—No es necesario que me cuentes más —la corté, aunque sin acritud.

—Pero yo quiero que sepas que nunca antes habíamos hecho algo así en nuestro lugar de trabajo.



—Te creo. —Asentí—. Pero déjame que te dé un consejo: respetad siempre el uniforme. Imagínate que el tema se os va de las manos y pasa a mayores, el cuartel no es un lugar para desfogarse ni para un aquí te pillo, aquí te mato.

Amparo comenzó a reírse; primero despacio, luego la sonoridad de la risa fue aumentando hasta la carcajada.

—¿He dicho algo gracioso? No lo pillo.

—Lo de «aquí te pillo, aquí te mato». Así son los tíos, digamos que de tardar poco, o si prefieres podemos decir que suelen ser muy rápidos, ¿no crees?

—Desde luego, no hay que trabajar mucho con ellos, no. —Me reí también, y las dos nos carcajamos un buen rato.

Cuando conseguimos frenar las risas, seguimos hablando. Amparo era una mujer muy divertida y me caía bien. También era algo cotilla, y entre charla y charla me habló un poco de los compañeros del cuartel. Adolfo Turza era logroñés, tenía treinta y tres años y estaba soltero. Tenía muchas ganas de encontrar pareja, y aunque el físico no le acompañaba, no le faltaba labia y simpatía, y esas eran importantes armas de seducción. Según ella, Aitor Garmendia era el guaperas. Natural de San Sebastián, contaba treinta y nueve años y llevaba seis allí. Adoraba el pueblo porque todos le respetaban, y no deseaba que lo trasladasen nunca. Me ahorré decirle a Amparo que para mí el brigada era un creído que me caía como una patada en el culo, porque de seguro que no se tomaba bien mi comentario. Después me habló del capitán Lemos, al que los cuatro admiraban. Era de Huesca y, a pesar de poder estar en un cuartel mejor y con mayor rango, había preferido vivir en Lagos del Pino por la tranquilidad que aportaba el lugar a su familia. Llevaba casado más de veinticinco años y tenía tres hijos, de diecisiete, veinte y veintidós. Era un hombre serio, servicial, culto y moderno que cuidaba su cuerpo tanto como cultivaba su mente, para ellos un ejemplo a seguir. Y por fin Amparo habló sobre ella. Era valenciana y echaba mucho de menos su tierra y su precioso mar. Este era el segundo cuartel en el que servía y en ambos había sido la única mujer. Aunque no le importaba, se movía como pez en el agua dentro de un mundo de hombres. Sabía que tenía un carácter fuerte, y que llevarle la contraria solía acarrear consecuencias. También poseía un gran corazón, aunque, según confesaba, había que saber ganárselo.

Con cada palabra, con cada gesto que la definía, más me recordaba a mí. En ese instante estar frente a Amparo era como mirarme en un espejo.

—Bueno, tengo que volver al cuartel —le avisé.

—Pago y nos vamos. Espérame fuera si quieres —dijo mientras nos levantábamos.

Nada más salir me encendí un cigarro. Amparo salió poco tiempo después.

—Anda, ¿me das un piti? —me pidió suplicante.

—Por supuesto —respondí, dándoselo.

—¿Te confieso una cosa?

—Ya estás tardando.

—Yo estaba convencida de que no dirías nada de lo de anoche, pero Aitor no; pensaba que se lo contarías al capitán y nos abrirían un expediente. De veras que nunca lo había visto así, hasta tuvo descomposición de tripa, te lo juro.

—Me alegra saber que lo he acojonado —bromeé, aunque con el matiz de verdad que toda broma porta en sus adentros. Y las dos nos echamos a reír otra vez.

## 50

—¡Eureka! —exclamó el cabo Martínez nada más colgar el teléfono—. He encontrado la empresa que fabrica esos folios y tengo al cliente.

—¿Quién es? —pregunté apresuradamente, seguro que cortando su explicación.

—Un bufete de abogados de Madrid: Martos y Asociados. Tengo su dirección y sus números de teléfono, también me los han facilitado.

—¡Bien hecho! —espeté feliz.

—Gracias, inspectora. ¿Llama usted o lo hago yo? —interpeló impaciente.

—No creo que estén trabajando hoy sábado —advertí.

—Yo también lo dudo mucho —avisó Bruno.

—Pero lo intentaremos —añadí, en parte solo por llevarle la contraria—. Marque y pásame el teléfono, Martínez —le pedí, y así lo hizo.

Efectivamente, saltó el mensaje del contestador, que me comunicó el horario del bufete: de lunes a viernes, de nueve de la mañana a ocho de la tarde.

—Pues hasta las nueve de la mañana del lunes no podemos hacer nada. —Colgué—. Habrá que solicitar al juez una orden de registro para poder estar allí el lunes a primera hora.

—¿Cuándo nos vamos? —me preguntó Bruno.

—No es necesario que vengas; al fin y al cabo, este es mi caso, y Madrid, mi territorio —expliqué sintiéndolo así, también tensa, con la necesidad de que Bruno se alejase de mí.

—Pero ¿qué dices? —me observó sorprendido, confuso.

—Lo que has oído. —Y, buscando más excusas, añadí—: Además, yo vivo allí, no tengo problemas de alojamiento.

—Dudo que encontrar en Madrid un lugar para alojarse sea un problema —intervino Martínez—. Aunque, viviendo usted allí y siendo solo por una

noche, el inspector Molina podría quedarse en su casa —propuso, pues no conocía nada ni de nuestro pasado ni del presente.

Bruno calló y, al igual que Martínez, esperó mi contestación.

—¿Y a usted quién le ha dado vela en este entierro? —le pregunté cabreada.

En ese preciso momento entró el capitán Lemos. El cabo, que se había quedado con la boca abierta, la cerró y tragó saliva, nervioso, seguro que pensando que se había extralimitado con su propuesta. Mi malhumor se distendió con la rapidez de un chasquear de dedos. No quería que el capitán advirtiera la tensión que las palabras de Martínez habían provocado en mí, y menos seguir dando explicaciones a nadie sobre mi decisión. Pensar en esa situación me ponía el vello de punta: Bruno quedándose en mi casa, durmiendo bajo el mismo techo que yo. Ni en broma lo permitiría.

En un santiamén despejé mi mente de esos pensamientos, me centré en mi deber y puse al capitán al corriente de todo. Mientras hablaba, deseé con ímpetu que llegase el lunes para presentarme en ese bufete. El factor sorpresa era determinante, y nadie me esperaba. Ansiaba realizar un registro a conciencia para encontrar algo más que esos folios, algo que estrechara el círculo en torno al culpable, que fuera del todo concluyente para la investigación. Además, la visita a Anunciación igual nos aportaba otro indicio que seguir, con el que poder encajar más piezas. Tan solo el hecho de suponerlo me invadió de alegría, y mi orgullo policial se emocionó. No quería echar las campanas al vuelo, tenía que ser cauta y esperar el desarrollo de los acontecimientos, pero mi instinto me gritaba que íbamos por buen camino y empecé a notarme ligera de peso.

Entonces se marcharán mañana a Madrid, ¿verdad? —me preguntó Lemos.

—Iré yo sola —le aclaré—. No es necesario que vayamos los dos —alegué en mi defensa.

El capitán me observó con cara de circunstancia.

—Pero yo sí lo creo, inspectora —replicó—, y estoy convencido de que su comisario opinaría lo mismo.

—Yo también lo veo así —afirmó Bruno con los ojos clavados en mí, censurando mi decisión.

—Sé que es usted la inspectora al cargo —continuó el capitán—, pero no olvide que esta investigación les corresponde a ambos. Lo inapropiado sería que usted o el inspector Molina fueran solos a ese registro. Piénselo.

—Lleva razón, capitán —dije al cabo de unos segundos, con cierta vergüenza. Mi afán por alejar a Bruno era solo personal, y me había dejado llevar por él—. Discúlpeme, solo he pensado en ahorrar desplazamientos y trastornos, pero es nuestro trabajo y ambos debemos hacerlo.

—Exacto. —Asintió.

—Buscaré un hotel para alojarme —anunció Bruno.

Lo miré y asentí. Él suspiró. El cabo Martínez no se atrevió a hacer ningún comentario más.

Garmendia irrumpió en el despacho con un papel en la mano.

—He encontrado la información de Eloy Castán Calderón.

—Cuenta —le solicité.

—Según consta en los archivos, sufrió un accidente: se disparó con la escopeta de su padre mientras la limpiaba. Falleció en el acto, el 7 de septiembre de 1990. Su hermano estaba con él cuando sucedió, era un pobre crío de once años.

—¡Vaya, qué tragedia! —exclamé con pesadumbre.

—Imagino que después de la desgracia a su padre se le quitarían las ganas de cazar —añadió Bruno junto a un suspiro.

—No era una escopeta de cazador, era el arma reglamentaria de los guardias forestales, su padre lo era —aclaró el brigada.

—¡Terrible! —El capitán Lemos resopló.

—Desde luego —dijimos al unísono Bruno y yo. La noticia encogía el corazón de cualquiera que supiera el peligro que suponía guardar un arma en casa. Un miedo que, creo, todo policía guarda en él.

—La información se ajusta a lo que nos contó Sebastián Arjona. Podemos eliminar a Eloy de la lista de posibles víctimas, aunque aparezca en la foto del campamento.

—Y de la de sospechosos —añadió Bruno.

Asentí, dándole la razón.

—Y hay un dato curioso —anunció el brigada—. El informe de la muerte de Eloy es el único del archivo que está escrito a mano y no a máquina.

—¿Y eso por qué? —demandé intrigada.

—Ni idea —contestó—. Pero, sin duda, llama la atención.

—Desde luego que sí —dijo Lemos, arrugando el entrecejo.

—Curioso, la verdad —comentó Bruno, asintiendo.

—En fin —enuncié tras un breve instante de silencio—, ya es cerca de la una y media de la tarde, creo que me voy a acercar a ver a Anunciación y luego me iré a comer —anuncié a los presentes.

—¿Quiere que la acerque? —me preguntó Garmendia.

—No, gracias, iré en mi coche. Tengo la dirección.

—Perfecto, entonces luego nos vemos, inspectora —me dijo Lemos.

Bruno me miró a los ojos y, con un movimiento de cabeza, se despidió de mí. Abandoné el despacho con una marabunta de pensamientos devorándome el cerebro.

Llegué a la casa de Anunciación sin problema. Recordaba la puerta perfectamente, durante la espera la contemplé hasta grabármela en la cabeza; era grande, vieja, de color marrón oscura, descascarillada por algunas partes y con cientos de manos de pintura. Ahora estaba de nuevo frente a ella. Toqué el timbre y esperé a que alguien me abriera. Volví a llamar y volví a esperar, pero nadie me abrió. Miré el reloj; eran las dos menos veinte, casi la hora de mi cita con Germán, la hora de comer. Saqué el móvil y le mandé un *whatsapp*.

Voy ya para tu casa.

13:40

En menos de diez segundos ya tenía su respuesta.

Me parece estupendo.

13:41

---

De nuevo me brotó esa tonta sonrisilla ocasionada por sus palabras, aunque fueran escritas. Me marché del lugar deseosa de llegar. Y si tenía que ser sincera, también deseaba que en esa cita hubiera algo más que comida y conversación. Anhelaba probar los labios de Germán, había recordado que besaba estupendamente bien, entre otras cosas.

# 51

En poco más de diez minutos me presenté en una urbanización de chalés pareados próximos al lago, cuyos edificios no tenían más de dos alturas, seguro que con la idea de no ensombrecer el bello paisaje. No me fijé en más detalles, los nervios por la cita y mis ganas de que sucediera algo dentro de aquellas paredes me lo impidieron. Y cuando Germán me abrió la puerta ataviado con un delantal negro y su preciosa sonrisa, me pareció tan sexi que ya no vi más, ni falta que hacía.

—Hola, Lola, pasa a mi humilde morada —me dijo, no sin antes darme dos besos.

—*¡Morada!* Esa palabra sí que no la he usado nunca —advertí sonriendo, y él cerró la puerta.

—Era para solidarizarme con tu *apuesto* de anoche. Para que veas que yo también utilizo lenguaje un poco en desuso.

—Muy bien, ahora estamos empatados. Tendré que buscar alguna otra para ganarle, galante caballero.

—¡Uf, *galante!* —Silbó—. De nuevo vas en cabeza, veo que no te gusta perder.

—Nunca, suelo ser muy competitiva.

—No pierdes ripio.

—*¡Ripio!* Santo Dios, llevaba años sin oírla ni pronunciarla.

—Pues acabas de hacerlo y con ella volvemos a estar empatados. Como verás, yo también soy muy competitivo, Lola. —Me guiñó el ojo—. Y ahora, señorita, pase a la derecha. El pollo ya está acabado, pero estoy terminando de cocinar mis fabulosos espaguetis con almejas, con los que te vas a chupar los dedos.

—Por lo que parece, la modestia no está entre tus virtudes.

—¿Es un reproche? —me preguntó mientras pasábamos a la cocina.

—Siempre y cuando haya un equilibrio entre la humildad y el



engreimiento, desde luego que no. Me gustan las personas seguras de sí mismas, eso indica que tienen una gran personalidad.

—¿Te gusta mi personalidad?

—La poca que conocí por entonces, sí, pero creo que me queda mucho por descubrir de ti.

—Yo quiero descubrir si te gusta la comida que he preparado, porque si no me voy a llevar un fiasco; y mi falta de modestia, un disgusto. —Estiró los labios.

—Oh, no te preocupes, Germán. Yo como de todo, no suelo ser caprichosa en ese sentido.

—¿Y en otros lo eres? —preguntó, arqueando las cejas de forma insinuante.

—Depende de lo que sea.

—¿O depende de quién sea? —susurró con picardía.

—Eso también. —Posé mis ojos en los suyos color miel. De súbito mi olfato me espabiló con el aroma que desprendía la comida—. ¡Vaya! Aquí huele francamente bien, tanto el pollo como los espaguetis deben de estar deliciosos.

—Gracias, espero que así sea. Aunque debo decir que no creo que estén tan deliciosos como tú.

—No sabes cómo estoy yo —le aclaré bromeando.

—¿Eso crees? Pues siento llevarte la contraria, Lola, porque aún recuerdo tu sabor.

Con su frase mi corazón hizo un doble salto mortal hacia atrás. Lo que acababa de decir era tan hermoso... Porque ¿qué mujer no soñaría con oír semejantes palabras de uno de sus amantes? Cualquiera de nosotras moriría por oír esas palabras de boca de un hombre, y yo lo acababa de hacer. Irremediablemente, la atracción que sentía hacia Germán se abrió paso veloz y a golpe de machete.

—Parece que te he dejado sin palabras, y lo último que me gustaría es incomodarte. Perdona si he sido demasiado directo, no sé si recordarás que es una de mis malas costumbres.

—Sí, siempre directo al grano, sin preámbulos de por medio y haciendo

gala de tu sinceridad. —Asentí—. Pero tranquilo, en realidad me siento muy halagada, es muy bonito lo que me has dicho.

—Es la verdad, aunque la he soltado sin pensar.

—Me gusta la espontaneidad.

—¡Qué coincidencia! También es una de mis virtudes. —Nos echamos a reír—. Y cambiando de tema, ¿quieres una copa de vino?

—Vale.

—¿Tinto o blanco? ¿Espumoso o normal?

—¿Qué me ofreces?

—¡Buf! Te puedo ofrecer muchas cosas, ¿cuántas quieras, Lola? —enunció en tono sensual. Mis entrañas se alteraron con brusquedad.

—Entonces ofrécame algo típico de la zona.

—¿Solo eso? Me decepcionas, pides poco. —Chasqueó los labios.

—Quizá luego pida más, u otras cosas más interesantes —le respondí, sabedora de que con cada frase el sutil y directo juego que habíamos iniciado se agrandaba.

—Eso me gusta, eso espero y eso deseo, Lola. —De nuevo me mostró la sexi caída de pestaña de su ojo izquierdo.

—Aunque de momento empecemos por tomar una copa de vino, ¿no?

—Creo que tengo una botella de un buen caldo blanco, pero si no fuera así, me iría a buscarlo para ti.

—¿Y me dejarías sola?

—Igual me echabas de menos y a la vuelta no solo bebíamos —me advirtió con sensualidad—. Pero no es el caso, de modo que marchando una copa de somontano para la dama más bella.

—Gracias, caballero —contesté, y Germán abrió un botellero refrigerado, buscó la botella, descorchó el vino y llenó dos copas.

—Brindemos de nuevo —dijo, ofreciéndome una.

—¿Y esta vez por qué?

—Porque estás aquí, porque no me reprochas mi vanidad culinaria, porque quieres descubrir mi personalidad, porque te gusta mi espontaneidad y

porque espero que me pidas algo más que vino en esta cita. ¿Te parece poco?

—No, desde luego —respondí entre risas, y chocamos las copas antes de echarnos un trago.

Aparcamos por un momento el flirteo para sentarnos a comer. La mesa de la cocina estaba vestida de forma elegante: cubremanteles en color azul cobalto, a juego con las copas, y platos grandes, modernos y blancos, combinando con la mesa. Todo estaba muy ordenado y limpio. Deduje que alguien iba a limpiarle la casa, no me imaginaba a Germán con el plumero y la bayeta en la mano, ni tampoco tendría tiempo para hacerlo ostentado el cargo que tenía en el hotel. Aunque para la cocina sí parecía tener tiempo, daba fe de ello su buena mano, pues la comida estaba exquisita. Tras mis reiterativos halagos, Germán me confesó que cocinar era su *hobby*, le entretenía. Me parecía envidiable, porque la cocina no se encontraba entre mis dones, ni siquiera sabía freír un huevo en condiciones. Al terminar los succulentos platos, Germán me pidió llevar la sobremesa al salón. Acompañados por nuestras copas de vino, nos sentamos en un gran sofá de cuero blanco, mullido y acogedor.

—Y bien, ¿qué me cuentas? —me dijo, y echó un trago de vino antes de dejar la copa en la mesa.

—Y por qué no me cuentas tú. Durante la comida yo he hablado más.

—Puedo contarte que eres preciosa, que me atraes mucho y que el vino está a punto de acabarse, Lola.

—¿Y qué pasa si se acaba?

—Eso me gustaría saber a mí, has dicho que ibas a pedirme más cosas.

—¿Qué quieres, Germán? —le pregunté con el corazón acelerado.

—Yo tengo muy claro lo que quiero, ¿y tú? —Apartó la copa de mi mano y la dejó sobre la mesa.

—Explícate mejor.

—Sabes a lo que me refiero, Lola. Estamos andando sobre ello desde que has entrado en mi casa. Mejor dicho, desde que anoche aceptaste venir aquí.

—¿No crees que vamos muy lanzados?

—¿Y por qué no? ¿Para qué perder el tiempo? Ya hemos estado antes juntos, a ambos nos gustó, y el destino ha querido volvernos a cruzar. Por

algo será. Yo sé que me gustaría repetir lo que tuvimos, ¿a ti no?

Pensé unos segundos, aun a sabiendas de que me moría por lanzarme a su boca. Pero unas impertinentes voces pululaban por mi conciencia, animándome y desanimándome casi a la par.

—Apenas nos conocemos —acerté a decir en medio de mi confusión—. Cuando estuvimos juntos dedicamos aquellos días en exclusiva a hacer lo mismo y nuestras bocas hablaron poco.

—Por eso quiero conocerte ahora. Y en defensa de esos maravillosos días debo decir que las bocas las usamos muy bien, ¿lo recuerdas? —En sus ojos se alojó un brillo nostálgico.

—Sí. —Sonreí con una ligera vergüenza.

—¿Te has acordado alguna vez de lo nuestro?

—En alguna ocasión. —Asentí.

—Yo también —enunció ilusionado—. Incluso en algún momento he pensado que me habría gustado seguir viéndote.

—Igual hubiera estado bien —susurré.

—Estamos a tiempo, Lola. —Me acarició la mejilla—. Aunque hayan pasado diecisiete años, ahora estamos aquí, juntos, y sentimos lo mismo. Nos gustamos, sigue habiendo chispa entre nosotros, y a ambos nos encantaría retomar lo que dejamos, ¿no es así? —Guardé silencio y fijé mis ojos en los suyos. Mi lucha mental seguía colapsándome el cerebro—. ¿Tanto te cuesta decidirte? —me preguntó serio.

—No —contesté, pulverizando las voces, y me arrojé a su boca. Germán me devolvió el beso del todo hambriento y me encantó descubrir que seguía conservando el sabor de antaño.

Dejamos que nuestros cuerpos se acomodasen en el sofá y nos desnudamos. Sus caricias me exaltaron como nunca, me sentía ansiosa porque me poseyera, o quizá mi anhelo era consecuencia de la notoria falta de sexo que predominaba en mi vida. Hacía tanto tiempo que no estaba con un hombre, que había perdido la cuenta.

—Te deseo, Lola, y quiero hacer el amor contigo. ¿Lo deseas tú? —me demandó de repente.

Pero qué tipo de pregunta era esa, si mi cuerpo lo estaba clamando a

gritos. ¿Acaso lo dudaba?

—¿Tú qué crees, Germán? —le pregunté asombrada, respirándole.

—Dime que lo deseas. Dime que me deseas dentro de ti.

—Lo deseo. Lo deseo con todas mis ganas —le dije, ahogada en excitación.

Germán accedió a mi interior y empezó a moverse con brío, con ritmo, regalándome oleadas de placer que mi hambre voraz transformó con urgencia en un orgasmo. El suyo tardó un poco más. Agotado, cayó sobre mí, con el corazón bombeando tan veloz que parecía que iba a escaparse de su pecho. Habría pasado mucho tiempo, pero Germán seguía haciendo el amor de idéntica manera, en cada acto lo daba todo.

Cuando recuperó el sosiego, me observó embelesado. Para concluir, acercó sus labios a los míos y me besó con ternura, como yo recordaba.

—Sigues siendo perfecta, Lola —declaró en un susurro.

—Ha sido maravilloso, igual que cuando estuvimos juntos.

—Entonces tendremos que repetirlo, ¿no crees?

—Ninguna objeción por mi parte. —Sonreímos, y volvimos a besarnos.

Abandoné la casa de Germán con la firme promesa de regresar por la tarde y pasar la noche con él, algo que nunca imaginé que desearía tanto. No podía borrar la sonrisa de mi cara, el rato que había pasado con él mantenía a mis labios en continua curvatura. Además, pensar en lo que me aguardaba a la noche no solo me alegraba, hacía que los ojos me brillaran de una manera especial. O igual ese resplandor era consecuencia del sexo practicado y no de lo feliz que me encontraba.

Conduje hasta la casa de Anunciación Escartín y en poco más de cinco minutos estaba frente a su puerta. Era la tercera vez que acudía y crucé los dedos para que de una vez estuviera en la vivienda. Llamé al timbre y esperé. En unos segundos, al fin alguien me abrió. Era una mujer mayor, de pelo blanco como la nieve, cara llena de los surcos de la edad y un poco gruesa y encorvada.

—Buenas tardes. ¿Qué se le ofrece? —preguntó afablemente.

—¿Es usted Anunciación Escartín?

—Sí, señora.

—Soy la inspectora Dolores Velázquez —me presenté, mostrándole la placa. La mujer la escudriñó durante un breve espacio de tiempo.

—¿Y qué quiere la policía de mí? —preguntó confusa—. Yo no tengo nada que ver con los asesinatos.

—¿Cómo sabe que vengo por lo de los asesinatos?

—¿A qué va a venir si no? Estamos es un pueblo y todo el mundo sabe lo que ocurre.

—Me gustaría hacerle unas preguntas sobre Eloy Castán Calderón, tengo entendido que usted era vecina de la familia.

—Sí, así es. Aunque era más que su vecina; su madre y yo éramos amigas. Pero ¿qué pasa con Eloy? ¿Qué tiene él que ver con los asesinatos? —preguntó desconcertada—. El pobre lleva muerto casi treinta años.

—Por eso precisamente necesito hablar con usted. ¿Podría pasar, por

favor?

—Por supuesto, pase —dijo, invitándome con la mano.

Aunque algo nos había contado Sebastián Arjona, necesitábamos saber más sobre la relación que tenía Eloy con los otros jóvenes de la foto, por eso la declaración de Anunciación Escartín se había convertido en una pieza clave para reconstruir el rompecabezas de lo que había ocurrido en aquel campamento de verano. Todos los de la fotografía, menos uno, el tal Roberto, habían sido asesinados. Y no sabíamos sus apellidos para poder buscarlo y hablar con él, si es que seguía vivo. Otra incógnita era la identidad de la persona que hizo la foto. ¿Tendría algo que ver con ellos? ¿Seguiría vivo? Los pocos minutos que Anunciación tardó en servirme un café se me hicieron eternos. Pero no era cuestión de atosigarla, menos de avasallarla; la mujer era mayor y aparentaba cierta debilidad. Así que, disimulando a duras penas mi impaciencia, esperé a que se sentara frente a mí.

—Sabe, inspectora, ya tengo una edad, me faltan meses para cumplir los ochenta —empezó a comentar Anunciación—. Mis piernas no son tan ágiles como antes, ni tan siquiera mis manos, pero la memoria me funciona a las mil maravillas. —Asintió—. Dígame qué quiere saber exactamente y yo le contaré cuanto sepa.

—Muchas gracias. ¿Sabe qué relación tenía Eloy con los chicos del campamento de verano que por entonces había en el pueblo? —Le mostré la fotografía.

Anunciación la cogió y la miró atentamente, con mucho detenimiento. Segundos después comenzó a zarandear la cabeza.

—¡Oh, estos chicos no me gustaban nada! —chistó repetidas veces—. ¿De qué año es la foto?

—1990.

—Entonces es del último verano que estuvieron aquí, el peor de todos. —Suspiró—. No eran buena gente.

—¿Por qué? —Di un sorbo al café para no parecer desconsiderada.

—¿Está bien de azúcar o quiere más? —me preguntó con dulzura.

—No, así está bien. Gracias. Hábleme de esos chicos.

—Eran unos gamberros que no tenían respeto por los mayores y que

desprendían malos sentimientos, y además eran unos ladrones. A mí me robaron. Por entonces tenía una tienda de ultramarinos y les pillé con las manos en la masa, cogiendo unas botellas de whisky y guardándoselas en una mochila. ¿Cree que se avergonzaron cuando les reprendí? De eso nada; todo lo contrario, se encararon conmigo, sobre todo este. —Señaló a Biel—. Ese miraba a la gente con muchos aires de superioridad. ¡Condernado del demonio!

Recordé las palabras de Sebastián Arjona, en verdad se asemejaban a la opinión que Anunciación tenía de esos jóvenes. Las coincidencias me llevaban a pensar que sin duda eran un grupo de vándalos.

—¿Y qué me dice de Eloy? ¿Él también era como ellos?

—No, para nada —contestó tajante, observándome casi escandalizada por la pregunta—. Eloy era un buen chico, amable, generoso, simpático y de gran corazón. También era algo tímido y por eso le costaba un poco relacionarse, pero era un gran muchacho. —Su rostro se relajó e incluso se dulcificó con el recuerdo, y de nuevo posó los ojos en la fotografía—. Ya hubiera querido alguno de estos sinvergüenzas parecerse a Eloy —concluyó con cierta irritación.

—¿Sabe por qué se juntó con ellos?

—Por culpa de las chicas con las que salía, sus únicas amigas, que empezaron a tontear con esa panda de impresentables. —Resopló.

—¿Por qué no tenía más amigos?

—Porque Eloy no congeniaba bien con los chicos del pueblo, solían burlarse de él.

—¿Por qué? —interpelé, al ver que no me daba una explicación al respecto.

Anunciación me miró unos segundos a los ojos, parecía que le costaba revelar esa información.

—Tenía un aire... —vaciló unos segundos—, digamos afeminado. Ya me entiende usted.

—¿Era homosexual?

—Lo parecía, aunque según su madre no lo era. Por lo visto le gustaba una de esas chicas del grupo, él mismo se lo había dicho.



—¿Entonces?

—Ya sabe lo que ocurre en los pueblos, lo que cuenta son las apariencias, y Eloy era distinto a los demás chicos. Por eso se mofaban de él. ¿Lo entiende?

—Creo que sí, aunque no comparto esas ideas prehistóricas.

—Inspectora, esto es un pueblo y hace mucho de eso. Las habladurías corrían como la pólvora y a los que se les consideraba distintos eran motivo de rechazo. Los maricas, que así los llamaban, estaban muy mal vistos y había quienes se metían con ellos. Por eso Eloy nunca salía a la calle solo, siempre lo hacía con Eugenio, su hermano. Iban juntos a todos los lados, eran uña y carne. —Sonrió al mencionarlo.

—¿Ese es el hermano que presencié su muerte?

—Sí, no tenía otro. —Su gesto se entristeció al momento, y una vez más me miró fija—. Pero ¿qué tiene que ver Eloy y esos chicos con los asesinatos? No lo entiendo.

—Todos los hombres que han aparecido muertos salen en esa fotografía.

—¡Oh, Señor! —exclamó, llevándose la mano a la boca, impresionada, o más bien conmovida y asustada.

—Todos a excepción de este, un tal Roberto. —Lo señalé en la fotografía—. Creemos que sus muertes podrían tener algún tipo de conexión con el campamento.

—Pero Eloy no tenía nada que ver con ese campamento.

—Lo sé, pero, como ve, aparece en la foto. —Lo señalé—. Al parecer se relacionaba con ellos, y tenemos que descubrir por qué. Además, si Eloy era tan distinto a ellos como usted dice, llama más la atención, ¿no cree?

—Ya se lo he dicho, se juntaban por las amigas esas, solo por eso. Eran las chicas las que quedaban con esa panda de gamberros, y estoy segura de que ellas tuvieron la culpa de todo.

—¿Qué quiere decir?

Anunciación tomó una profunda bocanada de aire y noté que el labio inferior le temblaba. Parecía que además de la inquietud provocada por mi revelación, lo que fuera a contarme no iba a ser un recuerdo agradable.

—Porque ellos tuvieron que ver con el cambio que sufrió Eloy ese

verano. Desde que empezó a juntarse con esos sinvergüenzas su actitud empezó a ser diferente. De la noche a la mañana era un muchacho distinto.

—¿En qué sentido? —pregunté intrigada.

—Estaba ausente, casi ido, y muy triste.

—¿Alguna vez le preguntó qué le ocurría?

—Claro. —Asintió—. Me dijo que no se encontraba bien, que llevaba unos días con dolor de estómago. La excusa no me convenció. Se lo dije a Lucila, su madre, porque teníamos confianza. Ya se lo he dicho, éramos amigas, siempre se desahogaba conmigo y por eso sabía que su matrimonio con Antón tampoco iba bien. Era un hombre muy autoritario que a todas horas buscaba gresca con ella y con sus hijos. Lucila me dijo lo mismo que Eloy, pero en ella todavía sonaba más a mentira. Pero si no me quería decir la verdad, yo no iba a obligarla, eso desde luego. —Lanzó un suspiro atribulado.

—Entonces, ¿le contó lo que ocurría o no?

—No, no lo hizo. No sé qué cambió a Eloy, pero fue un cambio drástico. —Calló unos segundos—. Y lo más duro llegó unas semanas después, con aquel trágico accidente. ¡Oh, Señor! —exclamó con pesadumbre.

—Debió de ser un duro mazazo para la familia —dije, imaginando de nuevo el dolor de ese padre. También pensé en el hermano, tuvo que ser espantoso para él presenciar ese desdichado momento.

—Sin duda, el trago más amargo —aseveró compungida—. Que una madre entierre a un hijo va contra natura. —Emitió un hondo suspiro.

—Pensar en ese padre, que cargará para el resto de su vida con la muerte de su hijo, pone los pelos de punta. —Suspiré.

Anunciación me miró perpleja, más bien con un gesto que denotaba ofensa.

—No se equivoque, inspectora, en esa historia los que sufrieron fueron la madre y el hermano —aseveró seria—. Eugenio fue quien vivió ese trágico momento, un pobre crío de once años igual de buena persona que su hermano. Estaba tan afectado que ni siquiera pudo acudir al funeral. Pero es que Eugenio quería con locura a Eloy. Se pasaban el día juntos, era su sombra y el espejo en el que siempre se reflejaba. —Gimoteó.

—¿Me está diciendo que su padre no sufrió con la pérdida de su hijo? — pregunté atónita.

—Trato de decirle que Antón no quería a Eloy, pensaba que su hijo era un invertido, se avergonzaba de él y... —dudó unos segundos hasta que al fin añadió—: le pegaba con frecuencia. —Sus palabras mostraban un matiz de dolor y rabia—. En el pueblo se oyó de todo tras aquel desgraciado día. Unos decían que el muchacho se había suicidado, otros que no había sido un accidente, sino que lo habían matado. Yo no sabía qué pensar ni qué creer... Y el colmo fue lo que me dijo Eugenio... —Una lágrima surcó por una de sus arrugadas mejillas.

—¿Qué le dijo? —le demandé con curiosidad.

—Fue justo antes de abandonar el pueblo, cuando se despidió de mí. Lo abracé fuerte y no pude evitar llorar, me daba tanta pena verlo tan triste y decaído; era como si hubiera perdido el alma y estuviera vacío. Me miró fijamente, acercó su boca a mi oído y me susurró: «Eloy está vivo». Tuve un escalofrío. Lo miré desconcertada, impactada, aturdida... Le pedí que se explicase y entonces su padre llegó y Eugenio se calló. Se marcharon y nunca me pudo aclarar aquellas palabras. Así que siempre he tenido dudas sobre lo que pasó.

—Señora Escartín, hay un registro de defunción que recoge la muerte accidental de Eloy Castán Calderón mientras manipulaba la escopeta de su padre —afirmé con seguridad—. Lo demás son habladurías, chismes sin fundamento y puede que incluso el deseo de un niño de once años que no aceptaba la muerte de su hermano.

—Mire, yo no sé cuál es la verdad, pero sé que la verdad se puede manipular. Antón era el guardia forestal del pueblo, un hombre respetado y con gran reputación. Su palabra era suficiente porque pertenecía a la ley, y disponía de recursos para encubrir la verdad si hubiera querido hacerlo... Hubo mucho secretismo en torno a ese accidente, no se hizo autopsia, no pudimos ver el cuerpo de Eloy cuando lo velamos, se le enterró con prisa. Luego Antón solicitó el traslado rápidamente y un par de meses después se marcharon del pueblo. ¿A usted no le parece raro? A los vecinos sí, por eso se habló tanto de aquello, y por eso sigue siendo un misterio que aún se comenta.

—No creo que haya ningún misterio, su propio hermano estaba con él,

fue un desgraciado accidente.

—O eso fue lo que le ordenó decir su padre.

—Las pruebas nos indican que Eloy está muerto, señora Escartín —expliqué, quizá demasiado rotunda, y varié el rumbo del interrogatorio—. ¿Sabe a dónde se marchó la familia?

—Lucila me contó que se trasladaban a un municipio madrileño, pero no me dijo el nombre y jamás he vuelto a saber de ellos.

—¿Y dónde podría encontrar a esas amigas de Eloy de las que me ha hablado?

—Ni idea, porque ninguna vive ya aquí. Se marcharon hace mucho tiempo, cuando se casaron.

—¿Recuerda a alguien más que se relacionara con ese grupo de chicos?

—No. Ahora mismo, no. —Negó con la cabeza, y los ojos empezaron a ponerse vidriosos—. Inspectora, desde luego que no sé qué ocurrió en realidad, pero he pensado a veces en ello y creo que todo lo que sucedió fue culpa de estos gamberros. —Señaló la foto, asintiendo repetidas veces—. Pobre Eloy, con lo buena persona que era... —Se le quebró la voz y dejó la frase suspendida en el aire. Nos quedamos en silencio, debía reconocer que la historia achicaba el corazón y te dejaba sin palabras.

—Si recuerda cualquier otra cosa, por favor, no dude en ponerse en contacto conmigo. —Le tendí mi tarjeta.

—Pero hablaré con usted, ¿verdad?

—Evidentemente. —La observé extrañada.

—Lo digo por la prensa. Ya sabe que anda por el pueblo intentando sonsacar a los vecinos. Ayer mismo me abordó un periodista haciéndose pasar por policía.

—¿Cómo? ¿Se hizo pasar por quien no era? —pregunté estupefacta; era lo que me quedaba por oír.

—Sí.

—¿Y cómo era físicamente ese hombre?

—Alto, moreno, bien parecido y muy sonriente. ¡Ah!, y tenía un pequeño lunar en la mejilla derecha. —¡Mierda!, era la descripción de Lucas—. Pero a

mí con las sonrisitas nadie me gana, y en cuanto me hizo la primera pregunta le pedí que se identificara, que seré vieja pero aún no chocheo. Entonces no le quedó más remedio que confesarme la verdad y le mandé al cuerno. A él no es a quien yo deba contarle nada.

—Hizo muy bien, lo que debía. —Me alegró la astucia con que contaba la señora—. Ahora me marcho —dije, poniéndome en pie—. Muchas gracias por la información, señora Escartín.

—Si sirve para hacer justicia, me alegro. —Se puso en pie también.

—Haremos todo lo posible por hacerla. —Asentí.

Abandoné la casa de Anunciación sin parar de hacerme preguntas, cientos de ellas, o quizás era la misma planteada de cien formas distintas: siendo Eloy como decía Anunciación que era, ¿por qué se juntó con semejante panda de gamberros? Entré en mi coche con todos los interrogantes dando vueltas en mi sesera más una idea clara: llamar la atención a Lucas. Se había pasado de la raya. ¿Cómo podía haber llegado a esos extremos, a hacerse pasar por quien no era? Me sulfuré pensándolo, arranqué y puse rumbo al cuartel de la Guardia Civil, debía informar a Bruno y al capitán Lemos de cuanto me había contado Anunciación.

Al pasar por la plaza del pueblo los astros se alinearon conmigo y descubrí a Lucas sentado en la terraza de un bar, junto a su inseparable compañero, el hombre-cámara. Aparqué el coche, pero antes de bajarme decidí llamar al cuartel para ir ganando tiempo. Contestó la voz bronca de Garmendia.

—Brigada, soy la inspectora Velázquez.

—Dígame.

—Quiero que busque más información sobre Eloy Castán Calderón. Necesito saber si se le hizo la autopsia, cuándo se le enterró y si podemos localizar a la familia. Por lo visto se mudaron a un municipio de la Comunidad de Madrid. El padre se llama Antón, la madre Lucila y el hermano Eugenio.

—Espere que lo estoy anotando —dijo, y guardamos silencio unos segundos—. Eloy se apellidaba Castán Calderón, así que su padre será Antón Castán y su madre Lucila Calderón. El hermano ha dicho que se llama Eugenio, ¿verdad?

—Sí, correcto.

—Pues ya lo tengo todo, ahora mismo me pongo a ello, inspectora.

—Gracias. En un rato estaré en el cuartel. —Colgué y me bajé del coche.

La terraza estaba llena, no había ni una sola mesa vacía, la gente quería disfrutar del agradable clima del verano. Lucas me vio llegar y desplegó su

sonrisa embaucadora, la que se ganaría a mucha gente, estaba convencida, pero no funcionaba conmigo.

—Buenas tardes, Lo... inspectora Velázquez —se corrigió.

Antes de responder eché un vistazo al interior del bar; estaba vacío.

—Te importa pasar conmigo adentro. —Señalé el lugar con la cabeza.

—Puedes sentarte aquí con nosotros, a Gonzalo no le importará, ¿a que no? —Miró a su compañero.

—Por supuesto que no —dijo el aludido de inmediato.

—Lucas, haz el favor de pasar al bar, tenemos que hablar —expresé autoritaria.

—Vale, si es una orden, obedeceré —dijo chistoso, levantándose y colgándose la bandolera al hombro.

Caminamos y entramos en el bar. Escogí la mesa más apartada de la puerta para sentarnos, lo que iba a tratar requería intimidad. El camarero llegó casi al mismo tiempo que nosotros tomábamos asiento, Lucas se pidió una jarra de cerveza y yo un refresco de naranja con mucho hielo.

—¿A qué se debe tanto misterio? —demandó sin perder el tono jocosos.

—¿De qué vas, Lucas? Me sigues, intentas sacarme información...

—Según tú, te acoso —me interrumpió.

—Sí, me acosas y además cometes un delito de suplantación de identidad. —Se quedó pálido al oírme—. ¿Quieres que te detenga?

—Ganas por meterme entre rejas parece que no te faltan. —En ese instante el camarero nos dejó las bebidas en la mesa y nos mantuvimos en silencio.

—¿Por qué te has hecho pasar por policía? ¿Tan desesperado estás? —le pregunté en cuanto volvimos a quedarnos solos.

—En realidad, sí —contestó algo avergonzado, pasándose la mano por el rostro—. Sé que ahora no me vas a creer, pero es la primera vez que hago algo así.

—¿Y por qué? —mi tono se alzó ante la incomprensión.

—¡Porque me presionan, joder! —escupió—. Mi jefe quiere abrir las noticias con algo sustancioso, quiere que la cadena ofrezca una exclusiva y

no para de tocarme los cojones. Quiere información de una puta vez, como sea, y yo... yo ando haciendo mis averiguaciones, ni más ni menos.

—Ten cuidado con tu forma de averiguar o me obligarás a tomar cartas en el asunto. —La severidad me cubrió el rostro.

—Hoy he averiguado muchas cosas, Lola. —Asintió, vaciló unos segundos y añadió—: Sé que estáis investigando sobre un campamento de verano que hubo en este pueblo, las víctimas se conocieron allí en su adolescencia y creéis que los asesinatos están relacionados con él.

Su revelación me dejó fuera de juego, no me la esperaba. Pero, de forma instantánea, la autoridad a la que estaba acogida volvió a armarme con su coraza.

—Como se te ocurra publicar algo de eso y pongas en peligro la investigación o la contaminas te denunciaré por obstrucción a la justicia —le expliqué, cargada de rabia.

—Primero acoso, ahora obstrucción, ¿algo más?

—Lucas, hablo muy en serio, es que no ves que el asesino puede seguir en el pueblo. Saca tus manazas de esto o ese cabrón volverá a quedar impune.

—¿Y qué me das a cambio de mi silencio? —demandó con un matiz de chulería, dándome a entender que él tenía la cuesta y las piedras de su parte.

—¿Cómo dices?! —formulé perpleja.

—Yo quiero ayudarte, pero tengo que hacerlo a cambio de algo, ¿lo entiendes? De veras que no quiero fastidiar nada, y menos a ti, pero tampoco puedo permitir que me jodan a mí y me dejen sin trabajo.

—Lucas, no me toques los ovarios. ¿Qué diantres quieres? —inquirí, un tanto furiosa.

—Dejar esas migajas a cambio de un buen plato. Guardaré silencio si me prometes que cuando lo cojáis me daréis la exclusiva.

—Me estás chantajeando y eso es otro delito, ¿lo sabes?

—Quiero ser políticamente correcto contigo, Lola, lo juro, pero no quiero acabar en la cola del paro.

—Bonita declaración de intenciones —advirtió mi sarcasmo.

—Es un acuerdo. Un buen acuerdo para ambos —expresó serio. No me



quedó más remedio que meditarlo un momento.

—Está bien, tú ganas —claudiqué, y solté un chorro de aire tan brusco que me levantó el cabello que caía sobre mi frente—. Pero los acuerdos verbales no me valen, así que lo quiero por escrito y firmado.

—¿No confías en mi palabra?

—Estoy haciendo tratos con el diablo, prefiero que quede constancia en papel.

—¡Joder, estoy flipando! ¡No me lo puedo creer! —espetó boquiabierto.

—Es lo que hay —sentencié.

—Está bien. —Su tono sonó a derrota y su rostro barajó una mezcla de resignación e incredulidad. Tomó su bandolera y sacó de ella unos folios y un bolígrafo, luego posó sus ojos en mí—. Tú dirás qué pongo.

Redacté unas palabras sencillas, claras y concisas, sin ambages ni ambigüedades, para que no pudiera haber lugar a dobles lecturas. Él fue anotando, pero lo hacía de mala gana, demostrándome con su actitud que estaba molesto por mi desconfianza, como si eso me preocupara lo más mínimo. Cuando acabó lo firmó y me lo pasó para que yo hiciese lo propio. Una vez rubricado le ofrecí mi mano.

—Trato hecho.

—¡Ah, no! —chistó—. Ahora yo tampoco puedo confiar en ti, así que también me vas a firmar otro papelito que voy a redactar ahora mismo —dijo, empezando a escribir en otro folio las mismas palabras.

—Me parece justo.

En unos minutos Lucas terminó y volvimos a rubricarlo. Cada uno cogimos nuestro compromiso y lo pusimos a buen recaudo.

—Quiero que sepas, aunque te cueste creerlo, que nosotros, los periodistas, también ayudamos a la policía con sus investigaciones —declaró muy digno. Yo mostré una sonrisa irónica.

—Siento tirarte por tierra tu idea, pero no comparto tu opinión.

—Porque estás cegada con lo que te sucedió.

—Falso, listillo, me baso en múltiples casos —contradije, y expliqué—: Muchas veces los periodistas entorpecéis la investigación por largar más de la

cuenta o lo que no debéis. Por no hablar de que hacéis programas que llamáis de investigación y casi siempre los convertís en un espectáculo que distorsiona la realidad.

—Eso no es siempre así —siseó—. Ese es tu problema, que generalizas.

—No, el problema es que vosotros soléis tender emboscadas a la policía.

—¿Emboscadas? Pero ¿qué coño dices? —preguntó perplejo.

—Lo que oyes —confirmé—. Todo lo impregnáis con un ardid publicitario y sensacionalista, no para ayudarnos, sino para ganar audiencia o lectores. Vosotros no os ponéis en nuestra piel. Vosotros estáis de pie en la escalinata, cuestionándonos, engañando a la gente sobre nuestro trabajo, tocándoos los huevos mientras nosotros, la poli, se parte la espalda para protegeros de todos los indeseables que nos rodean.

—¡Joder! Te habrás quedado a gusto. —Silbó—. ¿Tengo derecho a réplica?

—Di lo que quieras. —Eché un trago al refresco, se me había reseado la garganta.

—Pues te equivocas, Lola. Siento mucho decírtelo pero no llevas razón —reiteró—. Dentro de este mundo hay de todo, grandes profesionales y otros que solo buscan noticias sensacionalistas, a costa de lo que sea. Estoy harto de que a todos se nos meta en el mismo saco, la prensa profesional solo trata de ayudar a la policía, está de vuestra parte. Sin embargo, por comentarios como el que acabas de largar tú, quedándote tan ancha, yo he tenido que oír insultos que me han dolido mucho, como por ejemplo que somos mercaderes de carroña.

—Es un insulto feo y lacerante, tanto como llamarme a mí negligente y pedir que me cesaran de mi cargo.

—Yo nunca lo hice, joder —enunció subiendo el tono—. En más de una ocasión incluso saqué la cara por ti.

—¿Y por qué? ¿Qué pretendías? ¿Buscabas mi reconocimiento? ¿Un premio? ¿Querías que te gratificara en la intimidad?

—¡No, claro que no! —espetó con asombro—. ¿Por qué eres tan retorcida?

—Quizá porque conozco tu extenso currículum con las mujeres.

—Pues aquí eso no tiene nada que ver, ¿de acuerdo? —Lucas se puso serio—. Simplemente me posicioné de tu parte porque no me gustan las lapidaciones.

Lo observé en silencio, meditando.

—Vale, igual llevas razón y tú no fuiste de los que más me atacó — admití con sinceridad.

—¡Vaya! —Silbó—. Si eso es un agradecimiento en tu lenguaje, me dejas sin palabras. Porque tú fuiste, precisamente, una de las que usó ese insulto tan feo.

—¿Yo? —pregunté aturdida. No lo recordaba.

—Sí, tú. ¿No crees que es exagerado?

Solté una bocanada de aire mientras pensaba.

—Quizás un poco, sí. O al menos en tu caso —aclaré.

—¡Coño! No puedo creer lo que acabo de oír. —Me observó patidifuso.

—Pues cierra la boca antes de que cambie de opinión. ¿De acuerdo?

—A sus órdenes, inspectora —dijo mostrándome un saludo militar, sonriendo antes de echar un trago de cerveza.

De camino al cuartel repasé mentalmente la conversación que había mantenido con Anunciación. Al llegar, antes de bajarme del coche, cogí el móvil y llamé al comisario Torres, debía ponerle al corriente de lo sucedido, incluido mi trato con Lucas. La conversación fue directa al grano, sin preámbulos, así que en un par de minutos ya le había contado los avances en la investigación. Entonces le mencioné mi acuerdo con el periodista, algo que primero le molestó, al considerarlo un chantaje, pero enseguida comprendió que era una forma de controlar a una parte de los medios de comunicación. Finalmente le anuncié que a las nueve menos cuarto del lunes estaría en la puerta del bufete esperando la orden de registro. Tras despedirnos, colgué.

Entré en el cuartel y saludé a Garmendia y a Turza, que andaban por la recepción enfrascados en su trabajo. Caminé hasta el fondo del pasillo y entré en nuestro despacho. Bruno y el capitán Lemos estaban frente a la pizarra y, por lo poco que oí, deduje que intercambiaban pareceres sobre el caso. Tras un rápido saludo les conté lo que me había dicho Anunciación. Bruno y Lemos me escuchaban expectantes, sin intervenir en ningún momento para no interrumpir mi relato y asimilando cuanto decía. Pero en cuanto mencioné las dudas de los vecinos con respecto a la muerte de Eloy, el capitán dijo:

—Me molesta que se pongan en duda ese tipo de cosas, esas habladurías pueden provocar mucho dolor en la familia. —Calló un segundo, pensativo—. Pero si realmente no se hizo una autopsia, si no se siguieron los cauces correctos, eso me enojaría más.

—Pues según la señora Escartín todo fue rápido y poco transparente —advertí—. Por eso le pedí al brigada que indagara sobre ello y sobre la familia. Desde que he hablado con ella no he parado de hacerme preguntas, porque hay muchas cosas que no entiendo. Por ejemplo, si Eloy era tímido y reservado y apenas se relacionaba con los chicos del pueblo, ¿por qué se hizo amigo de unos desconocidos tan diferentes a él?

—La vecina te ha dicho que fue por las chicas —respondió Bruno.

—Sí, pero tú mira la foto —dije, mostrándola de nuevo—. No hay ninguna chica. Solo veo a un grupo de jóvenes a gusto y divirtiéndose.

—Igual los chicos del campamento no se burlaban de Eloy como los del pueblo —opinó el capitán—. O les cayó bien y por eso se juntó con ellos.

—Después de cómo han descrito el señor Arjona y la señora Escartín a esa panda, dudo que no se burlasen de Eloy; eran un grupo de vándalos sin sentimientos. Y eso me hace pensar en lo que dijo Anunciación: que ellos fueron los que provocaron el cambio de Eloy. ¿Cómo influyeron sobre él? ¿Qué pasó? Y no puedo dejar de pensar en su hermano, el tal Eugenio, que vio morir a Eloy. Según la señora Escartín, Eugenio adoraba a su hermano, siempre iba con él, era su sombra. Igual fue quien hizo la fotografía —dije posando los ojos en ella—. Él es una de las piezas que falta en este caso.

—Es muy posible —convino Bruno.

—¿Recuerdas lo que nos dijo la hermana de Eneko? —le pregunté—. Nos contó que su hermano no quería mencionar nada sobre el campamento, que eludía el tema y ni siquiera mantuvo el contacto con los amigos que hizo en él. Es probable que ese sitio le trajera malos recuerdos y por eso no quería mencionarlo. —Exhalé una bocanada de aire—. Nos faltan muchos datos, lo sé, pero cada vez estoy más convencida de que todo esto tiene que ver con algo que pasó en ese campamento. ¿Y si lo que ocurrió provocó el cambio de actitud de Eloy que menciona la señora Escartín? ¿Y si Eloy se quitó la vida y no murió por accidente?

—Inspectora, la versión oficial, la que cuenta, dice que Eloy murió de forma accidental. Hay un informe policial. —Lemos habló con firmeza.

—Un informe escrito a mano en lugar de a máquina, algo nada habitual, el único redactado así, ¿por qué motivo? —demandé, clavándole los ojos.

—No tengo ni idea —contestó el capitán.

—¿Quizá porque lo falsificaron?

—¿Y por qué razón iban a hacer algo así? —me preguntó, confuso.

—Probablemente porque el informe no cuenta la verdad.

—Inspectora, esa es una acusación muy grave, está hablando de un delito —avisó serio, más bien molesto—. Seguramente haya una explicación al respecto. Igual se les estropeó la máquina de escribir. Yo qué sé. Le recomiendo que no se deje influir por las habladurías del pueblo, ya sabe cómo es la gente.

—También sé que hay un refrán que dice «Cuando el río suena, agua lleva». —Me di cuenta de que lo acababa de decir en alto y que mi actitud podía parecer un ataque al capitán. Debía parar; él sabía lo mismo que nosotros—. Discúlpeme. Trato de sacar conclusiones y me he dejado llevar por las suposiciones en lugar de por las pruebas. —De nuevo volví a mirar la fotografía—. Aún queda una persona de la que no sabemos nada, Roberto. Bueno, dos si incluimos al que hizo la foto.

—Eugenio, el hermano de Eloy —apostilló Bruno.

—Eso creo yo —afirmé—. Pero la cuestión es: ¿son dos víctimas más o uno de ellos es nuestro verdugo?

—¿Crees que Eugenio puede estar detrás de todo esto, que puede ser el asesino? —preguntó Bruno.

—Sí, es una posibilidad. De los únicos que no tenemos información es de él y de Roberto. —En mi cabeza, sin que yo pudiera evitarlo, casi escuché aquellas palabras que, según Anunciación Escartín le había dicho Eugenio antes de marcharse: «Eloy está vivo», pero decidí reservármelas para mí. Como le había dicho a la propia señora Escartín, lo más probable es que fuera un delirio del muchacho, afectado por la pérdida de su hermano.

—Seguimos barajando hipótesis —afirmó Bruno con un resoplido—. Pero a lo mejor el lunes, en el bufete, podemos descubrir algo importante.

En ese momento la puerta se abrió y Garmendia entró con papeles en la mano y cara de no portar buenas noticias.

—He encontrado todo lo que me ha pedido sobre Eloy Castán Calderón, o casi todo —puntualizó.

—Cuenta —hablé apresurada.

—En ningún sitio consta que se hiciera la autopsia, y sé que no pudo hacerse porque se le enterró al día siguiente, poco más de veinticuatro horas después de morir.

—Es obvio que no hubo autopsia —declaró Lemos con tono de decepción.

—Otra irregularidad —anuncié.

El capitán asintió, los ojos de Bruno me pidieron calma.

—En cuanto a la familia —prosiguió el brigada—, la he encontrado, pero

a medias.

—¿Cómo que a medias? —pregunté extrañada.

—Sus padres fallecieron hace algo más de cuatro años, en un municipio de la sierra madrileña, Cercedilla, donde residían desde finales de octubre de 1990. Además, según consta en el registro, murieron en un periodo de tiempo corto. Primero falleció Antón Castán y luego Lucila Calderón.

—¿Y su hermano?

—Ahí viene lo raro. Con el nombre de Eugenio Castán Calderón no existe nadie.

—¿Cómo dice? —demandé confusa.

—Está la inscripción del nacimiento, pero después nada, como si no existiera —respondió—. Lo he comprobado una y otra vez, no es un error.

—Eso solo puede significar que se ha cambiado de identidad —avisé veloz.

—Eso parece —advirtió Lemos.

—¿Y cómo pudo hacerlo? —preguntó Garmendia—. Porque hace mucho tiempo, y entonces falsificar ese tipo de documentación no era tan fácil como ahora con las nuevas tecnologías.

—No tengo ni idea. Pero eso le hace parecer más culpable —respondí—. ¿Por qué querría alguien ocultar su identidad si no?

—Es muy posible. —Asintió el capitán—. Avalo su teoría, inspectora, creo que Eugenio Castán Calderón acaba de convertirse en nuestro principal sospechoso.

—Al menos ya tenemos alguien a quien buscar. Espero que el lunes, en ese bufete, algo nos ponga sobre su pista —anuncié esperanzada.

—Yo también lo espero —comentó Lemos, y se marchó a su despacho.

Apenas conocía al capitán, pero se notaba que estaba afectado por las anomalías legales que estaban surgiendo en torno a la muerte de Eloy.

Me acerqué a la máquina de bebidas calientes. No sabía cuántos cafés llevaba encima, pero bastaban para mantenerme bien despierta. De nuevo me saqué un expreso, y esta vez decidí salir un momento a fumarme un cigarro. Había quien acompañaba al café con bizcocho o pastas, yo prefería hacerlo

con una buena ración de nicotina. Mientras fumaba, medité. Todo apuntaba a que el supuesto asesino era Eugenio Castán Calderón, de hecho, por algo se habría cambiado de identidad. Pero ¿bajo qué nombre se escondía Eugenio? No teníamos la más remota idea. Aunque él tampoco conocía nuestro hallazgo, la marca al agua que señalaba a un bufete de abogados de Madrid. De allí habían salido los folios en los que se escribieron las notas, así que existía la posibilidad de que hubiera sido él y trabajara allí con otra identidad. Si estábamos en el camino correcto, todo parecía indicar que Eugenio buscaba vengarse por algo que ocurrió en el campamento, algo en lo que estaba involucrado su hermano Eloy. Pero, de ser así, nunca debió tomarse la justicia por su mano. Por mucho dolor que sintamos, no debemos sacar lo peor de nosotros, la bestia que llevamos dentro, nuestro lado más oscuro. El mundo no puede ser gobernado por el caos, sino por el orden.

A punto de terminarme el pitillo, del que había saboreado cada una de sus caladas, sonó mi móvil.

—Hola, mamá —dije apagando la colilla.

—¿No pensabas llamarme? Llevo días sin saber de ti, Lola —protestó, aunque sin acritud.

—Estoy muy liada, de veras, no es que me haya olvidado de ti.

—De acuerdo, lo entiendo —declaró con su habitual comprensión—. ¿Y cómo va todo? ¿Hay avances en tu investigación?

—Estamos en ello.

—No sé si lo sabes, pero no paran de hablar del tema. Da igual que sea en la televisión, en la radio o en los periódicos, no dejan de comentar los tres asesinatos.

—Casi prefiero no saber lo que cuentan.

—Tranquila, esta vez nadie te menciona.

—De momento. Veremos cuánto dura.

—Esperemos que no se den cuenta de que tú estás al mando del caso. Porque en verdad es espantoso, tres crímenes en poco más de setenta y dos horas, y en el mismo municipio —declaró afectada.

—Sí, lo es. Ha alterado la vida del pueblo por completo.

—Ojalá cojáis pronto al asesino.



—Eso espero.

—Y, cambiando de tema, sé que llamaste a tu padre, me lo dijo.

—Te lo prometí, y nunca faltó a mis promesas —le recordé.

—¿Y qué tal fue?

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

—Lo hice, pero esquivó el tema.

—Pues ya puedes hacerte una idea de cómo fue. No sé por qué preguntas.

—Lo que me pregunto es hasta cuándo, Lola. Cuándo vais a bajaros de vuestro orgullo y a ceder, aunque sea un poquito.

—No sé qué quieres que te diga. A mí no me importaría, pero él no pone de su parte.

—Ni tú pones de la tuya, hija. —Suspiró—. Tenéis un carácter tan condenadamente parecido.

—Sí, pero él no es así de duro con la gente, solo conmigo.

—Igual que haces tú —me reprochó—. Yo no te he visto tratar a nadie con la frialdad que a tu padre. Él tiene sus fallos y tú los tuyos, todos los vemos excepto vosotros, que solo veis las faltas del otro y no asumís las vuestras.

—Mamá, no es que quiera colgarte, pero tengo mucho trabajo —dije con la intención de zanjar la conversación—. El tema es complejo, ya lo sabes. En cuanto a mí, estoy bien, no te preocupes, de veras.

—Hablaremos en otro momento. Cuídate, Lola, y recuerda que vales mucho. Te quiero, hija.

—Y yo a ti, mamá. *Chao*.

Medité sus últimas palabras, ese «recuerda que vales mucho». Mi madre tuvo la valentía de darme un buen tirón de orejas cuando atravesaba mi peor momento, cuando me atreví a decir en voz alta lo que mi conciencia no paraba de repetirme, cuando puse en tela de juicio mi valía e inicié mi declive. Hasta ese momento mi madre solo había estado consolándome, prestándome su hombro, sus brazos y su amor materno e infinito. Pero cuando me oyó decir aquello no me dio un reconfortante abrazo ni me regaló frases de aliento, me recriminó mi comportamiento de rendición. Sus palabras

me zarandearon entonces y todavía seguían haciéndolo cuando las recordaba.

—Lola, por favor, reacciona —me exigió—. No te rindas, lucha, no le des la razón a tu padre, por favor.

—¿Y para qué lucho? Mejor dicho, ¿para quién? No tengo a nadie a mi lado.

—Nos tienes a todos nosotros, tu familia —explicó con asombro.

—No a mi padre. A él lo perdí por querer ser policía. Y ahora me doy cuenta de que no valgo para esta profesión.

—Ni se te ocurra decir tal tontería —me regañó.

—Vete, mamá, por favor, te lo ruego —gimoteé.

—Pero, hija...

—¡Vete! —grité.

Mi madre cogió su bolso en silencio mientras yo contenía el llanto y me aovillaba en el sofá del salón. Antes de abandonar la estancia se detuvo en la puerta, giró sobre sus talones y me dijo:

—Lola, tu padre se ha equivocado en muchas cosas contigo, lo quiero mucho pero es la verdad. Pensó que no aprobarías la oposición de ingreso en la Academia de Policía, y falló. Después creyó que no estarías preparada para las duras pruebas físicas, y de nuevo erró. Luego le ocurrió lo mismo cuando empezaste en Homicidios, no te veía capaz y estaba a la espera de que fracasaras y fueras en su busca para revelárselo. Pero tú siempre has trabajado duro para conseguir lo que querías, te formaste en tu vocación y jamás has precisado de la ayuda de nadie, siempre has tenido tus propios recursos. Me enorgullezco de ti, y él sabe que se equivocó. Pero reconocerlo le cuesta mucho, tanto como a ti allanarle el camino para que pueda hacerlo. Sois tal para cual. —Asintió, cavilando—. Continuamente has querido hacer lo contrario de lo que tu padre te decía; de hecho, ibas a hacerlo de cabeza. Ha sido un pulso constante desde que anunciaste tu decisión de ser policía, y es así porque los dos sois igual de orgullosos, lo lleváis en el ADN.

—Ahora será feliz cuando sepa que él llevaba razón y yo no valgo para esto.

—Mira, Lola, solo hay una cosa en la que puedo darle la razón a tu padre, a él nunca le gustó tu marido, y en eso no se equivocó. Ninguno intuimos que

era un celoso posesivo salvo él. Nada más que en eso puedo decir que estuvo acertado, hija, y no me apetece tener que decirle de nuevo que está en lo cierto. ¿Me entiendes?

—Déjame sola, mamá —le pedí suplicante.

Y ella se marchó obediente, aunque imaginaba que rota. Tan rota como me encontraba yo en ese instante sin saber qué deseaba hacer con mi vida, si quería seguir en la policía, si valía para ello, si era lo más apropiado para mí continuar sacrificándolo todo por un cuerpo que me había robado los mejores años, los mejores momentos, lo mejor de mí. Miré de nuevo el periódico, la fotografía que mostraba mi rostro y el titular que la acompañaba: «Dolores Velázquez, la inspectora al cargo del asesinato de Gonzalo Montero Pérez, lleva meses en tratamiento psicológico». Rompí a llorar con fuerza, hundida, sin dejar de preguntarme cómo se habían atrevido a hacer pública mi imagen y mi nombre, cómo habían tenido la osadía de vulnerar mi derecho a la intimidad.

Estaba muy cerca de la casa de Germán. Antes de bajarme del coche decidí mandarle un *whatsapp* a Martina para avisarla de mi llegada.

Hola, Martina, mañana llego a Madrid. Va a ser algo rápido y corto, pero me gustaría cenar contigo.  
Además te lo debo, el otro día te di plantón y tengo algo que contarte. Deja a Rafa de niñero y vente a mi casa.  
18:32

El doble tic en azul me confirmó que lo había leído, y esperé su respuesta.

Mañana estoy en tu casa para darte un achuchón y someterte al tercer grado. Espero que no sea ninguna gilipollez con Bruno, porque entonces en lugar de darte un achuchón te suelto un bofetón. ¿A qué hora voy?  
¿Y llevo palomitas o el rodillo?  
:)  
18:33

Deja guardado el rodillo y tráete

un buen cubo de palomitas que la historia promete. Te quiero en casa a las siete de la tarde, y dile a Rafa que igual llegas tarde a dormir. Y a Bruno que le parta un rayo, o dos, me da igual.  
18:34

Mamma mia, ¿qué has hecho, mujer? ¿Has echado un polvo? ¿Un trío? ¡Habla, xD!  
18:34

Ahora no puedo contarte más, pero te prometo que es bueno. Y que sepas que más de dos en la cama son multitud y a mí la muchedumbre no me gusta.  
Chao.

19:38

¡¡¡JODER!!! ¡Hay cama! :) :) :)  
19:39

Antes de guardar el móvil contemplé la foto de la pantalla, en la que aparecíamos Martina y yo ayudando a soplar las seis velas de sus mellizas: Anabel y Gloria. Era una foto tierna que me recordaba lo cariñosas que eran las niñas, que siempre me llamaban «tita» y me recibían felices, con los brazos abiertos y con montones de besos. La evocación me arrancó una sonrisa sin darme cuenta. Me apeé, borrando todo eso de mi cabeza; ahora mi prioridad tenía nombre masculino: Germán. Mis ganas por estar con él se

duplicaban por segundos. El deseo que sentía por retomar lo nuestro crecía a una velocidad temeraria y vertiginosa, aunque jugaba con la ventaja de saber a lo que me enfrentaba. En mi paladar aún remoloneaba el sabor de su pasión, una embocadura tan dulce que me había dejado con anhelo de más.

Germán me recibió con una bonita sonrisa que de inmediato posó en mis labios con una apetencia tremenda.

—Oye, yo venía aquí a cenar, no a ser la cena —comenté sonriendo.

—Tú eres la responsable de que quiera comerte. Desde que me dijiste que pensabas pasar la noche aquí no he podido pensar en otra cosa.

Germán me besó encendido, tanto como empecé a sentirme yo. Los dos sabíamos lo que queríamos: devorarnos, y no hacía falta añadir más. Entrelazó su mano a la mía, tiró de ella con suavidad y caminamos un corto camino hasta adentramos en su habitación. Blanca, moderna, grande, limpia y ordenada. Al menos así era lo poco que me dio tiempo a ver, porque con premura nuestros cuerpos se enredaron en la cama y dieron rienda suelta a la vehemencia.

—Me encanta hacer el amor contigo. —Me besó con ternura y a continuación se apartó de mí y se dejó caer al lado.

—A mí también. —Sonreí, y me coloqué de medio lado para mirarlo.

—Que la vida nos haya vuelto a juntar ha sido un regalo, Lola. —Germán también se puso frente a mí, me contempló serio y añadió—: Eres la mujer de la que más grato recuerdo conservo.

—¿Eso se lo dices a todas? —bromeé.

—Eso solo te lo he dicho a ti. —En su mirada se instaló la tristeza—. Ya te dije que no he tenido mucha suerte en el amor.

—Yo tampoco, y también te lo dije. Incluso te hablé de los tipos tan majos con los que me he topado —ironicé.

—Bueno, tanto como hablar... Me comentaste, un poco por encima, algo de tu fugaz matrimonio, de un hombre con el que pensabas casarte pero te traicionó y de la relación que tuviste con un cabrón que te ocultó que estaba casado y a punto de ser padre.

—¿Y quieres que profundice? —le demandé extrañada.

—No me importaría; quiero saberlo todo de ti. —Me acarició la mejilla

con la mano—. Pero ¿tú quieres hacerlo?

—No tengo ningún problema en explicarte esa parte de mi vida.

—Entonces adelante, soy todo oídos, Lola.

—Está bien. ¿Recuerdas el compañero con el que fui el otro día a tu hotel?

—¿Has estado con él? —preguntó de inmediato.

—Así es. —Asentí—. Estuvimos prometidos y con planes de boda. Él fue quien te dije que me engañó con otra.

—Estúpido gilipollas —siseó—. ¿Y puedes trabajar con semejante cretino?

—Llevaba sin verlo y sin saber de él desde entonces, hace más de catorce años. Pero no voy a ser cínica, a pesar del tiempo que ha pasado, me cuesta estar junto a él.

—Menudo capullo.

—Para capullo mi exmarido, eso es innegable. Al principio era un hombre maravilloso, de veras, pero cambió un par de meses después de casarnos.

—¿Por qué?

—No sé. —Me encogí de hombros—. Pasó de elogiarme por mi trabajo a reprobarme por mi conducta. Empezó a decirme que fuera más recatada a la comisaría, alegando que era por mi bien, al fin y al cabo estaba en un mundo de hombres. En un principio no le di importancia, o no quise hacerlo y me convencí de que solo quería protegerme. Luego empezó a controlarme el teléfono, los mensajes, las redes sociales, las salidas con las amigas... Y yo quise creer que lo hacía porque se preocupaba de mí, pero después pensé que era porque desconfiaba.

—¿De qué?

—Eso mismo me pregunté yo. ¿De qué? ¿Por qué? ¿Por qué se había vuelto celoso? ¿Cuándo había cambiado? ¿Qué motivos le daba yo para desconfiar? —Suspiré—. No encontraba respuesta a ninguna de las preguntas porque no la había; y un día me rebelé. Me enfrenté a él porque yo podía vestir como me diera la gana, porque podía chatear con el móvil, tener amigos virtuales, salir a tomar algo con mis amigas... Estaba en mi derecho

de hacer todo eso. ¿Y sabes qué hizo él?

—Ni idea.

—Me soltó un bofetón —le confesé. Era a la segunda persona a quien que se lo contaba, solo lo sabía Martina.

—¿Te pegó, el muy cabrón? —preguntó sorprendido.

—Sí —afirmé—. Pero ese único bofetón bastó para que yo lo dejara de inmediato. El que pega una vez, pega mil más.

—Y lo denunciaste —anunció, dándolo por hecho.

—No —dije tajante.

—Pero ¿por qué? Si eres policía —manifestó confuso.

—Por eso mismo, Germán. No lo denuncié porque no quería que nadie se enterase en la comisaría, por vergüenza. Desde la primera vez que intentó controlarme con la ropa yo no se lo tenía que haber permitido, tenía que haberme dado cuenta de que era un maldito controlador, un machista, un celoso, un manipulador... Así es como empiezan todos los maltratadores, intentando anularte como persona para tenerte a su merced. Conozco la teoría al dedillo y en la práctica voy y caigo como una idiota. No tenía ganas de cuchicheos a mis espaldas.

—Pues no me parece nada bien que no lo denunciaras —me reprobó con adustez.

—La conversación no trata de lo que a ti te parece bien o mal, me has pedido que te hable más a fondo de mis relaciones y eso es lo que estoy haciendo. Pero podemos dejarlo si quieres.

—No te molestes, por favor, perdóname. —Acercó su boca a mis labios y me besó—. Termina, Lola.

—Unos años después conocí a un comercial farmacéutico que parecía el hombre perfecto. Después de más de seis meses viéndonos casi a diario, cuando mis sentimientos empezaban a echar raíces en una nueva relación, descubrí que estaba casado y a punto de ser padre. ¿Y sabes qué es lo que más recuerdo de esa historia?

—Que era un hijo de puta.

—Con todas las letras, desde luego —convine con él, medio sonriendo—. No, lo que más recuerdo es el resonante bofetón que le di, con el que le ladeé



la cabeza. Me hice daño en la mano y todo. —Terminé riendo.

—Se lo había ganado a pulso. En realidad se merecía mucho más. —Me miró sin desprenderse de la seriedad con la que se había cubierto—. Has tenido la desgracia de topar con tres canallas. Parece que tienes un imán para atraer a esa clase de tipos.

—Debe de ser que sí, porque no se libra uno.

—¿Ni yo? —demandó expectante.

—Tú no cuentas.

—¿Por qué no? —Arrugó el entrecejo, extrañado.

—Porque nosotros no tuvimos una relación, solo fue una aventura de más o menos un par de semanas.

—Tú no quisiste tener nada más —me recordó. Suspiré hondo mientras me hundía en su mirada color miel que no se separaba de mis ojos.

—Igual porque fui estúpida —declaré, reprendiéndome mentalmente con dureza.

—Yo sí que fui un capullo por convencerme de tu decisión y no intentar disuadirte. Nunca tuve que dejar escapar un tesoro como tú. —Me acarició el cabello.

—¿Soy un tesoro? —pregunté divertida, aunque también sorprendida a la par que halagada. Si bien esos sentimientos no los mostré.

—Para mí siempre lo fuiste, Lola —respondió sin vacilar. De nuevo se acercó a mi boca y nos besamos con dulzura.

—Y tú, ¿no encontraste otros tesoros a lo largo de tu viaje?

Germán me sostuvo la mirada, callado. Su silencio era tan brusco que le tensó las facciones y cuajó en su retina una imperante tristeza mezclada con un halo de remordimiento. Ese sonido mudo y a la par ensordecedor dejó el ambiente frío, casi lo congeló.

—Puede que los encontrara, pero igual fui un imbécil y no los quise ver —contestó por fin, descendiendo la cabeza—. Sé que he hecho daño a alguna de las mujeres con las que he estado, aunque no lo he hecho adrede. Y ese ha sido siempre mi problema, no hacer nada, ni siquiera a propósito —siseó, levantando la vista. Sus ojos estaban impregnados de una especie de vergüenza y resignación—. ¿Sabes lo único que he hecho? Seguir con mi

vida sin preocuparme de nada o de nadie más. Porque eso también se me ha dado bien, no ser capaz de acoplarme a la otra parte ha sido mi especialidad. Y claro, como es normal, la otra parte siempre se cansaba de esperar mis movimientos y de ceder su espacio. —Suspiró profundo, me dio la impresión que controlando el nudo que se había formado en su garganta.

—Tranquilo, Germán. —Le acaricié el rostro.

—Sé que tengo más defectos que virtudes, y ahora, llegado a esta edad, soy mucho más consciente de ello —prosiguió con gravedad—. Quizá porque he hecho análisis de conciencia, conozco mis fallos e intento enmendarlos. Quiero corregirlos porque echo en falta tener a alguien a mi lado. Alguien con quien hablar, con quien compartir, a quien cocinar, a quien amar... Alguien que llene ese lugar de la cama que ahora estás ocupando tú y que me encanta, Lola.

Germán me dejó sin palabras con su confesión a corazón abierto y, siendo espectador de mi mutismo, volvió a acercarse a mi boca y posó sus cálidos labios en ella. Nos besamos. Lo hicimos repetidas veces. El beso era cada vez más largo, más necesitado de afecto y comprensión. Mientras nuestros carentes labios no paraban de entregarse, pensé que a Germán le ocurría lo mismo que a mí. Los dos estábamos metidos en los cuarenta y nos sentíamos solos, nos veíamos sin pareja y precisábamos compañía. Quizá llevábamos años buscando lo que perdimos aquella primera vez que nos amamos, y saber que ahora la vida nos daba otra oportunidad nos hacía necesitarnos más el uno del otro. Era mi suposición, y quería cerciorarme de si a él le estaba ocurriendo lo mismo. Arrimé mi cuerpo al suyo para ver con qué respuesta me encontraba; si con la carnal o con la emocional. Llegó de inmediato y en forma de abrazo; uno estrecho, acogedor, reconfortante, que iba más allá de lo pasional y corroboró mi deducción. Desnudar el alma te hacía sentir vulnerable, y nosotros nos encontrábamos desnudos de los pies a la cabeza y de la piel al corazón, por dentro y por fuera. Nuestros cuerpos se acariciaron, buscando cobijo y protección; Germán estaba tan necesitado como yo, ambos éramos dos almas solitarias en busca de cariño y amor.

## El Cerebro

Por mucho que hubiera crecido este municipio, por muy grande que fuera ahora, Lagos del Pino seguía siendo lo que siempre había sido: un pueblo. Y en los pueblos la gente se conoce, las noticias corren como la pólvora, siempre hay cotilleos y es muy difícil guardar secretos. «Pueblo chico, infierno grande», decía un dicho, y qué cierto era. Por eso, y sin apenas preguntar, habían llegado a mis oídos las novedades y los avances en la investigación policial. Por lo visto, los de Homicidios habían encontrado la fotografía de unos jóvenes en un campamento de verano, en este pueblo, en 1990. Eran *vox populi* las visitas que la inspectora Velázquez había hecho a Sebastián Arjona y a Anunciación Escartín. También se comentaba que mantenía una relación con un gerente del hotel HV, como si para mí eso fuera una noticia importante. Lo que despertaba mi inquietud era la visita que la inspectora había hecho a Anunciación. Estaba convencido de que la mujer le había contado cosas que podían ponernos en peligro a Eugenio y a mí.

De nuevo miré por el ventanal del salón con vistas al lago, una viciada costumbre de la que no podía desengancharme. Pensé en la investigación policial, pues no paraba de preguntarme qué habrían averiguado y cuántas piezas del puzle tendrían encajadas. Por lo visto, los inspectores de Homicidios se marchaban a Madrid tras una pista: ¿Los llevaría ese rastro a Roberto? ¿Sabían quién era y dónde encontrarlo? ¿Confesaría la verdad si se veía acorralado? ¿Me delataría, aun sabiendo que de ese modo ponía en peligro a su familia? Cada vez estaba más convencido de que se iría de la lengua, no me cabía duda. Roberto me había demostrado que era un puto egoísta, pues le faltó tiempo para follarse a Penélope en cuanto ella se cruzó en su camino. Había incumplido la promesa que le hizo a su mujer, echando a perder la única oportunidad que ella le había dado. ¿Acaso pensó en su familia en ese momento? Por supuesto que no, solo pensó en él, en su disfrute. Le puse a prueba y falló. Falló porque Roberto es débil, no tiene fuerza de voluntad, y los débiles solo buscan salvar su culo. Pensándolo, la

rabia anidó en mis vísceras. Ya no podía confiar en él.

Tras unos minutos de reflexión, decidí ir también a Madrid. No tenía ni idea de qué buscaba la policía allí, pero yo sí sabía lo que quería: que Roberto muriera. Pero para poder llevar a cabo mi plan necesitaba ayuda, y Pedro entró de golpe en mi cabeza. Conocí a Pedro Fuentes en la misma clínica de desintoxicación que a Roberto, estaba allí para curarse de su adicción al alcohol. Era narcotraficante, pero decía que no se metía nada de eso porque ya tenía bastante con chutarse la insulina para tratar su diabetes. Forjamos una buena amistad que no habíamos perdido a día de hoy. Manteníamos el contacto por teléfono y en alguna ocasión nos habíamos visto. Habíamos hablado por última vez hacía un par de semanas, cuando celebraba que llevaba sobrio cuatrocientos cincuenta días. Siempre me decía que contase con él para lo que fuera, y sabía que él podía conseguirme lo que precisaba; había llegado el momento de que me lo demostrara.

Mientras me duchaba, Germán, que ya había hecho lo propio, preparó una cena ligera. Cuando llegué al salón, lugar elegido para la velada, me fascinó verle vestido con unos vaqueros que le sentaban de muerte, con su fibroso pecho al descubierto y descalzo. Justo en ese instante estaba llenando nuestras copas con un cava rosado que tenía pinta de estar exquisito. Cubierta solo con el albornoz, tomé asiento ante una mesa ocupada por distintas viandas. Mientras cenábamos, observé el salón con detenimiento. También predominaba el blanco, pero con algún tono gris claro. Pensé que a Germán debía de gustarle mucho esa tonalidad, porque aunque no había visto la casa al completo, presentía que el blanco era el color principal. Me llamó tanto la atención que me asaltó la curiosidad.

—Parece que el blanco es tu color favorito, ¿por qué?

—Dímelo tú. Tú eres la inspectora, la que investiga y saca conclusiones. —Indagó en mi mirada—. ¿A qué crees que se debe mi fijación por el blanco?

—De modo que es una fijación.

—No, claro que no. Alguna mujer me lo ha llegado a decir, pero no llevaba razón. No es una obsesión, solo me gusta mucho.

—¿Te gusta porque es un color carente de expresión? —Bebí un trago de cava.

—¿Cómo?! —Arrugó el entrecejo—. Vamos, Lola, piensa, haz trabajar a ese cerebritito prodigioso que tienes mientras yo traigo otra botella de cava.

—¿Ya nos hemos bebido una? —pregunté sorprendida.

—Sí. —Me mostró la botella vacía y se ausentó a la cocina.

Seguí dándole vueltas a su pregunta y nada más verlo aparecer le dije:

—No sé, Germán, no tengo ni idea de por qué te gusta tanto el blanco. Soy inspectora, no adivina.

Sin decir una palabra descorchó la botella de cava, me llenó la copa antes de meterla en la cubitera y tomó asiento.

—¿Te rindes? —Posó en mis ojos una mirada tan penetrante que casi me derritió.

—Sí —afirmé.

—Medita un poco y pregúntate por qué te gusta a ti un color más que otro.

—A mí me gustan muchos colores, no puedo elegir uno en especial. Lo que yo puedo decirte es que mi relación con ellos se basa en una asociación con la vida.

—Una teoría muy interesante. —Asintió—. ¿Y con qué asocias el blanco?

—Con la nieve, la limpieza, la claridad...

—Exacto. —Asintió—. Para mí el blanco es luz, resplandor, vida. Por eso me gusta tanto, por eso me rodeo de ese color. Me es necesario, indispensable por la luminosidad que aporta. A nadie le gusta vivir entre tinieblas, no se puede soportar —explicó serio.

Imaginé las tinieblas que aludía, las que en una ocasión me mencionó y con las que se le saltaron las lágrimas.

—Te refieres a tu familia, ¿verdad?

—Sí —contestó tajante.

—Supongo que cuesta olvidarlo.

—No se puede olvidar, Lola, se aprende a vivir con ello, que es distinto. Pero eso no significa que no duela —declaró con calma, aunque pesaroso—. Sus vidas se truncaron ese día, pero la mía también lo hizo. Mis padres y mi hermana murieron en un estúpido accidente de tráfico y mi vida cambió de forma radical. Mis tíos se portaron bien conmigo y fueron cariñosos, pero yo me sentía fuera de lugar con ellos. No estaba en mi hogar, ni siquiera en mi ciudad. Por eso compaginé mis estudios con un trabajo, para poder ahorrar algo de dinero y marcharme a vivir mi vida. —Calló unos segundos, yo seguí mirándolo fija, afligida—. Sé que malviví durante unos años, pero eso logró hacerme más fuerte. Y ahora aquí me tienes, con una preciosa y espaciosa casa en la que predomina la luz y el blanco para que mitiguen la oscuridad que de vez en cuando me asalta. Estoy solo a mis cuarenta años, sin familia, sin una compañera, sin hijos, con muy pocos amigos pero siendo gerente

general de un gran hotel. Soy un alma solitaria que se encuentra donde ha querido llegar —declaró con cinismo, con amargura, y se bebió el cava de su copa de un trago.

—No sé qué decirte, Germán —comenté entristecida.

—No tienes que decir nada, de veras. —Hizo una pausa mientras me observaba—. En cambio, yo sí tengo que confesarte algo a ti, Lola.

—¿El qué? —pregunté con curiosidad.

—Me gustaste desde la primera vez que te vi en el aeropuerto, sentada en el suelo, riendo, resplandeciente y luminosa. Se te veía pura, un alma blanca.

—Pero ¿qué dices? —pregunté perpleja—. No soy ningún alma blanca. Nada más lejos.

—Lo dudo. —Se llenó la copa de nuevo.

—Te aseguro que en ocasiones he tenido sentimientos tan despiadados hacia otras personas que te escandalizarían.

—Todos sentimos el deseo de retorcer el pescuezo a alguien en alguna que otra ocasión. Pero una cosa es desear y otra distinta actuar. Estoy convencido de que tú no has cometido una maldad en tu vida.

—La maldad es una sustancia escurridiza, difícil de detectar a primera vista, y más de controlar. —Recordé las clases del doctor Cáselas, catedrático en Psicología de la Personalidad, y la controversia que creaba entre nosotros, sus alumnos.

—¿Quieres decir que alguna vez te ha costado dominarla?

—Digo que todos tenemos un lado oscuro.

—Es cierto que todos escondemos secretos en mayor o menor medida: malos pensamientos, impuros, pecaminosos, dañinos, malvados... Incluso cosas que nos avergüenzan. Que tire la primera piedra el que esté libre de pecado.

—Exacto, todos guardamos cadáveres en el armario. Hasta yo, aunque te cueste creerlo. —Volví a beber.

—¡Vaya, esto se pone interesante! —exclamó risueño—. ¿Te apetece que hablemos de nuestros respectivos cadáveres?

—No sé si será buena idea.

—¿Temes desnudarte ante mí? —preguntó intrigado.

—No, temo hablar ciertas cosas en voz alta, por si me asusto de mí misma.

—¿Quieres que empiece yo?

—Haz lo que quieras —dije, bebiéndome el cava de golpe. Luego volví a llenar la copa. Empezaba a notar los efectos del alcohol y, llegados a ese momento de la conversación, lo agradecía.

—Una vez estuve a punto de convertirme en un asesino —confesó sin paños calientes.

—¿Qué? —pregunté sobrecogida.

—Le pegué una soberana paliza a uno de mis compañeros de piso y casi lo mato. En ese momento no era yo, estaba fuera de mí. —Sopló con fuerza—. Intentó violar a una chica. Yo escuché los gritos de ella desde mi habitación, tratando de defenderse. Me fui derecho a por él, le aparté de la muchacha y comencé a golpearlo sin parar, una y otra vez. —Vaciló unos segundos—. Y ese es mi gran secreto, Lola. —Se bebió de un trago el cava que le quedaba en la copa.

—Tú intención era defender a la chica de ese gusano, Germán, no te atormentes. A veces, ante las injusticias, controlar nuestros impulsos no es fácil. No estoy defendiendo la violencia, que conste, pero en ocasiones puedo llegar a entender ese tipo de comportamientos llevados por la desesperación.

—Y ahora te toca a ti. —Arqueó las cejas—. Cuéntame algo que nadie más que tú sepa. Regálame tu más íntimo secreto y dejemos que sea el vínculo que nos una como amantes.

—¿Somos amantes? —interpelé, aunque no molesta; todo lo contrario, halagada.

—Lo fuimos y lo volvemos a ser —respondió casi en un susurro, clavándome la mirada—. Y los amantes no solo se aman, se confiesan y confían el uno en el otro. Yo confío en ti, te he contado mi secreto más oscuro. Y tú, ¿confías en mí?

Se apartó de mí sin retirar sus ojos de los míos, con esa forma de mirar tan penetrante que me calaba hasta las entrañas. Él acababa de confiar en mí y ahora yo estaba en deuda con él. Pensé unos segundos, dudando si contarle



mi mayor secreto, el que nadie más que yo conocía. Retiré mi vista de Germán, cogí la copa y volví a bebérmela de golpe; necesitaba ese trago más que nunca.

—¿Puedo fumarme un cigarro? —le pregunté.

—No debes fumar, no es bueno para la salud, Lola —me respondió con calma.

—¿Puedo o no? —insistí, sacando mi genio.

—¿No eres capaz de aguantar unas horas sin contaminar tus pulmones? —La pregunta era todo un reproche. Lo observé en silencio.

—Está bien, no fumaré —claudiqué, y él estiró las comisuras de sus labios.

—Y ahora, por favor, no busques más excusas y cuéntame tu secreto.

Tuve la intención de protestar, pero callé. Guardé silencio porque a lo mejor mi necesidad por fumar no era tal y simplemente estaba buscando pretextos para no revelar aquel feo suceso.

—Está bien. —Asentí—. Yo... yo también estuve a punto de convertirme en una asesina —susurré.

—¡Vaya! —Silbó, sorprendido—. Explicame eso, por favor, y a ser posible un poquito más alto para que pueda oírte.

—Tenía quince años y... —Gradué el tono de voz y fijé mi vista en la de Germán, que me miraba expectante.

—¿Y? —me demandó.

—Solía ir a una tienda en la que vendían chucherías, por aquel entonces era una fanática de unas piruletas de fresa con forma de corazón. El tipo de la tienda era un baboso, uno de esos que te desnuda con los ojos, pero como me pillaba de paso para ir al instituto acudía con frecuencia a ella. Un día, quizá por fastidiarlo porque me caía fatal, le robé unas cuantas y me pilló.

—¿E intentaste matarlo? —preguntó intrigado.

—No —respondí acelerada—. Dijo que iba a llamar a la policía y caí presa del pánico. Pensé en lo furioso que se pondría mi padre, en la vergüenza que pasaría si se enteraban mis amigos, los profesores, la gente del instituto... —Suspiré al recordar aquel angustiioso momento—. Le rogué que no la llamase, le dije que le pagaría cien piruletas, que haría lo que fuera, y

me puse a llorar. El desgraciado me dijo que no la llamaría a cambio de... —dejé la frase inconclusa, me avergonzaba decirlo en voz alta.

—¿De qué? —preguntó, un tanto preocupado—. ¿Qué quería, Lola? —insistió.

—Que le hiciera una felación. —Un golpe de bochorno me atropelló.

—¡Maldito cabrón! —gritó indignado—. Dime que no hiciste tal cosa, ¡por Dios! —exclamó desencajado.

—Estaba acojonada, no podía pensar, menos aún razonar, así que le seguí a la trastienda en silencio. —Germán se llevó las manos a la cabeza, casi con desesperación—. Pero en cuanto se bajó los pantalones comprendí que no podía hacerlo, solo de pensarlo me daban arcadas. Le dije que no y... —Callé de nuevo.

—No me digas que intentó forzarte. —Me observó alarmado, con el semblante lívido.

—Me cortó el paso y se puso agresivo. Yo solo quería defenderme, escapar de allí como fuera —hablé de forma apresurada, el recuerdo aún me creaba angustia—. Vi una botella de cristal y no me lo pensé dos veces, se la estampé en la cabeza con todas mis fuerzas.

—¡Menos mal! —exclamó Germán, consolado.

—Cayó desplomado, sangraba, creí que lo había matado, joder. —Resoplé acongojada—. Me fui despavorida y sin saber qué hacer, pensando que era una asesina y que nadie podía sospechar lo que había ocurrido o iría a la cárcel.

—Te confesaré que es una pena que no lo mataras, así habría un perverso menos en el mundo —declaró con dureza.

—Pues para mí fue todo un alivio verlo al día siguiente en la tienda, con la cabeza vendada. Descubrir que estaba vivo me quitó un grandísimo peso de encima. —Asentí una y otra vez—. No volví a acercarme por allí hasta muchos años después, cuando ya era policía. Entonces fui a ver al baboso, lo amenacé y lo acojoné; no creo que después de mi visita le quedasen ganas de propasarse con una mujer en toda su vida. Abusé de mi poder, de mi autoridad, y lo hice con sumo gusto, sin remordimientos, aun a sabiendas de que no estaba bien.

—¿Que no estaba bien? Bromeas, ¿verdad? —preguntó perplejo—. Hiciste lo que debías, él abusó antes de su poder. ¡Hijo de puta! —siseó—. Yo le habría pateado las pelotas.

—Eso también hubiera estado bien —dije entre risas, y él me acompañó—. ¿Lo ves, Germán? Toda alma blanca esconde una parte oscura.

—No cuelea, Lola. —Chistó—. Tu alma es de las que tienen muchísima más luz que oscuridad.

—Aun así, no me libro de ese pequeño porcentaje, te guste o no. —Sonreí.

—Tendré que pensar qué me parece esa faceta tuya desconocida para mí. —Me guiñó el ojo—. Y ahora voy a por otra botella más de cava, esta también se ha acabado. —Estiró los labios.

Germán y yo dimos buena cuenta de la tercera botella entre otro fluido rato de charla. Yo sabía que los efectos del alcohol me estaban dominando, que la lucidez andaba algo ebria y me aflojaba la risa, pero me encontraba tan a gusto que no me importaba.

—Creo que ya es hora de irnos a la cama —dijo Germán.

—¿Quieres abusar de mí? Porque te aseguro que te será fácil, estoy algo bebida. —Me eché a reír.

—Ya lo veo, ya. —Ensanchó la sonrisa—. Pero no te preocupes, solo dormiremos.

—¿No quieres nada más de mí?

—Lo quiero todo de ti, Lola —respondió en tono seductor—. Pero prefiero que hagamos el amor cuando tengas los cinco sentidos en perfectas condiciones.

—¡Oh, qué bonito, Germán! —exclamé sonriente, también achispada—. Es tan caballeroso. Eres un cielo.

—No, para nada. —Sacudió la cabeza—. Solo soy un hombre que a día de hoy sigue fascinado por ti. Y ahora, a dormir —dijo, y, cogiéndome la mano, me ayudó a levantarme de la silla.

Germán me tomó por la cintura y me llevó a la habitación, donde me quitó el albornoz, dejándome desnuda, y me metió en su lecho. Acto seguido se desprendió de los vaqueros que tanto le favorecían, entró en la cama como

Dios lo trajo al mundo, se tumbó a mi lado y me acurrucó en su pecho. Estando entre sus brazos, y con la calidez de su cuerpo arropándome, me dormí de inmediato, sin necesidad de pastillas.

Roberto

Eneko, Imanol y Biel me habían atado de pies y manos y se turnaban para darme latigazos. Yo no podía moverme, solo lloraba sin parar y les pedía un poco de clemencia. Ellos reían, me ignoraban, se animaban y se vitoreaban unos a otros mientras me azotaban con más ahínco. Y cómo no hacerlo, si yo no había tenido piedad con ellos. Pero ¿qué demonios estaba ocurriendo? Ellos no podían estar torturándome, no estaban vivos, yo los había matado. No eran reales, sino fruto de mi imaginación.

—¡No existís, no existís, no existís! —les grité una y otra vez, desgañitándome la garganta. La cuerda que me tenía paralizado se evaporó, al igual que ellos. Los desvanecí y me liberé.

Corrí hacia mi casa, me invadía una inmensa angustia provocada por el remordimiento y buscaba cobijo en las personas que más quería y por las que había sido capaz de manchar mis manos de sangre. Necesitaba estar con mi mujer e hijas. Al entrar me abofeteó un fuerte olor a perfume que me resultaba conocido pero no era el de Esther. Llamé a mis chicas, pero nadie me contestó; la casa parecía vacía. De pronto, Penélope apareció ante mí, desnuda, con su pelirroja melena cubriendo sus generosos pechos y su rasurada intimidad provocándome. Se acercó a mí y me besó, me metió la lengua hasta la campanilla. Yo no se lo impedí; todo lo contrario, la saboreé a conciencia. El fogoso beso me la puso dura, y ella lo sabía. Por eso se tumbó sobre la mesa y, de forma descarada, separó las piernas y me esperó. Sin vacilar un segundo, liberé mi erección, entré en ella y empecé a follármela. Cuando mis embestidas eran más salvajes, inesperadamente, Esther apareció en el salón. Se quedó boquiabierta, con los ojos a punto de salirse de sus cuencas, impactada, espantada; tanto como yo. Avergonzado, traté de separarme de Penélope mientras pensaba en darle una explicación a mi esposa, cómo si mi acto infiel y traicionero pudiera defenderse. Sin embargo, por más que intentaba apartarme de la pelirroja, no podía; estaba encajado en ella, como si estuviéramos pegados. Tampoco me salían las palabras, ni una

mala sílaba, únicamente jadeos, sonidos de placer. Esther gritaba, lloraba desconsolada, me pedía que parase, que no fuera tan sumamente sinvergüenza, me maldecía... Me preguntaba por qué había sido capaz de arrebatar la vida de tres hombres para salvarlas a ellas y luego le partía el corazón, traicionaba a la familia. Me demandaba que se lo explicara porque no podía entenderlo, y lo hacía una y otra vez. Pero yo no podía hablar; cuanto más lo intentaba, más jadeaba, más lo estropeaba, más cabrón me hacía parecer. Con un grito estridente, Esther sentenció que era nuestro fin; yo seguía bombeando a Penélope como si mi vida dependiera de ello. No era el dueño de mi cuerpo, solo de mi mente, que me insultaba con saña pero no conseguía frenar mi acto. Miraba a mi esposa horrorizado, sintiéndome un mierda, un gusano, el hombre más miserable y capullo sobre la faz de la Tierra. Su llanto no cesaba, los gemidos de la pelirroja tampoco, y yo estaba a punto, lo sentía, se avecinaba, iba a correrme y solo quería parar, parar, parar, parar...

—¡No, no, no, no! —voceé, y me desperté de súbito. Me incorporé angustiado, con el corazón a más de mil latidos, a punto de escapar por mi boca.

—Eh, cariño, ¿qué te ocurre? —me preguntó Esther, asustada e inquieta, incorporándose también.

—Una pesadilla. Una espantosa pesadilla, ¡joder! —exclamé con un quiebro de voz mientras me secaba el sudor que perlaba mi frente.

—¿Qué ocurría?

—Te perdía, me dejabas —gimoteé, acongojado aún por mi mal sueño, y la abracé con fuerza.

—¡Estás temblando! —Se separó de mí para mirarme a los ojos—. Tranquilo, por favor.

—Nunca me dejes, te lo ruego —le supliqué, a punto de llorar.

—Oye, ¡eh, eh, calma, Rober! —me solicitó—. Te quiero y no pienso dejarte ni me vas a perder, ¿vale? Sé que he estado de morros y también un tanto arisca, pero es lógico, me sentó mal que tuvieras que irte de viaje de negocios y nos fastidiaras las vacaciones. Pero ya lo he olvidado, ¿de acuerdo?

—Yo también te quiero, Esther, te amo mucho, muchísimo, mi vida. —

Me lancé a su boca con desesperación, y ella me devolvió el beso con exceso de ganas. Acabamos haciendo el amor con una pasión que hacía tiempo que no recordaba.

Abrí los ojos despacio y, sin prisa, los paseé por la habitación, recreándome en el blanco inmaculado de los muebles y en los objetos que los adornaban. Un color que era tan necesario para Germán, que aplacaba las sombras de su soledad y lo llenaba de vida. Germán, el hombre que dormía a mi lado, cuya mano izquierda descansaba ahora mismo sobre la curva de mi cintura. Sonreí. Hacía mucho tiempo que no despertaba acompañada, y su presencia y calor me hicieron feliz. Me giré para admirarlo y mi movimiento, aunque suave, lo despertó. Él también sonrió al verme y, al segundo, sus labios se lanzaron en picado a mi boca. Lo besé con ganas, como si fuese un manjar, el mejor festín, lo más apetecible que jamás hubiera probado.

—¿Desayunamos o nos devoramos? —me preguntó con un tono susurrante muy sexi.

—Creo que primero deberíamos comer.

—Perfecto, primero llenaremos el estómago y luego saciaremos nuestros cuerpos. —Germán se levantó y se puso el albornoz. Luego me acercó el mío —. Nos cubriremos, aunque lo justo, ¿te parece? —Me guiñó el ojo.

—Me parece que me estás pervirtiendo. Anoche me desnudaste el alma y hoy quieres mantener desnudo mi cuerpo.

—Y tú estás encantada de que te corrompan mis costumbres, admítelo.

—Puede —le dije en tono provocador. Él me lanzó un beso y, anudándose el albornoz, se marchó a la cocina a preparar el desayuno.

Me quedé un rato más sentada en la cama, sonriendo como una mema, tan alterada como una quinceañera con las hormonas revolucionadas. Dos días junto a Germán habían bastado para hacerme revivir nuestro pasado y ahora solo deseaba convertirlo en mi presente. Hacía diecisiete años que había puesto fin a lo nuestro sin pestañear, sin la más mínima duda; ahora, en cambio, no quería despegarme de él y lo anhelaba más a cada minuto. ¿Qué me estaba sucediendo? Yo, que después de tres relaciones fracasadas no deseaba llevarme otro revés, de nuevo empezaba a meter los pies en el terreno amoroso. Además, a tenor de lo experimentado, ese ámbito me



asustaba, era una encrucijada de la que llevaba años tratando de huir. Pero ¿a quién pretendía engañar? Ahora también sabía que deseaba navegar por esas aguas. Sabía que Germán empezaba a despertarme sentimientos y que eso, a su vez, me hacía fantasear. Sabía que gracias a él yo seguía aspirando a conseguir ese amor puro y complicado que duraba una vida entera.

Nos sentamos ante la mesa del salón a degustar el desayuno continental. Teníamos mucho apetito, aunque ambos sabíamos que no solo de comida.

—¿Sabes, Lola? Me gustó mucho que anoche compartieras conmigo tu secreto más íntimo. —Asintió, mirándome con los ojos fulgurantes—. Y, siendo sincero, me resulta muy sexi saber que dentro de ti, aunque sea muy, muy profundo, vive una niña traviesa que roba piruletas —bromeó.

—No te burles de mí.

—No lo hago. Es más, pensarlo me excita de forma irremediable.

—Y excitarte es bueno, ¿no? —Aparté el albornoz de mis piernas y las dejé expuestas a sus ojos, incitándole.

—Por supuesto. ¿Y sabes qué más me gusta de ti y también me excita?

—Ilumíname —contesté de forma insinuante.

—Que seas inspectora de Homicidios, porque para ejercer tal profesión hay que tener agallas, y tú las tienes. Pero aunque exteriormente tu aspecto sea duro e imponga, interiormente sé que eres frágil. Esa dualidad me hace perder la cabeza.

—¿Y qué es mejor, excitarte o hacerte perder la cabeza? —pregunté con picardía.

—De todos modos y maneras eres buena para mí, Lola. —Paseó con detenimiento la vista por mis piernas—. Eres un misterio encantador, quiero descubrirte, conquistarte y colonizar el universo que tienes entre las piernas. —Se levantó de la silla y se desprendió del albornoz—. ¿Qué me dices, quieres tenerme dentro de ti?

Germán desató mi libido, mi indecencia, mi atrevimiento, mi picardía, mis ganas, mis ansias... Lo desató todo en mí. No le respondí. Sonreí de forma descarada mientras me desanudaba el albornoz. Me levanté de la silla y, con un suave empujón, le senté a él en la suya.

—Tranquila, no ofreceré resistencia, inspectora.

—Mucho mejor —enuncié.

Me senté encima de él y le acomodé en mi interior. Dancé sobre Germán, deleitándome con el reflejo que emanaba de sus pupilas, era tan intenso que rozaba la codicia, aunque, paradójicamente, desprendía un placentero sosiego. La cadencia fue aumentando hasta que nuestros impetuosos jadeos proclamaron el fin. Nos mantuvimos abrazados mientras vibrábamos, y seguimos de la misma forma, hasta recuperar el aliento.

—Ha sido alucinante —declaré sonriente, y nos besamos. Después me aparté de Germán.

—Es la mejor manera de comenzar el día, sin controversia alguna. —Él también se puso en pie—. ¿Por qué no vas a darte una ducha? Yo recogeré esto —señaló con la vista los platos de la mesa.

—Sí, es hora de volver a la realidad. —Resoplé con cierto fastidio.

—Y por lo que parece, no te apetece.

—No mucho —afirmé—. Me gustaría más quedarme aquí contigo y saber más de ti, saciar mi curiosidad personal.

—¿Y qué quiere conocer la curiosidad de Lola? —Arqueó las cejas, risueño.

—Por ejemplo, por qué estás aquí, cuánto tiempo llevas viviendo en este pueblo, qué haces en tus ratos libres... Ese tipo de cosas.

—Estoy aquí porque me empeñé en que la cadena para la que trabajo abriera un hotel en Lagos del Pino. Llegué a ponerme pesado con el asunto y le dije al presidente que sería un suicidio no hacerlo, ya que nuestra principal competidora tiene dos hoteles aquí. También reconozco que porque me encanta este pueblo.

—¿Por qué te gusta tanto?

—Porque me hablaron mucho de él. Un día me animé a venir, y me enamoró.

—¿Quién te habló de él?

—Gente del entorno laboral, cómo no. Dudo que no te hayas dado cuenta de la cantidad de hoteles que hay aquí. Todas las cadenas importantes tienen su representación en Lagos del Pino. Hay un estudio que dice que este es el lugar con más alojamientos por metro cuadrado de toda España.

—Lo sé, yo también estoy informada.

—Mi cadena hotelera no podía ser menos, tenía que estar aquí sí o sí. Además, me venía bien un cambio, estaba cansado de mi vida. No sé, igual es eso que llaman la crisis de los cuarenta. —Gesticuló un mohín.

—¿La puñetera crisis? ¿Me lo dices o me lo cuentas? —ironicé, y ambos sonreímos.

—Necesitaba un cambio de aires y frenar mi agitada vida, y este pueblo es un remanso de paz.

—Era —le corregí.

—Lo dices por los crímenes, ¿verdad?

—Obvio.

—Es horrible. —Suspiró—. La gente está asustada y el asunto se ha convertido en el único tema de conversación. En ocasiones me pregunto por qué los humanos podemos llegar a actuar así.

—Por odio, venganza, placer... Hay muchas causas, Germán —le expliqué seria—. Como comentamos anoche, todos tenemos un lado oscuro. La mayoría no lo dejan salir, pero unos pocos sí. La diferencia está en que de esos pocos unos lo exteriorizan porque la ira les impide controlarlo, y otros porque gozan cometiendo maldades. Te sorprendería descubrir la cantidad de gente que mata sin remordimiento alguno, la cantidad de asesinatos que he visto a lo largo de estos quince años de profesión.

—Te admiro mucho, eres muy valiente, Lola.

—Me gusta que se haga justicia, solo eso.

—¿Y ya tenéis algo?, ¿alguna pista?, ¿algún sospechoso? —me preguntó con interés.

—Tenemos mucho trabajo por delante, pero estamos avanzando. Hay posibilidades y hemos reunido algunas pruebas que hay que investigar.

—¿Pruebas capaces de meter a ese malnacido en la cárcel?

—Germán, lo siento, pero no puedo decirte más, ya he hablado demasiado —advertí con un matiz autoritario—. De hecho, ni siquiera tenía que estar comentándote esto.

—Ahora sí habla la inspectora Velázquez. —Sonrió—. Perdóname, Lola.

—No pasa nada, lo entiendo. La curiosidad es un impulso humano.

—Sí, pero la curiosidad mató al gato —bromeó—. Además, yo no quiero saber nada sobre ese caso ni sobre tu trabajo, a mí no me importa la inspectora, solo deseo estar con Lola. —Me besó.

—Y solo estás con Lola, te lo aseguro. Pero ahora la inspectora tiene que tomar el relevo porque he quedado con mi compañero a las doce y son ya casi las once. Voy a darme esa ducha o llegaré tarde.

—¿Nos vemos esta noche?

—No puedo, me marchó a Madrid, el comisario me reclama —contesté sin dar más explicaciones.

—¡Oh, vaya! —exclamó un poco entristecido—. ¿Y cuándo vuelves?

—En un par de días.

—Te voy a echar mucho de menos —dijo, estrechándome en su pecho.

—Yo también a ti. —Volvimos a besarnos.

—¿Ves como lo nuestro era cosa del destino? Durante años he vivido en la misma ciudad que tú y nos encontramos aquí, a cientos de kilómetros. —Suspiró, mirándome embelesado.

—Te ha dado fuerte con eso del destino, ¿eh?

—Mucho, porque yo creo en él —aseguró tajante—. Al igual que creo que la primera vez que amas a alguien es única, aunque estoy convencido de que la última es la mejor, esa es incomparable al resto.

—¿Y cómo se sabe que es la última vez? —pregunté curiosa.

—No se sabe, y eso es lo que la hace tan especial. Y yo deseo con ahínco que esta no sea nuestra última vez —susurró.

—Yo también —respondí, y nos besamos. Lo hicimos una y otra vez, y su boca, con premura, se cargó de lujuria—. Germán, para, para... —musité, apartándome de sus labios—. Con todo el dolor de mi corazón, me tengo que ir, de veras, no me lo pongas más difícil.

—Entonces no pierdas tiempo, Lola —dijo, separándose de mí.

Me marché a la ducha corriendo y rogándole calma a mi libido. En unos minutos cerré el grifo, me encontraba fresca, limpia y sobre todo sosegada, con la lascivia enterrada a dos metros bajo mis pies. Al abrir la mampara me

encontré a Germán apoyado en la piedra de mármol del lavabo, cubierto con el albornoz y sujetando el mío. Salí de la ducha y él se acercó a mí exhibiendo una de esas sonrisas que ciertos pensamientos dibujan aun sin proponértelo, y me tendió el albornoz. Pero al alargar mi mano para cogerlo, lo escondió tras su espalda.

—¿Qué haces? ¡Dámelo! —le exigí, aunque sin ninguna acritud.

—Aún no puedes irte. Todavía no he contestado a una de tus preguntas, no te he dicho qué hago en mis ratos libres.

—Ya te lo digo yo, dejar congelada a una inspectora de Homicidios con la que sueles echar un polvo en esos ratos libres.

—Tu respuesta me decepciona —advirtió circunspecto, y me dio el albornoz.

—¿Qué te decepciona? —le pregunté confusa, cogiendo la prenda.

—Tu forma de tratar y denominar lo nuestro, Lola —contestó con seriedad—. Quiero que sepas que contigo siempre he hecho el amor, tanto ahora como hace diecisiete años. Desde que has vuelto a cruzarte en mi vida estoy deseoso de estar entre tus brazos, pero no estoy seguro de percibir lo mismo en ti. Y digo esto porque hace un rato me ha parecido entender que no puedes perder diez minutos para volver a hacer el amor conmigo, o echar un polvo, si lo prefieres definir así. —El deje de reprobación era amplio.

—No es eso, Germán...

—Por favor, déjame continuar —me pidió, cortándome, mientras se pasaba la mano por la nuca, nervioso—. Tengo que decirte esto, así que lo soltaré sin más. —Suspiró y posó sus ojos en los míos—. Te deseo Lola. Lo hago a todas horas, a cada minuto. A lo largo de estos años he pensado en ti en más de una ocasión, pero desde que nos hemos vuelto a encontrar no puedo dejar de hacerlo. Creo que me estoy enamorando de ti, o igual siempre lo he estado, no sé. —Hizo una pausa para tomar aire—. Lo que trato de decirte es que si piensas volver a poner fecha de caducidad a lo nuestro, me lo digas ya, porque no pienso aceptar esas reglas. Esta vez te quiero sin condiciones.

Sentí una multitud de sensaciones, sus palabras me sacudieron hasta el último recoveco de mi alma. No podía apartar mis ojos de los suyos, cuya mirada tenía infinidad de lecturas, aunque lo que más predominaba era el

deseo, sus ganas de mí, tantas como en ese momento yo sentía por él. Germán me atraía de forma poderosa. Quizás algo dentro de mí seguía latente por él y yo también lo desconocía. Quizá Germán era como esa adicción que crees haber superado porque llevas años sin probarla, pero en cuanto lo haces, caes. Quizás era mi enganche y ni siquiera lo había sabido hasta volver a recaer. Adicción o no, lo deseaba, y él tenía que saberlo.

—No hay condiciones, esta vez no. —Negué con la cabeza—. Yo también comienzo a sentir algo por ti, algo que se ha despertado de golpe, pillándome desprevenida. —Tiré mi albornoz al suelo y, de súbito, le retiré el suyo, que cayó a sus pies, dejándolo desnudo—. Apenas dispongo de tiempo, Germán, pero ahora mismo te deseo tanto que sería capaz de ir al mismísimo infierno a buscarte para sentirte una vez más en mi interior —confesé enardecida, y me lancé a su apetitosa boca.

—¡Cómo me gusta oír eso! —exclamó, segregando una combinación de alegría y adulación que me salpicó con fuerza—. Vamos a disfrutarnos, Lola —dijo tomándome en brazos y llevándome a su dormitorio, donde de nuevo deshicimos la cama a golpe de jadeo.

# SATISFACCIÓN

Cuando se hace daño a otro es menester hacérselo  
de tal manera que le sea imposible vengarse.

Nicolás Maquiavelo

El sol estaba cubierto por unas nubes grisáceas que apagaban el brillo de un bonito día de verano. Pero aunque los rayos solares no resplandecían, el día deslumbraba, más aún tras los cristales del automóvil. Resguardé mis ojos con unas oscuras gafas de sol antes de ponerme al volante; Bruno y yo nos dirigíamos a Madrid.

Mientras conducía, los mismos pensamientos recurrentes, la ristra de porqués para los que todavía no tenía respuesta hacían acto de presencia. Y lo que más me carcomía era la duda que se había instalado en mi mente durante las últimas horas y que no paraba de asediarme: ¿Y si Eloy estaba vivo? Las últimas palabras que Eugenio le dijo a Anunciación no hacían más que pulular por mi cerebro generándome dudas. ¿Y si no hubo tal accidente? ¿Y si todo fue un paripé motivado por algo mayor que desconocíamos? ¿Y si no era Eugenio, sino el propio Eloy quien estaba tras los crímenes? La idea no me parecía tan descabellada, pero si la verbalizaba, los demás sí lo creerían. Pensarían que hablaba de un fantasma, pues, según acreditaban los archivos de la Guardia Civil, Eloy murió el 7 de septiembre de 1990. La evidencia decía que estaba muerto y yo debía aferrarme a esa realidad, hacerlo era lo más lógico, pero a veces mi mente se rebelaba y empezaba a elucubrar posibilidades, por muy disparatadas que parecieran.

De nuevo pensé que seguramente en unas horas podría encontrar alguna respuesta que aclarara un poco las cosas y deseé con ansia llegar a ese bufete de abogados. Todos nosotros pensábamos encontrarnos allí alguna pista que nos permitiera desenredar un poco la compleja madeja en la que se había convertido el caso. De los muchachos presentes en la fotografía nos faltaba por localizar a Roberto, el único que quedaba vivo, pero no podíamos olvidarnos de Eugenio, que, aunque no aparecía, podía perfectamente ser el que la había tomado. Además, de este último no se sabía nada, legalmente no existía, era como si se lo hubiera tragado la tierra, y esa circunstancia lo convertía también en sospechoso. Sin embargo, y por más que lo intentaba, en mi cabeza no dejaba de resonar otro nombre: Eloy. Aunque la versión oficial decía que Eloy estaba muerto, yo no podía dejar de pensar que podía estar vivo, cabía esa posibilidad, y yo iba a contemplarla. Porque ¿y si



Eugenio hubiera muerto? ¿Y si Eloy había asumido la identidad de su hermano y ahora vivía siendo el misterioso Eugenio del que no se encontraba rastro alguno? Todo eran hipótesis, pero aumentaban mi necesidad de apresar al asesino y hacer justicia.

De repente, una de las usuales frases de Torres regresó a mi memoria: «la labor de un inspector de homicidios consiste en observar con detenimiento, en tener en cuenta todos los indicios, hasta los más incongruentes, y formular cuantas hipótesis sean necesarias aun cuando creamos que son incoherentes. Absolutamente todo se debe tener en cuenta, pues en ocasiones lo que nos parece más absurdo o descabellado se convierte en posible en una mente criminal». Cuánto me había enseñado Torres. Siempre supo ayudarme, asesorarme y orientarme. Era mi mentor, y mucho más que eso. Sabía que para él era como una hija, la que nunca tuvo porque se quedó viudo demasiado joven y se volvió a casar con exceso de canas. Nunca me lo había dicho con esas palabras, pero su apoyo y confianza me lo demostraban día a día de forma incondicional. Y, pensando en el comisario Torres, evoqué la primera vez que hablé con él. Acompañaba a una amiga de la infancia a la comisaría, porque su familia había sido víctima de un robo y uno de los ladrones le había asestado dos tiros a su padre, uno de ellos en el corazón. Según el forense murió en el acto, no le dio tiempo ni a sentir dolor. Ese era el consuelo que le quedaba a la familia, pensar que no había sufrido, pero el descanso no llegaría hasta que su asesino pagara lo que había hecho. Por eso Sandra iba a la comisaría a preguntar por la investigación. Torres estaba al cargo, y al verle, empecé a preguntarle, robándole todo el protagonismo a mi amiga.

—¿Han descubierto algo, inspector?

—Todavía no tenemos nada.

—¿Y se puede saber la línea de investigación que están llevando a cabo?  
—demandé, dándomelas de lista.

—La misma que en cualquier robo. Mis hombres han visitado las casas de empeño y otros lugares frecuentados por este tipo de ladrones y los han puesto sobre aviso.

—Pero esto no ha sido un simple robo, han matado a un hombre —le recordé.

—No lo he olvidado, señorita. Pero créame, sabemos cómo funciona esta

gente; por desgracia, es el pan nuestro de cada día. Esos miserables son ladrones que se dedican a robar en viviendas vacías, aprovechando la ausencia de sus habitantes. Normalmente, su *modus operandi* es casi calcado: vigilan durante unos días la casa que han decidido asaltar, memorizan los hábitos de sus residentes y entran cuando no hay nadie. No buscan complicaciones ni mancharse las manos de sangre, entre otras cosas porque la pena por allanamiento con robo no puede compararse con la de allanamiento con homicidio.

—Ese día mi padre llegó más pronto de lo habitual —intervino Sandra, con las lágrimas resbalando por sus pálidas mejillas—. Salió antes del trabajo porque no se encontraba bien, y eso le costó la vida. —Sollozó.

—Tranquila, los cogerán y pagarán por ello —intenté tranquilizarla.

—Por supuesto, mis hombres están trabajando sin descanso —añadió Torres—. Ahora lo mejor será que regrese junto a su madre para que ambas puedan aunar fuerzas y salir adelante. —Nos invitó a irnos de forma muy cortés.

—Nos vamos, pero volveremos, inspector —le informé.

—Inspector jefe, si no le importa, señorita.

—Sí, inspector jefe de la Brigada de Homicidios Isidro Torres Ramírez, sé quién es usted —enuncié mientras Sandra se levantaba, débil, y se sujetaba a mi brazo—. Y le pido que no olvide a Joaquín Castillo Vilches y ponga en práctica su frase: «el agente que trabaja en Homicidios se convierte en la voz del muerto que clama justicia». Haga justicia.

Torres me miró impactado, tanto como me sentí yo la primera vez que escuché esa frase de su boca. Sandra y yo nos marchamos de la comisaría; ella rota de dolor y yo cargada de impotencia. Tres días después volví a la carga, en esta ocasión sola, pero obtuve las mismas respuestas. Mi testarudez y empeño me hicieron regresar cada pocos días a pedir cuentas, y en la quinta visita le avisé: no pensaba dejar de ir hasta que la investigación diera sus frutos.

—Perfecto, venga cuantas veces quiera. Y ahora, si me disculpa, tengo mucho que hacer. —Me invitó a marcharme.

—¿Y ya está? —le pregunté, achinando los ojos—. No sé usted, pero yo no puedo dejar de pensar que esos tipejos andan sueltos y que en algún lugar

otra familia corre el mismo peligro que la de mi amiga.

—Créame que aquí nadie lo olvida y que trabajamos duro para dar con ellos. —Calló y se quedó pensativo, hincando su retina en la mía. Tras unos segundos me preguntó—: ¿Le importaría dar una vuelta conmigo por la comisaría, señorita Velázquez?

—¿Por qué? —demandé con cierta sorpresa.

—Para que observe *in situ* cómo se trabaja aquí.

—Está bien. —Asentí, y caminé junto a él.

Torres me puso al corriente del funcionamiento y la labor que llevaba a cabo el Cuerpo Nacional de Policía. Había múltiples unidades congregadas en él, y empezó a enumerármelas y a resumirme su cometido. Tanta información me abrumó y a la vez me fascinó. Me pareció un mundo increíble que luchaba, valga la redundancia, por un mundo mejor.

—Mire, señorita Velázquez, ser policía no es una simple profesión, es una capacidad, una vocación, y así se debe sentir para desempeñarla de forma adecuada. Requiere de mucha entrega y de sagacidad e interés; el cuerpo necesita personas competentes y con decisión. Las veces que ha venido por aquí he visto en usted esas cualidades, y estoy convencido de que sería una buena inspectora de Homicidios. ¿Alguna vez se lo ha planteado?

Observé al inspector Torres asombrada, con el vello encrespado y sintiendo mis tripas hechas una madeja debido a un remolino de nervios. Sus palabras me habían impactado y halagado al mismo tiempo, y mi boca terminó esbozando una sonrisa mientras pensaba que, en efecto, yo quería ser inspectora de policía. Quería combatir contra los delincuentes. Quería dedicar mi vida a esa profesión.

—Parece que le seduce la idea, su cara indica que se lo está planteando —comentó Torres.

—Es posible —le respondí, comedida en mi sentir.

—Pues prepárese bien para la oposición de ingreso y no dude en pasarse por aquí a preguntarme lo que quiera; estaré a su disposición.

—Seguiré viniendo para ver cómo va la investigación de Joaquín Castillo, no vaya a pensar que con esto ya se me ha olvidado.

—¿Lo ve?, perseverancia. Tiene una buena cantidad de ella, y eso es muy

importante en esta profesión. —Asintió satisfecho—. Ahora, si no tiene nada más que preguntar, la acompaño a la salida.

—Tranquilo, conozco el camino. Hasta la próxima semana, inspector jefe.

—Adiós, señorita Velázquez.

—Puede llamarme Lola —dije antes de marcharme.

—De acuerdo, Lola. —Estiró los labios. Y esa corta frase fue el inicio de nuestra estrecha relación.

La melancolía se cernió sobre mí mientras repasaba mentalmente mis comienzos, la ilusión, el entusiasmo... No entendía por qué el viaje a Madrid se estaba convirtiendo en un retorno a mi pasado, pero de seguro que reencontrarme con Bruno y con Germán había sido el detonante que, sin pretenderlo, había plantado la simiente que reverdeció el recuerdo e hizo florecer a la nostalgia. Me sentía removida emocionalmente, y eso resultaba perjudicial para mi salud.

# 61

El asfalto de Madrid nos recibió desprendiendo fuego. El sofocante calor de la capital, típico del mes de agosto, poco tenía que ver con la temperatura que habíamos dejado en Lagos del Pino, con aquel aire fresco que hacía las delicias de cualquier veraneante. Bruno había permanecido callado durante todo el trayecto, y yo tampoco abrí la boca en ningún momento; el viaje transcurrió en el más absoluto y pesado de los silencios. Pero ya en la ciudad, de pronto, Bruno fracturó su mudez para pedirme que lo acercara al hotel, que, por suerte, no estaba lejos de mi casa. Cuando llegamos, antes de apearse, me preguntó de sopetón:

—¿Puedo invitarte a tomar algo?

Su tono, su mirada, su inquietud... Todo me llevó a suponer cuál era la intención de su invitación: hablar de él, de nosotros, de lo que nos ocurrió. Pero yo no quería volver a oír a Bruno, no quería oír su historia ni que tratase de defender lo que para mí era indefendible.

—No tengo ganas ni tiempo —le contesté con algo de sequedad.

—Vuelves a eludir el tema, pero alguna vez tendrás que escucharme, ¿no crees?

—Puede, pero hoy no —enuncié con aplomo—. Tenemos mucho trabajo y quiero descansar. Mañana pasaré a buscarte sobre las ocho y cuarto, ¿de acuerdo?

—Está bien —contestó, y, sin añadir más, se bajó del coche y yo seguí mi trayecto.

Por fin llegué a mi hogar, mi piso en el madrileño barrio de Moratalaz, un distrito a medio camino entre el centro y la periferia, en la zona sureste, con zonas verdes, días llenos de vida y noches en calma. Mi vivienda se situaba en un edificio de diez plantas, en el quinto piso, y no era muy grande; solo dos habitaciones, pero para mí tenía dos importantes ventajas: luz natural que lo iluminaba casi todo el día y un par de cuartos de baño, uno de ellos dentro de mi dormitorio. Fue allí donde tomé una ducha, necesitaba refrescarme, además de asearme. Cuando acabé me vestí lo más cómoda y fresca posible,

con unos pantalones cortos de algodón y una camiseta de tirantes. Aun así, y con el aire acondicionado en funcionamiento, tenía calor. Parecía que mi cuerpo no se aclimataba al cambio de temperatura, pues entre Lagos del Pino y Madrid había algo más de diez grados de diferencia. Decidí dejar mi nuca desnuda y convertí la coleta en un moño. Lo sujeté con un bonito palillo japonés, un *souvenir* que me trajo Martina de uno de sus viajes con Rafa, escapadas de fin de semana con los que avivaban la llama de su amor.

Me marché a la cocina y, antes de preparar unos aperitivos para compartir con mi amiga, busqué las noticias en Internet; no había periódico que no hablase de los asesinatos de Lagos del Pino. Por suerte, no se comentaba nada que pudiera hacer peligrar la investigación. Era un gran alivio trabajar sin esa presión, y también sin ser víctima de palabras hirientes y nocivas. Justo en ese momento recibí un *whatsapp*: era de Martina.

A las seis estoy en tu casa.  
Pedimos pizza para cenar y  
charlamos como cotorras, ¿te  
parece?  
17:11

Le contesté de inmediato con un «Ok» y contemplé la foto de su perfil: tenía la del día de mi cumpleaños. Recuerdo que estábamos felices y que nos la hicimos después de que me dijera aquella frase que había echado raíces en mi cerebro: «Recuerda que eres Aries, Lola, y eso significa que eres intensa y aventurera, no temes a nada y nunca, jamás, te rindes». Me abracé a ella con fuerza, como si fuera mi salvavidas, y le dije lo mucho que la quería. A continuación, pletóricas y sonrientes, Rafa, el marido de Martina, nos hizo la fotografía.

Quería mucho a Martina, era una persona muy importante para mí, primordial en mi vida. De padre anestesista y madre enfermera, nos conocimos siendo muy pequeñas y crecimos juntas, haciéndonos inseparables. Mi amiga siempre desprendió luz con su simpatía. Además, tenía una personalidad arrolladora y, para colmo, era muy, pero que muy guapa. Ella sí eligió seguir los pasos de su familia, aunque escogió una rama distinta de la medicina y se hizo fisioterapeuta. A diferencia de mí, Martina no pensaba en una relación seria, y mucho menos en casarse o en ser madre, solo buscaba aventuras y divertirse y, gracias a su físico, nunca tenía

problemas para conseguir al hombre al que echaba el ojo. Aunque hubo uno que sí se le resistió: un enfermero que parecía ser inmune a su presencia y que ella empezó a considerar un metrosexual arrogante que solo tenía ojos para él y más mujeres de las que deseaba. Pero como la vida es así de caprichosa, precisamente fue él quien le robó el corazón a Martina. Sí, un inesperado día, mi amiga tuvo la suerte de encontrar el amor y se enamoró de quien menos se imaginaba. Para mí, Rafa y ella eran un ejemplo de pareja; discutían, por supuesto, pero su amor todo lo salvaba. Junto a sus hijas formaban la familia ideal, la que me habría gustado tener a mí y que, a día de hoy, ni había conseguido ni imaginaba lograrlo.

El sonido del móvil me devolvió a la realidad; una inesperada llamada de mi hermano. Quería saber cómo me encontraba, cómo iba la investigación, cuándo iba a regresar... Las cosas normales entre dos hermanos que se quieren y se preocupan el uno por el otro. No le dije que estaba en Madrid porque era un viaje relámpago del que solo tenía constancia Martina, y así iba a seguir. Tras hablar un rato sobre cosas importantes relacionadas con su trabajo y otras más banales con la intención de quitar hierro al asunto, se despidió de mí con su habitual frase: «Chao, Wonder Woman». Colgué con la asidua sonrisa que el cariño de mi hermano me dibujaba.

\*\*\*

La pizza acababa de llegar, la traía un joven muy agradable que no paró de sonreírme, y yo, como una tonta, hice lo mismo. Claro que mi sonrisa facilona era el resultado de las tres cervezas que me había bebido con Martina mientras conversábamos de su vida y, a grandes rasgos, del caso.

Mientras mi amiga abría la caja que portaba la pizza con extra de *pepperoni*, yo fui a la nevera en busca de más bebida: otra cerveza para ella y un refresco para mí. No iba a seguir bebiendo, me encontraba justo en el umbral de la felicidad consciente, ese en el que las palabras aún pasan por el cerebro antes de salir por la boca.

Con una porción en la mano, nos sentamos en el sofá y comenzamos a comer a la par que continuábamos hablando. Pero de repente Martina me frenó y me pidió aparcar a la inspectora Velázquez para que hablase de una vez por todas Lola. Decía que se moría por saber de qué trataba el *whatsapp*

que la envié y quería que se lo contara con pelos y señales. Y eso hice: le hablé a Martina de Germán. Le hablé de él detalladamente, le conté la atracción y el deseo que de nuevo había despertado en mí, le relaté nuestros encuentros sin entrar en pormenores, aunque dejando al descubierto que donde hubo fuego siempre quedan ascuas. A lo largo de la conversación también mencioné a Bruno y su insistencia por hablarme del pasado, incluso Lucas terminó saliendo a la palestra. Hubo tiempo para desahogarme al completo, y también para dar buena cuenta de la pizza, de la que no dejamos ni las migajas.

—¡Madre mía, Lola, tienes a tres tíos pillados por ti! —exclamó con júbilo.

—Y eso sin ser una tía buena —apostillé, bromista.

—En realidad tu plus no está en si eres más guapa o fea, tampoco en lo poco femenina que vistas. —Chistó—. En tu caso lo importante se encuentra en lo que escondes, no en lo que muestras.

—¿De qué demonios hablas? —Arrugué el entrecejo.

—De que llevas un arma.

—¿Y? —Seguía perdida.

—Que estoy segura de que cuando los hombres conocen tu profesión, más de uno se pone cachondo.

—¿Qué dices, bruta? —Me sorprendió la relación que hizo.

—Lo que oyes, Lola —aseveró con firmeza—. Eres inspectora de Homicidios, representas a la autoridad, a la ley... Si solo el hecho de pensar en el uniforme ya da morbo. —Asintió una y otra vez.

—Pero mira que eres bestia a veces, Martina. —La observé alucinada.

—Pues te digo más, yo creo que llevar un arma para una mujer debe de producir el mismo efecto que tener polla.

—Definitivamente, estás loca.

—Puede, pero sé que me quieres igualmente.

—Eso ni lo dudes, amiga. —Me lancé a sus brazos. Tras un reconfortante abrazo, nos separamos, y Martina clavó sus ojos en los míos.

—Y ahora me gustaría que me respondieras con franqueza a una



pregunta.

—Dispara —le pedí.

—¿Sientes algo por Germán o solo estás un poco enganchada a él porque es un buen empotrador?

—Joder con la preguntita —siseé y sonreí al mismo tiempo.

—Entre nosotras no hay secretos, Lola. Vamos, habla —me solicitó con apremio.

—Vale, es un gran amante, eso es innegable, y algo bueno para mí, ¿no? —bromeé—. En cuanto a sentir algo más profundo, te puedo decir que estoy muy a gusto con él, pero también sé que el sexo suele confundir los sentimientos, de modo que igual es pronto para definirlo.

—No te estoy pidiendo que etiquetes lo vuestro, solo quiero saber lo que opinas al respecto. Porque algo pensarás, ¿verdad? —insistió.

Rememoré las apasionadas horas que había compartido con Germán y lo bien que me sentía a su lado, como apenas recordaba. Con inmediatez, retrocedí a nuestra ardiente aventura en La Toscana, cuando solo busqué empapar-me en las aguas de Germán sin coste alguno. En esa ocasión nadé y guardé la ropa, y no me resultó difícil hacerlo porque yo solo quería centrarme en la Academia de Policía. Pero ahora era distinto. Ahora Germán se había convertido en un oasis dentro de mi desértica vida, y después de tanta sequía no pensaba desaprovechar ni una sola gota. Germán era mi agua, sabía calmar mi sed. Y yo quería beber. Deseaba hacerlo hasta saciarme. Bebería como un cosaco. Hasta reventar si era necesario.

—No negaré que nuestro encuentro ha despertado emociones y sentimientos en mi interior, más de los que hubiera imaginado. Es más, siendo sincera, sé que estoy en un punto con él en el que empiezo a desnudar mi alma y eso... —Callé.

—Eso... ¿qué?

—Me asusta, Martina —confesé en un susurro—. Sabes que no tengo mucha suerte en el amor, por no decir ninguna. Temo que se vuelva a repetir lo mismo y de nuevo sufra.

—¡Ah, ah! —Negó con la cabeza—. Esta vez no te pasará nada malo, amiga. Si el destino os ha vuelto a unir, debe de significar algo, ¿no crees?

—Vaya. —Chasqueé los labios—. Tú también hablas como Germán, que piensa que nuestra historia quedó en pausa y por eso la vida nos ha vuelto a unir. Sin embargo, yo no creo en el destino, Martina, son nuestras decisiones las que nos muestran el camino, solo ellas.

—O sea, que según tú, tu decisión de no continuar con Germán después de aquel viaje a La Toscana te llevó a dar con un cerdo que te engañó, luego con un machista de mierda y más tarde con un cabrón. ¿Voy bien?

—Por desgracia, sí.

—Y posteriormente, tu decisión de seguir buscando al maldito asesino que te ha marcado profesionalmente te ha llevado, a su vez, de vuelta al hombre correcto: Germán. Porque no me negarás que gracias a esos crímenes has vuelto a reencontrarte con él. ¿Cierto?

—Es verdad, sí.

—¿Y aún sigues sin creer en el destino? ¿Bromeas? —Me observó boquiabierto.

—Desde luego, si es cosa del destino, hay que joderse lo retorcido y puñetero que es —siseé.

—Amiga, ese es otro debate con el que podríamos estar conversando horas y horas, te lo garantizo.

Martina y yo nos echamos a reír y continuamos charlando, bebiendo y fumando durante un largo rato más. Llegada la medianoche, y con pocas ganas de concluir la velada, tuvimos que despedirnos. En cuanto mi amiga se marchó a su casa, me dispuse a dormir un rato. Mañana me esperaba un día largo. Estaba ansiosa por saber qué nos deparaba la pista de los folios, adónde iba a conducirnos. Me moría de ganas por encontrar un indicio que nos llevara hasta el asesino para poder meterlo entre rejas y dar carpetazo al «caso del asesino fantasma», que tanto me había castigado. Mi afán se hacía mayor a cada minuto, crecía segundo a segundo, imparable.

A punto de desvestirme para entrar en la cama un sonido me puso alerta: el timbre de la puerta sonaba con insistencia. Me encaminé con diligencia a abrir, pensando que a Martina se le habría olvidado algo, porque no sería la primera vez que ocurría.

—Va, ya voy —dije. Abrí y me quedé petrificada—. ¿Qué leches haces aquí a estas horas? —pregunté sorprendida.

—Tenemos que hablar. O mejor dicho, yo tengo que hablar contigo —respondió Bruno, arrastrando un poco las palabras.

—Por el amor de Dios, ¿estás bebido? —interpelé, reprobándole, observando sus ojos enrojecidos, síntoma típico del exceso de alcohol.

—Solo un poco, un poquito... —Indicó la imprecisa medida aproximando las yemas del índice y el pulgar—. Lo justo para poder hablar sin que me interrumpas, Lola... Porque no pienso irme de aquí hasta que me escuches. —Hizo intención de pasar.

—¡Oh, de eso nada! —Lo paré con la mano y lo empujé hacia atrás—. Ni de coña vas a entrar en mi casa.

—Pues entonces montaré un escándalo aquí mismo..., en la puerta, y me oirán todos los vecinos. —Hacía breves pausas entre las frases y arrastraba las últimas vocales, como todos los borrachos—. ¡Por supuesto que sí! —Alzó la voz.

—¿Es una amenaza?

—Un aviso —contestó con el mismo tono.

—Pero qué huevos más grandes tienes.

—¡Ah, sí! ¿Todavía los recuerdas? —Sonrió, achispado.

—Grosero de mierda. —Hice ademán de cerrar, pero Bruno, veloz, interpuso el pie y parte de su cuerpo entre la puerta y el marco, impidiéndome hacerlo—. Ya basta, lárgate y déjame, joder.

—No, de eso nada. No hasta que me escuches. —Dio un fuerte empujón con el que irremediamente me impulsó hacia atrás, y entró.

Bruno cerró la puerta, pegó la espalda a ella y me miró fijo; yo me moví hacia atrás con la intención de mantener las distancias. No me daba miedo, sabía cómo dejarle fuera de combate en un par de segundos, pero no me gustaba su actitud y me pareció conveniente marcar distancia con él. Y caminando, yo hacia atrás y él hacia delante, entramos en el salón.

—¿Te parecen apropiadas tus formas? —le pregunté cabreada.

—No, desde luego que no... —Su penetrante mirada me impactó tan de lleno como una bala en el pecho—. Al igual que tampoco está bien que haya bebido...; me creas o no, no suelo hacerlo, Lola, menos cuando mañana voy a estar de servicio y además tengo que llevar a cabo un registro... Pero qué quieres que te diga..., no me ha quedado otra opción y lo he hecho... Me ha importado todo una mierda y he bebido para hablar contigo de una vez... Porque a pesar de lo difícil que me lo pusiste, fui en tu busca, pero tus aliados intentaron disuadirme y al final me rajé... Nunca tuve el valor de contarte lo que pasó aquel día, pero de hoy no pasa... —Chistó, negando con la cabeza—. No pienso largarme hasta que lo haya soltado todo...

—Y yo te he dicho que no quiero saber lo que sucedió. Ya me da igual, no me importas, te he olvidado. Lo que hicieras aquel día ya no tiene la menor importancia para mí —asegué con aplomo.

—Pero para mí sí, Lola... Tiene importancia porque nunca me acosté con aquella mujer y tú siempre has creído que te engañé...

—No sigas, Bruno. —Más que una petición era una exigencia.

—¡Escúchame de una vez! —chilló. Hice intención de protestar, pero Bruno se abalanzó sobre mí y me tapó la boca con la mano—. Cállate, por favor, es mi turno. —Sonó suplicante—. He esperado catorce años y ahora que te tengo a mi lado no pienso perder la oportunidad. Mientras estamos de servicio trato de mantener las formas para no distraernos del trabajo... No he dicho nada en todo el viaje... Pero no puedo más... Me borraste de tu vida de la noche a la mañana pero ahora estás aquí... Te lo he intentado decir por las buenas a lo largo de estos días pero no quieres oírme, no me dejas más remedio que hacerlo así, Lola...

No sé por qué extraña razón no me revolví y me quedé quieta, esperando a que se explicara. Bruno comprendió que la oportunidad que tanto había anhelado estaba de pronto a su alcance y, despacio, retiró su mano de mi boca. Echándose su espeso cabello hacia atrás soltó un fuerte golpe de aliento

que me abofeteó el rostro, olía a alcohol que tiraba de espaldas. Esperó unos segundos, como si estuviera escogiendo las palabras con las que empezar, y al fin dijo:

—Perdona por haberte tapado la boca.

Asentí sin decir nada. Había comprendido que lo mejor era dejarle explicarse de una vez.

—No llegué a engañarte nunca. No ocurrió... Y no fue porque tú te presentaras allí, Lola, por supuesto que no... Eso es lo que siempre has creído, pero fue mi decisión. Mi decisión... —subrayó contundente—. Antes de que llegaras yo ya había decidido poner fin a la gran metedura de pata que estaba a punto de cometer... No podía engañarte, te amaba, yo solo quería amarte a ti y a nadie más...

—Claro, y te llevaste a tu casa a una mujer para decirle que amabas a tu novia y no pensabas echar un polvo con ella, ¿verdad? —escupió mi sarcasmo.

—Aquella mujer que viste era una compañera de trabajo... Estaba atravesando un mal momento sentimental y necesitaba un hombro en el que desahogarse...

—Y un macho al que montar, y allí estabas tú —lancé las palabras con irreverencia.

Bruno exhaló un golpe de aliento resignado y paciente. Lo que decía era tan importante para él que casi parecía que se le estaba pasando un poco la borrachera.

—No vuelvas a interrumpirme, por favor... Déjame que te lo cuente todo y después habla cuanto quieras... —explicó en un tono comedido, menos titubeante, aunque censurándome con la mirada. Terminé asintiendo y guardé silencio—. Como te decía, estaba pasando por un mal momento y al acabar el turno nos fuimos a tomar unas copas... Primero intenté animarla y después consolarla, pero no conseguí ni una cosa ni la otra e, inesperadamente, se puso a llorar... Mi casa no estaba muy lejos del bar y me preguntó si podía subir a ver si se calmaba, no quería dar un espectáculo, y yo acepté... —Pronunciaba con un poco de dificultad, debido al efecto del alcohol, pero de pronto se le notaba algo más despejado—. En mi casa le hice una tila, se la tomó y nos sentamos en el sofá. Se echó a llorar de nuevo, se abrazó a mí y

no sé ni cómo sucedió..., pero de repente me estaba besando... Yo le respondí, no niego que lo hice..., y entre besos llegamos a mi habitación... Empezamos a quitarnos la ropa, nos dejamos caer en la cama y entonces... Entonces, Lola, te vi a ti... Te vi en mi mente y me pregunté: ¿qué coño haces, pedazo de gilipollas? Y lo paré... Sí, como lo oyes... —aseveró, y de repente le dio un golpe de hipo—. Yo lo paré... Yo, Lola... —insistió—. Le dije que no quería continuar, que tenía novia, que la amaba y que no pensaba engañarla... Salí de la cama y le pedí que se marchara... Justo en ese instante sonó la puerta; eras tú... El resto ya lo sabes... —Suspiró y de nuevo hipó.

—¿Has acabado? —le pregunté de forma fría, intentando demostrarle que me importaba un pimiento su historia, aunque en verdad me había dado que pensar.

—No... —respondió tajante—. Quiero recalcarte que estuve a punto de acostarme con otra mujer, pero que no lo hice... No lo hice, joder... No. No lo hice... —reiteró desesperado.

—Vale, muy bien —declaré, restándole credibilidad a sus palabras.

—¿Lo ves? Estaba seguro de que no me creerías, ni ahora ni entonces... —siseó decepcionado—. Fue por eso que dejé pasar unos días antes de intentar contártelo..., pero ya no te localicé... Te comportaste de forma exagerada, como una inmadura... Me borraste de tu vida de la noche a la mañana, te cambiaste de teléfono, hasta de domicilio, y ordenaste a tus compañeros que ninguno me diera esa información... Los pusiste de parapeto para que no pudiera acercarme a ti... Pero ¿sabes qué...? No cambiaste de comisaría ni podías cambiar de lugar el edificio, y un día me presenté allí... No soportaba la idea de haberte perdido, tenía que hablar contigo y contarte lo que en realidad pasó... Estuve de guardia unas cuantas horas, esperándote..., pero el comisario Torres me vio y me pidió que te dejara en paz o él mismo me denunciaría por acoso... Siempre fuiste su ojito derecho... —Hizo una pausa con la que tomó aire. Por un segundo, me pareció que se encontraba mareado y, una vez más, el diafragma le convulsionó, causando el particular ruido.

—¿Torres te amenazó? —pregunté, asombrada por el descubrimiento.

—Sí... Aunque nunca le he guardado rencor por ello... Sé que su intención solo era protegerte... Con él me desahogué, le conté lo que ocurrió en realidad, lo mismo que te acabo de explicar a ti ahora... La única verdad

que hay y existe... Solo fueron unos malditos besos, no hicimos nada más... Yo no podía acostarme con ella, ni con ninguna otra mujer, el amor tan grande que sentía por ti no me dejaba... El amor que aún siento, Lola... Eres la mujer de mi vida y siempre lo serás... —confesó con una pronunciación algo torpe, con la voz un poco rota, pero había sinceridad en sus palabras—. Nunca he vuelto a amar a una mujer como te amé a ti... Lo he intentado, pero no lo he conseguido... —Sacudió la cabeza. Yo seguía callada, procesando toda la información—. Me siguen ahogando los remordimientos. Continúo reprendiéndome por lo que sucedió... Pero mi amor, lejos de menguar, ha ido creciendo... —Tragó saliva. Otro efecto del alcohol: reseca la garganta—. Dame una oportunidad, por favor, Lola... —suplicó, dejándome pasmada, inquieta, confusa...

—Tarde para nuevas oportunidades —acerté a decir, o más bien sentencié mientras hacía equilibrios con un maremoto de emociones.

—Es por él, ¿a que sí? —preguntó atropelladamente—. Sí... Claro que sí. Es por ese Germán... Sé que te estás viendo con él..., y no solo para charlar...

—¿Perdona?! —repliqué molesta—. A ti con quien yo me vea te importa una mierda, Bruno, no lo olvides —le respondí airada.

—Pero yo te quiero... Te amo... Mi corazón está más vivo que nunca desde que he vuelto a verte en Lagos del Pino, Lola... —Hipó una vez más—. Y yo sé que tú sigues sintiendo algo por mí, lo veo en tus ojos...

Observé que su cuerpo, lentamente, se iba hacia atrás y, de forma progresiva, hacia delante; empezaba a tambalearse.

—Y tú llevas una cogorza que no sé ni cómo ves —advertí seria.

De súbito, sin apreciar lo más mínimo sus intenciones, los labios de Bruno estaban sobre mi boca, besándome. Le aparté de mí de un impetuoso empujón y de inmediato le solté un bofetón de los que hacen historia. Sonó extremadamente fuerte, y la cabeza se le ladeó con brusquedad. Al segundo sentí un intenso dolor en la mano, como si el pómulo de Bruno fuera de titanio y no de hueso; el impacto me había magullado las falanges.

—Vete ahora mismo de mi casa. ¡A la puta calle! —grité desencajada. Bruno seguía azorado, con la mano posada en la mejilla que acababa de sacudirle y mirándome desfigurado—. No me mires así, yo no te he dado

permiso para besarme, ni sé cómo te has atrevido a hacerlo. ¡Lárgate, ya! — Señalé la salida, y él, raudo, se encaminó hacia ella. Mientras abría la puerta le dije—: Y mañana te quiero con los cinco sentidos puestos en ese registro, en el interrogatorio y en lo que proceda. Así que hazte un favor y en cuanto llegues al hotel date una buena ducha con la que espabilarte y quitarte el pedo que llevas encima.

Bruno se marchó sin añadir una sola palabra. Cuando escuché el portazo, me sujeté la mano y me quejé con ganas; me dolía horrores. Aunque todavía me dolía más mi orgullo, ese que Bruno había pretendido someter a su antojo. Enrabiada y dolorida, decidí marcharme a dar una vuelta, necesitaba airearme las ideas y relajar el malhumor que me controlaba. Sin pensármelo dos veces, entré en mi habitación y me cambié el pantalón corto por un vaquero. Caminando con unas zancadas cargadas de malestar, cogí mi bolso y salí de casa.



La luna brillaba resplandeciente en la oscuridad de la noche, incluso podían apreciarse las estrellas, que solían estar ocultas por la contaminación de la capital. Aunque no brillaban como en Lagos del Pino; allí moteaban de luz el negro cielo y lo llenaban de hileras y formas, como si los pequeños cuerpos celestes pretendieran dibujar sendas en el firmamento. Y hablando de sendas, ¿cuál iba a tomar yo?, me pregunté, mirando a ambos lados de la calle, mientras mis pies abandonaban el portal y pisaban la acera. No tenía ni idea de adónde ir y me puse a caminar sin importarme el rumbo, pero, por desgracia, sin dejar de pensar.

Paso a paso, la revelación de Bruno comenzaba a pesarme una tonelada. Había dicho que me seguía amando, que nunca lo había dejado de hacer, y quería que le diera una oportunidad. En ese instante mi mente me mostró algo que no quería volver a recordar: a Bruno haciendo el amor conmigo. Mientras me veía entre sus brazos, disfrutando de sus besos y embestidas, pensé en lo mucho que lo había querido. Pero eso fue hace mucho tiempo, me recordé. Entonces lo quería; ya no. Ahora lo odiaba.

Analizando cuanto me había dicho Bruno, creí que en algo sí debía darle la razón. Su acción traicionera me partió el corazón, algo indiscutible, pero mi reacción fue desproporcionada. Actué de manera pueril, haciéndome la sorda para no atender a razones y volviéndome muda para no responder a nadie, igual que una cría pequeña en medio de una pataleta. De forma inevitable, se me abrió un agujero en el pecho. Uno hondo y cargado de culpabilidad por no haberle dejado explicarse nunca, por obcecarme de la manera que lo hice.

Sin embargo, ya era tarde para lamentaciones; había llovido mucho desde entonces, demasiado. Durante esos años habían pasado muchas cosas en mi vida, y la gran mayoría no fueron gratas, sobre todo las que tenían que ver con el amor. En ese asunto siempre recibí las balas perdidas, que sin remedio dejaron profundas llagas en mi ser. Pero ahora el destino quería ser benévolo conmigo y me resarcía devolviéndome a Germán, mi apasionada aventura de juventud, un hombre que me atraía de forma potente y al que nunca creí que

volvería a ver. Desde que nos habíamos reencontrado se había hecho experto en robarle latidos a mi corazón, me había devuelto algo que creía olvidado: la ilusión. Rememoré nuestra pasión, las yemas de sus dedos deslizándose por mis curvas, su boca surcando los valles y cumbres de mi cuerpo, mis jadeos bailando al unísono con su respiración entrecortada, su compás lleno de deseosos envites, el estallido, la vibración, el estremecimiento... En ese instante éramos dos almas en un solo ser. Me asaltó un sentimiento que fecundó mi corazón de ternura, de dulzura, que me dejó embobada, pero una bofetada de calor angustioso terminó espabilándome. El sofoco no era consecuencia del vívido recuerdo, sino del bochorno que envolvía a la ciudad. Pese a las intempestivas horas, Madrid seguía siendo un horno.

Cuando llegué a casa de nuevo pensé en Bruno y un pellizco de culpabilidad me apretó la boca del estómago. Me invadió un inusual sentimiento de afecto, aunque me desprendí de él en un segundo. Fuera pena. Nada de lástima. Tampoco odio. Ahora ya no sentía nada por él. Entre nosotros ya no había sentimientos, ni buenos ni malos. Sus palabras habían actuado como el tórrido calor que nos cubría, fueron tan abrasadoras que calcinaron mis emociones.

Germán. Bruno. Dos hombres para un solo corazón, y el mío ya había elegido. Sin duda, Germán era el futuro; Bruno formaba parte del pasado.

\*\*\*

El día amaneció con un sol radiante que amenazaba con asfixiar a los ciudadanos madrileños. Las manecillas del reloj apenas rozaban las siete de la mañana y sus rayos ya calentaban con fuerza. Aunque después de vivir una noche tropical, no era de extrañar que nos esperase un día de cuarenta grados a la sombra.

Respiré profundo, me estiré cuanto pude y me levanté. Tomé una ducha para espabilarme, no había pegado ojo, y a continuación me vestí con un fresco conjunto de lino. Me observé en el espejo; las marcadas ojeras seguían destacando, se habían convertido en un complemento de mi cara. Sabía que gran parte de culpa se debía a no haberme tomado las pastillas para dormir, aunque había más razones que no me habían permitido invocar al señor Morfeo.

Tras tomarme un café arábica largo y cargado, salí de casa. Debía recoger a Bruno antes de ir al bufete, un lugar al que ansiaba llegar. En poco más de diez minutos, yo y mi Mazda Sport estábamos en hotel. Por suerte, Bruno ya estaba en la puerta.

—Buenos días —dijo nada más subir.

—Buenos días —contesté, y reanudé la marcha.

El agradable silencio, por desgracia, no duró más de diez segundos. Bruno lo rompió veloz como una flecha, nada más abrocharse el cinturón de seguridad.

—Lola, quería pedirte disculpas por lo de anoche. Me pasé. No tenía que haberte besado, lo siento. —Se masajeó la nuca, parecía avergonzado.

—Ahórrate el discursito, tenemos trabajo. —Estiré mi orgullo; escuchar sus disculpas me había agradado.

—Ya, pero yo necesito disculparme, mi comportamiento fue de lo más inapropiado —insistió.

—Es cierto, no te voy a quitar la razón, te pasaste ocho pueblos —afirmé seria—. Pero ya está, somos adultos, tú asumes tu error, yo acepto tus disculpas y nos olvidamos del tema. ¿De acuerdo?

—Trato hecho. —Asintió.

—Y si puedes estar un largo rato sin abrir la boca, mejor que mejor. Centrémonos en lo que toca, ¿vale?

—De acuerdo —respondió.

Bruno me hizo caso y se mantuvo callado. El pesado silencio, aunque imprescindible para mí, nos acompañó hasta llegar a la calle donde se encontraba el bufete de abogados Martos y Asociados.

El mes de agosto y las vacaciones habían dado un respiro al tráfico de la capital, tan dado a formar atascos, pero también empezaba a notarse la proximidad del fin del mes, puesto que ya rodaban más coches por las calles. Aun así, llegar a nuestro destino nos llevó unos quince minutos menos que en cualquier otra época del año.

Tal y como me había dicho Torres, un coche patrulla con dos agentes nos aguardaba cerca del portal del bufete. Tras los saludos formales, uno de los compañeros me tendió la orden de registro. Con un rápido repaso visual comprobé que todo estaba correcto, y cuando eché a andar ellos hicieron ademán de acompañarnos, algo evidente teniendo en cuenta que habían sido enviados como refuerzo. Pero yo no estaba dispuesta a perder el factor sorpresa, y nadie tenía duda de que el uniforme lo desbarataría, así que se lo expliqué a ambos y obedecieron mi orden de no escoltarnos.

Bruno y yo echamos a andar a paso ligero hacia un lujoso portal de una calle no menos lujosa en pleno barrio de Salamanca, con portero incluido. El hombre nos abrió la puerta muy amablemente y cuando le mostramos las placas le faltó tiempo para acompañarnos a los ascensores. Ni siquiera se atrevió a preguntar a qué piso íbamos, guardó un silencio sepulcral. Llegamos a la sexta planta del edificio, donde se encontraba el bufete Martos y Asociados, un despacho de abogados que no podían costearse todos los bolsillos, solo unos cuantos, los más privilegiados, la flor y nata de la sociedad. Era un bufete de lo más clasista; de lo más repelente, para mi gusto. Era cierto que yo provenía de una familia acomodada, residente en el madrileño barrio de Arturo Soria, pero si algo nos habían inculcado nuestros progenitores, y la familia en general, tanto a mi hermano como a mí era la humildad. Mi abuelo, muy dado a usar el refranero, cuando se topaba con un arrogante decía: «Torres más altas han caído». Mi padre siempre nos repetía lo mismo: «Desnudos nacemos y desnudos tomaremos sepultura. La riqueza no os ayudará a ser mejores personas, la vanidad no sirve para nada ni el dinero os libraré de acabar en el mismo lugar que el resto. Vivid llenando vuestras almas de hacer el bien, eso es lo único que os hará felices». Y eso llevaba años haciendo mi padre, el bien, salvando vidas y obstinado en

mejorar su calidad; y yo le había defraudado por no seguir sus pasos. Él no era altivo ni engreído, solo se comportaba de forma áspera conmigo porque su orgullo no me perdonaba haberle llevado la contraria. Era una persona dadivosa, un médico abnegado y altruista con los enfermos más desfavorecidos. A Agustín Velázquez lo apreciaba todo el mundo, no tenía problemas con nadie salvo conmigo y mi testarudez, idéntica a la suya.

Alejé mis pensamientos, que estaban fuera de lugar en este instante, y observé la placa dorada de la puerta: las letras negras, grandes, elegantes y cursivas y el dibujo de la Dama de la Justicia de fondo. Ella era la que nos había traído hasta aquí. Ella con la balanza, que representaba la consideración objetiva de las partes enfrentadas, con la venda en los ojos, símbolo de imparcialidad, y empuñando la espada, que indicaba autoridad. Pero, viendo esto, ¿quién se atrevía a decir que la justicia era igual para todos? Dependiendo de lo que pudieras pagar, tu defensa sería mejor o peor, ni más ni menos, y no importaba si eras culpable o inocente. «Tanto tienes, tanto vales», que decía mi abuelo, Dios lo tenga en su gloria.

Bruno, viendo que me había quedado ensimismada ante el dorado metal, alargó la mano y pulsó el timbre. Justo en ese momento, oyendo la melodía que emitía, volví a la realidad. Fijé la mirada en mi compañero y advertí cómo tomaba aire, de qué forma su esternón ascendía lentamente colmando sus pulmones de oxígeno. Estaba nervioso, igual que me ocurría a mí, aunque ninguno de los dos lo admitiéramos.

La puerta se abrió y apareció una mujer joven y delgada. Supuse que sería la recepcionista, aunque, tal como iba vestida, maquillada y peinada parecía una modelo a punto de desfilarse por la pasarela Cibeles.

—Hola, buenos días —saludó sonriendo, mostrando sus perfectos y blanqueados dientes. ¿Tienen cita?

—Buenos días, señorita. No, no la tenemos —contesté—. Somos policías; él es el inspector Molina y yo soy la inspectora Velázquez. —Ambos mostramos las placas—. Venimos a efectuar un registro —añadí, mostrándole la pertinente orden.

—Pasen y esperen, por favor. Voy a buscar al señor Martos —indicó nerviosa.

—Dese prisa, por favor —le pedí, y la joven se marchó en busca de su jefe, taconeando veloz.

—Como la *Barbie* se caiga de los andamios que lleva por tacones te demandará por meterle prisa —comentó Bruno, jocoso.

—Pues que traiga calzado apropiado para trabajar —repliqué, sonriendo con sutileza.

Antes de que Bruno volviera a abrir la boca un hombre próximo a los sesenta años, de elevada estatura, ancho de hombros, con el cabello canoso y el rostro curtido se presentó ante nosotros.

—Buenos días, agentes. ¿Qué ocurre? ¿Qué quiere la policía de Martos y Asociados? ¿Cómo es que tienen una orden de registro? ¿Acaso se nos acusa de algo? —preguntó de seguido, sin tomar aire, sorprendido y en posición de defensa.

—En la orden lo tiene todo explicado, señor...

—Ernesto Martos Albero —me dijo casi quitándomela de las manos—. Y sigo sin entender nada.

—Somos de Homicidios y...

—¿De Homicidios? —alzó la voz, cortándome, estupefacto con la noticia.

—Sí, señor, y venimos para hacer un registro en su bufete. También nos gustaría hablar con los empleados.

—Si me disculpa, señor Martos, voy a empezar —avisó Bruno, y se adentró en el bufete.

—Señor Martos, por favor, necesitaría los nombres de todos los socios y empleados del bufete —le pedí mientras él leía la orden. Segundos después, me devolvió el papel y suspiró profundamente, emitiendo un sonido que sonaba a afrenta.

—Yo soy el fundador del bufete y ya sabe mi nombre. Hay tres socios más, pero solo dos de ellos se encuentran aquí, estamos a finales de agosto y todavía hay gente de vacaciones. Pasa igual con los empleados, de los seis que forman la plantilla solo cuatro se han incorporado hoy al trabajo.

—No se preocupe, podemos localizar más tarde a los que no estén. Usted deme los nombres, pero solo de los hombres, por favor.

—De los empleados solo esta Pablo Dávila. Gerardo Piñeiro aún está de vacaciones, y el resto son mujeres.

—¿Y los socios?

—Pues excepto Luis Espinosa Díez, los demás sí están: Roberto Guzmán Bastida y Roberto Santos Medina.

Roberto. ¡Joder, Roberto! El único de la foto que quedaba vivo se llamaba Roberto. Saltaron todas mis alarmas. No podía ser una coincidencia, tenía que ser el mismo Roberto. Era un tanto irónico, porque los indicios nos habían hecho pensar en Eugenio y no en Roberto, incluso yo había ido más lejos y había considerado la posibilidad de que Eloy estuviera vivo y fuera el responsable de los asesinatos. Habíamos sopesado la contingencia de que Roberto pudiera ser el verdugo, desde luego, pero al final todos habíamos apostado al mismo número: Eugenio. Los indicios nos habían confundido, aunque, por suerte, una de las pistas nos había traído al lugar correcto y hasta el posible asesino: Roberto. Aunque no había un solo Roberto, para mayor inri, había dos. ¿Cuál sería el que buscábamos? Extraje del bolsillo de mi pantalón el folio en el que habíamos impreso la fotografía y se la mostré al señor Martos.

—¿Reconoce a este hombre? —le pregunté, señalando a Roberto.

—Pues no sabría decirle, ahora mismo no me suena de nada. —Se encogió de hombros.

—Los folios coinciden —me notificó Bruno, apareciendo de repente con un par de ellos en la mano.

—¿Qué les pasa a los folios? —preguntó el señor Martos, extrañado.

—Que tienen una filigrana, la Dama de la justicia, su logo del bufete —le expliqué.

—Sí, ¿y eso es un delito? —demandó confuso.

—No, por supuesto —respondí—. Pero ese mismo tipo de folios, el que fabrican solo para su bufete, ha aparecido en los escenarios de tres asesinatos. Y un asesinato sí es un delito, señor Martos, uno muy grave.

—¿Asesinatos? ¿De qué hablan? —formuló perplejo, sin entender nada.

—¿Quién tiene acceso a esos folios? —le preguntó Bruno.

—¡Todo el mundo, joder! ¡Todo el puñetero bufete! —respondió en alto, alzando los brazos, alterado.

—Cálmese, señor Martos, por favor —le solicité—. Dígame qué edades

tienen los dos socios que se llaman Roberto —pregunté.

—¿Roberto? —Bruno me miró con cara de sorpresa. Yo asentí.

—Roberto Guzmán tiene mi edad, cincuenta y ocho años. Roberto Santos es el más joven del equipo, cumplió cuarenta y seis hace unos meses.

¡Bingo! Acababa de estrecharse el cerco. Bruno y yo volvimos a mirarnos, sabíamos lo que esas palabras significaban para nosotros. Tictac, tictac, tictac... Sentí uno de mis pálpitos, esos que me abrumaban tanto como sobreexcitaban por olfatear que se avecinaba el triunfo policial.

—Empecemos por el benjamín de la casa —dije, frotándome las manos imaginariamente.

—Vengan por aquí, por favor —avisó Martos. Bruno y yo nos adentramos en un largo pasillo. El suelo de mármol brillaba como un espejo y de las paredes revestidas de madera colgaban cuadros vanguardistas de gran valor—. Es aquí. —Señaló la puerta y, sin más demora, la abrió y entró en el despacho.

—Roberto, han ven...

—Buenos días, señor Santos —dije, interrumpiendo a Martos. No pretendía parecer maleducada, pero presentarnos era parte de nuestra labor y en este caso también clave del factor sorpresa—. Somos inspectores de Homicidios; él es mi compañero Molina y yo la inspectora Velázquez. Queremos hacerle unas preguntas. —Mi mirada se clavó en él como una espada, y su impacto me salpicó en la cara.



Roberto Santos se levantó de su majestuoso sillón de cuero negro y nos miró desencajado. Su mesa estaba hasta los topes de papeles y carpetas que revelaban el volumen de trabajo que le esperaba a ese hombre de estatura media, con importantes entradas en su corta melena castaña, resultón y fibroso.

—¿Inspectores de Homicidios? —Se quedó boquiabierto.

Bruno y yo le mostramos las placas. Él cerró la boca y tragó saliva, un gesto que indicó su nerviosismo y que no me pasó inadvertido.

—¿Podría dejarnos un momento a solas, señor Martos? —le invité a marcharse mientras Bruno empezaba a merodear por el despacho. Ernesto Martos salió sin emitir una palabra y cerró la puerta.

—No sé qué quieren de mí, pero pierden el tiempo —manifestó con evidentes signos de preocupación en su voz y en sus gestos.

—Eso nos corresponde valorarlo a nosotros, señor Santos —respondí con aplomo.

Era él. A pesar de los muchos años que habían pasado, se parecía al joven de la foto, el único de aquella panda que aún vivía. Él era el asesino, la prueba de los folios lo apuntaba con claridad. Nos habíamos equivocado al pensar y señalar a Eugenio. Me dieron ganas de saltar sobre él, esposarlo y llevármelo a comisaría. Pero no podía hacerlo, había que seguir los cauces correctos, debíamos obtener pruebas firmes de su culpabilidad.

—¡Eh, oiga, pare! —Roberto llamó la atención a Bruno y de golpe se desprendió de todo el asombro que lo había envuelto—. Si quieren husmear entre mis cosas les hará falta una orden de registro. No sé si se habrán dado cuenta de que están en un despacho de abogados; sé cómo funciona la ley —soltó, muy digno.

—Por supuesto, aquí la tiene. —Se la mostré.

Roberto Santos la cogió con furia, casi me la arrancó de la mano. La leyó y guardó silencio, le acabábamos de dejar sin palabras.

—Lo folios vuelven a coincidir, están por todas partes —comentó Bruno, soplando, seguro que pensando en lo difícil que nos resultaría acusar a Roberto con una prueba que estaba a disposición de cualquiera.

—¿Se puede saber qué buscan, qué es lo que quieren? —preguntó el susodicho con agresividad.

Ignorando las preguntas del señor Santos, alias «el hijo de puta que llevaba meses buscando y por el que me habían jodido la vida», aproveché para echar un ojo al despacho. Era amplio, luminoso y alejado de lo modesto. Las alfombras que cubrían el señorial y caro mármol parecían persas; los sillones, con un diseño mítico, apostaría que eran de piel de búfalo, y no me cabía duda de que el mueble biblioteca, cargado de archivadores y libros de Derecho, era de madera de ébano. Resumiendo, todo cuanto allí había costaba un buen pico.

—¿Me van a decir de una vez qué andan buscando? —insistió.

—¿Se está poniendo nervioso, señor Santos? —pregunté; era lo que trataba de conseguir.

—Para nada —contestó, echándome un pulso con la mirada.

—Pues igual debería —advirtió Bruno.

—No veo por qué —entonó con temple—. Solo tengo motivos para cabrearme porque me están haciendo perder el tiempo.

—Y el tiempo es oro, ¿verdad?

—El mío, sí, inspectora; el suyo, no tengo ni idea. —Se encogió de hombros.

—Ha estado de vacaciones, eso me ha dicho su socio, el señor Martos. ¿Cuándo ha vuelto al trabajo?

—Hoy mismo.

—¿Dónde ha veraneado?

—¿Y eso qué les importa a ustedes? —replicó, mirándonos de hito en hito, de nuevo presa de cierto nerviosismo. ¡Eureka!

—Necesitamos saber dónde ha estado la semana pasada y si ha estado solo o acompañado —avisó Bruno.

—No pienso decirles nada hasta que me cuenten el motivo por el cual

debo hacerlo —nos retó. No era un simple picapleitos, conocía de sobra las leyes y sus derechos.

—Investigamos unos asesinatos, señor Santos, y los folios que usan en este bufete nos han traído a usted.

—¿Perdone?! —espetó casi en grito.

—¿Conoce Lagos del Pino? —le pregunté a quemarropa.

—No, nunca he oído ese nombre. —Negó con la cabeza.

—Es un pueblo de Huesca.

—¿Debería conocerlo?

—Yo creo que sí. Es más, sé que lo conoce, aunque nos diga lo contrario.

—Creo que delira, inspectora.

—¿Aparece usted en esta fotografía? —Se la puse delante de la cara y me fijé en su reacción: se quedó rígido y la respiración le cambió. Mentía. Mi radar policial no paraba de confirmármelo.

—No —respondió, y en un acto reflejo se llevó la mano a la nuca, inquieto—. Yo no aparezco en esa foto y tampoco conozco a nadie de los que salen.

—Son un grupo de jóvenes durante un campamento de verano en Lagos del Pino, Huesca, en 1990. Todos están muertos menos este. —Le señalé a él en la fotografía y anclé mis ojos en sus facciones. Dijera lo que dijera, y aunque en la imagen no fuera más que un adolescente, él era ese joven.

—¿Muerto? ¿Los han matado? —preguntó, haciéndose el sorprendido, fingiendo horror, aunque el arte dramático no estaba entre sus dones.

—Así es. —Asentí—. Y ahora que ya está al corriente de por qué estamos aquí, ¿nos va a decir dónde ha estado la semana pasada o prefiere que nos lo llevemos a comisaría para interrogarlo?

—He estado en casa, descansando —expresó, mirándome fijo, aunque denotando atisbos de preocupación. Más indicadores de que mentía.

—¿Alguien que lo corrobore? ¿Mujer, novia, pareja...?

—¿Me está preguntando por alguien que corrobore mi coartada, inspectora? —interpeló de inmediato.

—Ya veo que sabe cómo funciona esto. Me alegro. Ahora, por favor,

respóndame.

—Sí, estoy casado y tengo dos hijas —contestó—. ¿Piensa también hablar con ellas y preguntárselo?

—Sí, al menos con su esposa.

—¡Vale, vale! —Solicitó calma con las manos—. No he estado en casa esta semana, sino en un hotel. —Dejó escapar un suspiro ahogado.

—¿Y por qué nos ha mentado? —No pude evitar mostrar mi disgusto—. ¿En qué hotel? ¿Dónde se encuentra? ¿Por qué estaba allí? —Disparé las preguntas como si fuera una metralleta.

—En un hotel balneario en Alhama de Aragón. —Vaciló un instante—. No se lo he dicho porque tengo una aventura y, como es obvio, mi esposa no lo sabe —confesó con una nota de vergüenza en la voz.

—¿Y qué convincente excusa le dio a su mujer para pasar esos días fuera de casa? —le pregunté, fondeando en sus ojos. Él se llevó de nuevo las manos a la nuca y resopló de forma fragorosa.

—Le dije que tenía un viaje de negocios, y ella me creyó.

—Muy bien. Díganos el nombre del hotel, vamos a llamar para comprobarlo. Y también quiero el teléfono de su aventura para que ella nos lo confirme.

—Aquí lo tiene. —Nos tendió una tarjeta del hotel que sacó de su cartera.

Bruno la tomó al instante, cogió su móvil, se apartó un poco de nosotros y empezó a marcar el número.

—¿Y el de ella? —le pregunté.

—No tengo el número de Penélope.

—Vaya, ¡qué contratiempo para nosotros! —exclamé.

—Lo siento. ¿Qué quiere que le diga? Acabamos mal y lo tiré. Como comprenderá, no memorizo ese tipo de teléfonos en el móvil.

—Claro, de ser descubiertos, le podrían poner en serios aprietos, ¿verdad?

—¿Usted qué cree?

—Que es usted muy listo. —«Demasiado», declaró mi conciencia,

molesta.

—Confirmado, su nombre consta en el registro de huéspedes del hotel balneario que dice —me avisó Bruno.

—¿Lo ve, inspectora? No miento —expresó, ganador y con un ápice de chulería.

—Lo abandonó el sábado a media mañana —añadió mi compañero.

—¿Y dónde estuvo el resto del sábado y el domingo?

—En casa, con mi mujer e hijas. El domingo incluso vinieron algunos amigos a comer. ¿Quiere los números de todos? Se los doy gustosamente. No tengo nada que esconder, he dicho la verdad.

—Yo le diré otra verdad, señor Santos. Unos folios idénticos a estos — los señalé—, con la filigrana de su bufete, la Dama de la Justicia, se han encontrado en el escenario de tres asesinatos. El único que queda vivo de este grupo de jóvenes que aparecen en la fotografía se llama Roberto, como usted, y, diga lo que diga, ese joven y usted tienen bastante parecido, a pesar de la diferencia de edad. Yo diría que son la misma persona.

—Creo que tiene mucha imaginación, inspectora, o quizás una especial fijación conmigo. Porque este chico y yo no nos parecemos en nada. Nadie jamás asociaría esta foto con mi persona, igual ve indicios donde no los hay.

—Cuidadito —le advertí—. Es la segunda vez que da a entender que estoy loca y no se lo voy a permitir.

—Usted es la que tiene que tener cuidado. —Sonó a amenaza.

—¡Eh!, no vaya por ahí, señor Santos —dijo Bruno, situándose a mi lado, con la intención de defenderme.

—No se le ocurra faltarme el respeto o me lo llevo arrestado ahora mismo —le indiqué de forma autoritaria.

—Ni a usted se le ocurra acusarme de algo tan grave como un asesinato; en este caso tres, sin tener pruebas.

—Demostraré que es usted.

—¿Que lo va a demostrar? ¿Cómo va a demostrar que he hecho algo que no he hecho? —Alzó la voz.

—Lo haré —insistí, manteniéndome en mis trece. Sabía que estaba frente

al maldito asesino que buscábamos. Pero era listo, muy listo, y además abogado. ¡Mierda!

—No tiene una maldita prueba, inspectora. ¿Lo demostrará con unos folios que cualquiera ha podido coger, que están por todo el bufete e incluso a disposición de los clientes? ¿O con una fotografía que nada tiene que ver conmigo? ¿O inventándose que conozco un pueblo que no conozco y en el cual no puede situarme porque ya ha comprobado dónde he estado durante estos días? De lo único que me puede acusar es de ser infiel a mi esposa, pero eso no es un delito, inspectora. —Trazó una sonrisa que no sabría cómo describir.

—Escriba en un papel lo que sea, su nombre mismo —le ordené, pensando en comparar su letra con la de la nota.

—¿Qué? —Alzó las cejas, sorprendido—. No pienso hacerlo —dijo desafiante.

—¿No va a cooperar con la justicia? —Sentí la imperiosa necesidad de aferrarme a las solapas de su americana y zarandearlo.

—No voy a hacer ni decir nada más si no es en presencia de un abogado —respondió tajante—. Ahora haga el favor de irse con sus demencias a otra parte.

—¡Valiente desgraciado, no estoy loca! —le escupí, intentando no montar en cólera por su forma de insultarme—. Sé que eres tú y lo demostraré. —Me acerqué tanto a su cara que mi furia se la empañó.

—Cuide sus modales, inspectora. —Adoptó un tono hostil.

—¡Eh, vale! —exclamó Bruno, posando su mano en el pecho de Roberto y separándolo de mí.

—Y usted cuide sus palabras. Soy una inspectora de policía, no una de sus amantes —enuncié, intentando sosegarme.

—Ni a usted se le olvide que me está señalando sin pruebas, y una persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Eso sin mencionar que acaba de insultarme y que me he sentido amenazado con su actitud. A ver si voy a ser yo quien tenga que exponer una queja ante sus superiores.

Me mordí la lengua para no insultarle de verdad, para no usar palabras que harían sangrar a sus tímpanos.

—Haga lo que considere oportuno, pero no se le ocurra salir de la ciudad bajo ningún concepto —le indiqué, recuperando la calma que años de profesión me habían enseñado a mantener—. Es usted sospechoso de haber cometido unos asesinatos. Buenos días —me despedí, retándole con los ojos.

En ese instante volví a percibir en Roberto los nervios del inicio; lo había asustado. Y después de mis años de experiencia en el cuerpo, sabía que solo se asusta el que verdaderamente tiene algo que esconder.

Mientras caminábamos para marcharnos del bufete, mis amplias zancadas evidenciaban lo indignada que me sentía. En general, mi cuerpo entero lo rezumaba. La desesperación estaba clavándome cientos de puñales por las entrañas, y tan enojada me encontraba, que no pude evitar dar un fuerte portazo al salir. Dentro del ascensor guardé silencio, no abrí la boca para nada, y eso que las palabras me estaban quemando el paladar. Pero en cuanto abandonamos el portal y pisé la calle, exploté.

—¡Joder, Bruno! —rugí furiosa—. ¿Te pasa factura la resaca o qué? ¿Por qué no me has apoyado?

—¿Y tú por qué lo has atacado? —me devolvió la pregunta, mostrando cierto cabreo.

—Primero lo ha hecho él —contesté, defendiéndome.

—Pero tú eres una profesional, representas a la ley, y lo que has hecho ha sido una estupidez supina.

—Ese tipo me ha sacado de mis casillas.

—Te ha provocado y tú has entrado en su juego; un error de principiantes, Lola.

—Vale, cierto, pero es que... —Resoplé.

—Mira, entiendo tus ganas por cerrar este caso y hacer justicia, sé lo que significa para ti resolverlo y lo mucho que la prensa te ha castigado por él, pero...

—Tú no tienes ni idea de lo que yo he pasado —le corté con gravedad.

—Desde luego que no, pero puedo hacerme una idea, y te aseguro que eso no justifica tu actitud. No puedes insultarle ni abalanzarte sobre él de ese modo, Lola —insistió, riñéndome—. ¿Sabes lo que has conseguido? Ponerle sobre aviso de nuestras intenciones.

—De acuerdo, sí —ratifiqué, vencida, reprendiéndome mentalmente—. Pero si tú me hubieras apoyado cuando le he enseñado la foto, si ambos le hubiéramos presionado con el parecido, igual habría caído en un renuncio.



—Sabes que no podemos afirmar que sea él. No tenemos pruebas.

—Claro que es él. —Subí el tono.

—Es cierto que el muchacho de la foto tiene cierto aire a él, pero de ahí a asegurar que son la misma persona hay un abismo, Lola. Esa fotografía no se admitiría como prueba, y lo sabes tan bien como yo, como lo sabe él. Reconoce que por eso mismo no lo has arrestado.

Tuve la intención de rebatirle. De hecho, las palabras se me quedaron colgando de la punta de la lengua, pero los labios no se atrevieron a desprenderse para expulsarlas. No podía contradecirle, por mucho que me molestase; Bruno estaba en lo cierto.

—De acuerdo. —Resoplé, derrotada—. Pero es él, no me digas que lo dudas —insistí, dura en mi convencimiento.

—No te lo discuto, yo no estoy en tu contra. —Me miró con elocuencia—. Pero, como bien has dicho, hay que probarlo. Necesitamos pruebas y solo tenemos indicios.

—¡Putá mierda! —proferí airada, llevándome las manos a la cabeza, deslizándolas hacia atrás por mi coleta hasta reposarlas en la nuca.

—Voy a hacer una llamada, tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre Roberto Santos Medina.

—De acuerdo. Yo voy a informar al comisario.

Saqué un cigarro de la cajetilla y me lo encendí con avidez. Las primeras caladas me supieron a gloria. Mientras marcaba el número de Torres, fumé de seguido, a una velocidad pasmosa, a la vez que una idea revoloteaba en mi cabeza causándome zozobra. En cuanto el comisario contestó, lancé la colilla al suelo y empecé a contarle todo. A Torres le faltó tiempo para decirme que la prueba de la fotografía estaba cogida con pinzas; cualquier abogado sería capaz de desmontarla en un par de segundos. No le rebatí, para qué gastar más saliva inútilmente. Aunque sí hice hincapié en pedir una orden de registro para su domicilio.

—No podemos, Lola. Necesitamos algo más sólido.

—Pero...

—No hay peros que valgan —me cortó.

—Señor, insisto, Roberto Santos miente. He percibido su nerviosismo

con claridad, ha llegado a ponerse a la defensiva y en algún momento incluso me ha faltado el respeto. Sé que es él, comisario: mismo nombre, misma edad, sin contar el parecido con la foto. Todos los indicios lo apuntan a él. — Mi cabeza también empezaba a apuntarme otras cosas y sabía que debía examinarlas y tenerlas en cuenta.

—Vale, lo mantendremos bajo vigilancia. Veremos qué hace el señor Santos Medina en sus ratos de ocio —declaró con ironía—. Mandaré a Robles a cubrir la guardia. No os vayáis hasta que llegue él, pero sed discretos, no os quiero a la vista.

—Descuide, comisario.

En cuanto colgué, Bruno se acercó a mí.

—Los compañeros me han dicho que cuando tengan algo sobre Roberto Santos me llamarán.

—El comisario dice que no va a pedir una orden de registro hasta que tengamos pruebas más sólidas, pero lo vamos a tener vigilado. En un rato vendrá un compañero. Mientras tanto, Torres nos ha ordenado esperar pero sin que se note nuestra presencia.

—Muy bien. ¿Tomamos un café? —preguntó, señalando una cafetería que estaba en la acera de enfrente.

—Vale —contesté, y echamos a andar hacia ella.

Bruno abrió la puerta de la cafetería y me invitó a pasar. Nada más entrar tomé una honda bocanada de aire para aliviar la desazón que me corroía por dentro, pues la idea que se había despertado en mí no dejaba de pulular por mi sesera. Observé el moderno local; era de diseño vanguardista y muy agradable, decorado en colores negros y grises y con algún detalle en rojo. De pronto pensé en Germán, él adoraba el blanco y no opinaría lo mismo que yo. Germán. Su recuerdo se hundió en mi cuerpo y actuó como un bálsamo sobre la piel irritada; me alivió. Me sorprendió lo que sentí, llevaba un día sin verlo y ya lo echaba de menos. Germán paliaba mi tormento, mis frustraciones y dudas. Era comprensivo y sabía escuchar, tenía un aura magnética que me atraía sin remedio, y además era adictivo, como la droga. Porque, sin lugar a dudas y en un tiempo récord, me había hecho adicta a sus besos y caricias, a su piel morena y sedosa con aroma a brisa fresca, a su cuerpo y a su inteligencia. Germán. Un chute de él y podía olvidarme de todo. Alejé su

recuerdo de mi cerebro; debía centrarme en el caso, solo en eso. Me ayudó el olor a café que inundó mis fosas nasales. Me encantaba ese aroma. Cerrando los ojos, lo aspiré en profundidad hasta notar que todos mis sentidos se activaban.

Un agradable camarero nos saludó y nos tomó nota, y en dos minutos ya teníamos nuestras tazas de café exprés entre las manos. Fue antes de dar el primer sorbo cuando la cara de Bruno me hizo intuir que quería decirme algo alejado de lo profesional.

—Lola, respecto a lo de anoche...

—Creí que ya habíamos finiquitado el tema esta mañana —lo interrumpí, pensando que mi intuición no se había equivocado.

—Necesito que me escuches, y será la última vez, te lo juro —declaró.

Tomé una gran bocanada de aire antes de claudicar.

—Adelante. La última vez, Bruno —le recordé, y no pude evitar que sonara a orden amenazante.

—Lola, lo que te dije anoche es la verdad, sigo enamorado de ti, por eso mi matrimonio no funcionó —susurró, clavando sus ojos en los míos—. Busqué formas para engañarme a mí mismo y terminé acallando mis sentimientos, aunque no pude anularlos. Con los años traté de reemplazarte y me casé con una compañera de profesión, pero no me enamoré de ella, era imposible porque seguía amándote de ti. —Suspiró con pesadumbre—. Nos divorciamos hace casi un año, y desde entonces no hago más que pensar en ti. —Esperó mi respuesta, pero yo me había quedado muda con su revelación—. ¿No vas a decir nada? —me preguntó.

—¿Y qué quieres que diga? ¿Piensas que contándome todo eso voy a caer rendida en tus brazos? —Lo observé confundida.

—No, por supuesto. Solo necesitaba que lo supieras, nada más —contestó, con un timbre que bordeaba la desesperanza y mirándome con una tibia angustia en los ojos.

—Y ya me lo has contado, Bruno —dije con templanza, y, apelando a su mirada, añadí—: Debes entender que ya da igual lo que pasó, lo que importa es que tu vida y la mía ya no tienen posibilidad de confluir. Permíteme un consejo: tienes que dejar de vivir de los recuerdos, debes anclarte a la realidad y afrontar de una vez que nuestro tiempo pasó. —Mis palabras no

podían ser más sinceras; no había hablado yo, sino mi corazón. Bruno pareció comprenderlo y, sin separar los labios, agachó la cabeza. Cabizbajo, terminó asintiendo repetidas veces, dándome la razón. Me alivió esa respuesta, unida a su mutismo, que indicaba que el tema por fin estaba zanjado, pero a la vez sentí cierta inquietud que me pidió distancia, un poco de espacio para mí sola —. Y ahora, con tu permiso, voy a salir fumar, necesito un cigarro y un poco de aire. —Él permaneció callado y yo, compartiendo su silencio, me levanté. Arranqué a andar y, ligera, abandoné la cafetería.

Roberto

En cuanto la policía abandonó mi despacho me senté para no caerme, me temblaban las piernas y les costaba sostenerme. Me sentía acorralado, cercado por una valla que alguien había colocado de repente, sin avisar. Sospechaban de mí. Homicidios me había puesto en su punto de mira y la misma inspectora que llevó el caso de Gonzalo acababa de señalarme con el dedo. Estaba bien empapado, fue un caso muy conocido, la prensa casi lo convirtió en un espectáculo mediático. Los distintos cuerpos de seguridad del Estado protestaron por lo que ellos denominaron asedio. El tema generó gran controversia entre defensores y detractores de la libertad de prensa. Sí, era Dolores Velázquez y acababa de dejar patente que no se iba a andar con chiquitas para conseguir lo que buscaba: mi detención. Por eso casi me pegó la fotografía a la cara, para que me quedase sin aire al verme en ella. Y la verdad es que tuve que hacer un sobreesfuerzo para parecer frío y no derrumbarme, para negar que yo formé parte de aquella panda de gamberros, pero la imagen se había quedado grabada en mi retina y actuaba de revulsivo en mi conciencia. Temía que la inspectora hubiera sido capaz de percibir mi nerviosismo, la fisura que de pronto se abrió en mi conocimiento. Estaba seguro de estar cubierto, y por lo tanto a salvo, pero al verlos ante mí me vi en peligro. Cuando sus palabras me apuntaron como único culpable, me sentí solo, aun sabiendo que no lo estaba; delatado, aun habiendo sido leal, y de ahí que brotase mi hostilidad.

Un sudor frío a la par que angustioso me acometió, y el estómago se me hizo un ovillo. La actitud de la inspectora había sido de lo más desafiante, no despegaba sus ojos de los míos, como un lince al acecho de su presa, esperando que cometiera el más mínimo error para abalanzarse sobre mí y darme caza. No iba a desistir en su empeño hasta echarme el guante, lo vi en su expresión, en su mirada llena de rabia y repulsión que se alejaba de lo profesional y llevaba la investigación al terreno personal. Y cómo no hacerlo después del vapuleo al que le sometió la prensa. Fue todo un fenómeno de

retroalimentación; adoptaron el papel de buitres y dieron cobertura a la desmedida inquina que la viuda de Gonzalo desarrolló contra la inspectora, porque se consideraba una víctima y, alentada por los carroñeros, escupió auténticas barbaridades. La viuda sustentaba a la prensa y la prensa la nutría a ella. Se creó un círculo vicioso por ambas partes que acabó siendo peligroso para la integridad de la propia inspectora. El Ministerio de Defensa, ante el escarnio del que eran parte y testigo a la vez, tomó medidas al respecto, aunque a mi entender demasiado tarde, cuando ya se habían producido daños irreparables. Cualquiera después de sufrir ese acoso se tomaría el caso de forma personal, así que no se lo reprochaba, pero tampoco alababa su actuación, no podía convertir su frustración en un ataque agresivo y directo a mi yugular. Me había declarado su objetivo a batir, y eso me preocupaba mucho.

De repente me atrapó un pánico desmedido que me dejó inmóvil y sin respiración. Me vi en la cárcel. Hasta noté una mano en mi espalda que me empujaba al interior de una celda e incluso oí cerrar las rejas a mi espalda. Me sentí aterrado, solo y abandonado a mi suerte, sin el apoyo de nadie. Los pelos se me pusieron de punta cuando mi conciencia me formuló la pregunta: «¿Y acaso no te lo mereces?». Tragué saliva, nervioso. «Tuve que hacerlo, tuve que hacerlo...», me repetí insistente. Pero esa defensa no cambiaba nada. Había matado a tres hombres, había intercambiado tres vidas ajenas por las tres de mi familia, y daba igual el motivo por el que hubiera actuado así, seguían siendo asesinatos. Asesinatos, no homicidios, porque la pena variaba de quince a veinticinco años por delito.

Sentí ganas de vomitar, me di asco de mí mismo al recordar lo que había hecho, lo que nunca iba a poder olvidar. «¿Sigues pensando que no mereces dar con tus huesos en la cárcel?», continuó demandándome mi conciencia. El corazón se me desbocó y comenzó a palpar con extrema violencia. Me desanudé la corbata y me desabroché los primeros botones de la camisa; me faltaba el aire, no podía respirar. Con urgencia, me levanté del sillón, abrí la ventana de par en par y tomé una bocanada de oxígeno, grande, honda, sin fin... Casi me mareé con ella.

Después de unos largos e inmisericordes minutos respiraba con normalidad, el ritmo cardiaco volvía a ser acompasado y su velocidad la habitual, el ataque de ansiedad había pasado. Me abotoné la camisa, me coloqué la corbata, cerré la ventana y encendí el aire acondicionado. Me senté

y medité. Debía hablar con el Cerebro. Debía avisarle de lo ocurrido. Debía hacerlo cuanto antes. De inmediato tomé mi maletín y saqué el teléfono desechable. Marqué y esperé, pero nadie descolgó y la llamada expiró. Parecía que el Cerebro estaba ocupado, como si yo no lo estuviera. Yo tenía la mierda hasta el cuello; mi culo era el centro de atención de los de Homicidios. Desde luego que estaba de lo más ocupado pensando en qué iba a hacer, qué pasos debía dar. Decidí mandar un mensaje, tenía que conocer la situación y tenía que ayudarme a salir de ella.

La poli de Homicidios que llevó el caso de Gonzalo ha estado husmeando en el bufete. Sospecha de mí, me ha estado haciendo preguntas. Te estoy llamando, ponte en contacto conmigo.  
09:38

Intenté trabajar, tenía la mesa hasta arriba de papeles y no podía permitirme el lujo de seguir acumulando causas, debía ponerme al día lo antes posible. Hojeé distintos casos. Mi cerebro no estaba para contenciosos, así que me decanté por un acuerdo de divorcio, algo fácil para empezar. Mientras lo repasaba no podía alejar mi problema de la mente y cuanto leía me parecían gilipollecés, preocupaciones de gente podrida de dinero cuyo mayor dilema era decidir si se quedaban con la casa del Valle de Arán o con el chalé de Ibiza. Inquietudes banales; nada comparado con lo mío, con el lío de tres pares de narices en el que me había metido.

Una angustia me sobrecogió de nuevo y, nervioso, volví a mandar un mensaje al Cerebro.

Llámame, es urgente.  
10:16

Esperé a recibir su respuesta, pero no llegaba.

—Contéstame, cabrón, contéstame de una vez —escupí furibundo.

Me marché un momento al baño a refrescarme la cara y la nuca. También trataba de calmar el estado de desasosiego e inquietud que se había apoderado de mí, una ardua tarea para la que me veía incapacitado. En mi mente solo había cabida para la imagen de la puñetera inspectora repitiéndome una y otra vez lo mismo: «Demostraré que es usted». «Es usted sospechoso de haber cometido unos asesinatos». «Demostraré que es usted». «Demostraré que es usted»...

—Maldito desgraciado, ponte en contacto conmigo de una puta vez — susurré mirándome en el espejo, mi cara denotaba la zozobra que estaba soportando.

Regresé a mi despacho y de nuevo intenté ponerme al día con el trabajo, pero la misma preocupación recurrente me distraía de continuo. Tuve que dejarlo por imposible, no podía concentrarme. Me quité las gafas y me pellizqué el puente de la nariz. Después me froté las sienes con las yemas de los dedos. Sudaba. Mi cuerpo seguía reaccionando al estado de nervios que estaba sufriendo. No me sentía con fuerzas de seguir en el bufete, no me encontraba bien ni mi mente estaba en condiciones para tomar decisiones laborales. Quería irme a casa. Me marcharía antes de lo debido, pondría cualquier pretexto y sobre las doce abandonaría el trabajo.

El reloj del ordenador indicaba que eran cerca de las once de la mañana y el Cerebro seguía sin dar señales de vida. Una vez más, cogí el teléfono desechable y, con la rabia que da la desesperación, comencé a escribir otro mensaje, el tercero.

Mira, no voy a comerme esto yo solo. Tú me has obligado a hacer lo que hice, tú eres el puto enfermo, el asesino, a mí no me quedó más remedio que obedecerte para salvar a mi familia. Llámame.

10:55

—Llama, hijo de puta, no me vas a colgar el muerto así de fácil. Por



supuesto que no. Si yo caigo, tú caes —sentencié.

En ese instante, como si Dios hubiera oído mis plegarias, sonó el móvil desechable; por fin el Cerebro contactaba conmigo. Descolgué con urgencia.

En cuanto pisé la acera me encendí un cigarro y aspiré una larga y honda calada. La sentí quemarme por dentro. Era tóxica, nociva; tanto como la charla que Bruno acababa de soltarme. Quizás esas palabras, años atrás, hubieran podido abrir una puerta a la esperanza, o a lo mejor tampoco, no lo sabía, pero ahora no. Ahora mi momento era otro, uno muy distinto, ahora yo estaba con Germán. El corazón se me desbocó en cuanto pensé en él; Bruno no me producía eso. Germán, mi amor fugaz de juventud, me había seducido en la madurez con una ligereza pasmosa, se convirtió en algo fuerte y esperanzador que me había llenado de ilusión. Él era mi oportunidad y no pensaba desaprovecharla.

De nuevo aparté ese tipo de pensamientos y me centré en lo único que debía: el caso. Volví a repasarlo todo mentalmente, y la misma idea que no había parado de transitar por mi cerebro desde que abandonamos el bufete por fin quedó implantada en él. Se acababa de coronar como ganadora y yo ya no podía acallarla más. Necesitaba compartirla, vaciarme, escuchar otra opinión, despejar mi mar de dudas... En medio de mis cavilaciones, Bruno salió de la cafetería y se acercó a mí. Lo observé unos segundos, esperaba a que dijera algo, y entonces lo decidí. Pensé que era el momento de oír su parecer, aun a riesgo de que me tachara de ilógica.

—No teníamos la certeza de con quién nos íbamos a encontrar en ese bufete, pero suponíamos que sería con Eugenio, el hermano de Eloy. Sin embargo, ha sido con Roberto —comencé.

—Bueno, tú lo has dicho, no teníamos la certeza. Contemplábamos varias hipótesis y una de ellas era que él fuera el sujeto que buscábamos.

—Pero entonces, ¿qué pasa con Eugenio? ¿Por qué no se sabe nada de él? No hay documentación sobre él, es como si no existiera. ¿Dónde está? ¿Sigue vivo? ¿Y Eloy? ¿Murió de verdad? ¿Qué papel juegan los hermanos en este caso? ¿Dónde se colocan esas piezas en el rompecabezas del campamento? —Disparé todas las preguntas de seguido, sin pararme a respirar y, siendo sincera, algo desesperada.

Bruno fijó su mirada azul pantanosa en mí durante unos segundos,

meditabundo pero emanando sosiego, el que en ocasiones me faltaba a mí cuando las cosas no salían como yo quería o esperaba; aun peor si los errores partían de mi propia persona. Y respondió:

—Que no hayamos encontrado ningún dato sobre Eugenio Castán Calderón, ni vivo ni muerto, es un hecho preocupante, no lo voy a negar, yo también lo tengo en mente. —Asintió—. Pero lo de su hermano, olvídale, Lola, porque todos sabemos dónde encontrar a Eloy: en el cementerio.

—Yo no lo tengo tan claro, Bruno —le rebatí—. Hay mucho misterio en torno a lo que ocurrió con Eloy. Ningún vecino vio el cuerpo, su informe de defunción es el único que no está escrito a máquina, no se le practicó la autopsia y se le enterró de forma precipitada.

—Te doy la razón en lo de la autopsia; no entiendo por qué no se le realizó, y para lo del informe debe de haber una explicación. También puedo entender que no expusieran su cuerpo en el velatorio, se había volado la cabeza, no lo olvides.

—Huele mal —advertí convencida—. Empezó a apestar cuando Eugenio le dijo a Anunciación que Eloy seguía vivo. —Solté un fuerte golpe de aliento—. Sé que solo era un niño de once años y que estaba muy unido a su hermano, y también sé que se encontraba con Eloy cuando se le disparó esa escopeta. Entonces, ¿por qué iba a mentir de esa forma tan flagrante?

—A lo mejor no mentía, igual el accidente le dejó trastornado e inventó esa fantasía, Lola. Sabes que hay niños que imaginan tener un amigo invisible, es un recurso que se utiliza para llenar una carencia, el vacío que deja alguien muy querido.

—No digo que no le traumatizara el suceso y lo dejase algo tocado, cómo no, pero discrepo con tu segunda teoría. Eugenio era mayor para recurrir a un amigo invisible, o al menos eso dicen los estudios de psicología —comenté, recordando mi carrera.

—Es extraño que dijera algo así, no te lo niego, y tampoco puedo resolverte la duda. En realidad no tenemos idea de lo que rondaría por su cabeza para decirle eso a Anunciación.

—Por eso creo que tenemos que averiguar qué pasó con los hermanos. Sabemos que conocían a las víctimas, que se juntaban con ellos, que las víctimas eran un grupo de jóvenes llenos de malos sentimientos, que Eloy

cambió por su culpa y que en su muerte hay algo extraño. Pero se nos escapa algo importante, Bruno, y no somos capaces de verlo. —Resoplé con malestar.

—Creo que la única manera de saber qué ocurrió es encontrando a Eugenio, pero te habrás dado cuenta que, sin datos sobre él, hacerlo es igual de difícil que encontrar una aguja en un pajar.

—Difícil no es imposible —enuncié con seguridad—. Además, podemos conseguir la información de otra forma; mejor dicho, a través de otra persona: Roberto Santos.

—¿Crees que él sabrá algo sobre los hermanos Castán?

—Si es el culpable, sabrá mucho más que nosotros, porque estoy convencida de que estos asesinatos están relacionados con algo que les pasó a esos dos hermanos en el campamento de verano.

—Eso creo yo también. —Asintió.

—Debemos centrarnos en conseguir pruebas para detenerlo cuanto antes.

—Demos unas horas a los compañeros, a ver qué pueden decirnos sobre él.

—Espero no morir de desesperación mientras pasa ese tiempo, horas muertas para nosotros. —Callé un instante. De repente, un rayo de luz iluminó mi cerebro—. Estoy pensando... —dejé la frase inconclusa.

—¿El qué?

—Eloy está enterrado en Lagos del Pino y nadie ha ido a ver su tumba, ¿por qué no echamos un vistazo?

—¿Para qué, Lola? ¿Qué pretendes encontrar allí?

—No lo sé, Bruno, pero algo en mi cabeza me grita que vayamos a ver esa tumba.

—Las corazonadas tienen poco que ver con los procesos de investigación, y lo sabes. Deberías descartar la posibilidad de que ese muchacho siga vivo.

Me mantuve unos segundos callada.

—No vamos a perder nada por echar un vistazo a esa lápida, ¿no?

—Creo que no —me aseguró él, tras una dilatada y pensativa espera.

—Voy a llamar al capitán Lemos, no vamos a perder más tiempo. —Sentí

un pesado malestar acomodándose en mis tripas.

Cogí el móvil y le comuniqué a Lemos nuestros avances. Después, sin perder ni un segundo, le trasladé mi petición para que alguno de sus hombres se acercase al cementerio. Al principio el capitán se mostró reacio; no le veía sentido a visitar la tumba de Eloy, pero tras pedírselo por favor unas cuantas veces, finalmente accedió como favor personal hacia mí. Yo era una buena policía, y aunque no sabía qué bullía en mi cabeza, creía que tampoco se perdía nada por hacerlo. Con un «cuente con ello, inspectora», colgó.

—¿Qué te ha dicho? —me demandó Bruno nada más ver que me apartaba el móvil de la oreja.

—Que ahora mandará a Turza o a Garmendia.

—Bueno, pues de nuevo a esperar. —Se cruzó de brazos, mirándome—. Deberíamos pensar en descansar un rato, Lola. Apenas hemos dormido y el cerebro se espesa. Personalmente, yo estoy agotado. —Exhaló un fuerte golpe de aliento.

—Tú estás resacoso —señalé.

—¿Otra vez con esas? Es la segunda vez que me lo dices, y es un golpe bajo, ¿sabes?

—No es un reproche, Bruno, es la verdad.

—Vale, muy bien, entonces yo tengo una excusa, pero ¿y tú? —me preguntó, horadando en mis ojos. Sentí un rejonazo con sus palabras.

—Yo a veces tengo la cabeza en lo que no debería —le respondí en un ataque de sinceridad. Al mirar al frente vi llegar un Seat Ibiza gris que me resultó familiar—. Mira, ahí viene Robles, vamos.

Hablamos con Robles durante unos minutos. Por supuesto, el comisario le había puesto al corriente del caso, pero yo me cercioré de que disponía de lo necesario para reconocer a Roberto Santos Medina. No era desconfianza, solo deformación profesional; comprobar era un hábito policial tan consuetudinario como respirar. Nos despedimos de él mientras yo daba las últimas caladas a otro cigarrillo, ya llevaba unos cuantos y aún no era ni media mañana. Repentinamente, sin pararme a pensarlo, me puse una meta para abandonar el tabaco: si era capaz de cazar al asesino y meterlo entre rejas, dejaría de fumar para siempre. Acababa de hacerme una promesa, y yo tendría mil defectos, pero era una mujer de palabra. Por primera vez en mi

vida deseé que una de mis relaciones, la que mantenía con los cigarros, tuviera los días contados.

Nada más ponerme al volante el móvil me indicó la entrada de un *whatsapp*. Lo miré; era de Germán. Pero en este instante no tenía tiempo para contestarle, así que arranqué el motor y puse rumbo a la comisaría. Quería hablar con Torres en persona, necesitábamos conseguir pruebas y, a mi entender, no bastaba con tener vigilado a Roberto. Debíamos convencer al juez para que nos permitiera pinchar sus teléfonos y hacer ese registro en su casa. Teníamos que conocer cada uno de sus pasos, porque ahora, sabiéndose señalado, era cuando podía asustarse y cometer un error. Y eran las acciones desacertadas de los criminales las que solían ponernos las pruebas en bandeja y su culo en la cárcel. Pensarlo hizo que mi vello se encrespase, y de nuevo el reloj imaginario se instaló en mi mente y comenzó a acecharme con su repetitivo sonido: tictac, tictac, tictac... Mi instinto me decía que la cuenta atrás se había iniciado. Tictac, tictac, tictac... «Esta vez te meteré entre rejas, cabrón», me repetía con frecuencia, con la misma que el sonido del reloj resonaba en mi cabeza.

## El Cerebro

Llevaba casi una hora esperando algún tipo de movimiento en el imponente chalé que Roberto Santos Medina, alias la Mano Ejecutora, tenía en Pozuelo de Alarcón. Cerca de las ocho y media se abrió la puerta del garaje y le vi aparecer en su flamante Audi TT. A una distancia prudencial, lo seguí hasta el bufete donde trabajaba, en uno de los barrios más adinerados de Madrid. Me llamó la atención ver un vehículo de la Policía Nacional parado en doble fila; parecía que los agentes esperaban a alguien, pero ¿a quién? Aparqué y aguardé con paciencia, hasta que obtuve la respuesta. Los mismos inspectores de Homicidios que se habían trasladado a Lagos del Pino llegaban al lugar. Se apearon del Mazda Sport gris plateado y se acercaron a charlar con sus compañeros, un momento después se adentraron en el portal del bufete. Era obvio que las pistas que tuvieran les habían traído hasta Roberto, tal y como había sospechado y Eugenio me había dicho. Ahora tenía que esperar a ver si lo arrestaban, para ver cómo procedía.

Largo rato después, los inspectores salieron del portal y comenzaron a conversar, en ocasiones parecía que la inspectora estaba cabreada. Pero yo me relajé al ver que la Mano Ejecutora no los acompañaba; eso quería decir que nuestro plan no se había ido al traste, que todavía podía seguir adelante. De pronto sonó el teléfono desechable: evidentemente, Roberto me estaba llamando. Lo ignoré, ni siquiera lo saqué de la guantera. Imaginaba lo que iba a contarme y no quería que nada me entretuviera. Segundos después escuché la entrada de un SMS, aunque tampoco le hice caso, seguí observando a los de Homicidios. Hablaron por el móvil y luego intercambiaron algunas palabras. Cruzaron la calle y se acercaron a una cafetería.

Mientras esperaba a ver qué ocurría aproveché para llamar a Pedro. Habíamos quedado en comer juntos, aunque no habíamos fijado la hora ni el lugar. Tras saludarnos, acordamos vernos a las dos en un restaurante clásico en Madrid, en el centro, cuya especialidad era el cocido. Lo seguían cocinado como antaño, en puchero, a fuego lento y con carbón de encina. Pensaba que

no era la opción más recomendable en agosto y con el calor que estaba cayendo en la capital, pero para Pedro cualquier época del año era buena y apropiada para meterse entre pecho y espalda ese plato tan típico por el que salivaba. En cuanto nos despedimos, volví a oír el sonido de un SMS entrando en el desechable, y una vez más no le presté atención.

Por fin la inspectora salió de la cafetería. Iba sola y se encendió un cigarro. Al rato llegó su compañero y comenzaron a hablar largo y tendido. De forma inmediata, tomó su móvil y contactó con alguien. Pasados unos minutos llegó otro coche y se acercaron a él para hablar con el conductor, que lo más probable es que fuera otro poli aunque no vistiera de uniforme. De nuevo escuché otro SMS entrando en el desechable, parecía que Roberto estaba desesperado por hablar conmigo. Lo extraje de la guantera y leí los mensajes. Debía actuar con rapidez y contundencia, pero antes decidí llamarle para calmarlo.

—¿Por qué cojones has tardado tanto en contactar conmigo? —preguntó furioso en cuanto descolgó.

—Porque no he podido hacerlo antes —contesté con gravedad—. Haz el favor de bajar esos humos.

—¡Y una mierda! —replicó agresivo—. Tengo a los de Homicidios pegados al culo y quieres que me calme, ¿de qué vas?

—No tienen nada contra ti, no pueden tenerlo.

—Tienen los malditos folios, el puñetero dibujo los ha traído al bufete, han descubierto la filigrana —soltó con agresividad.

—¿Acaso no la repasaste bien?

—Por supuesto que sí —se defendió.

—Pues no lo parece, porque de haberlo hecho nunca habrían visto ni imaginado esa marca al agua —le reproché—. Pero eso tampoco es una prueba, cualquiera ha podido coger uno de esos folios.

—Eso ya lo sé, y ellos también, por eso no me han detenido. Pero tienen una foto del aquel último año de campamento en Lagos del Pino —subrayó molesto.

—Una foto de hace casi treinta años, ¡guau! —Silbé—. ¿Has sido capaz de reconocerte a ti mismo? Seguro que no. Eso es como no tener nada, no



digas bobadas, por favor.

—Pero...

—Pero nada —le corté, airado—. Mantén la boca cerrada y punto.

—Claro, para ti...

—No puedo hablar en este momento, ya te llamaré. —Colgué, dejándole con la palabra en la boca. Había movimiento. Los inspectores se montaron en su coche y se marcharon mientras el otro poli se quedaba de guardia a las puertas del bufete.

En comisaría, mientras hablaba y compartía mis dudas con Torres, las mismas que había expuesto a Bruno momentos antes, mi enfado fue tomando forma y magnitud, aunque, como de costumbre, traté de no exhibirlo. Pero Torres me conocía demasiado bien y sabía que cuando mi semblante demudaba y mi boca guardaba silencio era porque mi mente me estaba machacando. Él había sido testigo del daño que este caso me había ocasionado y también sabía que desde entonces la paciencia no se encontraba entre mis virtudes. Entendía que yo tenía prisa por resolverlo y que por eso estaba molesta con su decisión, pues acababa de repetirme que no iba a pedir al juez ninguna orden de registro, al menos de momento. Ante su resolución, mi rostro lo dijo todo; mi boca, ni una palabra. Me tocaba obedecer y callar, aunque no compartiera su parecer.

—Molina, por favor, ¿le importaría traerme un café? Solo y sin azúcar —pidió el comisario a Bruno.

—Claro, señor —contestó, y abandonó el despacho. Supuse que él imaginaba lo mismo que yo: ese café era una excusa para que nos dejase a solas.

—Vamos a ver, Lola, entiendo tus ganas de arrestar al asesino, pero debemos hacer las cosas bien, ¿vale? —me solicitó con elocuencia.

—Por supuesto, señor.

—Entonces aparca tu cabreo. Y no me digas que no estás enfadada porque te conozco. A los demás podrás engañarlos, pero a mí no.

—Comisario, no estoy enfadada, sino impaciente, incluso temerosa, o quizás ambas cosas. No deseo que esto se demore. De hacerlo, le daremos tiempo a ocultar pruebas, y no quiero que se nos escape, joder. —Expelí un golpe de aliento con cierta rabia.

—Deja de mortificarte, solo conseguirás bloquear tu mente, y la necesitas más que nunca. —Sin despegar la mirada de mí, se quedó callado, abstraído, cogitabundo. Me preocupó su silencio.

—¿Pasa algo, comisario? —le demandé tras una larga espera.

—Sí, Lola —contestó, saliendo de su ensimismamiento—. Creo que este caso todavía te está pasando factura. Igual... —dejó la frase inconclusa.

—¿Igual qué, señor?

—Igual no tenía que haberte llamado. —Zarandéo la cabeza—. No debería haber forzado tu alta.

—¿Bromea, comisario? —Lo observé boquiabierta—. Hizo lo que debía, este es mi caso —subrayé con énfasis—. Y estoy bien para llevarlo, por supuesto que sí; es más, necesito meter de una vez por todas a ese malnacido entre rejas. Lo que ocurre...

—Lo que ocurre es que te castigas, y eso no es sano —me cortó de forma drástica, al tiempo que hincaba una de sus duras miradas en mis ojos.

—Usted no lo entiende.

—Pues explícamelo —me solicitó con adustez.

Callé unos segundos antes de confesar la verdad.

—Prefiero castigarme yo a que lo hagan otros. Temo cometer un error que vuelva a echarme a la prensa encima. —Emití un profundo suspiro y me llevé las manos a las sienes, solo el hecho de pensarlo me angustiaba.

—Tú no cometiste ningún error, ¿te lo tengo que recordar? —Torres me observó sorprendido, como si le hubiera alcanzado una bala perdida—. No había pruebas ni indicios y no pudiste arrestar a nadie porque no hubo un maldito sospechoso. La prensa y la viuda tuvieron el capricho de atacarte y te convirtieron en su diana, pero esta vez eso no ocurrirá, no lo permitiré —avisó con gravedad—. Además, tienes un trato con ese periodista, ¿no?

—Sí, con Lucas Gil.

—Pues no te preocupes, que ya se encargará el señor Gil de despistar a la jauría para poder comerse al ciervo él solito —explicó de forma metafórica.

—Lo que usted diga, señor. —Asentí con docilidad, a pesar de seguir convencida de mis temores.

\*\*\*

El reloj rozaba las dos de la tarde y Torres nos pidió que comiéramos con

él antes de regresar a Lagos del Pino. Bruno y yo aceptamos, mi estómago llevaba un rato rugiendo en señal de protesta, solo me había tomado tres cafés. Nos acercamos al restaurante-cafetería al que solíamos acudir, tanto por su proximidad a la comisaría como por el buen servicio. Apenas acabábamos de sentarnos cuando el móvil del comisario sonó.

—Torres al habla —contestó.

—...

—¡Joder, lo has perdido! —Sopló.

—...

—De acuerdo. Averígualo sin demora y turnaos las guardias. —Colgó y nos miró fijo—. Era Robles, dice que ha perdido a Roberto Santos.

—¿Cómo que lo ha perdido? —demandé, dejando a Bruno con la misma pregunta en los labios.

—Dice que un vehículo se ha puesto delante de él, le ha quitado la visión y lo ha perdido de vista en un semáforo. Ha estado dando vueltas para ver si lo encontraba, pero no ha habido suerte.

—¡Mierda! —escupí cabreada.

—Tranquila, Lola —me pidió Torres—. Salcedo ya está averiguando dónde vive, y los chicos harán guardia frente a su casa para ver qué ocurre y qué pasos da.

—Pensemos en lo que vamos a comer. —Bruno cogió las cartas y me tendió una.

De inmediato empecé a ojear el menú del día al tiempo que mi mente trabajaba dividida en distintas parcelas: el caso, las pistas, las pruebas que necesitábamos para detener a Roberto, el campamento, Eugenio, Eloy, Germán, qué iba a pedir para comer... De repente sonó mi teléfono; era Lemos.

—Dígame, capitán —respondí.

—No hemos encontrado nada raro en la tumba de Eloy Castán Calderón. Esa sepultura lleva abandonada años, seguramente nadie ha vuelto a visitarla desde que la familia se marchó del pueblo.

—Muchas gracias, capitán.

—¿Esperaba encontrar algo en ella?

—No lo sé, solo quería echarle un ojo.

—Muy bien. ¿Podemos hacer algo más por usted?

—De momento no, gracias. En unas horas estaremos de vuelta en Lagos del Pino.

—Los esperamos, inspectora. —Colgó.

Compartí la noticia con el comisario y con Bruno, y a ninguno de los dos le sorprendió. Sin embargo, yo seguía inquieta porque la tumba de Eloy no aportaba nada a la investigación, pero tampoco despejaba ninguna de mis sospechas. Entre bocado y bocado, seguimos hablando del caso, y pese a no perder mucho tiempo en la sobremesa, Bruno y yo abandonamos Madrid más tarde de lo que me hubiera gustado, cerca de las cuatro.

A medio camino paramos para estirar las piernas y vaciar las vejigas. Bruno compró un par de latas de coca-cola y me dio una, tenía tanta sed que casi me la bebí de un trago. Antes de iniciar el viaje me pidió el relevo al volante para que yo descansase un poco. No me lo pensé dos veces y le lancé las llaves del coche. Acomodada en el asiento del copiloto, tomé el móvil para ver el *whatsapp* que Germán me había mandado y aún no había leído. Me preguntaba qué tal estaba y me decía que tenía ganas de verme. Comencé a escribir.

Siento no haberte contestado  
antes, no he tenido tiempo.

Estoy bien.

18:32

Su respuesta no se hizo esperar.

Por favor, no te disculpes,  
entiendo que estás trabajando.  
Lo primero es lo primero, y los  
dos lo sabemos.

18:34

Gracias por tu comprensión.  
18:34

De nada. Pero no me has dicho  
si te has acordado de mí en  
algún momento.  
18:35

Por supuesto que sí, en muchos.  
Vamos de regreso a Lagos del  
Pino.  
18:35

Buen viaje. Cuando llegues,  
dímelo. Besos.  
18:35

Por supuesto que le comunicaría mi llegada en cuanto pusiera los pies en Lagos del Pino. Por supuesto que estaba deseosa de recibir sus apasionados y ardientes besos. Por supuesto que pensé en él, en verdad mucho más de lo que habría podido imaginar. No sabía qué me estaba ocurriendo, pero Germán se había metido bajo mi piel y empezaba a filtrarse en mis venas, por eso lo tenía continuamente en mente. Nuestro reencuentro espabiló algo en mi interior que había activado un apetito carnal que hacía tiempo que no sentía. Por eso deseaba volver a estar entre sus brazos, porque necesitaba saciar el hambre que me había despertado. El hambre que después de picotear se había vuelto voraz. El hambre que no pensaba parar de engullir hasta reventar. Dejé escapar un suspiro en medio de una sutil sonrisa y cerré el *whatsapp*.

Antes de apartar el móvil de mi vista, decidí ojear las noticias en Internet. Sentía curiosidad por saber qué se contaba sobre el caso, o quizá quería

cerciorarme de que no volvía a mencionarse mi nombre ni mi imagen ocupaba parte de sus páginas. Comencé a navegar y de pronto vi una fotografía que me cortó la respiración. Aunque todavía fue peor leer el pie de foto: «La Guardia Civil de Lagos del Pino busca pistas en el cementerio de la localidad». El titular que la acompañaba comprimió mis tripas: «Avances en los crímenes de Lagos del Pino». Más abajo, la noticia decía:

Los distintos cuerpos de policía siguen investigando las violentas muertes cometidas en el turístico pueblo oscense. Fuentes fidedignas nos han hecho saber que la Brigada de Homicidios se ha trasladado a Madrid para seguir con las pesquisas, puesto que los asesinatos de Lagos del Pino están relacionados con el de Gonzalo Montero Pérez, sucedido hace algo más de un año en un polígono de la periferia de la capital. Por ese motivo, y pese a estar fuera de su jurisdicción, la misma inspectora de Homicidios que llevó el polémico caso, aún pendiente de resolver, está al frente de la investigación de estos nuevos asesinatos.

Mientras, efectivos de la Guardia Civil del municipio indagan en el cementerio. Según nos consta, las revelaciones de un vecino de la zona han puesto de manifiesto claves importantes para el caso. Las víctimas se conocieron en dicha localidad hace muchos años, en un campamento de verano. Ahora todos están muertos y las distintas hipótesis plantean varias preguntas: «¿Se trata de una venganza? ¿Solo ha sido una macabra coincidencia? ¿Estamos ante un asesino en serie? ¿Va a haber más muertes?». Al parecer, la policía se enfrenta a un sujeto que no da pasos en falso, capaz de ir por delante de cualquier sabueso bien adiestrado. Homicidios y Guardia Civil investigan en una apresurada carrera contrarreloj para darle arresto. Tanto los vecinos de Lagos del Pino como los muchos turistas que invaden el pueblo declaran estar, cuando menos, preocupados, porque la tónica general es que sienten miedo sabiendo que un asesino anda suelto por sus calles.

—¡¡¡Joder!!! —espeté cabreada, sobresaltando a Bruno con mi desaforado grito—. ¡Sale en las noticias! ¡Sale en las putas noticias! ¿Cómo se ha filtrado todo eso? ¿Quién cojones se lo ha contado a la prensa?

—¿Qué se ha filtrado? —preguntó impaciente.

—Detalles de la investigación —grité enfurecida—. ¡Si hasta recoge una foto del cementerio con el coche de la Guardia Civil aparcado en la puerta!

—¡¿No jodas?! —prorrumpió sorprendido.

—Sin joder —escupí furibunda—. Hoy alguien se ha ido de la lengua —rugí, y pensé durante unos segundos—. ¡Mierda, mierda, mierda! —Lancé un puñetazo a la puerta del coche—. Ha sido Garmendia. Ha sido ese chulo insoportable. Él tiene amistad con Lucas —bufé, mientras despotricaba mentalmente.

—Lola, eso no lo sabes, cálmate —me sugirió—. Aunque creas que Garmendia es amigo de ese periodista, no puedes asegurar que lo haya filtrado él.

—Entonces ¿quién? Claro que ha sido él, estoy segura. Y pienso pedirle explicaciones en cuanto llegue.

—¿Me permites un consejo?

—Habla.

—No lo señales ni lo ataques antes de saberlo a ciencia cierta.

—Dejaré que él hable primero, a ver qué versión me cuenta —prometí, disimulando mi indignación.



## El Cerebro

Roberto abandonó el bufete un poco antes de las doce de la mañana, seguro que acobardado por la visita de la policía, y se alejó del lugar en su Audi TT. El muy estúpido no se percató de que un coche lo seguía: la pasma lo estaba vigilando. Me coloqué delante del Seat Ibiza gris para que el volumen de mi Jeep Cherokee le anulase gran parte de su campo de visión. También me encargué de entorpecerle la salida del semáforo, así que cuando el Audi viró el rumbo, el poli ni se enteró y terminó perdiendo de vista el coche de Roberto, ajeno a lo que ocurría. Aunque casi era mejor que ignorase que lo seguían, porque, de enterarse, seguro que se hubiera cagado en los pantalones y me habría llamado lloriqueando. Había sido muy valiente traicionando a su esposa una y otra vez, pero para lo demás era un pusilánime de mierda. Por eso había abandonado su trabajo; buscaba refugio en su familia, que desconocía lo muy cabrón que era. Pero su familia parecía tener otros planes, porque su mujer y sus dos hijas se marcharon al rato de llegar él. Seguí al Volkswagen Passat blanco que conducía Esther, su esposa. Sentía curiosidad por descubrir sus movimientos y ver dónde iba. Quería saberlo para después contárselo a él y que se diera cuenta de que yo no estaba jugando. Roberto era débil, y por lo tanto manipulable, y debía hacerle comprender que hablaba muy en serio, más que nunca.

Más tarde, Esther aparcaba en una zona residencial de Las Rozas, frente a un espacioso chalé cuya entrada estaba presidida por un par de gruesas columnas torneadas. De la blanca y ancha puerta colgaba un cartel en el que podía leerse: «Felicidades Valeria». Además, colocados estratégicamente a ambos lados, flotaban dos ramilletes de globos en distintas tonalidades de rosa. Esther se apeó del auto y ayudó a las niñas a bajar. Luego sacó unas bolsas del maletero y le dio una a cada una. Ellas, muy alegres y sonrientes, empezaron a gritar el nombre de Valeria mientras se acercaban al chalé. No me marché del lugar hasta que pisaron el umbral de la vivienda y desaparecieron de mi vista. Conduje hasta el centro para comer con Pedro,

aunque poco me importaba aquel cocido por el que él salivaba, yo solo quería lo que le había encargado porque era fundamental para mi plan.

Pero mientras comía con Pedro cambié los planes. Cuando le escuché hablar de la vida y me explicó que estar al borde del abismo le había hecho tomar decisiones muy distintas a las que hubiera imaginado, lo vi claro. Yo no iba a eliminar a Roberto; lo haría él mismo. Yo solo le mostraría las opciones y respetaría la que eligiera, aunque el final siempre sería el mismo: su muerte.

\*\*\*

Cuando Roberto oyó mi voz a través del portero automático se hizo un silencio demoledor. Aun sin verle la cara, estaba convencido de que habría perdido el color y estaría lívido y sin sangre en las venas, como si hubiera visto a un fantasma. De hecho, aún conservaba un macilento tono grisáceo cuando me abrió la puerta.

—¿Qué mierdas haces aquí? —me preguntó en un tono glacial.

—Vengo a verte —contesté con aire chulesco—. Sé que estás solo. Tu mujer y las niñas están en el cumpleaños de su prima Valeria y van a pasar el día en su bonito chalé de Las Rozas.

De nuevo se quedó tan blanco como la pared.

—¿Cómo sabes todo eso? —interpeló alterado, haciéndome entrar de un empujón y cerrando la puerta tras de sí.

—Oye, cuida tus modales y relájate un poco —le avisé.

—¿Cómo demonios lo sabes? —insistió, asustado.

—Las tengo vigiladas, ya te lo dije —respondí con aplomo—. Solo he venido a conversar contigo y a buscar una solución a tus problemas.

—¿Solución? ¿Crees que lo que hemos hecho tiene solución? —me preguntó, incrédulo, pero no le respondí—. Yo solo quiero vivir tranquilo, joder, y estar con mi familia. Solo eso. —Medio lloriqueó.

Roberto se adentró en la vivienda y yo, aun sin ser invitado, lo seguí. Llegamos al salón, donde la televisión estaba encendida. Roberto tomó el mando para desconectarla y luego lo estampó con saña contra el sofá. Sobre

la mesa había una botella de vodka casi entera y un vaso medio vacío; estaba bebiendo. También vi un paquete de tabaco al lado de un cenicero lleno de colillas, una de ellas aún humeante.

—No sabía que fumaras —observé.

—Llevaba años sin hacerlo, pero los nervios me están consumiendo.

—Quieres mucho a tus hijas y a tu esposa, ¿verdad?

—¿Lo dudas? —interpeló, perplejo—. Creo que te lo he demostrado con creces.

—¿Y por qué has vuelto a engañarlas?

—¿Qué? —Me miró confuso.

—No te hagas el tonto, Roberto. —Chisté—. Siempre dices que las quieres, que no podrías vivir sin ellas, que son todo tu mundo, pero mientes.

—No miento. —En un santiamén, su turbación mutó a rabia.

—Claro que lo haces, y muy bien, por cierto. Hasta yo llegué a creerme esa patraña. —Asentí.

—¿Qué dices? Yo las quiero por encima de todo, de mi propia vida —se defendió, alzando la voz.

—Por eso no te importó follarte a Penélope y engañar de nuevo a Esther, porque la quieres, ¿verdad? —demandé con mordacidad.

—¡Cómo! —exclamó con un gesto aterrado.

—Ya lo sabes. De hecho, mucho mejor que yo. Tú estabas allí, tú pasaste la noche con ella, la empotraste una y otra vez sin pensar que amabas a tu esposa y que tenías unas hijas esperándote. Te importó una mierda tu familia en cuanto una tía se cruzó en tu camino y se abrió de piernas —arremetí contra él, furioso, impregnando mis palabras con todo el deje de reprobación que pude.

—¿La mandaste tú?! —gritó desencajado.

—Sí. Es una prostituta —le revelé—. Quería comprobar si seguías siendo un puto mujeriego incapaz de serle fiel a la madre de sus hijas, y veo que no has cambiado. No te importa el dolor que causas; no eres capaz de dejar de hacer daño a los que te quieren, y eso no está bien.

—No pienso volver a hacerlo, lo juro. Nunca, nunca, nunca —repitió,

gimoteando.

—Eso me dijiste hace unos meses, incluso accediste a mi chantaje para salvarlas. Sin embargo, tus palabras cuentan una cosa y tus actos otra. No las quieres como se merecen, les haces daño, por eso no mereces vivir. Y no deseo que vivas, quiero que pagues, como el resto. —Saqué del bolsillo del pantalón la alargada cajita que me había dado Pedro.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué es eso? ¿Qué demonios vas a hacer? —preguntó de carrerilla.

—Te propongo que elijas la forma de morir —enuncié con aplomo.

—¡Qué! Hicimos un trato y yo lo he cumplido —avisó suplicante.

—El trato libraba a tu familia, nunca dije que te eximiera a ti.

—No seas tan cabrón, eso se daba por hecho —gritó alarmado.

—Pues entendiste mal. El trato fue la vida de tu familia a cambio de la de ellos.

—Eres un mentiroso de mierda y yo un gilipollas del copón, ¡joder! —voceó como un energúmeno—. Pero te diré algo: si yo caigo, tú caes —me amenazó, lleno de rabia.

—No, yo te diré algo a ti, a ver si te enteras de una vez. La policía no tiene nada contra mí, absolutamente nada. Si se te ha ocurrido la disparatada idea de hablarles de mí, si me mencionas, te juro que antes de que estén llamando a mi puerta habré dado una orden para que liquiden a tu familia —sentencié con firmeza, aunque mintiendo como un bellaco—. Tú mismo.

—¡Hijo de puta! —escupió airado.

—Es lo que hay. —Preferí ignorar su feo insulto—. A ti ya te tienen en el punto de mira, Roberto, te han señalado y no van a parar hasta meterte entre rejas. Más con la presión mediática que hay en torno al caso.

—Qué bien planeado lo tenías todo, cabrón. —Me miró con desprecio, pensativo, zarandeando la cabeza—. Cómo pude llegar a confiar en tu palabra —se reprochó.

—Déjate de lamentaciones y empieza a pensar una solución. Tal y como yo lo veo, tienes tres opciones: una, apechugar con las consecuencias e ir a prisión. Aunque debes tener en cuenta que la cárcel no es un lugar seguro. Hay gente peligrosa, matones, violadores... Vete a saber cuánto durarías en

ella, apuesto que muy poco. —Sonreí con sarcasmo—. Dos, matarte aquí y ahora —dije, abriendo la caja.

—¿Qué es eso? ¿Estricnina? —preguntó, paseando una mirada frenética por la jeringa.

—No es veneno, es una droga —le aclaré, y Roberto me observó meditabundo.

—Creo que no has pensado muy bien ese plan. —Mostró una sonrisilla—. Yo no me drogo y eso lo sabe todo el mundo que me conoce; mi mujer, la primera.

—Tu mujer también cree que desde hace mucho solo se la metes a ella, pero tú y yo sabemos que eso es mentira, y tengo fotos que lo atestiguan.

—Eres despreciable.

—Ya somos dos —le respondí con arrogancia.

—¿Y la tercera? —preguntó, notoriamente enfurecido—. Has dicho que había tres opciones.

—Puedes quitarte la vida a solas, de forma íntima y por voluntad propia.

—No hablas en serio.

—Completamente —afirmé con gravedad.

—Estás loco si crees que voy a hacerlo.

—Loca se volverá Esther si le pasa algo a las niñas por tu culpa, y esa locura igual la lleva a matarte con sus propias manos.

—Ni se te ocurra tocarles un pelo a mis hijas, maldito bastardo. —Se puso en actitud amenazante.

—Entonces obedéceme y no me obligues a demostrártelo, Roberto.

—¡Oh, mierda, joder! —chilló irritado, llevándose las manos a la coronilla—. Eres un ser maquiavélico.

—Vosotros me hicisteis así —le recordé—. Tienes veinticuatro horas para tomar una decisión; pasado ese tiempo, morirás. —Dejé sobre la mesa la cajita con el chute preparado—. Es una sobredosis de heroína pura. No sufrirás, te prometo que será una muerte dulce.

—Vete a la puta mierda —pronunció con un énfasis febril.

—De acuerdo, me voy, pero antes iré a ver qué tal se lo están pasando tus pequeñas en la piscina de su prima.

—No las metas en esto, por el amor de Dios, te lo ruego —me suplicó con la voz ahogada, empapado de desesperación.

—Veinticuatro horas, no habrá más plazo. Y como se te ocurra incumplirlo, dejarás de verlas. Estás jodido y sin escapatoria, ya tienes un pie en la tumba, Roberto. —Comencé a andar hacia la salida.

Antes de abandonar la casa oí un sonoro «joder» a voz en grito. El tono de Roberto era tan exasperante como estremecedor.

—Ahora igual me entiendes a mí —susurré, a la par que cerraba la puerta. Una vez fuera, observé el porche. Al fondo, antes de alcanzar la hierba del jardín, había un armario de resina: el lugar idóneo para dejar mi regalo—. A cada cerdo le llega su San Martín, cabrón —musité, y luego escuché atentamente para comprobar que Roberto lloraba como un niño al otro lado de la puerta, incapaz de reaccionar. Entonces sonreí y me dispuse a consumir mi plan, andando con paso lento hacia el armario.

Acabábamos de abandonar el coche y nos dirigíamos al cuartel de la Guardia Civil. A las puertas de este, sonó el móvil de Bruno; su superior lo llamaba. Apostaría cuanto tenía a que esa llamada estaba relacionada con la dichosa noticia sobre la investigación, pues minutos antes yo había recibido la de Torres por el mismo motivo. Esa filtración había generado en él gran inquietud y estaba ansioso por descubrir la fuente reveladora. Decía que dicha información había ocasionado gran revuelo y los de arriba estaban enfurecidos, por eso no paraban de presionar y de exigir la máxima celeridad para cerrar el caso. Nadie deseaba que la viuda de Gonzalo Montero Pérez volviera a la carga y generase la polémica de meses atrás. No dudé en comentarle mi «suposición barra convencimiento»; si alguien se había ido de la lengua era el brigada Garmendia. Lo vi hablando con Lucas y no me pareció una charla formal, aprecié complicidad en ellos.

De súbito volví a sentir la humillación de la prensa, el odio de la viuda, el dolor que me producía mi malparada valía, el detrimento que ocasionaba estar en boca de todos... Era tan fácil hablar de lo que se desconocía, de lo que no se padecía, de lo ajeno. Era tan sencillo y barato criticar, dañar, juzgar, denigrar... Pensar que algo así podía volver a repetirse me provocó escalofríos, incluso noté que me mareaba. Sabía que no sería capaz de sobrevivir a otra caza de brujas.

Tomé una honda bocanada de aire e intenté borrar el maldito recuerdo, evocar todo aquello me dejaba el alma magullada. Dejé a Bruno atendiendo la llamada y entré al cuartel con urgencia, como un galgo a la caza de la liebre. Torres me había pedido que comprobara lo que le había dicho y yo lo iba a hacer sin perder tiempo. El sensor anunció mi llegada de forma automática. Garmendia, que se encontraba solo, en la fotocopiadora al fondo de la recepción, me descubrió al momento.

—Ya están de vuelta —anunció a modo de recibimiento.

—Sí, ya hemos regresado —avisé, seria, y sin más dilación le pregunté —: ¿Podría hablar un momento con usted, brigada?

—Claro, usted dirá —dijo, observándome fijo.

—¿Ha hablado con la prensa? —demandé directa, sin filtros.

—¿Qué? ¿Me está acusando de algo, inspectora? —Estaba tan sorprendido como si hubiera recibido una pedrada.

—No, solo pregunto. —Clavé mis ojos en los suyos, esperando que me dijeran la verdad.

—Y yo no entiendo el motivo de esa pregunta. —Su mirada se endureció. Se había puesto a la defensiva.

—Es muy sencillo, brigada. El otro día lo vi hablando con Lucas Gil y hoy aparecen en la prensa ciertos detalles que solo sabemos nosotros. Incluso se muestra una fotografía de esta misma mañana, cuando han ido al cementerio. Es cierto que esa noticia no está firmada por ese periodista, pero es precisamente su grupo de comunicación quien la recoge. ¿Casualidad? No suelo creer en ellas.

Garmendia avanzó un par de pasos, hasta posicionarse frente a mí, y se cruzó de brazos sin apartar su vista de la mía.

—Verá, inspectora, yo no he dicho nada a la prensa, ni siquiera he ido al cementerio, ha sido el sargento Turza quien se ha desplazado. Pero permítame que le diga algo a usted, porque parece que no ha tenido en cuenta algo muy importante: estamos en un pueblo, no en Madrid, y aquí todo se sabe, lo que hacemos o dejamos de hacer. ¿O piensa que nadie sabe que usted anda viéndose con el gerente del hotel HV? O, mejor dicho, metiéndose en su cama. Pues créame cuando le digo que usted tampoco se libra de estar en boca de los vecinos. —Sus palabras me pillaron totalmente desprevenida y actuaron como una pelota rebotándome en la cara. Saber que era la comidilla del pueblo me descolocó por completo, y él lo apreció—. No se lo esperaba, ¿verdad?

—No —acerté a decir.

—Pues igual que todo el mundo conoce esos detalles, a nadie se le escapan nuestros pasos. Saben que hemos indagado en el Ayuntamiento sobre el campamento que hubo en el pueblo; que visitamos a Sebastián Arjona, que casualmente fue monitor en ese campamento; que usted visitó a Anunciación Escartín, vecina de Eloy, uno de los chicos del pueblo que se juntaba con un grupo de jóvenes de ese campamento, y que esta mañana el sargento Turza ha ido el cementerio a visitar la tumba de Eloy Castán Calderón. Son los



cotilleos actuales en Lagos del Pino, y con ellos la gente va haciendo sus cábalas, sacando sus conclusiones y largando lo que a cada uno le viene en gana. —Asintió, yo seguía asimilando la información—. Pero fíjese en la diferencia, inspectora, a mí no se me han despertado las dudas cuando he escuchado que usted ha estado tomándose un refresco con ese periodista, tampoco cuando me dijeron que les vieron «firmando unos papeles». —Su tono entrecomilló la frase en el aire—. Yo solo he pensado que tanto usted como yo servimos a la ley, no la entorpecemos, por lo tanto no traficamos con la información —explicó muy digno, haciéndome sentir un puyazo en la nuca y cerrándome la boca.

Durante unos segundos reinó un silencio incómodo. Garmendia me miraba y yo no apartaba mis ojos de él mientras pensaba en la mala interpretación que se podía dar a mi acto. Que cualquiera pudiera pensar que yo estaba comerciando con la información era hasta razonable. De hecho, siendo el caso al revés, a mí no me habría temblado la mano para señalar a Garmendia como culpable. Las apariencias a veces engañaban, y yo me había dejado llevar por ellas. Me regañé duramente por fracturar la primera e inquebrantable regla de cualquier inspector de homicidios. Era básica y sencilla, y desde el primer día nos la inculcaron en la academia: «Nunca se debe acusar a alguien sin tener pruebas contra él». No habría acusado directamente a Garmendia, pero sí indirectamente, y el mero hecho de dudar ya era suficiente para ofender.

—Lo siento, brigada, parece que me he pasado de la raya —dije, entonando el *mea culpa*.

—Somos humanos, inspectora, todos nos equivocamos. Todos hacemos cosas inapropiadas, o en el lugar que no proceden —declaró. Con su última frase tuve la impresión de que hablaba de lo acontecido entre la cabo y él.

—Es cierto, todos metemos la pata alguna vez. Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra, ¿verdad?

—¡Vaya! Ya están aquí, inspectora —dijo Lemos, apareciendo de repente.

—Sí, hemos llegado hace unos minutos, capitán. El inspector Molina está afuera, hablando por teléfono, y yo comentaba con el brigada lo próximos que estamos de resolver el caso. —De nuevo miré a Garmendia, mis ojos le pidieron que nuestra conversación no trascendiese.

—Eso si la prensa no lo estropea antes dando datos que no sé de dónde diantres se saca —enunció el capitán, claramente molesto—. Me han llamado mis superiores y también he hablado con su comisario. Todos tenemos miedo de que esto vuelva a convertirse en el circo mediático de hace un año, por eso la diligencia en la investigación. —Asintió—. Pero le voy a decir lo mismo que les he dicho a ellos y que no me han cuestionado: en este cuartel está garantizado el secreto de cualquier investigación. Fuera de estas paredes nadie cuenta una sola palabra de lo que aquí ocurre.

—No lo pongo en duda, capitán. —Mi mirada volvió a cruzarse con la de Garmendia, y en esta ocasión fueron sus ojos los que hablaron, agradeciendo mis palabras—. Y ahora me marcho, estoy agotada, mañana nos vemos —me despedí y me marché del cuartel.

Bruno seguía hablando por teléfono y, al verme montar en el coche, levantó la mano para despedirse. Yo le respondí con un ligero movimiento de cabeza. Mientras conducía en dirección al Hostal Del Olmo, oí la entrada de un *whatsapp*. Recordé que no le había dicho a Germán que ya me encontraba en Lagos del Pino, la noticia de la prensa me había irritado tanto que me hizo olvidarme de todo. Aparqué frente a la puerta y, antes de sacar el móvil, me encendí un cigarro; necesitaba un chute de nicotina con urgencia. Miré el mensaje; era de Germán. Mi corazón palpitó acelerado en cuanto vi su nombre en la pantalla.

¿Has llegado ya?  
22:01

El pobre estaba preocupado por mí. Me pareció tan tierno que de forma instantánea se me ablandó el corazón y se me despertó el deseo.

Sí, ya estoy aquí. He llegado  
hace unos minutos.  
22:01

¿Por qué no te vienes a mi casa cuando acabes? Te he echado mucho de menos.

22:02

La idea de ir al hostel, de quedarme a solas con el constante peso de mis pensamientos y de entregarme a la soledad de la triste habitación no era muy tentadora. Sin embargo, acudir a la llamada de Germán sí lo era. Pensé un instante: si me iba a su casa corría el riesgo de estar de nuevo en boca del pueblo, porque después de lo que me había dicho Garmendia estaba claro que era a lo que se dedicaban, a cotillear, a hablar de todos, incluida yo, por muy recién llegada que fuera. Seguro que mi vida era más tentadora por ser la novedad, hablar siempre de la misma gente sería más aburrido que chismorrear del último que llegaba. Aunque a mí en realidad me importaba un pimiento lo que dijeran, yo era mayor de edad y podía decidir si quería pasar mis noches sola o acompañada, y en esta ocasión quería y necesitaba el calor de Germán. De golpe, se me amontonaron las ganas de estar con él y le respondí.

En unos minutos estoy en tu casa, antes tengo que ducharme. Si quieres me puedo quedar a dormir.

22:05

En mi casa tengo un par de baños y ambos tienen ducha, así que no pierdas más tiempo. Pero si te quedas a dormir, siento decirte que solo puede ser en mi cama.

22:07

Entonces no me queda otro  
remedio que dormir contigo.  
Qué le vamos a hacer.  
22:08

Sé que será un gran sacrificio,  
pero intentaré compensarte. Ya  
estás tardando en estar aquí  
conmigo.  
22:09

Sonreí al sentir lo mucho que deseaba mi compañía. De inmediato apagué la colilla y cogí mi bolso, del que saqué una cajita metálica con caramelos de menta. Me llevé uno a la boca. Quería borrar el sabor del tabaco para que Germán solo degustase el frescor de mi lengua. Con ese pensamiento, lo imaginé besándome, acariciándome, excitado, ocupando mi cuerpo... Arranqué el coche y me dirigí veloz a su casa, sin dudarlo, deseosa de materializar lo que mi mente no dejaba de fantasear.

Roberto

Cerca de las nueve, después de haberme pasado toda la tarde debatiéndome existencialmente, cuando mis carnes aún temblaban por lo que me tocaba decidir, Esther, mi preciosa esposa, llegó a casa.

—¡Hola! —Elevó la voz para que la escuchase.

—Estoy en el despacho —anuncié.

Oí su elegante taconear aproximándose y rogué a Dios para que me diera fuerzas y valor.

—¿Todavía trabajando?

—¡Qué remedio!

—Vale que seas socio del bufete, incluso que te fastidien días de vacaciones por un importante viaje de negocios, pero que tengas que traerte el trabajo a casa me parece el colmo. Creo que te están explotando, Roberto.

—No digas bobadas, cariño. —Soné abatido.

—¡Eh!, ¿qué te pasa? No me ha gustado tu tono, y tienes mala cara. —Me miró de hito en hito.

—Y cómo no voy a tenerla leyendo este bodrio de papeles. —Señalé los folios, intentando fingir.

—¿Solo es eso? ¿De veras que no te ocurre nada más? —insistió, sin parar de observarme.

—De verdad, cielo. Solo estoy cansado, solo es eso. Pero... ¿y las niñas? —pregunté, extrañado por no oírlas.

—Se han quedado a dormir en casa de mi hermana. Ya sabes que cuando se juntan con Valeria no quieren separarse, y a mi hermana le falta tiempo para convencerlas de quedarse. Me han dicho que te diera un beso de su parte.

—Pues dámelo —le pedí, sonriendo. Esther se acercó y pegó su boca a

mis labios. La besé de forma apasionada.

—¡Guau!, no creo que este beso sea apto para menores —bromeó.

—Te quiero, lo sabes, ¿verdad?

—Y yo a ti, Rober.

—Y ahora mismo te deseo, y estamos solos, Esther.

—¿Me deseas tanto como el sábado? Porque estuviste sublime —manifestó con picardía, arqueando las cejas.

Sentí que algo se me rompía por dentro. ¿Cómo podía haberla engañado?

—Eres lo que más deseo en el mundo, nunca lo olvides, mi amor —dije, tomándola en brazos, algo que Esther no esperaba pero que le hizo mucha gracia. Comenzó a carcajearse.

Subí con ella a nuestra alcoba y la dejé sobre la cama.

La besé una y otra vez.

La acaricié.

La excité.

Nos desnudamos con ansia, totalmente encendidos, y fue ese afán por adueñarnos del otro el que nos hizo poseernos como si no hubiera un mañana.

Después de hacer el amor ella se durmió feliz, la curvatura de sus labios así lo acreditaba. Yo fingí que lo hacía, pero en realidad estuve horas admirándola, deleitándome con su preciosa cara, con sus sensuales labios. Dormía tan plácidamente que daba envidia. A mí me era imposible conciliar el sueño, solo podía meditar en lo que había ocurrido y en lo mucho que había cambiado mi vida en una semana. Me había convertido en un asesino y de nuevo en un infiel. Y todo por culpa del Cerebro, que me la había jugado. Primero me hizo pagar un alto precio por la salvación de mi familia, pero omitió que en el paquete no estaba incluido yo. Luego me tendió una trampa y me puso el fruto prohibido en los labios, y yo fui tan estúpido que lo mordí y caí en la tentación. Entonces, ¿quién era más rastrero de los dos? ¿Él, por mentirme para conseguir su fin, o yo, por intentar obtener siempre el mío? ¿A quién pretendía engañar? Nunca conseguiría ser un hombre fiel, más pronto que tarde volvería a acechar a otra mujer con la que desearía acabar en la cama y utilizaría todos los recursos a mi alcance para seducirla y follármela. Yo era así; amaba a Esther, pero irremediablemente necesitaba otros

alicientes en mi vida, sobre todo sexuales, sobre todo distintos a los que tenía en casa. Era un cabrón que no pensaba más que en sí mismo, en su propia satisfacción. No quería perder a mi familia, había sido capaz de matar para protegerla, pero no había dudado en traicionarla. Lo mío no tenía cura, y en el fondo lo sabía, siempre lo había sabido. Lo que me había dicho el Cerebro era cierto, no me merecía a mi mujer ni a mis hijas, no era bueno para ellas. Tarde o temprano terminaría haciéndoles daño, sufrirían mucho por mi puto e incontrolable egoísmo, lo harían de forma irremediable. Fui débil entonces, hace muchos años, por permitir lo inaceptable; y lo sigo siendo ahora, porque no soy capaz de mantener la polla guardada en los pantalones.

Con cuidado de no despertar a Esther, salí de la cama. Antes de abandonar la alcoba volví a mirarla. La amaba, aunque no había sabido demostrárselo nunca. Bajé al salón y cogí del mueble bar la botella de vodka; necesitaba beber. Arrastré los pies hasta la cocina, tomé un vaso, lo llené y me lo bebí de un trago. El líquido abrió un surco en mi garganta mientras bajaba para asentarse en mi estómago. Miré el reloj; eran más de las cuatro de la madrugada. Acompañado por la bebida, me acerqué al despacho y me senté en mi sillón. Entre trago y trago, y como buenamente pude, empecé a poner en orden los papeles del bufete.

El reloj estaba a punto de dar las siete de la mañana y la botella de vodka acababa de agotarse. Saqué el móvil desechable de su escondite y, antes de marcharme del despacho, anoté algo en un papel. Bajé al garaje, haciendo eses por el camino; los efectos del alcohol eran más que evidentes. Con la decisión tomada, lo preparé todo, despacio pero con precisión. Entré en mi Audi y lo arranqué, cogí el teléfono, ese que solo contactaba con el Cerebro, y escribí un último SMS:

Muerte dulce.

07:12

Germán me recibió con un apasionado beso que me pilló desprevenida por su vehemencia. Me dejó sin aire, además de alterada por la pasión vertida. Mi libido se alzó dos metros por encima de mi cabeza solo con ese ardiente beso.

—Por qué no vas a ducharte mientras yo termino de preparar la cena —dijo, mirándome fijamente a los ojos.

—Sí, será lo mejor —convine con él, aunque pensando que debería dármela con agua fría para no echar a arder.

—No tardes, quiero hacer muchas cosas contigo. —Me guiñó el ojo.

—¡Uf! Estaré de vuelta en cinco minutos, lo prometo. —Caminé apresurada hacia el baño.

Me desnudé veloz y entré en la ducha. Abrí el grifo y el agua comenzó a resbalar por mi piel, mojándola y sofocándola al mismo tiempo. De pronto la mampara de la ducha se abrió, y Germán, sonriente y desnudo, entró.

—¡Vaya! ¿Tú también necesitas una ducha? —le pregunté con un timbre seductor.

—No, yo te necesito a ti —contestó, y volvimos a besarnos de forma enardecida.

Mis piernas se abrazaron a sus caderas y Germán hincó sus pupilas en las mías. Accedió a mi interior sin prisa y se mantuvo quieto, admirando cada uno de mis gestos. Sus ojos rasgados color miel estaban ocupados por demasiadas emociones, la mayoría de lectura ininteligible, aunque reinaba en ellos el consuelo. Apoyó su frente en la mía y exhaló un jadeo tan gozoso que me empañó el rostro.

—Tu cuerpo es mi lugar preferido, Lola —dijo, interrumpiendo el momento de quietud y silencio que había alargado para acomodarse en mí—. Estar dentro de ti es maravilloso, es igual que llegar a casa después de un interminable viaje: «Hogar, dulce hogar». —Sonrió.

—¿He pasado de ser un tesoro a ser una casa? —demandé, burlona.



—Sigues siendo mi tesoro, pero quiero que también seas mi casa, mi hogar. No ocuparte me hace sentir un vagabundo, es peor que sufrir una condena.

—Me dejas sin palabras —declaré con franqueza.

—Tú a mí sin aliento —susurró, y esperó mi réplica. Me sentí tan halagada que me abalancé a sus labios.

—Te he echado mucho de menos, Lola. Esto ya no es como la primera vez que estuvimos juntos, ahora es mucho mejor —enunció entre beso y beso.

—¿Cuánto? —le demandé sin dejar de besarlo.

—Mil veces mejor que entonces. Cien mil. Un millón... Dónde va a parar, Lola —declaró.

Con el agua corriendo por nuestros febriles cuerpos, por fin Germán inició el acto. Nuestras miradas se habían quedado imantadas y sus ojos también me hacían el amor, pero me deseaban tanto, me devoraban tan profundamente, como nunca antes lo habían hecho otros, que terminé abrumándome. Ese apabullamiento me hizo variar la vista unos centímetros, hasta detenerla en su hombro derecho. El agua de la ducha repiqueteaba sobre su piel, despidiendo microgotas que salpicaban y volvían a mojarlo, y así sucesivamente. De pronto el lago apareció en mi mente. Llovía a cántaros, a mares. Las fuertes gotas caían sobre la gran masa de agua dulce, salpicando, marcando hondas, formando una burbuja, una semicircunferencia que duraba menos de un segundo, una cúpula transparente y frágil que se desvanecía con urgencia. Yo lo contemplaba desde la orilla, empapada, triste, llorando. Los tres cuerpos de las víctimas también estaban allí, mirándome, clamando justicia, exigiéndome que diera caza a su asesino... La maldita fantasía acababa de irrumpir en medio de la sesión de sexo, me había adentrado en el escenario del crimen y había dejado que mis miedos me calaran. Sufrir la angustia abrasadora de no resolver el caso era otra manera más de torturarme. La imagen se esfumó y apareció la fotografía del campamento, aquellos chicos sonrientes de los cuales solo quedaba uno vivo: Roberto, el asesino. De forma inmediata, sus palabras se colaron en mi mente: «¿Que lo va a demostrar? ¿Cómo va a demostrar algo que no he hecho?». Al instante se fueron contrapeando con las de Anunciación, Garmendia, Torres..., incluso con las de Bruno. «Hubo mucho secretismo en torno a ese accidente. Por eso

se habló tanto, y por eso sigue siendo un misterio que aún se comenta... Y el colmo fue lo que me dijo Eugenio: “Eloy está vivo”»; «¿O piensa que nadie sabe que usted anda viéndose con el gerente del hotel HV? O, mejor dicho, metiéndose en su cama»; «Creo que este caso todavía te está pasando factura. Igual no tenía que haberte llamado, no debería haber forzado tu alta»; «No llegué a engañarte nunca, no ocurrió..., Lola, lo que te dije anoche es la verdad, sigo enamorado de ti, por eso mi matrimonio no funcionó».

Me invadió la angustia, incluso noté que me costaba respirar con normalidad. Intenté vaciar mi cerebro como si se tratase de una papelera, expulsándolo todo para no desembocar en un ataque de ansiedad. Las embestidas de Germán cada vez eran más impetuosas, y su respiración, más acelerada; estaba próximo al orgasmo. Yo, sin embargo, me encontraba a años luz, mis pensamientos me habían desconectado por completo del momento de pasión. Segundos después, él vibró en medio de un gemido de lo más placentero. Yo, enredada a su cuerpo, sentí sus espasmos como nunca, pero no emití un mal sonido, ni siquiera una respiración acelerada que pudiera indicar que había sido presa del placer. Fue mi silencio y mi quietud lo que le puso en alerta.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó, buscando mi mirada, respirando un poco agitado todavía.

—Lo siento —respondí mientras mis pies trataban de tomar el firme suelo.

—No, por favor, Lola, no tienes que sentirlo —advirtió de forma tierna—. Pero me gustaría saber qué te ha tenido tan alejada de mí en este momento. —De súbito, el corazón se me encogió y los ojos amenazaron con llenárseme de lágrimas—. ¡Ey, ey, ey! —coreó él—. ¿Qué pasa, Lola? —insistió intranquilo, cerrando el grifo y mirándome con atención.

—Nada, no te preocupes.

—¿Cómo no voy a preocuparme? —protestó—. Todo lo que te ocurra me importa.

—Es este caso. —Suspiré acongojada—. Me tiene sometida a mucha presión y he explotado —confesé. Sabía que la tensión empezaba a acarrearle malas consecuencias. Aunque lo que más rabia me daba era exponer mi lado frágil, esa parte vulnerable que sabía llorar, que ahora mismo estaba a punto de hacerlo.

—Tranquila, por favor. —Me abrazó con cariño. Yo me estreché a su cuerpo casi con desesperación; en ese momento precisaba de calor y apoyo.

—Tengo miedo de que todo se repita. La prensa ya ha empezado a contar cosas que no debe —gimoteé.

—¡Eh, eso no va a volver a pasar! —Me observó con firmeza y me acarició la mejilla—. Vas a coger a ese tipo y la prensa tendrá que enmendar el daño que te hizo.

—Ojalá fuera así de fácil.

—Lo será, eres una gran inspectora y no vas a parar hasta dar con él. —Me dio un dulce beso en los labios—. Y ahora será mejor que salgamos de aquí, vamos a quedarnos fríos. Anda, sequémonos, pongámonos algo cómodo y charlemos, creo que ahora es lo que más necesitas.

—Pero con una copa de ese vino del otro día, por favor —le pedí.

—Por supuesto. —Me contempló con arrobó—. Tengo un par de botellas de un somontano blanco espectacular.

Germán y yo nos acomodamos ante la mesa del salón acompañados por unas copas de vino y compartiendo pijama; él vestía el pantalón y yo lucía la camiseta, cuyo largo dejaba mis muslos al aire, incluida la celulitis que ya se había apoderado de algunas zonas. Aunque poco me importaba la piel de naranja, lo que me preocupaba, o más bien me aterraba, era pensar en la prensa, en volver a ser víctima de su acoso. De repente sentí la imperiosa necesidad de expulsar lo que tanto me inquietaba. A lo mejor, si lo compartía, la zozobra dejaba de estrangularme. Sin más reflexión ni tardanza, comencé a vaciarme con Germán, quien me escuchó con suma atención, sin intervenir hasta que mi silencio le hizo entender que había acabado.

—Desde luego que ha tenido que ser muy duro —aseveró sin dejar de asentir.

—He pasado por un infierno, Germán. Hubo días en los que me costó horrores salir de la cama y enfrentarme al mundo.

—Imagino que debe de ser espantoso estar en el punto de mira de todos. Mejor dicho, no me lo quiero imaginar. —Suspiró entristecido, y de nuevo llenó nuestras copas.

—La gente cree a la prensa, no en vano se le llama el cuarto poder. Y la prensa decía una y otra vez que el crimen de Gonzalo no se resolvía porque yo no hacía bien mi trabajo, porque era una inepta, y otras palabras más crueles. Siempre pensé que, de ser un hombre, no hubieran arremetido contra mí de forma tan inclemente. —Soplé con aflicción—. El hostigamiento contra mi persona fue durísimo, caí en un estado depresivo que me llevó a cuestionarme toda mi vida; entré en una crisis existencial. —Hice una pausa para tomar aire.

—Lo siento mucho, Lola —enunció turbado.

—Desde que elegí ser policía nunca he contado con el apoyo de mi padre, ya te lo dije, aunque debo reconocer que empeoró después de mi graduación. Aún no he podido olvidar cómo afrontó él ese día, parecía que acudía a un funeral. Evitó salir en cualquier fotografía, y la despedida fue bastante desagradable, se podría decir que marcó el fin de nuestra relación. —Suspiré

con pena—. El favor de mi comisario, en cambio, nunca me ha faltado; es una gran persona que siempre me ha alentado a seguir porque creía en mí más que yo misma. —Vacilé un segundo—. Al menos hasta hoy... —Callé, pensándolo, sus palabras aún me escocían.

—Expíciate —me sugirió Germán, expectante.

—Hoy, por un instante, ha dudado de mi capacidad. Me ha dicho que quizás aún no esté preparada para enfrentarme a este caso. —Bebí un trago de vino.

—¿Y es cierto? —Reflejó perturbación.

—No. Estoy en perfectas condiciones para hacer mi trabajo —aseguré, y me enjuagué con urgencia unas insumisas lágrimas que amenazaban con humedecer mi rostro.

—¿Sabes? No es bueno reprimir las emociones, no lo hagas —me aconsejó.

—Para mí no es bueno mostrarlas —manifesté de forma categórica.

—¿Por qué? —me observó sorprendido.

—Porque soy una mujer en un mundo de hombres, Germán.

—¿Y? —Esperó una aclaración.

—¡Cómo que y! Es muy simple, para la gran mayoría de los hombres llorar es un signo de debilidad, y yo debo ser igual o más dura que ellos. ¿Lo entiendes?

—Entiendo que el mundo está muy mal equilibrado, pero no todos los hombres pensamos así.

—La gran mayoría, sí —afirmé con gravedad—. Y si no te gusta oír la verdad, no me hagas escupirla.

—Vale —dijo tras unos eternos segundos—. Es cierto que no siempre prima la igualdad. A veces, y por desgracia, incluso brilla por su ausencia, pero no debería ser así.

—Pero lo es —le rebatí con aplomo—. Vivimos en una sociedad en la que la mujer debe hacer el doble de méritos para conseguir igualarse al hombre; y ni te cuento para lograr superarlo. Continuamente debemos demostrar nuestra valía, en muchos casos hasta sacrificamos la maternidad para conseguirlo. No podemos quejarnos porque se nos tacha de blandengues,

da igual que nos duelan los ovarios o que tengamos una hemorragia por la menstruación, debemos acudir al trabajo incluso con cuarenta de fiebre. Hay hombres, en cambio, que por un simple dolor de muelas se dan de baja y no son cuestionados por el mero hecho de que tienen polla y mean de pie; ellos son los fuertes. No se nos mide con la misma vara; así es en la mayoría de los casos, para nuestro pesar. Por eso nos hacemos duras a la fuerza, incluso insensibles; en algunos casos, hasta despiadadas. Los hombres nos lo exigen si queremos estar a su altura y ocupar sus mismos puestos. —Tomé aliento tras la charla, acababa de expulsar cuanto me quemaba—. Con los años he aprendido a no mostrar mis debilidades a nadie, eso queda en mi intimidad. —Me bebí de un trago el vino de la copa.

—Estás en intimidad, Lola —expresó, paseando la vista por el salón—. Aquí solo estoy yo, y no soy un desconocido.

—Me cuesta por falta de costumbre. Llorar sola es más fácil.

—No quiero que llores, nunca. Solo quiero que te encuentres bien.

—Tranquilo, ahora estoy mejor. —Asentí—. Mi tormenta emocional ha amainado. Es cierto que a lo largo de esta semana he sufrido muchos cambios, pero no estoy mal. Aunque sé que fumo más de la cuenta y que durante estos días he abusado del café, pero duermo poco y lo necesito para mantenerme despejada. Y lo poco que he dormido estos días lo he logrado sin recurrir a los sedantes, toda una proeza de la que me siento orgullosa, aunque también una decisión muy discutible para mi médico. —Hice un mohín—. Y para ser justa, debo confesarte que tú tienes algo ver con ese descanso, pues la noche que pasé a tu lado conseguí dormir tres horas seguidas. —Sonreí—. Parece que me trasmites sosiego.

—Me alegro mucho. —Me devolvió la sonrisa—. Y te diré que a mí me sucedió exactamente lo mismo, parece que tú también me aportas paz. —Sus ojos ratificaron las palabras.

—Yo siempre he conseguido esa paz con mi trabajo, cerrando casos, haciendo justicia; no me hacía falta nada más. —Suspiré con un halo de nostalgia—. Pero a raíz del asesinato de Gonzalo todo cambió. No estaba preparada para esa lapidación. —Me tembló la voz ante el recuerdo, pero me recompuse con celeridad—. Durante meses he sopesado la posibilidad de dejar el cuerpo de policía. Estaba muy desmotivada y me pasaba el día apiadándome de mí misma por todo lo que me había robado; le había

entregado mi vida y me había plantado en los cuarenta años con las manos vacías. —Hice una pausa—. Entonces ocurrieron estos crímenes y el comisario me ofreció el caso. En ese instante algo despertó en mi interior y me pregunté: ¿Vas a actuar o vas a seguir compadeciéndote de ti misma? La respuesta no se hizo esperar. Ser policía no es un trabajo, sino una vocación, y yo la sentía en lo más profundo de mi alma. No podía lamentarme más, debía sobreponerme a las circunstancias y seguir adelante con mi carrera —aseguré con convicción—. Me volví a recordar que no me hacía falta formar una familia, todo ese rollo está sobrevalorado. Yo lucho por un bien mayor, común: el bienestar y la seguridad de los ciudadanos. Esa es mi responsabilidad. Mi única responsabilidad, Germán —expresé con idéntica seguridad.

—Aplaudo cuanto has dicho, Lola, salvo en un aspecto, en la falta de compañía. Todo el mundo necesita alguien a su lado, a nadie le gusta la soledad. Soportarla es muy duro, y lo sé por propia experiencia.

—Mi trabajo suplía todas mis carencias y no me sentía sola.

—El trabajo puede sustituir los vacíos, pero el lugar del amor no puede ser ocupado por nada más —explicó con convencimiento.

—El amor no ha sido nada generoso conmigo, mejor estar sola que mal acompañada.

—El problema no eras tú, sino ellos, y ya lo hemos hablado, Lola.

—A veces tengo mis momentos de duda, ¿sabes?

—Tú eres una gran persona y estoy seguro que una excelente inspectora de Homicidios.

—Realmente no sabes cómo soy, Germán.

—Pero puedo decirte lo que veo y lo que siento.

—Adelante —le invité a hablar.

—Eres una mujer fuerte, valiente, con coraje, temperamental y pasional. No sueles ser diplomática, tampoco hiriente, quizá seas demasiado sincera, pero no sabes mostrarte de otra forma porque no tienes dobleces. —Noté la franqueza en sus palabras—. Sé que para algunas personas tu fuerte carácter será considerado más como un defecto que como una virtud, sin embargo a mí fue lo que me sedujo. —Acercó su mano a mi mejilla y me la acarició—.

Lola, el destino nos ha querido volver a unir y esta vez no pienso separarme de ti, nunca.

—¡Qué pesados con el destino! —exclamé entre risas; sus palabras me acababan de halagar—. Desde luego que os ha dado fuerte a todos con la misma cantinela.

—¿Todos? —preguntó arrugando los labios—. ¿Quién más te ha hablado del destino? ¿O acaso vas presentándome como tu destino? —Arqueó las cejas.

—Yo no hablo de ti con nadie, no seas tan creído —siseé con chulería, aunque bromeando.

—¡Buf!, eso me ha dolido. —Se llevó la mano derecha al corazón.

—Lo soportarás, créeme. —Chasqueé los labios.

—Lo lograré si me compensas mañana. —Me guiñó el ojo.

—¿Y por qué no me dices ahora cómo puedo resarcirte? —pregunté con picardía.

—Porque ahora mejor nos vamos a descansar, seguro que estás agotada —explicó, levantándose de la silla.

—En realidad, sí, lo estoy —afirmé, levantándome yo también, y me sorprendió un bostezo.

—Pues a dormir se ha dicho, inspectora. Mañana será otro día —dijo, acercando su mano a la mía. Con ellas entrelazadas, llegamos a su dormitorio.



El madrugador sonido del teléfono fracturó el intenso silencio del sueño. Mis párpados se elevaron despacio y desperté. Germán también se despabiló, incluso salió de la cama de inmediato porque era su móvil el que estaba sonando, y lo descolgó veloz. Yo no me moví, estaba perezosa, y esperé a ver qué ocurría.

—Buenos días —dijo en cuanto colgó. Luego se acercó a mí y me dio un beso.

—Buenos y tempraneros días, apenas son las siete de la mañana —comenté, y volvimos a besarnos.

—Hay un problema en el hotel y tengo que irme. Lo siento.

—¿No pueden solucionarlo sin ti?

—Prefiero supervisarlo en persona.

—O sea, que no sabes delegar responsabilidades. —Hice un mohín.

—No es tan sencillo, señorita inspectora.

—Vaya. Veo que ahora eres tú el que no tiene diez minutos para estar conmigo —le reproché, recordándole sus propias palabras.

—Yo...

—Chsss. —Le puse el dedo en los labios—. Es más, por tus prisas, parece que ni siquiera tienes tiempo para decirme cómo puedo compensarte por herir anoche tus sentimientos. Y yo que me había hecho ilusiones... —Emití un suspiro y retiré mi dedo de su boca.

—¿Ilusiones de qué tipo? —preguntó con picardía.

—No sé... Pensaba que haríamos algo indecente.

—¿Cómo de indecente? —demandó provocador.

—Mucho —susurré, perdiéndome en sus deseosos ojos.

—¿Y te preocupa que no lo hagamos?

—Sí, es una de las cosas que me inquieta. —Sonreí levemente.

—Pues eso tiene solución ahora mismo. —Me besó con pasión.

—Si empiezas tendrás que acabar —le avisé.

—Acabaré, no pasa nada porque llegue un poco más tarde. Y ahora centrémonos y muéstrame los sitios que prefieres que mi boca recorra —bisbiseó, y comenzó a perderse por mi cuerpo.

Tras unos placenteros preliminares, Germán conquistó mi interior. De nuevo nos miramos durante unos segundos interminables, y de nuevo volví a apreciar lo mismo que las otras veces, quizás en esta ocasión mucho más acentuado. Cada vez que me ocupaba, su lenitiva mirada exudaba la mitigación de un sufrimiento, segregaba alivio. Inició su vaivén de cadera y una vez más hicimos el amor.

—¡Oh, Lola, «Hogar, dulce hogar»! —exclamó, aún jadeante.

—¿Queda resarcido tu honor con esta sesión matinal de sexo? —pregunté chistosa.

—Totalmente. —Me besó—. Y en cuanto recupere la respiración y las fuerzas, me ducho y me marcho.

—He pensado que para no hacerte perder más tiempo me ducharé en el hostel. Después me iré a ver al Equipo A.

—¿Al Equipo A? —preguntó confuso.

—Sí, llamo así a los compañeros del cuartel. Pero esto que quede en *petit comité*, por favor.

—¿Y por qué los llamas así?

—Porque, curiosamente, a excepción del capitán, sus nombres empiezan por A: Adolfo, Aitor, Alejo y Amparo. El Equipo A —formulé guasona.

—¿Y tú quién eres? —me demandó con jocosidad.

—Wonder Woman, como me llama mi hermano —contesté, alzando las cejas.

—Claro, cómo no, una amazona. —Asintió—. ¿Y cómo demonios voy a estar yo a tu altura?

—Quizá te conviertas en mi superhéroe si me despiertas todas las mañanas de esta forma.

—Tendré que aceptar el reto. —Sonrió y me besó.

—Y ahora, me voy volando —bromeé.

—Lola, no es necesario que te marches, de veras. No sería muy caballeroso por mi parte hacer el amor contigo y echarte de mi casa con prisas. Puedes ducharte tranquila y desayunar. Cuando tengas que irte, cierras la puerta y ya está.

—Pues te tomo la palabra, Germán, porque no me apetece nada ir al hostel. Me gusta más tu casa, dónde va a parar. —Le guiñé el ojo.

—Me alegro; aunque a mí me gustas más tú —dijo, besándome una vez más, y por fin se marchó a la ducha.

\*\*\*

Después de tomar un café solo y bien cargado, que acompañé con un par de galletas, era hora de ducharme. Fui en busca de una toalla limpia con la que secarme, Germán me había dicho que estaban en el armario empotrado de su habitación, aunque sin más indicaciones, y el mueble tenía cinco puertas, todas blancas excepto la del medio, revestida por una luna de espejo. Abrí las dos primeras; el interior estaba ocupado por su ropa, en su mayoría trajes chaqueta. En la siguiente encontré lo que buscaba: una imponente pila de toallas de todos los colores. Me decanté por una rosa chicle, la más difícil de coger porque prácticamente estaba abajo. No sé por qué me decliné por ella, el rosa nunca había sido un tono que me sedujera, me recordaba al color de los cuentos y yo jamás creí en los príncipes azules. El hombre ideal no existía, era una leyenda urbana, aunque a veces sí podías toparse con uno dulce e inteligente, tolerante y comprensivo, como Germán. Al pensar en él, irremediabilmente, cientos de mariposas aletearon en mi estómago y un suspiro escapó de entre mis labios. Me sentía muy a gusto y viva con su compañía, sabía que entre nosotros, además de mucha química, había algo especial. Igual fue una asociación inconsciente lo que me llevó a encapricharme de ese color, por el momento tierno y sensible que estaba viviendo, quizá de color rosa. Realmente no sabía el motivo de mi elección, pero estaba decidido. Cuando iba a cogerla, sonó mi móvil. Me acerqué con diligencia a la mesilla y observé la pantalla: era Bruno.

—Dime —contesté, y me senté en la cama.

—¿Dónde demonios estás? —demandó casi en grito—. El comisario y yo

estamos tratando de localizarte pero no coges el teléfono.

—No lo he oído. —Pensé que me habrían llamado mientras desayunaba.

—Tampoco estás en el hostel, parece que no has dormido aquí. —Sonó a reproche.

—Oye, yo...

—No hace falta que digas nada, no es asunto mío, lo sé —atajó, y bajé las lanzas.

—¿Y qué queréis? —pregunté intrigada.

—Decirte que por fin van a registrar la casa de Roberto Santos.

—¿Y eso, qué me he perdido?

—Adivina.

—Joder, es demasiado temprano para adivinanzas. Explícate —le exigí.

—Su versión hace aguas, Lola —indicó—. El mismo día que apareció el cuerpo de Biel Puig Roca, Roberto Santos repostó en una gasolinera de la A2, en Huesca, a menos de ochenta kilómetros de Lagos del Pino. Parece que demasiado alejada del hotel que nos mencionó, ¿verdad?

—Desde luego —afirmé.

—Pues veintidós kilómetros después, en dirección a Madrid, un radar captó su matrícula por exceso de velocidad. Su Audi TT iba a 142 kilómetros por hora en lugar de a 120. También nos ha llamado poderosamente la atención que a lo largo de esa semana solo usara la tarjeta de crédito el viernes y el sábado, por lo que he vuelto a llamar al hotel y, curiosamente, pese a tener pensión completa, solo pasó por el restaurante el lunes y el sábado para desayunar. Llevan un registro de esas cosas, como es normal.

—O sea que el hotel ha sido una tapadera, su coartada, mientras ha estado en otro sitio.

—¡Bingo! —exclamó con efusividad—. Aunque parece que en algo no mintió, pues, como nos dijo, también usó el hotel de picadero; el sábado desayunó acompañado. O eso recuerda la señora que me ha atendido, que dice que se fijó en él porque cuando lo vio por primera vez le pareció extraño que un hombre sin compañía escogiera ese hotel, pensado para parejas o familias.

—Es listo, el cabrón.

—No más que nosotros, porque lo hemos pillado. —Chasqueó los labios—. Y como es obvio, te he llamado a ti antes que a nadie, pero, como no contestabas, he contactado con Torres, que ha perdido el culo para pedir esa orden de registro. Igual ya están en su casa.

—Gracias, Bruno. Hablo con Torres y voy para el cuartel ya mismo.

—Aquí te espero.

Nada más cortar la comunicación observé que tenía tres llamadas perdidas de Bruno y dos del comisario. Justo cuando iba a pulsar la tecla para devolverle la llamada, Torres se me adelantó.

—Buenas, comisario, acabo de hablar con Bruno y ya me ha contado que van a registrar la casa de Roberto Santos.

—Ya estamos aquí —anunció con gravedad.

—¿Han encontrado algo?

—Sí, al señor Santos muerto —dijo sin más rodeos.

—¡Qué! —exclamé estupefacta.

—Veníamos de camino cuando Vázquez me ha llamado para decirme que en la casa se había presentado una ambulancia a todo trapo. Cuando hemos llegado los médicos nos han dicho que no podían hacer nada por él, estaba muerto.

—Pero ¿qué leches ha ocurrido? —Alcé la voz.

—Se ha suicidado en el garaje de su casa, en su coche; intoxicación por inhalación de monóxido de carbono. Su mujer lo ha encontrado hará una hora o así. Se lo acaban de llevar para hacerle la autopsia.

—¡Joder! —solté sorprendida, irritada, incubando un extraño amasijo de sentimientos.

—En su despacho, y junto a una botella de vodka vacía, ha dejado una nota a su familia. Dice: «Nunca olvidéis que os quiero con toda mi alma y corazón».

—¡Santo Dios! —exclamé, impresionada—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Le han podido los remordimientos? ¿Verse arrinconado? ¿Se ha suicidado por eso? —Lancé las preguntas sin tomar aire.

—Podiera ser. —Soltó una bocanada de aliento—. Yo deduzco que estaba desesperado. Bebió, seguramente para armarse de valor, y se quitó la vida. Imagino que eligió esa forma para no sufrir, que sabría de antemano que entraría en un estado de sopor con el que no notaría la asfixia.

—¿Y qué han encontrado, señor?

—Estamos registrando la casa, pero de momento hemos encontrado algo muy importante y algo muy inquietante.

—Explíquese —le exigí con urgencia.

—Lo importante es una bolsita llena de un polvo cristalino color blanco que lleva pegada una etiqueta con el símbolo «peligro de muerte» y otra en la que pone «estricnina». Estaba en el armario de resina del jardín, aunque, como es obvio, habrá que analizar el contenido para comprobar que es ese veneno. En cuanto a lo inquietante, se trata de una jeringuilla cargada con un líquido amarillento. Estaba en el despacho del señor Santos, tirada en una papelera, dentro de una cajita. Vázquez y Langa están convencidos de que es un chute de heroína. Yo tampoco lo descarto, pero habrá que analizarlo. La esposa del señor Santos jura y perjura que su marido no se drogaba; ya veremos qué dice la autopsia al respecto —aseguró con firmeza—. Y lo último, y más relevante, también hemos encontrado un móvil desechable. Estaba en el interior de su coche. Según los médicos, la víctima aún lo tenía en la mano cuando han llegado. El último SMS que mandó no solo es inquietante, Lola, es alarmante.

—¿Por? —demandé con extrema curiosidad.

—Roberto Santos solo hablaba con una persona a través SMS por este móvil, y la conversación deja claro que era alguien que está implicado en los crímenes: tenía un «socio».

—¿Qué demonios me está contando? —El corazón empezó a bombearme con fuerza.

—Los mensajes de la última conversación se enviaron poco tiempo después de que vosotros abandonaseis el bufete. En ellos, el señor Santos avisa a su «socio» de tu presencia. Sabía que eras la inspectora que se encargó del caso de Gonzalo, y también que sospechabas de él. Acusa a su «socio» de ser el asesino, el que le obligó a cometer los crímenes para salvar a su familia, lo inculpa directamente. No obtuvo respuesta a los mensajes,

pero sí recibió una llamada más tarde, y, por el tiempo que indica el móvil, la conversación fue corta. Con estas pruebas es inevitable llegar a la conclusión de que estamos ante una historia rocambolesca. A mi entender su «socio» planificó los asesinatos y le obligó a él a cometerlos.

—¿Me está diciendo que son dos asesinos? ¿Que tenemos un autor intelectual y un autor material? —demandé perpleja, incapaz de salir de mi asombro.

—Por lo que dan a entender los mensajes, así parece, Lola —respondió, y luego suspiró—. Y no dejo de hacerme las mismas preguntas una y otra vez: ¿Por qué? ¿De verdad el supuesto «socio» tenía amenazada a su familia? ¿Fue ese el motivo que usó para obligar al señor Santos a matar a esos hombres? ¿Qué carajo hay detrás de estos crímenes? ¿Tú entiendes algo? —lanzó los interrogantes tan confuso como cabreado, y, de forma repentina, una duda me asaltó.

—Comisario, ¿cabe la posibilidad de que todo esto sea para encubrir otro asesinato? Me refiero a si podemos estar seguros de que el señor Santos se ha suicidado.

—Eso es lo único que tengo claro, Lola —respondió con convicción—. No hay ninguna entrada forzada ni señal alguna de violencia, ha dejado una nota despidiéndose de su familia, escrita a mano y rubricada por él, así lo ha confirmado su esposa, y el último mensaje que envió a su compinche es tan perturbador como determinante. Lo mandó a las 7 horas y 12 minutos de esta mañana y dice: «muerte dulce».

—Muerte dulce —repetí—, así llaman a ese tipo de muerte —enuncié, pensando en lo desesperado que había que estar para tomar una decisión tan draconiana, que, a mi juicio, no era de cobardes, pues había que ser muy valiente para quitarse la vida—. Lo que se me escapa es por qué se lo anunció al otro sujeto. ¿Acaso quería que le disuadiera de la idea? ¿O quizá pretendía atormentarlo?

—Yo tampoco lo entiendo, por eso me parece perturbador. Lo que intentase conseguir con ese mensaje nunca lo sabremos; el único que lo sabía era él y ya no nos lo puede explicar —resolvió, e hizo una pausa—. En fin, vamos a ver si encontramos algo más, y sobre todo si podemos averiguar algo acerca del móvil.

—Estoy segura de que el otro número será también de otro desechable.

—Yo también lo creo e imagino que lo vamos a tener crudo, pero lo comprobaremos y haremos cuanto podamos.

—Por supuesto, comisario. Y ahora mismo informo de todo esto al inspector Molina y al capitán Lemos.

—Muy bien. Estamos en contacto, Lola. —Colgó.

Me senté en la cama; más bien, mi cuerpo, abatido por la información recibida, se dejó caer en ella. Todos los muchachos de la fotografía estaban muertos. Las pistas nos habían llevado hasta Roberto Santos y las pruebas nos lo habían servido en bandeja. Pero ahora Roberto estaba muerto, se había quitado la vida, aunque con ello no se había resuelto la investigación; todo lo contrario, ahora estaba más enredada y estancada, puesto que las pistas nos conducían a un callejón sin salida. El caso podría haber llegado a su fin sin hacer justicia a las víctimas. Al pensarlo, la sangre se me congeló; incluso la respiración dejó de asistirme y, de forma fortuita, sentí un inclemente dolor, tan fuerte que creí que me habían arrancado el corazón de cuajo. No podía ser, ¡maldita sea! No podíamos quedarnos de brazos cruzados, sin hacer nada. No podíamos dejar de nuevo el caso abierto y a un asesino suelto. Otro asesino, sí, porque aunque quien diantres fuera no se hubiera manchado las manos de sangre, había planificado los crímenes y había obligado a otra persona a cometerlos. Y esa era otra pregunta que añadir a la colección: ¿por qué no los había matado él directamente? Y a la vez, esa cuestión daba paso a muchas otras: ¿Por qué había accedido Roberto a ese chantaje? El móvil económico no encajaba en su perfil; entonces, ¿cuál era el motivo? ¿Realmente su familia estaba en peligro y lo había hecho para salvarla?, entonces, ¿por qué había dejado pasar tanto tiempo entre el asesinato de Gonzalo y los tres de Lagos del Pino? ¿Y por qué esos tres habían sido cometidos tan de seguido, en poco más de setenta y dos horas? ¿Y por qué...? ¿Y por qué...? ¿Y por qué...? Las preguntas no paraban de multiplicarse y yo comenzaba a sumar tanta desesperación que estaba a punto de dividirme en dos. Aunque mi estado de nerviosismo y desazón era normal después del inesperado giro que había dado la investigación. Jamás habríamos imaginado que hubiese otro asesino ordenando las muertes que el señor Santos parecía haber cometido. Nada nos lo hizo suponer ni sospechar, pero todo apuntaba esa posibilidad.

De nuevo los hermanos Castán Calderón acudieron a mi cabeza, y esta vez con fuerza arrolladora. Por un lado, aumentaban todas mis vacilaciones



en torno a Eugenio, del que nada sabíamos porque legalmente no existía. Por otro, se acrecentaban mis sospechas sobre el accidente de Eloy, y a estas alturas el recelo se había expandido tanto por mi cabeza que dominaba de pleno mis ideas. Estaba convencida de que esos hermanos eran el quid de la cuestión, las piezas claves, pero, por desgracia, no sabíamos dónde encontrarlos ni dónde colocarlos en aquella trama. Por mi parte, ni siquiera tenía la certeza de que Eloy estuviera muerto y Eugenio vivo, o viceversa. ¿Qué demonios íbamos a hacer ahora? ¿Cómo podíamos seguir investigando? Las preguntas reverberaron una y otra vez en mi conciencia, despertándome un malestar iracundo.

Decidí meterme a la ducha. Tomaría una muy rápida para llegar lo antes posible al cuartel e informar de todo lo que había sucedido y habíamos averiguado. Además, debíamos determinar qué vía de investigación debíamos seguir; tres cabezas pensarían mejor que una sola, y ahora mismo cualquiera lo haría mejor que la mía. Veloz y airada, me acerqué de nuevo al armario a por una toalla, y como las prisas no son nunca buenas, en lugar de coger una, tiré el montón. «Cuanto más de prisa más despacio», me dije, malhumorada y recogéndolas del suelo tan rápido como podía.

Veinticuatro horas. Solo habían pasado veinticuatro horas y bastaron para poner mi vida bocabajo. De la noche a la mañana todo había cambiado y me había cogido tan desprevenida que aún estaba del revés. Los pensamientos me estaban volviendo loca, me desquiciaban. «¡Paren el mundo que me bajo!», gritó mi razón, ahogada en una incomprensión que le mermaba toda la energía. Y todo había empeorado durante los últimos minutos; ahora sentía que el mundo me había caído encima deteniendo la vida para mí. Porque cuando aguardabas noticias, sobre todo de valor pernicioso, la espera era una acción desesperante y en ocasiones terrible, pero al menos durante ese tiempo aún conservabas un pequeño ápice de esperanza. Sin embargo, la certeza era un conocimiento aplastante y seguro que no dejaba margen a la contradicción, nunca erraba, y por lo tanto arrancaba de cuajo las ilusiones. Por eso cuando colgué el teléfono la verdad había estrangulado cualquier atisbo de esperanza, y yo no podía creer lo que acababa de oír porque era horrible, espantoso, siniestro... Demasiado para mí. «No puede ser cierto. No. No está pasando, no está pasando...», me repetí una y otra vez, por si mi insistencia me despertaba. Pero no era un sueño, era real. Y la realidad me partió el alma, sin anestesia y sin ningún tipo de calmante. Sentí el estrepitoso ruido que hizo al desquebrajarse de golpe y cómo me abrió las carnes en canal. Me dañó tan fuerte que me dobló y consumió mis fuerzas dejando mi cuerpo laso. De no haberme encontrado sentada en el borde de la cama me habría estampado contra el suelo.

Un par de lágrimas no tardaron en deslizarse por mis mejillas, me fue imposible mantener a raya a las emociones. El insistente traqueteo de mi corazón se volvió tan enérgico que el pecho me abrasaba, me escocía como si lo tuviera en carne viva. El veneno que inyectaba el suplicio desbocó su latir y aumentó mi angustia. Me era imposible pensar con claridad, estaba tan nerviosa por lo que la Científica acababa de poner en mi conocimiento que solo podía sentirme desvalida, humillada, estúpida... Un dolor en la sien me golpeó con dureza, atravesándome hasta la nuca, igual que si me hubieran incrustado un clavo en la cabeza. Era el dolor provocado por la certidumbre, por la verdad al desnudo, sin tapujos, y aun comprendiéndolo, seguía

preguntándome cómo podía ser posible. Apenas habían pasado veinticuatro horas desde que Roberto se suicidara y ahora esto... No podía seguir escuchando a mi conciencia, no quería continuar oyendo sus reprobaciones, solo debía tomar una decisión. Era policía y había jurado hacer cumplir la ley, para eso estaba aquí y era lo que iba a hacer, mi trabajo.

Abandoné el hostel como alma que lleva el diablo. Trataba de huir, no sabía si de mí o de la situación, pero quería desaparecer, escaparme de esa broma macabra. Entré en el primer bar que vi, necesitaba tomar algo, lo que fuera, pero que llevase alcohol. Pese a estar de servicio, precisaba ingerir una copa, o dos, en este instante primaba aplacar mi desasosiego interior.

Dando buena cuenta del tercer pacharán de la mañana, con la garganta todavía anudada, la mente hecha pedazos y las vísceras tan tensas como las cuerdas de un tambor de percusión, Bruno apareció en el bar.

—¡Joder!, llevo un buen rato buscándote y llamándote. ¿Acaso no oyes el móvil? —preguntó, acercándose a mí. Yo ni me molesté en mirarlo, seguí moviendo el vaso, observando el movimiento circular de la bebida y oyendo el tintineo de los hielos—. ¿No piensas dignarte a contestar? —insistió.

—Tengo el móvil en silencio, Bruno. —Giré la cabeza hacia él—. Pero me has encontrado, ¿no? Ya me ves, aquí estoy, tomándome un café —hablé con mordacidad.

—¿Café?! Eres muy graciosa. —Sonó a burla—. ¿Y se puede saber desde cuándo bebes ese tipo de café para desayunar?

—Desde que quiero olvidar. —Di otro trago.

Bruno soltó un fuerte golpe de aliento, sin quitarme el ojo de encima, y, con toda la comprensión que pudo reunir, dijo:

—A ver, Lola, sé que el caso no se ha resuelto como te hubiera gustado, pero tampoco puedes estar así.

—¿Resuelto? —Elevé una ceja, escandalizada con su afirmación—. No hemos resuelto una mierda. —Subí el tono, cabreada.

—Vale, es cierto que solo hemos dado con uno de los asesinos y que no lo hemos metido entre rejas, pero ocupará una caja de pino. Es otro tipo de justicia.

—¿Justicia? ¡Ja! Eso quisiera yo, haber hecho justicia —siseé cabreada,

aguijoneándolo con los ojos—. Entérate de una puta vez: no haremos justicia hasta que cerremos este caso, y no se cerrará hasta que demos con el otro asesino, el muy hijo de puta, cabrón, embustero y cínico —pronuncié con exceso de furia y levantando la voz, algo que hizo girar las cabezas de los clientes del bar.

—A ver, Lola, tranquilízate, estás llamando la atención —susurró Bruno mientras paseaba la vista por el lugar. Segundos después, su mirada regresó a mí—. ¿Me puedes explicar a qué viene ese ataque de rabia y esa familiaridad a la hora de insultar? —preguntó expectante. Guardé silencio, no sabía si debía contarle lo que sabía o actuar de *motu proprio* y hablar *a posteriori*. Mi debate era importante—. No me gusta ese silencio, parece esconder demasiadas cosas. ¡Habla! —exclamó, pero no fue una petición, sino una exigencia.

Lo miré a los ojos y me hundí en sus iris color pantano. Volví a ver en su fondo, como cuando me enamoré de él, y vi que Bruno estaba preocupado por mí, por mi actitud, por lo que yo supiera y él intuía que le estaba ocultando. Seguía siendo el mismo hombre que conocí hacía dieciséis años, su vena protectora permanecía intacta.

—Cuéntamelo, por favor —me rogó, posando la mano sobre mi hombro. Bajé la vista al comprender que mi plan empezaba a desmantelarse.

—Hay algo que no sabéis y que lo cambia todo —avisé, sin dejar de mover el vaso, observando el baile de los hielos medio deshechos.

—¿Me vas a decir de qué se trata? —demandó inquieto, sentándose en la banqueta que estaba a mi lado y clavando su mirada en mí. Entendí que mi deber era hacérselo saber.

—Tengo una aventura con Germán —declaré, y algo en mi interior empezó a agitarse con fuerza.

—No me pilla de sorpresa. —Su voz rezumó un matiz de pena.

—No sé si hago bien o mal, teniendo en cuenta que estoy en medio de un caso, pero surgió así, no lo premedité.

—Yo creo que en nuestros ratos libres podemos hacer lo que queramos, así que no le des más vueltas. Pero si pretendías llevarlo en secreto, no te ha funcionado, este pueblo tiene ojos y oídos por todos lados. —Arrugó los labios mientras asentía.

—Sí, ya lo sé. Parece que soy la comidilla de los lugareños. —El alma se me retorció al pensarlo—. El caso es que cuando me llamaste anteayer yo estaba en casa de Germán, sola. Él tuvo que marcharse temprano por un problema en el hotel.

—¿Y? —preguntó mostrándose perdido.

—Después de hablar con el comisario fui a darme una ducha rápida y, con las prisas, al coger una toalla del armario, tiré unas cuantas. Mientras las recogía encontré algo entre ellas... —expliqué, notoriamente nerviosa.

—¿El qué? —demandó impaciente.

—Un teléfono desechable —susurré tras unos larguísimos segundos.

—¿Un desechable? —Alzó la voz con la pregunta.

—Sí, joder, ahora baja tú el tono. —Resoplé con una extraña combinación de aflicción y rabia y le expliqué—: Encontré un puto teléfono desechable y saltaron todas mis alarmas. De inmediato empecé a husmear por él, todas las llamadas que tenía provenían del mismo número, también los mensajes. El primero que leí me dejó sin aliento: «muerte dulce».

—¡Cómo! —espetó impactado—. Es el mismo que había en el desechable de Roberto.

—Exacto. —Asentí airada, atragantándome con la rabia que fluía por mi interior. Bruno me miró sin salir de su asombro, seguramente del mismo modo que yo me quedé al descubrir el contenido del dispositivo—. Después de leer el resto de mensajes, que contaban lo que Torres había leído en el teléfono de Santos y había puesto en mi conocimiento, una profunda oscuridad se cernió sobre mí, alcanzando hasta el último recoveco de mi alma. El mundo se me vino encima, tuve que sentarme en la cama para no caerme al suelo. —Callé unos segundos. Sentí que mi voz estaba a punto de quebrarse y no iba a permitirlo—. Bruno, son ellos —escupí tan enrabiada como dolida—. Germán es el socio de Roberto, ellos dos son los asesinos, joder.

—¡Putra mierda! —exclamó sorprendido, llevándose las manos a la coronilla, y de inmediato interpeló—: ¿Dónde está ese desechable? ¿Qué has hecho con él?

—Dejarlo es su sitio.

—¿Qué? —gritó, y yo le mandé de nuevo bajar la voz—. ¿Cómo se te ocurre? Era nuestra prueba, ¿ahora qué? —Me censuró con la mirada.

—Ahora tengo otras pruebas con las que poder acusarlo, pero quiero asegurarme al cien por cien de dejarle sin turno de réplica, ¿vale? No estoy loca, sé lo que hago, Bruno.

—Pues cuéntamelo para que pueda entenderlo —me solicitó, no de muy buenos modos, se notaba que estaba molesto por mi forma de actuar.

—Después de leer los mensajes que ponían en relieve la extraña alianza entre Roberto y Germán intuí lo peor. De forma automática me puse a registrar la casa mientras me aferraba con fuerza a la idea de que todo fuera un malentendido, o una broma pesada y de mal gusto, o qué sé yo. —De nuevo callé y apreté los labios, me empezaban a temblar por el enojo, los nervios, el dolor... Bruno entendió lo que aquello suponía para mí y, cambiando de actitud, pasó la mano por mi hombro a modo de ánimo. Proseguí—: En su despacho hallé una catana colocada en un soporte, exhibiéndose sobre una balda colgada en la pared, con la empuñadura en cordel azul, y tomé una muestra sin dudarle. En la terraza, dentro de un baúl de resina, descubrí un bote de pintura que llamó mi atención por su poco peso, y lo abrí. En su interior no encontré pintura, sino un polvo cristalino de color blanco, y también cogí un poco para analizarlo.

—¿Y lo has enviado? ¿Cuándo? ¿Sabes algo? —preguntó de carrerilla, ávido de respuestas.

—Sí. Ayer hablé con Diego, tu compañero de la Científica, le rogué total discreción y urgencia máxima y le envié las pruebas. Hace un momento que me ha llamado y me ha dado los resultados. El polvo es estriocina y las hebras de la catana son de tela de ito, la misma seda que se encontró debajo de las uñas de Gonzalo Montero, el primer asesinado. ¿Es necesario que te cuente más?

—¡¡¡Joder!!! —Resopló con una nota de disgusto.

—Sí, bien la he jodido. ¡Mierda! —espeté, y me bebí el último sorbo de la copa—. Germán es el asesino, Bruno. Es Germán. Me he estado acostando con uno de los asesinos. —Me contuve de llorar, aunque las lágrimas ya andaban por la ribera del precipicio.

—Vamos a detenerlo, Lola, estamos perdiendo el tiempo —enunció

furibundo, levantándose de la banqueta.

—No tan rápido, Bruno. —Lo retuve, agarrándolo del brazo—. Antes escúchame, por favor. —Su semblante me anunció que se encontraba desconcertado, pero me obedeció, volvió a tomar asiento y esperó mi explicación—. Germán es un tipo muy inteligente y ahora mismo no tiene la más mínima sospecha de lo que sabemos, y eso es una ventaja para nosotros; usémosla.

—¿Qué quieres decir?

—Quedan muchos cabos sueltos y no dejo de hacerme preguntas. ¿Por qué han cometido esos crímenes? ¿Por qué Roberto dice que Germán lo obligó? ¿Qué pasó realmente? ¿Por qué se ha quitado la vida? ¿Es Germán el hermano de Eloy? ¿O quizás es el propio Eloy? —Soplé mientras me pasaba las manos por la cara, confusa, airada—. Necesitamos esas respuestas para acusarlo. Quiero conseguir que lo confiese. ¡Quiero su confesión! —resolví furiosa.

—¿Crees que porque te has acostado con él lo va a admitir? Que yo recuerde, no eres tan ingenua.

—Pues pienso intentarlo, voy a arrancarle esa confesión. Quiero que me mire a la cara y no lo niegue, que admita que es un jodido asesino —hablé, cargada de rabia. Me hervía la sangre pensando en lo mucho que había jugado conmigo.

—No, de ningún modo, Lola —chistó—. Lo único que debemos hacer, y lo que haremos, es poner en conocimiento de nuestros superiores lo que has descubierto y arrestarlo. Después lo interrogaremos e intentaremos que confiese su implicación o autoría para poder acusarlo. El cauce legal que corresponde, ni más ni menos.

—De eso nada. —Negué con la cabeza, contradiciendo, retadora—. Quiero arrestarlo con una prueba sólida e irrefutable: su confesión. Vuelvo a insistir, Germán es muy astuto y con lo que tenemos podría salir airoso. Seguro que se defiende haciendo que recaigan todos los cargos sobre Roberto Santos, alguien que ya está muerto y no puede defenderse. Puede alegar que fue invención de Santos, que lo planeó todo para inculparlo antes de quitarse la vida. Con un buen abogado sabes que sería una defensa más que probable, y Germán tiene dinero para pagarse a uno de los buenos. No, me niego —reiteré con firmeza.

—Y yo me niego a seguir ocultando las pruebas que tienes. Hay que poner todo esto en conocimiento de nuestros superiores y actuar en consecuencia —aseguró, serio.

—Dame unas horas, por favor —le pedí suplicante, uniendo las palmas de mis manos en un acto reflejo—. Diez, doce a lo sumo.

—¿Y qué piensas hacer en ese tiempo? —Me observó asombrado.

—Sonsacarle la verdad —respondí con aplomo—. No podemos pisar en falso, todas las pruebas deben ser sólidas, sin la menor fisura. No voy a conformarme con acusarlo, quiero dejar a ese cabrón sin turno de réplica, y con su confesión abortaríamos cualquier posible defensa.

Bruno caviló durante unos instantes, luego observó su reloj.

—Vale, doce horas, ni un minuto más. Tienes hasta las once de esta noche —advirtió con gravedad.

—Gracias.

—Pero con una condición —añadió.

—¿Cuál? —pregunté de uñas, no me gustaban las sorpresas inesperadas.

—Que me mantengas al corriente y que me dejes ayudarte. —Lo miré en silencio, dudando, recelosa, haciendo malabares entre el mal genio y la incertidumbre. Quería hacerlo yo sola, era una cuestión de amor propio, de orgullo—. Lola, no me gusta ese gesto, lo conozco y sé que te preparas para atacar, pero ni se te ocurra sacar tu carácter. —Hice ademán de protestar, pero sus palabras se adelantaron—. No estoy negociando contigo, ¿lo entiendes? Estoy imponiéndote una norma por tu bien, por el del caso, por el bien común, y si no me prometes ahora mismo que se hará como te acabo de pedir, llamo a Torres y le cuento cuanto has descubierto.

Suspiré hondo antes de dar mi respuesta.

—Vale, de acuerdo, tú ganas. —Asentí. Acababa de vencerme.

—Llevarás un micro oculto y con él se grabará la conversación. Yo estaré fuera, escuchándoos, y si percibo algo que no me guste o que pueda ponerte en peligro, intervendré; y eso tampoco es negociable.

—No me hace falta una niñera, puedo apañármelas sola con él —manifesté molesta.

—No olvides que estás en manos de un loco, Lola, por muy bien que se



haya portado contigo hasta el momento y por muy bueno que sea en la cama.

—Oye, eso ha sido un golpe bajo —escupí llena de acritud, el comentario era de lo más improcedente.

Bruno agachó la cabeza y guardó unos segundos de silencio.

—Llevas razón, lo siento —se disculpó con vergüenza, y levantó la vista—. No pretendía molestarte y mucho menos insultarte. Solo quiero que veas las cosas con objetividad, e igual he sido brusco.

—Igual no, has sido muy brusco —subrayé.

—Te pido perdón de nuevo. Solamente quiero que comprendas que ha sido un hombre cariñoso contigo porque no eras un peligro, pero es un asesino, Lola.

—Lo tengo muy presente, no es un hecho que ignore. —Sentí un súbito nudo en la garganta con el que me sobrevino un gimoteo.

—Anda, ven. —Bruno me abrazó y yo me dejé abrazar, al menos por unos segundos.

—Debo empezar a prepararme —dije, recuperando la entereza, y me aparté de sus brazos—. Tengo que mandar un *whatsapp* a Germán para quedar con él esta tarde, y debemos preparar nuestro operativo.

—Sí, no perdamos tiempo. Vamos al hostel y comencemos a trabajar.

—De acuerdo. —Asentí, pensando que la suerte ya estaba echada.

## El Cerebro

Por muy extraño o descabellado que pareciera, siempre había querido volver a Lagos del Pino. Alguno, además de reprobarlo, añadiría que regresar al lugar que tanto daño me hizo era de locos, e igual no estaba falto de razón. Sabía que mi relación con el entorno era un tanto masoquista, que lo mío era un afán por hurgar en la herida, echarle sal, tentar en el dolor, meter el dedo en la llaga... Había bastantes frases para describirlo aunque daba igual cómo lo llamara; a ciencia cierta, iba a ser perjudicial y dañino para mí y, aun sabiéndolo, llevaba un tiempo planteándomelo. Por eso en cuanto me enteré de que la cadena estaba construyendo un hotel aquí me prometí que conseguiría dirigirlo. El puesto debía ser mío, solo mío, e hice méritos para alcanzarlo. Cuando el presidente me dio la noticia, a punto estuve de llorar de felicidad, aunque me contuve. O fue una duda la que frenó mi llanto tras inquietar a mi mente. Me asaltó un temor, una pregunta: ¿Y si alguien me reconocía? No, imposible, nadie podría hacerlo, había pasado demasiado tiempo. Además, usaba otro nombre, el que mi madre siempre quiso ponerme pero mi padre no le permitió: Germán.

Desde que abandoné Lagos del Pino di prioridad a ese nombre, incluso años después cambié los apellidos y tomé solo los de mi madre. Me había marchado siendo una persona y volvía siendo otra, y nadie lo sospecharía porque les parecería increíble. Aunque en realidad era ambos, pero por pura supervivencia aprendí a utilizar el carácter que más podía gustarle a la gente. También lo hice porque mi madre comenzó a preocuparse, decía que me notaba raro, que después de lo ocurrido no había vuelto a ser el mismo y que sería oportuno que me viera un psicólogo. Mi padre también empezó a considerarlo, aunque en su caso no era pensando en mi salud mental, sino para que nadie lo mirase de forma extraña ni cuchichease a sus espaldas; le importaba en exceso el qué dirán. Y la gota que colmó el vaso fue que Eugenio empezase a sermonearme con lo mismo. Entonces, viéndome acorralado y nada deseoso de que me llevaran a un médico para que hurgara

en mi cabeza y en mis sentimientos, aprendí a disociar. Separé mi yo dañado del yo que debía mostrar, dentro de mí comenzaron a convivir dos personalidades: la pura y la oscura. La oscura representaba el dolor y se nutría del odio. Solo tenía un propósito en la vida, vengarse, y no paraba de torturarme con esa idea. Noche tras noche, su fantasma me asfixiaba hasta apoderarse de la otra identidad, que renacía con el amanecer. La pura encarnaba a la esperanza y me permitía vivir con algo de ilusión. Con ella podía mostrarme como cualquier muchacho normal, un estudiante que trabajaba, salía con amigos, se iba de fiesta, se enrollaba con chicas... Nadie de mi nuevo círculo conocía la terrible historia que llevaba a las espaldas, me inventé una vida para ellos y nadie desconfió.

Durante muchos años la parte oscura se mantuvo agazapada a la espera de su momento y, asumiendo la pura, intenté sobrevivir. Pero todo cambió cuando Roberto se cruzó en mi camino. A partir de ese día, mi oscuridad no solo despertó enfurecida, también le usurpó terreno a la parte pura. Desde ese momento, convivir con mis dos personalidades fue mucho más complejo.

Y con mi venganza a medio consumir, de nuevo Lola apareció en escena.

«Lola, Lola, Lola.»

Debo reconocer que cuando la vi en la recepción del hotel el mundo se detuvo para mí. Mi corazón también luchó para no suspender su compás y con agilidad se desplazó hasta la garganta, donde bombeó con fuerza, pasado de pulsaciones y arrítmico. Su latir era tan desbocado que creí que iba a reventar de un momento a otro, o que saldría disparado por mi boca para rendirse a sus pies. Solo esos segundos bastaron para sentirme una vez más embargado por ella, cautivado por su fuerte personalidad aun sin haber abierto la boca. Lola me reconoció rápido, algo que me alegró enormemente; yo, por el contrario, esperé unos segundos para admitir que la conocía, fue el tiempo que me llevó pedirle sosiego a mis palpitaciones. Nos dimos dos besos y pude absorber aquel olor tan particular que destilaba y que a mí me fascinaba: olía a integridad pura y dura. Tuve que hacerme el sorprendido cuando me dijo que era inspectora de Homicidios, como si yo no lo supiera de sobra. Sentí una inmensa rabia al leer su nombre en un periódico y ver su fotografía acompañándolo, así me enteré de que ella llevaba la investigación del asesinato de Gonzalo. No podía creérmelo, con todos los inspectores de Homicidios que había en Madrid, ¿qué probabilidades había de que le tocara precisamente a Lola? Seguramente una entre un millón. Sin embargo, el azar

quiso ser puñetero y logró que la única mujer con la que me había sentido bien, de la que tenía un recuerdo especial, estuviera investigando el crimen que cometí. Pobre, de qué forma más cruel arremetió la prensa contra ella. Y la culpable fue la viuda, que cada vez que salía llorando, cuestionando la labor policial y preguntando qué demonios hacían, más cizañaba a los periodistas. Incluso fue ella quien desveló su nombre y le puso cara, añadiendo que era una incompetente a la que había que inhabilitar de su puesto. Sentí mucha pena por Lola, la crucificaron injustamente.

Volverme a reencontrar con Lola me hizo sentir una ráfaga de aire fresco; ella era mi consuelo. Fue la primera mujer, y la única, con la que conseguí eludir a mi parte oscura. Mientras estuve con ella, y sobre todo cuando ocupaba su interior, sentí que en mí solo predominaba el lado puro.

«Lola, Lola, Lola», repitió mi conciencia.

Hacía poco más de veinticuatro horas que habíamos hecho el amor, un acto que para mí había sido tan vehemente como reparador. Las imágenes no paraban de sucederse en mi mente, sus preciosos pechos, mis deseosas embestidas, nuestros gustosos jadeos.... Como la última vez que era, ya la tenía idealizada. Porque Lola y yo no volveríamos a hacer el amor, ella ya había descubierto mis pecados y entendía que no había cabida para el perdón, aunque yo tampoco trataba de conseguirlo. Lola ya sabía quién era yo y lo que había hecho, pero ignoraba lo que pensaba hacer.

Bruno y yo llegamos al hostel, subimos las escaleras casi al galope y entramos en mi habitación para preparar nuestro pequeño operativo. Durante los pocos metros que separaban el bar del hostel no había podido dejar de pensar en Germán y en su forma de actuar conmigo. Me había metido en su cama pocas horas después de reencontrarnos, me intentó convencer de que el destino nos había vuelto a unir, que yo había sido una mujer que nunca olvidó... Me vendió un cuento rosa que yo acepté encantada, aunque se le olvidó leerme el prólogo, en el que contaba que también era un maldito asesino al que yo llevaba buscando más de un año, culpable de que me hubieran jodido a base de bien y de que me hubiera replanteado mi vida entera. No se acordó de decírmelo, solo se preocupó de echarme un polvo, mejor si eran dos. Bueno, según él, hacíamos el amor, no le gustaban las expresiones vulgares; valiente cínico de mierda. Y lo peor era que yo estaba encantada con él, me sentía a gusto a su lado, me hacía reír, disfrutar, era complaciente...

Pensé en su complacencia y suspiré profundo, con mi alma abatida. Lo imaginaba riéndose de mí cada vez que me llevaba a la cama fingiendo ser quien no era, sometiéndome a un juego retorcido que no alcanzaba a entender. ¿Acaso le daba morbo follarse a la inspectora que iba tras sus talones? ¿O había pretendido sonsacarme información y el sexo le pareció una buena herramienta para lograrlo? ¿De veras disfrutaba llevando a cabo ese tipo de acciones sinuosas? Evidentemente, no tenía las respuestas, ni siquiera la más remota idea sobre sus pensamientos, y no comprender sus intenciones me sacaba de mis casillas. Lo que sí sabía era que había gente muy retorcida a la que le excitaban situaciones muy raras y, visto lo visto, Germán podía ser uno de ellos.

Analizando en profundidad nuestros encuentros menos comprendía su proceder y más loca me volvía, pues cada vez que Germán me había poseído había percibido en su mirada lo mismo: alivio. Siempre que ocupaba mi interior mostraba ese gesto de sosiego y gozo que nunca había visto en tal magnitud en un hombre. Se mostraba como el sediento que de pronto descubría una balsa de agua y corría despavorido hacia ella, y no solo para

sofocar la sed, también por la necesidad de hidratarse para no morir. Necesidad y consuelo, eso era lo que veía en los ojos de Germán en esos momentos.

Comencé a pelear con las lágrimas para contenerlas. Las notaba dispuestas a saltar al vacío sin ningún pudor ni miedo; de hecho, estaban a punto de colgar de mis pestañas.

—¿Te encuentras bien? —Bruno fijó los ojos en mi rostro y fue testigo de mi imperante tristeza.

—¿Tú que crees? Germán me ha utilizado. Todo esto es una mierda. ¡Una puta mierda, joder! —escupí con el dolor desbordante que daba un corazón agujereado.

—¿Has comentado con él algún aspecto del caso? —preguntó con cautela.

—Nooooo —alargué la negativa, atónita por sus reservas—. Claro que no he hablado nada con él más lejos de un «estamos investigando» y lo que ya es *vox populi* en la prensa. Ni siquiera le dije que mi viaje a Madrid tenía que ver con el caso. Si piensas que he perdido mi profesionalidad entre las sábanas de su cama estás muy equivocado, Bruno —le reprendí por su desconfianza.

—No he dicho lo contrario. Solo he preguntado para corroborar lo que imaginaba, que tú no has compartido información con él que haya podido inferir en el caso ni tampoco comprometerlo. De modo que no debes preocuparte.

—¿Cómo que no? Me he acostado con un asesino al que llevo meses intentando coger. La he cagado bien, con todo el equipo, Bruno. —Se me escapó un gimoteo y mis mejillas se empaparon de inmediato. Él, en un intento de calmarme, me abrazó otra vez. Sus brazos me envolvieron cual manta y yo se lo permití.

—No, Lola, tú no sabías que Germán era el asesino que estamos buscando; nadie podíamos sospecharlo, a simple vista es un ciudadano ejemplar. Además, es un hombre atractivo, soltero, con el que tuviste una aventura en tu juventud. Cómo no ibas a fijarte en él, es normal que hayas vuelto a caer en sus brazos —explicó con comprensión—. Tú no has hecho nada malo o ilegal; él sí. Él no solo ha matado o ha inducido a matar, ha

jugado con nosotros y en especial contigo. Vamos a por él, Lola. Vamos a meter entre rejas a ese cabrón.

—De acuerdo —contesté, distanciándome de sus brazos.

Ambos nos quedamos en silencio. Bruno me miró a los ojos, yo desvié la vista hacia otro lado. Permanecimos mudos; no sabía lo que estaría pensando Bruno, pero yo meditaba lo equivocada que estaba respecto a él. No era una mala persona, como había tratado de autoconvencerme a lo largo de estos años, era un buen compañero y un gran inspector de Homicidios. Con bastante perspicacia, de los que no solían perderse en la maleza. Fue el hombre con el que estuve comprometida, al que amé más de lo que imaginé que se pudiera amar. También lo odié, lo hice con todas mis fuerzas.

Amor.

Odio.

Mi gran amiga Martina decía que del amor al odio había un paso, y viceversa, y yo, en este momento, no hacía más que preguntarme en qué paso me encontraba con Germán. Sabía que no podía amarlo por ser quien era, un asesino, pero aunque intentaba odiarlo, tampoco lo conseguía, ¿qué me estaba ocurriendo? Estaba desorientada con mis sentimientos, más bien perdida. Había sido capaz de vaciar la bolsa de odio que Bruno llenó, en la que mis emociones se anclaron a un circuito cerrado y no pararon de dar vueltas en torno a sí mismas hasta derramarse. Sin embargo, me era imposible volver a llenar esa bolsa con el dolor que me había provocado Germán, a pesar de que me sobraban los motivos para hacerlo.

Era de locos, pero cierto.

Quería odiarlo y no podía.

Mis ojos regresaron a los de Bruno, y él aprovechó para afilar sus pupilas y ahondar en las mías. Por un segundo sentí miedo; temí que tal y como me estaba mirando fuera capaz de leer mis pensamientos.

—Voy a mandarle un mensaje para quedar —anuncié en tono bajo, fracturando de una vez por todas el interminable silencio.

—Ok —respondió él casi con el mismo timbre, alejándose de mí.

Bruno caminó de un lado a otro de la habitación frotándose la nuca, un gesto habitual en él cuando estaba tenso, aún lo recordaba. Tomé el móvil y

empecé a escribir.

—Ya está, mensaje enviado —le anuncié, dejando el teléfono encima de la mesilla—. Voy a darme una ducha mientras esperamos a que conteste.

—Vale —dijo escueto.

No había dado más que un par de pasos hacia el baño cuando el sonido de mi móvil anunció la entrada de un *whatsapp*, y lo cogí.

Hola, Lola. Estoy deseando verte. Por qué no te escapabas antes y recuperamos el tiempo perdido de ayer. ¿Puedes sobre las seis?

11:59

—Quiere quedar antes. Pregunta si podemos vernos a las seis —le comuniqué a Bruno, que se tomó un tiempo para responder.

—¿Tú quieres verte antes con él?

—Sí —afirmé tajante.

—Pues contéstale —me animó, y comencé a escribir.

—Ya está. —Volví a dejar el móvil.

—Voy a ir preparando el tema del micro. —Cogió su ordenador.

—Y yo voy a ducharme —avisé, con los pensamientos a mil por hora.



## El Cerebro

Me serví un whisky de reserva, necesitaba beber algo para ahogar los recuerdos y envalentonarme ante lo que se avecinaba. Me senté en el sofá, casi me hundí en él e ignoré el ventanal que siempre me llamaba. Bebiendo el caro whisky, seguí pensando en Lola.

«Lola, Lola, Lola», volvió a canturrear mi conciencia.

La primera vez que la vi fue en el aeropuerto de Barajas, a punto de coger un avión con rumbo a La Toscana, y admito que quedé impactado. No era la chica más guapa del grupo, tampoco se coronaría como miss Simpatía, pero tenía una personalidad arrolladora que quedó expuesta con solo oírla hablar un minuto. Fue como ver un aura a su alrededor que la hacía distinta al resto, y por lo tanto especial.

Recuerdo que Eugenio, que se había percatado de mi obnubilación, me comentó:

—Es guapa, ¿verdad?

—Sí —le respondí.

—Pues no la pierdas de vista —me advirtió, y a lo largo de unos minutos, ella fue nuestro tema de conversación.

Durante los primeros días de viaje fue lo primero que vino a mi mente al despertar, las palabras de Eugenio diciéndome: «No dejes escapar a esa chica, sé que te gusta». Ciertamente, me gustaba, pero de momento yo no existía para Lola y tenía que hacer algo para que ella se fijase en mí. No solía involucrarme en temas de organización porque llevar la voz cantante dentro de un grupo no estaba en mis planes, entre otras cosas porque me gustaba ir a mi aire, aunque no tenía problemas en dar órdenes ni tampoco en acatarlas. Por eso nunca me habían faltado los trabajos, y gracias a ellos pude pagarme los estudios y vivir independiente de mis padres. Pero Lola sí era de las que aspiraba a ordenar y organizar, y estaba acostumbrada a hacerlo, por eso me uní a su «grupito», para colaborar y acercarme a ella. En unos días ya

hablábamos, compartíamos opiniones, bromeábamos y reíamos.

Había salido con más chicas, Lola no iba a ser la primera con la que tratase de ligar. Perdí la virginidad a los dieciocho años, con una compañera de la facultad que quiso hacerme ese «regalo». Decía que era un chico muy guapo pero demasiado tímido, y que una mujer podía espabilarme un poco. Esa primera vez fui demasiado torpe; en realidad, estaba bloqueado, mi parte oscura estaba más presente, predominaba, y eso era un grave hándicappara mí. Meses después tuve una nueva oportunidad con una compañera de trabajo, una camarera que tenía casi diez años más que yo, y esta vez comprobé que el sexo era un agradable rato de desahogo que me hacía bien. Después hubo muchas más ocasiones, por mis brazos pasaron compañeras de trabajo, de estudios, clientas, amigas, amigas de mis amigas e incluso desconocidas. Debía reconocer que me había convertido en un chico guapo que llamaba la atención de las mujeres, y yo las necesitaba para desentenderme del dolor que mi pasado y mi parte oscura no dejaba de recordarme.

Con el paso del tiempo, el efímero consuelo que me procuraba el sexo se fue disipando, mi alma no se aliviaba como antes, ahora ya no era capaz de sentir ni un minuto de paz, solo un mero instante de sosiego. Algo me decía que con Lola sería distinto. Incluso Eugenio también la había visto distinta y por eso me animó a seducirla, y él nunca había intervenido en esos temas. Comprobé que no estaba falto de razón la noche que hice el amor con ella. Desde que penetré en su cuerpo sentí algo que jamás había sentido antes y supe que Lola estaba hecha para mí. Su alma era la guarida en la que podía reposar, la única que a la vez que me daba cobijo lograba eludirme de todo. Ocupar su interior me evadía, y esa era una sensación de lo más gratificante. Mi vida estaba envenenada, pero Lola se convirtió en mi antídoto, el antibiótico para mi infección; solo ella podría necrosar mi oscuridad y salvar a mi yo inocuo. Me sentí feliz. Hacía años que no experimentaba una tranquilidad y quietud tan grande en mi alma. Aunque, muy a mi pesar, el remedio que me proporcionaba sería por tiempo limitado, Lola le había puesto fecha de caducidad. Ella ingresaba en la Academia de Policía y no quería nada que la descentrase de lo que anhelaba lograr. Por mucho que desease seguir a su lado, por mucho que supiera que la necesitaba para apaciguar el tormento que me aportaba mi parte oscura, yo no podía obligarla a hacer lo contrario. La dejé ir, y ella nunca vino en mi busca; como ocurría

ahora, que todavía no había aparecido ni tampoco se había puesto en contacto conmigo.

Resultaba extraño que Lola aún no hubiera hecho acto de presencia, y más raro que nadie se hubiera dejado caer por aquí para detenerme. ¿Qué pensaba hacer? ¿Por qué todavía no habían tirado abajo mi puerta? Quizá, debido a la involucración personal, a habernos acostado, no sabía de qué forma proceder. Quizá quería pedirme explicaciones antes. Quizá no estaba tan en mi contra, a lo mejor una parte de ella me entendía. Quizá por eso la tardanza. Quizá si le exponía mis deseos de estar con ella y le planteaba la posibilidad de huir juntos a otro país y empezar de cero, no me tachaba de loco. Quizás ella también necesitaba escapar de todo. Quizá...

Demasiadas suposiciones.

Demasiadas hipótesis.

Ninguna certeza.

De pronto sonó mi móvil, sobresaltándome. Miré la pantalla, acababa de entrarme un *whatsapp* de Lola, y lo abrí.

Hola, Germán. ¿Nos vemos a las ocho?  
Al final ayer me fui imposible ir a tu casa, acabé muy tarde y rendida.  
11:57

Mentía bien. Bastante bien. Casi tanto como yo había aprendido a hacerlo. Emití un suspiro antes de contestarle que adelantásemos la cita, estaba deseando verla, aunque ella no imaginaba mis intenciones, pero yo sí intuía las suyas. Por eso mismo estaba convencido de que accedería a mi petición de vernos antes. Estaba tan seguro que sería capaz de apostarme el cuello y no lo perdería. Observé que ya me estaba escribiendo y esperé atento a que el *whatsapp* entrase.

Lo voy a intentar, sobre las seis nos vemos en tu casa.  
12:01

---

De nuevo mi intuición no se equivocaba. Lola quería verme y no le importaba hacerlo antes porque tenía la necesidad. Quería pedirme explicaciones, como era lógico y normal, y yo pensaba dárselas. Lo haría antes de poner en práctica mi plan, la solución que pensaba llevar a cabo y de la que no pensaba recular.

Me levanté del sofá y bebí el último trago de whisky. De forma ineludible, la atracción del ventanal me llevó los ojos a él y el recuerdo me atropelló. Aquella maldita evocación que no hacía más que castigarme, arrollándome con la fuerza de un huracán, causándome un dolor desollador, volvió a presentarse.

—¡Joder!, ¿por qué?—chillé, estampando el vaso contra el suelo, tan rabioso como herido, manando sangre de mi alma.

Respiré hondo e intenté calmarme, debía hacerlo para lograr el fin que me había propuesto. Barrí y recogí los cristales, después fui en busca de la caja que Pedro me había suministrado. No hizo preguntas cuando le pedí las sustancias. Tampoco cuando me las entregó. Tan solo contestó a mis dudas y añadió que prefería no saber nada, no era asunto suyo para lo que yo las necesitara. Abrí la caja y saqué el frasco, hincé la aguja en él y extraje el líquido hasta llenar la jeringuilla. Pedro me dijo que no hacía falta cargarla mucho, pero yo prefería asegurarme una dosis letal. Con ella preparada, la contemplé con arrobó y susurré:

—Lola, te espero esta tarde, aunque no creo que hoy te guste contar con mi presencia. Te espera lo inesperado, y lo siento. Lo siento mucho por ti.

Llegó el momento de ponerme el micrófono y, en honor a la verdad, me encontraba bastante nerviosa. Pensaba en lo que quería preguntarle a Germán, en cómo iniciar la conversación que me interesaba y en cómo respondería él. Y, por si todo eso fuera poco, por si mi corazón y mi mente no tuvieran suficiente con lo que estaban soportando, otro hecho empezaba a inquietarme: el acercamiento de Bruno. Durante horas habíamos conversado largo y tendido, incluso le había hecho partícipe de mis meses de angustia y de mis temores más presentes. Me había abierto a él de igual forma que a un amigo, con confianza, y ahora, por su forma de mirarme y actuar, me daba la impresión de que comenzaba a confundir las cosas. A lo mejor solo era una sensación mía y estaba montándome una película. Quizás empezaba a ver fantasmas donde no los había, pero después de lo sucedido en Madrid, de haberme abierto su corazón e intentado hacerse un hueco en mi alma, lo último que pretendía era que Bruno equivocara cualquier situación entre nosotros. Nuestras perspectivas eran muy distintas; por lo que me había dicho, para él seguía siendo su amada, pero para mí solo era un compañero de profesión. Aunque tampoco iba a ser cínica, era cierto que durante esas horas Bruno se había convertido en un tronco para mí, el pedazo de madera que tras una riada se transforma en el único elemento al que sujetarse, el que te mantiene a flote, el que te hace albergar esperanzas de salir con vida ante la fuerza arrolladora del agua; pero nada más. Me daba cierta pena que en él aún aflorasen sentimientos hacia mi persona, pues no iban a ser correspondidos. Mi amor hacia él había desaparecido hacía tiempo, habían pasado años desde que estrangulé mis sentimientos y jamás volvieron a tener la osadía de asomarse. Por eso andaba más nerviosa de lo que debía, porque no tenía ganas de que Bruno complicara más este difícil momento en el que yo esperaba llegar a la verdad con Germán.

Me coloqué el micro en la parte alta del abdomen, contiguo al sujetador. A continuación me puse una blusa roja de corte recto y me la abotoné dejando los tres primeros ojales libres, abiertos a mi escote, como habitualmente, así no levantaría sospechas. Me observé en el espejo; el minúsculo tamaño del aparato y el lugar elegido lograban que el micro pasara

inadvertido.

—Ya estoy lista —avisé a Bruno, quien había permanecido en silencio frente al portátil mientras yo me preparaba en el baño.

—Entonces vamos a ello —enunció, y activó la conexión con el ordenador. Luego elevó la vista hacia mí y, observándome, preguntó—: ¿Dónde te has colocado el micro?

—Aquí —le indiqué el lugar con la mano.

—Bien —enunció, mostrando el pulgar hacia arriba—. Ahora, ¿por qué no regresas al baño y hacemos una prueba con el sonido? —me solicitó, y yo, obediente, lo hice.

—¿Me oyes, Bruno?

—Alto y claro. —Elevó la voz para que lo escuchara. Salí del baño y regresé a la habitación—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? —interpeló de repente, recogiendo el portátil para irnos.

—Sí —respondí categórica.

—Sabes que puede ser peligroso, ¿verdad?

—¿Tienes miedo?

—¿Acaso tú no?

—No lo sé —contesté, y me invadieron todas las dudas. Casi en un acto reflejo, busqué sus ojos para resguardarme en ese árbol que Bruno me ofrecía. Tuvo que intuirlo, porque de nuevo me abrazó.

—No tienes por qué hacerlo, no debes demostrar nada. —Se apartó y me miró, sus ojos mostraban temor.

—Necesito hacerlo porque quiero cogerlo, ha estado jugando conmigo, es una cuestión de orgullo, tanto profesional como personal. ¿Lo entiendes?

—Entiendo que me da miedo que te ocurra algo. Que si ese hijo de puta te toca un pelo lo mato, Lola —sentenció con dureza.

—¡Vaya! Acaba de salir el Bruno protector, hacía siglos que no lo veía.

—Quizá porque hacía siglos que no habíamos vuelto a vernos.

—Seguro —admití, y ambos, con el temor por escenario, guardamos silencio durante un rato.

—Lola —carraspeó para aclararse la garganta. Sentí que mis sospechas se avecinaban y no estaba para tonterías.

—¿Qué? —pregunté con una nota de acritud.

—Ya sé que no es el momento ni el lugar y que tú no sientes lo mismo, pero una vez más quiero decirte que sigo amándote —reveló en un susurro, igual que si fuera un secreto.

—Tú lo has dicho todo, no es el momento ni el lugar y yo no siento lo mismo por ti. Tema cerrado —sentencié.

—Sé que fui un gilipollas de marca mayor y que no tengo ninguna oportunidad contigo, pero al menos me gustaría que no me guardases rencor —habló en tono suplicante—. Lola, tu perdón significaría mucho para mí, de veras. No cambiaría nada, no me devolverá tu amor, pero aliviaría mi alma.

Me vi en mi mente soplando, colocándome los nervios, la aceleración, la confusión... Con todo lo que tenía encima, y Bruno ahora me salía con esas.

—Mira, Bruno, esa no es una conversación para este momento —advertí con firmeza—. Ahora lo único que puedo decirte es que valoro mucho que hayas secundado mi plan, sé que cualquier otro compañero no se hubiera prestado a ello. Aunque también sé que lo has hecho llevado por tus sentimientos.

—Da igual por lo que actúe, lo importante es que te apoyo —enunció seguro.

—Y yo te lo agradezco, y no lo olvidaré. —Suspiré—. Y, dicho esto, será mejor que nos centremos en lo que vamos a hacer, que es bastante más importante que tú y yo. Vámonos de una vez —le pedí con cierta ordenanza, y caminé hasta abandonar la habitación.

\*\*\*

Por fin, Bruno y yo llegamos a la zona residencial donde vivía Germán, unos privilegiados edificios unifamiliares de dos plantas con unas inmejorables vistas al lago. Cuando paró el motor, unas tímidas gotas comenzaron a caer sobre el parabrisas. Las contemplamos en silencio y observamos cómo arreciaba la lluvia. Era la típica tormenta de verano de las zonas de montaña; en apenas unos minutos, las nubes solían descargar con

fuerza y después el sol volvía a salir. Nos quedamos hipnotizados viendo caer el chaparrón, esperando a ver si escampaba.

—¿Preparada? —me preguntó Bruno, preocupado, apartando la vista del parabrisas y clavándola en mí.

—Por supuesto. —Disimulé magistralmente el amasijo de nervios que pululaba por mi interior.

—Lola, ya te lo he dicho, no tienes por qué hacerlo así. Podemos poner en marcha un operativo como Dios manda.

—Y yo te lo he repetido y me reitero: debe ser así, necesito que sea así. —Mi voz casi le rogó—. Este caso me ha llevado a un declive personal, me condujo al mismísimo infierno. Quiero hacer las cosas a mi manera, sé que funcionará.

—No puedes estar segura. No puedes saber si confesará, ni siquiera cómo responderá y menos si vas a poder controlar su reacción.

—Son gajes del oficio, ¿no? La gran mayoría de veces nos exponemos a factores imprevisibles.

—Sigues igual, siempre tienes salidas para todo —dijo con un deje de añoranza.

—Así soy yo, ¿qué quieres que haga? —Me encogí de hombros con un matiz irónico.

—No estar continuamente en modo Superwoman, los superhéroes también tienen sus puntos débiles, ¿sabes?

—No pienso dejar que pillen el mío, y te aseguro que Germán no es mi kryptonita.

—Vale, me quedo más tranquilo. —Suspiró, estaba mintiendo—. Pero no olvides que estoy aquí, a muy pocos metros de ti. Recuerda lo que hemos hablado, a la menor señal de peligro, di mi nombre y estaré contigo en unos segundos.

—Lo sé, Bruno, me lo has dicho unas cien veces en menos de media hora. Estate tranquilo, sé apañármelas sola, llevo haciéndolo mucho tiempo. No me trates como a una damisela en apuros, no lo soporto.

—¡Dios me libre! —espetó, levantando las manos. Ambos sonreímos, y añadió—: Sé que eres muy válida, Lola, lo que ocurre es que tengo miedo.



No quiero que te pase nada, no sé si podría perdonármelo —declaró con una vidente tristeza.

—Bruno, es mi decisión, es mi trabajo; yo, y solo yo, asumo los riesgos. Si me ocurriera algo no tienes que reprocharte nada porque tú no me has obligado a hacerlo, más bien ha sido al contrario. ¡Ah!, y ni se te ocurra intervenir hasta que yo te llame. No hasta que me oigas claramente decir tu nombre. ¿Entendido?

—De acuerdo. —Asintió.

—Y ahora mejor me voy, no podemos demorar más esto.

—Ten cuidado, Lola —volvió a decirme. Lo miré a la cara una fracción de segundo, asentí y me apeé del auto con rapidez, el aguacero seguía cayendo con fuerza.

Me sacudí la lluvia en el porche de la casa de German, por fin estaba a cubierto. Había recorrido pocos metros desde el coche, aunque los justos para mojarme, sobre todo durante los segundos de espera hasta que el portero automático me dio paso. Germán, sonriente, me esperaba en la puerta para recibirme. Su boca me mostró las ganas que sentía por mí, pues me besó de una forma tan apasionada como desesperada, como si fuera la última vez que fuera a hacerlo. O quizá yo lo sentí así porque sabía que no iba a haber más citas; si nos veíamos después de ese día, sería como inspectora y detenido. Al pensarlo, sentí un escalofrío, y al segundo, mi sangre comenzó a hervir. Me solicité calma, no quería que sospechara nada antes de tiempo. Me había prometido actuar como cuando ignoraba que Germán era el maldito asesino al que trataba de dar caza. Por eso, y por mucho que me costase, me comprometí a devolverle los besos. Pero, de forma inexplicable, no tuve que fingir cuando sus labios se pegaron a los míos y su lengua se zambulló en mi boca. Me salió gustoso, igual que si estuviera bajo el influjo de un hechizo. A lo mejor Germán me tenía embrujada, porque cuando estaba con él ejercía una irresistible influencia en mi ánimo, tomaba el control de mis pensamientos y anulaba mi voluntad. Me bastaba con tenerlo unos segundos frente a mí para que dejara de ser yo. Me cautivaba de tal forma, que su llameante mirada me convertía en aquella jovencita que vivió con él una tórrida aventura de verano en La Toscana.

Pero aquella joven Lola quedaba muy lejos; ahora, Dolores Velázquez era una inspectora de Homicidios que cargaba una mochila demasiado pesada. La experiencia me había hecho madurar con rudeza y, por desgracia, mis ojos habían visto más de lo que hubieran querido. Era una mujer adulta a la que la vida no la había tratado bien, pero que había salido a flote de todas las desgracias; y ahora no iba a ser menos. Iba a detener al asesino que se había convertido en el mayor escollo de mi vida, y con ello callaría la boca a la mala prensa que estuvo a punto de truncar mi carrera. Estaba aquí para atrapar a un hombre que formaba parte de mi pasado y que, estúpida de mí, había creído que podía estar conmigo en el futuro. Y aun sabiendo lo que era y cómo había jugado conmigo, en cuanto me miró, se acercó y me besó volví

a sentir esa intensa atracción, y emergió de mí una ternura que, aunque no llegaba a comprender, me provocaba unas inusuales ganas por complacerle en todo. ¿Qué leches me sucedía?

De forma inmediata, aunque sin mostrar ni un ápice de rechazo, me separé de su boca.

—Hola —dije sin más, aturdida con mi reacción de beneplácito.

—Hola. —Sonrió—. Te eché mucho de menos ayer, ¿sabes? —comentó a la vez que entrábamos.

—Y yo a ti —mentí.

—Tuve que ducharme solo —advirtió en tono jocoso.

—Yo también. —Sonreí sin muchas ganas.

—Qué desperdicio de agua. Podríamos haberlo hecho juntos, ¿no? —formuló con voz seductora.

—Sí, debemos mirar más por el medio ambiente —bromeé, dispuesta a seguirle el juego, como había hecho hasta el momento.

—¿Quieres que vayamos a ahorrar agua?

—Ya vengo duchada, pero quizá más tarde —contesté, e intenté que mi cuerpo no se pegara al suyo.

—De acuerdo. Aunque podemos poner en práctica lo que hacemos dentro de la ducha aquí mismo, en el salón, como hace unos días. —Se abrazó a mi cintura y me volvió a besar.

Mi boca, que parecía no obedecer las órdenes de mi mente, no solo le respondió, sino que mandó a mi lengua en avanzadilla e hizo bailar una larga danza a la de Germán. Él, agradecido con esa unión que ponía de manifiesto mi apetencia, comenzó a garbear una de sus manos por mi trasero, moviéndola por una nalga y por otra en círculos, los mismos que no paraban de trazar nuestras lenguas. En cuanto sentí que su otra palma hacía ademán de desplazarse por mi torso, me di un toque de atención. Llevaba un micro, debía frenar la situación, sosegar sus ganas sin parecer que lo despreciaba.

—¿Por qué no picamos algo primero? —le pregunté, alejándome de su boca, algo que de inmediato detuvo su movimiento de manos—. Ni siquiera he comido para poder estar aquí antes de lo previsto —mentí de nuevo.

—¿Ansiosa por recuperar el tiempo que perdimos ayer? —preguntó con

picardía.

—Mucho —contesté, fingiendo.

—Entonces pongámonos al día cuanto antes —insistió, y pegó sus labios a mi cuello, regalándome una hilera de besos húmedos con la idea de excitarme.

—De veras, Germán, necesito comer antes, me rugen las tripas.

—Está bien. —Sopló, vencido—. Comeremos algo antes de empezar a comernos el uno al otro. Siempre a tus órdenes, Lola, dispuesto a complacerte, a darte placer, a hacerte el amor hasta volverte loca —susurró con la mirada encendida, y me lanzó un saludo militar.

—Genial. —Sonreí con sutileza.

—Siéntate, ahora mismo traigo algo de picoteo y una botella de ese somontano blanco que tanto te gusta. —Me guiñó el ojo y se marchó a la cocina.

Me senté, pensando en las palabras que acababa de decirme. En cualquier otra ocasión me habrían empujado a entregarme a él, pero ahora todo era distinto. Además, me parecieron de lo más inapropiadas, puesto que Bruno las había oído y eso me incomodaba. Sentí cierta vergüenza, no debía de ser plato de gusto oír a la persona que amas entregándose a los brazos de otro. Era otra razón por la que debía detener la situación con Germán, para no herirle gratuitamente. Tomé una honda inhalación de aire que dilató mis pulmones al máximo, hasta llenarlos, y decidí que debía centrarme en extraer la confesión de Germán. Para eso estaba aquí, para nada más, y tenía que abordar el tema lo antes posible.

El sonido de mi móvil me devolvió a la realidad, acababa de entrar un *whatsapp*.

Por favor, intenta ir al grano lo antes posible, Lola. Ese tío se está calentando y como trate de meterte mano descubrirá el micro. Cuanto menos tiempo estés a solas con él, mejor; ya

sabemos que es peligroso.  
Y recuerda, di mi nombre a la  
menor duda de riesgo e  
intervendré.

18:21

Ahí estaba. El desagrado de Bruno acababa de quedar patente. Aunque no lo dijera abiertamente, se leía entre líneas. Me dio pena, no podía negarlo, y, conteniendo la tristeza que acababa de invadirme, comencé a escribirle.

Ok. Tranquilo, todo va a salir  
bien.

18:22

No lo olvides. Mantén tus  
sentimientos al margen y solo  
actúa de forma profesional. No  
vayamos a cagarla, Lola.

18:22

Resoplé antes de contestar.

Lo sé, pesado.

18:23

«Mantén tus sentimientos al margen.» Como si eso fuera tan fácil de conseguir en esta situación, sintiéndome un juguete para Germán y con mi alma tomada por una amalgama de sensaciones y sentimientos que me hacía sentir rabia, tristeza, inquietud y esperanza; todo a la vez. Pero debía anteponer mi profesión a mis asuntos personales. No sería la primera vez que

lo pusiera en práctica, aunque hasta ahora mi vida privada nunca se había visto involucrada en uno de mis casos, y ese era un nuevo obstáculo para mí. No estaba segura de saber afrontar correctamente la situación y tenía dudas, muchas, aunque me sobraban ganas de hacer bien mi trabajo. Guardé el móvil en el bolso y vi que mi USP nueve milímetros también estaba allí, pero era mejor tenerla a mano. Alcé la vista por encima del respaldo del sofá y comprobé que el camino estaba despejado, Germán seguía en la cocina. Me levanté y me escondí la pistola entre la cinturilla del pantalón y mi espalda. La blusa me quedaba suelta y el arma pasaba inadvertida, pero la frialdad del acero acababa de ponerme la piel de gallina. Volví a sentarme, con los nervios a flor de piel, y de pronto sentí en mi carne todo lo contrario; la nueve milímetros me calentaba tanto que parecía quemarme.

Minutos más tarde, mientras yo pensaba en qué decir para iniciar la conversación que me interesaba, Germán apareció con un par de platos. En uno había jamón ibérico y queso, y en el otro, una generosa ración de tortilla de patata que me sorprendió.

—Me dijiste que te encanta la tortilla de patata y ayer hice una para cenar. Pero como al final no viniste, sobró más de la mitad —explicó.

—Gracias.

—No las merece. —Sonrió—. Voy a por el vino. Empieza a comer ya —me sugirió mientras se alejaba.

Observé que Germán solo había traído un cubierto, lo cogí y pinché un pedacito de tortilla. Era uno de mis platos favoritos, aunque en este momento mi estómago era una colmena de nervios y yo no tenía apetito. Estaba llena de incertidumbre y expectación, inquieta por cómo iban a desarrollarse las cosas, por dar con la forma de ponerle contra las cuerdas para que me confesara la verdad. Además, quería que me lo explicase sin apartar la vista; si se había reído de mí, ahora debía tener el valor de contármelo mirándome a los ojos. Germán apareció de nuevo en el salón y mis meditaciones se desvanecieron de un plumazo.

—¿Tú no vas a comer? —le pregunté mientras él descorchaba la botella de vino.

—No, esperaré a que termines para devorarte a ti; eres mi plato favorito. —Volvió a guiñarme el ojo, manteniendo el tonto habitual entre nosotros.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a mirarme mientras como?

—Bueno, te miraré. Cómo no hacerlo con lo preciosa que eres. —Una vez más, estiró los labios. Luego echó un poco de vino en mi copa y me la ofreció—. Y también te acompañaré bebiendo. —Vertió un largo chorro de somontano en su copa, la cogió y se sentó a mi lado—. Pero come, por favor, ¿no decías que estabas muerta de hambre? Pues adelante. Te aviso que yo no pienso parar de devorarte hasta saciarme. —Tras mostrar una risita por encima del borde de la copa, bebió un sorbo.

—No sé si asustarme con tus palabras —bromeé, aunque sin apenas ganas y sin dejar de pensar que el pobre Bruno lo estaba escuchando todo.

—No lo pretendía, por favor. —Desplegó una vez más su sonrisa.

Con gran esfuerzo, empecé a comer. A esas alturas, mi estómago estaba sellado. Germán no me quitaba ojo, lo tenía de espectador. A duras penas, conseguí tragar, pero sentí que me ahogaba. Tomé la copa y eché un trago de vino, uno bien largo que a punto estuvo de vaciarla.

—¡Caray! —Germán silbó—. No sé si tienes más sed que hambre. Después de verte beber, creo que lo primero.

—Tengo hambre, pero quizá también necesitaba ese trago.

—Y yo volveré a llenar tu copa —dijo, relleniéndola—. Pero te diré algo, Lola, los problemas no se solucionan bebiendo, sino hablando.

—¿Piensas que tengo problemas? —pregunté con interés.

—Todos los tenemos, y tú no vas a ser la excepción. Además, hoy sé que te ocurre algo porque te noto rara desde que me has besado.

—¿Rara? —Pensé que había disimulado a la perfección, incluso le respondí con enardecimiento.

—Sí, rara, diferente a lo que estoy acostumbrado a ver y sentir en ti.

—Pues no sé...

—Sí sabes, Lola. Por supuesto que sabes lo que te ocurre —aseguró con convicción—. Puedes compartirlo conmigo; si te atreves, claro. —Se echó un trago de vino más largo que el mío, acabando su copa.

Las palabras de Germán me sonaron a reto. Su tono no había sido beligerante, pero tampoco pacífico o amistoso. Clavé mis ojos en los suyos, cual garfios, y él no me retiró su mirada castaña; al revés, la dejó a mi disposición para que la analizara y encontrara de una vez lo que buscaba. Excavé en ella hasta lo más profundo y lo vi. Supe que, una vez más, Germán se nos había adelantado y ya sabía que las pruebas lo apuntaban a él. Además, era consciente de que yo estaba allí para arrancarle una confesión, no para dar rienda suelta a nuestra pasión.

—Eres valiente, Lola, una mujer con mucho coraje —enunció serio.

—¿Es un cumplido? —pregunté desconcertada.



—Es la verdad. —Asintió—. Pregunta sin tapujos. Llevas un buen rato queriendo hacerlo, pero no sabes cómo empezar. Hazlo ya, sin más demora, por favor.

—Sabes a lo que he venido. —No era una pregunta.

—Por supuesto. —Volvió a llenarse la copa y bebió otro trago, esta vez con calma—. ¿Sabes? Muchas mujeres me han dicho que estoy obsesionado con el orden, alguna incluso me ha tachado de enfermo, de tener un trastorno compulsivo —siseó—. Puede que sea cierto o que solo sea un maniático, pero, gracias a ello, sé cuándo toquetean mis cosas, y tú lo has hecho —afirmó serio. No le contradije; para qué, si era la verdad—. El que calla otorga, de modo que seguiré con mi exposición. Fue anteayer, Lola, aprovechando que estabas sola en mi casa. Hurgaste en el armario, el baño, la cocina, mi despacho y la terraza. Ambos sabemos lo que contenía ese bote de pintura y que la catana no me deja en muy buen lugar, y, lo más importante, lo que significa el móvil desechable y los mensajes que sé que has leído en él. Eso es lo que la policía llama pruebas incriminatorias, que te han hecho sumar dos más dos, y el resultado lo tienes delante de tus ojos: yo. Yo soy el otro asesino que estáis buscando —confesó.

Me quedé pasmada con la revelación. Más bien, la cantidad de dudas que me asaltaron me dejó en ese estado meditativo y absorto. Acababa de obtener la confesión de Germán sin el menor esfuerzo, pero había sido tan fácil, que lo normal era desconfiar. Una situación semejante no solía darse a menos que el implicado tuviera un as en la manga o se creyera invencible y sus palabras solo trataran de exhibir su superioridad. Mordiéndome las inaguantables ganas de escupirle que era un asesino y un canalla, reordené mis pensamientos antes de iniciar el interrogatorio. Debía conseguir su confesión, saber qué había ocurrido, y quería que lo contase con todo lujo de detalles. Y para ello tenía que ser profesional, seguir con mi templada actitud, dejar los sentimientos al margen y ejercer solo y exclusivamente de inspectora de Homicidios. Sin demora, empecé.

—Cuéntame por qué. Por qué habéis matado a esos hombres, por qué tú no te has manchado las manos, por qué y cómo obligaste a Roberto Santos a hacerlo —le pedí con gravedad.

—No —chistó—. Primero quiero que hablemos de nosotros.

—Estoy aquí como inspectora de Homicidios y primero hablaremos del

caso.

—Primero hablaremos de lo nuestro, y no admito discusión alguna — advirtió, exigente—. Me imagino lo que piensas, Lola, y estás muy equivocada.

—¿Equivocada? ¿En qué? ¿En lo divertido que ha tenido que ser esto para ti? Te lo habrás pasado de vicio riéndote de mí, ¡oh, claro que sí! — siseé. La rabia y la indignación se despertaron de golpe y comenzaron a tambalearse sobre mi orgullo herido—. He sido tu juguete. ¿Te daba morbo montártelo conmigo? Seguro que tu propósito era meterme en tu cama para entretenerme, dejando que me hiciera ilusiones, mientras tú planeabas cómo eliminar las pruebas para volver a dejarme como una gilipollas ante la prensa.

—Eso no es verdad. —Negó una y otra vez con la cabeza, ofendido.

—Claro que lo es. Has estado jugando conmigo, desgraciado —regurgité, airada—. Menos mal que no te conté una mierda y por eso mi conciencia está tranquila, porque no he puesto el caso en peligro.

—Eso sí es cierto, tú no me has contado nada. Pero, que coste, yo tampoco he intentado sonsacarte —puntualizó con aplomo.

—No estoy yo tan segura. —Le lancé una mirada furibunda.

—Mira, Lola, no llevas razón. Te confesaré que sentí una profunda pena cuando...

—¡Vaya, sentías pena por mí! —espeté, cortándole, fingiendo asombro por sus sentimientos y llevándome la mano al pecho para escenificar la escena—. ¿Y eso en qué momento ocurría?, ¿cuando me desnudabas, cuando me follabas o cuando te corrías? —le pregunté con toda la insolencia que pude.

—Por favor, no seas tan vulgar; no me gusta oírte hablar así.

—Ni a mí me gusta que seas un cabrón que se ha estado riendo de mí, ¡no te jode! —escupí con soberbia.

—Lo estás equivocando todo —enunció con firmeza—. Tú me importas mucho, lo que siento por ti es verdadero, en eso no te he mentado nunca.

—Es cierto, solo se te pasó contarme que tú eras el asesino que yo buscaba. ¡Qué tontería! —exclamé con un cabreo descomunal.

—Lola, de veras que me entristeció muchísimo que tú fueras la

inspectora al cargo del asesinato de Gonzalo. Te aseguro que cuando leí por primera vez tu nombre en el periódico me quedé sin aire, no me lo podía creer. Fue una gran putada, una ironía del destino.

—Eres un gran cínico —masticó las palabras—. Tú sabías que yo era la inspectora que investigaba esas muertes y aun así no tuviste reparo alguno en meterme en tu cama —le reproché.

—Lamento que te sientas engañada, pero lo que siento por ti nada tiene que ver con lo que he hecho, y nunca lo he mezclado.

—¿Qué? —pregunté perpleja, arrugando la frente de pura incredulidad. Con lo que acababa de decir, no podía estar en su sano juicio.

—Cuando te vi aquí no me paré a pensar que eras la inspectora encargada del caso, solo se me agitó el alma y se acrecentó el buen recuerdo que tenía de ti. —Clavó sus pupilas en las mías—. Lola, has sido la única mujer que ha dejado huella en mi vida, y volviéndote a tener tan cerca de mí deseé con ansia revivir lo nuestro. Hablaba en serio cuando decía que el destino nos había vuelto a unir. Yo lo siento así, igual que siento por ti algo bueno y puro.

—Vete a la mierda y no sigas mintiendo más. Estás enfermo.

—Sé que estoy enfermo, y lo estoy por ellos —aseguró de forma categórica—. Ellos me infectaron con un virus: el odio. Me contagiaron tan fuerte que el virus se ha vuelto una pandemia y ha arrasado todo mi ser —declaró entristecido—. Me he pasado la vida pensando en la manera de curarme y el único remedio que he hallado ha sido vengarme. Estaba convencido de que esa sería mi vacuna, que así erradicaría mi dolencia y sanaría.

«Ellos.» De eso quería hablar yo, de «ellos». Era el momento y no iba a admitir más demora. Respiré profundo, intenté sosegarme y guardé mi dolor.

—Ya hemos hablado de lo que querías...

—Pero no me crees —me interrumpió—. Lola, contigo no he fingido; tú has conocido a Germán como nadie, has conocido la mejor versión de mí —casi rogó para que le creyera, sus ojos lo hacían con mayor fuerza que su voz. Esquivé su mirada.

—Lo que yo crea sobre ese asunto poco importa, la cuestión es otra, y ahora vamos a hablar de ella —expresé con autoridad.

—Tranquila, pienso contártelo todo. Te lo debo, Lola.

Me mordí la lengua, pero de forma metafórica, claro, porque si no, mis dientes me la hubieran arrancado de cuajo. Mi furia no estaba para contemplaciones, se había disparado en un segundo, tras oír la última frase de Germán. Que me lo debía, decía. Por supuesto que me debía mucho, había dañado mi orgullo, mi reputación, mi dignidad... Me lo había arrebatado casi todo. Tuve la tentación de atacarlo sin más demora. Cruelas palabras nacían en la boca de mi estómago, cual arcadas, y ascendían deseosas de salir. Pero todavía no podía vomitarlas, de momento tenía que tragarme la bilis. Primero debía arrestarlo, y después y solo después, podría echarle en cara cuanto me apeteciera.

El pulso del silencio previo constataba que hacer esa revelación iba a suponerle un gran esfuerzo a Germán, y, apelando a la calma, insistí de nuevo.

—Háblame de lo que yo quiero, por favor. ¿Qué pasó en ese campamento?

—Está bien, acabemos con esto de una vez.

Germán estiró la mano, abrió una caja de bambú que adornaba la mesa de centro y sacó algo que no pude ver pero que de repente tenía frente a mi cara. Su ligereza me dejó sin tiempo de reacción, y su cuerpo me arrinconó entre el respaldo y el brazo del sofá. De esa forma, a mis manos les era imposible alcanzar la nueve milímetros que escondía en mi espalda.

—¿Qué es eso? —pregunté con cautela, aunque temerosa. Me sentí presa de un repentino miedo, y aún más de la incertidumbre, pero no iba a dejar que él lo notase.

—Una inyección de insulina —contestó con templanza, paseándola ante mis ojos—. Algo muy necesario si eres diabético, pero letal para una persona sana.

—¿Y qué piensas hacer con ella?

—Te voy a contar toda la verdad, con pelos y señales. Te lo juro, Lola —contestó, ignorando mi demanda, dejándome petrificada con sus ojos, que en ese momento eran fríos como el acero y afilados como esquiras de cristal. Luego añadió—: Y también te juro que cuando termine de hablar, será el final, no me has dejado otra opción —aseveró, rotundo, y guardó un silencio

arrollador, el mismo que acababa de atraparme a mí.

Lagos del Pino, verano de 1990

Aquel verano iba a cambiar para siempre la vida de los hermanos Castán. Eloy y Eugenio eran hijos de Antón Castán, un guardia forestal de Lagos del Pino que se consideraba muy respetado en el pueblo, pero que últimamente, por culpa de Eloy, su primogénito, empezaba a dudar de ese privilegio con el que contaba desde hacía años. Los vecinos estaban empezando a poner en tela de juicio la masculinidad de Eloy y habían convertido el tema en el cotilleo de moda. En consecuencia, y sin él desearlo, Antón se sentía el centro de atención de todo el pueblo, pues estaba convencido de que todos se compadecían de él por tener un hijo invertido y porque Dios lo castigaría por ello. Pero a Antón no solo le preocupaba lo que pensarán los demás; a él también le enfermaba pensar que su hijo pudiera ser gay. Para él, que dos hombres se amasen era antinatural, una vergüenza, y si su hijo mayor era así, sería la deshonra para la familia. Pero la realidad es que aquello no era cierto; Eloy no era homosexual, aunque su padre, como el resto del pueblo, lo supusiera porque era un chico sensible, tierno y frágil, características estas opuestas a las que se suponía que debía tener un hombre.

Antón no era un padre ni un marido cariñoso, esa parte de su carácter solo la exhibía de puertas afuera, nunca con su familia. Eugenio, a su corta edad, no entendía por qué su progenitor se mostraba hostil con su hermano, por qué de un tiempo a esa parte había empezado a menospreciarlo, a tratarlo mal, a hablarle de forma ofensiva y hasta a pegarle en más de una ocasión. Lucila Calderón, la madre de los hermanos, era una mujer de gran corazón que estaba subyugada por un marido de genio áspero y desagradable, a veces hasta cruel. Como esposa, no contradecía a Antón ni abría la boca por temor a enfurecerlo, pero, como madre, no podía permitir ciertas cosas, porque lo que le hicieran a sus queridos hijos le dolía más que si le apuñalasen el corazón. Por eso cuando su marido daba rienda suelta a su incontinencia verbal y atacaba a Eloy, Lucila tenía que salir en defensa de su vástago. Y era entonces cuando Antón montaba en cólera; no soportaba que su esposa defendiera a su hijo y al final la discusión subía a mayores. La madre solía pedir a sus hijos que se marchasen, pues no quería que oyeran las burdas palabras de su padre. Según él, ella era la responsable de que Eloy fuera así por haberlo mimado demasiado y protegido como a una niña hasta amariconarlo. Los hermanos siempre obedecían y se marchaban, aunque los

gritos terminaban llegando a su habitación. Eugenio se echaba rápido en la cama y se tapaba los oídos con la almohada, y Eloy se tumbaba a su lado, lo acurrucaba entre sus brazos, contra su pecho, tratando de protegerlo. En alguna ocasión, Eugenio incluso notó los movimientos involuntarios que el llanto silencioso le provocaba a su hermano, pero jamás se lo dijo.

Los hermanos Castán no siempre se refugiaban en su habitación esperando a que la tormenta amainase, en ocasiones se escapaban por la puerta trasera y se adentraban en el bosque con una linterna. Solían esconderse en un refugio bajo tierra que su padre les había mostrado unos años atrás. Ese lugar, construido en el pueblo durante la guerra civil e ignorado por casi todos los vecinos, se convirtió en su guarida secreta.

Fue precisamente ahí donde Eloy le confesó a su hermano que estaba enamorado de Estrella, una de las chicas con las que salían. A Eugenio la noticia le entusiasmó porque él adoraba a Estrella, así que comenzó a animar a su hermano para que le pidiera salir. Con el fervor del momento, incluso planeó la forma de entretener a Belén, la amiga de Estrella, para que Eloy pudiera quedarse a solas con ella y hablar. A Eloy le sorprendieron las palabras de su hermano porque, con solo once años, en algunos momentos mostraba más madurez que muchos chicos de su edad, hasta su santa madre lo decía. Eloy pensaba que igual estar siempre tan pegado a él había acelerado el desarrollo mental de Eugenio, pero también valoró la posibilidad de que el nocivo ambiente familiar fuera el origen de su precoz sensatez. Meditándolo, sintió un pinchazo en el corazón, y ese agujonazo se multiplicó por mil al ser consciente de la conexión tan especial que tenía con su hermano, al comprender que eran inseparables y que se querían a rabiar. Sin poder evitarlo, Eloy se abalanzó sobre Eugenio y lo estrechó contra su pecho con fuerza, hasta que sus latidos se fundieron en uno solo.

—Te he dicho que eres muy grande, enano —dijo Eloy sonriendo, revolviéndole el cabello—. Vaya cabecita tienes para tu corta edad.

Eugenio se sintió muy orgulloso, pletórico de satisfacción. Eloy era el espejo en el que se había reflejado desde que tenía uso de razón, e imaginar que estaba a la altura de su idolatrado hermano era el mejor halago que podía recibir.

Aquella conversación tuvo lugar una noche de principios del verano de 1990, y días después Eloy decidió llevar a cabo su plan. Pero el momento que

eligió para declararle a Estrella sus sentimientos no fue el más oportuno; de hecho, tuvo que desistir, porque ese mismo día regresaron los chicos del campamento de verano, una panda de impresentables que no le gustaba a ninguno de los hermanos, pero con los que sus amigas estaban encantadas. Eran chavales de ciudad, guapos y rebeldes, con vidas que a ellas les parecían de lo más emocionantes. Precisamente habían sido ellas las que, un par de años atrás, se los habían presentado a los hermanos Castán, y aunque a Eloy no le gustaron desde el principio, los aguantaba para agradecerles a ellas. Pero ese año iba a ser difícil aguantarlos porque Gonzalo, el líder del grupo, mostraba también claros signos de interés por Estrella. En un abrir y cerrar de ojos, el forastero se convirtió en competencia directa para Eloy, y lo peor para él fue comprobar que la chica de sus sueños comenzaba a decantarse por su rival.

Durante semanas, Eloy aguantó como pudo el tonto entre Estrella y el grosero de Gonzalo, y de la misma forma siguió soportando al resto del grupo. No quería que sus amigas se quedasen a solas con ellos, pues no se fiaba de las intenciones de ninguno; y menos cuando iban bebidos. Un día, la pandilla, que solía escaparse del campamento todas las noches, decidió celebrar una fiesta en el lago. No era la primera vez que los hermanos y sus amigas acudían a una de esas fiestas y, como era habitual y hacían los demás chavales del campamento, llevaban linternas para iluminar la oscuridad del lugar. El sitio siempre era el mismo, el menos concurrido, alejado del pueblo pero no tanto del campamento: la orilla este del lago, en un punto intermedio entre el agua cristalina y el frondoso bosque de pinos. Pero esa fiesta iba a ser distinta a todas las demás por una causa más que evidente: el flirteo. Así que con semejante escenario, el tema de las «parejitas» no se hizo esperar. Belén se enrolló con Eneko y Gonzalo con Estrella, lo que le provocó a Eloy, testigo de sus primeros besos, un profundo dolor. Cada pareja buscó su propia intimidad. Necesitaban un poco de oscuridad, pues el círculo que construían con las linternas alumbraba demasiado para según qué cosas. Cada dúo se alejó unos cuantos metros en direcciones opuestas y se adentró en los pinos hasta desaparecer. Mientras, los otros miembros seguían con su bacanal de alcohol y sus estupideces varias, en las que en general predominaba el tema del sexo, y esa noche en particular se centraba en saber quién de ellos era el más pajillero. Eloy se mantenía al margen de la conversación y hablaba con su hermano, intentando que Eugenio escuchase las menos groserías posibles. Pero minutos después, Biel decidió burlarse un poco de Eloy y

empezó a gastarle bromas de mal gusto.

—Oye, Eloy, ¿tú te la cascás mucho? —El muchacho decidió no responder a algo tan íntimo—. ¡Oh!, tu silencio dice mucho, colega, estoy seguro de que te matas a pajas; tienes cara de vicioso. ¿A que sí, chicos? —demandó al resto.

—Fijo que tiene callo en la palma de la mano de tanto machacársela. A ver, muéstranosla —le pidió Imanol, sonriendo.

—Eso, eso, enséñanos esa mano, tío —reclamó Roberto entre risas.

Eloy, a pesar de sentir deseos de mandarles a la mierda y marcharse de allí, aguantó el tipo como pudo y también se mantuvo en silencio. Las preguntas no le parecían nada apropiadas, menos estando su hermano delante.

—¿Y qué me dices de follar? ¿Follas mucho? ¿O todavía eres virgen?

Biel seguía buscando preguntas con las que continuar divirtiéndose a costa de Eloy, quien ya no lo soportó más.

—No creo que eso a ti te importe —contestó con aspereza.

—A lo mejor no te he hecho la pregunta adecuada —prosiguió con mofa.

—Yo creo que no. Házsela, colega —propuso Imanol, y bebió un trago de la botella de ginebra.

—A ver, Eloy, ¿a ti qué te gusta más, la carne o el pescado?

De nuevo, Eloy no respondió, pero se le despertó un gigantesco malhumor. Los chicos del campamento, como la mayoría del pueblo, estaban confundidos con respecto a su orientación sexual. Eugenio lo miró sin comprender nada, pero entendió que, de alguna forma, aquellos chicos estaban atacando a su hermano.

—¡Venga, tío, contesta! —le pidió Biel.

—Eso, tronco, cuéntanoslo —le animó Roberto.

—Vamos, no te hagas de rogar. ¿Te gustan más las almejas o un buen solomillo? —siguió Imanol con el provocador juego de Biel, y los tres se carcajearon.

Eloy prefirió hacer oídos sordos y no responder. Si ponía de manifiesto lo que pensaba sobre ellos, sabía que las chicas se enfadarían con él por no compartir su opinión. Solo pensar que podría perder la amistad de Estrella le



congelaba la sangre. En medio de sus pensamientos, y de la insistencia de la pandilla para que se pronunciara de una vez, de repente se oyeron unas voces y luego un grito. Estrella estaba chillando, y Eloy, al oírla, echó a correr como un loco. Eugenio corrió tras él.

—¿Qué pasa? —gritó nada más ver aparecer a Estrella, que salía de entre los pinos colocándose la camiseta, rota por la corta manga.

—Este desgraciado, que no entiende el significado de la palabra *para* —contestó ella, con Gonzalo a la zaga.

—¡Venga ya, tía! —replicó Gonzalo, ofendido—. Primero me pones burro y luego te haces la estrecha, ¿de qué vas?

Eloy, enfurecido, se lanzó a por él voceando unos agresivos insultos que jamás había dicho en alto. Eugenio, sorprendido, pensó que su hermano se había convertido en otra persona, una poseída por el mismísimo demonio. Intentó tirar de Eloy para separarlo de aquel idiota, pero en uno de los zarandeos el pobre crío terminó estampado contra el suelo. Estrella empezó a gritar, asustada, y el resto de los amigos intervino para parar la pelea.

—Pero ¿qué demonios os ocurre? —preguntó Eneko, apareciendo de repente con Belén, que se abrazó a Estrella.

—Este cabrón, que ha intentado violar a Estrella —berreó Eloy, limpiándose con el dorso de la mano la sangre que le brotaba por la nariz.

—Tú qué sabrás, si no estabas con nosotros —respondió, bravío, el aludido, con sabor a sangre en la boca. Uno de los puñetazos de Eloy le había picado el labio.

—Confío en lo que dice —avisó Eloy.

—Te aseguro que ella quería.

—¡Y una mierda, malnacido! —espetó Estrella—. Te he dicho que no y has seguido.

—Pero ¿qué dices? Si no parabas de comerme la boca.

—Y no quería pasar de ahí —aseguró la chica con firmeza.

—Lo estabas deseando, no mientas.

—Eres un hijo de puta.

—Y tú una zorra calientapollas.

Eloy volvió a lanzarse contra Gonzalo, esta vez sin abrir la boca. Roberto y Eneko los separaron de nuevo y los sujetaron por los brazos. A pesar de que el resplandor de las linternas llegaba hasta ese espacio, Biel alumbró directamente con una de ellas y observó quieto, embelesado; le gustaba presenciar esa violencia, disfrutaba con ella, le excitaba. Imanol, que había seguido bebiendo ginebra a morro mientras contemplaba la escena, se plantó de pronto en medio.

—Fin —dijo—. Gonzalo, si te ha dicho que no, es no, tronco. ¿Qué pasa, te duelen los huevos? Pues hazte una paja. Si me pagas bien te la hago yo mismo —soltaron las copas de más que llevaba.

—Buena idea —contestó él, empezando a desabrocharse los pantalones.

—Ya, venga, Gonzalo, que estás muy bebido, macho —dijo Eneko, impidiéndole que se los bajara.

—Desde luego que contigo no se puede bromear, todo te lo tomas en serio, tío. ¡Ay, Gonzalito, que parece que hoy no vas a usar tu gran falito! —Imanol se carcajeó, le lanzó un sonoro beso y volvió a beber un trago de la botella.

—Eres un perverso —escupió Eloy a Gonzalo.

—Y tú un maricón. ¿Quieres hacerme una mamada? Seguro que sí. —Le hizo un gesto obsceno con la lengua.

Eloy intentó lanzarse de nuevo a por él, pero Roberto lo retuvo con fuerza e Imanol echó a Gonzalo hacia atrás, aumentando la distancia entre ellos.

—No se lo tengáis en cuenta, joder, va muy bebido y no sabe ni lo que hace ni lo que dice —añadió Eneko, dirigiéndose a Estrella y a Eloy.

—Pues si no sabe beber, que no lo haga —sentenció Eloy con ferocidad.

—¡Venga, no me jodas! A todos se nos va la olla de vez en cuando, colega —declaró Roberto.

—Yo no soy tu colega. Y suéltame de una vez, hostia. —De un brusco tirón, se zafó de él.

—No, claro que no eres nuestro colega —intervino Gonzalo—. Eres un niño finolis que para mear seguro que se sujeta la polla con pinzas. ¡Uy, perdón! —Se llevó la mano a la boca—. Quería decir pene. —Afeminó la voz con burla.

—Eres un imbécil inaguantable, bebido o no —resolvió Eloy.

—Eloy, déjalo ya y vámonos —le pidió Estrella, casi suplicante.

—Eso, vámonos, Eloy —casi suplicó Eugenio, asustado.

—Sí, pírate, niñita —escupió Gonzalo en tono despectivo.

Eloy lo fulminó con la mirada pero no añadió más, y los cuatro abandonaron el lugar y regresaron al pueblo. Estrella anduvo todo el camino abrazada a Eloy, un acto que a él lo llenó de alegría; sentirla tan cerca le hacía feliz. Cuando la dejaron en la puerta de su casa, Eloy le pidió que denunciase a Gonzalo y le dijo que podía contar con él como testigo. Estrella no quiso escucharlo, decía que si su padre se enteraba de sus andanzas por el bosque no volvería a dejarla salir. Eloy transigió, pese a que no compartía su decisión, y, en el más absoluto de los silencios y con Eugenio de la mano, ambos regresaron a casa.

Unos días después, mientras los hermanos Castán y sus amigas daban una vuelta por el pueblo, se toparon con los chicos del campamento. Gonzalo tuvo la intención de acercarse a Estrella, pero Eloy se interpuso en su camino.

—Aléjate de ella. Si no la dejas en paz iré al cuartel de la Guardia Civil a denunciar vuestras escapadas del campamento —le amenazó.

—Vamos, tío, solo quería acercarse a Estrella para pedirle disculpas —intervino Biel—. Nos ha confesado lo arrepentido y avergonzado que está. ¿Verdad, Gonzalo?

El aludido no abrió la boca, pero no paró de asentir, dando la razón a Biel. Tras las palabras de aquel miembro de la panda, que de repente se había declarado portavoz, un Gonzalo casi a punto de llorar se acercó a Estrella.

—Te pido disculpas. De veras que lo siento mucho, iba muy bebido y perdí la razón. Espero que puedas perdonarme. Y también quiero disculparme contigo, Eloy, no estuvo nada bien lo que te dije, y menos pegarte. ¿Me perdonáis?

Aunque dudosos, ambos terminaron asintiendo.

—Por favor, dejad que os compensemos —dijo Biel—. Hoy es nuestra última noche aquí y no podemos marcharnos con este mal sabor de boca —advirtió con un suspiro—. Nos sentimos fatal por lo de la otra noche y queremos organizar una fiesta de reconciliación en el lago, algo de comida y

unos cubatas. Todos juntos, sin que nadie se aleje del lugar para hacer manitas, y mucho menos gilipollecas de calibre garrafal. —Desvió la mirada a Gonzalo y le amenazó—: Si te pones tonto, yo mismo te soltaré un par de hostias, ¿entendido?

—Entendido. —El aludido asintió.

—Pues bien, ¿qué decís?

Estrella, Belén y Eloy se miraron en silencio, esperando que alguno tuviera la respuesta adecuada. Eugenio los miró a los tres, aguantándose las ganas de chillarles que no lo hicieran.

—Decidme que sí y no me hagáis ponerme de rodillas para suplicároslo —insistió Biel.

—Está bien, iremos a vuestra fiesta de despedida —aseveró Estrella.

Los demás asintieron y Eugenio sintió ganas de llorar.

Al llegar la noche, los hermanos Castán y sus amigas se presentaron en el lago, en el sitio de siempre, donde los chicos del campamento ya les estaban esperando. Como no era de extrañar, la comida escaseaba, pero abundaba el alcohol. Después de unas horas, los cinco amigotes llevaban una cogerza de marca mayor, y Gonzalo volvió a la carga con Estrella. Eloy no tardó un segundo en lanzarse a por él, como un perro de caza sobre su presa, y en un instante el lugar se convirtió en una escena caótica. Los chicos retenían a las chicas y ellas no paraban de gritar, de darles puñetazos, patadas, mordiscos..., lo que fuera necesario para liberarse. En un principio, el pequeño Eugenio no supo reaccionar porque no entendía lo que estaba ocurriendo, pero, pasados unos segundos, reaccionó y comenzó a lanzar piedras a la panda de vándalos. Ellos, al verse obligados a protegerse de las pedradas, descuidaron la defensa, y Estrella logró darle un buen rodillazo en los testículos a Imanol. Ya libre de él, cogió una botella que estaba a su vera y se la estampó en la espalda a Roberto, a quien el fuerte golpe le cogió desprevenido y le hizo caer al suelo. Corriendo, se acercó a Belén, que ya había dejado fuera de juego a Eneko y respiraba con agitación, a punto de sufrir un ataque de ansiedad. Biel gritó a Eugenio que dejase de tirar piedras y luego se acercó a Gonzalo y Eloy, que peleaban a puñetazos. Mientras, las chicas, casi llorando, se acercaron al pequeño de los hermanos, que dejó de tirarles piedras.

—¡Marchaos! —gritó Eloy con estridencia—. Id al pueblo y avisad a la Guardia Civil. ¡Corred! ¡Corred! —les exigió. Era consciente de que les habían tendido una trampa en la que habían caído como ratoncillos.

Estrella agarró a Eugenio del brazo y tiró de él para huir lo más rápido posible. La incompreensión del pequeño era inmensa y, sin pararse a pensar, se alejó del lugar con ellas. Pero los gritos de su hermano lo frenaron. Estrella le soltó la mano y siguió corriendo hacia al pueblo con Belén; estaban demasiado asustadas para detenerse. Eugenio también corrió, pero en dirección contraria, en busca de su hermano.

Biel empezó a notar la satisfacción que la violencia y la agresión solían producirle, y ordenó al resto que sujetasen a Eloy para inmovilizarlo. Imanol iba tan pasado de alcohol que apenas sentía dolor en la entepierna y, expulsando una risa malvada, obedeció al momento. Eneko, con su apocada actitud de costumbre y una borrachera de órdago, hizo lo propio. Roberto, el menos bebido, pensó que aquello se les estaba yendo de las manos, pero, acomodado en su sumiso comportamiento, también hizo caso. Biel se sumó a ellos, miró a Gonzalo sonriendo y asintió. No perdió un segundo en bajarle el pantalón y el calzoncillo a Eloy para mirarle el culo, fijamente; Gonzalo estaba excitado, mucho más de lo que hubiera imaginado.

El pequeño Eugenio llegó a tiempo de presenciar algo espantoso: Eloy estaba en el suelo, boca abajo, sujeto por las extremidades y con Gonzalo arrodillado entremedias de sus piernas y casi encima de él. Su inocencia no entendía la envergadura, y mucho menos la repercusión, de aquel acto, pero, igualmente, le cortaba la respiración.

—¡Soltad a mi hermano, so desgraciados! —gritó Eugenio al verlos.

—Callad a ese puto crío —ordenó Biel.

—¡Vete de aquí! ¡Corre! ¡Corre! —chilló Eloy, desesperado.

Y su hermano corrió, pero hacia él, y, con saña, le soltó un puñetazo a Gonzalo en la espalda.

—¡Maldito enano! —espetó, cogiéndolo por la muñeca con fuerza y zarandeándolo, algo fácil por lo enclenque que era.

—¡Vete, vete, vete! —repetía Eloy a gritos, asustado.

—Cógelo y apártalo de aquí, pero que no se marche —avisó Gonzalo a Roberto, que agarró al niño de inmediato—. Hagamos esto rapidito, no vaya

a ser que esas bocazas vuelvan con compañía.

—Pues cállate de una puta vez y empieza, tío —exigió Biel.

—Muy bien, Eloy, vamos a pasárnoslo bien, así que quietecito y relajado —anunció Gonzalo con jocosidad, desabrochándose el pantalón y liberando su erección.

Roberto apartó a Eugenio de ellos y, con el brazo, le envolvió el torso con fuerza, inmovilizándolo, tal y como le había pedido Gonzalo. Con la otra mano le tapó los ojos para que no viera lo que ocurría, pero los oídos del pequeño quedaron al descubierto y le permitieron escuchar los lamentos de su hermano, las risas del resto, las palabras obscenas y nauseabundas de Biel...

—Suéltame, cabrón —gritó Eugenio, que, por primera vez, usaba aquel feo vocablo—. Suéltame o te juro que te mataré. ¿Qué le hacéis a mi hermano? ¡Eloy! ¡Eloy! ¡Dejadlo ya! ¡No le hagáis daño! ¡Eloy! Malditos cabrones de mierda, dejadlo en paz. ¡Suéltame, cabrón, suéltame! —aulló una y otra vez, acompañando las palabras con blasfemias, insultos y amenazas.

Eugenio se revolvía una y otra vez para soltarse y acudir a ayudar a su hermano, pero era imposible. Por más que lo intentó, lo único que consiguió fue que la mano de Roberto se apartara un momento de sus ojos. Y en ese instante vio algo monstruoso cuya gravedad su juventud no le permitió comprender, pero que le sobrecogió.

Percibiendo el sufrimiento de ambos hermanos, Roberto estuvo tentado de parar a Gonzalo, pero sabía que hacerlo le traería problemas y pondría al resto del grupo en su contra, algo nada bueno para él, así que calló. De nuevo le tapó los ojos a Eugenio, que cada vez se revolvía con más fiereza, pero el pobre niño siguió escuchando los incesantes lamentos de su hermano, que le encogían el corazón; la estridente risa de Biel, que le revolvía el estómago, y aquellas palabras de aliento que le ponían los pelos de punta.

—Vamos, no te detengas, Gonzalito, dale lo suyo, si le gusta.

El sufrimiento de Eugenio era notable y crecía con cada palabra y con cada risa. De pronto, escuchó a su hermano llorar, y eso le desesperó más. El llanto de Eloy le rompió el alma en pedazos. Luego Biel comenzó a reírse a carcajadas, y la respiración de Gonzalo sonó extraña y acabó con un resuello. Biel calló de forma instantánea, y Eloy dejó de llorar y lamentarse. Por unos segundos, se hizo un silencio atronador, espantoso. Eugenio, por fin, se liberó

de la presa de Roberto y corrió hacia su hermano. El pobre se quedó mudo al ver en qué condiciones le habían dejado: estaba desnudo de cintura para abajo y tenía sangre por las nalgas. Eugenio lo observó de arriba abajo; solo sangraba por esa zona y él no comprendía por qué. Su inmaduro cerebro no podía imaginar que era consecuencia de los desgarros anales causados por la violación de Gonzalo. Él pobre solo sabía que le habían hecho daño, bastante, demasiado por lo que parecía. Aterrorizado, le preguntó qué le ocurría y cómo se encontraba, pero su hermano no pudo articular palabra y de nuevo se puso a llorar. Eugenio se tumbó a su lado y comenzó a acariciarle el cabello con todo el cariño del mundo, a la par que las lágrimas brotaban de sus ojos y su corazón se fragmentaba lentamente. Se sentía impotente. Nunca había visto sufrir tanto a su hermano, ni siquiera cuando su padre le insultaba o le pegaba. Jamás.

Los cinco desalmados del campamento recogieron todas las linternas, se marcharon tranquilos y sin mediar palabra, como si no hubiera pasado nada, y los hermanos se quedaron solos en el bosque, a oscuras. Eloy estaba malherido, y Eugenio, tremendamente asustado, trataba de consolarlo mientras lo acompañaba en su llanto.

Cuando llegaron a casa, donde esperaban encontrar refugio, todo fue a peor, pues su padre, al ver las heridas de Eloy, supuso que había practicado un acto antinatural y salvaje. Una vez más, Lucila salió en defensa de su hijo, incluso intentó llevarlo al médico, pero Antón no dudó en encañonarla con la escopeta para hacerla desistir en su empeño. No estaba dispuesto a que nadie del pueblo se enterase de la condición sexual de su hijo, bastante hablaban ya, así que prohibió taxativamente llevarlo al médico o al hospital de Huesca, y la palabra de Antón Castán era ley en esa casa.

Desde aquella fatídica noche, todo empeoró para el mayor de los Castán. Antón empezó a detestar a Eloy, a quien no paraba de gritarle que era un invertido, una deshonra y el culpable de la vergüenza que sentía la familia. Alguna vez le había puesto la mano encima, pero desde aquella noche lo hizo a diario, incluso lo azotaba con el cinturón y le escupía. Antón dejó de querer a su hijo y en su corazón solo habitaba un anhelo: que desapareciera de la faz de la Tierra. Pensaba que solo así podría sacudirse la humillación que sentía, y por eso llegó a desearle la muerte en más de una ocasión.

Su madre, como buenamente pudo, curó las heridas externas de Eloy, pero fue incapaz de hacer lo mismo con las internas. La panda de desalmados

y su vil acción sentenciaron al joven, y el comportamiento de su padre, repudiándolo, le dio la puntilla. Un día, la afrenta traspasó el umbral de la desesperación e hizo que Eloy tomara una drástica decisión. Aquello fue un duro golpe para Eugenio, que en ese momento sintió que la semilla del rencor se había plantado en sus entrañas. Una semilla que, con el tiempo, germinaría haciendo nacer en su corazón un odio intenso e insaciable que se quedaría a vivir para siempre en él.



## Lagos del Pino, verano de 1990

Aquel verano iba a cambiar para siempre la vida de los hermanos Castán. Eloy y Eugenio eran hijos de Antón Castán, un guardia forestal de Lagos del Pino que se consideraba muy respetado en el pueblo, pero que últimamente, por culpa de Eloy, su primogénito, empezaba a dudar de ese privilegio con el que contaba desde hacía años. Los vecinos estaban empezando a poner en tela de juicio la masculinidad de Eloy y habían convertido el tema en el cotilleo de moda. En consecuencia, y sin él desearlo, Antón se sentía el centro de atención de todo el pueblo, pues estaba convencido de que todos se compadecían de él por tener un hijo invertido y porque Dios lo castigaría por ello. Pero a Antón no solo le preocupaba lo que pensarán los demás; a él también le enfermaba pensar que su hijo pudiera ser gay. Para él, que dos hombres se amasen era antinatural, una vergüenza, y si su hijo mayor era así, sería la deshonra para la familia. Pero la realidad es que aquello no era cierto; Eloy no era homosexual, aunque su padre, como el resto del pueblo, lo supusiera porque era un chico sensible, tierno y frágil, características estas opuestas a las que se suponía que debía tener un hombre.

Antón no era un padre ni un marido cariñoso, esa parte de su carácter solo la exhibía de puertas afuera, nunca con su familia. Eugenio, a su corta edad, no entendía por qué su progenitor se mostraba hostil con su hermano, por qué de un tiempo a esa parte había empezado a menospreciarlo, a tratarlo mal, a hablarle de forma ofensiva y hasta a pegarle en más de una ocasión. Lucila Calderón, la madre de los hermanos, era una mujer de gran corazón que estaba subyugada por un marido de genio áspero y desagradable, a veces hasta cruel. Como esposa, no contradecía a Antón ni abría la boca por temor a enfurecerlo, pero, como madre, no podía permitir ciertas cosas, porque lo que le hicieran a sus queridos hijos le dolía más que si le apuñalasen el corazón. Por eso cuando su marido daba rienda suelta a su incontinencia verbal y atacaba a Eloy, Lucila tenía que salir en defensa de su vástago. Y era entonces cuando Antón montaba en cólera; no soportaba que su esposa defendiera a su hijo y al final la discusión subía a mayores. La madre solía pedir a sus hijos que se marchasen, pues no quería que oyeran las burdas palabras de su padre. Según él, ella era la responsable de que Eloy fuera así por haberlo mimado demasiado y protegido como a una niña hasta amariconarlo. Los hermanos siempre obedecían y se marchaban, aunque los

gritos terminaban llegando a su habitación. Eugenio se echaba rápido en la cama y se tapaba los oídos con la almohada, y Eloy se tumbaba a su lado, lo acurrucaba entre sus brazos, contra su pecho, tratando de protegerlo. En alguna ocasión, Eugenio incluso notó los movimientos involuntarios que el llanto silencioso le provocaba a su hermano, pero jamás se lo dijo.

Los hermanos Castán no siempre se refugiaban en su habitación esperando a que la tormenta amainase, en ocasiones se escapaban por la puerta trasera y se adentraban en el bosque con una linterna. Solían esconderse en un refugio bajo tierra que su padre les había mostrado unos años atrás. Ese lugar, construido en el pueblo durante la guerra civil e ignorado por casi todos los vecinos, se convirtió en su guarida secreta.

Fue precisamente ahí donde Eloy le confesó a su hermano que estaba enamorado de Estrella, una de las chicas con las que salían. A Eugenio la noticia le entusiasmó porque él adoraba a Estrella, así que comenzó a animar a su hermano para que le pidiera salir. Con el fervor del momento, incluso planeó la forma de entretener a Belén, la amiga de Estrella, para que Eloy pudiera quedarse a solas con ella y hablar. A Eloy le sorprendieron las palabras de su hermano porque, con solo once años, en algunos momentos mostraba más madurez que muchos chicos de su edad, hasta su santa madre lo decía. Eloy pensaba que igual estar siempre tan pegado a él había acelerado el desarrollo mental de Eugenio, pero también valoró la posibilidad de que el nocivo ambiente familiar fuera el origen de su precoz sensatez. Meditándolo, sintió un pinchazo en el corazón, y ese agujonazo se multiplicó por mil al ser consciente de la conexión tan especial que tenía con su hermano, al comprender que eran inseparables y que se querían a rabiar. Sin poder evitarlo, Eloy se abalanzó sobre Eugenio y lo estrechó contra su pecho con fuerza, hasta que sus latidos se fundieron en uno solo.

—Te he dicho que eres muy grande, enano —dijo Eloy sonriendo, revolviéndole el cabello—. Vaya cabecita tienes para tu corta edad.

Eugenio se sintió muy orgulloso, pletórico de satisfacción. Eloy era el espejo en el que se había reflejado desde que tenía uso de razón, e imaginar que estaba a la altura de su idolatrado hermano era el mejor halago que podía recibir.

Aquella conversación tuvo lugar una noche de principios del verano de 1990, y días después Eloy decidió llevar a cabo su plan. Pero el momento que

eligió para declararle a Estrella sus sentimientos no fue el más oportuno; de hecho, tuvo que desistir, porque ese mismo día regresaron los chicos del campamento de verano, una panda de impresentables que no le gustaba a ninguno de los hermanos, pero con los que sus amigas estaban encantadas. Eran chavales de ciudad, guapos y rebeldes, con vidas que a ellas les parecían de lo más emocionantes. Precisamente habían sido ellas las que, un par de años atrás, se los habían presentado a los hermanos Castán, y aunque a Eloy no le gustaron desde el principio, los aguantaba para agradecerles a ellas. Pero ese año iba a ser difícil aguantarlos porque Gonzalo, el líder del grupo, mostraba también claros signos de interés por Estrella. En un abrir y cerrar de ojos, el forastero se convirtió en competencia directa para Eloy, y lo peor para él fue comprobar que la chica de sus sueños comenzaba a decantarse por su rival.

Durante semanas, Eloy aguantó como pudo el tonto entre Estrella y el grosero de Gonzalo, y de la misma forma siguió soportando al resto del grupo. No quería que sus amigas se quedasen a solas con ellos, pues no se fiaba de las intenciones de ninguno; y menos cuando iban bebidos. Un día, la pandilla, que solía escaparse del campamento todas las noches, decidió celebrar una fiesta en el lago. No era la primera vez que los hermanos y sus amigas acudían a una de esas fiestas y, como era habitual y hacían los demás chavales del campamento, llevaban linternas para iluminar la oscuridad del lugar. El sitio siempre era el mismo, el menos concurrido, alejado del pueblo pero no tanto del campamento: la orilla este del lago, en un punto intermedio entre el agua cristalina y el frondoso bosque de pinos. Pero esa fiesta iba a ser distinta a todas las demás por una causa más que evidente: el flirteo. Así que con semejante escenario, el tema de las «parejitas» no se hizo esperar. Belén se enrolló con Eneko y Gonzalo con Estrella, lo que le provocó a Eloy, testigo de sus primeros besos, un profundo dolor. Cada pareja buscó su propia intimidad. Necesitaban un poco de oscuridad, pues el círculo que construían con las linternas alumbraba demasiado para según qué cosas. Cada dúo se alejó unos cuantos metros en direcciones opuestas y se adentró en los pinos hasta desaparecer. Mientras, los otros miembros seguían con su bacanal de alcohol y sus estupideces varias, en las que en general predominaba el tema del sexo, y esa noche en particular se centraba en saber quién de ellos era el más pajillero. Eloy se mantenía al margen de la conversación y hablaba con su hermano, intentando que Eugenio escuchase las menos groserías posibles. Pero minutos después, Biel decidió burlarse un poco de Eloy y

empezó a gastarle bromas de mal gusto.

—Oye, Eloy, ¿tú te la cascás mucho? —El muchacho decidió no responder a algo tan íntimo—. ¡Oh!, tu silencio dice mucho, colega, estoy seguro de que te matas a pajas; tienes cara de vicioso. ¿A que sí, chicos? —demandó al resto.

—Fijo que tiene callo en la palma de la mano de tanto machacársela. A ver, muéstranosla —le pidió Imanol, sonriendo.

—Eso, eso, enséñanos esa mano, tío —reclamó Roberto entre risas.

Eloy, a pesar de sentir deseos de mandarles a la mierda y marcharse de allí, aguantó el tipo como pudo y también se mantuvo en silencio. Las preguntas no le parecían nada apropiadas, menos estando su hermano delante.

—¿Y qué me dices de follar? ¿Follas mucho? ¿O todavía eres virgen?

Biel seguía buscando preguntas con las que continuar divirtiéndose a costa de Eloy, quien ya no lo soportó más.

—No creo que eso a ti te importe —contestó con aspereza.

—A lo mejor no te he hecho la pregunta adecuada —prosiguió con mofa.

—Yo creo que no. Házsela, colega —propuso Imanol, y bebió un trago de la botella de ginebra.

—A ver, Eloy, ¿a ti qué te gusta más, la carne o el pescado?

De nuevo, Eloy no respondió, pero se le despertó un gigantesco malhumor. Los chicos del campamento, como la mayoría del pueblo, estaban confundidos con respecto a su orientación sexual. Eugenio lo miró sin comprender nada, pero entendió que, de alguna forma, aquellos chicos estaban atacando a su hermano.

—¡Venga, tío, contesta! —le pidió Biel.

—Eso, tronco, cuéntanoslo —le animó Roberto.

—Vamos, no te hagas de rogar. ¿Te gustan más las almejas o un buen solomillo? —siguió Imanol con el provocador juego de Biel, y los tres se carcajearon.

Eloy prefirió hacer oídos sordos y no responder. Si ponía de manifiesto lo que pensaba sobre ellos, sabía que las chicas se enfadarían con él por no compartir su opinión. Solo pensar que podría perder la amistad de Estrella le

congelaba la sangre. En medio de sus pensamientos, y de la insistencia de la pandilla para que se pronunciara de una vez, de repente se oyeron unas voces y luego un grito. Estrella estaba chillando, y Eloy, al oírla, echó a correr como un loco. Eugenio corrió tras él.

—¿Qué pasa? —gritó nada más ver aparecer a Estrella, que salía de entre los pinos colocándose la camiseta, rota por la corta manga.

—Este desgraciado, que no entiende el significado de la palabra *para* —contestó ella, con Gonzalo a la zaga.

—¡Venga ya, tía! —replicó Gonzalo, ofendido—. Primero me pones burro y luego te haces la estrecha, ¿de qué vas?

Eloy, enfurecido, se lanzó a por él voceando unos agresivos insultos que jamás había dicho en alto. Eugenio, sorprendido, pensó que su hermano se había convertido en otra persona, una poseída por el mismísimo demonio. Intentó tirar de Eloy para separarlo de aquel idiota, pero en uno de los zarandeos el pobre crío terminó estampado contra el suelo. Estrella empezó a gritar, asustada, y el resto de los amigos intervino para parar la pelea.

—Pero ¿qué demonios os ocurre? —preguntó Eneko, apareciendo de repente con Belén, que se abrazó a Estrella.

—Este cabrón, que ha intentado violar a Estrella —berreó Eloy, limpiándose con el dorso de la mano la sangre que le brotaba por la nariz.

—Tú qué sabrás, si no estabas con nosotros —respondió, bravío, el aludido, con sabor a sangre en la boca. Uno de los puñetazos de Eloy le había picado el labio.

—Confío en lo que dice —avisó Eloy.

—Te aseguro que ella quería.

—¡Y una mierda, malnacido! —espetó Estrella—. Te he dicho que no y has seguido.

—Pero ¿qué dices? Si no parabas de comerme la boca.

—Y no quería pasar de ahí —aseguró la chica con firmeza.

—Lo estabas deseando, no mientas.

—Eres un hijo de puta.

—Y tú una zorra calientapollas.

Eloy volvió a lanzarse contra Gonzalo, esta vez sin abrir la boca. Roberto y Eneko los separaron de nuevo y los sujetaron por los brazos. A pesar de que el resplandor de las linternas llegaba hasta ese espacio, Biel alumbró directamente con una de ellas y observó quieto, embelesado; le gustaba presenciar esa violencia, disfrutaba con ella, le excitaba. Imanol, que había seguido bebiendo ginebra a morro mientras contemplaba la escena, se plantó de pronto en medio.

—Fin —dijo—. Gonzalo, si te ha dicho que no, es no, tronco. ¿Qué pasa, te duelen los huevos? Pues hazte una paja. Si me pagas bien te la hago yo mismo —soltaron las copas de más que llevaba.

—Buena idea —contestó él, empezando a desabrocharse los pantalones.

—Ya, venga, Gonzalo, que estás muy bebido, macho —dijo Eneko, impidiéndole que se los bajara.

—Desde luego que contigo no se puede bromear, todo te lo tomas en serio, tío. ¡Ay, Gonzalito, que parece que hoy no vas a usar tu gran falito! —Imanol se carcajeó, le lanzó un sonoro beso y volvió a beber un trago de la botella.

—Eres un perverso —escupió Eloy a Gonzalo.

—Y tú un maricón. ¿Quieres hacerme una mamada? Seguro que sí. —Le hizo un gesto obsceno con la lengua.

Eloy intentó lanzarse de nuevo a por él, pero Roberto lo retuvo con fuerza e Imanol echó a Gonzalo hacia atrás, aumentando la distancia entre ellos.

—No se lo tengáis en cuenta, joder, va muy bebido y no sabe ni lo que hace ni lo que dice —añadió Eneko, dirigiéndose a Estrella y a Eloy.

—Pues si no sabe beber, que no lo haga —sentenció Eloy con ferocidad.

—¡Venga, no me jodas! A todos se nos va la olla de vez en cuando, colega —declaró Roberto.

—Yo no soy tu colega. Y suéltame de una vez, hostia. —De un brusco tirón, se zafó de él.

—No, claro que no eres nuestro colega —intervino Gonzalo—. Eres un niño finolis que para mear seguro que se sujeta la polla con pinzas. ¡Uy, perdón! —Se llevó la mano a la boca—. Quería decir pene. —Afeminó la voz con burla.

—Eres un imbécil inaguantable, bebido o no —resolvió Eloy.

—Eloy, déjalo ya y vámonos —le pidió Estrella, casi suplicante.

—Eso, vámonos, Eloy —casi suplicó Eugenio, asustado.

—Sí, pírate, niñita —escupió Gonzalo en tono despectivo.

Eloy lo fulminó con la mirada pero no añadió más, y los cuatro abandonaron el lugar y regresaron al pueblo. Estrella anduvo todo el camino abrazada a Eloy, un acto que a él lo llenó de alegría; sentirla tan cerca le hacía feliz. Cuando la dejaron en la puerta de su casa, Eloy le pidió que denunciase a Gonzalo y le dijo que podía contar con él como testigo. Estrella no quiso escucharlo, decía que si su padre se enteraba de sus andanzas por el bosque no volvería a dejarla salir. Eloy transigió, pese a que no compartía su decisión, y, en el más absoluto de los silencios y con Eugenio de la mano, ambos regresaron a casa.

Unos días después, mientras los hermanos Castán y sus amigas daban una vuelta por el pueblo, se toparon con los chicos del campamento. Gonzalo tuvo la intención de acercarse a Estrella, pero Eloy se interpuso en su camino.

—Aléjate de ella. Si no la dejas en paz iré al cuartel de la Guardia Civil a denunciar vuestras escapadas del campamento —le amenazó.

—Vamos, tío, solo quería acercarse a Estrella para pedirle disculpas —intervino Biel—. Nos ha confesado lo arrepentido y avergonzado que está. ¿Verdad, Gonzalo?

El aludido no abrió la boca, pero no paró de asentir, dando la razón a Biel. Tras las palabras de aquel miembro de la panda, que de repente se había declarado portavoz, un Gonzalo casi a punto de llorar se acercó a Estrella.

—Te pido disculpas. De veras que lo siento mucho, iba muy bebido y perdí la razón. Espero que puedas perdonarme. Y también quiero disculparme contigo, Eloy, no estuvo nada bien lo que te dije, y menos pegarte. ¿Me perdonáis?

Aunque dudosos, ambos terminaron asintiendo.

—Por favor, dejad que os compensemos —dijo Biel—. Hoy es nuestra última noche aquí y no podemos marcharnos con este mal sabor de boca —advirtió con un suspiro—. Nos sentimos fatal por lo de la otra noche y queremos organizar una fiesta de reconciliación en el lago, algo de comida y

unos cubatas. Todos juntos, sin que nadie se aleje del lugar para hacer manitas, y mucho menos gilipollecas de calibre garrafal. —Desvió la mirada a Gonzalo y le amenazó—: Si te pones tonto, yo mismo te soltaré un par de hostias, ¿entendido?

—Entendido. —El aludido asintió.

—Pues bien, ¿qué decís?

Estrella, Belén y Eloy se miraron en silencio, esperando que alguno tuviera la respuesta adecuada. Eugenio los miró a los tres, aguantándose las ganas de chillarles que no lo hicieran.

—Decidme que sí y no me hagáis ponerme de rodillas para suplicároslo —insistió Biel.

—Está bien, iremos a vuestra fiesta de despedida —aseveró Estrella.

Los demás asintieron y Eugenio sintió ganas de llorar.

Al llegar la noche, los hermanos Castán y sus amigas se presentaron en el lago, en el sitio de siempre, donde los chicos del campamento ya les estaban esperando. Como no era de extrañar, la comida escaseaba, pero abundaba el alcohol. Después de unas horas, los cinco amigotes llevaban una cogerza de marca mayor, y Gonzalo volvió a la carga con Estrella. Eloy no tardó un segundo en lanzarse a por él, como un perro de caza sobre su presa, y en un instante el lugar se convirtió en una escena caótica. Los chicos retenían a las chicas y ellas no paraban de gritar, de darles puñetazos, patadas, mordiscos..., lo que fuera necesario para liberarse. En un principio, el pequeño Eugenio no supo reaccionar porque no entendía lo que estaba ocurriendo, pero, pasados unos segundos, reaccionó y comenzó a lanzar piedras a la panda de vándalos. Ellos, al verse obligados a protegerse de las pedradas, descuidaron la defensa, y Estrella logró darle un buen rodillazo en los testículos a Imanol. Ya libre de él, cogió una botella que estaba a su vera y se la estampó en la espalda a Roberto, a quien el fuerte golpe le cogió desprevenido y le hizo caer al suelo. Corriendo, se acercó a Belén, que ya había dejado fuera de juego a Eneko y respiraba con agitación, a punto de sufrir un ataque de ansiedad. Biel gritó a Eugenio que dejase de tirar piedras y luego se acercó a Gonzalo y Eloy, que peleaban a puñetazos. Mientras, las chicas, casi llorando, se acercaron al pequeño de los hermanos, que dejó de tirarles piedras.



—¡Marchaos! —gritó Eloy con estridencia—. Id al pueblo y avisad a la Guardia Civil. ¡Corred! ¡Corred! —les exigió. Era consciente de que les habían tendido una trampa en la que habían caído como ratoncillos.

Estrella agarró a Eugenio del brazo y tiró de él para huir lo más rápido posible. La incompreensión del pequeño era inmensa y, sin pararse a pensar, se alejó del lugar con ellas. Pero los gritos de su hermano lo frenaron. Estrella le soltó la mano y siguió corriendo hacia al pueblo con Belén; estaban demasiado asustadas para detenerse. Eugenio también corrió, pero en dirección contraria, en busca de su hermano.

Biel empezó a notar la satisfacción que la violencia y la agresión solían producirle, y ordenó al resto que sujetasen a Eloy para inmovilizarlo. Imanol iba tan pasado de alcohol que apenas sentía dolor en la entepierna y, expulsando una risa malvada, obedeció al momento. Eneko, con su apocada actitud de costumbre y una borrachera de órdago, hizo lo propio. Roberto, el menos bebido, pensó que aquello se les estaba yendo de las manos, pero, acomodado en su sumiso comportamiento, también hizo caso. Biel se sumó a ellos, miró a Gonzalo sonriendo y asintió. No perdió un segundo en bajarle el pantalón y el calzoncillo a Eloy para mirarle el culo, fijamente; Gonzalo estaba excitado, mucho más de lo que hubiera imaginado.

El pequeño Eugenio llegó a tiempo de presenciar algo espantoso: Eloy estaba en el suelo, boca abajo, sujeto por las extremidades y con Gonzalo arrodillado entremedias de sus piernas y casi encima de él. Su inocencia no entendía la envergadura, y mucho menos la repercusión, de aquel acto, pero, igualmente, le cortaba la respiración.

—¡Soltad a mi hermano, so desgraciados! —gritó Eugenio al verlos.

—Callad a ese puto crío —ordenó Biel.

—¡Vete de aquí! ¡Corre! ¡Corre! —chilló Eloy, desesperado.

Y su hermano corrió, pero hacia él, y, con saña, le soltó un puñetazo a Gonzalo en la espalda.

—¡Maldito enano! —espetó, cogiéndolo por la muñeca con fuerza y zarandeándolo, algo fácil por lo enclenque que era.

—¡Vete, vete, vete! —repetía Eloy a gritos, asustado.

—Cógelo y apártalo de aquí, pero que no se marche —avisó Gonzalo a Roberto, que agarró al niño de inmediato—. Hagamos esto rapidito, no vaya

a ser que esas bocazas vuelvan con compañía.

—Pues cállate de una puta vez y empieza, tío —exigió Biel.

—Muy bien, Eloy, vamos a pasárnoslo bien, así que quietecito y relajado —anunció Gonzalo con jocosidad, desabrochándose el pantalón y liberando su erección.

Roberto apartó a Eugenio de ellos y, con el brazo, le envolvió el torso con fuerza, inmovilizándolo, tal y como le había pedido Gonzalo. Con la otra mano le tapó los ojos para que no viera lo que ocurría, pero los oídos del pequeño quedaron al descubierto y le permitieron escuchar los lamentos de su hermano, las risas del resto, las palabras obscenas y nauseabundas de Biel...

—Suéltame, cabrón —gritó Eugenio, que, por primera vez, usaba aquel feo vocablo—. Suéltame o te juro que te mataré. ¿Qué le hacéis a mi hermano? ¡Eloy! ¡Eloy! ¡Dejadlo ya! ¡No le hagáis daño! ¡Eloy! Malditos cabrones de mierda, dejadlo en paz. ¡Suéltame, cabrón, suéltame! —aulló una y otra vez, acompañando las palabras con blasfemias, insultos y amenazas.

Eugenio se revolvía una y otra vez para soltarse y acudir a ayudar a su hermano, pero era imposible. Por más que lo intentó, lo único que consiguió fue que la mano de Roberto se apartara un momento de sus ojos. Y en ese instante vio algo monstruoso cuya gravedad su juventud no le permitió comprender, pero que le sobrecogió.

Percibiendo el sufrimiento de ambos hermanos, Roberto estuvo tentado de parar a Gonzalo, pero sabía que hacerlo le traería problemas y pondría al resto del grupo en su contra, algo nada bueno para él, así que calló. De nuevo le tapó los ojos a Eugenio, que cada vez se revolvía con más fiereza, pero el pobre niño siguió escuchando los incesantes lamentos de su hermano, que le encogían el corazón; la estridente risa de Biel, que le revolvía el estómago, y aquellas palabras de aliento que le ponían los pelos de punta.

—Vamos, no te detengas, Gonzalito, dale lo suyo, si le gusta.

El sufrimiento de Eugenio era notable y crecía con cada palabra y con cada risa. De pronto, escuchó a su hermano llorar, y eso le desesperó más. El llanto de Eloy le rompió el alma en pedazos. Luego Biel comenzó a reírse a carcajadas, y la respiración de Gonzalo sonó extraña y acabó con un resuello. Biel calló de forma instantánea, y Eloy dejó de llorar y lamentarse. Por unos segundos, se hizo un silencio atronador, espantoso. Eugenio, por fin, se liberó

de la presa de Roberto y corrió hacia su hermano. El pobre se quedó mudo al ver en qué condiciones le habían dejado: estaba desnudo de cintura para abajo y tenía sangre por las nalgas. Eugenio lo observó de arriba abajo; solo sangraba por esa zona y él no comprendía por qué. Su inmaduro cerebro no podía imaginar que era consecuencia de los desgarros anales causados por la violación de Gonzalo. Él pobre solo sabía que le habían hecho daño, bastante, demasiado por lo que parecía. Aterrorizado, le preguntó qué le ocurría y cómo se encontraba, pero su hermano no pudo articular palabra y de nuevo se puso a llorar. Eugenio se tumbó a su lado y comenzó a acariciarle el cabello con todo el cariño del mundo, a la par que las lágrimas brotaban de sus ojos y su corazón se fragmentaba lentamente. Se sentía impotente. Nunca había visto sufrir tanto a su hermano, ni siquiera cuando su padre le insultaba o le pegaba. Jamás.

Los cinco desalmados del campamento recogieron todas las linternas, se marcharon tranquilos y sin mediar palabra, como si no hubiera pasado nada, y los hermanos se quedaron solos en el bosque, a oscuras. Eloy estaba malherido, y Eugenio, tremendamente asustado, trataba de consolarlo mientras lo acompañaba en su llanto.

Cuando llegaron a casa, donde esperaban encontrar refugio, todo fue a peor, pues su padre, al ver las heridas de Eloy, supuso que había practicado un acto antinatural y salvaje. Una vez más, Lucila salió en defensa de su hijo, incluso intentó llevarlo al médico, pero Antón no dudó en encañonarla con la escopeta para hacerla desistir en su empeño. No estaba dispuesto a que nadie del pueblo se enterase de la condición sexual de su hijo, bastante hablaban ya, así que prohibió taxativamente llevarlo al médico o al hospital de Huesca, y la palabra de Antón Castán era ley en esa casa.

Desde aquella fatídica noche, todo empeoró para el mayor de los Castán. Antón empezó a detestar a Eloy, a quien no paraba de gritarle que era un invertido, una deshonra y el culpable de la vergüenza que sentía la familia. Alguna vez le había puesto la mano encima, pero desde aquella noche lo hizo a diario, incluso lo azotaba con el cinturón y le escupía. Antón dejó de querer a su hijo y en su corazón solo habitaba un anhelo: que desapareciera de la faz de la Tierra. Pensaba que solo así podría sacudirse la humillación que sentía, y por eso llegó a desearle la muerte en más de una ocasión.

Su madre, como buenamente pudo, curó las heridas externas de Eloy, pero fue incapaz de hacer lo mismo con las internas. La panda de desalmados

y su vil acción sentenciaron al joven, y el comportamiento de su padre, repudiándolo, le dio la puntilla. Un día, la afrenta traspasó el umbral de la desesperación e hizo que Eloy tomara una drástica decisión. Aquello fue un duro golpe para Eugenio, que en ese momento sintió que la semilla del rencor se había plantado en sus entrañas. Una semilla que, con el tiempo, germinaría haciendo nacer en su corazón un odio intenso e insaciable que se quedaría a vivir para siempre en él.

Por unos instantes, sentí que me faltaba el aire. La historia de Germán estaba preñada de un inmenso padecimiento. Sus palabras rebosaban dolor y a la vez hacían malabares con una rabia soterrada que empezaba a supurar. Sus gestos también mostraban un preponderante daño, tan supremo que me turbó. Pero, al margen de que yo fuera capaz de entender lo horroroso que habría tenido que ser pasar por aquello, y por tanto sentir la pena ajena como propia, no debía olvidar lo que Germán había hecho ni perdonar la situación en la que ahora mismo estaba yo: retenida, arrinconada entre el respaldo y el brazo del sofá y amenazada por una inyección de insulina. Oteé la jeringuilla y pensé en el peligro que estaba corriendo y en que no podía ser en vano. Debía conseguir la confesión de Germán como fuera, no recurriría a Bruno hasta que no me quedase más remedio. Y lo primero y principal que debía conocer era su identidad, porque aún no sabía con certeza con quién estaba hablando.

—¿Quién eres? —le pregunté sin preámbulos.

—Qué más da mi nombre. Soy el hombre que se enamoró de ti hace muchos años. El mismo que irremediamente cada vez que te ha ocupado se ha trasladado a nuestra aventura en La Toscana.

—¡Cállate! Ni lo menciones, no vuelvas a recordarme que... —No acabé la frase.

—¿El qué? ¿Que nos hemos acostado? ¿Que hemos hecho el amor y disfrutado con nuestros cuerpos?

—¡Que no lo quiero oír! —Volví a mirar la jeringuilla.

—Lola, has sido la mujer más especial que ha habido en mi vida, con la única que he podido aislarme del dolor. Todas mis heridas se cierran cuando estoy dentro de ti. Hacer el amor contigo ha sido una redención para mí.

—¡No sigas! —chillé, cargada de rabia y de una inesperada pena, intentando tragar el nudo de mi garganta.

—Aquellos días fueron maravillosos para mí —continuó, desobedeciéndome, inclinándose hacia mí y acercando peligrosamente la

aguja a mi cara—. Por primera vez no pensé en la venganza, sino en hacerte disfrutar a ti. Y pensar en la manera de robarte jadeos me hizo evadirme de mis amargos pensamientos. —Asintió. Yo, irremediabilmente, guardé silencio al ver en sus ojos algo que me conmovió: no mentía—. Nuestro vínculo es especial, único, tenemos algo que muchos no llegarán a conocer. Nos necesitábamos, Lola. Yo te necesitaba tanto como el aire, eras el oxígeno que me depuraba; y a ti te sucedía lo mismo conmigo, tu cuerpo me lo decía. —Sonrió casi emocionado, clavando sus ojos en los míos—. Cada día que he conquistado tu interior he logrado anclar la paz a mi corazón, y esa es una sensación fantástica y muy gozosa, pero, al abandonarte, la paz se esfumaba. —La sonrisa se borró de su cara; parecía decepcionado—. Aunque sentía que había ganado una batalla, me quedaban muchas más por librar para ganar mi guerra. Por eso soñaba con estar siempre junto a ti, con poder poseerte cada día y conseguir esos minutos de paz, primordiales para mí, con los que superar otra contienda y ganarle terreno a mi parte oscura.

—Pero también sabías que ese sueño era imposible porque tú eres el asesino que llevo buscando más de un año —indiqué con el alma vencida, lo que acababa de confesar era tan halagador como tortuoso.

—Sí, comprendía que lo nuestro nunca tendría futuro por culpa de mis pecados —aseguró.

—Durante más de un año no he dejado de pensar en el asesinato de Gonzalo ni he vuelto a dormir bien desde entonces. —Un sudor frío caía por mi frente ante la proximidad de aquella jeringuilla, letal para mí. Ardía en deseos de avisar a Bruno, pero me contuve, necesitaba su confesión completa, y seguí—: Llego aquí con la intención de resolver el caso y tú juegas conmigo sin piedad. —Con la última palabra, se me quebró la voz, pero mi coraje me recompuso veloz—. Y todavía no sé quién eres. No sé quién eres, joder —repetí, esta vez con cierta rabia.

—¿Quieres saber quién soy? —Se quedó pensativo, mirándome—. ¿Por qué, Lola? Aquí lo que importa son los hechos, lo que sucedió, encontrar el móvil que buscas, encajar las piezas, no mi nombre. —Negó con la cabeza—. Y ahora yo te voy a hacer una pregunta: ¿qué opinas sobre mi historia?

Cambié inmediatamente mi estrategia, pensé que si le seguía el juego podría hacerle responder todas mis dudas. Si no quería desvelar su identidad hasta última estancia, lo respetaría.

—Que nadie puede poner en duda que es durísima y terrible. Una violación es un acto vil y despiadado, y soportarlo debe de ser espantoso. Vuestro padre era un ser despreciable e imagino que debido a su despiadada conducta no guardéis muchos recuerdos gratos de vuestra infancia. Pero, dicho esto, que te quede claro que no justifica tus actos —dictaminé con gravedad.

—¿Que no los justifica? —Me observó como si hubiera dicho el mayor disparate del mundo.

—No —contesté rotunda—. Para cambiar el mundo existe la justicia.

—¿Qué mierda de justicia es esa? —Su tono se alzó agresivo. La aguja volvió a aproximarse a mi rostro, casi lo rozaba.

—La que dice que la ley es igual para todos y que hay que cumplirla —respondí en su mismo tono, y tomé aire para calmarme—. Las leyes se inventaron para mantener un orden. Si todo el mundo se tomara la justicia por su mano, esto sería peor que vivir en la jungla.

—Ya vivimos en una. En este mundo hay depredadores a los que las leyes amparan, aunque tú aún no lo quieras ver —dijo convencido—. ¿Qué hubieras hecho tú? ¿No desearías matarlos? —preguntó, tan crispado como ofendido—. Dime, ¿qué hubieras hecho, joder? —La ira le desfiguró las facciones. Por primera vez se alteraba de esa manera y llegó a asustarme de verdad.

—No lo sé... En ese momento, en caliente, quizás hubiera sido capaz de hacer muchas cosas, pero en frío, después de tantísimos años...

—Los años pasaron pero el dolor de mi corazón no desapreció; ni siquiera menguó —volvió a chillar, interrumpiendo mi explicación—. En mi cabeza, ese dolor jamás se ha apaciguado, el recuerdo permanece tan vivo que es como si hubiera ocurrido ayer. Y cada día es ayer. Y cada día que pasa sigue siendo ayer. Y así mes a mes, año tras año, siempre igual que si fuera ayer, ¿lo entiendes?

—Quizá pueda entenderte —respondí, compasiva.

—¡No! Tú no tienes ni puta idea porque no has pasado por ello —voceó, tan furioso que le palpitó la yugular—. No entiendes que mañana el mundo comenzará una vez más y de nuevo mi sed de represalia aflorará. El mundo cambiará, pero mis ganas de venganza no se extinguen.

Decidí variar el interrogatorio para avanzar, empezaba a toparme con un muro que no me dejaba ver más allá del dolor que soportaba Germán y que lo tenía cegado, y la amenaza que suponía la jeringuilla de insulina empezaba a minar mis nervios de forma irremediable.

—Y por eso los mató Roberto, ¿verdad? Cuéntame por qué estaba obligado a hacerlo y por qué se ha suicidado. Dímelo para que sea capaz de ordenar las piezas y encajarlas —exigí, ansiosa de respuestas.

—Roberto no los mató a todos. Yo maté a Gonzalo —confesó, y mi corazón estuvo a punto de detenerse. Me resultaba imposible pensar que el mismo hombre dulce y cariñoso que había compartido cama conmigo hubiera sido capaz de ejercer aquella violencia tan espeluznante. Lo observé desencajada, boquiabierta—. No me mires de esa forma porque no soy ningún psicópata, Lola; por eso no pude eliminar al resto. —Una mueca de amargura deformó su semblante—. Pero el destino se puso de mi parte y colocó en mi camino al pusilánime de Roberto, un asqueroso mujeriego de carácter débil al que pillé engañando a su mujer y le chantajeé con ello. Se vio obligado a hacer lo que yo no podía: dar muerte a los desgraciados que quedaban. Roberto se convirtió en la Mano Ejecutora del plan, y yo en el Cerebro, y, siguiendo mis órdenes, mató al resto.

—¿Y qué pensabas hacer con Roberto? —De repente saltaron las alarmas en mi interior—. ¿O también lo has obligado a matarse?

—Pensaba matarlo yo, y se lo dije, no te lo voy a ocultar —explicó con flema—. Sin embargo, él se me adelantó y se quitó la vida. Pero te prometo que lo que yo tenía planeado para él no era doloroso, sino dulce.

—¿Dulce? ¿Me estás vacilando? —le demandé, tan perpleja como escandalizada—. Por el amor de Dios, vi lo que le hiciste a Gonzalo. ¡Joder, vomité! ¡Vomitó! —recalqué en un grito.

—Si te sirve de consuelo, yo también lo hice —me reveló con sinceridad—. Aunque no lo creas, no disfruto con la violencia. Sentí que estaba obligado a usarla para que esos degenerados no se fueran de rositas, pero, a la hora de la verdad, me faltó estómago para ser un asesino. —Suspiró—. Lola, yo... —Hizo ademán de tocarme.

—Ni se te ocurra —escupí con rabia, apartándole mi brazo todo cuanto pude; esquivando aquella aguja letal que no soltaba.



—No soy un monstruo —anunció con gesto constreñido.

—Yo no sé ni lo que eres —dije de forma cáustica.

—¿Y qué me dices de ellos? —chilló airado.

Lo miré a los ojos fijamente y no vi el vacío de quien no tiene alma; detrás de su mirada solo había tristeza. Mucha. En abundancia.

—Ellos eran unos agresores y merecían un castigo, por supuesto que sí, pero tú no eres quién para impartírselo, para eso están las leyes y los jueces.

—¿Leyes? ¿Jueces? —Sonrió con mordacidad—. Palabras bonitas pero carentes de significado —siseó furibundo—. Y no me mires así, Lola, me conoces, sabes que no soy un monstruo.

—Yo no sé nada de ti —enuncié, sintiendo una extraña vacilación entre el asombro, la pena y el desprecio.

—Solo soy un hombre atormentado que ha tratado de hacer justicia, ni más ni menos —explicó a media voz, y lanzó un soplido que mezclaba frustración con agotamiento emocional—. Ojalá hubiera tenido las agallas de matarlos a todos con mis propias manos. Entonces podrías llamarme monstruo, porque en verdad lo sería.

—Tú ya no sabes ni lo que eres, lo has confundido todo.

—Criticar es fácil desde tu perspectiva.

—¿Y cuál es mi perspectiva? ¡Dime! Si ni siquiera sé con quién diantres estoy hablando. ¿Eres Eugenio? ¿Eres Eloy? ¿Quién leches eres? —Elevé la voz—. ¿Con cuál de los dos malditos hermanos Castán estoy hablando?

—Eso depende, Lola —respondió con la calma que en ese momento me faltaba a mí—. Según mi DNI soy Germán Egea Calderón, y según mi partida de nacimiento, Eugenio Castán Calderón. De día soy una persona normal, como todos esperan; pero por las noches un hombre mortificado, consumido por el odio, que solo vive alentado por vengar a su hermano. —Suspiró hondo y se frotó la barbilla—. Aunque en realidad ya no sé quién soy, el rencor ha carcomido mi parte pura, y también la oscura, a Germán, a Eugenio; nos ha corroído a todos.

Su revelación me dejó impactada. Germán era Eugenio, eran la misma persona. También me había sobrecogido saber que él era aquel pequeño al que Roberto Santos sujetó esa noche mientras Gonzalo sodomizaba a su

hermano. Tuvo que ser espantoso para él, un hecho traumático que, de forma inevitable, había arrastrado a lo largo de su vida como una pesada losa. Seguramente el móvil que lo llevó a actuar.

—¿Y Eloy? —le demandé sin dilación, mientras digería la impresionante noticia.

—Muerto —concluyó.

—¿Y por qué le dijiste a Anunciación Escartín que seguía vivo? —pregunté intrigada.

—Vaya, esa mujer aún recuerda mis palabras. Tuvieron que sembrar muchas dudas en ella. —Torció una sonrisa.

—Algo lógico y normal, ¿no crees? —le recriminé—. Lo que no entiendo es por qué se lo dijiste.

—Porque es la verdad. Porque Eloy, mi querido hermano, siempre ha vivido en mí, siempre está conmigo, dentro de mi alma. Siempre, siempre, siempre —repitió con la voz quebrada—. Eloy era un gran muchacho, ¿sabes, Lola? A veces, cuando venzo a mi lado oscuro, casi asumo su personalidad, me siento él..., actúo como él..., quiero ser igual que él. Pero Eugenio siempre acaba viniendo a hablar conmigo, a malmeterme, a arrastrarme a la oscuridad y al odio; y termino escuchándolo, respondiéndole y obedeciéndolo.

Sentí un fuerte escalofrío tras oírle, Germán estaba muy tocado por el dolor. Había aprendido a vivir siendo dos personas distintas dentro de una misma mente, disoció su personalidad. La mano con que sujetaba la jeringuilla seguía suponiendo una amenaza, aunque ahora, con su confesión, casi temblaba y empezó a descender. Noté una mezcla de compasión y miedo corriendo por mis venas que me asustó y agitó a partes iguales. Y, solicitándome entereza, decidí continuar para conseguir ensamblar las últimas piezas del rompecabezas.

—¿Realmente sufrió un accidente?

—No. —Negó con la cabeza a la vez que un velo cubrió sus ojos y cargó su lagrimal—. Eloy se suicidó.

De nuevo, una bofetada de incompreensión me sacudió en plena cara.

—Entonces, ¿por qué declaraste a la Guardia Civil que fue un accidente?

—Porque mi padre me obligó a hacerlo —respondió apenado, muy triste.

—No lo entiendo. —Sacudí la cabeza—. No entiendo por qué quiso encubrir el suicidio de su hijo.

—Muy sencillo, Lola. Para mi padre reconocer el suicidio era igual que admitir el motivo, que para él no era otro que la homosexualidad de mi hermano. Por eso decidió que debíamos contar que fue un accidente, y, escudándose en el profundo dolor de mi madre y en el mío, dramatizó la situación en exceso. Lo hizo para acelerar el proceso y enterrar a mi hermano lo antes posible.

—Ahora comprendo que no quisiera que se le hiciera la autopsia. —Expelí una bocanada de aire mientras pensaba en lo difícil que había tenido que ser para ellos vivir con un padre así, y añadí—: Aunque sigo sin entender por qué lo consintió la Guardia Civil.

—Confirieron en su palabra porque mi padre formaba parte de esa justicia tuya, sin más, igual que creyeron íntegramente mi declaración por ser su hijo. Pero que ellos lo creyeran no significó que el pueblo lo hiciera, y los cuchicheos, el deporte por excelencia de Lagos del Pino, se acrecentaron y nunca murieron por completo. Todos especulaban sobre cómo había muerto Eloy, incluso había quien dudaba de su muerte, como pudiste comprobar, y continuar viviendo en el lugar donde mi hermano había perdido la vida era igual que sufrir un castigo. —Hizo una pausa con la que trató de controlar sus sentimientos, a punto de desbordarse—. El carácter de mi padre cada día era más inaguantable, y mi madre se convirtió en la viva imagen de un alma en pena. Yo solo pensaba en Eloy, en lo mucho que lo echaba de menos y en cuánto odiaba a aquellos desgraciados que habían aparecido para cambiarnos la vida. Abandonamos el pueblo un par de meses después, aunque a mí me daba igual dónde viviera, porque mi mente siempre portaba la misma pena y el mismo ansia: vengar la muerte de mi hermano. Confiar en que ese día llegaría me ancló a la vida. —Asintió, y volvió a alzar la jeringuilla, que había mantenido un rato fuera de mi vista.

—Todo lo que cuentas es horrible —enuncié acongojada.

—Es más que eso, Lola, mucho más. ¿Tienes idea de lo atroz que resulta que alguien invada tu cuerpo sin tu consentimiento? ¿Puedes imaginar lo inhumano que un padre puede llegar a ser si su hijo le causa rechazo? ¿O el fiero dolor que supone ver los sesos de tu querido hermano esparcidos por la

pared? —Lanzó las preguntas con tanto odio que su rostro se tatuó de un tormento que jamás había visto asomar en él. Me dolieron sus palabras, cada una de ellas se clavó en mi carne igual que astillas de madera—. Ellos truncaron la vida de mi hermano, ellos lo mataron. No lo hicieron aquella noche, pero todos cargaron y dispararon la escopeta con la que Eloy se voló los sesos —afirmó tajante—. Jamás he conseguido borrar aquel día de mi memoria, aún tengo pesadillas con esa imagen. —Acompañó sus palabras con un alarido que me causó escalofríos—. Recuerdo una y otra vez lo triste que se encontraba mi hermano, más bien se sentía roto. Habían pasado más de dos semanas desde la desgraciada noche y Eloy no había vuelto a ser el mismo, pero ese día estaba peor. Sabía que las palabras y actos de nuestro padre habían tenido que ver en su imperante tristeza, lo que no imaginaba era hasta qué punto le influyeron para tomar aquella cobarde y a la vez tan valiente decisión. Mi hermano bajó al sótano y yo, una vez más, fui detrás de él. Minutos después me pidió que subiera a su habitación a por una linterna y yo obedecí. Cuando regresé me encontré con una imagen dantesca: Eloy estaba arrodillado y tenía el cañón de la escopeta pegado a la barbilla, la culata estaba apoyada en el suelo y sus dedos acariciaban el gatillo. —Gimoteó, y unas furtivas lágrimas cubrieron sus mejillas—. Mi grito se entrelazó con el ruido del disparo y creó un sonido de lo más horrendo. Eloy cayó al suelo, desplomado, y las paredes se tiñeron de rojo con la misma celeridad que mi alma se inundó de la más absoluta oscuridad. Corrí a su lado, llorando, gritando, enloquecido..., y lo abracé. Lo mantuve entre mis brazos, me empapé con su sangre y no me separé de él hasta que el dolor me privó de sentido y desfallecí. —Su llanto se acrecentó de forma irremediable y yo aguanté como pude el ahogo que empezaba a gobernarme—. Eloy gestó su suicidio por culpa de aquel acto depravado, salvaje e inhumano al que ellos le sometieron. Todos firmaron su sentencia de muerte, y ahora todos están donde deben estar, bajo tierra, siendo pasto de los gusanos, como mi hermano.

Volví a quedarme turbada y con el corazón encogido. La historia de los hermanos Castán era tremendamente dura y desoladora. Germán también guardó un estricto silencio que me encogió el estómago, y con él frenó el llanto y trató de reponerse. Yo seguí meditando, debatiéndome entre lo que veía, a un hombre sensible, dañado, atormentado, y lo que no apreciaba pero sabía que existía: su antagonismo, la parte cruel, rencorosa e infestada de odio.

—¡Ah! —exclamó de repente—. Y por si te preguntas por qué cambié de nombre y apellidos, te confesaré que fue porque no quería nada que me recordase a mi padre, aquel dictador con el que tuve que compartir el mismo techo hasta que cumplí la mayoría de edad y me emancipé, que me producía un gran rechazo, que día a día y a cucharadas me alimentó de odio hasta empacharme de él. Soporté esos años gracias al cariño de mi madre, una mujer sumisa que jamás se atrevió a sublevarse contra su marido —explicó, plagado de pena—. Y ahora di algo, por favor, porque se acerca el final, ya no hay marcha atrás. —De nuevo tenía la jeringuilla de insulina frente a mi cara.

—Lo único que puedo decir es que viendo lo que he visto de ti me cuesta creer que tú lo hicieras, pero sin duda eres infame, el autor de una salvajada —dije, sintiendo mi corazón hecho añicos.

—Ellos fueron los salvajes, Lola, ellos me hicieron como soy —manifestó severo.

—Puedo entender tu dolor, la rabia, el desconsuelo, el tormento..., pero, aun así..., no comparto ni puedo compartir tu actitud, Germán.

—Ni yo logro comprender tu justicia, esa que prescribe. ¿Quieres que hablemos de ella, Lola? Porque cuando yo encontré a ese hatajo de malnacidos, los hechos, su malvado acto, ya habían prescrito para tu justicia. Sin embargo, mi sed de venganza, no. —Negó con la cabeza—. La venganza no prescribe, Lola. Esa no. —La voz se le rompió por completo, dejándole indefenso. De nuevo las lágrimas comenzaron a anegarle el rostro, pero esta vez le despojaron de su coraza protectora, la invisible armadura con la que se vestía desde hacía veintinueve años. Por fin cayó a sus pies y, por primera vez, me mostró al verdadero hombre y sus heridas. Germán, o Eugenio, era una persona reconcomida y martirizada por la muerte de su hermano, su vida solo giraba en torno al ansia de venganza, nada más lo motivaba.

—¿Y de qué te ha servido? ¿Ahora te sientes mejor? ¡Dime! —le exigí, tal y como le veía no parecía una persona satisfecha con el resultado de sus actos.

De pronto, Germán soltó la jeringuilla. La dejó en el suelo, a su lado, y comenzó a enjugarse el llanto mientras pensaba la respuesta que iba a darme. Sentí un ligero alivio, creí que aquella aguja había dejado de ser una amenaza, aunque no pensaba perderla de vista por si acaso.

—En honor a la verdad, no me siento mejor —respondió por fin—. Matarlos no ha resarcido mi dolor ni me ha devuelto la paz que necesito para seguir viviendo. Tampoco voy a decir que me arrepiento de ello ni que pagaré por sus muertes el resto de mi vida. Desde luego que no. —Torció una sonrisa incómoda—. ¿Y sabes por qué? Porque estoy cansado, agotado de fingir lo que no siento, de aparentar ser otro hombre, uno que vive feliz y en paz consigo mismo. Falso. Todo fachada —sentenció con una tristeza amarga—. Nadie puede apaciguar mi tormento, ni siquiera las muertes de esos miserables. Y ahora solo me queda una salida, Lola. —Alargó la mano y volvió a coger la letal jeringuilla de insulina.

—Voy a detenerte, Germán —le avisé con toda la convicción que pude reunir—. Y si no lo hago yo, lo hará mi compañero, de modo que no compliques más las cosas. —Desvié mi vista a la jeringuilla e instantáneamente mis ojos se cargaron de temor, no lo pude disfrazar ni ocultar. A él no le pasó desapercibido y pensé que era hora de llamar a Bruno.

—¿Acaso piensas que... —dejó la pregunta inconclusa, arrugando la frente, mirándome aterrado; y el nombre de mi compañero se quedó colgando de la punta de mi lengua—. ¡No, Lola, no! —exclamó escandalizado—. Jamás te haría daño a ti. —Sacudió una y otra vez la cabeza y por fin se levantó del sofá y me liberó de su arrinconamiento.

Yo también me levanté y, veloz como una bala, eché mano a mi nueve milímetros.

—Suelta esa jeringuilla ahora mismo y pon las manos en alto —le ordené, quitando el seguro del arma. Mi corazón comenzó a latir con fuerza; él, sin embargo, no se inmutó por verse encañonado.

En un mero parpadeo, Germán hizo un movimiento brusco con el brazo y se clavó la jeringuilla en el abdomen. Luego me miró a los ojos, apretó el émbolo y vació el líquido dentro de su cuerpo. Acababa de inyectarse la insulina y yo no había sido capaz de impedirselo. El terror me había paralizado. Durante todo ese rato no era mi vida la que había estado en riesgo, sino la suya: su intención era suicidarse. La acción me cogió tan desprevenida que mi cerebro se vio incapacitado para tomar una decisión e impedir su sacrificio, ni siquiera tuve la tentación de dispararle solo para disuadirle, no para matarlo. Quizá no pude hacerlo porque era Germán quien tenía delante. Germán, mi aventura del pasado, el hombre con el que mi

corazón se había ilusionado en el presente. Germán, no un psicópata. Germán, un alma atormentada que había dejado que su odio y su suplicio lo cegara y le llevara a perpetrar una cruel venganza. De seguro que eso fue lo que me impidió dispararle. La pesadumbre se instaló en mí, y el corazón, con un estruendoso latir, inició una carrera frenética.

—¿Qué has hecho? —le pregunté. Él me observó de una forma tan penetrante que se me olvidó respirar.

—Justicia —contestó.

Sus ojos, ebrios de dolor y tormento, se convirtieron en un imán para mí, no podía despegarme de ellos.

—¡No, no! —grité, sujetando el arma con las dos manos, sin dejar de apuntarle y temblando. Las lágrimas saltaron a mi rostro igual que proyectiles violentos.

—Claro que sí, Lola. Es de justicia que muera, lo sabes. He sido un hombre que se ha limitado a sobrevivir, entumecido por el dolor, presa del rencor, anhelando con extrema ansia que todo acabase. —Extrajo la aguja de su cuerpo y dejó la jeringuilla sobre la mesa de centro—. No pienso ir a la cárcel y tampoco espero que me pegues un tiro, a menos que sea eso lo que desees. —Levantó las manos, indicándome que no iba a oponer resistencia. No dije ni hice nada, solo seguí llorando—. Abandonaré este mundo de forma plácida, bastante atormentado he vivido en él —explicó con la mirada vidriosa.

—¡No, no, no! —repetí como si de un estribillo se tratase, blandiendo la pistola, sin cesar de llorar, coreando los monosílabos con quejidos, abatida y rota.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Lola. Siento haberte hecho daño, pero te juro que nunca fue mi intención. —Germán se acercó a mí y la pistola quedó pegada a su pecho, pero mis dedos no estaban por la labor de disparar y él ya lo sabía—. Gracias por concederme mi última voluntad —susurró, y me dio un beso en la frente.

Las lágrimas siguieron rodando por mis mejillas. Tener la siniestra conciencia de que Germán iba a morir me hizo sentir un profundo dolor, intenso, insondable. Dolía sobremanera. ¿Por qué dolía de esa forma tan horrible? Estaba frente a un asesino, qué más daba que se quitara la vida si

era un ser despreciable. ¿Lo era? ¿Era un asesino? ¿O era un justiciero? ¿Por qué dudaba? ¿Por qué me dolía tanto? ¿Por qué me quemaba? Rompí en sollozos; altos, desgarradores, perdidos en la incomprensión. Germán me regaló unas delicadas caricias en el cabello; eran de consuelo, intentaba calmarme. Después se acercó al sofá y se tumbó en él, sonriente. Alzó la vista al techo, aunque mirando a la nada, y dijo:

—Eloy, hermano, pronto estaremos juntos para siempre. Muy pronto, Eloy. Por fin, hermano, por fin. —Y cerró los ojos. De ellos se derramaron dos lágrimas, aunque no eran de tristeza, sino fruto de la felicidad. Lo confirmaba su alargada sonrisa y su gesto invadido de paz, incluso el tono de sus palabras me lo hicieron paladear.

Mi cuerpo no aguantó más y cayó al suelo de rodillas, sin soltar el arma, sin dejar de apuntar al frente, llorando de forma infinita. En ese instante estaba colmada de dolor, aunque no sabía cuál era la causa exacta de tanto sufrimiento. ¿Qué me torturaba más?, ¿que Germán fuese un asesino, que se hubiera estado acostando conmigo, que para él fuera una mujer especial, haber disfrutado de su compañía, verlo como un hombre normal y no como un ser aborrecible, sentir pena de su persona, no haberle disparado gracias a mi falta de valor, que muriera...? Quizá todo el cúmulo de motivos era lo que me estaba desgarrando el alma a jirones, lentamente y de forma cruenta, arrancándome un pedazo de vida con cada tira, destrozándome igual que si fuera una muñeca de trapo.

De repente oí un estrepitoso ruido, parecía un disparo y procedía de detrás de mí. Después sonó otro más fuerte y seco, como si hubieran echado abajo la puerta.

—¡Lola, Lola! ¡Detenlo, joder, detenlo, no lo dejes morir! —voceó de repente Bruno.

Era Bruno. Bruno acababa de llegar. Estaba aquí, conmigo, ahora mismo, tomándole el pulso a Germán, que ni se había inmutado con la inesperada presencia de mi compañero. Después se acercó a mí, veloz, y me preguntó:

—¿Estás bien? Lola, ¿te encuentras bien?

No pude contestarle, mis cuerdas vocales estaban tan bloqueadas como se habían quedado mis manos. Las únicas que seguían respondiendo eran las puñeteras lágrimas, que no dejaban de resbalar por mi rostro con impaciencia.



—¡Lola, reacciona! —me pidió, claramente nervioso, y con urgencia tomó el móvil y empezó a marcar en él—. Acabo de enviarles la ubicación. ¡Manden una ambulancia ya, rápido! —exigió a voz en grito, y colgó—. ¡Lola, por favor, di algo! ¡Habla! ¡Habla, por Dios! —exclamó una y otra vez, desesperado.

Intenté responderle, pero fue imposible.

La voz de Bruno se extravió por mis tímpanos.

Mi corazón bombeaba la sangre de forma desbocada.

La habitación empezó a girar sobre mí.

Me quedé sin aliento.

La vista se me perdió en una negrura infinita.

Mi cuerpo se precipitó contra el suelo.

Y todo dejó de existir para mí.

Adormilada pero inquieta, me deshice de la sábana que me cubría; estaba sudando. Me recliné y me observé, un tanto desorientada: vestía un camisón, que no recordaba que fuese mío, por lo menos dos tallas más grande que la que usaba. Paseé con prisa la vista por la fría habitación, prácticamente desnuda de mobiliario, y descubrí al comisario Torres.

—¡Por fin! —exclamó, levantándose de un sillón y acercándose a mí—. Menos mal que ya has despertado.

—¿Cómo que despertado? ¿Qué ha ocurrido? —pregunté confusa.

—Te desmayaste, ¿no lo recuerdas? —Mostró signos de preocupación.

—No lo sé. —Intenté hacer memoria y de pronto, con la fuerza de un huracán, todo llegó a mi mente. Se me anudó la garganta, incluso unas lágrimas rebeldes amenazaron con peregrinar por mis mejillas, aunque, de un manotazo, les corté las alas de inmediato.

—Veo que ya te acuerdas —observó Torres.

—¿Germán ha muerto?

—¿Cómo estás, Lola? —El comisario esquivó mi pregunta.

—¿Ha muerto? —insistí con adustez.

—Sí —afirmó rotundo—. ¿Y ahora me vas a contestar?

Guardé silencio tratando de asimilar la noticia, acababa de sentir una puñalada en el corazón. Germán había muerto; era algo que esperaba pero no deseaba oír. Una profunda pena comenzó a hacer malabares con el sentimiento de traición, buscaban un punto de equilibrio para no dejarme caer por el precipicio de la rabia.

—Lola, ¿estás bien? —preguntó de nuevo, preocupado por mi mudez.

—Me duele mucho la cabeza, creo que me va a estallar de un momento a otro. —Me la cogí con las manos—. En realidad siento como si me hubieran clavado mil agujas en ella y ahora fuera un colador por el que penetra directamente la luz. Y me quema.

—Bajaré la persiana para que la habitación esté más oscura. —Lo hizo mientras hablaba—. Voy a buscar al médico para decirle que ya has despertado.

—Comisario, no cree que tenemos que hablar. —Repentinamente, mi estómago se convirtió en un manojito de nervios.

—Por supuesto que sí, pero ahora mismo hay otra prioridad: tú.

—Por favor, al menos dígame cómo murió. ¿Fue algo rápido? Necesito saberlo. —La pena me asaltó y se reflejó en mi mirada.

—No sufrió —dijo en tono confortador—. Se inyectó una dosis letal de insulina, entró en coma en la ambulancia y falleció a las puertas del hospital. Fue una muerte apacible, se durmió y no despertó. No te castigues, Lola —me sugirió con una clara preocupación.

Su confesión me provocó unas lágrimas que no pude evitar, por más que lo intenté. En ese instante, la puerta de la habitación se abrió y me las enjugué con urgencia. No deseaba que nadie viera esa parte tan íntima de mí, la que me hacía sentir desnuda, más que vulnerable. Bruno apareció y, al verme, sonrió de oreja a oreja.

—¡Vaya, ya has despertado! —exclamó contento, como si fuera la mejor noticia del mundo.

—Sí, ha tardado dos días, pero aquí está —observó Torres.

—¿¿Dos días?? —pregunté horrorizada.

—Exacto.

—¡Pero eso no es un desmayo! —medio reproché, viendo que me faltaba información.

—No, más bien ha sido una buena cura de sueño. —El comisario mostró una leve sonrisa—. Y ahora voy a buscar al médico —enunció, y abandonó la habitación.

—¿Dos días? —le pregunté también a Bruno.

—Así es, dos días, con sus noches —contestó, asintiendo—. ¿Cómo te encuentras? —me demandó con interés.

—Sorprendida. —Soplé con asombro—. También cansada y dolorida. —Hice una pausa—. ¡Madre mía, dos días! —exclamé, sin creérmelo aún.

De repente, Bruno y yo nos quedamos en silencio, uno poderoso que embargó la aséptica atmósfera de la habitación. Callados, nos contemplamos durante unos segundos que se me antojaron eternos, y observé que Bruno no tenía buena cara; había claros signos de sueño perdido y mostraba una barba de varios días.

—¿Quieres hablar de Germán? —preguntó con cautela, fracturando la mudez predominante.

—¿Por qué? ¿Para qué? —Me encogí de hombros al tiempo que mi corazón se contraía también.

—Por la mordacidad del asunto y la repercusión que puede haber tenido todo esto para ti.

—Bruno, Germán no quiso hacerme daño en ningún momento, solo era un alma torturada que me necesitaba para sentirse bien, y yo me sentía bien con él. Quizás ambos nos utilizamos para lamernos las heridas —revelé, sintiéndolo así—. No negaré que me ha dolido mucho su engaño, pero también es justo decir que él nunca lo vivió como una mentira, conmigo no se comportaba como el asesino que vengó a su hermano.

—Estaba loco, Lola.

—Muy cuerdo no creo que estuviera, aunque tampoco era un loco de atar —advertí en tono sombrío.

—Busqué en la base de datos y con el nombre de Germán Egea Calderón no existe partida de nacimiento, pero sí aparece registrado en 1997, cuando se hizo el dni a los dieciocho años. Y yo me pregunto varias cosas, entre ellas, cómo se cambió de nombre y si el carnet no le hizo falta antes de esa edad.

—La hipótesis más razonable es que comprase la identidad a alguien especializado en el campo de las falsificaciones. Aunque ya no vamos a poder resolver ese misterio porque el único que lo sabía ya no nos lo puede contar —advertí compasiva.

De pronto, la puerta de la habitación volvió a abrirse y nuestras miradas se dirigieron a ella.

—Hola, inspectora Velázquez, buenas tardes, soy el doctor Andreu. —El maduro hombre se presentó exhibiendo una sutil sonrisa—. ¿Qué tal se encuentra?

—Con un dolor de cabeza demoledor y como si me hubiera pasado una apisonadora por encima, ¿es normal?

—Entra dentro de lo razonable.

—¿Lo razonable? ¿Qué me ha ocurrido? Porque un desmayo no tiene a nadie durmiendo un par de días —siseé desorientada.

—Lógicamente, un desmayo, no; pero un relajante fuerte, sí. ¿O no recuerda que tuvimos que administrarle uno?

—No. —Arrugué el entrecejo, extrañada.

—Pues despertó de su desvanecimiento inicial en la ambulancia, pero cuando llegó al hospital estaba bastante alterada, quería irse, no atendía a razones... Sufría un cuadro de ansiedad e intentamos que se calmara, pero se puso muy violenta y nos vimos obligados a suministrarle una potente dosis de Valium.

—¿Me han drogado? —pregunté escandalizada.

—La hemos medicado, inspectora —corrigió, serio—. Y lo hemos hecho por su bien y por el de todos. Su mente estaba al límite, necesitaba descansar, y nosotros solo le hemos dado el mecanismo preciso para defenderse de daños. Es cierto que en una situación normal tendría que haber despertado en unas diez o doce horas, dieciocho a lo sumo, pero no era su caso. —Arqueó las cejas—. Sé que llevaba meses de baja y que estaba tomando pastillas para dormir. ¿Me equivoco si digo que dejó de tomarlas por su cuenta?

—No —contesté, asumiendo mi responsabilidad.

—Pues ahí tiene el quid de la cuestión, la suma de tensión y agotamiento han prolongado el letargo. ¿Resuelta la ecuación?

—¿Y los dolores?

—También causados por el estrés —diagnosticó convencido—. Le pediré a la enfermera que le suministre otro analgésico en el goteo y, si empieza a comer, le retiraremos el suero. ¿Tiene apetito?

—Un poco. —En ese instante, mis tripas rugieron como si quisieran responder por mí.

—Creo que su estómago está protestando. —El doctor Andreu sonrió y luego observó su reloj—. Pediré que le suban algo para cenar y de paso que le administren metamizol en lugar de paracetamol. Pasaré a verla antes de

que acabe mi guardia.

El médico se despidió de Bruno y de mí con un estrechar de manos. En cuanto salió de la habitación, el comisario Torres entró de nuevo. Estaba finalizando una llamada de móvil y en la otra mano portaba una carpeta y una tableta. Tras colgar, me preguntó qué me había dicho el médico, y mientras yo le respondía, le dio a Bruno la tableta. Cuando acabé, y satisfecho con las noticias, abrió la carpeta y sacó unos folios.

—Bien, ahora hablemos del informe —me avisó.

—¿Qué informe, señor?

—El que Bruno ha elaborado con algunas indicaciones mías; es decir, uno un poco maquillado —contestó, dándomelo—. Dice que yo soy el responsable del operativo, que actuasteis bajo mis órdenes, que todo se precipitó por miedo a que el posible asesino pudiera desaparecer, etcétera. — Me observó con cierta pena y prosiguió—: Sé lo de tu relación con Germán, he oído todo cuanto ocurrió, Lola —añadió con tono compasivo—. Molina me puso al corriente y lo dejó en mis manos. También me contó que fue idea tuya hacerlo así, que necesitabas su confesión para que ningún juez le dejase irse de rositas.

—Así fue, señor, Bruno solo hizo lo que yo le ordené. Si hay represalias, que sean contra mí.

—Tranquila, no las habrá si firmas el informe. Lola, te has entregado en cuerpo y alma a este caso y no sería justo que tu reputación sufriera ni un ápice más de daño ni que quedase en entredicho. Por eso, tanto el inspector Molina como yo decidimos plantearlo así. —Miré a Bruno y él asintió.

—Léelo y fírmalo, por favor —me solicitó mi compañero.

—Vale, ahora lo leo. —Agaché la cabeza, un inesperado bochorno me atrapó.

—¿Qué ocurre, Lola?

—Es tan irónico, señor, yo no tenía ni la menor idea de que Germán fuese el asesino —le contesté.

—Nadie sospechaba de Germán, ¿vale? Mírame, por favor —me pidió, y obedecí—. No debes avergonzarte de nada ni sentirte culpable, Lola.

—No deseo que nadie se entere de esto, comisario, no me apetece ser la

comidilla de los compañeros. No todos lo verán como usted, sobre todo porque no soy un hombre. A las mujeres la sociedad no suele perdonarnos ciertas cosas, y esta es una de ellas. Que un hombre tenga una aventura no está mal visto, pero a nosotras rápidamente se nos tacha de... Bueno, ya sabe, un insulto muy feo. —Preferí omitir la palabra.

—Por suerte, no todo el mundo tiene esa mentalidad de cromañón, pero tranquila que nadie más del departamento lo sabrá, me he encargado de ello —aseguró con firmeza.

—Por mi parte tampoco debes preocuparte, solo ha pasado lo que he declarado en el informe, nada más —aseveró Bruno.

—Entiendo que no te sientas bien después de lo sucedido, ha debido de ser tan impactante como desconcertante y doloroso, pero no debes inquietarte por nada más —explicó Torres con elocuencia.

—Y si la prensa se entera de algo, ¿opinará lo mismo, señor? —le pregunté asustada—. No soportaré otro acoso por su parte. No. —Sacudí la cabeza mientras me tragaba el ahogo que emergió de súbito.

—Molina, ¿lo tiene ya? —preguntó Torres, y Bruno buscó algo en la tableta.

—Aquí está. —Me tendió el dispositivo y yo lo cogí.

—Quiero que leas esto —me pidió el comisario—. Está escrito por Lucas Gil, yo le facilité la información en primicia. Era lo que habías pactado con él, ¿no?

—Sí.

—Pues, aunque no te lo creas, ha hecho un gran trabajo. Y, si me permites un consejo, yo que tú lo llamaría para darle las gracias.

—Estoy de acuerdo —enunció Bruno—. Yo también he leído el artículo y el gesto que ha tenido contigo me parece de quitarse el sombrero.

—Bueno, lo leeré y lo valoraré —les informé.

—¡Ah!, otra cosa que se me olvidaba. —Torres sacó mi móvil de su bolsillo y me lo dio—. También te aconsejo que llames a tu familia en cuanto te sientas con fuerza. Hace un momento hablé con tu madre y ya sabe que has despertado.

—¿Cómo se ha enterado de que estoy ingresada?

—Lola, has salido en todos los telediarios.

—Cierto, la prensa. —Resoplé.

—Llámalas, necesita hablar contigo.

—¿Alguna orden más, señor? —demandé de forma sarcástica.

—No, de momento nada más, ya te he puesto unos cuantos deberes. — Estiró los labios—. Y ahora el inspector Molina y yo nos vamos a tomar un café y a que nos dé un poco el aire, llevamos demasiadas horas aquí.

Ambos abandonaron la habitación.

Por primera vez desde que había despertado me quedaba sola, y me apetecía bastante. Necesitaba tranquilidad para pensar en todo lo que había ocurrido, para valorar los daños sufridos y ver cómo se encontraban mis sentimientos y emociones. Desde luego que estaba tocada, aunque tenía claro que alejada de estar hundida. «Lo que no te mata, te hace más fuerte», me recordó mi conciencia, y yo estaba viva. Vivita y coleando y convencida de no haber sido utilizada. Germán no me había usado con ánimo de lucro, no se aprovechó de mi situación de conocimiento, no intentó sonsacarme nada. Solo me utilizó de guarida, me convirtió en el refugio donde se encontraba a salvo de su yo hiriente. Como me había dicho, era su «hogar, dulce hogar». Aunque, a mi entender, no eligió bien, porque no es lógico buscar cobijo en el lobo que trata de apresarte, más bien es algo retorcido. Pero ¿qué tipo de lobo es el que no da caza a su presa, el que empatizaba con ella y la deja escapar? Porque yo permití que Germán eligiera su final, no le obligué a enfrentarse al que las leyes y la sociedad exigían para él. Por eso no paraba de hacerme la misma pregunta una y otra vez: ¿En qué me convertía a mí esa decisión?

Aparté todos los pensamientos antes de empezar a angustiarme y me centré en la noticia que mostraba la pantalla de la tableta. El titular decía: «La policía atrapa al fin al asesino fantasma». Debajo, con letras un poco más pequeñas, se leía: «Un gran trabajo que ha movilizado al cuerpo de la Guardia Civil de Lagos del Pino y a la Brigada de Homicidios de Madrid y Aragón. A cargo de la investigación ha estado la inspectora Dolores Velázquez, que llevaba meses de duro trabajo para cerrar el caso». El artículo mencionaba que yo estaba ingresada en el hospital de Huesca, pero no los motivos. Sin embargo, fuentes anónimas apuntaban a que el incidente había tenido lugar tras un enfrentamiento con el presunto asesino. La crónica añadía



que el pronóstico de la inspectora no era grave y que el parte emitido por el hospital era favorable. El resto, aparte de ceñirse a la verdad y solo a la verdad, me alivió, y el último párrafo incluso me emocionó. Lucas me pedía perdón a título personal e invitaba a todos sus colegas a hacer lo propio por el asedio al que se me había sometido en el pasado. Había que ser de piedra para no terminar soltando una lagrimilla después de leer esas letras, y yo era de carne y hueso, como el resto de los mortales.

Torres y Bruno llevaban razón sobre el artículo de Lucas; el periodista había tenido una importante deferencia conmigo. Desde luego que se merecía una llamada de agradecimiento, pero antes iba a acabar mis deberes. Tras leer el informe comprobé el gran trabajo que el comisario y Bruno habían hecho para cubrirme las espaldas. También debía agradecerles el respaldo ofrecido. Lo firmé con la emoción enturbiándome la vista; me encontraba sensible, algo desacostumbrado en mí pero que no podía evitar. El asunto de Germán había sacudido todos mis sentimientos, pensamientos y creencias, me había hecho analizar en profundidad muchos aspectos de mi vida y principalmente uno: la relación con mi padre. Después de revisar mi móvil no encontré ninguna llamada perdida de él, como si fuera el único de mi familia que no se había preocupado por mí. Pero en lugar de asaltarme la rabia, me invadió la nostalgia. Mi padre no me lo había puesto nada fácil, pero yo mucho menos a él, y, como decía mi madre, no podíamos seguir así. Había llegado el momento de salir de mi confinamiento mental, de dejar de estar a merced del resquemor, de intentar negociar una paz con mis sentimientos, de olvidar el pasado y sembrar el presente. Estaba dispuesta a poner mi simiente, lo que había sucedido con Germán me había hecho darme cuenta de lo nocivo que era vivir con el orgullo y el resentimiento arraigados al alma. Iba a intentar un acercamiento, y en esta ocasión no lo haría por mi madre, sino por mi propio convencimiento.

Aun con la decisión tomada, decidí priorizar mis necesidades y marqué el número de Martina. Necesitaba desahogarme, y ella era la única persona con la que podía hacerlo libremente, sin sentirme juzgada y mucho menos cuestionada. Además, tenía al menos veinte llamadas perdidas de ella, se notaba lo muy preocupada que estaba por mí.

—Lola, ¿eres tú? —preguntó nada más descolgar.

—Sí, la misma que viste y calza.

—¡Aaay, Lola, qué alegría oírte! —exclamó eufórica. Se sintió tan feliz que terminó llorando, algo que, inevitablemente, como si se tratase de un virus, me contagió.

Acompañada de un llanto furtivo, puse a Martina al corriente de lo sucedido con Germán, y cuando terminé, la pobre no daba crédito. Se quedó tan impactada que no sabía qué decirme, así que me sequé las lágrimas y llevé la conversación a mi terreno. Le conté la modificación del informe de Torres y Bruno, que me había hecho sentir la auténtica camaradería, pero que debía quedar en secreto, y Martina no me iba a fallar en eso. Incluso le hablé de la emoción que me supuso leer la nota de disculpa de Lucas en su artículo, con la que por fin mi orgullo profesional se sentía resarcido. Pero, de forma repentina, Martina clamó:

—*¡Stop!* Amiga, no paras de contarme cosas que en este momento no me interesan lo más mínimo. A mí me preocupa tu persona por encima de tu profesión, por eso quiero que hable Lola, no la inspectora Velázquez. Quiero que ella me cuente cómo se encuentra.

—Yo estoy bien, Martina, magullada pero viva.

—¡Cómo vas a estar bien! —replicó con el mismo asombro—. Has pagado un alto precio para capturar a ese asesino —siseó—. Mira, conmigo no hace falta que te hagas la dura. Imagino el desgaste adicional que debes de sufrir y comprendo que ha tenido que agravar tu delicada situación.

—Pues te equivocas, porque lo que ha ocurrido me ha hecho abrir los ojos, así que en parte debo estarle agradecida a Germán.

—¿Estás loca? —gritó impactada.

—No, todavía estoy cuerda. Y precisamente esa cordura es la que me ha hecho considerar los detalles y llegar a una conclusión: entré en una crisis existencial por él y él me ha hecho salir de ella.

—Pero ¿qué leches dices? —chilló de nuevo, parecía más afectada que yo.

—Martina, tal y como yo lo siento, el círculo se ha cerrado y yo he escapado de su cautiverio reforzada, con las ideas más claras que nunca. Llevo mucho tiempo cargando con un mochila repleta de presión, injusticia, rabia y sobre todo impotencia, pero en poco más de una semana he acabado más etapas que en toda mi vida, y he soltado lastre. Por primera vez en mucho tiempo me siento ligera y llena de sosiego, de veras.

Un silencio se instaló entre nosotras, aunque no me preocupó. Conocía muy bien a Martina, sabía que estaba analizando cuanto había expuesto.

—Realmente acabo de captar mucha serenidad en tus palabras, la misma que hace tiempo que habías extraviado, Lola. —Su timbre se dulcificó—. Me gusta sentirte así, amiga, me consuela enormemente. Ya sabes lo que dicen: a veces, de las tragedias sale algo bueno, nos ayudan a aprender. Quizás haya sido tu caso.

—Te aseguro que ha sido así.

—Pues entonces, tema zanjado y pasemos a otro de vital importancia, ¿cuándo vuelves a Madrid?

—Pronto, muy pronto. En cuanto lo sepa te lo digo.

—Vete preparando, Lola, porque cuando te vea pienso abrazarte tan fuerte que igual te parto.

—Y yo dejaré que me lesiones con tu cariño —dije en medio de una ligera risa, y nos despedimos.

Cuando colgué me sentía muy tranquila, hablar con Martina, como siempre, me había hecho mucho bien. Aprovechando mi aprovisionamiento de calma pensé en hacer las siguientes llamadas, y en primer lugar marqué el teléfono de Lucas, pero no contestó nadie. Decidí mandarle un *whatsapp*, aunque acabaría hablando con él, porque era lo correcto.

Hola, Lucas. He leído el artículo que has escrito sobre la investigación, me ha agradado cómo lo has enfocado, contando la verdad. También es de justicia darte las gracias por las palabras que me has dedicado, me han gustado mucho.  
18:13

A continuación llamé a mi madre, que descolgó enseguida. Me dio la impresión de que estaba pegada al teléfono.

—¡Lola, hija! ¿Eres tú?

—Sí, mamá —le respondí, intentando sonar serena.

—¡Oh, Lola! ¡Qué susto nos has dado! —Suspiró con energía—. ¿Cómo estás, cariño?

Comencé a contarle a mi madre cómo me encontraba, a hablarle de lo sucedido y a contrastar la información general que les había llegado, que, por lo que contaba, parecía muy fiel a la realidad, algo que me alivió. A continuación me dijo que estaban a punto de trasladarse hasta aquí, pero el comisario les avisó de que ya había despertado. No habían venido antes porque precisamente Torres se lo quitó de la cabeza, y también el director del hospital, con el que mi padre había hablado por teléfono. Mi grado de asombro al oír esa noticia fue supremo, y creció cuando mi madre me comentó lo preocupado que estaba mi padre por mí. Contaba que por fin se había dado cuenta de su equivocación y había comprendido que cada uno sabía para lo que estaba llamado. También me reveló que quería hablar conmigo porque necesitaba que lo perdonase. Me quedé muda. Mi padre, que nunca reculaba, quería disculparse conmigo por no haber confiado en mí y por darme la espalda cuando elegí mi profesión.

—Yo... —acerté a decir, saliendo del estupor.

—Ya sé lo que me vas a decir, no creas que no se lo he dicho yo a él —aseguró convencida, sin siquiera escucharme—. Tu padre debe ser consciente de lo difícil que te lo ha puesto y de que ahora unas palabras de perdón no remedian lo mucho que se ha perdido por apartarte de su vida. Debe entender que si no lo perdonas no puede reprochártelo. Pero, Lola, por favor, yo te suplico que le dejes al menos hablar contigo, olvida tu resentimiento y escúchale. No sigas viviendo con el rencor, hija, o te destrozará.

Respiré hondo, y de súbito sentí una opresión en el pecho. Todos estos años teniéndole en mi contra habían sido demasiado duros y a la fuerza me habían curtido, pero la realidad era que añoraba el amor de mi padre. Si bien era consciente de lo mucho que debíamos hablar y de cuánto había que reparar, y que no podía hacerse de la noche a la mañana, todo llevaba un proceso.

—Mamá, sé lo dañino que es el rencor y que no lo quiero en mi vida. Por supuesto que escucharé a papá. —Pensé en lo mucho que ella había luchado para que llegase ese día; el primer paso hacia una posible reconciliación.

—¡Gracias, Lola! —exclamó feliz—. ¿Y qué piensas hacer cuando te den el alta, hija? —interpeló de seguido.

—Seguir con mi profesión —aseveré.

—¿Es lo que deseas?

—Mamá, ahora sé, mejor que nunca, que nací para ser policía. —El pecho se me llenó de orgullo—. Nunca debí ponerlo en duda.

—Yo nunca lo hice. ¡A por los malos, Wonder Woman! —Me llamó con el alias que usaba mi hermano.

—Gracias —dije, visiblemente emocionada por su aliento, y colgué.

Unas imprevistas lágrimas me atraparon. No lloraba, solo mostraba esas impúdicas lágrimas por tensión, alivio, sorpresa, alegría... Pero también por pena. Por pensar en Germán y en la atormentada vida que había llevado, por lo feliz que me sentí durante los días que pasé con él, por la rabia de saber que andaba metida entre las sábanas del asesino que llevaba meses buscando. Mis emociones eran un maremágnum de sentimientos contradictorios, algunos resueltos y otros que no sabía cómo gestionar.

Cuando conseguí sosegar me, la curiosidad me hizo buscar noticias en Internet. Casi todos los diarios digitales recogían el suceso y me dejaban a mí en buen lugar; por fin habían dejado de atacarme y difamarme. Como era lógico, la noticia también había sido recogida por las televisiones, y Lucas, que además era de los que chupaban cámara, alabó mi trabajo policial ante millones de telespectadores; y todo había tenido un efecto dominó, porque otros compañeros hicieron lo mismo. Por lo que leía, había periodistas apostados a las puertas del hospital que querían grabar mi salida, aunque yo no entendía qué interés podía tener eso, salvo para mis familiares y amigos. De un día para otro había pasado de ser denigrada a ensalzada, mi nombre y mi buen hacer policial habían sido limpiados y sentí una apacible ligereza en el alma. Pero lo que más me satisfaría sería que la prensa no se acordase de mí ni para bueno ni para malo, que, de una vez por todas y para siempre, se olvidasen de mi persona y me dejaran hacer mi trabajo tranquila.

—Ya estamos de vuelta —dijo el comisario Torres, entrando y disolviendo mis pensamientos—. El inspector Molina viene ahora, acaban de llamarlo por teléfono.

—Aquí tiene, señor, leído y firmado —dije, tendiéndole el informe—. Muchas gracias por todo, comisario.

—Aún no me las des. —Se acercó a mi oído y me susurró—: Hazlo dentro de unas semanas, cuando te comuniquen que el puesto de inspectora jefe es tuyo. —Lo miré sorprendida, entusiasmada, pensando que mi tesón daba sus frutos—. Ni una palabra a nadie hasta que te lo comuniquen y sea

oficial.

—Ya estoy aquí. —Bruno llegó de repente y yo me quedé con la palabra en la boca.

—Pues sí, venimos a despedirnos, regreso a Madrid —comenzó a decir Torres, disimulando—. Hay un vuelo dentro de un par de horas y el inspector Molina me acercará al aeropuerto.

—¿Has visto las noticias? —me preguntó Bruno al verme con la tableta en la mano.

—Sí, y el artículo de Lucas. Lleváis razón, debo agradecerse. Lo he llamado pero no coge el teléfono, lo intentaré más tarde.

—Bueno, Lola, imagino que mañana te darán el alta. Comunícamelo en cuanto lo sepas, y ya sabes que te espero en Madrid, la comisaría te necesita. —Torres miró a Bruno y le preguntó—: ¿Nos vamos, Molina?

—Cuando usted diga, señor.

—Nos vemos, inspectora Velázquez. —El comisario arrancó a andar.

—Hasta mañana, Lola —se despidió Bruno.

—Espera, por favor —le dije—, me gustaría hablar un momento contigo.

—Claro —enunció expectante, incluso extrañado.

—Lo espero fuera, Molina. —Torres salió y Bruno esperó atento mis palabras.

—Quiero volver a darte las gracias por tu apoyo y respaldo en el caso.

—No las merece, somos compañeros, y has hecho muy bien tu trabajo.

—También quiero decirte que después de lo que ha ocurrido con Germán he comprendido lo terrible que es el odio, sobre todo cuando envenena el alma. Y yo no quiero sentir más odio, quiero mantener sana y en paz mi alma, de modo que acepto tus disculpas, Bruno —declaré con total sinceridad, mirándole a sus ojos color pantano que en ese instante se le cargaron de emoción—. Y quiero añadir que yo tampoco tenía que haber actuado como lo hice, debería haber dejado que te explicaras, aunque eso no hubiera cambiado mi decisión de romper contigo. Así que yo también lo siento.

—Gracias, Lola, muchas gracias. —Apretó los labios y tuve la impresión

de que estaba a punto de llorar—. Tu perdón significa mucho para mí.

—Lo imagino. —Asentí.

—Que pases buena noche. Nos vemos mañana. —Sonrió, notoriamente emocionado.

—Hasta mañana —me despedí, y él abandonó la habitación.

De pronto sonó el móvil y respiré profundo antes de descolgar.

—Hola, Lucas —saludé.

—¿En serio? ¿Me has dado las gracias? —preguntó acelerado.

—Sí, lo he hecho, y vuelvo a dártelas de viva voz: gracias por tu artículo y por tus palabras.

—¡Caray! —Silbó—. La inspectora Velázquez sabe agradecer. Me dejas sin palabras.

—Oye, tampoco te pases.

—Vale, lo he pillado. —Chasqueó los labios—. Y, para ser justos, yo también debo darte las gracias a ti y a tu comisario. Con ese artículo me he colgado una medallita con mi jefe. —Se rio.

—Entonces estamos en paz.

—Bueno, tanto como en paz... Tampoco estaría mal que te estirases un poco y me invitases a cenar.

—Desde luego, tienes un morro que te lo pisas, Lucas.

—¿Por qué? Si no es necesario que sea en un restaurante de lujo, ni siquiera en uno normal, me conformo con ir a un *burger*.

—Eres incorregible. —Inevitablemente, sonreí.

—Te juro que mis intenciones son honestas.

—Sí, sí, claro.

—Por supuesto. Y para que veas que no quiero aprovecharme de ti y no pienses que soy un tacaño, después te invito a unas copas.

—Frena un poco, casanova, que ya te veo venir. A ti cualquier oportunidad te parece buena para ligar.

—¿Tengo posibilidades, Lola? —demandó con entusiasmo.



—Lo que tienes es mucha cara. —Evité reírme. En ese momento, una auxiliar entró en la habitación con una bandeja.

—Entonces, ¿cuándo y dónde nos vemos? —preguntó, desoyendo mis críticas, típico de Lucas.

—Mira ya lo veremos cuando esté en Madrid, si es que para entonces aún me sigo acordando de esta conversación. Tengo que dejarte, me traen la cena. ¡Chao, Lucas!

Colgué y solté una corta carcajada; en verdad, Lucas me parecía un tipo divertido. Como periodista me había demostrado que era serio, pero como hombre no me fiaba un pelo de él, le gustaban en exceso las mujeres, y todas en general. Retomando la seriedad, saludé a la auxiliar, una joven muy simpática que colocó la bandeja sobre la mesa mientras me preguntaba cómo me encontraba. Me la acercó hasta la cama y, con un breve saludo y una amplia sonrisa, se marchó. Comencé a salivar solo con olfatear el olor que desprendía lo que se escondía bajo la bandeja de plástico. Sabía que la comida de los hospitales no solía ser muy apetitosa, pero estaba tan muerta de hambre que seguro que me sabría igual o mejor que un menú de un restaurante con estrellas Michelin.

Terminando el yogur de fresa, alguien golpeó la puerta. Cuando vi quién era, me sorprendió.

—¿Se puede? —preguntó Lemos, vestido de calle, con pantalón vaquero y camisa de color granate.

—Por supuesto, pase, capitán. —Esbocé una sonrisa a la par que retiraba la mesa con los restos de la cena.

Venía acompañado por el brigada Garmendia, en vaqueros y con una camiseta de un grupo de rock, y la cabo mayor Ros, que lucía un bonito vestido veraniego, largo y con estampado floral. Sin uniforme parecían otras personas.

—¿Qué tal estás, Lola? —preguntó Amparo, adelantándose al resto y dejando a un lado los formalismos de nuestra profesión.

—Bien, estoy bien.

—Turza y Martínez te mandan muchos recuerdos. No han podido venir, alguien tiene que cuidar del cuartel —bromeó.

—No hacía falta que vinierais —comenté, repartiendo mi mirada por todos ellos.

—¿No le agrada nuestra visita? —demandó Lemos.

—Claro que sí, capitán, y se lo agradezco, no me malinterpreten.

—Malinterpretarla a usted es difícil, siempre habla sin pelos en la lengua.  
—Sonrió.

—Me alegra mucho ver que se encuentra bien, inspectora, de veras — anunció Garmendia, cuya actitud altiva se esfumó de un plumazo y por primera vez me dejó ver a la persona que se escondía detrás.

—Gracias, brigada.

—Quería decirle que ha sido un honor trabajar con usted y espero que volvamos a coincidir en alguna ocasión. —Me ofreció la mano, solicitándome la paz. Lo miré a los ojos: la sinceridad estaba alojada en ellos. Sacudiéndome el asombro, le acerqué mi mano y las estrechamos con fuerza.

—Gracias de nuevo. A mí tampoco me importaría trabajar con usted —le dije con franqueza, y él sonrió de forma amable.

—Bueno, ¿y ahora nos vas a contar qué ocurrió? —demandó Amparo sonriente.

—Cabo mayor, no la atosigue —la regañó Lemos.

—No lo hago, capitán. ¿A que no?

—Pero si ya lo tenéis que saber todo, incluso mejor que yo, que llevo dos días en «coma» —entrecomillé la palabra en el aire para cargarla de ironía.

—Me gustaría conocer la versión de primera mano —insistió.

—Inspectora, no tiene por qué contestar a nada que no le apetezca, para eso hay un informe. —El capitán censuró a Amparo con la mirada.

—Vaaaale, cambiaré de conversación. —Sopló, pero rápido volvió a sonreír—. En fin, cuéntenos qué tal te tratan en el hospital, cuándo piensan darte el alta y esas cosas.

—Sí, mejor hablemos de eso. —Lemos asintió y de nuevo estiró levemente los labios.

Bajo la atenta mirada de todos ellos, comencé a hablar. Lo hice obedeciendo las indicaciones del capitán, ciñéndome exclusivamente a lo que

me apetecía: el presente y el futuro más inmediato; no deseaba remover el pasado. Como decía Homero: «Dejemos que el pasado sea pasado». Gran frase, gran verdad, y el lema que a partir de ahora regiría mi vida.

Sagrario Del Olmo era una mujer que siempre iba impecablemente peinada y que no paraba de sonreír y mostrar su diastema. Se podría decir que ese espacio que separaba sus dientes casi fue lo primero que vi cuando la conocí, y también lo último, ahora, al despedirme de ella. Abandoné el hostel y antes de montarme en el coche saqué el paquete de tabaco del bolso, me apetecía muchísimo fumarme un cigarro. Pero me había prometido dejarlo si conseguía resolver el caso, y yo siempre cumplía mis promesas, así que estrujé la cajetilla con todas mis fuerzas y la tiré a una papelera. Inhalé en profundidad el aire limpio que el lugar me ofrendaba e imprimí en mi mente una frase: fuerza de voluntad. Sabía que la tenía y sabía que lo conseguiría, hoy era el primer día de mi vida de exfumadora.

Ya en el coche pensé lo que tenía que hacer antes de abandonar el lugar y opté por lo más fácil. Por eso, antes de acudir al cuartel de la Guardia Civil, decidí despedirme de Lagos del Pino, aquel entorno fascinante a más de quinientos kilómetros de mi Madrid. Me apeé del vehículo y observé que unas pequeñas nubes pincelaban de un color otoñal el precioso azul del cielo. Luego admiré el marco inigualable que me brindaba la naturaleza. Caminé despacio hasta la orilla del lago; todo estaba tranquilo y silencioso. Respiré el aire puro que me otorgaban los miles de pinos y la frondosa vegetación, y el maravilloso olor entró hasta lo más profundo de mis pulmones. Contemplé aquel remanso de agua tranquila en todo su esplendor mientras los destellos del sol lo iluminaban, convirtiendo el lago en un espejo. Me quedé hipnotizada, no era capaz de despegar mis ojos del paisaje.

Tras largos minutos, y como por arte de magia, la preciosa imagen del agua comenzó a extraerme todo el amargor que guardaba dentro. El viento comenzó a soplar con calma y me agitó la coleta con delicadeza, pero no solo meció mi cabello, también me insufló algo inesperado: la libertad que da la confianza. De nuevo me sentí segura, como antes de que empezase toda esta locura. El rumor del viento, además, me susurró al oído que era libre, y así lo noté, pues me sentía liberada de las cadenas que me habían apresado los últimos doce meses, con capacidad para hacer lo que quisiera, para marcar el rumbo de mi vida pensando solo en mí. Me abracé, envolví mi torso con los

brazos y me apreté con tanto cariño como vigor. Aspiré aquel aire puro de montaña, que era todo un privilegio para mis pulmones y un alivio para mi alma, y me dije a mí misma: «Cada día sale el sol, Lola, y siempre lo hace para todos». Esa frase casi se había convertido en una oración para mí. Me la había repetido cada mañana, día tras día, semana a semana, todos los meses desde que comenzó mi crisis, para poder abandonar la cama y empezar mi vida. Pero ahora, por primera vez, sonaba distinta. En este momento sonaba a comienzo, sabía a ilusión y dejaba en la boca un sabor afrutado y dulce, como un buen vino de Oporto. Mi mente no paraba de repetírmela, ni el viento de murmurarme una y otra vez que era una mujer fuerte que nunca se rendía; una amazona, como decía Raúl.

Dejé el lago, el bosque y las cautivadoras vistas que habían seducido a mi corazón desde que puse el pie en este lugar y me marché. El caso ya estaba cerrado y mi vida encaminada. Me esperaba un nuevo puesto en el trabajo e incluso mi mala suerte en temas amorosos perseveraba. Todo había vuelto a su cauce, y yo, a ser la mujer que era, la que se fijaba en lo que predominaba en su vida y no en lo que escaseaba. Lo importante para mí era que todo el caos, por fin, había vuelto a convertirse en orden.

Después de disfrutar de esos minutos para que la naturaleza me colmara de una armonía que ya tenía olvidada, era hora de ir al cuartel. De nuevo monté en mi coche y, durante el corto trayecto, pensé en Bruno. Ya no sentía rencor hacia él, me encontraba en paz conmigo misma, y era una sensación muy agradable. Bruno era un capítulo cerrado de mi vida, sin posible continuación, y debía ser así por dos razones: porque nadie podía arrancarme el dolor que sufrí durante todos los años que me sentí engañada y porque es difícil sembrar sentimientos nuevos sobre una cicatriz, en cualquier momento pueden resquebrajarse. Bruno también debía pasar página de una vez y dejar de vivir anclado a un recuerdo. Estaba convencida de que lo lograría, porque sabía tan bien como yo que nuestra historia hacía tiempo que había acabado.

Aparqué mi coche frente al edificio de la Benemérita, al lado del Citroën C4 negro de Bruno. Justo en ese momento él salía del cuartel con unas bonitas gafas de sol. Se dirigía hacia su coche, y lo esperé.

—¿Qué, recogiendo ya? —le pregunté, sonriendo de forma sutil.

—Exacto —contestó, subiéndose las gafas a la cabeza.

—Por fin caso cerrado. Ha costado lo suyo pero no ha podido conmigo

—advertí con un ápice bromista.

—No creo que nada ni nadie pueda contigo, eso es lo que más admiro de ti.

—Gracias por el halago.

—Es la verdad, inspectora Velázquez.

—Yo también me marchó ya. Vengo a ordenar el papeleo y a despedirme.

—En eso te he ganado. —Sonrió, y nos quedamos mirándonos en silencio.

—¿Amigos? —le pregunté, ofreciéndole la mano.

—Siempre, Lola, por supuesto.—Las estrechamos cordialmente.

—Hasta otra ocasión, Bruno.

—Espero que no tardemos otros catorce años —anunció sin perder la sonrisa.

—Quién sabe. —Me encogí de hombros, pensando que ninguno teníamos idea de lo que nos deparaba el futuro ni si nos volveríamos a ver, pero esos segundos que albergaban la esperanza de hacerlo ya eran nuestros. Solo y exclusivamente nuestros. Nadie nos los podía robar, ni tan siquiera el destino.

Bruno volvió a ponerse las gafas, montó en su coche, arrancó y dio marcha atrás para abandonar el lugar. Vi cómo se despedía con la mano y sonreía. Luego se incorporó a la carretera y se alejó. Yo también sonreí, con ganas, y entré al cuartel.

Tras despedirme de la Benemérita supe que había llegado el momento de hacer lo más doloroso. No era algo a lo que estuviera obligada, pero no me quería marchar sin hacerlo. Sabía que había retrasado enfrentarme a ello porque me daba miedo encarar el sufrimiento, pero ya no podía eludirlo más. Entré una vez más en mi coche y tomé una honda inhalación de aire mientras meditaba. Estaba a punto de visitar el cementerio y eso me despertaba una ansiedad que nada tenía que ver con la falta de nicotina. Decidí no pensarlo más, arranqué y puse rumbo a ese lugar sagrado. Según el capitán Lemos, Germán había sido enterrado la tarde anterior. Todo fue muy precipitado, pues había mucha prisa por cerrar el caso y echarlo en olvido. Ya había culpable, un castigo y titulares que dejaban en muy buen lugar a los cuerpos del Estado, a mí en particular. Nadie estaba por la labor de que el asunto variase; se debía zanzar y finiquitar cuanto antes. Por eso todo se hizo tan rápido, para pillar desprevenidos a propios y extraños, y en menos de setenta y dos horas Germán yacía en un ataúd que la tierra había engullido sin ningún tipo de piedad ni escrúpulo. Descansaba en la misma tumba que su hermano, pero en la lápida solo se leía el nombre de Eloy Castán Calderón, la fecha de su nacimiento y muerte y un «tu familia no te olvida». Ninguna mención a Germán; mejor dicho, a Eugenio. Al menos no por ahora. Pero sabía que eso nunca ocurriría, pues nadie se quejaría de que su nombre, el real o el falso, no apareciera. Nadie mandaría grabarlo en el viejo y estropeado mármol de la sepultura, sería como si no hubiera existido, como si no hubiera nacido y sufrido, justo lo que él había pretendido, borrándose de la existencia al cambiarse el nombre. Imaginé el dolor que habría soportado a lo largo de ese tiempo, desde que vio a su hermano quitarse la vida, y los escalofríos recorrieron mi cuerpo y me pusieron el vello de punta. Me sacudió una fuerte ráfaga de tormento ajeno que me oprimió la garganta, me anudó la boca del estómago, me retorció las vísceras y me encogió el corazón. Sentir su virulencia era espantoso y dolía horrores. Un inesperado estremecimiento me venció y me hizo clavar las rodillas en la tierra. Y, con la cabeza a ras del suelo, comencé a llorar. Lloré como jamás lo había hecho, a lágrima viva, con rabia, con impotencia, hasta deshacerme en llanto.

«Germán.» Gimoteé su nombre, porque para mí siempre sería Germán, aunque se llamase Eugenio. Lo repetí una y otra vez, subiendo la entonación con cada palabra, acabando casi a gritos. Enmudecí a mi razón, solicitándome calma, y tomé aire, una honda inspiración de oxígeno que colmó mis pulmones. Alcé la cabeza, fijé la mirada en la lápida y, absorta en ella, recordé. Desfilaron por mi mente muchos casos, muchas personas, muchas víctimas, muchos asesinos... Todo se mostró como en una sucesión de imágenes que se paró en una época concreta. Evoqué mi etapa universitaria, y con ella, de nuevo, al doctor Cáselas, sus clases de psicología de la personalidad y las preguntas tan interesantes que nos planteaba, con las que el debate siempre estaba servido. Nunca las había olvidado por la gran controversia que solían desatar, y últimamente las había recordado con frecuencia debido a una de las conversaciones que tuve con Germán. Hablamos sobre la maldad. Él me consideraba un alma blanca y yo se lo discutía. Recuerdo que mientras le exponía mis argumentos me asaltó aquella pregunta que tanta polémica despertó entre el alumnado: ¿Teníamos todos los seres humanos un lado oscuro? Yo estaba convencida de que siempre había un mestizaje en nuestras almas y de que todos teníamos un lado oscuro. También entendía que ese porcentaje de maldad no era igual en todas las personas y que, por distintas causas y factores, algunas convivían con un monstruo mayor que el resto. El doctor Cáselas, tomando como referencia mi argumento, me planteó otra pregunta: ¿Sería capaz de usar su lado oscuro una persona en la que predomina la bondad? Ahí sí tenía mis dudas. Comprendía que en una situación extrema, y en caliente, la gran mayoría de nosotros podría actuar guiado por un impulso, sin saber hasta dónde podríamos llegar. Era un comportamiento muy humano, un instinto primario llamado «acto de defensa» que yo misma había experimentado en mi juventud, cuando aquel tendero baboso trató de chantajearme por una mierda de piruleta. Pero pasado el tiempo, en frío, si se era una persona que portaba más claridad que oscuridad en el alma, ¿se actuaría de la misma forma? ¿Se planearía una venganza perpetrada con alevosía y ventaja?

Hoy, desde la experiencia que da el trabajo y los años vividos, yo tenía mi propia opinión. Las personas buenas también pueden cometer maldades, hasta el más pacífico de los mortales sacaría su lado oscuro si tenía un motivo, pero no uno cualquiera, sino uno capaz de despertar al monstruo. Algunos lo usaban de forma instantánea y como mecanismo de defensa, pero había quien mantenía al monstruo aovillado y oculto, aguardando el momento



oportuno de salir, como en el caso de Germán. Pero mantener a la bestia a la espera conllevaba un alto coste, puesto que había que alimentarla de resentimiento, un veneno que destruía por dentro, y ese fue el precio que pagó Germán. Aun con todos esos agravantes, no era un psicópata, pero tampoco un asesino de manual, ni siquiera uno común: era atípico a cualquier perfil psicológico. Era un sufridor, un hombre torturado y trastornado por el odio que había hecho de la venganza su cruzada personal, y eso se llevó su razón por delante. Poca era la maldad que anidaba en su alma, pues padecía y sufría, tenía sentimientos, incluso remordimientos, que fueron los que arrasaron su cordura. Nadie pudo extirparle el tumor que el monstruo engendró en su corazón, que acabó infectando su alma con una metástasis imparable. La represalia no le eximió del menoscabo ni de años de sufrimiento, no le reembolsó nada de lo perdido, y mucho menos le devolvió a su hermano. No comprendió que solo el perdón liberaba el alma, y que solo esa liberación trae la paz. O igual lo entendió, aunque demasiado tarde, cuando la obsesión por la venganza ya había cavado su tumba. La venganza..., un acto humano que suele practicarse con ganas pero que no lava la injuria, no cura el dolor, no elimina el daño ni devuelve lo que has perdido mientras impones el castigo que, crees, te conducirá a la satisfacción.

De nuevo volvió a asaltarme la misma duda, y con mayor fuerza. Me avasallaba, resonando en mi cabeza como una musiquilla diabólica que tratara de enajenarme. Ya no podía seguir eludiéndola, debía hacerle frente y darle respuesta, o al menos intentarlo. Porque, en aras de la verdad, ¿cuál había sido el papel de Germán? ¿Había sido víctima o verdugo? ¿Fue víctima del dolor creado por unos degenerados o verdugo por imponerles un castigo mayor que la culpa? Quizás había sido un poco de cada: justiciero y vengador. Quizá fue a la vez verdugo y mártir. Quizá... Podría ser una cosa u otra, incluso las dos, todo dependía del prisma con el que lo observásemos. Pero ahora poco importaba; ahora ya no podía hacer daño a nadie, ni siquiera a sí mismo. Ahora Germán descansaba bajo tierra, al fin junto a su hermano, en paz.

Me sequé el llanto, me levanté y, tras sacudirme la tierra del camposanto, me recompuse, como de costumbre. Volví a prometerme que no lloraría más, o al menos intentaría guardar las lágrimas para causas más que justificadas. Me armé con mi habitual coraza, esa armadura dura y fría que no dejaba que nadie viera mi vulnerabilidad y a veces ni siquiera mis sentimientos, y gracias

a la cual todos me respetaban.

Me alejé, caminando con pasos cortos pero decididos y abandoné el cementerio.

Abandoné para siempre a Germán.

FIN

El destino es el que baraja las cartas,  
pero nosotros somos los que jugamos.

William Shakespeare



Eva Zamora nació en 1972 en Madrid, y se crio en Arganda del Rey. Actualmente vive en la localidad de Campo Real. En poco tiempo se ha convertido en una de las autoras más destacadas y prolíficas de Madrid. Sus obras se mueven con destreza entre los géneros del misterio, la intriga y el romanticismo, con historias bien desarrolladas en las que destaca el papel de la mujer. En Imágica Intriga hemos publicado *La esencia de mi vida* (2014) y *Lo que oculta la verdad* (2017); y en Imágica Romántica, *Todo por Daniel* (2015), *Perdida en mi desconfianza* (2016) y *Amor con vistas al mar* (2018). Con *La venganza no prescribe*, la autora va un paso más allá y construye un thriller de corte clásico, trepidante y con un sorprendente e inesperado desenlace, pero sin dejar de lado las tramas sentimentales que dan forma a toda su obra, así como sus inolvidables y bien desarrollados personajes femeninos.